POR UNA ECONOMÍA CON SENTIDO

2ª Edición

"MAKING ECONOMIC SENSE"

Murray N. Rothbard



Ludwig

Von Mises

Institute

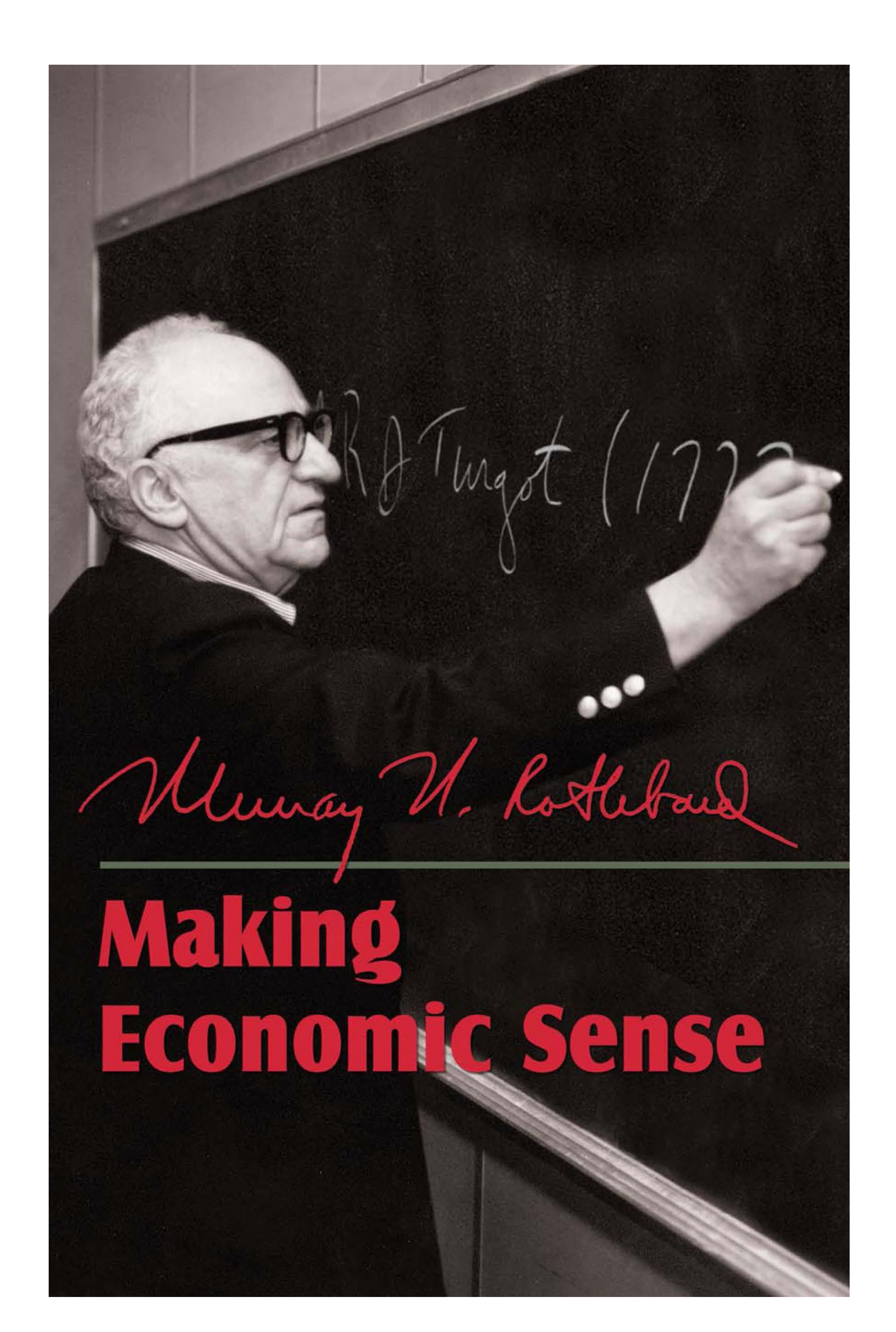
Auburn, Alabama

Traducido del texto original inglés por:/English original translated into spanish by:

Juan José Gamón Robres (juanjogamon@yahoo.es)

Para obtener información escriba al *Mises Institute*, 518 West Magnolia Avenue, Auburn, Alabama 36832.

ISBN: 0-945466-46-3.


Murray N. Rothbard
Making
Economic Sense

Sumario

1.-PREFACIO

Son muchas las contribuciones académicas de Murray N. Rothbard (1926-1995) pero también fue un apasionado de la persuasión pública. Una sociedad libre sólo puede subsistir si la gente es en general consciente de la vital importancia del mercado y de las terribles consecuencias del Estatismo. Es por eso que Rothbard esperaba convencer a todos de las virtudes de la economía libre. Para Rothbard, educar a la gente, fue algo estratégicamente necesario y moralmente obligatorio. También fue algo muy divertido.

Cada mes, desde 1982 hasta 1995, Rothbard comenta la actualidad económica en "*Free Market*". Expone la Teoría Económica y las ideas políticas con una prosa clara y alegre pero sin sacrificar jamás el rigor intelectual. Siguiendo con la regla de Mencken, la claridad de sus escritos es resultado de la claridad de su pensamiento. Hasta cuando habla de temas como los tipos de interés y los impuestos sobre el consumo —materias en las que los economistas se suelen esforzar para hacerlas insoportablemente aburridas— Rothbard enseña y entretiene al mismo tiempo.

Los ensayos incluidos en "*Free Market*" son una parte fundamental de la herencia que nos ha dejado. A medida que examina el comportamiento de los dos partidos [1] que gobiernan y la interconexión de sus múltiples intereses, vemos en acción a un economista de la Escuela Austriaca guiado por principios.

La segunda edición se amplía para incluir: "*Protectionism and the Destruction of Prosperity*" ("*Proteccionismo y fin de la Prosperidad*"), una monografía publicada por el *Mises Institute* en 1986; "*Taking Money Back*", un artículo de 1991 elaborada con tono populista en defensa de una reforma monetaria radical, y una breve pero emotiva esquela que escribió a la muerte de Ludwig Von Mises en 1973.

Por muy especializada y distante de la realidad que esté la profesión económica, Rothbard nos demuestra que siempre es posible comunicar la verdad de una forma más franca y abierta. En este ámbito, como en tantas otras cosas, Rothbard nos enseña el camino.

Llewellyn H. Rockwell, Jr.

Auburn, Alabama Enero 2006

1 Obviamente el autor se refiere al Partido Republicano y al Partido Demócrata de Estados Unidos (N. del T.).

INTRODUCCIÓN A LA SEGUNDA EDICIÓN

Murray Newton Rothbard (1926-1995) fue uno de los pensadores más importantes del siglo XX. Elijo el término pensador, aunque sea un poco vago, porque los intereses de Rothbard eran tan diversos que desafían la clasificación convencional. Sí, Rothbard fue un teórico de Economía, seguidor de la tradición "Austriaca" de Ludwig von Mises y Friedrich Hayek. Pero Rothbard también escribió una Historia detallada de la Gran Depresión, dos volúmenes sobre Historia del Pensamiento Económico, varios artículos metodológicos, así como un texto increíblemente lúcido sobre principios económicos. Con la moderna especialización de los profesionales de la Economía, estas hazañas en solitario serían inusuales: o te dedicas a la Teoría Económica, a la Historia Económica, a la Historia del Pensamiento Económico (si a uno no le preocupa lo más mínimo conseguir un puesto de trabajo) o —si eres uno de los pocos economistas que en realidad puede producir una prosa que los estudiantes y el público lego encuentran comprensible— sigues adelante y escribes un manual de introducción a la Economía. Excepto monstruos como Paul Samuelson (y Murray Rothbard), nadie hace todas esas cosas, por la misma razón que un cirujano se especializa de corazón o del cerebro pero nunca de ambos.

Y, sin embargo, no podemos quedarnos en eso. Además de sus contribuciones a todas las áreas de la Economía, Rothbard escribió cuatro (provocativos) volúmenes sobre Historia de la América colonial. También se apoyó en la Filosofía, la Ciencia Política y la Teoría del Derecho para sintetizar un tratado deductivo de 357 páginas sobre la naturaleza y contenido del ordenamiento

jurídico en una sociedad justa y libre. ¡Ah sí ! Casi se me olvida: sin prácticamente ayuda de nadie y gracias a su inagotable activismo político y a los dos libros que escribió, uno para explicar las consecuencias terribles de toda intervención estatal y otro que virtualmente proporciona un plan para establecer una sociedad sin gobierno, ha creado el movimiento libertario moderno.

Podrías decir: "*Debió ser un tipo impresionante, un genio, sin duda. Pero seguro que fue una especie de robot humano carente de todo sentido del humor, un hombre solitario que regurgitaba amargas críticas a unos mortales con los que no se podía identificar*".

Ahora bien, esto entronca con la característica realmente sorprendente de Murray Rothbard, —era un tipo divertido, un ser humano de carne y hueso—. Lo veréis enseguida en cuanto empecéis a leer sus ensayos, pero me temo que si el presente volumen es vuestra única muestra de la obra de Rothbard, puede daros la impresión de que su prosa era muy entretenida considerando, digamos, la densidad de su temática. Pero, ¿Qué esperáis? La mayoría de estos ensayos se publicaron originalmente en *Free Market*, un boletín de noticias, obviamente, dedicado a los aspectos económicos y políticos, temas que pueden ser a veces (a pesar de su enorme importancia) un poco áridos. Si esta es vuestra reacción, es absolutamente necesario que leáis "*The Irrepresible Rothbard*" ("*El Incontenible Rothbard*"), una colección de algunos de sus ensayos más ligeros. Allí podréis ver la misma lógica impecable, la honestidad brutal y el maravilloso ingenio, pero en el contexto de polémicas anti-belicistas, reflexiones políticamente incorrectas sobre varios conflictos raciales y sexuales, sorprendentemente plausibles teorías de la conspiración, insensibles críticas *ad hominem* a ciertas personas (por más que sean indudablemente divertidas) que Rothbard no soportaba, las ya clásicas burlas de Clinton y, lo creáis o no, críticas de cine que son mucho más profundas que las que es probable que os encontréis en vuestro periódico local.

Como mencioné anteriormente, la mayoría de los ensayos del presente volumen aparecieron originalmente en *Free Market*, el boletín de noticias difundido mensualmente por el *Instituto Ludwig von Mises*, que fue fundado en 1982 para promover e impulsar el legado del amado mentor de Rothbard. Ludwig von Mises (1881-1973) fue en vida el campeón indiscutible de la

Escuela Austriaca de Economía. (El término "austriaco" se refiere a la nacionalidad de los pioneros de la escuela;. no se debe a que los economistas austriacos estudiaran la tasa de desempleo de Viena). Entre sus logros teóricos fue la incorporación, a principios del siglo XX, de los precios del dinero en la estructura subjetivista y marginalista que otros economistas de la época habían utilizado sólo para explicar los precios en una economía de trueque. Mises también se basó en el trabajo de su propio mentor, Eugen von Böhm-Bawerk, así como Knut Wicksell, para elaborar una teoría del ciclo económico que culpaba, no al capitalismo, sino a las manipulaciones del sistema bancario efectuadas por el gobierno central (fue por sus trabajos de desarrollo de la teoría del ciclo de Mises que Friedrich Hayek ganó el Premio Nobel de Economía en 1974)

Otra contribución importante del trabajo de Mises fue la cuestión de la metodología. Sostenía que las leyes económicas son un subconjunto de la "Praxeología", la Lógica o la ciencia de la acción humana, y no eran comparables a las leyes físicas de las ciencias naturales. En las Ciencias Naturales, se observa el resultado real —la trayectoria de una bala de cañón, digamos— y después se idea una hipótesis que explique las fuerzas causales intervinientes. Por el contrario, en las ciencias sociales (ya sea la Criminología, Sociología, Psicología o Economía) presumiblemente sabemos las fuerzas que motivan su funcionamiento, al menos con cierta generalidad: cuando un hombre roba un banco, no estudiamos las fuerzas físicas en los átomos de su cuerpo, sino que más bien nos preguntamos: "*¿Qué le condujo a realizar ese acto desesperado? ¿No tenía un sólido modelo a seguir que le enseñara a distinguir el bien del mal?*" y así sucesivamente. (No es tanto que no podamos utilizar los métodos del físico o del químico, sino que no nos llevarían muy lejos. Desde luego, no ayudarían a los detectives a recuperar el botín! Para eso sería necesario "entrar en la mente" del ladrón). Mises observó el creciente número de análisis económico (al menos a comienzos del siglo XX) y cristalizó su esencia como deducciones lógicas que parten del hecho de que las personas actúan; en otras palabras, Mises pensó que la validez de todas las leyes económicas era deducible del hecho de que las personas son racionales (aunque puedan errar), seres que eligen medios para (intentar) conseguir los fines que desean. Traigo este punto a colación porque ciertas personas tienden a meter en el mismo saco a todos los economistas de "libre mercado",

con lo que, según ellos, Milton Friedman y Ludwig von Mises (o Murray Rothbard) "estarían diciendo en esencia lo mismo". La cuestión del correcto fundamento de la ciencia económica es un ejemplo mayúsculo del error de esa negligente clasificación; en exacta contradicción con el punto de vista de Mises y Rothbard, Milton Friedman es famoso por la defensa que hizo del Positivismo Económico, es decir, de la aplicación de los métodos de las ciencias físicas a las ciencias sociales.

Hay otra diferencia entre Mises (y Rothbard) y populares defensores del *laissez-faire* como Milton Friedman o, más recientemente, heroicos políticos "conservadores" estadounidenses como Lawrence Kudlow o Alan Greenspan. Es cierto que todos esos economistas estarían de acuerdo, por ejemplo, en que una reducción en el impuesto sobre las ganancias de capital sería buena para la economía de Estados Unidos, o en que el aumento del salario mínimo a 10 dólares la hora perjudicaría a las minorías urbanas. En ese sentido, son todos "anti-gobierno". Pero Mises (y más aún, Rothbard) era mucho más coherente en su defensa de la libertad individual y la libre empresa, así como en su condena a la intervención gubernamental en la economía. Friedman defiende un "impuesto negativo sobre la renta“ —es decir, un programa asistencial del Estado del Bienestar que es novedoso únicamente por el método que emplea para calcular el importe de los cheques que paga— y Greenspan y Kudlow desde luego no consideran que "el gobierno sea el problema" cuando de la Reserva Federal se trata.

Por supuesto, algunos pueden pensar que estas últimas observaciones son a la vez injustas y políticamente ingenuas. De hecho, una de las mayores quejas contra Mises, y contra Rothbard también, es sobre todo que fueron empecinados ideólogos "dogmáticos" que, en mérito a unos principios poco realistas, negaron su apoyo a un movimiento que iba en la dirección correcta. Aunque no suscribo esta objeción, esta introducción no es el lugar para que yo la conteste. Permítanme mencionar, sin embargo, que otra objeción popular es que Rothbard fue un vendido que, según de donde soplaran los cambiantes vientos políticos, se acabaría aliando con comunistas, Demócratas, Republicanos proteccionistas, etc.... Podéis decir lo que queráis de su visión estratégica —y es que el enorme crecimiento de un movimiento "anarco-capitalista" en extremo radical es un punto a su favor— pero Rothbard no puede ser a la vez un purista dogmático y un oportunista vendido.

Me gustaría poder incluir algunas de mis anécdotas personales de Rothbard para dar una idea de cómo era el hombre, pero por desgracia nunca le conocí. Como dicen muchos de John F. Kennedy, puedo verdaderamente recordar exactamente dónde estaba cuando me enteré de la noticia de su muerte. Yo era entonces estudiante de Economía en el *Hillsdale College* y otro estudiante me dijo que "cierto renombrado economista de libre mercado" había fallecido. Al tiempo que sentía una punzada en el estómago le pregunté: "*No será Murray Rothbard ¿Verdad?*". A lo que mi amigo respondió: "*Sí, ese era su nombre*". Me sentí muy decepcionado porque, en muchos aspectos, el trabajo de Rothbard (tanto en Economía como en Filosofía Política) había sido el patrón por el que se juzgaría mi propia obra. En aquellos temas en los que no estábamos de acuerdo —y había muchos— yo quería oír lo que contestaría a mis críticas y eso sería ahora imposible (sí, así de absorto en mí mismo estaba yo, como cualquier otro estudiante universitario americano). Sin embargo, en las cuestiones en las que estábamos de acuerdo —en las que realmente Rothbard dio en el clavo— ¡Qué bien lo hizo!

Lo veréis en esta colección. Además de certera, la prosa de Rothbard también es precisa y directa (en contraste, las tesis de Hayek a menudo son válidas y extremadamente precisas, pero pueden incluir siete párrafos a tres columnas). También os parecerá que Rothbard fue un hombre con amplísimos conocimientos. Parafraseando a Mark Twain: cuanto más viejo me hago, más inteligente se vuelve Murray Rothbard. Me di cuenta de esto cuando dí por primera vez clase en un curso avanzado de Economía Austriaca y una de las lecciones era el famoso ensayo de Rothbard: "*Toward a Reconstruction of Utility and Welfare Economics*" ("*Reconsiderando la Economía de la Utilidad y el Bienestar*") (1956). Al haberme recién licenciado en un programa de doctorado bastante exigente de Matemáticas aplicadas a la Economía, me consideraba bien formado sobre conceptos abstractos tales como las funciones de utilidad de Von Neumann-Morgenstern. Me sorprendió entonces comprobar que Rothbard era perfectamente diestro con la sofisticación matemática de esas demostraciones y podía identificar las falsedades subyacentes en los planteamientos iniciales. Me sorprendí una vez más cuando al releer la presente colección, me topé con el ensayo de Rothbard sobre la teoría del caos. Gracias a un seminario honorífico sobre "orden espontáneo" (es decir, la aparición de fenómenos macro organizados a partir de simples fundamentos

micro) yo acababa de leer un libro entero sobre la historia y las aplicaciones actuales de la teoría del caos —y así es como supe que, al parecer, Rothbard había hecho lo mismo, porque su ensayo contiene referencias a nombres y cuestiones que por su sutileza sugieren una comprensión profunda—. Lo que es particularmente irónico es que había leído ese artículo años antes, cuando la presente colección de ensayos apareció por primera vez, y debí saltarme esas sutilezas, porque entonces yo no sabía muy bien de lo que Rothbard estaba hablando.

La otra anécdota que puedo compartir se refiere a un viaje por carretera que hice con mi madre y su amiga. Me había llevado mi primer ejemplar de la obra (de la primera edición) a pesar de haberla ya leído de principio a fin. En algún momento de su viaje, la amiga de mi madre se aburría y le preguntó si podía echarle un vistazo. Accedí aunque no sin cierta vacilación porque aunque yo sabía que Rothbard era genial, seguramente una "persona normal" lo encontraría aburrido y obra de un chiflado. Pero resulta que tras leer unas pocas páginas, empezó a reírse y a hablar del libro con mi madre. Le gustó especialmente la observación de Rothbard de que las casas nuevas no se pueden construir para que duren tanto como las más viejas porque: "*Oh, hoy en día no podríamos permitirnos construir de esa manera*". En resumen, aunque no puedo recordar exactamente qué es lo que despertó en mi esa sensación de inseguridad —aunque, creo que yo entonces todavía era adolescente—, era completamente infundada.

Aunque a muchos de nosotros, los libertarios más jóvenes, nos sorprendió y desilusionó el Partido Republicano de George W. Bush por sus déficits sin precedentes y su propensión a conquistar otros países, algunos de los ensayos de esta colección nos muestran que esto no es nada nuevo. De Ronald Reagan escribe Rothbard:

> No es casualidad que el mismo Gobierno que se las arregló para aunar la retórica de "quitarnos el gobierno de encima“ con la realidad de un enorme crecimiento del mismo, sea también el que recuperó un Keynesianismo fracasado y Estatista en nombre de la prosperidad y la libertad de empresa.

En un ensayo posterior sigue diciendo:

> Desde el principio de la Administración Reagan, los tan anunciados "recortes" en la sección denominada oficialmente

> como "impuesto sobre la renta" de nuestros impuestos sobre los salarios han sido más que compensados por el aumento de los destinados a los pagos a la "Seguridad Social". Pero dado que se ha condicionado al público para que crea que las cuotas que se pagan a la Seguridad Social no son de alguna manera un impuesto, las Administraciones de Reagan y de Bush han podido salirse con la suya y aparentar que son los heroicos campeones de los recortes de impuestos y la resistencia frente a las veleidades impositivas de los malvados Demócratas.

En cuanto a Oriente Medio, el ensayo de Rothbard "*Why the Intervention in Arabia?*" ("*¿Por qué la Intervención en Arabia?*") es una lectura conveniente para hoy en día (un fenómeno similar ocurre si uno escucha los desvaríos de los monólogos del fallecido comediante Bill Hicks. A pesar de que murió antes de la invasión de Iraq, uno podía escuchar durante varios minutos sus críticas a las justificaciones de "Bush" en favor de la guerra y su hipócrita demonización de Sadam, sin darse cuenta de que Hicks estaba refiriéndose a George Herbert Walker Bush).

Empecé esta introducción diciendo que Murray Rothbard fue uno de los pensadores más importantes del siglo XX. En gran parte, gracias a los esfuerzos del *Mises Institute*, su obra, de la que la presente colección es sólo una muestra, sigue llegando a un público cada vez más amplio. Quizás en el futuro se considere a Murray Rothbard como uno de los pensadores más influyentes del siglo XXI pero hoy es aún demasiado pronto para estar seguros de ello.

Robert P. Murphy

Hillsdale College

Diciembre 2005

BUSCANDO EL SENTIDO ECONÓMICO

1.-¿ES VERDAD QUE "*LO QUE IMPORTA ES LA ECONOMÍA ¡¡ESTÚPIDO!!*"?

Uno de los persistentes lemas de la campaña de Clinton de 1992 aún perdura: si "*Es la Economía, estúpido*", entonces ¿Por qué no ha recibido el presidente Clinton el reconocimiento público que merece por nuestra gloriosa recuperación económica? De ahí la conclusión de que la rotunda derrota Demócrata de Clinton de noviembre de 1994 se debió a su fracaso a la hora de "transmitir el mensaje" al público, siendo el mensaje la buena nueva de nuestra actual prosperidad económica.

Algunos de sus más brillantes partidarios se dieron cuenta de que el presidente y su equipo habían estado repitiendo sin parar ese mensaje por toda América. Por lo que recurrieron a la plausible explicación alternativa: que sus votantes habían sufrido una enajenación transitoria de tanto escuchar a Rush Limbaugh y a sus colegas.

Entonces, ¿Qué es lo que salió mal según esta popular línea de razonamiento? Como de costumbre, son muchas las falacias contenidas en ese análisis político. En primer lugar, está el crudo determinismo económico, que a menudo se denomina "Marxismo vulgar". Si bien el estado de la economía es sin duda importante en la formación de las actitudes políticas de los ciudadanos, hay muchas razones no económicas para el descontento público.

Por ejemplo, el público es particularmente sensible a la delincuencia, a los controles sobre la tenencia de armas, a la inmigración y al continuo asalto a gran

escala, protagonizado por el gobierno y la cultura izquierdista dominante, que sufren lo religioso, lo "burgués" y los principios éticos tradicionales.

Otras razones no económicas son: un creciente y generalizado escepticismo en cuanto a que los políticos vayan a mantener sus promesas con los votantes, un escepticismo que nace de las experiencias vividas y no de ninguna infección por el bacilo del "cinismo". *A fortiori,* y como algo desvinculado de la economía, hubo una repulsión intensa hacia el presidente, su esposa y sus rasgos personales ("una cuestión de carácter"), una respuesta visceral que tuvo un gran impacto en las elecciones.

Pero aún dejando aparte las numerosas motivaciones no económicas de las actitudes políticas y de las acciones del público, el común argumento según el cual lo que importa "es la economía" sigue sin considerar algunas importantes características de la motivación económica que subyacen en las decisiones políticas. Porque el famoso lema Clintoniano ni siquiera empieza a poner el foco sobre la totalidad de los importantes aspectos de la economía.

En cambio, para captar el significado Clintoniano, ese sentimiento debería ser reformulado como "es el ciclo económico, estúpido". Ya que lo que los clintonianos y los medios de comunicación están realmente defendiendo es "el determinismo del vulgar ciclo económico": si la economía está en auge, los que gobiernan serán reelegidos; si estamos en recesión, el público va a echar al partido del poder.

El "ciclo económico" puede parecer a primera vista como equivalente a "la economía", pero en realidad no lo es. Hay aspectos vitales de la economía que sienten los votantes y que no son cíclicos, no son parte de un proceso de auge y caída, sino que son más bien reflejo de tendencias "seculares" (a largo plazo). Lo que esté pasando con los impuestos, con el nivel de vida y con el concepto intangible, inconmensurable, pero esencial, de la "calidad de vida" tiene la mayor importancia. Hasta el punto de que con frecuencia lo es más que determinar si técnicamente nos hallamos en la fase de expansión o de contracción del ciclo.

De hecho, en cuanto a lo económico se refiere, el principal motivo de queja que mueve al público tiene poco o nada que ver con el ciclo económico, con el auge o con la recesión: es algo que viene de lejos y en apariencia algo permanente, en concreto, un inexorable, debilitante y lento declive en el nivel de vida que oprime el espíritu y el bolsillo de la gente. Los impuestos, y la carga fiscal sobre las

ganancias, siguen subiendo, en todas las áreas de gobierno: en la federal, estatal, comarcal y local de gobierno. Los disfraces semánticos ya no funcionan: aunque se les llame "cuotas", "cotizaciones" o "primas de seguro“, son impuestos y están absorbiendo cada vez más recursos de la gente.

Y mientras que los economistas del *Esta*[2]*blishment*, los estadísticos y los expertos financieros siguen proclamando que "la inflación ha sido erradicada", que "los factores económicos estructurales impiden una vuelta de la inflación", y el resto de toda esa palabrería, todos los consumidores sienten en el corazón y en la billetera que los precios que pagan en el supermercado, en la tienda, en la matrícula del colegio, en los seguros, en las suscripciones a revistas, siguen subiendo más y más, y que el valor del dólar sigue bajando y bajando.

El desprecio de los "científicos" económicos cuando califican de meramente "anecdótica" a toda la experiencia acumulada por los consumidores, los datos numéricos y sus manipulaciones estadísticas, que pretenden demostrar que el crecimiento económico es muy robusto, que la economía está funcionando espléndidamente, que ya no hay inflación y todo lo demás, tampoco les está dando resultado. Al final, toda esa "ciencia" sólo sirve para convencer al público de que los expertos económicos y los estadísticos, junto con abogados y políticos, no son más que una pandilla de —¿Cómo podríamos llamarlos?— "especialistas de la desinformación".

Si todo va tan bien, cada vez que el público quiere saber: ¿Cómo es que los matrimonios jóvenes de hoy ya no pueden permitirse el nivel de vida que tenían sus padres cuando se casaron? ¿Cómo es que no pueden permitirse el lujo de comprar una casa propia? Uno de los gloriosos logros de la experiencia estadounidense siempre fue que cada generación esperaba que sus hijos estuvieran mejor que ellos. Esta expectativa no fue el resultado de un "optimismo" sin sentido; se basaba en la experiencia de cada generación, que de hecho había sido más rica que sus padres.

---

2 Grupo de poder, poder establecido, o clase dominante son algunos de los términos usados, según contexto y procedentes del inglés establishment, para referirse al grupo dominante visible o élite que ostenta el poder o la autoridad en una nación. El término se refiere a un cerrado grupo social que selecciona a sus propios miembros (opuesto a la selección por herencia, méritos o elecciones) y puede ser usado para describir estructuras específicas de élite arraigadas en algunas instituciones, pero su aplicación suele ser informal y es probablemente más utilizado por los medios de comunicación que por los académicos (wikipedia.org) (N. del T.).

Pero ahora la realidad es justo la opuesta. La gente sabe que está peor que sus padres y por lo tanto racionalmente espera que sus hijos estén en aún peores condiciones. Dondequiera que vas obtienes la misma respuesta: "*¿Por qué no se puede construir hoy un nuevo edificio con las mismas cualidades de robustez que las de esta casa (de 50 años de antigüedad)? .... . Oh, hoy no podríamos construir una casa así*".

Incluso las estadísticas oficiales confirman este punto, si sabes dónde buscar. Por ejemplo, la renta media real en dólares (esto es, corregida por la inflación) de las familias estadounidenses es menor que en 1973. Y si después desagregamos los datos de los hogares, obtenemos un panorama mucho más sombrío. Los ingresos familiares no sólo se han reducido ligeramente; se han derrumbado en los últimos 20 años debido al enorme aumento de la proporción de mujeres casadas que ha ingresado en la fuerza laboral.

Este cambio masivo de la maternidad y las tareas domésticas al tedio de las oficinas y los relojes de fichar ha sido interpretado por nuestra cultura de izquierdas dominante como un glorioso triunfo del feminismo que ha liberado a las mujeres de la servidumbre de ser amas de casa para que puedan desarrollar su personalidad en una carrera satisfactoria. Si bien esto puede ser cierto para algunas ocupaciones, uno sigue oyendo por todas partes que "*la razón por la que me puse a trabajar se debe a que ya no nos podíamos permitir el lujo de vivir con un solo salario*."

Una vez más, como no hay manera de cuantificar las motivaciones subjetivas, no podemos medir este factor, pero sospecho que la gran mayoría de las mujeres que trabajan, es decir, aquellas que persiguen carreras no glamorosas, solamente trabajan para evitar que los ingresos familiares sufran una abrupta caída. Si se tuvieran en cuenta sus preferencias, sospecho que volverían encantadas a la tan denostada familia de "Ozzie y Harriet" de la era Neandertal.

Por supuesto, hay algunos sectores de la economía que en efecto están creciendo rápidamente, en los que los precios están bajando en vez de subir; en particular, la industria informática y todo lo que emerge de la tan alabada "superautopista de la información", cuando, en algún maravilloso momento del inmediato o más distante futuro, los estadounidenses puedan ahogar sus crecientes miserias en la gloria de sus 500 canales interactivos, digitales, cibernéticos, que les ofrezcan su sub-variante de estupideces sin sentido.

Este es un futuro que puede satisfacer a gurús tecno-futuristas como Alvin Toffler y Newt Gingrich, pero el resto de nosotros apuesto que será cada vez más infeliz y estará más dispuesto a arremeter contra el sistema político que —por medio de masivos impuestos, de dinero y crédito baratos, sistemas de seguridad social, órdenes y reglamentos gubernamentales— nos ha traído este secular deterioro que ha destruido el sueño americano.

2.-DIEZ GRANDES MITOS ECONÓMICOS.

En nuestro país hay un gran número de mitos económicos que distorsionan el pensamiento del público sobre los problemas importantes y lo llevan a aceptar erradas y peligrosas políticas gubernamentales. Aquí están diez de los más peligrosos de esos mitos y una crítica que expone sus defectos.

Mito 1: Los déficits son la causa de la inflación; los déficits no tienen nada que ver con la inflación.

En las últimas décadas siempre ha habido un déficit federal. La respuesta invariable del partido de la oposición, cualquiera que fuera, ha sido denunciar esos déficits como causa de perpetua inflación. Y la respuesta invariable de cualquier partido en el poder ha sido negar que los déficits tengan algo que ver con la inflación. Ambas afirmaciones son mitos que se contradicen.

Los déficits significan que el gobierno federal está gastando más de lo que está recaudando en impuestos. Esos déficits pueden ser financiados de dos maneras. Si son financiados con la venta de deuda del Tesoro que adquiere el público, los déficits no son inflacionarios. No se crea ningún nuevo dinero; las personas e instituciones simplemente disponen de sus depósitos bancarios para comprar la deuda y el Tesoro gasta ese dinero. El dinero ha sido simplemente transferido del público al Tesoro, y después es gastado y lo reciben otros miembros del público.

Por otro lado, el déficit puede ser financiado mediante la venta de deuda pública al sistema bancario. Si eso ocurre, los bancos crean dinero nuevo al crear nuevos depósitos bancarios y utilizarlos para comprar deuda. El nuevo dinero, en forma de depósitos bancarios, lo gasta después el Tesoro y con ello entra de forma permanente en el flujo de gasto de la economía, elevando los precios y creando

inflación. Mediante un complejo proceso la Reserva Federal permite a los bancos crear nuevo dinero previa generación de reservas bancarias por importe de una décima parte de esa suma. Por lo tanto, si los bancos han de comprar 100 mil millones de dólares en nuevos bonos para financiar el déficit, la Fed compra aproximadamente 10 mil millones de dólares en bonos del Tesoro antiguos. Esta compra aumenta las reservas bancarias en 10 mil millones de dólares, lo que permite a los bancos acumular nuevos depósitos bancarios o numerario a razón de hasta diez veces esa cantidad. En resumen, el gobierno y el sistema bancario que aquél controla, en efecto, "imprimen" dinero nuevo para pagar el déficit federal.

Así pues los déficits son inflacionarios en la medida en que los financie el sistema bancario; no son inflacionarios en la medida en que sea el público quien los suscriba.

Algunos políticos apuntan al período 1982-1983, cuando el déficit se estaba acelerando y la inflación estaba bajando, como una "prueba" estadística de que el déficit y la inflación no tienen ninguna relación entre sí. No hay ninguna prueba de que esto sea así en absoluto. Los cambios en el nivel general de precios están determinados por dos factores: por la oferta de dinero y por la demanda de dinero. Durante 1982-1983 la Fed creó dinero nuevo a un ritmo muy elevado, aproximadamente un 15 por ciento anual. Gran parte del mismo se destinó a financiar la expansión del déficit. Pero, por otro lado, la depresión severa de esos años causó graves pérdidas a las empresas lo que incrementó la demanda de dinero (es decir, se redujo el deseo de gastar dinero en bienes). Este aumento compensatorio temporal en la demanda de dinero no hizo que los déficits fueran menos inflacionarios. De hecho, a medida que avanzó la recuperación, el gasto subió, la demanda de dinero se redujo y el nuevo dinero gastado aceleró la inflación.

Mito 2: Los déficits no tienen un efecto de desplazamiento o expulsión de la inversión privada.

En los últimos años ha habido una comprensible preocupación por la baja tasa de ahorro e inversión en Estados Unidos. Una preocupación es que los enormes déficits federales desviarán el ahorro hacia un gasto público improductivo y con ello disminuirá a largo plazo la inversión productiva, generándose cada vez

mayores problemas para que los niveles de vida de la población mejoren o se mantengan.

Algunos políticos intentaron una vez más refutar esa acusación por medio de estadísticas. En 1982-83, declararon que los déficit eran elevados y estaban aumentando mientras que los tipos de interés caían, lo que indicaba que los déficits no tenían ningún efecto de expulsión.

Este argumento demuestra una vez más la falacia de tratar de refutar la Lógica con estadísticas. Los tipos de interés bajaron porque con la recesión se redujo el endeudamiento de las empresas. Sin embargo, los tipos de interés "reales" (tipos de interés menos la tasa de inflación) se mantuvieron a unos niveles elevados y sin precedentes —en parte debido a que la mayoría de nosotros esperábamos un repunte de la inflación y en parte debido al efecto de expulsión—. En cualquier caso, la Estadística no puede refutar a la Lógica; y la Lógica nos dice que si los ahorros se van a bonos del gobierno, necesariamente habrá menos ahorro disponible para la inversión productiva del que habría habido y los tipos de interés serán más altos de lo que lo hubieran sido sin los déficits. Si los déficits los financia el público, entonces ese desvío del ahorro a proyectos del gobierno es directo y palpable. Si los déficits se financian con inflación bancaria, entonces, el desvío es indirecto, ahora la expulsión se produce porque el nuevo dinero recién "impreso" por el gobierno compite por los recursos con el viejo dinero que el público había ahorrado.

Milton Friedman intenta desvirtuar el efecto de expulsión de los déficit afirmando que todos los gastos del gobierno, no sólo los déficits, desplazan el ahorro privado y la inversión. Es cierto que el dinero desviado en impuestos también podría haberse ido hacia el ahorro privado y la inversión privada. Pero los déficits tienen un efecto de contracción mucho mayor que el gasto global, ya que cuando los déficits los financia el público, obviamente, recaen sobre el ahorro y solo sobre el ahorro, mientras que los impuestos reducen el consumo de la población y también sus ahorros.

Por lo tanto, los déficits, se les mire como se quiera, causan graves problemas económicos. Si son financiados por el sistema bancario son inflacionarios. Pero incluso cuando son financiados por el público, seguirán causando graves efectos de expulsión, al desviar los muy necesarios ahorros de la inversión privada productiva a innecesarios proyectos del gobierno. Y, además, cuanto mayores

sean los déficits, mayor será la permanente carga del impuesto sobre la renta que soportará el pueblo estadounidense para atender los crecientes pagos en concepto de intereses, un problema agravado por los altos tipos de interés provocados por los déficits inflacionarios.

Mito 3: el aumento de los impuestos constituye una cura para el déficit.

A quienes con toda razón les preocupa el déficit por desgracia ofrecen una solución inaceptable: aumentar los impuestos. Curar los déficits subiendo los impuestos equivale a pretender curar a alguien una bronquitis pegándole un tiro. La "cura" es mucho peor que la enfermedad.

Una de las razones de esto, como muchos críticos han señalado, es que un aumento de los impuestos, simplemente proporciona al gobierno más dinero, con lo que políticos y burócratas son propensos a reaccionar incrementando el gasto todavía más. Parkinson lo dejo bien claro en su famosa "Ley": "Los gastos se elevan hasta igualar los ingresos". Si el gobierno está dispuesto a tener, por ejemplo, un déficit del 20 por ciento, procurará elevar los ingresos aumentando el gasto aún más para mantener la misma proporción de déficit.

Pero incluso al margen de este juicio sagaz de Psicología Política, ¿Por qué debería alguien creer que pagar un impuesto más alto es mejor que pagar un precio más alto? Es cierto que la inflación es una forma de tributación que hace posible que el gobierno y otros primeros perceptores del nuevo dinero puedan expropiar a aquéllos cuyos ingresos aumentan más tarde a lo largo del proceso inflacionario. Pero, al menos con la inflación, la gente sigue obteniendo una parte de los beneficios del intercambio. Si el pan se eleva a 10 dólares la pieza, esto es lamentable, pero al menos aún se puede comer pan. Pero si suben los impuestos, te quitan tu dinero para beneficio de políticos y burócratas y te dejan sin servicio ni beneficio. El único resultado es que el dinero de los productores es confiscado en beneficio de una burocracia lo que no hace sino añadir sal a la herida ya que parte del dinero confiscado se utilizará para reprimir a la gente.

No, la única cura para el déficit es sencilla pero en la práctica ni se menciona: consiste en recortar el presupuesto federal ¿Cómo y dónde? En cualquier partida y en todas las partidas.

Mito 4: Cada vez que la Reserva Federal reduce la oferta de dinero, los tipos de interés suben (o bajan); cada vez que la Reserva Federal expande la oferta monetaria, los tipos de interés suben (o bajan).

La prensa financiera ahora sabe lo suficiente de Economía para vigilar semanalmente las cifras económicas de la masa monetaria como un halcón a su presa; pero es inevitable que interprete erróneamente esas cifras. Si la oferta de dinero aumenta, se interpreta como algo que reduce el tipo de interés y que tiene efectos inflacionarios; también se interpreta, muchas veces en el mismo artículo, que como desencadenante de una subida de los tipos de interés. Y viceversa. Si la Fed restringe la oferta monetaria se interpreta a la vez como causa de aumento y de disminución del tipo de interés. A veces parece que todas las acciones de la Fed, no importa lo contradictorio que ello pueda parecer, deben resultar en un aumento de los tipos de interés. Es evidente que aquí hay algo que no está claro.

El problema es que, como en el caso de los precios, hay varios factores causales que operan sobre los tipos de interés y lo hacen en distintos sentidos. Si la Fed aumenta la oferta de dinero, lo hace generando más reservas bancarias y ampliando la oferta de crédito bancario y los depósitos bancarios. La expansión del crédito significa necesariamente un aumento de la oferta de crédito en el mercado y por lo tanto una disminución del precio del crédito o sea del tipo de interés. Por otro lado, si la Reserva Federal restringe la oferta de crédito y el crecimiento de la oferta monetaria, esto significa que la oferta de crédito en el mercado disminuye lo que conlleva un aumento del tipo de interés.

Y esto es precisamente lo que ocurre durante el período que media entre los primeros diez y los veinte años de una inflación crónica. La expansión monetaria impulsada por la Reserva Federal hace que baje el tipo de interés; si la Fed reduce la oferta monetaria, el tipo de interés sube. Pero después de ese período, el público y el mercado comienzan a darse cuenta de lo que está pasando. Se percatan de que la inflación es crónica por la expansión sistemática de la oferta de dinero. Cuando adquieren consciencia de que esta circunstancia afecta a su nivel de vida, también notarán que la inflación perjudica a los acreedores en beneficio de los deudores. Por lo tanto, si alguien concede un préstamo al 4 por ciento al año y hay un 7 por ciento de inflación ese año, el acreedor pierde, no gana. Pierde un 3 por ciento, ya que ahora le pagan con unos dólares cuyo poder

adquisitivo ha descendido en un 7 por ciento. En consecuencia, el deudor sale ganando con la inflación. A medida que los acreedores comiencen a ser conscientes de ello, añadirán una prima al tipo de interés para compensar la inflación y los deudores estarán dispuestos a pagarla. Por lo tanto, a largo plazo todo lo que alimente las expectativas de inflación aumentará la prima de inflación que gravita sobre el tipo de interés; y cualquier medida que atenúe esas expectativas hará que se reduzca esa prima. Por lo tanto, un endurecimiento de la Fed tenderá ahora a amortiguar las expectativas de inflación y a hacer bajar el tipo de interés; una expansión de la Fed hará que crezcan esas expectativas y hará que suba el tipo. Hay dos cadenas causales opuestas en funcionamiento. Y así la expansión o contracción de la Fed puede hacer que suba o que baje el tipo de interés, en función de cual sea la cadena causal dominante.

¿Cual será más fuerte? No hay manera de saberlo con seguridad. En las primeras décadas de inflación no existe prima de inflación; en las décadas posteriores, como estamos ahora, sí. Los tiempos de respuesta y su fuerza relativa dependen de las expectativas subjetivas de la gente las cuales no se pueden predecir con seguridad. Y ésta es una de las razones por las que las previsiones económicas nunca pueden hacerse con certeza.

Mito 5: Los economistas valiéndose de gráficos y empleando rápidos modelos de cómputo informático pueden predecir el futuro con exactitud.

El problema de la predicción de los tipos de interés ilustra las dificultades de hacer predicciones en general. La gente es grosera y le gusta llevar la contraria con lo que su comportamiento, a Dios gracias, no se puede predecir de manera precisa. Sus valores, ideas, expectativas, y conocimientos cambian continuamente y cambian de forma impredecible. ¿Qué economista, por ejemplo, podría haber pronosticado (o pronosticó) la moda de las muñecas repollo o pimpollo (*Cabbage Patch Kids)* de la temporada de Navidad de 1983? Cada magnitud económica, cada precio, cada cantidad comprada o cifra de renta es la encarnación de los miles, incluso de los millones, de decisiones impredecibles que realizan los individuos.

Muchos estudios, formales e informales, se han hecho acerca del registro de las previsiones realizadas por los economistas y ha sido consistentemente pésimo. Los que hacen esas previsiones a menudo se quejan de que pueden hacerlas

bastante bien mientras se mantenga la tendencia actual; en lo que tienen dificultad es en captar los cambios de tendencia. Pero, por supuesto, no hay truco cuando se extrapolan las tendencias actuales al futuro próximo. No son necesarios modelos informáticos sofisticados para eso; se puede hacer mejor y mucho más barato utilizando una regla (de cálculo). El verdadero truco es precisamente pronosticar cuándo y cómo van a cambiar las tendencias y los que se dedican a hacer previsiones lo han hecho muy deficientemente. Ningún economista previó la profundidad de la depresión de 1981-1982, y ninguno predijo la fuerza del boom de 1983.

La próxima vez que os veáis influidos por la jerga o la aparente pericia económica del agorero de turno, haceros la siguiente pregunta: Si realmente puede predecir el futuro tan bien ¿Por qué está perdiendo el tiempo redactando boletines de noticias o haciendo consultoría cuando podría estar ganando miles de millones de dólares en la Bolsa y en los mercados de materias primas?

Mito 6: Ha de haber un equilibrio entre desempleo e inflación.

Cada vez que alguien pide al gobierno que abandone sus políticas inflacionarias, los economistas del *Establishment* y los políticos advierten que el resultado sólo puede ser un severo desempleo. Estamos atrapados y, por lo tanto, hemos de optar entre tener una elevada inflación o una elevada tasa de desempleo y se nos persuade de que, por consiguiente, tenemos que aceptar uno de ellos o los dos.

Esta doctrina ha servido de posición de repliegue a los Keynesianos. Originalmente nos prometieron que manipulando y ajustando el déficit y el gasto público podrían darnos prosperidad permanente y pleno empleo sin inflación. Luego, cuando la inflación se convirtió en crónica y creciente cambiaron de tono para advertirnos que había una supuesta solución de compromiso, con la que consiguieron debilitar cualquier eventual presión sobre el gobierno para que detuviera la creación inflacionaria de nuevo dinero.

La tesis que ha servido de solución de compromiso se basa en la supuesta "curva de Phillips", una curva inventada hace muchos años por el economista británico A. W. Phillips. Phillips correlacionó los incrementos de los salarios con el desempleo y afirmó que los dos se mueven en sentido inverso: cuanto más aumentan los salarios, menor es el desempleo. A primera vista, esta es una

peculiar teoría, puesto que va en contra de la lógica, del sentido común. La teoría nos dice que cuanto mayores sean los salarios, mayor será el desempleo; y viceversa. Si todos nos presentáramos mañana ante nuestro empleador e insistiéramos en que nos doblase o triplicase el salario, muchos de nosotros nos quedaríamos rápidamente sin trabajo. Sin embargo, este extraño descubrimiento fue acogido por el *Establishment* económico Keynesiano como si fuera el evangelio.

Por ahora, debe quedar claro que este hallazgo estadístico es contrario a los hechos y a la lógica. Durante la década posterior a 1950, la inflación fue sólo de alrededor de un 2 por ciento anual y el desempleo osciló entre un 3 y un 4 por ciento, mientras que más tarde el desempleo se movió entre el 8 y el 11 por ciento y la inflación entre el 5 y el 13 por ciento. En las últimas dos o tres décadas, en definitiva, la inflación y el desempleo han aumentado considerable y severamente. En todo caso, hemos tenido una curva de Phillips invertida. Desde luego lo que no ha habido es ningún compromiso entre inflación y desempleo.

Pero los ideólogos, a pesar de estar continuamente afirmando que sus teorías han sido “probadas“ por los hechos, rara vez los aceptan. Para salvar el concepto, simplemente han llegado a la conclusión de que la curva de Phillips sigue siendo una solución de compromiso entre inflación y desempleo, salvo que la curva se ha inexplicablemente "desplazado" a un nuevo conjunto de supuestas ventajas y desventajas. Con semejante mentalidad, por supuesto, nadie puede refutar jamás teoría alguna.

De hecho, la inflación actual, aún si reduce el desempleo en el corto plazo al inducir a los precios a subir por encima de los salarios (con lo que reduce los salarios reales), sólo creará más desempleo a largo plazo. Con el tiempo, los salarios se nivelan con la inflación y ésta inevitablemente trae consigo una recesión y más desempleo. Después de más de dos décadas de inflación, ahora estamos viviendo en ese "largo plazo".

Mito 7: La deflación —caída de los precios— es impensable y causaría una depresión catastrófica.

La gente tiene poca memoria. Nos olvidamos de que, desde el comienzo de la revolución industrial a mediados del siglo XVIII hasta el inicio de la Segunda Guerra Mundial, los precios, en general, descendieron año tras año. Esto se

debió a que el continuo incremento de la productividad y de la producción de bienes generada por el libre mercado hizo que los precios bajaran. Sin embargo no hubo depresión porque los costos cayeron junto con los precios de venta. Por lo general, los salarios se mantuvieron constantes mientras que el costo de la vida se redujo, por lo que los salarios "reales", o nivel de vida de todo el mundo, aumentó de manera constante.

Prácticamente el único momento en que los precios subieron a lo largo de esos dos siglos fueron períodos de guerra (Guerra de 1812, la Guerra Civil, la Primera Guerra Mundial), en los que los gobiernos contendientes inflaron la oferta monetaria para pagar los gastos bélicos hasta el punto de que las subidas de precios resultantes absorbieron y compensaron las bajadas de precios debidas a las continuas ganancias de productividad.

Podemos ver cómo funciona el capitalismo de libre mercado, sin la carga de la inflación del gobierno y de su banco central, fijándonos en lo que ha ocurrido en los últimos años en los precios de los ordenadores. Incluso un simple ordenador solía ser enorme, costando millones de dólares. Ahora, en un notable aumento de la productividad provocada por la revolución del microchip, los ordenadores están bajando de precio, incluso mientras escribo esto. Las empresas informáticas tienen éxito a pesar de los precios a la baja debido a que sus costos se han reducido, y la productividad ha sido creciente. De hecho, esa disminución de costos y de precios les ha permitido aprovechar el característico mercado de masas que resulta de la dinámica de crecimiento del capitalismo de libre mercado. "La deflación" no ha traído desastres a esa industria.

Lo mismo puede decirse de otras industrias de alto crecimiento, como la de las calculadoras electrónicas, los plásticos, los aparatos de televisión y los reproductores de vídeo. La deflación, lejos de traer una catástrofe, es señal de que hay un crecimiento económico sólido y dinámico.

Mito 8: El mejor impuesto es un impuesto "plano" sobre la renta, proporcional a los ingresos, sin exenciones o deducciones.

Por lo general, quienes proponen un impuesto plano sobre la renta añaden que la elliminación de las exenciones permitiría al gobierno federal reducir sustancialmente los tipos impositivos vigentes.

Pero este punto de vista supone, por un lado, que las actuales deducciones del impuesto sobre la renta son inmorales subsidios o "lagunas" que se deben cerrar para beneficio de todos. Una deducción o exención es sólo un "vacío legal" si se asume que el gobierno posee el 100 por ciento de los ingresos de todo el mundo y algunos piensan que el hecho de que se permita que parte de esos ingresos permanezcan libres de impuesto constituye un irritante "vacío legal." Permitir que alguien conserve una parte de sus propios ingresos no es ni un vacío ni un subsidio. Reducir los impuestos con carácter general mediante la supresión de las deducciones por gastos médicos, por el pago de intereses o por pérdidas no aseguradas, supone simplemente bajar los impuestos a un conjunto de personas (las que no han tenido que pagar muchos intereses, han tenido pocos gastos médicos o no han tenido un siniestro no cubierto por el seguro) a cambio de aumentarlos a quienes sí que han incurrido en tales gastos.

Además, tampoco hay ninguna garantía, ni siquiera una probabilidad, de que, una vez que las exenciones y deducciones se hayan eliminado, el gobierno mantenga el tipo del impuesto en el nivel más bajo. Si nos atenemos al registro histórico de los gobiernos, pasados y presentes, tenemos todas las razones para suponer que el gobierno nos quitará más dinero cuando vuelva a subir el tipo del impuesto (por lo menos) al nivel que tenía antes, con la consiguiente mayor y generalizada transferencia de recursos de los productores a la burocracia.

Se supone que el sistema tributario debe funcionar de forma más o menos análoga a como se comporten los precios o los ingresos en el mercado. Sin embargo, los precios en el mercado no son proporcionales a los ingresos. Sería un mundo peculiar, por ejemplo, aquel en el que Rockefeller se viera obligado a pagar 1.000 dólares por una barra de pan, es decir, a hacer un pago proporcional a sus ingresos en relación con los del hombre corriente. Eso significaría un mundo en el cual se aplicaría la igualdad en los ingresos de una manera particularmente extraña e ineficiente. Si un impuesto se cobrase como si fuera un precio de mercado, sería igual para cada "cliente", no proporcional a los ingresos de cada cliente.

Mito 9: Un recorte de impuestos ayuda a todos; no sólo a los contribuyentes, también el gobierno se beneficia puesto que los ingresos fiscales aumentan cuando los tipos se reducen.

Esta es la llamada "curva de Laffer", establecida por el economista de California Arthur Laffer. Se ideó como un medio para permitir a los políticos la cuadratura del círculo; aprobar recortes en los impuestos, manteniendo el gasto en el nivel actual y equilibrando el presupuesto, todo al mismo tiempo. De esta manera, el público disfrutaría de su recorte de impuestos, sería feliz con el presupuesto equilibrado y seguiría recibiendo los mismos subsidios del gobierno.

Es cierto que si los tipos fiscales son del 99 por ciento y se reducen al 95 por ciento, los ingresos fiscales van a aumentar. Pero no hay razón para asumir este tipo de conexiones sencillas en cualquier otro caso. De hecho, esta relación funciona mucho mejor en un impuesto local que en un impuesto nacional sobre la renta. Hace algunos años, el Distrito de Columbia decidió obtener algunos ingresos aumentando drásticamente el impuesto a la gasolina en su Distrito. Pero, después, los conductores podían simplemente atajar por la frontera de Virginia o de Maryland y llenar a un precio mucho más barato. Los ingresos por los impuestos sobre la gasolina disminuyeron en D.C. y para disgusto y confusión de los burócratas de D.C., tuvieron que retirar el impuesto.

Pero esto no es probable que suceda con el impuesto sobre la renta. La gente no va a dejar de trabajar o salir del país debido a la relativamente pequeña subida de impuestos, o hacer lo contrario, a causa de una reducción de impuestos.

Hay algunos otros problemas con la curva de Laffer. El tiempo que se supone que ha de transcurrir hasta que opere el efecto Laffer nunca se especifica. Y lo que es aún más importante: Laffer supone que lo que todos queremos es maximizar los ingresos fiscales del gobierno. Si —y es un gran si— estamos realmente en la mitad superior de la curva de Laffer, todos debemos entonces desear que se fije el tipo del impuesto en ese punto "óptimo" ¿Pero por qué? ¿Por qué hemos de terne como objetivo maximizar los ingresos del Estado? ¿Para aumentar al máximo, en definitiva, la proporción del producto privado que se desvía a las actividades del gobierno? Me parece que estamos más interesados en minimizar los ingresos del Estado empujando los tipos impositivos, muy muy por debajo de cualquiera que pueda ser el óptimo de Laffer.

Mito 10: Las importaciones procedentes de países donde la mano de obra es barata causan desempleo en Estados Unidos.

Uno de los muchos problemas con esta tesis es que ignora la cuestión: ¿Por qué son bajos los salarios en un país extranjero y altos en Estados Unidos? Comienza considerando a los salarios como un dato que viene dado y no responde a la pregunta de porqué son lo que son. Básicamente, son altos en Estados Unidos porque la productividad del trabajo es alta —porque los trabajadores aquí tienen la ayuda de grand cantidad de bienes de equipo tecnológicamente avanzados—. Los salarios son bajos en muchos países extranjeros, porque los bienes de equipo escasean y son tecnológicamente primitivos. Sin la ayuda de un gran capital, la productividad del trabajador es mucho menor que en Estados Unidos. Los salarios en cada país están determinados por la productividad de los trabajadores en ese país. Por lo tanto, los altos salarios en Estados Unidos no son una amenaza permanente para la prosperidad de América; son el producto de esa prosperidad.

¿Pero qué pasa con ciertas industrias que en Estados Unidos se quejan ruidosa y crónicamente de la competencia "desleal" de los productos de los países con salarios bajos? En este caso tenemos que darnos cuenta de que los salarios en cada país están interconectados de una industria, ocupación y región a otra. Todos los trabajadores compiten entre sí y si los salarios en la industria A son mucho más bajos que en otras industrias, los trabajadores —encabezados por los trabajadores jóvenes que comienzan sus carreras— abandonarán o se negarán a entrar en la industria A y pasarán a otras empresas o sectores en los que los salarios sean más altos.

Luego los salarios de los sectores que protestan son altos debido a que han sido superados por todos los demás sectores económicos de Estados Unidos. Si las industrias del acero o textil en Estados Unidos tienen dificultades para competir con sus homólogas del extranjero, no se debe a que las empresas extranjeras estén pagando salarios bajos sino a que otras industrias estadounidenses han hecho subir los salarios estadounidenses a un nivel tan alto que las industrias del acero y del textil no pueden pagar. En resumen, lo que realmente está sucediendo es que el sector del acero y el del textil y otras empresas están utilizando la mano de obra de manera ineficiente en comparación con otras industrias norteamericanas. Los aranceles o las cuotas a la importación para

mantener en funcionamiento a empresas o industrias ineficientes perjudica a todos los que que no trabajan en esa industria en todo el mundo. Se lesiona a todos los consumidores estadounidenses por la vía de mantener altos precios, baja calidad y poca o nula competencia y distorsionando la producción. Un arancel o una cuota a la importación es una medida equivalente a suprimir un ferrocarril o a destruir una aerolínea —su objetivo es hacer que el transporte internacional sea artificialmente caro—.

Los aranceles y las cuotas a la importación también dañan a otras industrias estadounidenses más eficientes al inmovilizar unos recursos que de otro modo se irían a usos más eficientes. Y, a la larga, los aranceles y las cuotas, como cualquier tipo de privilegio monopolístico conferido por el gobierno, no son buenos ni siquiera para las empresas protegidas y subvencionadas. Ya que, como hemos visto en los casos de ferrocarriles y líneas aéreas, las industrias que gozan de monopolio del gobierno (ya sea a través de tarifas o regulación) finalmente llegan a ser tan ineficientes que pierden dinero de todos modos y sólo pueden reclamar más y más rescates, para extender a perpetuidad su privilegiado refugio contra la libre competencia.

3.-HABLANDO DE "LOS TEMAS QUE IMPORTAN".

Dependiendo de cual sea el ánimo de uno, un año electoral es un momento de depresión o de diversión. Un aspecto desconcertante del período de campaña es la forma en que los respetables medios de comunicación redefinen nuestro idioma. Orwell escribió hace medio siglo que el que controla el lenguaje ejerce el poder y los medios de comunicación sin duda han demostrado que han aprendido esa lección. Por ejemplo, los respetables medios de comunicación presumen de ser ellos quienes delimitan los “Temas“ de cualquier campaña. Si el candidato X saca cualquier trapo sucio a su oponente Y, los medios de comunicación se apresuran a decir: "Eso es irrelevante. ¿Por qué no habla de los temas que interesan? "

En la carrera Bush-Dukakis, los medios de comunicación ungieron a la economía como el único tema que valía la pena; todo lo demás era sólo una cortina de humo diseñada para "distraer" de los "problemas reales". Uno podría pensar que semejante enfoque alegraría el corazón de cualquier economista, pero si eso es lo que pensaste, estás ignorando a los expertos en semántica al servicio de los

medios del *Establishment*. Porque la economía sólo puede ser abordada dentro de estrechos márgenes que son los admisibles. Cualquier otro enfoque se estima como algo extraño e inadecuado.

La atención de los medios se centra legítimamente en la recesión, pero de nuevo, sólo dentro de ciertas estrechas formas que son las únicas permitidas. Debido a la recesión, el desempleo se ha disparado (no hay "trabajo"); la vivienda asequible ha disminuido (los sin techo); la accesibilidad a los servicios de salud está viéndose dificultada por el aumento de los costos, y, además, en esos sectores en particular, los déficits se han disparado a 400 mil millones de dólares al año.

En resumen: hay una falta de puestos de trabajo, de servicios de salud, vivienda y otros bienes valiosos, y de ello se sigue, ya sea implícita o explícitamente, que el gobierno federal debe expandir su gasto en una cantidad enorme, como parte de su supuesta responsabilidad de suministrar tales bienes y servicios, o de velar por que sean suministrados. Cualquier persona a la que se le ocurra levantarse y decir, "*No es responsabilidad del gobierno federal suministrar esos bienes*" es, por supuesto, acusada de evadir y no discutir los temas por los siempre vigilantes y muy respetables medios de comunicación.

En la jerga de los medios de comunicación, "tratar" las cuestiones supone, en una palabra, aceptar las premisas Estatistas de los medios y discutir solemnemente sobre tecnicismos sin salirse de ese guión. Si, por ejemplo, alguien dice que el seguro nacional de salud equivale a socializar la medicina se le acusa de utilizar un lenguaje que infunde el "miedo" y de no debatir sobre los temas. Cualquiera que piense que el Socialismo o el colectivismo es un tema importante es apartado rápidamente a un lado.

Pero entonces, ¿Cómo va el gobierno federal a gastar cientos de miles de millones más y simultáneamente a reducir el déficit? Ah, por supuesto, recurriendo a la panacea: con un enorme aumento de los impuestos. Es sólo un mito que se celebre a cualquiera que propone recortes de los impuestos y que se ignore y aísle a los que piden que se aumenten. Aunque el público en general todavía pueda sentir un vestigio de admiración por los recortes de impuestos, suelen estar abrumados por las élites intelectuales y los medios de comunicación que pregonan machaconamente justo el mensaje contrario: que

proponer grandes aumentos de impuestos es "hacer frente a los problemas", es valiente y responsable.

Las discusiones de vía estrecha también tienen la ventaja de permitir a los omnipresentes "consejeros o asesores políticos" de Washington, D.C. traer a "expertos" supuestamente imparciales dispuestos a sacar a relucir los análisis computarizados de los supuestos resultados cuantitativos de cada aumento de impuestos que se proponga o de cualquier otro programa. Y así tenemos ese espectáculo poco edificante: en el que el candidato A propone un aumento de impuestos; su oponente B le acusa de que su plan costará al contribuyente corriente X-cientos de miles de millones de dólares; A acusa a B de "mentir", mientras que B hace lo mismo con otras propuestas de aumento de impuestos.

Lo más irritante de todo es la actual tendencia de los medios a hacer su supuesta "corrección" en las que un asesor político del bando propio, ya sea de un periódico o de una emisora, afirma que "los hechos son" que el aumento propuesto por B costará en cambio a los contribuyentes Y-cientos de miles de millones de dólares. La "corrección" de los medios de comunicación es más molesta porque todo el mundo se da cuenta de que cada candidato y sus seguidores van a maquillar sus propios programas todo lo posible y a criticar de la peor forma posible a los de sus oponentes; pero el propio sesgo de los medios de comunicación se hace pasar por la verdad y la objetividad de expertos.

Pero la cuestión es que nadie sabe realmente cuánto soportará cada grupo de afectados de cualquiera de esos programas. Las cifras que se arrojan como si fueran la verdad del Evangelio, como "hechos", en un país que siempre ha adorado las cifras, dependen de varios presupuestos que son todos falaces. Todos asumen, por ejemplo, que las relaciones cuantitativas entre las distintas variables económicas seguirán siendo lo que han sido en los últimos años. Pero la cuestión es que esas relaciones cambian y lo hacen de forma impredecible.

¿Cómo es que ni un solo economista de la era informática o ningún asesor político predijera la recesión actual? Que ni uno solo predijera su larga duración y calado? Precisamente porque esta recesión, al igual que todas las recesiones, es cuantitativamente única; si no hubiera habido alguna repentina variación en las distintas cifras, no habría habido una recesión, y aún estaríamos disfrutando de un auge aparentemente ausente de problemas. Como el ex banquero alemán Kurt Richebächer señaló en su “*Currency and Credit Market Newsletter*“ (boletín de

noticias “*Divisas y mercados de crédito*“, a diferencia de los años 1920 y 1930, los economistas ya no piensan; se limitan a enchufar unos datos numéricos obsoletos y luego se preguntan por qué todas sus previsiones salen siempre mal.

He aquí una sugerencia en cuanto a “Temas a tratar“ que nunca aparecerá en la lista de éxitos de los medios de comunicación: sí, el déficit público es un grave problema, pero nunca se ha de eliminar aumentando los impuestos (¡Ciertamente no durante una recesión!) sino recortando gastos. A diferencia de lo que convencionalmente creen los medios de comunicación, aumentar los impuestos no es estrictamente lo mismo, excepto aritméticamente, que reducir el gasto. El aumento de los impuestos o de los gastos agrava la peligrosa carga parasitaria del sector público improductivo, y de su clientela, sobre un sector privado, cada vez más pobre, pero productivo; mientras que la reducción de impuestos o de los gastos sirve para aligerar las cadenas que atenazan al productivo sector privado.

A la larga, como hemos visto con el Comunismo, el sector parasitario destruye al sector productivo privado y con ello perjudica incluso a los propios parásitos. Pero es irónico que la Izquierda, que aparenta estar tan preocupada por el estado del “medio ambiente" o de la Madre Tierra 5.000 años antes, adopte una perspectiva tan miope de la economía que solo ve los problemas inmediatos y se desentiende de los ahorradores, inversores y empresarios.

¿Dónde recortar el presupuesto federal? La forma más sencilla es la mejor: basta con aprobar una ley, que anule todas las existentes, por la que se prohíba a todas las Agencias del gobierno federal gastar más el año siguiente de lo que gastaron en algún año anterior —cuanto más alejado en el tiempo sea ese año, mejor, pero para empezar: ¿Qué tal 1979, el penúltimo año de la Administración Carter cuando el gobierno federal gastó 504 mil millones de dólares?—. Bastaría con decretar que ninguna Agencia pueda gastar más de lo que gastó en 1979; las Agencias que no existían en 1979 sólo podrían seguir existiendo a partir de ese momento, si así se quisiera, pero con financiación cero.

Pero, por supuesto, esta propuesta sería a la vez demasiado simple y demasiado radical para los asesores políticos del *Establishment*. Por definición, no puede venir incluida bajo la rúbrica oficial de "Temas a tratar".

4.-TERMINOLOGÍA ECONÓMICA CREATIVA.

Aunque en los últimos años los economistas al servicio del gobierno federal no han servido para nada, sí que han hecho grandes avances en lo que podríamos denominar "terminología económica creativa". En primer lugar han dado nueva definición al aparentemente simple término "recorte presupuestario". En los viejos tiempos, un "recorte presupuestario" era una reducción del presupuesto del próximo año por debajo del de este año. En ese antiguo sentido, en los primeros dos años de gobierno de Dwight Eisenhower en realidad se redujo sustancialmente el presupuesto, aunque no de forma espectacular, por debajo del del año anterior. Ahora tenemos "recortes presupuestarios" que no son recortes, sino más bien incrementos sustanciales con respecto a los gastos del año anterior.

La palabra "recorte presupuestario" fue sutil pero esencialmente redefinida como equivalente a reducir otra cosa. Lo que esa otra cosa pudiera ser no parecía importar, siempre y cuando el foco se apartase del gasto real medido en dólares. A veces era un recorte "en la tasa de aumento", otras veces era un recorte del gasto "real", en otros más se trataba de un porcentaje del PNB y aún otras veces era un recorte en el sentido de estar por debajo de las proyecciones anteriores para ese año.

El resultado de esa serie de "recortes" ha sido un aumento muy acusado y espectacular del gasto, no sólo en su acepción estricta antigua, sino también en todas las demás categorías. El gasto público ha aumentado considerablemente se mire como se mire. Como resultado, con arreglo a esa nueva terminología creativa, la idea misma de recorte presupuestario deja de tener el significado que tenía en la Constitución de Estados Unidos y ya no equivale a gastar menos dólares.

Otro ejemplo de terminología creativa fue la "reducción de impuestos" de 1981 a 1982, una reducción o recorte de impuestos que fue al parecer tan temible que tuvo que ser compensada con subidas de todos los impuestos a finales de 1982, en 1983, 1984 y en años sucesivos. Una vez más en los viejos tiempos, un recorte del impuesto sobre la renta significaba que la persona promedio podría encontrarse con que le quitaran menos dinero. Sin embargo, aunque los cambios fiscales de 1981-82 hicieron que algunas personas se vieran en esa situación, la mayoría de los contribuyentes se encontró con que los recortes de

impuestos se veían más que compensados por el continuo aumento de las cuotas a la Seguridad Social y por el "salto de tramo o escalón de renta", un término colorido para describir el proceso en virtud del cual la inflación (generada por la expansión de la masa monetaria que decide el gobierno federal) desplaza a todos los contribuyentes a un tramo de renta superior que viene gravado con un tipo más alto (y ello después de que la subida de precios ya los hubiera empobrecido). Así que, aunque oficialmente los tipos impositivos podrían seguir siendo los mismos, el contribuyente promedio estaría destinando al pago del impuesto una mayor porción de su renta.

Resulta que, aplicando la vieja terminología, la tan cacareada y muy denunciada "reducción de impuestos" no constituye recorte alguno sino más bien un aumento sustancial. A cambio del dudoso placer de este no-recorte, el público estadounidense tendrá que sufrir y soportar esa "compensación" durante los próximos años aunque, por desgracia, no sea otra cosa que un auténtico aumento de impuestos.

Por supuesto, los economistas al servicio del gobierno han hecho también sus aportaciones para intentar endulzar la píldora de la subida de impuestos. Ellos nunca se refieren a estos cambios como “aumentos“. No han sido aumentos en absoluto; eran "mejoras en el concepto de renta" y el "cierre de agujeros o lagunas fiscales". El mejor comentario sobre el concepto de "lagunas" fue el que hizo Ludwig von Mises. Mises señaló que el propio concepto de "lagunas" implica que el gobierno tiene derecho a apropiarse de todo el dinero que uno gana y que se hace necesario corregir el error del gobierno que ha hecho posible que se le escape un dinero que hace mucho tiempo que debía estar percibiendo.

A pesar de las promesas de un presupuesto equilibrado para 1984, nos encontramos con que el prolongado masaje de los términos "recorte presupuestario", "recorte de impuestos" y "mejoras" ha dado lugar a un déficit enorme que aparentemente es algo permanente y que no tiene precedentes. Una vez más, la terminología creativa ha venido al rescate. La vía utilizada consiste en aplicar un método consagrado en el tiempo que consiste en redefinir el concepto de déficit hasta vaciarlo de contenido.

Los Keynesianos lo redefinieron afirmando que, en una cosa que llamaban "Presupuesto de Pleno Empleo" no habría déficit, es decir, que descontando el gasto necesario para alcanzar pleno empleo, no habría déficit, hasta podría

haber superávit. Pero mientras que ese truco podría funcionar con un déficit de 20 mil millones de dólares, es un poco difícil hacer desaparecer una diferencia de 200 mil millones de dólares. Aún así, los economistas al servicio del gobierno lo siguen intentando.

Ya han redefinido los "déficits" como equivalentes a un "aumento real" de la deuda, es decir, del déficit una vez descontada la inflación. Cuanta mayor sea la inflación generada por el gobierno, entonces, más parecerá que el déficit se ha eliminado. Aplicando la misma magia terminológica, quienes defienden la desastrosa inflación galopante alemana de 1923 afirman que no había inflación en absoluto, ya que si comparamos los precios alemanes con el precio del oro, los primeros estaban en realidad disminuyendo. Y del mismo modo, según ellos, ya que en términos reales la oferta de marcos alemanes estaba bajando el verdadero problema de Alemania era que estaba imprimiendo muy poco dinero en vez de demasiado.

No hay una general aceptación de la idea de que, merced a algún truco de prestidigitación, en realidad no haya déficit. Pero se acepta la opinión según la cual un aumento de impuestos supone una "reducción" del déficit. Una vez más, en los viejos tiempos, una "reducción" de una deuda significaba que se había pagado una parte de la misma. Los economistas creativos de Washington, D.C. han logrado redefinir el término para que signifique un esperado menor aumento de la deuda del próximo año —una historia muy diferente—.

5.-TEORÍA DEL CAOS: DESTRUYENDO A LA ECONOMÍA MATEMÁTICA DESDE DENTRO.

El nuevo y más candente asunto en el campo de las Matemáticas, la Física y las ciencias colindantes es "la Teoría del caos". Es radical en sus implicaciones, pero nadie puede acusar a sus practicantes de ser enemigos de las Matemáticas, ya que sus matemáticas además de ser muy complejas, con sus avanzadas gráficas de ordenador, están en la vanguardia de la teoría matemática. En un sentido más profundo, la teoría del caos es una reacción contra los esfuerzos, el mucho bombo y los cuantiosos fondos que, durante muchas décadas, se han dedicado a temas tan de moda como profundizar en la exploración del núcleo del átomo o en llevar más lejos la especulación astronómica. La teoría del caos vuelve por fin a poner el foco

científico sobre el "microscópico" mundo real con el que todos estamos familiarizados.

Es apropiado que la teoría del caos tuviera sus inicios en el campo humilde pero frustrante de la Meteorología ¿Por qué parece imposible que todos nuestros más cualificados meteorólogos no sean capaces de predecir el clima, a pesar de tener ordenadores cada vez más potentes y de cada vez más datos,? Hace dos décadas, Edward Lorenz, meteorólogo en el *Massachusetts Institute of Technology (MIT)*, se topó con la Teoría del caos, al descubrir que diminutos cambios en el clima podían producir cambios enormes y volátiles en el clima. Llamándolo el efecto mariposa, Afirmó que el batido de una mariposa en Brasil bien podía producir un tornado en Texas y la denominó el efecto mariposa. Desde entonces, el descubrimiento de que pequeñas causas imprevisibles pueden tener efectos dramáticos y turbulentos se ha expandido a otros, aparentemente inconexos, reinos de la ciencia.

La conclusión, para el clima y muchos otros aspectos del mundo, es que el clima, en principio, no se puede predecir con éxito, sin que importe la cantidad de datos acumulados en nuestros ordenadores. Esto no es en realidad un "caos" ya que el efecto mariposa tiene sus propios patrones causales, aunque muy complejos (muchos de estos patrones causales siguen lo que se conoce como "número de Feigenbaum"). Pero aunque se pudieran conocer esos patrones ¿Quién en el mundo podría predecir la llegada de una mariposa batiendo sus alas?

La conclusión a la que llega la Teoría del caos no es que el mundo real sea caótico o en principio impredecible o indeterminado, sino a que en la práctica gran parte de él es impredecible. Y, en particular, que las herramientas Matemáticas como el Cálculo, que asumen superficies suaves y pasos infinitesimalmente pequeños, son profundamente defectuosas para examinar la mayor parte de los fenómenos del mundo real (por ello, los "fractales" de Benoit Mandelbroit indican que las curvas suaves son inapropiadas y engañosas para el modelado de las costas o de superficies geográficas).

La Teoría del caos es aún más complicada cuando se aplica a los acontecimientos humanos, tales como el funcionamiento de la Bolsa de Valores. Aquí los teóricos del caos han desafiado directamente a la Teoría Neoclásica ortodoxa del mercado de valores, al asumir que las expectativas del mercado son "racionales",

es decir, son omniscientes respecto del futuro. Si todos los precios en la Bolsa o en los mercados de materias primas descuentan perfectamente e incorporan un perfecto conocimiento del futuro, entonces los patrones de los precios de la Bolsa deben ser puramente accidentales, sin sentido, y aleatorios ("y seguir un itinerario aleatorio"), puesto que ya se tiene todo el conocimiento básico subyacente y éste ya ha sido incorporado a los precios.

El absurdo de creer que el mercado es omnisciente respecto del futuro, o que tiene un conocimiento perfecto de todas las futuras "distribuciones de probabilidades", se puede asimilar a la necedad que consiste en asumir que todos los eventos que se producen realmente en el mercado de valores son "aleatorios" es decir, que el precio de una acción cualquiera no está relacionado con ningún otro precio, pasado o futuro. Y sin embargo, un hecho fundamental de la Historia de la humanidad es que todos los hechos históricos están interconectados, que los patrones de causa y efecto impregnan los acontecimientos humanos, que hay muy poca homogeneidad y nada es aleatorio.

Con su enorme prestigio, los teóricos del caos han realizado una importante labor al denunciar ese tipo de asunciones y al reprender cualquier intento de hacer abstracciones estadísticas a partir de los concretos eventos del mundo real. De este modo, los teóricos del caos se oponen a la técnica estadística común que consiste en "suavizar" los datos sacando promedios móviles mensuales de doce meses —ya sea de precios, de la producción o del empleo—. Al tratar de eliminar los "elementos aleatorios" indentados y separarlos de los presuntos patrones subyacentes, los estadísticos ortodoxos, sin saberlo, se han desprendido de los propios datos del mundo real que son precisamente lo que debe estudiar.

Estas son sólo algunas de las implicaciones subversivas que la ciencia del caos ofrece de la Economía matemática ortodoxa. En efecto, si la teoría de las expectativas racionales no se ajusta al mundo real, entonces tampoco lo hace el equilibrio general, el recurso al cálculo infinitesimal al asumir minúsculos pasos, el conocimiento perfecto, y todo el resto del elaborado aparato neoclásico. Hace mucho tiempo que los neoclásicos recurren a sus conocimientos matemáticos y a avanzadas técnicas Matemáticas para azotar y desacreditar a los austriacos; ahora va y, sin saberlo, vienen los más avanzados teóricos matemáticos a dar la

réplica refrendando algunas investigaciones de los críticos austriacos que denunciaban la irrealidad y las distorsiones de la Economía Neoclásica ortodoxa. En la actual jerarquía Matemática, los fractales, la termodinámica no lineal, el número de Feigenbaum y todo lo demás se encuentran en un nivel muy superior a las anticuadas técnicas de los neoclásicos.

Esto no quiere decir que todas las afirmaciones filosóficas de la Teoría del caos deban darse por buenas sin más —en particular, las afirmaciones de algunos de sus teóricos de que la naturaleza es indeterminada o, incluso, que los átomos o moléculas tienen "voluntad propia"—. Pero los austriacos pueden aclamar a los teóricos del caos por haber acometido un vigorizante asalto a la Economía matemática ortodoxa desde dentro.

6.-LA ESTADÍSTICA: ¿DESTRUIDA DESDE DENTRO?

Por muy improbable que pueda parecer ahora, hubo un tiempo en el que en la Universidad se impartía una asignatura de Estadística. Después de cursar todas las asignaturas de Estadística de la carrera, me matriculé en un curso de postgrado en Estadística Matemática de Columbia con el eminente Harold Hotelling, uno de los fundadores de la moderna Economía Matemática. Tras asistir a varias clases de Hotelling, experimenté una revelación: la súbita comprensión de que toda la "ciencia" de la inferencia estadística se basaba en una suposición fundamental y que esa suposición era totalmente infundada. Dejé el curso de Hotelling y el mundo de la estadística, para no volver a él jamás.

La Estadística, por supuesto, es mucho más que la simple recopilación de datos. La inferencia estadística equivale a las conclusiones que se pueden sacar de esos datos. En particular, como —aparte del censo decenal de población de Estados Unidos— nunca conocemos todos los datos, nuestras conclusiones deben basarse en muy pequeñas muestras extraídas de la población. Después de tomar la muestra o muestras, tenemos que hallar la forma de realizar afirmaciones sobre la población en su conjunto. Por ejemplo, supongamos que queremos concluir algo sobre la altura media de la población masculina estadounidense. Puesto que no hay manera de que podamos movilizar a todos los varones estadounidenses y medir la altura de todos ellos, tomamos muestras de un pequeño número, digamos de 500 personas, seleccionadas de distinta

manera, y a partir de ella suponemos que podemos decir cual podría ser la altura promedio de los estadounidenses.

En la ciencia Estadística, la forma en que nos movemos de nuestras muestras conocidas a una población desconocida es hacer una suposición fundamental: que las muestras estarán, en cualquiera y en todos los casos —tanto cuando se trate de la altura como del desempleo o de cuantos votos va a recibir tal o cual candidato—, distribuidas en la población con arreglo a la denominada "curva normal".

La curva normal es una curva simétrica, con la típica forma de campana que recogen todos los manuales de Estadística. Debido a que todas las muestras se supone que caen alrededor de la cifra de población de acuerdo con esta curva, el estadístico se siente justificado a afirmar, a partir de una única muestra o de unas pocas muestras, que la altura de la población estadounidense, o la tasa de desempleo, o lo que sea, es sin duda XYZ dentro de un "nivel de confianza" de 90 ó 95 por ciento. En resumen, si, por ejemplo, una altura de la muestra para el hombre promedio es de 5 pies y 9 pulgadas, 90 ó 95 de cada 100 de individuos de esa muestra estarán dentro del rango previamente definido de 5 pies y 9 pulgadas. A esas concretas cifras se llega simplemente suponiendo que todas las muestras se distribuyen en la población de acuerdo con esa curva normal.

Es gracias a las propiedades de la curva normal, por ejemplo, que los encuestadores electorales podrían afirmar, con confianza abrumadora, que Bush se vio favorecido por un determinado porcentaje de votantes y Dukakis por otro porcentaje, todo dentro de un margen de "tres puntos porcentuales" o "cinco puntos porcentuales" de "error". Es la curva normal lo que permite que los estadísticos no puedan reivindicar el completo conocimiento de todas las cifras de una población con precisión pero puedan reclamar ese conocimiento dentro de unos pocos puntos porcentuales.

Pues bien, ¿Cuál es la evidencia de esta hipótesis fundamental de distribución en torno a una curva normal? Ninguna en absoluto. Es un acto puramente místico, un acto de fe. En mi viejo texto de Estadística, la única "prueba" de la verdad universal de la curva normal era la afirmación de que si los buenas tiradores disparan a una diana, los tiros tenderán a estar distribuidos alrededor del blanco en algo así como una curva normal. Sobre esta base muy endeble descansa una suposición fundamental para la validez de toda inferencia estadística.

Por desgracia, las ciencias sociales tienden a seguir la misma ley que el fallecido Dr. Robert Mendelsohn ha demostrado que se observa en medicina: no descartar ningún procedimiento, sin que importe lo defectuoso que sea, hasta que se disponga de uno mejor en su lugar. Y ahora parece que toda la estructura falaz de la inferencia basada en la curva normal ha sido invalidada por la alta tecnología.

Hace diez años, el estadístico de Stanford Bradley Efron utilizó ordenadores de alta velocidad para generar "conjuntos de datos artificiales" sobre la base de una muestra original y para hacer los millones de cálculos numéricos necesarios para llegar a una estimación de la población sin necesidad de utilizar la curva normal, o cualquier otra arbitraria hipótesis matemática para distribuir la muestra en una población cuyo número no se conoce. Después de una década de discusiones y retoques, los estadísticos se han puesto de acuerdo sobre cómo utilizar en la práctica el llamado método "*bootstrap*" y ahora lo está empezando a aceptar la profesión. El estadístico de la Universidad de Stanford Jerome H. Friedman, uno de los pioneros del nuevo método, lo llama "la nueva idea más importante en Estadística de los últimos 20 años y probablemente de los últimos 50 años".

Llegados a este punto, los estadísticos están finalmente dispuestos a dejar que el gato se escape del saco. Friedman reconoce ahora que "*los datos no siempre siguen las curvas en forma de campana y, cuando no lo hacen, se comete un error*" si se aplican los métodos establecidos. De hecho, añadió que "*los datos con frecuencia se distribuyen de manera muy diferente a como lo hacen en las curvas campaniformes*“. Así que eso es todo; ahora nos encontramos con que, después de todo, el emperador de la curva normal está desnudo. Ya podemos abandonar la antigua fe mística; el Dios de la Curva Normal por fin ha muerto.

7.-LAS CONSECUENCIAS DE LA ACCIÓN HUMANA: ¿SON INTENCIONADAS?

Algunos economistas insisten en que la Economía Austriaca solo estudia las consecuencias *no intencionadas* de la acción humana o, según reza cierta frase favorita (del sociólogo escocés del siglo XVIII Adam Ferguson y recogida por F. A. Hayek), "*las consecuencias de la acción humana, no del diseño humano*".

A primera vista, esta repetida afirmación es hasta cierto punto plausible. Como señaló Adam Smith, es bueno que no confiemos en la benevolencia del carnicero o panadero para obtener nuestro pan de cada día, sino más bien en su interés egoísta en obtener ingresos y beneficios. Pueden tener la intención de obtener un beneficio, pero la producción eficiente de lo que los consumidores quieren y el avance de la prosperidad de todos, son consecuencias involuntarias de sus acciones.

Pero en un posterior análisis podría demostrarse que esta afirmación es falsa. Por ejemplo ¿Cómo sabemos cuáles son las intenciones del carnicero, del panadero, o en la práctica, de cualquier otro empresario? No podemos leer en sus mentes y afirmarlo con rotundidad. Supongamos, por ejemplo, que el carnicero y el panadero, además de maximizar sus ganancias, hubieran estudiado Economía de libre mercado y comprendieran que la maximización de beneficios también aprovecha a los demás seres humanos y a la sociedad en su conjunto.

A medida que prosiguieran con sus actividades, se propondrían ahora aunar el logro de una eficiente satisfacción de los deseos del consumidor a su propio beneficio económico. Así que si, como algunos señalan, la Teoría Económica sólo estudia las consecuencias no intencionadas de la acción humana; el hecho de que los empresarios aprendiesen un poco de Teoría Económica y que ahora esas consecuencias fueran algo conscientemente perseguido por quienes participan en el mercado ¿Invalidaría acaso esa tesis?

Es más, el aprendizaje de una sana Teoría Económica podría realmente cambiar el comportamiento de los empresarios en el mercado. Muchos empresarios, influenciados por la propaganda anti-capitalista, sintiéndose consumidos por la culpa, podrían limitar conscientemente su ansia de lucro en la errónea creencia de estar ayudando a sus semejantes. La lectura y asimilación de unos sólidos principios de Análisis Económico podría aliviar su sentimiento de culpa e impulsarlos a obtener el máximo beneficio propio. En suma, siendo plenamente conscientes del funcionamiento de la economía, las consecuencias esperadas de sus acciones les proporcionarían mayores beneficios para sí mismos y una mayor prosperidad a la sociedad.

Entonces ¿Por qué son tan importantes las consecuencias no intencionadas y por qué no incluir también a las que sí lo son en su objeto de estudio? ¿No

podría ser que una sociedad, al aumentar sus conocimientos, decidiera cambiar sus acciones de forma que las consecuencias de éstas dejaran de ser no intencionadas o inconscientes y se convirtieran en algo intencionadamente perseguido?

No sólo eso: la disciplina de la Praxeología alumbrada por Mises afirma explícitamente que los hombres individuales persiguen conscientemente metas y eligen los medios para tratar de alcanzarlos. Y si los hombres persiguen objetivos, sin duda es de sentido común concluir que buena parte de las veces los van a alcanzar. En otras palabras, que van a buscar y realizar las consecuencias de sus acciones. El énfasis de Mises en la elección consciente coloca a los sres humanos como actores racionales y conscientes en el mercado y el mundo; la otra tradición a menudo cae en la trampa de considerar a las personas como si fueran robots o amebas que responden ciegamente a estímulos.

Arcanos asuntos de metodología con frecuencia tienen consecuencias políticas sorprendentes. Quizás, entonces, no sea un accidente que aquellos que creen en las consecuencias intencionadas y no intencionadas también tiendan a quitar importancia al crecimiento experimentado por el Estado en el siglo XX. Porque si las acciones son en gran parte siempre involuntarias, esto significa que el crecimiento del Estado fue algo espontáneo y que ninguna persona o grupo deseó nunca las perniciosas consecuencias de ese crecimiento. La fórmula Ferguson-Hayek oculta las acciones interesadas de la élite del poder dirigidas a conseguir del Estado privilegios especiales con los que impulsar su continuo crecimiento.

Hay dos maneras de promover el mensaje de la Economía Austriaca. Una de ellas es blandir bien alta la bandera de la teoría de Mises en la que los sabios y honestos repararán —una bandera que obliga a llamar al pan, pan y al vino vino y a denunciar los intereses especiales que muy conscientemente obran tras la reluciente fachada estatal del "interés público" y del "bienestar general".

El otro camino es buscar la aceptación y la respetabilidad diluyendo el mensaje Misesiano hasta hacerlo irreconocible y evitar cuidadosamente cualquier cosa remotamente "polémica" en lo que se presenta. Y ello aún cuando se tenga que extirpar la palabra "libre" de "libre mercado." Ese camino solo sirve para que el Estado se fortalezca y se haga más grande.

8.-LA CUESTIÓN DEL TIPO DE INTERÉS.

Los Marxistas lo llaman "impresionismo": tomar las tendencias sociales o económicas de las últimas semanas o meses y suponer que van a durar siempre. El problema es no darse cuenta de que existen leyes económicas subyacentes en funcionamiento. El Impresionismo siempre ha sido rampante; y nunca lo ha sido más que a la hora de tratar públicamente de los tipos de interés. Durante la mayor parte del año 1987, los tipos de interés eran inexorablemente altos; durante un corto periodo de tiempo después del lunes negro los tipos de interés bajaron y la opinión financiera, dando un giro de 180 grados, empezó a hablar como si los tipos de interés hubieran estado permanentemente a la baja.

No hay grupo que en el día a día que sea más propenso a alinearse con la dirección por la que sople el viento que la prensa financiera. Este síndrome proviene de la falta de comprensión de la Economía y por lo tanto a verse reducido a reaccionar ciegamente ante eventos que cambian rápidamente. A veces esta fundamental confusión se pone de manifiesto en el mismo artículo. Así, en los no muy lejanos días de inflación de dos dígitos, el mismo artículo podía predecir que los tipos de interés bajarían porque la Fed estaba comprando deuda pública en el mercado abierto y decir al mismo tiempo que subirían porque el mercado esperaba un aumento de la inflación.

Hoy en día, también, leemos que los tipos de cambio fijos son malos, porque los tipos de interés tendrán que subir para mantener el capital extranjero en los Estados Unidos pero también que la caída de los tipos de cambio es mala porque los tipos de interés tendrán que subir por la misma razón. Si los periodistas financieros están sumidos en la confusión y sin esperanza de salvación ¿Cómo podemos esperar que el público tenga alguna noción de lo que está pasando?

En verdad, los tipos de interés, al igual que cualquier precio importante, son fenómenos complejos que vienen determinados por varios factores, cada uno de los cuales puede cambiar de distintas formas e incluso bajo formas contradictorias. Al igual que en el caso de otros precios, los tipos de interés se mueven inversamente a la oferta de crédito y guardan una relación directa con la demanda de crédito. Si la Fed entra en el mercado abierto comprando deuda, lo que por lo tanto aumenta la oferta de crédito, los tipos de interés tenderán a disminuir; y como esa acción incrementará al mismo tiempo las reservas

bancarias en la misma medida, los bancos inflarán ahora el dinero y el crédito en un múltiplo de esa cantidad inicial, en realidad a razón de algo así como diez a uno y lo harán partiendo de la nada, del aire. Así que si la Fed compra mil millones de dólares de deuda pública, las reservas del banco aumentarán en la misma cantidad y los préstamos bancarios y la oferta de dinero se incrementará acto seguido en 10 mil millones de dólares. Con ello la oferta de crédito habrá aumentado aún más y los tipos de interés bajarán un poco más.

Pero sería una locura concluir simplísticamente que los tipos de interés están destinados a bajar indefinidamente. En primer lugar, la oferta y la demanda de crédito vienen regidas por fuerzas económicas más profundas, en particular, la parte de sus ingresos que las personas en una economía desean ahorrar e invertir en comparación con la que deciden consumir. Cuanto más se ahorre, menor será el tipo de interés; cuanto más se consuma, más alto será. El aumento de los préstamos bancarios puede dar a entender que ha habido un incremento del ahorro genuino, sin embargo, no necesariamente debe identificarse con él.

El crédito bancario inflacionario es artificial, creado de la nada; no refleja las preferencias subyacentes de ahorro o de consumo de la población. Algunos economistas se referían en el pasado a este fenómeno como ahorro "forzado"; lo que es más importante, es solamente un fenómeno temporal. A medida que el aumento de la oferta de dinero se extiende por el sistema, los precios y todos los valores aumentan en términos monetarios y los tipos de interés se recuperan y regresan a un nivel parecido al que originalmente tenían. Sólo una repetida inyección de crédito bancario inflacionario por parte de la Fed mantendrá los tipos de interés artificialmente bajos y dará con ello aliento al artificial e infundado auge económico; y eso es precisamente lo que caracteriza a la fase de auge de los ciclos económicos de auge y caída.

Pero también sucede otras cosa más. A medida que aumentan los precios, y como la gente comienza a anticipar futuros aumentos de precios, se agrega una prima de inflación a los tipos de interés. Los acreedores, aparte de los intereses, exigen una prima por la inflación porque no quieren que la caída en el valor del dólar les siga perjudicando; y los deudores aceptarán pagar la prima porque ellos también se dan cuenta de que se están aprovechando de ello.

Y es por eso que, cuando el público espera aún más inflación, los aumentos de las reservas acordadas por la Fed harán que aumente el tipo de interés, en lugar

de hacer que descienda. Y cuando la aceleración del crédito inflacionario finalmente se detiene, como el tipo de interés es ahora más alto se para en seco el auge en los mercados de capitales (acciones y bonos) y una inevitable recesión liquida las inversiones poco seguras del auge inflacionario.

Un giro adicional al problema del tipo de interés es el aspecto internacional. Como una tendencia de largo plazo, las inversiones de capital se desplazan desde las que tienen una baja tasa de retorno (ya sean beneficios o intereses) hacia inversiones de mayor rentabilidad hasta que las tasas de retorno se igualan. Esto es cierto en todos los países y también en todo el mundo. A nivel internacional, el capital tenderá a fluir de los países con bajos tipos de interés hacia los países con altas tasas de interés, haciendo que aumenten los tipos de interés en los primeros y disminuyan en estos últimos.

En los días del patrón oro internacional, el proceso era simple. Hoy en día, en virtud de la moneda *fiat* o fiduciaria, el proceso sigue su curso, pero da lugar a repetidas crisis. Cuando los gobiernos intentan fijar los tipos de cambio (como lo hicieron desde el Acuerdo del Louvre de febrero de 1987 hasta el lunes negro), los tipos de interés no pueden bajar en Estados Unidos sin que el capital o el ahorro se vaya a países extranjeros.

Con los enormes déficits de balanza comercial que caracterizan a los Estados Unidos en esta era, no se puede mantener un dólar fijo con crecientes flujos de capital extranjero hacia el exterior; la presión para que el dólar bajara sería entonces enorme. Por ello, tras el lunes negro, la Fed decidió permitir que el dólar reanudase su tendencia de mercado, que era a la baja, para que la Reserva Federal pudiera así inflar el crédito y bajar los tipos de interés.

Pero debe quedar claro que dicha caída de los tipos de interés sólo podía ser efímera y estrictamente temporal y, en efecto, los tipos de interés reanudaron su inexorable marcha ascendente. La inflación de precios era la consecuencia de la inflación monetaria impulsada por la Reserva Federal durante varios años antes de la primavera de 1987 y por ello los tipos de interés tenían que subir también.

Por otra parte, la Reserva Federal, como en muchos otros asuntos, se ve atrapada en una trampa que ella misma ha creado; la tendencia a largo plazo a igualar los tipos de interés en todo el mundo es una tendencia dirigida a igualar no solo la rentabilidad nominal, sino también la rentabilidad real una vez corregidos los efectos de la inflación. Pero si los acreedores e inversores

extranjeros comienzan a recibir dólares que tienen cada vez menor valor, exigirán tipos de interés más altos para compensarles —y volveremos de nuevo, muy poco tiempo después, a tener redobladas razones para que los tipos de interés suban—.

Al tratar de explicar las complejidades de los tipos de interés, de la inflación, del dinero y la banca, de los tipos de cambio y los ciclos económicos a mis estudiantes, los dejo con este pensamiento reconfortante: no me echen a mi la culpa de todo esto, la culpa es del gobierno. Sin la interferencia del gobierno, todo este asunto sería pan comido.

9.-¿AHORRAMOS O NO AHORRAMOS LO SUFICIENTE?

Una fuerte y reciente tendencia entre los economistas, empresarios y políticos, ha consistido en lamentar que el volumen de ahorro e inversión en los Estados Unidos sea demasiado bajo. Señalan que en Estados Unidos el porcentaje de ahorro relativo a la renta nacional es mucho menor que entre los alemanes occidentales o entre nuestros temidos competidores japoneses. Recientemente, el secretario del Tesoro, Nicholas Brady, hizo una severa advertencia por los bajos niveles de ahorro e inversión vigentes en Estados Unidos.

Este tipo de argumento se debe considerar desde distintas perspectivas. En primer lugar, y esto tiene menos importancia, las estadísticas son generalmente manipuladas para exagerar la magnitud del problema. Por ello, las cifras más escalofriantes (por ejemplo, que el ahorro de Estados Unidos, represente tan solo el 1,5 por ciento de la renta nacional) únicamente consideran los ahorros de las personas físicas y omiten los ahorros de las empresas; además, las rentas del capital casi siempre se omiten como fuente de ahorro e inversión.

Pero estos son asuntos menores. La pregunta más importante es que: aún admitiendo que el ahorro sea en Estados Unidos solamente del 1,5 por ciento de la renta nacional y el ahorro japonés sea de un 15 por ciento ¿Cual debe ser la suma que es adecuado destinar al ahorro o el porcentaje de la renta que se ha de dedicar al ahorro, si es que tenemos que ahorrar algo?

Son los consumidores quienes deciden voluntariamente qué parte de sus ingresos han de aplicar al gasto en bienes de consumo en comparación con la que desean desviar al ahorro y a la inversión para disponer de una renta en el

futuro. Si el señor Jones invierte por lo general un X por ciento de su renta para su uso futuro ¿Con qué autoridad, moral o económica puede presentarse ante el mismo alguien ajeno a él y criticarle por estimar equivocado o inmoral que no haya invertido un X + 1 por ciento? Todo el mundo sabe que si consume menos ahora y ahorra e invierte más, podrá obtener ingresos más altos en algún momento del futuro. Pero cuanto decidan ahorrar es algo que depende de cuales sean sus preferencias temporales: de cuanto prefieren consumir ahora en vez de consumirlo más tarde. Como cada uno toma esta decisión sobre la base de su propia vida, su situación particular y sus propias escalas de valores, para censurar su decisión se requiere algún criterio extra-individual, algún criterio que esté fuera de la persona y con el que reemplazar sus preferencias.

Ese criterio no puede ser económico, ya que lo eficiente y económico solo lo puede decidir voluntariamente cada individuo. Pero tampoco puede ser moral, pues sería extraordinariamente inestable, dado que las verdades morales, al igual que las leyes económicas, no son cuantitativas, sino cualitativas. Las leyes morales, tales como "no matarás" o "no robarás", son cualitativas; no hay una ley moral que diga que "no robarás más del 62 por ciento del tiempo". Por lo tanto, si como doctrina moral se está exhortando a la gente para que ahorre más y consuma menos, se requiere que el moralista indique cual es o ha de ser el óptimo cuantitativo como: ¿Cuando puede estimarse específicamente que el ahorro es demasiado bajo y cuando es demasiado alto? Las exhortaciones vagas a que la gente ahorre más tienen poco sentido moral o económico.

Pero los que se quejan por ello tienen un argumento importante. Porque hay un enorme número de medidas gubernamentales que paralizan y reducen en gran medida el ahorro, aumentando el consumo en la sociedad. Son muchas las formas mediante las que el Estado interviene, muchos los instrumentos de coacción que emplea, lo que sesga las elecciones voluntarias de la sociedad alejándolas del ahorro y de la inversión y dirigiéndolas hacia el consumo.

Los que se lamentan por las bajas tasas de ahorro no siempre dicen lo que piensan que se debe hacer ante esa situación, más allá de exhortar. La Izquierda pide más "inversión" gubernamental o impuestos más altos a fin de reducir el déficit público, que afirman que equivale a "des-ahorro". Pero una cosa que el gobierno puede legítimamente hacer es simplemente dejar de influenciar coactivamente a la gente para que consuma y no ahorre ni invierta. De esta

manera, las preferencias temporales voluntarias y las opciones de los individuos quedarían liberadas en lugar de ser anuladas por el Estado.

La Administración Bush comenzó a eliminar algunas de las medidas coercitivas contra el ahorro que la denominada *Ley de Reforma Fiscal de 1986* (*Tax Reform Act*) había impuesto. Una de ellas fue abolir la deducción fiscal aplicable a los planes de pensiones (*Individual Retirement Account - IRA)*, que acabó con una categoría importante de ahorro e inversión de la clase media; otro fue el fuerte incremento del gravamen sobre las ganancias de capital, que supone una confiscación de los ahorros y —en la medida en que las ganancias de capital no vienen indexadas por la inflación— una confiscación directa de la riqueza acumulada.

Pero eso es sólo la punta del iceberg. Decir que los déficits públicos son solo "des-ahorro" es tanto como decir que con impuestos altos se aumenta el ahorro y la inversión en una sociedad. En realidad, mientras que todas las estadísticas de Renta Nacional asumen que todo el gasto público, con excepción del destinado a asistencia social, es "inversión", la verdad es precisamente la contraria.

Todo el gasto de las empresas es inversión, ya que va dirigido a aumentar la producción de bienes que eventualmente se venderá a los consumidores. Sin embargo, el gasto público es solo gasto en el que incurren los consumidores para satisfacer los caprichos y valores de los políticos y burócratas del Estado y para aumentar los ingresos de éstos. Con los impuestos y el gasto público se extraen recursos de la sociedad, de los productivos consumidores que ganan el dinero que reciben, y, una vez apartados del consumo y ahorro privados, se destinan a cubrir los gastos consuntivos de los improductivos políticos, de los burócratas y de sus seguidores, y a pagar subsidios.

Sí, sin duda hay muy poco ahorro e inversión en Estados Unidos, a resultas de lo cual el nivel de vida del país es hoy apenas mayor de lo que fue a principios de 1970. Pero el problema no es que los individuos y las familias estén eludiendo de alguna manera sus responsabilidades por consumir demasiado y ahorrar demasiado poco, como sostiene la mayoría de los que se quejan. El problema no lo hemos causado nosotros, el pueblo americano, sino nuestros Amos.

Todos los impuestos y todo el gastos público disminuyen el ahorro y el consumo de los productores originales en provecho del gasto consuntivo que realizan unos parásitos que nada producen. El restablecimiento de las deducciones

fiscales y la eliminación —no basta con su reducción— del impuesto que grava las ganancias de capital sería muy bienvenida, pero son medidas que sólo arañan la superficie.

Lo que realmente se necesita es una reducción drástica de toda clase de impuestos y gastos de los gobiernos estatales, locales y del gobierno federal. La eliminación de esa enorme carga parasitaria traería consigo grandes aumentos en el nivel de vida de todos los estadounidenses productivos, a corto plazo y en el futuro.

10.- UN PASEO POR EL LADO DE LA OFERTA

Los estudiosos de la Historia del pensamiento Económico pertenecientes o adscritos al *Establishment* —de la variedad Smith-Marx-Marshall— tienen una imperiosa necesidad de poner fin a su saga con un capítulo dedicado al último gran hombre, el último salvador y la definitiva culminación de la ciencia económica. La última opción de consenso fue, por supuesto, John Maynard Keynes, pero su "*General Theory*" ahora ha cumplido ya medio siglo y los economistas han estado durante algún tiempo buscando a un nuevo candidato para ese capítulo final.

Durante un tiempo, Joseph Schumpeter tuvo brevemente opciones, pero su problema fue que su obra había sido escrita en gran medida antes de la Teoría General. Milton Friedman y el Monetarismo duró un poco más tiempo, pero padecían de dos graves defectos: (1) la falta de algo parecido a una gran obra integradora; y (2) el hecho de que el Monetarismo y la *Chicago School of Economics* no fueran realmente mas que una brillante re-edición de teorías que habían sido elaboradas antes de la era keynesiana por Irving Fisher y por Frank Knight y sus colegas de la *Chicago University*.

¿No había nada nuevo sobre lo que escribir después de Keynes? Desde mediados de la década de 1970, ha aparecido una escuela de pensamiento que por lo menos da la impresión de novedad. Y puesto que los economistas, al igual que el Tribunal Supremo, siguen los resultados electorales, la "Economía de la Oferta" se ha convertido en algo digno de mención. La acogida de la Economía de la Oferta entre los estudiantes de Economía contemporánea se ha visto perjudicada por no contar con algo parecido a un gran tratado o siquiera con algún líder importante y porque apenas hay unanimidad entre sus practicantes.

Sin embargo, ha sido capaz de sacar astutamente ventaja al hecho de contar con conversos de alto rango en los medios de comunicación y fácil acceso a los políticos y a los grupos de reflexión o laboratorios de ideas. Y ya ha empezado a abrirse camino en los últimos capítulos de las obras sobre pensamiento económico.

Un tema central de la Economía de la Oferta es que una disminución de los tipos marginales del impuesto sobre la renta aumentará los incentivos para trabajar y ahorrar y por lo tanto la inversión y la producción. De esa manera, poca gente quedaría exenta de contribuir. Pero se plantean otros problemas. Porque, al menos en la tierra de la famosa curva de Laffer, los recortes de impuestos se consideraron como la panacea de los déficits; de modo que con drásticos recortes de impuestos aumentarían los ingresos declarados hasta el punto de hacer posible obtener un presupuesto equilibrado.

Sin embargo, ninguna prueba respaldó esa tesis y, en efecto, la probabilidad de que ocurra lo contrario es bastante alta. Es cierto que si los tipos del impuesto sobre la renta fueran del 98 por ciento y se redujeran a 90 por ciento, probablemente habría un aumento de los ingresos; pero con los niveles de impuestos mucho más bajos que hemos tenido, no hay justificación para esta suposición. De hecho, históricamente, los aumentos de los tipos de gravamen han dado lugar a aumentos de la recaudación y viceversa.

Pero hay un problema más profundo con la *Economía de la Oferta* que las conclusiones exageradas de la curva de Laffer. Común a todos los economistas de la oferta es su despreocupación respecto del gasto público total y por lo tanto respecto del déficit. A ellos no les importa que el gasto público tome recursos que habrían entrado en el sector privado y los desvíe al sector público.

Sólo les preocupan los impuestos. De hecho, su actitud hacia los déficits se aproxima a la de los viejos Keynesianos según la cual "*son sólo deudas que nos debemos a nosotros mismos*". Peor que eso: los economistas de la oferta quieren mantener el henchido nivel del gasto público federal actual. Como profesos "populistas", su argumento básico es que las personas quieren el nivel actual de gasto y no se deben negar sus deseos.

Aún más curiosa que la actitud de los economistas de la oferta hacia el gasto es su punto de vista sobre el dinero. Por un lado, dicen que son partidarios de un dinero sólido, del fin de la inflación y de regresar al “patrón oro". Por otro lado,

han atacado sistemáticamente a la Reserva Federal de Paul Volcker, no por ser demasiado inflacionista, sino por una política monetaria que consideran “demasiado restrictiva“ y por consiguiente "por paralizar el crecimiento económico".

En resumen, estos autodenominados "conservadores populistas" comienzan a sonar como anticuados populistas por su devoción a la inflación y al dinero barato. Pero, ¿Cómo cuadra eso con su defensa del patrón oro?

En la respuesta a esta pregunta se encuentra la clave de las aparentes contradicciones de la nueva Economía de la Oferta. Porque el "patrón oro" que ellos quieren sólo proporciona la ilusión de un patrón oro pero sin sustancia. Los bancos no tendrían que canjear en moneda de oro y la Reserva Federal tendría el derecho de cambiar la definición del dólar-oro a voluntad, como si de un mecanismo para ajustar la economía se tratara. En pocas palabras, lo que los economistas de la oferta desean no es el antiguo patrón oro de moneda fuerte, sino el falso "patrón oro" de la era de Bretton Woods, que se derrumbó bajo el peso de la inflación por la gestión monetaria de la Fed.

El núcleo de la Escuela de Economía de la oferta se nos revela en su manifiesto filosófico más vendido: “*The Way the World Works*“ (“La forma como funciona el mundo“) de Jude Wanniski. El punto de vista de Wanniski es que las personas, las masas, siempre tienen la razón y siempre la han tenido a lo largo de la historia.

Sostiene que en Economía las masas quieren un masivo Estado del Bienestar, drásticas reducciones del impuesto sobre la renta y un presupuesto equilibrado. ¿Cómo se pueden lograr esos objetivos contradictorios? Por el juego de manos de la curva de Laffer. Y en la esfera monetaria, podríamos añadir, lo que las masas parecen querer es inflación y dinero barato, junto con una vuelta al patrón oro. Por lo tanto, alimentada por el axioma de que el público siempre tiene la razón, los economistas de la oferta se proponen dar al público lo que quiere, dinero inflacionario barato de la Fed más la ilusión de estabilidad a través de un patrón oro falso.

El objetivo de la Economía de la Oferta es por consiguiente dar "democráticamente" al público lo que quiere, y en este caso la mejor definición de "Democracia" es la de H.L. Mencken: "*La Democracia consiste en creer que la gente sabe lo que quiere y merece conseguirlo, por malo y duro que sea*".

11.- MITOS KEYNESIANOS.

Los Keynesianos han vuelto a meter la pata. Al principio, y al final, de la década de los años setenta del siglo XX, la llegada de la recesión inflacionaria hurtó viento a sus velas, fue un fenómeno que no sólo no acertaron a predecir, sino cuya existencia violaba los principios fundamentales del sistema Keynesiano. Desde entonces, los Keynesianos han perdido la invencible arrogancia de la que antaño hicieron gala, aunque todavía constituyen una gran parte de la profesión económica.

En los últimos años, los Keynesianos nos han estado asegurando, dando una vez más muestra de su anterior altivez, que la inflación no llegaría y no podría llegar pronto, a pesar del hecho de que el héroe de la represión monetaria Paul Volcker había estado inyectando consistentemente dinero a tipos de interés de dos dígitos. Corrigiendo a los defensores de una moneda fuerte, los Keynesianos declararon que, a pesar de la inflación monetaria, la industria estadounidense todavía sufría de "exceso" de capacidad o de "inactividad", funcionando a una tasa global de algo así como el 80 por ciento. Por lo tanto, señalaron, la expansión de la demanda de dinero no podría dar lugar a inflación.

Como todos sabemos, pese a las garantías keynesianas en el sentido de que la inflación no podría reavivarse y a pesar de la capacidad ociosa, lo hizo, lo que les dejó con un nuevo quebradero de cabeza con el que entretenerse. La inflación pasó de alrededor del 1 por ciento en 1986 al 6 por ciento, los tipos de interés volvieron a subir el año siguiente, la caída del dólar aumentó los precios de importación y los precios del oro subieron. Una vez más, los economistas partidarios de un dinero sólido y los asesores de inversión han demostrado tener más acierto que los Keynesianos bendecidos por el *Establishment*.

Además de ello, la mejor manera de explicar donde se extraviaron los Keynesianos consiste en volver contra ellos el argumento que ellos mismos lanzan comúnmente a sus críticos: que los anti-Keynesianos, que se preocupan por el despilfarro de la inflación o de los programas de gasto público, están "asumiendo que hay pleno empleo" de los recursos. Eliminínese ese supuesto, dicen, y el enfoque Keynesiano, desde la perspectiva del desempleo y de los recursos ociosos, es el acertado. Pero hay que volver el argumento del revés y a los Keynesianos se les debe preguntar: ¿Por qué debería haber desocupación (de los trabajadores o de la maquinaria)? El desempleo no es un dato que cae del

cielo. Por supuesto que se da con frecuencia, pero ¿Cual es la causa que puede explicarlo?

Los propios Keynesianos son quienes crean el problema al dejar fuera al sistema de precios. El sello distintivo de una economía de enajenados es un análisis que de alguna manera deje fuera a los precios, y sólo hable de agregados tales como la renta, el gasto y el empleo.

Sabemos por el análisis "micro-económico" que si hay un "excedente" de algo en el mercado, si hay algo que no se puede vender, la única razón es que su precio de alguna manera se mantiene demasiado alto. La manera de curar un excedente, o sea la no utilización de cualquier recurso, es bajar su precio de venta, ya se trate de salarios de los trabajadores, de los precios de la maquinaria o de las plantas de fabricación o del inventario de un minorista.

En resumen, como el profesor William H. Hutt señaló brillantemente en la década de 1930, cuando su mensaje se extravió en medio del fervor de la revolución keynesiana: un recurso solo se puede mantener ocioso o inutilizado si el propietario de dicho recurso lo estuviera reteniendo deliberadamente impidiendo o dificultando su acceso al mercado y negándose a venderlo al precio ofrecido. Por consiguiente, en un sentido profundo todo el desempleo y la ociosidad son voluntarias.

¿Por qué habría de retener un recurso el propietario del mismo e impedir entrada al mercado? Por lo general, se debe a un intento por conseguir un aumento de precios o de salarios. En una economía de libre mercado no obstaculizada por restricciones del gobierno, los propietarios se darían rápidamente cuenta de su error y cuando se cansaran de no obtener ingresos de su fuerza de laboral o de su maquinaria o de sus productos, bajarían su precio de venta lo suficiente como para venderlos.

En el caso de la maquinaria y otros bienes de capital, por supuesto, los propietarios podrían haber cometido un grave error al realizar una inversión, a menudo debido a auges artificiales creados por la expansión del crédito bancario impulsada por los bancos centrales. En ese caso, el menor precio de equilibrio de mercado de la maquinaria o de la fábrica podría ser tan bajo como para que no valiera la pena pagar a los trabajadores para que aceptasen renunciar a su tiempo libre —pero entonces el desempleo es puramente voluntario y el

trabajador se abstiene de trabajar permanentemente para obtener un mayor salario—.

Un problema peor es que, desde la década de 1930, el gobierno y unos sindicatos privilegiados han intervenido masivamente en el mercado de trabajo para mantener los salarios por encima de su precio de equilibrio de mercado asegurando así un desempleo cada vez mayor para los trabajadores con habilidades y productividades inferiores. La interferencia del gobierno, en forma de leyes de salario mínimo y sindicación obligatoria, genera un desempleo obligatorio, mientras que los pagos asistenciales del Estado del Bienestar y el "seguro" de desempleo subvencionan el desempleo y aseguran que éste seguirá siendo permanentemente alto. Podemos tener todo el desempleo que estemos dispuestos a pagar.

Se desprende de este análisis que la inflación monetaria y un mayor consumo no necesariamente reducen el desempleo o la infrautilización de los recursos. Sólo lo harán si a los trabajadores o a los propietarios de las máquinas se les induce a pensar que están obteniendo un rendimiento mayor y que por lo menos algunas de las demandas, que les llevan a retraerse del mercado, se están cumpliendo. Y esto sólo puede lograrse si el precio pagado por el recurso (el salario o el precio de la maquinaria) aumenta. En otras palabras, la mayor disponibilidad de trabajadores o el mayor empleo de la capacidad productiva sólo serán resultado de aumentos de salarios y precios, es decir, de *inflación de precios*.

Como de costumbre, los Keynesianos han entendido al revés todo el proceso causa-efecto. Y así como los hechos tozudamente demuestran, podemos tener y tenemos inflación, junto con recursos ociosos.

12.- EL KEYNESIANISMO RESUCITADO.

Uno de los irónicos legados, por desgracia perdurable, de ocho años de Reaganismo ha sido la resurrección del Keynesianismo. Desde finales de 1930 hasta principios de la década de los años 1970, el Keynesianismo voló alto en la profesión económica y en los pasillos del poder en Washington, D.C., al prometer que, siempre que los economistas Keynesianos siguieran estando al timón, las bendiciones de la macro-economía moderna nos asegurarían una prosperidad permanente sin inflación. Entonces algo sucedió en la ruta al Edén: la potente recesión inflacionaria de 1973-74.

La doctrina keynesiana es, a pesar de su jerga algebraica y geométrica, impresionantemente sencilla en su núcleo: las recesiones se producen cuando en una economía no se gasta bastante, la inflación es causada por un gasto excesivo. De las dos categorías principales de gasto, el gasto de consumo es pasivo y viene determinado, casi robóticamente, por los ingresos; la esperanza de que la cantidad que se gasta sea adecuada depende, por lo tanto, del gasto de inversión, pero los inversores privados, aunque estén activos y decididamente no se comporten como robots, son erráticos, inestables y poco fiables pues dependen de las fluctuaciones de lo que Keynes llamó sus "espíritus animales".

Afortunadamente para todos nosotros, hay otro grupo en la economía que es tan activo y decidido como el de los inversores, pero que es también —si lo dirigen economistas Keynesianos— científico y racional, capaz de actuar en interés de todos: El Gran Papá Estado. Cuando los inversores y los consumidores no gastan lo suficiente, el Estado puede y debe intervenir y aumentar el gasto social a través de los déficits, levantando así la economía de la recesión. Cuando los espíritus animales privados se vuelven demasiado salvajes, el gobierno se supone que debe intervenir y reducir el gasto privado para lo cual le cumple realizar lo que los Keynesianos llaman reveladoramente "absorber el exceso de poder adquisitivo" (que es el nuestro).

En estricta teoría, dicho sea de paso, los Keynesianos también podrían haber sugerido que durante los auges inflacionarios el Estado disminuyera su gasto en vez de absorber el nuestro. Pero la idea misma de recortar los presupuestos del Estado (y me refiero a cortes de verdad, a cortes reales, no a recortes en la tasa de aumento) es hoy en día tan impensable, como, por ejemplo, la adhesión a una interpretación estricta de la Constitución de los Estados Unidos, como la que hizo Jefferson, y por razones similares.

Originalmente, los Keynesianos prometieron que ellos, también, estaban a favor de un "presupuesto equilibrado", tanto como los reaccionarios chapados a la antigua que se les oponían. Con la salvedad de que ellos a diferencia de esos anticuados reaccionarios no utilizaban al *año* como un período contable; ellos también equilibrarían el presupuesto, pero a lo largo del ciclo económico. Por lo tanto, si hay cuatro años de recesión seguidos de cuatro años de auge, los déficits federales acumulados durante la recesión serían compensados por los

excedentes generados durante el auge; durante los ocho años de ciclo, ambos se nivelarían.

Evidentemente, el "presupuesto equilibrado en el ciclo" fue el primer concepto Keynesiano que se perdió en el agujero de la memoria orwelliana, cuando se hizo evidente que no iba a haber ningún superávit, sino déficits más o menos abultados. Una corrección sutil pero importante tuvo entrada en el Keynesianismo: habría mayores déficits durante las recesiones y déficits más reducidos durante los auges.

Pero el verdadero asesino del Keynesianismo se presentó con la recesión inflacionaria de dos dígitos de 1973 a 1974, seguido brevemente después por las recesiones inflacionarias aún más intensas de 1979-1980 y 1981-1982. Porque si el gobierno tenía que pisar el acelerador del gasto durante las recesiones, y pisar el freno durante los auges, ¿Qué diablos va a hacer cuando simultáneamente hay una profunda recesión (con desempleo y quiebras) y una aguda inflación? ¿Qué puede decir el Keynesianismo? ¿Que hay que pisar el acelerador y el freno al mismo tiempo? La cruda realidad de la recesión inflacionaria viola las suposiciones fundamentales de la teoría keynesiana y la esencia del programa político Keynesiano. Desde 1973 a 1974, el Keynesianismo ha estado intelectualmente acabado, muerto del cuello para arriba.

Pero muy a menudo el cadáver se resiste a caer, particularmente uno formado por una élite que tendría que renunciar a sus posiciones de poder en el mundo académico y en el gobierno. Una ley fundamental de la política o la sociología es que nadie dimite. Y así, los Keynesianos se aferraron a sus posiciones de poder tan firmemente como pudieron, sin renunciar jamás, aunque un poco menos adictos a hacer grandiosas promesas.

Un poco castigados, ya solo prometen hacer lo mejor que puedan para mantener el sistema funcionando. Luego, en esencia, una vez despojado de su base intelectual, el Keynesianismo se ha convertido en una pura economía de poder, únicamente comprometido en mantener funcionando el sistema del *Establishment*, haciendo ajustes marginales, malcriando a los votantes para aguantar un nuevo ciclo electoral con la esperanza de que manipulando los controles, alternando rápidamente entre el acelerador y el freno, algo va a funcionar, al menos para conservar sus cómodos puestos durante algunos años más.

En medio de la confusión intelectual, sin embargo, algunas tendencias dominantes, un legado de sus días de gloria, siguen estando vigentes entre los Keynesianos: (1) una inclinación por los déficits permanentes; (2) una devoción al papel-moneda fiduciario y, por lo menos, a una inflación moderada; (3) la adhesión al aumento del gasto público; y (4) una eterna afición a impuestos más altos, a reducir los déficits un poco pero, lo que es más importante, a apretar el brazo y hacer un poco daño al codicioso, egoísta y miope pueblo americano.

Aparentemente la Administración Reagan logró institucionalizar esas golosinas de forma permanente en la escena americana. Los déficits son mucho mayores y, al parecer, para siempre; la diferencia es que ahora los economistas de la era Reagan, supuestos partidarios del libre mercado, no solo superan en Keynesianismo a sus antepasados de Izquierdas sino que están descubriendo nuevas formas cada vez más ingeniosas de justificar los enormes déficits. La única discusión ahora se encuentra en el campo Keynesiano, entre unos economistas del lado de la oferta (*supply-siders*), supuestamente "conservadores", que se unen con entusiasmo a los Keynesianos en su devoción por la inflación y el dinero barato y que sólo se diferencian en que prefieren moderados recortes de impuestos frente a los aumentos de impuestos por los que claman los otros.

El triunfo del Keynesianismo en la Administración Reagan se debió a la rápida desaparición de los Monetaristas, los principales competidores de los Keynesianos en el respetable mundo académico. Tras una serie de desastrosas previsiones, los Monetaristas, que habían estado pregonando que "la ciencia es predicción", se habían retirado en desbandada, tratando desesperadamente de averiguar qué salió mal y cuál de las muchas "M" tenían que haber controlado por ser la oferta monetaria. El colapso del Monetarismo quedó simbolizado con la sustitución al frente de la Secretaría del Tesoro de un simpatizante Monetarista, Donald Regan, por el Keynesiano James Baker. Con los Keynesianos dominando durante el segundo mandato de Reagan, la transición al equipo Keynesiano de Bush —Bush siempre había tenido fuertes inclinaciones keynesianas— fue tan suave que pasó desapercibida.

Es quizás comprensible que un gobierno y una campaña electoral que redujo los asuntos importantes a eslóganes e imágenes de televisión fuese también responsable de restablecer el dominio de unas propuestas económicas que

estaban intelectualmente en bancarrota, de unas creencias que nos trajeron las Políticas Económicas aplicadas por todos los gobiernos desde el del segundo mandato de Franklin D. Roosevelt hasta nuestros días.

No es casualidad que el mismo gobierno que se las arregló para combinar la retórica de "*quitarnos al Estado de encima*" con la realidad de una enorme escalada del Gran Gobierno fuese también quien nos trajera de vuelta al Keynesianismo Estatista y fracasado y que lo hiciera en nombre de la prosperidad y la libre empresa.

EL SOCIALISMO DEL BIENESTAR

13.- INCENTIVOS ECONÓMICOS Y BIENESTAR SOCIAL

La mayoría de la gente no está de acuerdo con los economistas cuando enfatizan el importante impacto que los incentivos económicos pueden tener en el comportamiento, hasta en el que en apariencia "no es económico". Cuando, por ejemplo, los precios del café suben por una helada de la cosecha de café en Brasil o cuando en New York las tarifas del metro suben, la mayoría de la gente cree que la cantidad comprada no se verá afectada porque las personas son "adictas" al café y la gente "tiene que ir a trabajar" en metro.

De lo que no se dan cuenta, que es algo para lo que los economistas están especialmente equipados, es que los consumidores individuales cambian su comportamiento. Si se produce un aumento en el costo de un producto o servicio, algunos consumidores, el núcleo duro [3], solamente reducirán un poco sus compras. Pero otros son compradores "marginales", que reducirán sus compras de café, cambiarán al té o al cacao. Y los viajes en metro, no sólo se hacen para "ir a trabajar", sino que también se hacen viajes cortos, "marginales" que se puede reducir y se reducirán. Es por ello que al ser hoy las tarifas de metro 25 veces más caras de lo que eran en la Segunda Guerra Mundial, el resultado es que el número de viajes anuales en metro se ha reducido en más de la mitad.

La gente se sorprende también, cuando los economistas afirman que los incentivos económicos pueden afectar incluso a una actividad aparentemente

3 los que tienen más recursos y son más resistentes a cambiar sus gustos o sus hábitos (N. del T.).

tan no económica como traer bebés al mundo. Se acusa a los economistas de ser mecanicistas y seres sin alma, de estar desprovistos de humanidad, por siquiera mencionar una conexión de este tipo. Y, sin embargo, mientras que algunas personas pueden tener bebés por razones que tienen muy poca o ninguna relación con incentivos económicos, estoy dispuesto a apostar que si el Estado ofreciera, por ejemplo, un premio de 100.000 dólares por cada nuevo bebé, se producirían considerablemente más bebés.

La Izquierda se muestra particularmente sorprendida de que los economistas, o cualquier otra persona, pueda creer que existe una estrecha relación entre el gasto en prestaciones sociales y el número de madres que perciben ayudas sociales por tener niños. Hacer bebés, declaran, es únicamente producto del "amor" (si esa es la palabra correcta) y no de cualquier grosera consideración económica. Y, sin embargo, si las ayudas que paga el Estado son mucho más altas que el dinero que un adolescente cualquiera puede ganar en el mercado ¿Quién puede negar el poderoso atractivo que supone cobrar dinero procedente de los impuestos sin tener que trabajar nada?

La organización conservadora *Change-NY* ha publicado recientemente un estudio de los incentivos económicos entre depender o no del Estado del Bienestar en New York. El beneficiario de una ayuda social "típica" es una madre soltera con dos hijos. El "cliente" de este bienestar típico recibe, de la ciudad, del Estado y en beneficios federales, una suma anual que asciende a la friolera de 32.500 dólares, que incluye aproximadamente 3.000 dólares en efectivo, 14.000 dólares en Medicaid, 10.000 dólares en ayuda para la vivienda y 5.000 dólares en ayuda para alimentos. Dado que estos beneficios no tributan, esta suma equivale a un salario anual de 45.000 dólares antes de impuestos.

Es más, esta cuantiosa cifra en ayuda social es, según *Change-NY,* "muy conservadora" porque excluye el valor de otros beneficios como *Head Start* (también conocida como la guardería pre-escolar), los cursos de capacitación para el trabajo (a menudo consiste en cursar asignaturas tan duras como "capacidad de conversación"), las guarderías infantiles y el programa *Special Supplemental Food program for Women, Infants and Children (o WIC)* (*Programa de Ayuda Suplementaria para Mujeres, Infantes y Niños)*. Seguramente, si se incluyera todo, los beneficios finales ascenderían anualmente a 50.000 dólares. Esto

suponiendo, además, que la madre no esté engañando para conseguir más ayudas de las que tiene derecho, como sucede a menudo.

Esa cantidad no sólo está muy por encima de las retribuciones de cualquier tipo de trabajo a disposición de nuestra supuesta madre soltera adolescente, es una suma que supera el salario de un puesto de trabajo típico como aprendiz en el Ayuntamiento de la ciudad de New York. Por ello, el *New York Post*, (del 2 agosto) tomaba nota de los salarios de partida en distintos puestos de trabajo municipales: 18.000 dólares para un auxiliar administrativo; 23.000 dólares a un trabajador del servicio de limpieza; 27.000 dólares para un maestro; 27.000 dólares para un oficial de policía o bombero; 18.000 dólares para un procesador de textos, todos ellos con muchas más habilidades de trabajo que poseería el cliente típico de la asistencia social. Y todos esos salarios, por supuesto, están por entero gravados.

Dada esta enorme disparidad en beneficios ¿Puede extrañarse alguien de que 1,3 millones de madres y niños dependan en New York de la asistencia social y que la dependencia del Estado del Bienestar esté alegremente transfiriéndose de una generación de niñas a la siguiente? Como señala *Change-NY:* "¿Por qué aceptar un puesto de trabajo que requiere 40 horas de trabajo a la semana cuando puedes quedarte en casa y ganar el equivalente a uno de 45.000 dólares al año?"

Los economistas están particularmente alarmados por al hecho de que, cuanto más se subvenciona cualquier producto, servicio o condición, más habrá de ese producto, servicio y condición. Podemos tener a tanta gente cobrando ayudas sociales como estemos dispuestos a pagar. Si la condición de ser una madre soltera con hijos es el camino más rápido para conseguir ayudas sociales, esa condición social se va a multiplicar.

Por supuesto no quiere decir que toda mujer vaya a ceder a las tentaciones del Estado del Bienestar, pero cuanto más importantes sean esas ayudas y mayor sea el beneficio que proporcionan en comparación con el de un trabajo, mayor será el número de madres solteras y de niños naturales a los que habrá que mantener con ayudas sociales.

Por otra parte, cuanto más tiempo permanezca este sistema en vigor, peor será la erosión de la ética del trabajo en la sociedad y menor el rechazo a cobrar la ayuda por desempleo; lo que solía ser la actitud dominante en los Estados

Unidos. Una vez se opere ese cambio ético, el sistema de bienestar será una bola de nieve.

Change-NY señala con ironía que sería más barato para el contribuyente enviar a los beneficiarios de asistencia social a estudiar a Harvard que mantener el sistema actual. En vista de la disminución general del nivel educativo y de la característica corrección política de la Universidad de Harvard, en particular, probablemente a Harvard le encantaría matricularlos.

14.- LA ASISTENCIA SOCIAL COMO NO LA CONOCEMOS.

El sistema de bienestar se ha convertido en un abierto escándalo y ha dado lugar a la justificada indignación de la clase media y de los trabajadores. Por desgracia, como con frecuencia sucede cuando el pueblo no tiene unos líderes capacitados, la ira contra el Estado del Bienestar se ha trasladado a otro aspecto.

La ira de la opinión pública se centra en tener que pagar impuestos para mantener ociosos a los perceptores de asistencia social; pero lo que debería irritar a la gente es tener que pagar impuestos a esas personas y punto. La concentración en la indolencia frente a la "ética de trabajo", sin embargo, ha abierto al embaucador Bill Clinton el agujero que siempre ambicionó: aparentar que persigue objetivos conservadores cuando en realidad hace todo lo contrario. Por desgracia, esa pretendida “reforma“ del Estado del Bienestar es una estafa que parece estar funcionándole bien.

La promesa del presidente de poner fin a la "asistencia social tal como la conocemos", resulta por lo tanto que no persigue expulsar a los parásitos de la asistencia social de los lomos del contribuyente. Por el contrario, el plan consiste en cargar aún más subsidios sobre los contribuyentes y en conceder aún más privilegios que engorden los bolsillos de los parásitos. Los beneficiarios se vuelven aún más parásitos y tan improductivos como antes pero al menos no van a estar "inactivos". ¡Vaya logro!

El esquema del plan Clinton es como sigue: a los beneficiarios se les dará dos años para "encontrar un puesto de trabajo". Puesto que nada les impide "encontrar un trabajo" ahora, excepto su propia falta de interés, no hay razón

para esperar que encuentren muchos puestos de trabajo. En ese momento, la "reforma" entra en acción. El gobierno federal pagará a empresarios privados para que contraten a esa gente o bien, si no puede encontrar empleadores, él mismo "empleará" a los beneficiarios de puestos de trabajo en los "servicios comunitarios". Esos servicios no son por suspuesto más que despilfarros improductivos, trabajos que nadie pagaría en el sector privado, lo que se solía llamar "*leaf-raking*" [4] en la *Federal Works Progress Administration* de la década del New Deal durante los años treinta.

A los beneficiarios, los contribuyentes les pagarán ahora el salario mínimo para que lleven papeles de un escritorio a otro o por participar en alguna otra actividad improductiva, cuando no contraproducente. En cuanto a la subvención destinada a financiar puestos de trabajo privados, las empresas que los empleen se verán obstaculizadas con trabajadores improductivos, descontentos o incompetentes. En los puestos de trabajo privados, por otra parte, los contribuyentes subvencionarán la totalidad del salario, no sólo el salario mínimo (que podemos esperar que siga aumentando) sino también cualquier otro concepto retributivo acordado entre el empleador y el gobierno. El contribuyente es quien lo paga todo.

Pero eso no es todo. Además de que en propiedad son subsidios al empleo, además Clinton propone que el gobierno federal pague a los parásitos del Estado del Bienestar lo siguiente: atención médica gratuita universal (por cortesía de la "reforma" de salud de Clinton); cupones de alimentos a discreción para comer gratis; guarderías gratis para la miríada de niños dependientes del sistema; vivienda pública gratuita; transporte gratuito al trabajo; programas gratuitos de "nutrición" para los niños y pródigos y "programas de formación" para capacitar a esas personas para desempeñar un trabajo productivo.

Si estos programas de capacitación se parecen algo a los modelos actuales, van a ser muy largos y carentes de valor, incluida la "formación" en "habilidades para la conversación". Si un sistema de educación pública gratuita y generosamente financiado parece que es incapaz de enseñar a leer ¿Cómo se le ocurre a alguien pensar que el gobierno está cualificado para "formar" en cualquier otra habilidad? Además del enorme costo de los pagos directos a los beneficiarios, tendrá que desarrollarse una costosa burocracia gubernamental para supervisar

4 Literalmente "recoger las hojas muertas con un rastrillo" (N. del T.).

la formación, la búsqueda de empleo y para supervisar el desempeño laboral. Además, las madres con niños pequeños que perciban ayudas sociales estarán por completo exentas de cumplir los requisitos para obtener un puesto de trabajo.

Hasta los partidarios del plan de Clinton admiten que aumentará en gran medida el costo del Estado del Bienestar para los contribuyentes. Los clintonianos por supuesto, como es costumbre en el gobierno, tratan de subestimar el costo para conseguir meter un pie en la puerta, pero incluso los observadores moderados estiman los costos adicionales anuales en una cantidad no inferior a los 20 mil millones de dólares. Y eso es probablemente una estimación groseramente insuficiente. Y mientras la Casa Blanca afirma que sólo 600.000 personas necesitarán recurrir a los servicios de empleo, documentos internos del *Health and Human Services Memoranda* (*de la Memoria del Servicio de Salud y Servicios Humanos)* estiman su número en no menos de 2,3 millones y eso partiendo de datos aportados por Clinton y sus seguidores.

Por supuesto, Clinton mantiene que esos enormes aumentos serán solo pasajeros, se darán "sólo a corto plazo"; en el largo plazo, la supuesta mejora en el clima moral se supone que reducirá los costos para los contribuyentes. ¡Seguro!

Obligar a los contribuyentes a subvencionar a los empresarios o a proporcionar ocupación en "puestos de trabajo" improductivos es peor que mantener inactivos a los perceptores de ayudas públicas. Una actividad o un trabajo no tienen sentido a no ser que sean productivos, y concederles una subvención del contribuyente es una forma segura de mantener improductivos a los beneficiarios. El subsidio a la ociosidad es inmoral y contraproducente; pagar a la gente para que trabaje y cree puestos de trabajo para ellos también es una locura, además de ser más caro.

Pero pagar a la gente para que trabaje es peor que eso ya que saca a los subvencionados con bajos ingresos del estatus de pertenencia a un grupo exótico, marginal y generalmente despreciado y, en cambio, los adscribe a la corriente principal de la fuerza de trabajo. Sustituir los programas de asistencia social por programas de empleo no hace más que acelerar el maligno objetivo igualitario socialista de redistribución coactiva de la renta. En otras palabras, no es sino dar un paso más en la larga marcha hacia el Socialismo del siglo XX.

15.- LA "CRISIS" DE MORTALIDAD INFANTIL.

Oí por primera vez hablar de la cuestión de la mortalidad infantil el verano pasado, cuando tuve la mala suerte de pasar una velada con una izquierdista desagradable que afirmaba que, por encima de cualquier otra consideración, el capitalismo estadounidense había fracasado y la Unión Soviética había tenido éxito debido a la alta "tasa de mortalidad“ infantil que teníamos aquí. Debió ser una alumna aventajada de la Izquierda, porque desde entonces la prensa se ha llenado de artículos proclamando esa misma doctrina.

En primer lugar, en la Unión Soviética, aprendí del economista soviético Dr. Yuri Maltsev que los soviéticos habían logrado bajas tasas de mortalidad infantil por un mecanismo simple pero eficaz, que es considerablemente más fácil que los avances médicos, la mejora nutricional o los cambios en la conducta de las mujeres embarazadas. A saber: presentando informes estadísticos que no computaban como muerte infantil a los niños fallecidos hasta que dejaban de tener la condición de niño, al parecer, nadie prestaba mucha atención a la tasa de mortalidad post-infantil.

¿Pero qué pasa con los registros de mortalidad infantil en Estados Unidos? Pues que en 1915, 100 niños murieron por cada 1.000 nacidos vivos en Estados Unidos. Desde entonces, la tasa de mortalidad se ha reducido espectacularmente: de 47 por cada 1.000 en 1940, 20 en 1970 y ha bajado a 10 por 1.000 en 1988. Una disminución del 90 por ciento en la tasa de mortalidad infantil desde 1915 no parece ser una cifra que induzca a una orgía de golpes en el pecho y culpa colectiva del pueblo estadounidense.

Así que ¿Por qué el Dr. Louis W. Sullivan, nuestro flagelo oficial como *Secretary of Health and Human Services (secretario de Salud y Servicios Humanos)*, denuncia el registro de Estados Unidos como "vergonzoso e inadmisible?" ¿Y por qué una propuesta del presidente Bush dirigida a aprobar un programa de atención prenatal federal con un gasto adicional de 171 millones de dólares no es denunciado por algunos congresistas por suponer tan solo un aumento neto de 121 millones de dólares, ya que 50 millones de dólares se deducirían de los programas existentes? ¿Por qué todo el mundo supone que es necesario un mayor gasto federal?

El problema parece estar en el hecho de que muchos países han reducido sus tasas de mortalidad infantil aún más rápidamente, por lo que Estados Unidos es ahora vigesimosegundo en mortalidad infantil; las tasas de Japón y de los países escandinavos son de menos de la mitad que las de Estados Unidos

Como ocurre con las estadísticas económicas, se entienden mejor si se desagregan los datos; y entonces nos encontramos con que la mortalidad infantil de los niños de raza negra ha sido durante mucho tiempo mucho más alta que la de los niños blancos; en concreto, la tasa de Estados Unidos en 1988 fue de 17,6 para los negros y 8,5 para los blancos. Al parecer, la clave de la mortalidad infantil es el bajo peso al nacer, y las tasas de bajo peso al nacer en los Estados Unidos siempre han sido mucho mayores en el caso de los niños negros que para los niños blancos. La tasa de los blancos se ha mantenido en alrededor del 7 por ciento de los nacidos vivos desde 1950, mientras que la tasa de los negros se ha mantenido en alrededor del 10 al 14 por ciento de los nacimientos. Partiendo de una tasa del 14 por ciento en 1969 —el primer año que las cifras de mortalidad infantil de los negros se registraron separadamente— los nacimientos de niños negros de bajo peso se redujeron tras la legalización del aborto, sólo para volver a subir desde mediados de la década de 1980 a más del 13 por ciento.

El problema del peso al nacer es tan importante que Christine Layton del *Fondo para la Defensa de los Niños (Children's Defense Fund)*, un "grupo de defensa de la salud" de extrema-izquierda de Washington (¿Alguien se opone acaso a la salud?), celebró la reciente noticia de que las tasas de mortalidad infantil se redujeran a 9,1 muertes por cada 1.000 nacidos vivos en 1990 aunque lo hizo a regañadientes. Dijo que el descenso experimentado desde 1988 se debía únicamente a los nuevos avances médicos en los medicamentos que se utilizaban para tratar los pulmones de los bebés prematuros; al parecer, esa disminución en realidad no contaba, ya que no iba a "tener la clase de efectos duraderos que necesitamos respecto de los problemas que se plantean a los bebés prematuros".

Pero ¿Cómo es que el problema de la baja tasa de natalidad entre los negros ha persistido durante décadas a pesar de que el gobierno federal, con su habitual energía a la hora de gastar el dinero de los contribuyentes, ha venido abordando el problema desde 1972 en su inmensamente popular programa *Supplemental*

Food program for Women, Infants and Children (WIC) (Programa Especial de Nutrición Suplementaria para Mujeres, Infantes, y Niños)? Dicho programa cuesta al gobierno federal 2.500 millones de dólares al año, además de los subsidios federales a los Estados que lo gestionan.

En la visión progresista del mundo, todos los problemas sociales se pueden resolver por medio del gasto federal, por lo que el gobierno asumió que el bajo peso al nacer entre los bebés de raza negra era debido a la desnutrición, que a su vez era producto de la pobreza. Por ello, el programa WIC ha estado proporcionando a las mujeres estadounidenses, consideradas pobres, grandes cantidades de leche, queso, huevos, cereales y mantequilla de cacahuete. Dicho programa ha suministrado toda esa comida a la mitad de los ocho millones de personas, entre mujeres embarazadas, bebés, madres y niños, elegibles para el mismo —aquellos cuyos ingresos familiares fuesen inferiores al 185 por ciento de la cifra que delimita a los oficialmente pobres y cuya familia fuera oficialmente calificada como en "riesgo de desnutrición"—.

¿Así que por qué razón las empobrecidas madres negras, a pesar de ingerir todos estos alimentos sufragados por el gobierno federal, no han visto que se redujera en las dos última décadas el problema del bajo peso al nacer o el de la elevada mortalidad infantil? ¿Por qué el único logro del programa WIC ha sido proporcionar enormes subsidios a los productores de leche y cacahuete? (aparte de las crecientes tasas de obesidad y colesterol entre los negros pobres).

La respuesta es que, por sorprendente que parezca, la desnutrición, y por tanto los bajos ingresos, no son el problema. Resulta que, según un artículo publicado por el prominente nutricionista y pediatra Dr. George Graham, de la *Johns Hopkins Medical School* (*Wall Street Journal*, 2 de abril de 1991), la causa fundamental del bajo peso al nacer, y sobre todo del muy bajo peso al nacer en los Estados Unidos es el nacimiento prematuro; y la desnutrición no juega prácticamente ningún papel en causar un parto prematuro. En los países del Tercer Mundo, por el contrario, el bajo peso al nacer es causado por la desnutrición y la pobreza, pero los nacimientos prematuros en esos países no son un particular problema.

A diferencia de los países del Tercer Mundo, el bajo peso al nacer, y por lo tanto, las altas tasas de mortalidad en los Estados Unidos, son un problema de inmadurez del bebé y no de desnutrición. De hecho, la tasa de mortalidad

infantil en la isla de Jamaica, en la que la casi totalidad de la población es pobre y negra, es sustancialmente menor que en Washington, D.C., cuyos negros disfrutan de unos ingresos mucho más altos que en Jamaica y dos tercios de los cuales eran beneficiarios del programa WIC.

La causa de los nacimientos prematuros, de hecho, no es nutricional, sino de comportamiento, esto es, del comportamiento de la madre embarazada. En particular, el tabaquismo, la ingestión de cocaína y crack, abortos anteriores e infecciones del tracto genital y de las membranas que rodean al feto, que a menudo son consecuencia de la promiscuidad sexual. Y ahí lo tenemos.

Estos no son hechos que los progresistas gusten escuchar, y, obviamente, ningún expolio federal a los contribuyentes va a mejorar la situación. Los progresistas podrían intentar ocultar la verdad alegando que el argumento responde a la vieja táctica conservadora consistente en "culpar a la víctima". Están equivocados. Nadie culpa a los bebés.

16.- DE LOS SIN HOGAR Y DE LOS HAMBRIENTOS.

El invierno está aquí, y en los últimos años este evento de temporada ha supuesto el descubrimiento repentino de una categoría de desfavorecidos que es por entero nueva: la de los "sin hogar o sin techo".

Un gran esfuerzo de propaganda ha descubierto a las personas sin hogar y nos ha conjurado a hacer algo al respecto —lo que inevitablemente pasa por verter millones de dólares en impuestos para resolver el problema—. Hoy hasta existe un sindicato de gente sin hogar dedicado a presionar para conseguir ayuda federal. No hace mucho tiempo había otra categoría, que era en apariencia por completo diferente: la de los "hambrientos", para los que las estrellas de rock grababan discos y todo el mundo daba palmas a lo largo y ancho del país ¿ Y qué es lo que ha pasado ahora con los hambrientos? ¿Han conseguido estar bien alimentados y están hoy contentos mientras ayudamos a los sin techo? ¿O también han organizado un sindicato de hambrientos?

¿Y qué vendrá el año que viene? ¿Habremos de enfrentarnos a una nueva categoría, la de los "desnudos", o tal vez la de los "mal calzados"? Y ¿Qué hay de los "sedientos" o de los que no tienen chucherías? ¿Cuántos millones más están haciendo cola, esperando salir a la palestra?

¿Por cierto, creen realmente los izquierdistas del *Establishment* que se dedican a esta misión que todas esas categorías están herméticamente separadas? ¿Acaso ven, por ejemplo, a una masa de personas hambrientas viviendo en palacios o a una legión de personas sin hogar gozando la vida todas las noches en Lutecia?

Seguramente no; seguro que hay, por lo menos, más de media docena de diferentes colectivos de personas desfavorecidas. ¿No se da cuenta el *Establishment* de que todos esos problemas aparentemente inconexos: vivienda, alimentos, ropa, transporte, etc.., forman parte de un único gran problema: la falta de dinero? Si lo reconocieran, el problema se simplificaría, las conexiones causales estarían mucho más claras y el número de afectados se reduciría en gran medida: a la pobreza, y punto.

¿Por qué no se reconocen estas conexiones, cuando hasta el mismísimo Franklin Roosevelt (FDR) en el famoso pasaje del discurso de su segunda toma de posesión dijo que veía que "*un tercio de la nación estaba mal alojada, mal vestida y malnutrida*"? Presumiblemente, FDR vio un considerable solapamiento entre esas tres formas de privación. Creo que el *Establishment* trata estos problemas separadamente por varias razones, ninguna de ellas admirable. Por una lado, magnifica las dificultades, haciendo que parezca que muchos grupos de personas sufren de dolencias económicas graves. Lo que significa que más dinero de los contribuyentes debe ser canalizado a un número mucho mayor de trabajadores sociales simpatizantes de la Izquierda.

Pero hay más. Al hacer hincapié en los problemas concretos y específicos, la conclusión que se saca es que el contribuyente deberá proporcionar rápidamente a cada uno de ellos una serie de ventajas: alimentos, vivienda, ropa, asesoramiento y demás ... Y eso supone muchas más ayudas para los diferentes grupos de burócratas e intereses económicos especiales: por ejemplo, para las empresas del sector de la construcción, para los sindicatos de la construcción, para los agricultores, para los que distribuyen alimentos, para las tiendas de ropa, etc... Lo que viene después, los cupones de alimentos, las subvenciones a la vivienda y las viviendas sociales, no son sino su lógica y clarísima consecuencia.

También es mucho más fácil buscar el sentimentalismo en los problemas y ablandar al público sollozando por las personas sin hogar, los que no tienen que comer, etc... y reclamar que se tomen medidas específicas para cubrir esas

necesidades —es mucho más fácil que hablar de los "sin dinero" y limitarse a pedir dinero para los pobres—. El dinero no tiene el valor sentimental de la casa, del hogar y de la cena de Nochebuena

No sólo eso: centrarse en el dinero es probable que lleve a la gente a empezar a hacer preguntas embarazosas. Tales como: ¿Por qué no tiene dinero esa gente? ¿Y no hay riesgo de que obligando a A a pagar impuestos para dar dinero a B disminuyan en gran medida los incentivos para que tanto A como B trabajen duro para ganar dinero? ¿Acaso no es el parasitismo algo que debilita gravemente los incentivos para trabajar tanto del productor como de los parásitos?

Es más, si los pobres lo son porque no tienen ganas de trabajar, la automática prestación, a cargo de los contribuyentes, de un continuo chorro de dinero ¿No debilitaría aún más su voluntad de trabajar provocando que hubiera más ociosos buscando ayudas? Y si los pobres no tienen dinero porque son personas con discapacidad ¿El hecho de estar permanentemente cobrando un subsidio de desempleo no reducirá sus incentivos para invertir en su propia rehabilitación y formación profesional y conseguir volver un día a ser miembros productivos de la sociedad? Y, en general ¿No es mucho mejor para todos los involucrados (excepto, por supuesto, para los trabajadores sociales) disponer de unos limitados fondos privados para caridad en vez de imponer una carga ilimitada sobre los desventurados contribuyentes?

En vez de buscar una cada vez mayor variedad de personas dignas de lástima a las que atender, sería mejor que nos centrásemos en la cuestión del dinero, sería algo que en sí mismo tendería a despejar el ambiente y la mente y permitiría un gran avance en la solución del problema.

17.- DISTURBIOS POR RABIA, POR DIVERSIÓN Y POR PROVECHO ECONÓMICO.

La conjunción "pero" es la gran palabra equívoca de nuestro tiempo, la que permite adherirse o solidarizarse con las causas en boga inspiradas en la compasión a la par que consigue emitir su verdadero mensaje que es de signo contrario. "*Por supuesto, deploro el Comunismo, pero...*"; "*Por supuesto, apruebo el mercado libre, pero...*". Han sido estribillos demasiado recurrentes en las últimas décadas. La reacción habitual de nuestros expertos, a lo largo y ancho

de todo el respetable espectro político, a los graves disturbios de Los Angeles y otras ciudades acaecidos entre el 29 de abril y el 2 de mayo fueron del siguiente tenor: "*Por supuesto, no puedo tolerar la violencia, pero ...*". En todos los casos, se enuncia rápida y ritualmente la primera parte de la frase para llegar, tras el "pero", al auténtico mensaje que es diametralmente opuesto.

Por supuesto que el objetivo perseguido con ello es precisamente el de tolerar la violencia, para lo que se apresuran en exponer las que presuntamente son las "auténticas causas estructurales" de los disturbios y de la violencia. Mientras que las "causas" de cualquier acción humana son imprecisas y complejas, a nada de eso se atiende, porque todo el mundo sabe cual se supone que ha de ser la "solución": más impuestos para el pueblo estadounidense, incluyendo a las víctimas de los masivos saqueos, incendios, palizas y homicidios, porque al parecer hay que "*calmar la furia interior de las ciudades*" pagando espléndidamente a la "comunidad" rebelde para que supuestamente no lo vuelva a hacer.

Antes de apresurarnos a analizar lo que hay detrás de esos disturbios, tenemos que decir que la razón esencial de ser del Estado, de una institución que tiene un monopolio, o preponderancia, de la violencia, es utilizarlo para defender a las personas y bienes de los asaltos violentos. Esa misión no es tan obvia como puede parecer, puesto que, como es bien sabido, las fuerzas estatales y federales de Los Angeles, no cumplieron esa función. Enviar con retraso a policías y tropas sin munición no podía resolver el problema.

Sólo hay una manera de cumplir con la importante y vital función que tiene la policía, la única forma en que funciona: anunciarlo públicamente, teniendo la voluntad de hacerlo cumplir, —como hizo el difunto alcalde de Chicago Richard Daley en los disturbios de la década de 1960— que se ha ordenado a la policía disparar a matar a los saqueadores, a los alborotadores y a los incendiarios o atracadores que pudieran encontrar. Ese solo anuncio bastó para inducir a los alborotadores a guardarse su "rabia" y volver a sus pacíficas actividades.

¿Quién conoce el corazón de los hombres? ¿Quién conoce todas las causas, las motivaciones, de las acciones? Pero una cosa está clara: independientemente de las turbias "causas", los posibles ladrones y atracadores recibirían el mensaje alto y claro.

Pero el gobierno federal, y la mayoría de los gobiernos estatales y locales, decidieron hacer frente a los grandes disturbios de *Watts* y otras ciudades del interior de la década de 1960 de una manera muy diferente: la práctica aceptada actualmente consiste en una compra masiva, un vasto sistema de sobornos en forma de ayudas públicas, cuotas reservadas, discriminación positiva, etc... La cantidad destinada a estos fines por los gobiernos federal, estatales y locales desde la *Great Society* de la década de 1960 asciende a la asombrosa suma 7 billones de dólares.

¿Y cuál es el resultado? La difícil situación de las ciudades del interior es claramente peor que lo fue nunca: más asistencia social, más delincuencia, más disfunción, más familias sin padre, menos niños a los que se esté de alguna manera "educando", más desesperación y degradación. Y ahora, disturbios más virulentos que nunca. Debe quedar muy claro que tirar el dinero de los contribuyentes y conceder privilegios a las ciudades del interior es completamente contraproducente. Y, sin embargo, esta es la única "solución" que siempre se le ocurre a la Izquierda —y sin respaldarlo con ningún argumento, como si esa "solución" fuera evidente—. ¿Por cuánto tiempo se supone que debe continuar este absurdo?

Si esa es la absurda solución progresista, los conservadores no son mucho mejores. Hasta la Izquierda está alabando —siempre una mala señal— a Jack Kemp por ser un "buen" conservador, alguien que se preocupa y que está llegando con soluciones innovadoras pregonadas por el propio Kemp y sus líderes neo-conservadores. Estas pretendidas soluciones supuestamente "no" son asistencia social pública, pero eso es precisamente lo que son: viviendas sociales "propiedad" de los inquilinos, pero sólo merced a generosas subvenciones y bajo estricta regulación —sin que disminuya el parque de viviendas sociales—; "zonas empresariales" en las que no hay empresas libres sino que son simplemente áreas privilegiadas en las que se concentran más ayudas sociales y destinadas a favorecer a las ciudades del interior del país.

Varios izquierdistas se centran en la eliminación de las leyes de salario mínimo y los requisitos de licencia como la cura para el desastre de las ciudades del interior. Pues bien, la derogación de los salarios mínimos, sin duda, sería útil, pero es en gran medida irrelevante para evitar los disturbios: después de todo, existen leyes de salario mínimo en todo el país, en áreas tan pobres como las

ciudades-interiores tales como en los Apalaches. ¿Cómo es que no hay disturbios en los Apalaches? Abolir las leyes que exigen licencias también sería bienvenido, pero igual de irrelevante.

Algunos afirman que la causa subyacente es la discriminación racial. Y, sin embargo, después de tres décadas de agresivas medidas contra los derechos civiles, el problema parece haber empeorado, en vez de mejorar. Por otra parte, los coreanos tienen, sin duda, por lo menos el mismo problema de ser víctimas de discriminación racial —y también tienen el problema de que el inglés es su segundo idioma, y con frecuencia un distante segundo idioma—. Entonces ¿Cómo es que los estadounidenses de origen coreano nunca causan revueltas, a pesar de ser, en efecto, el principal grupo diferenciado de víctimas de los disturbios de Los Angeles?

La famosa tesis Moynihan de la causa del problema está más cerca de la realidad: hace treinta años expuso que en la familia negra había cada vez más huérfanos de padre, y, en consecuencia, valores tales como el respeto a la persona y la propiedad estaban en peligro de desaparecer. Tres décadas después, la familia negra se encuentra en un estado mucho peor, y la familia blanca tampoco está evolucionando demasiado bien. Pero incluso si la tesis Moynihan es parte del problema ¿Qué se puede hacer al respecto? No se puede forzar a los miembros de una familia a vivir juntos.

La causa más importante de la podredumbre es el nihilismo moral y estético alentado durante muchas décadas de Izquierdismo cultural. Pero, ¿Qué se puede hacer al respecto? Sin duda, en el mejor de los casos llevaría muchas décadas recuperar la cultura del Liberalismo e inculcar la sana doctrina, si es que puede hacerse en absoluto. La podredumbre no se puede detener, ni siquiera retrasar, con medidas tan extremadamente lentas y problemáticas.

Antes de que podamos establecer alguna cura para una enfermedad, debemos tener una idea de qué es lo que la causa. ¿Estamos realmente seguros de que "la ira o la rabia" es el problema que se da aquí? En su mayoría, los jóvenes alborotadores captados en televisión no parecía que estuvieran en absoluto enfadados. Una toma memorable tuvo lugar cuando la cámara de televisión captó a un joven sonriente y feliz, acarreando un televisor fuera de una tienda saqueada y poniéndolo en su coche. Un periodista de pocas luces le preguntó:

"*¿Por qué te llevas el televisor?*" La respuesta fue memorable: "*¡Porque es gratis!*". Tampoco es casualidad que los incendiarios saquearan a fondo las 10.000 tiendas antes de dejarlas en cenizas.

La cuestión esencial es que tanto si el motivo o el deseo de los alborotadores fue la rabia, pegar y robar, dando rienda suelta a los impulsos del momento frente a las consecuencias futuras como si no, se entregaron a la diversión que consiste en pegar, robar, incendiar y robar al por mayor porque vieron que podían salirse con la suya. El culto a la inviolabilidad de la persona y la propiedad no es parte de su sistema de valores. Es por eso que, a corto plazo, lo único que podemos hacer es disparar a los saqueadores y encarcelar a los alborotadores.

18.- LA ESTAFA DE LA SEGURIDAD SOCIAL

Desde principios de 1980 nadie ponía en cuestión la solidez del bien-amado sistema de Seguridad Social de la nación por lo que el senador Daniel P. Moynihan (Demócrata por New York) ha prestado servicio a todos los estadounidenses al advertirles de ello. Hacía una década que el público empezaba a ser consciente de la inminente quiebra de la Seguridad Social, cuando en 1983 fue devuelto a su letargo de medio siglo al aprobar la comisión bipartidista nombrada por Greenspan una serie creciente de enormes aumentos de impuestos para salvarla. Cualquier programa de gasto público puede por supuesto ser rescatado mediante el procedimiento de recaudar más impuestos para pagar la cuenta.

Desde el inicio de la Administración Reagan, los tan anunciados "recortes" en la sección denominada oficialmente "impuesto sobre la renta" de nuestro impuesto sobre los salarios han sido más que compensados por el aumento de las cuotas destinadas a la "Seguridad Social". Pero como se ha condicionado a la gente para que piense que las cuotas de la Seguridad Social no son de alguna manera un impuesto, las Administraciones de Reagan y Bush han podido fingir que ellos fueron los heroicos campeones de los recortes de impuestos y los paladines de la resistencia contra las crecientes inclinaciones de los malvados Demócratas.

Pero el Sistema de Seguridad Social es la mayor de las estafas de toda la panoplia de medidas del Estado del Bienestar que nos han impuesto el New Deal y sus sucesores. Se ha engañado al pueblo estadounidense y se le ha hecho creer que las cuotas de la Seguridad Social no son un impuesto en absoluto, sino

un benévolo plan nacional de "seguro" en el que todo el mundo paga las primas desde el inicio de su vida laboral hasta finalmente "recoger" los beneficios cuando cumpla 65 años. Se argumenta que el sistema es análogo a una compañía de seguros privada, que recauda primas a lo largo de los años, las invierte de manera productiva para que rindan intereses, y luego paga unas anualidades o rentas de vejez a los afortunados beneficiarios.

Esto en cuanto a la fachada. En realidad, sin embargo, es exactamente lo contrario. El gobierno federal grava a la población activa de jóvenes y adultos, toma el dinero y lo gasta en los despilfarros que componen el presupuesto federal anual. Luego, cuando la persona llega a los 65 años pagando impuestos, el Estado grava a otra persona —es decir, a la población que todavía trabaja— para que pague lo que denomina beneficios.

Tened la seguridad de que los ejecutivos de cualquier compañía de seguros privada que inventaran un truco como este iban a pasar el resto de sus vidas disfrutando de un bien merecido retiro en la cárcel local. Todo el sistema es una gran estafa piramidal, con la diferencia de que la famosa estafa de *Ponzi* al menos descansaba únicamente en su capacidad para estafar a sus víctimas, mientras que los estafadores del gobierno, por supuesto, se valen también de un vasto aparato de coacción impositiva.

Pero esto cubre sólo una dimensión de la estafa de la Seguridad Social. Los "beneficios", por supuesto, son insignificantes en comparación con los generados por una auténtica anualidad privada colocada en inversiones productivas. Quienes adquieren una anualidad privada reciben, a la edad, digamos de 65 años, una cantidad en concepto de principal que pueden cobrar y con la que también pueden obtener más intereses. La persona que cobra de la Seguridad Social sólo recibe los beneficios anuales y ningún capital ¿Cómo podría cobrarlo, si el "fondo" de la Seguridad Social no existe?

La idea de que realmente exista un fondo descansa sobre una "creativa" ficción contable; sí, el fondo existe sobre el papel, pero el Sistema de Seguridad Social en realidad toma el dinero según entra y compra bonos del Tesoro, quien lo dilapida en sus habituales despilfarros.

Pero eso no es todo. El Sistema de Seguridad Social es un programa del "Estado del Bienestar" que percibe unos elevados impuestos, que están en continuo aumento (a) y que recaen únicamente sobre los salarios y sobre ninguna otra

inversión ni sobre ingresos procedentes del cobro de intereses; y (b) que es fuertemente regresivo, al impactar especialmente sobre los asalariados con menores salarios frente a quienes se encuadran en horquillas de renta más altas. Por lo tanto, quienes perciben ingresos de hasta 5.300 dólares al año se ven obligados a pagar, hoy en día, un 7,65 por ciento de sus ingresos a la Seguridad Social; pero ahí se detiene el impuesto, de modo que, por ejemplo, una persona que gana 200.000 dólares al año paga la misma cantidad absoluta (3.924 dólares), lo que equivale a sólo el 2 por ciento de sus ingresos ¿¡Esto es un Estado del Bienestar !?

Con el paso de los años, el gobierno ha ido aumentado enormemente este impuestos y lo ha hecho de dos formas: aumentando el porcentaje o tipo de gravamen y elevando el importe máximo a partir del cual se deja de pagar el impuesto. Como resultado de ello, desde el inicio de la Administración Reagan, el tipo de gravamen ha pasado del 5,80 por ciento al 7,65 por ciento y el impuesto máximo de 1.502 a 3.924 dólares por año. Y eso es sólo el principio.

La configuración final de la estafa fue resultado de las aportaciones de Reagan-Greenspan y compañía en 1983. Observando el elevado y creciente déficit federal, los gobernantes de nuestros dos partidos decidieron aumentar los impuestos y acumular un enorme "excedente" en el inexistente fondo de la Seguridad Social, "rebajando" así sobre el papel el embarazoso déficit, mientras en la realidad seguían acumulando el mismo déficit estratosférico. Por lo tanto, el déficit federal proyectado para el año fiscal 1990 es de 206 mil millones de dólares; pero al ser el "excedente" estimado en la cuenta de la Seguridad Social de 65 mil millones de dólares se reduce oficialmente el déficit a 141 mil millones de dólares, consiguiendo con ello apaciguar a los fantasmas de Gramm-Rudman. Pero por supuesto no hay ningún excedente; los 65 mil millones de dólares se gastan rápidamente en la compra de bonos del Tesoro y éste los añade a la corriente de los gastos generales, esto es, a gastar 20.000 dólares en cafeteras, rescatar a los ladrones de las *Savings and Loan (S&L)* y al resto de sus nobles causas.

Pero el senador Moynihan, uno de los miembros de la Comisión Greenspan y por ello uno de los autores de la estafa actual, por lo menos ha desvelado parte de la estafa. En cuyo momento, los Republicanos felizmente adoptaron el tradicional cuento de los Demócratas según el cual la oposición se ha propuesto,

cruelmente y sin piedad, echar a la alcantarilla a los muy venerables ancianos de la nación.

La propuesta del senador Moynihan de reducir ligeramente el impuesto de la Seguridad Social hasta el 6,55 por ciento, al menos, ha abierto todo este asunto al debate público. Los motivos de Moynihan se han puesto en cuestión, pero tras recuperarnos de nuestra conmoción por ver a un político que podría haber estado actuando por motivos políticos, hemos de darnos cuenta de que le debemos mucho. El problema es que, aunque muchos autores y periodistas comprenden cual es la verdad y la ponen por escrito, generalmente lo hacen en términos atenuados y decorosos e inundando al lector con un montón de estadísticas.

La gente nunca despertará ni protestará ni se desprenderá de ese monstruoso sistema hasta que se le diga la verdad en términos muy claros: en otras palabras, hasta que a una estafa se le llame estafa.

19.- LAS CAUSAS DE LA CRISIS DE LOS SEGUROS.

El último asalto a gran escala a los derechos de propiedad y el libre mercado proviene del sector asegurador y de las industrias a él asociadas que incurren en importantes responsabilidades. En particular, por ciertos grupos industriales y por la profesión médica organizada. Alegan que los jurados se han vuelto locos y están concediendo indemnizaciones excesivas, amenazando así con llevar a la quiebra a la industria de los seguros, imponiendo unos costos más altos o privando de seguro de responsabilidad civil a las industrias y profesiones que los jurados han encontrado culpables.

En respuesta, la industria del seguro y conexas han pedido topes legales, o de máximos, a las indemnizaciones que pueden otorgar los jurados, así como que se limiten o eliminen los gastos legales, especialmente, de los honorarios satisfechos a los abogados de los demandantes con cargo a las indemnizaciones que se aprueben.

Antes de analizar estas medidas, hay que señalar que es muy posible que no haya ninguna crisis. Quienes critican a la industria de los seguros han señalado que las compañías de seguros se han negado año tras año a revelar las cifras de las sentencias condenatorias y de los acuerdos extrajudiciales o a desglosarlos por industria u ocupación. En lugar de ello, la industria de seguros se ha basado

únicamente en coloridas anécdotas sobre algunas extrañas indemnizaciones —algo que raramente harían al gestionar su propio negocio—.

Además, los críticos han demostrado que en los últimos 25 años el promedio de las cantidades pagadas por las aseguradoras no ha aumentado mucho más que la tasa de inflación. Así que bien podría no haber ninguna crisis del seguro y toda la histeria puede ser un amaño para obtener beneficios para la industria de seguros a costa de las víctimas de los daños personales o patrimoniales que tienen derecho a una compensación justa.

Pero para analizar dónde nos lleva esa hipótesis supongamos que la crisis de los seguros es tan fuerte como la industria sostiene. ¿Porqué deberíamos los demás rescatarla? Las compañías de seguros, son empresas como las demás. Como empresarios, toman riesgos; cuando lo hacen bien y pronostican correctamente, obtienen beneficios y eso es lo adecuado; cuando pronostican mal, tienen pérdidas. Así debe ser. Se les debe honrar cuando obtienen beneficios y deben sufrir las consecuencias cuando tienen pérdidas. En el caso de los seguros, las compañías cobran primas con el fin de cubrir con un beneficio los pasivos que esperan tener que pagar. Si, como consecuencia de una deficiente capacidad empresarial, sufren pérdidas y los pagos por indemnizaciones superan a las primas, no deben esperar ninguna simpatía, y mucho menos rescate alguno, de los sufridos consumidores y contribuyentes.

Es particularmente indignante que las compañías de seguros están tratando de establecer límites máximos a las retribuciones de los jurados y de los honorarios legales. Como persona libre que es, cada uno tiene derecho a contratar a abogados y a acordar la tarifa que ambos estimen procedente y es justo que nadie pueda interferir con la propiedad privada y la libertad de celebrar ese tipo de contratos. Los abogados, al fin y al cabo, son nuestro escudo y armadura contra las leyes injustas y los agravios que se cometen contra nosotros y no se nos debe privar del derecho a contratarlos.

Por otra parte, el muy utilizado recurso consistente en pagar honorarios a abogados en cuantía equivalente a una cuota de las indemnizaciones a percibir en caso de victoria judicial es en realidad un instrumento maravilloso que permite a los más pobres contratar a abogados capaces. Y el hecho de que los honorarios del abogado dependan de su "inversión" en el caso, es lo que le incentiva a luchar al máximo en defensa de sus clientes. Prohibir los honorarios

de contingencia dejaría a los abogados exclusivamente al servicio a los ricos e impediría a la persona corriente el acceso a los tribunales. ¿Es eso lo que la industria aseguradora quiere realmente?

En cuanto a las indemnizaciones a los jurados, ¿Realmente, quiere la industria del seguro y la medicina organizada destruir el sistema de jurado anglo-estadounidense, que con todos sus defectos e ineficiencias, ha sido durante mucho tiempo un bastión de nuestras libertades frente el Estado? Y si desean destruirlo, ¿Con qué lo iban a sustituir —entregándole el poder al Estado—? Mientras mantengamos el sistema de jurados como árbitro de las causas civiles y criminales, no hemos de entorpecer su administración de justicia, sobre todo con los topes cuantitativos sin sentido que simplemente proclaman que la justicia sólo puede dispensarse en pequeñas dosis, por inadecuadas que sean.

Nada de esto significa que las normas que rigen la responsabilidad civil estén en sí necesitadas de reforma. El problema no es realmente cuantitativo sino cualitativo: ¿Quién debe ser responsable de los daños y perjuicios? En particular, hay que poner fin a la teoría de la "responsabilidad indirecta", es decir, a que las personas o grupos sean responsables, no porque sus acciones incurran en daños y perjuicios, sino simplemente porque pasaban por allí y eran lo bastante ricos: circunstancia que a menudo se expresa en los ambientes jurídicos con una frase que es a la par bastante descriptiva y poco elegante: “*por suerte, tenían bolsillos profundos*".

Por lo tanto, si compramos un producto de un minorista y el producto es defectuoso, es el minorista quien debe responder y no el fabricante, ya que no hemos contratado con el fabricante (a menos que él hubiese dado expresa garantía respecto del producto). Es el minorista quien debe encargarse de demandar al mayorista, este último al fabricante, etc..., siempre que este último hubiera realmente incumplido el contrato y entregado un producto defectuoso.

Del mismo modo, si el gerente de una empresa cometiera un delito y causara un daño a la persona o a los bienes ajenos, no hay ninguna razón, para que sean los accionistas quienes paguen, solo por tener los "bolsillos profundos", siempre que estos últimos sean inocentes y no hayan pedido al gerente participar en esas torticeras acciones.

Luego en la medida en que los lamentos por la crisis del sector del seguro sea reflejo de una mayor propensión por parte de los jurados a atribuir la

responsabilidad a las "desalmadas corporaciones", es decir, a los accionistas, entonces el remedio consiste en quitarles ese derecho a los jurados modificando el Derecho que rige la responsabilidad por daños para que sólo sean responsables quienes efectivamente cometen actos ilícitos.

En definitiva, dejemos que la responsabilidad sea total y plena; pero hagámosla descansar únicamente sobre los culpables, es decir, sobre los que realmente dañan a las personas y a los bienes de los demás.

20.- EL "SEGURO" DE SALUD DEL ESTADO.

Una de las ideas más agudas de Ludwig von Mises consistió en exponer el carácter acumulativo que tienen las intervenciones del Estado. El gobierno, en su sabiduría, percibe un problema (¡Y Dios sabe que siempre hay problemas!). A continuación interviene para "resolver" el problema. Pero hete aquí que en lugar de resolver el problema inicial, la intervención crea dos o tres problemas más, con lo que el gobierno siente que debe intervenir de nuevo para resolverlos y así sucesivamente hasta que se llega al Socialismo.

No hay sector que ilustre de forma más dramática este proceso maligno que el de los servicios médicos. Parece que estamos a punto de caer en la inexorable y total socialización de la medicina o lo que se llama eufemísticamente el "seguro nacional de salud". Los precios de los médicos y de los hospitales son altos y aumentan con rapidez y suben muy por encima de la inflación general. Como resultado, quienes no tienen seguro médico apenas pueden pagar con lo que si no les atiende alguna institución caritativa o *Medicaid* no tienen acceso a los servicios sanitarios. De ahí nacen las demandas de un seguro nacional de salud.

Pero ¿Por qué son los precios altos y por qué aumentan rápidamente? La respuesta es: que se debe a la existencia de un seguro de salud establecido, subvencionado o fomentado por el Estado para ayudar a aliviar la carga a la que estaban sometidos los servicios de salud. *Medicare, Blue Cross*, etc..., también son formas muy peculiares de "seguro".

Si tu casa se quema y tienes un seguro contra incendios, recibes una compensación (si consigues que tu amable compañía de seguros pague la indemnización) en forma de una suma fija de dinero. Por este privilegio pagas por adelantado una prima anual fija. Lo que pasa es que en nuestro sistema de

seguro médico, lo que paga el Estado o la *Blue Cross*, no es una cantidad fija sino la que el médico u hospital tenga a bien cobrar.

En términos económicos, esto significa que la curva de demanda para los médicos y hospitales puede elevarse sin límite. En pocas palabras, en grotesco contraste con los postulados de la ley de Say, los proveedores pueden literalmente crear su propia demanda por la vía de repercutir ilimitadamente los pagos a un tercero, que es quien paga la cuenta. Si las curvas de demanda suben prácticamente sin límite, también lo hacen los precios del servicio.

Con el fin de contener el flujo de impuestos o subsidios, en los últimos años el gobierno y las compañías aseguradoras que pagan esos servicios en nombre de terceros se han sentido obligados a restringir un poco la avalancha de prestaciones: lo han hecho aumentando los gastos que no tienen obligación de pagar, o sea los conceptos excluidos, o poniendo límites a los pagos de *Medicare*. Todas estas medidas han sido rechazadas por los clientes de los servicios médicos que acaban considerando a esos ilimitados pagos de terceros como una especie de derecho divino y por los médicos y hospitales que acusan al gobierno de establecer "controles de precios socialistas" —¡Por intentar limitar su propia generosidad con la industria de la salud!—.

Además de aumentar artificialmente la curva de demanda, hay otro gran fallo en el concepto de seguro médico. El robo es robo y el fuego es fuego, por lo que en el seguro contra incendios o en el seguro contra robos el siniestro es bastante evidente y el único problema es el del "riesgo moral" de los asegurados que sucumben a la tentación de quemar su propio negocio o vivienda cuando no son rentables o a la de falsificar un robo con el fin de cobrar el seguro.

"La atención médica" es sin embargo un concepto vago y resbaladizo. No hay manera de que se pueda medir, cuantificar o incluso definir. Una "visita al médico" puede consistir en toda una investigación y en un largo y cuidadoso tratamiento, en un buen consejo o en pasar dos minutos con el médico y que se limite a prescribir dos aspirinas y a decirle a la enfermera que escriba la receta.

Por otra parte, no hay manera de prevenir el grave riesgo moral que suscita que los clientes —teniendo su gasto médico reducido a casi cero— decidan ir al médico cada semana para que les tomen la tensión arterial o la temperatura. Por lo tanto, con seguros a favor de terceros, es imposible evitar un acusado empeoramiento de la calidad de la atención médica y es muy difícil impedir que

exista una severa escasez de la oferta de este tipo de servicios en relación a la inflada demanda. Todos los que son lo bastante mayores como para recordar los buenos y viejos tiempos —cuando los médicos de familia hacían visitas a domicilio, pasaban mucho tiempo con los pacientes, a quiénes hasta conocían personalmente, y cuando, para colmo, cobraban poco— están profunda y justamente resentidos con los servicios que se dispensan actualmente, que son como los de una cadena de montaje. Pero con demasiada frecuencia muy pocos entienden el papel del bien-amado seguro de salud a la hora de establecerr un estado de cosas caracterizado por una lamentable pérdida de calidad y un astronómico aumento de precios.

Pero las raíces de la crisis sanitaria actual se remontan mucho más allá de la década de 1950 y del seguro médico. La intervención del gobierno en la medicina comenzó mucho antes, con un punto de inflexión en 1910, cuando el muy celebrado Informe Flexner cambió la cara de la medicina estadounidense.

Abraham Flexner, un antiguo propietario en paro de una escuela preparatoria de Kentucky, que no tenía el título de médico ni ningún otro título superior, fue encargado por la Fundación Carnegie de escribir un estudio sobre la educación médica americana. La única calificación de Flexner para ese trabajo era ser el hermano del poderoso Dr. Simon Flexner, que sí era médico y director del *Rockefeller Institute for Medical Research* (*Instituto Rockefeller para la Investigación Médica)*. El informe Flexner estaba prácticamente escrito de antemano por los altos funcionarios de la *American Medical Assotiation (Asociación Médica Americana) AMA*, y su consejo fue rápidamente seguido por todos los Estados de la Unión.

El resultado fue que cada Facultad de Medicina y cada hospital fue sometido al régimen de licencia previa del Estado, lo que otorgaría la facultad de nombrar a los miembros de las juntas evaluadoras encargadas de conceder las licencias a la American Medical Assotiation (AMA) (Asociación de Médicos Americana). El Estado tenía que echar del negocio, y lo hizo, a todas las Escuelas privadas de Medicina constituidas con ánimo de lucro que admitiesen a negros y a mujeres y que no se especializaran en la medicina "alopática" ortodoxa: lo que incluía en particular a los homeópatas, que eran entonces una parte sustancial de la profesión médica y una alternativa a la respetable medicina alopática ortodoxa.

Así, gracias al Informe Flexner, la AMA fue capaz de utilizar al gobierno para instituir un cártel de la profesión médica: que desplazara la curva de oferta drásticamente hacia la izquierda (tras el informe Flexner, los gobiernos de los Estados expulsaron literalmente del país a la mitad de las escuelas de medicina) e hiciera posible que aumentasen las tarifas de médicos y hospitales y sus ingresos.

En todos los casos de cárteles, los productores son capaces de sustituir a los consumidores en las posiciones de poder, y en consecuencia el *Establishment* médico pudo deshacerse de las terapias competidoras (por ejemplo, de la homeopatía); de eliminar a ciertos grupos que competían por hacerse un hueco en la oferta médica (los negros, las mujeres, los judíos); y sustituir las Escuelas de Medicina de propiedad particular y financiadas por cuotas de los estudiantes por Facultades de las Universidades subvencionadas por fundaciones y donantes ricos.

Con ello, gestores profesionales sustituyen a propietarios financiados por sus clientes (que estudian a sus pacientes) y los gerentes se guían por los beneficios que pueden obtener en vez de por los servicios a prestar a los consumidores. Se produce así una distorsión que afecta a toda la profesión médica, que la aleja de la atención al paciente y la dirige hacia la alta tecnología y las elevadas inversiones de capital en enfermedades raras y glamorosos; lo que en vez de ser algo realmente útil para los pacientes-consumidores, sirve más bien para reforzar mucho el prestigio del hospital y de su personal médico.

Y así, nuestra muy real crisis de salud ha sido el producto de siglos de masivas intervenciones de los gobiernos, del federal y de los Estados; en particular, de un artificial impulso de la demanda, unido a una restricción artificial de la oferta. El resultado ha sido una acelerada subida de precios y un deterioro de la atención al paciente. Lo siguiente que la medicina socializada podría fácilmente traernos es la tan vanagloriada situación médica de la Unión Soviética: en la que todos tienen tiene derecho a asistencia médica gratuita, pero donde no hay, en efecto, ninguna medicina y ninguna asistencia.

21.- EL ESTADO DE BIENESTAR NEOCON

Desde su creación en la década de 1930, el Estado del Bienestar ha evolucionado de la siguiente manera. En primer lugar, la Izquierda descubre problemas sociales y económicos. No es una tarea difícil: la especie humana siempre ha tenido este tipo de problemas y seguirá teniéndolos mientras no viva en el Jardín del Edén. Pero la Izquierda generalmente necesita que se destinen decenas de millones de dólares a donaciones a fundaciones y a comisiones financiadas por los contribuyentes para llegar a la sorprendente revelación de que en el mundo hay enfermedades, pobreza, ignorancia, escasez de viviendas y demás.

Una vez identificados los "problemas" con el acompañamiento de mucha fanfarria coordinada, la Izquierda procede a invocar "soluciones" que, por supuesto, deben ser suministradas por el gobierno federal, que todos conocemos y amamos como la gran máquina para solucionar problemas que nos dicen que es.

Cualquiera que sea el problema o su complejidad, todos sabemos que la solución es siempre la misma: dedicar una enorme cantidad de dinero de los contribuyentes a los gobiernos locales, estatales, y sobre todo al gobierno federal para que puedan crear una creciente y gigantesca burocracia nutrida por un enjambre de burócratas que dedicarán sus vidas a combatir el problema particular considerado. El dinero lo aportan, por supuesto, los contribuyentes y una creciente deuda a financiar ya sea por medio de la inflación o por los contribuyentes del futuro.

Desde el principio, cada creativo avance del Estado del Bienestar lo ha puesto en marcha la izquierda del Partido Demócrata. Desde 1930 ésa ha sido históricamente la función de los Demócratas. La función de los Republicanos, por su parte, ha sido quejarse del Estado del Bienestar y, después, cuando han estado en el poder, afianzar su yugo sobre el pueblo, no sólo consolidando los "avances" Demócratas sino ampliándolos.

A lo más que hemos podido aspirar con Administraciones republicanas es a una ligera desaceleración de la tasa de expansión del Estado del Bienestar y una relativa falta de novedosas propuestas "innovadoras".

El resultado de cada uno de los grandes avances del Estado del Bienestar (del *Deal New* de los años 30 al *Fair Deal* de los 40 y la *Great Society* de los años 60) es evidente que no ha sido el de "resolver" los problemas que ha abordado. Por el contrario, cada uno de estos problemas estaba demostrablemente mucho peor veinte o treinta años después de que se introdujeran las medidas innovadoras y expansivas. Al mismo tiempo, la ‘Máquina de Solución de Problemas’ gubernamental: impuestos, déficit, gasto, regulaciones y burocracia, se ha hecho mucho más grande, más fuerte y más hambrienta de botín a expensas del contribuyente.

Ahora, en los años noventa, nos encontramos en otra encrucijada. Los resultados se ven ahora en la *Great Society* y sus codicilos nixonianos. El masivo y costoso intento de acabar con la pobreza, los problemas de las ciudades interiores, el racismo y las enfermedades, sólo ha dado lugar a que todos esos problemas sean mucho más graves y a una mucho mayor maquinaria federal de control, de gasto y de burocracia.

La Izquierda Demócrata, que ahora se llama a sí misma "moderada" a causa de los evidentes fracasos del Socialismo, ha llegado a las "soluciones" habituales: un redoblado y masivo gasto federal para "ayudar" a los centros urbanos, para "reconstruir" las decadentes infraestructuras, ayudar a hacer que las industrias en declive sean "competitivas" y demás. Pero mientras que las Administraciones Republicanas en las décadas de 1950 y 1970 estaban en manos de "moderados" o "socialistas“ declarados, la Administración Republicana está ahora dirigida, o al menos guiada, por conservadores.

¿Cuál es la respuesta "conservadora" (léase: neo-conservadora) de los Republicanos al Estado del Bienestar y a las propuestas Demócratas dirigidas a darle impulso hacia otro gran salto adelante?

La buena noticia es que la alternativa neo-conservadora no es otra propuesta de "yo también" aunque un poco menos de lo que la Izquierda Demócrata propone. La mala noticia, sin embargo, es que la propuesta de "Estado del Bienestar Conservador" —en palabras del padrino neo-conservador Irving Kristol— es mucho peor. Por una vez, bajo los auspicios de los neo-conservadores, los Republicanos están llegando con propuestas verdaderamente novedosas.

Pero ése es el problema: el resultado es mucho más poder y más recursos para el Estado Leviatán en Washington, todo ello camuflado con retórica pseudo-

conservadora. Dado que el público conservador siempre tiende a poner más énfasis en la retórica que en la sustancia, esto vuelve más peligroso a la inminente alternativa al Estado del Bienestar de los Republicanos.

Las dimensiones del embrionario Estado del Bienestar Neocon pueden verse en las propuestas presentadas por el secretario de Educación Lamar Alexander bajo la dirección y con la ayuda de expertos en asuntos educativos de la órbita neocon como Chester Finn y Diane Ravitch y respaldadas por Bush. El desastre de la educación en este país es en gran medida obra de la masiva financiación e intervención pública del Estado Federal que ha sometido al pueblo estadounidense a una gigantesca burocracia educativa y ha permitido recorrer un largo trecho en el camino que ha de permitir al Estado arrebatar a los padres el control sobre sus hijos.

El Estado del Bienestar Neocon terminaría el trabajo: ampliaría los presupuestos, nacionalizaría a los profesores y programas de estudio y entregaría por completo el control de los niños a la perniciosa burocracia educativa del Estado.

En materia de vivienda y desarrollo urbano la solución presentada como alternativa neocon para el Estado del Bienestar ha sido elaborada por el político favorito de los neo-conservadores: el secretario de Vivienda y Desarrollo Urbano Jack Kemp. Aunque la Administración Bush se mantuviera a cierta distancia de las tesis de Kemp, los disturbios de Los Angeles hicieron que éstas recibiesen el virtual respaldo Republicano lo que no se debió solamente a la falta de "visión" del presidente Bush sino también al apoyo que le dió el corifeo de aduladores socialistas a su "preocupación y compasión" por las ciudades del interior.

Como Jeff Tucker ha explicado en *Free Market,* las propuestas de "zonas empresariales" de Kemp y de "empoderamiento" no suponen sino una nueva ampliación del Estado del Bienestar. El concepto de "zonas empresariales", inicialmente destinadas a ser islas de genuina libre empresa en un pantano Estatista, ha sido hábilmente convertido en más Estado asistencial y en subsidios del tipo de los utilizados en el programa *Affirmative Action*. La idea de Thatcher de vender las viviendas públicas a los inquilinos se ha convertido en otro método de expansión de la vivienda pública, de subvencionar a las ciudades del interior y de mantener a los inquilinos dependiendo de la burocracia federal y del Gran Massa de la Casa Blanca.

¿Cómo se financiaría ese mayor Estado del Bienestar Neo-con? Los neo-conservadores son, después de la izquierda-keynesiana de los años 1930, los más entusiastas fanáticos del déficit federal. Así pues, podemos esperar déficits mucho mayores, acompañados de una extensa batería de nuevas excusas. Sacarán a relucir estadísticas para demostrar que el déficit y la deuda "*en realidad no son tan malos*", en comparación, por ejemplo, con los habidos en alguno de los años de conflicto bélico, durante la Segunda Guerra Mundial, o, que por turbias y profundas razones filosóficas, en realidad no hay déficit.

En cuanto a los impuestos, probablemente podemos confiar en que los neo-conservadores bajarán los tipos marginales de los escalones de renta más altos y reducirán la tributación de las ganancias de capital, pero el cielo es el límite en todo lo demás. Podemos esperar muchos más cierres de "vacíos o lagunas legales" como los que facilitaron que el mercado inmobiliario iniciara una larga y continua caída en picado tras la Ley de Reforma Fiscal de 1986. También podemos esperar aumentos en los impuestos al consumo, y tal vez un impuesto nacional sobre las ventas o impuesto sobre el valor añadido.

Se supone que fue Harry Hopkins quien esbozó la nueva estrategia del *New Deal*: "*Vamos a gravar y gravar, a gastar y gastar, a decidir y decidir*". Podría haber añadido: controlar y controlar. Durante décadas, las formas externas, los brillantes adornos, han ido cambiando para atraer a nuevas generaciones de cretinos. Pero la esencia del Leviatán, en continua expansión, se ha mantenido igual.

22.- POR SUS FRUTOS ...

Una de las características más terribles del *New Deal* fue su política agrícola: so pretexto de "curar la depresión," el gobierno federal estableció en los Estados Unidos un cártel agrícola gigantesco. En medio de la peor depresión en la historia de Estados Unidos, el gobierno federal obligó a los agricultores a cultivar una de cada tres acres de trigo y a los ganaderos a sacrificar a un tercio de sus cerdos con el fin de conseguir que aumentasen los precios de los alimentos, provocando con ello un menor suministro de tales productos. Los izquierdistas culparon al "capitalismo estadounidense" de que el gobierno tuviera que forzar recortes en la producción de las granjas mientras que en las ciudades los estadounidenses se morían de

hambre; pero el problema no fue el "capitalismo", sino que grupos organizados de presión —en este caso la industria agro-alimentaria— utilizaban al gobierno federal como organizador y ejecutor de la política del poderoso cártel del sector agrícola y ganadero. Y todo ello para ayudar a la "*tercera parte de una nación*" que Franklin D. Roosevelt vio "*mal nutrida*", "*mal vestida*" y "*mal alojada*".

Desde 1933, la política agropecuaria del *New Deal* ha continuado y se ha intensificado, siguiendo su espantosa lógica a expensas de los consumidores de la nación, año tras año, con regímenes Demócratas o Republicanos, en los buenos tiempos y en los malos. Pero que durante las recesiones el gobierno destruya brutalmente alimentos es, con toda razón, algo indignante —y algo que los medios de comunicación ignoran—. El último atropello está ocurriendo ahora en los valles centrales de California, un Estado en profunda recesión.

El problema concreto es la fruta, ya que en California se cultivan melocotones y nectarinas que son un poco "pequeños". Desde la década de 1930, el Departamento de Agricultura ha venido estableciendo tamaños mínimos para los melocotones y nectarinas. Cualquier fruta que esté microscópicamente por debajo del mínimo tamaño y peso establecidos por el gobierno es ilegal y debe ser destruida por el agricultor, so pena de graves sanciones.

No es que esos melocotones y nectarinas de tamaño más reducido no puedan venderse a los consumidores. Por el contrario, la mayoría de la gente, hasta los recolectores especializados de fruta, no es capaz de percibir a simple vista ninguna diferencia, con lo que los productores se ven obligados a utilizar costosas máquinas de pesaje y clasificación. Se estima que solo en la campaña de 1992 los productores de frutas de California se verán obligados a destruir no menos de 500 millones de libras de esta fruta que no tiene el tamaño exigido.

Por ello, *Gerawan Farming*, la mayor productora de melocotón, nectarina y ciruelas del mundo, fue acusada de infringir la ley federal, ya que, en vez de destruir la totalidad de su fruta pequeña, se atrevió a vender una parte a un mayorista de Los Angeles, que a su vez la revendió a las tiendas de comestibles de barrio que abastecían a los consumidores más pobres que deseaban comprar fruta más barata, aunque fuese más pequeña.

El bajo costo, por supuesto, es la clave. Al secretario de Agricultura no se le ocurren esas dañinas medidas mientras duerme. Por mandato legal, esos tamaños mínimos son fijados por comités de agricultores que se dedican a

cultivar ese producto en particular. Los agricultores están autorizados a utilizar el gobierno para hacer respetar los cárteles, en los que la fruta más grande y más cara está protegida de la competencia de la más pequeña y más barata. Es como si los fabricantes de coches Cadillacs y Lincoln Town pudieran imponer unas normas que establecieran el tamaño mínimo de los automóviles y que prohibieran el acceso al mercado de los coches más pequeños.

Quizás el aspecto más repelente de este sistema se da cuando los líderes de los comités de agricultores se justifican diciendo que lo que hacen para mejor servir a los intereses de los consumidores. Así, Tad Kozuki, miembro de la Comisión Administrativa de las nectarinas, que forman ocho personas, opina que "*la fruta más pequeña no es tan atractiva a la vista, por lo que el comité trató de agradar al consumidor, al pensar que la demanda de nuestra fruta subiría*".

Además de esa mentira acerca de "agradar al consumidor", John Tos, presidente del Comité sobre productos del melocotón que está integrado por diez personas, declara solemnemente que "*eliminamos esos tamaños pequeños a causa de lo que nos dicen los grupos de estudio“*, añadiendo que esos dos comités están ahora gastando 50.000 dólares en un estudio más detallado sobre las preferencias de los consumidores de frutas.

¡Chicos! Ahorraros el dinero. Puedo predecir el resultado en cada ocasión: siempre que se trate de recibir regalos, por no tener que pagar la diferencia de precio, los consumidores prefieren melocotones más grandes a melocotones más pequeños, al igual que puestos a elegir, preferirían un Cadillac a un Geo. Y el precio, por supuesto, es la cuestión clave en todo este asunto. Los melocotones más pequeños serán más baratos, al igual que los modelos Geos serán más baratos y los consumidores deben poder elegir entre las dinstantas calidades y los diferentes tamaños y precios.

Eric Forman, director Adjunto de la División de Frutas y Verduras del Servicio de Comercialización Agrícola del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos, era un poco más franco que los agricultores cartelista. "*Los consumidores están dispuestos a gastar más dinero comprando fruta más grande que comprando fruta más pequeña*" dijo Forman, "*¿Por qué perjudicar al producto que hace posible que el agricultor obtenga un beneficio mayor?*" Esto es, ¿Por qué se ha de permitir que los productores vean “socavada“ la elevada rentabilidad que obtienen de determinados productos por una cosa que también recibe el nombre de

"competencia", al parecer un concepto que no se puede ni nombrar en los círculos agrícolas.

La posición sensata en cuanto a la cuestión de la fruta es la mantenida por los grupos de consumidores y por la asediada *Gerawan Farming*. Scott Pattison, director Ejecutivo de *Consumer Alert*, declaró correctamente que toda esta política es "indignante". "*¿Por qué nos dicen los burócratas y los productores que no tienen mercado?*", Preguntó Pattison. "*Si los consumidores realmente no compran la fruta pequeña, los cultivadores renunciarán a enviarla. Pero creo que las madres de bajos ingresos darían la bienvenida a una fruta más pequeña pues podrían permitirse el lujo de comprarla para dar de comer a sus hijos*" y Dan Gerawan, presidente de *Gerawan Farming*, alzó una nectarina y declaró sarcásticamente: "*Este es el mal, la fruta ilegal*". Gerawan añadió que el gobierno "*está multando a quien no destruya la fruta destinada a los pobres*".

Esto es el "Estado del Bienestar" en acción: un gobierno cartelizador restringiendo la competencia, limitando la producción, aumentando los precios y, en particular, perjudicando a los consumidores de bajos ingresos, todo ello con la ayuda de la desinformación mendaz proporcionada por tecnócratas contratados por el gobierno para administrar ese Estado del Bienestar, mientras todos ellos repiten al unísono e hipócritamente que toda esa política se realiza por el bien de los consumidores.

23.- LA POLÍTICA DEL HAMBRE

Los medios de comunicación se centran principalmente en publicar fotografías terribles de niños hambrientos, y en segundo lugar en acusaciones y réplicas sobre qué gobiernos — occidental, etíope o el que sea— son responsables de que la ayuda a los que mueren de hambre no haya llegado a tiempo. En medio del bombardeo de los medios, las preguntas importantes y básicas se pierden en la confusión. Por ejemplo, ¿Por qué la naturaleza parece que frunce el ceño únicamente a los países socialistas? Si el problema es la sequía, ¿Por qué las lluvias siempre evitan a los países que son socialistas o fuertemente Estatistas? ¿Por qué Estados Unidos nunca sufre de climas secos, que amenazan con la hambruna?

La raíz del hambre no radica en los dioses o en las estrellas, sino en las acciones de los hombres. El clima no es la razón por la que Rusia antes del Comunismo

fuera un gran exportador de grano, mientras que ahora la Unión Soviética importa cereales. La naturaleza no es responsable del hecho de que, de todos los países del Este de África, los países Marxistas-Leninistas de Etiopía y Mozambique sea ahora los que principalmente sufren de hambrunas masivas y de inanición. Ciertas causas producen ciertos efectos y es una ley ineluctable de la naturaleza y del hombre que si la agricultura está sistemáticamente paralizada y los agricultores viven explotados, la producción de alimentos se derrumbará y el el resultado será el hambre.

La raíz del problema es el Tercer Mundo, donde (a) la agricultura es abrumadoramente el sector económico más importante, y (b) como las personas no son lo bastante ricas cuando sobreviene cualquier crisis no pueden comprar alimentos del exterior. Por lo tanto, para la gente del Tercer Mundo, la agricultura es la actividad más valiosa y se vuelve particularmente importante que no se vea desalentada o perjudicada en modo alguno. Sin embargo, siempre que hay producción, también hay variadas clases de parásitos que viven de los productores. El Tercer Mundo en nuestro siglo ha sido el escenario favorito de aplicación del Marxismo, para las revoluciones, los golpes de Estado o el dominio de los intelectuales Marxistas. Siempre que estas nuevas clases dominantes han tomado el control y han impuesto un régimen socialista o plenamente Estatista, la clase más saqueada, explotada y oprimida ha sido la importante clase productiva: los agricultores o campesinos. Literalmente decenas de millones de productivos agricultores fueron asesinados por los regímenes comunistas de Rusia y China, y los que sobrevivieron se vieron obligados a abandonar sus tierras a la fuerza y a integrarse en cooperativas o granjas del Estado en las que su productividad se desplomó y la producción de alimentos se redujo gravemente.

Hasta en los países en los que la tierra no se nacionalizó directamente, el nuevo aparato del floreciente Estado se desarrolló a lomos de los campesinos, con pesados impuestos y obligandoles a vender el grano al Estado muy por debajo de su precio de mercado. Más tarde el alimento artificialmente barato se empleaba para subvencionar la oferta de alimentos a la población urbana donde estaba la principal base de apoyo de la nueva clase burocrática.

El patrón paradigmático en África y en los países asiáticos ha sido el siguiente: los británicos, los franceses, los portugueses o cualquier otro poder imperial

imponía unos límites artificiales a lo que llamaron sus "colonias" y establecían sus capitales para administrar y gobernar a la masa de campesinos. Después, la nueva clase de burócratas superiores e inferiores vivía de los campesinos mediante impuestos y obligándolos a vender sus productos al Estado a precios artificialmente baratos. Cuando las potencias imperiales se retiraron, dejaron a esas nuevas naciones a merced de los intelectuales Marxistas, generalmente formados en Londres, París o Lisboa, que impusieron un Socialismo o un Estatismo mucho mayor, lo que agravó el problema enormemente.

Por otra parte, se generó un círculo vicioso, parecido al que puso al Imperio Romano de rodillas. El campesinado oprimido y explotado, cansado de ser saqueado en provecho del sector urbano, decidió abandonar las granjas e ir a apuntarse al Estado del Bienestar que se proporcionaba en la capital. Esto hizo que muchos de los agricultores estuvieran todavía peor y que por ello quisieran abandonar las granjas en mayor número aún, a pesar de las brutales medidas implantadas para impedirles escapar de ellas. El resultado de esta espiral fue el hambre.

Por lo tanto, la mayoría de los gobiernos africanos obligan a los agricultores a vender sus cosechas al Estado a tan sólo la mitad o a un tercio de su valor de mercado. Etiopía, que tiene un gobierno Marxista-Leninista, también obligó a los agricultores a integrarse en granjas estatales altamente ineficientes e intentó mantenerlos trabajando allí por medio de una brutal opresión.

La respuesta a la hambruna en Etiopía o en otros lugares no es la ayuda internacional y el envío de alimentos. Como la ayuda cae invariablemente bajo el control del gobierno receptor, los alimentos por lo general se desvían de los campesinos hacia los bolsillos de los funcionarios del gobierno o se dedican a subvencionar a una población urbana que ya está bien alimentada. La respuesta a la hambruna es liberar a los campesinos del Tercer Mundo de la brutalidad y de la explotación de la clase gobernante estatal. La respuestacontra el hambre es propiedad privada y libre mercado.

24.- EL GOBIERNO Y LOS RECURSOS NATURALES

Es un mito comúnmente aceptado que la casi desaparición de la ballena y de varias otras especies de animales marinos fue provocada por "la voracidad capitalista", que, al estar únicamente interesada en la

obtención de beneficios a corto plazo, extinguió los recursos naturales —el ganso de los huevos de oro— de los que dichos parabienes proceden. De ahí surge el clamor de quienes postulan que el gobierno debe intervenir y ha de ser el titular de la propiedad de esos recursos o, por lo menos, regular estrictamente su uso y desarrollo.

Sin embargo, podemos estar seguros de que es la empresa privada, y no el gobierno, quien tendrá una visión a largo plazo, no cortoplacista. Por ejemplo, si un inversor o una empresa privada es propietario de un recurso natural, por ejemplo de un bosque, sabe que cada árbol cortado y vendido para conseguir beneficios a corto plazo tendrá que venir equilibrado por una disminución en el capital, o sea en el valor de los bosques que quedan. Esto es, toda empresa debe equilibrar los rendimientos a corto plazo con la pérdida de los bienes que constituyen su capital. Por lo tanto, los propietarios privados tienen todos los incentivos económicos para ser prudentes, para replantar árboles por cada árbol talado, para aumentar la productividad y mantener el recurso, etc... Es precisamente el gobierno —o las empresas a las que les permite arrendar recursos pero no poseerlos— quien tiene todos los incentivos para ser cortoplacista. Dado que los burócratas al servicio del Estado controlan pero no son dueños de un recurso que es "propiedad" del Estado, no tienen ningún incentivo para maximizar o incluso considerar el valor a largo plazo de los recursos. Su verdadero incentivo es el de explotar los recursos lo más rápido posible.

Y, así, no debería de sorprendernos que cada supuesto de "abuso" y destrucción de un recurso natural haya sido causado, no por los derechos de propiedad privada sobre los recursos naturales, sino por el Estado. La destrucción de la cubierta vegetal, de la capa de hierba, en el Oeste del país a finales del siglo XIX fue causada por el fallo del Estado federal al permitir que los colonos se apropiasen de parcelas de tierra que no eran lo suficientemente grandes como para hacer viable su explotación. La superficie máxima de 160 acres de las parcelas legalmente susceptibles de apropiación privada que se impuso durante la Guerra Civil tuvo sentido para la agricultura del Este del país que goza de un clima húmedo; pero no tenía sentido en las zonas áridas del Oeste, donde ninguna explotación de menos de mil o dos mil acres era rentable.

Como resultado, los pastizales y los ranchos de ganado se convirtieron en tierras propiedad del gobierno federal, pero explotadas por o arrendadas a empresas privadas. Éstas no tenían ningún incentivo para mejorar la calidad de la tierra, ya que la podrían ocupar otras empresas o podría revertir al Estado. De hecho, su incentivo era utilizar el recurso tierra rápidamente y destruir la capa de hierba, porque se les impedía ser dueño de aquella.

El agua, de los ríos y los océanos, ha estado en condiciones mucho peores que la tierra, ya que se ha impedido casi universalmente que los particulares y las empresas sean propietarios de los recursos hídricos, se les ha negado la propiedad de los recursos pesqueros, etc... En definitiva, ya que la general apropiación de derechos de propiedad privada no se ha permitido sobre partes del océano, los océanos y otros recursos hídricos se han mantenido en un estado primitivo, tanto como lo estaba la tierra en los días previos a la aceptación y reconocimiento de la propiedad privada sobre la misma. Entonces, la tierra se encontraba en un estadío de caza y recolección y la gente podía poseer o transformar la tierra misma. Sólo la propiedad privada de la tierra iba a hacer posible que surgiera la agricultura —el cultivo y transformación de la tierra — lo que traería consigo un enorme crecimiento de la productividad y un aumento en el nivel de vida de todos. El mundo ha aceptado la agricultura privada y los maravillosos frutos que resultan de ella y de su cultivo. Ya es hora de ampliar el dominio del hombre a una de las últimas fronteras del planeta: la acuicultura. Ya se están desarrollando los derechos de propiedad privada sobre los recursos hídricos y los océanos y tan sólo estamos empezando a vislumbrar las maravillas que puede ofrecernos. Cada vez más, en los océanos y ríos, se están "criando" peces en vez de depender de la azarosa oferta de la naturaleza. Mientras que en 1975 solamente el 3 por ciento de todo el marisco producido en Estados Unidos venía de piscifactorías, esta proporción se cuadruplicó hasta alcanzar el 12 por ciento en 1984.

En Buhl, Idaho, la empresa *Clear Spring trout Company*, una piscifactoría, se ha convertido en el mayor productor de trucha del mundo, ampliando su producción de trucha de 10 millones de libras por año en 1981 a 14 millones de libras este año. Además, *Clear Springs* no se contenta con respetar ciegamente la naturaleza; como todas las demás granjas intentan hacer, quiere favorecer el trabajo de la naturaleza mejorando la reproducción para obtener una trucha más productiva. Así, hace dos años, la *Clear Spring trout Company* convertía dos

libras de alimento en una libra de carne comestible; sus científicos han desarrollado truchas que con sólo 1,3 libras de alimento rinden una libra de carne. Y los investigadores están a punto de desarrollar un producto muy deseado por los consumidores: una trucha sin espinas.

A este respecto, de hecho, toda la trucha arco iris que se vende comercialmente en los Estados Unidos se produce en granjas, así como el 40 por ciento de las ostras de la nación y el 95 por ciento del bagre o pez gato.

La acuicultura, la ola del futuro, está aquí para quedarse, no sólo en el ámbito de la pesca, sino también en actividades tales como la extracción de petróleo en alta mar y de nódulos de manganeso del suelo marino. Lo que la acuicultura necesita por encima de todo es la expansión de los derechos de propiedad privada a todas las partes útiles de los océanos y de los demás recursos hídricos.

Afortunadamente, la Administración Reagan rechazó el *Law of the Sea Treaty* (Tratado de Derecho Marítimo), que habría sometido permanentemente los recursos de los oceános del mundo a la propiedad y al control de un organismo gubernamental mundial bajo los auspicios de Naciones Unidas. Con esa nueva amenaza, ha llegado el momento de aprovechar la oportunidad para permitir la expansión de la propiedad privada a una de sus últimas fronteras.

25.- LOS ECOLOGISTAS LA EMPRENDEN CON TEXAS

Todos sabemos cómo los ecologistas, aparentemente determinados a toda costa en salvar el búho moteado, dieron un golpe devastador a la industria maderera en el noroeste. Pero esta bofetada a la economía de la zona puede ser trivial en comparación con lo que le podría pasar a la hermosa ciudad de San Antonio, Texas, que se halla en peligro de extinción por la mortal y despótica combinación del movimiento ecologista y del poder judicial federal.

La única fuente de agua para esa ciudad de 900.000 residentes, así como la gran zona circundante, es el gigantesco acuífero Edwards, un río o lago subterráneo (la cuestión es objeto de controversia) que se extiende por cinco condados. Compitiendo por el agua de dicho acuífero, además de San Antonio y las fincas y haciendas de la zona, hay dos manantiales, el Comal y el Aquarena que vierten sus aguas al río San Marcos, y se están convirtiendo en atracciones turísticas. En mayo de 1991, el *Sierra Club*, junto con la Autoridad del río Guadalupe-Río Blanco, que controla los dos manantiales, presentaron una demanda en la corte

federal, invocando la *Endangered Species Act* (Ley de Especies Amenazadas). Parece que, en caso de sequía, cualquier interrupción del flujo de agua a los dos manantiales pondría en peligro a cuatro especies raras de vegetales o animales que allí viven: la salamandra ciega de Texas, el arroz silvestre de Texas y dos pequeñas especies de peces: el dardo de la fuente y la gambusia de San Marcos.

El 1 de febrero de 1993, Lucius Bunton, juez federal del Distrito de Midland en Texas, falló a favor del *Sierra Club.* En caso de sequía, sin importar la escasez de agua que padezca San Antonio, tendrá que haber suficiente agua fluyendo del acuífero a los dos manantiales para preservar esas cuatro especies. El Juez Bunton admitió que, en una sequía, San Antonio, si quería cumplir el fallo, tendría que restringir el bombeo de agua del acuífero hasta en un 60 por ciento. Esto sería devastador tanto para los ciudadanos de San Antonio como para los agricultores y ganaderos de la zona; los hombres tendrían que sufrir, porque los seres humanos siempre son los últimos de la fila en el universo ecologista, sin duda ocupan una posición muy por debajo del arroz salvaje y el dardo de la fuente.

El alcalde de San Antonio, Nelson Wolff, se indignó con toda razón por la decisión del juez. "*Piense en un mundo en el que sólo se le permita tomar un baño dos veces a la semana*", exclamó el alcalde. "*Piense en un mundo donde usted tenga que obtener el permiso de un juez para regar sus cultivos*". John W. Jones, presidente de los Ganaderos de la Asociación de Texas y el Suroeste se quejó gráficamente de que la decisión del juez "sitúaba *la protección de los bichos de Texas por encima de la de los bebés de Texas*".

¿Cómo resolvieron los tribunales federales esta decisión?

Al parecer, si el acuífero Edwards se clasificaba oficialmente como "río", entonces pasaría a estar bajo la jurisdicción de la Comisión del Agua de Texas en lugar de los tribunales federales. Pero el año pasado, un juez federal dictaminó en Austin que el acuífero es un "lago", poniéndolo bajo control federal.

Los ecologistas se oponen a la producción y uso de los recursos naturales. Los jueces federales buscan expandir el poder federal. Y hay un tercer interesado en el asunto al que se ha de tener en cuenta: la autoridad gubernamental del río Guadalupe-Río Blanco. Además de los ingresos turísticos que desea conservar hay otra fuente, oculta y más abundante de ingresos, que podría estar animando a esa Autoridad.

Esta cuestión fue planteada por Cliff Morton, presidente del Sistema de Agua de San Antonio. Morton dijo que creía que, cuando había una sequía, la Autoridad dirigía el creciente flujo de primavera a un depósito, y más tarde la vendía a la asediada San Antonio a un alto precio cuando la ciudad la podría haber conseguido mucho más barata del acuífero ¿Es la Autoridad capaz de una maniobra tan maquiavélica? El Sr. Morton cree que sí. "*Eso es de lo que va todo eso*", advirtió con amargura. "*No es cuestión de dardos de la fuente*".

Wolff, Jones y otros manifestantes están pidiendo al Congreso que relaje las disposiciones draconianas de la *Endangered Species Act* (Ley de Especies Amenazadas), pero parece que hay pocas posibilidades de que suceda con un gobierno Clinton-Gore.

Una solución a más largo plazo, por supuesto, es privatizar todo el sistema hídrico y el agua de este país. Todos los recursos, de hecho todos los bienes y servicios, son escasos y todos ellos están sujetos a la competencia por su uso. Es por eso que hay un sistema de propiedad privada y un mercado para su libre intercambio. Si se privatizan, todos los recursos serán destinados a los usos más acuciantes gracias al sistema de precios libres, ya que la competencia de los que sean más aptos a la hora de satisfacer las demandas de los consumidores de la forma más eficiente posible expulsará a los oferentes menos capaces de la competencia por esos recursos.

Como los ríos, acuíferos y el agua en general han sido en gran parte socializados en este país, el resultado es una maraña terriblemente ineficiente de precios irracionales, subsidios masivos, consumo excesivo en algunas zonas, infrautilización en otras con controles generalizados y racionamiento. Todp el sistema hídrico es un completo desastre y sólo su privatización y los mercados libres pueden resolver el problema.

Mientras tanto, sería bueno ver a la *Endangered Species Act* (Ley de Especies Amenazadas) modificada o incluso —¡Horror!— derogada. Si el *Sierra Club* o otros ambientalistas están ansiosos por conservar bichos de diferentes formas y tamaños, del reino vegetal, animal o mineral, hay que dejarles que utilicen sus propios fondos y los de sus donantes de relumbrón en comprar terrenos o arroyos para preservarlos.

La ciudad de New York ha decidido recientemente abolir la buena y vieja palabra "zoo" y sustituirla por el eufemismo políticamente correcto: *Wildlife Preservation*

Park. Dejemos que el *Sierra Club* y grupos afines preserven las especies de esos parques en vez de gastar sus fondos en controlar la vida de los estadounidenses.

26.- EL GOBIERNO Y EL HURACÁN HUGO: UNA COMBINACIÓN MORTAL

Desastres naturales, como huracanes, tornados y erupciones volcánicas ocurren de vez en cuando y muchas de sus víctimas por desgracia tienden a buscar a alguien a quien culpar. O mejor dicho alguien que les pague ayudas y se ocupe de la rehabiliación. En nuestros días, es Papá-Estado (que es tanto como decir los sufridos contribuyentes) a quién se exige que se haga cargo de los gastos. El último incidente se produjo tras los estragos causados por el huracán Hugo, cuando muchos residentes de South Carolina dirigieron su ira hacia el gobierno federal y su *Agencia Federal de Gestión de Emergencias (Federal Emergency Management Agency - FEMA*) por no enviar más ayuda con más rapidez. Pero ¿Por qué deben los contribuyentes A y B verse obligados a pagar por los desastres naturales que afectan a C? ¿Por qué no puede C —y sus aseguradores privados— pagar la factura? ¿Cuál es el principio ético que obliga a que los habitantes de South Carolina, ya estén asegurados o no, sean pobres o ricos, deban ser subsidiados a expensas de aquellos de nosotros, ricos o pobres, que no vivimos en la costa sur del Atlántico? Una zona que como es sabido se ve asolada por muchos huracanes cada otoño. De hecho, el ingenioso actor que imita con frecuencia al presidente Bush en el programa *Saturday Night Live* estuvo quizás más acertado de lo que él imaginaba cuando exclamó: "*El huracán Hugo — no es culpa mía*". Pero entonces, por supuesto, el gobierno federal debe dejar de conceder ayudas por los desastres y la FEMA se ha de abolir inmediatamente.

Aunque el gobierno federal no tuvo la culpa, otras fuerzas del Estado agravaron realmente los efectos de Hugo intensificando la devastación que causó. Considérese la actuación seguida por el gobierno local. Cuando llegó el huracán Hugo, las autoridades locales impusieron la evacuación obligatoria en muchas de las zonas costoras de South Carolina. Luego, durante casi una semana después de que Hugo golpeara la costa, el alcalde de una de las ciudades más afectadas de South Carolina, la Isla *Palms* cerca de Charleston, impidió por la fuerza que los residentes regresaran a sus hogares para evaluar e intentar reparar los daños.

¿Cómo se atreve el alcalde a prohibir que la gente vuelva a sus propias casas? Cuando por fin cedió, seis días después de Hugo, siguió imponiendo el toque de queda en la ciudad a partir de las 19:00 horas. El argumento utilizado para justificar este atropello es que los funcionarios locales estaban "*temiendo por la seguridad de los propietarios de viviendas y estaban preocupados por si se producían saqueos*". Pero los oprimidos residentes de la Isla de *Palms* tuvieron una reacción distinta. La mayoría de ellos estaba indignada; así la señora Pauline Bennett, se lamentó de que "*si hubiésemos podido llegar antes aquí, podríamos haber salvado más cosas*".

Pero esto de ninguna manera fue el único caso en el que la intervención pública en un "Estado del Bienestar" empeorase las cosas para las víctimas de Hugo. Como resultado de la devastación, en la ciudad de Charleston había por supuesto escasez de muchos productos básicos. En respuesta a esa repentina escasez, el mercado actuó rápidamente para equilibrar oferta y demanda aumentando en consecuencia los precios para proporcionar un suministro paulatino, voluntario y eficaz de los bienes que de repente se habían vuelto escasos. Sin embargo, el gobierno de Charleston actuó rápidamente para prevenir la "especulación" —y aprobó una grotesca legislación de emergencia que convertía en delito el cobro de precios más altos después del huracán Hugo que los vigentes antes del mismo y castigaba a los culpables con una multa máxima de 200 dólares y 30 días de cárcel—.

Como era de esperar el Estado del Bienestar de Charleston convirtió lo que era una subida de precios en una escasez paralizante al desaparecer los bienes que ya se echaban en falta. Los recursos sufrieron distorsiones y fueron mal distribuidos, se formaron largas colas como en la Europa del Este, todo para que los vecinos del pueblo de Charleston pudieran estar seguros de que si alguna vez encontraban alguna muestra de los bienes que escaseaban, podrían comprarlos a los precios de ganga vigentes antes de la llegada de Hugo.

Por lo tanto, las autoridades locales hicieron el trabajo de huracán Hugo —intensificando su destrucción al impedir que la gente se alojara o regresara a sus casas y agravando la escasez al apresurarse en imponer controles de precios máximos—. Pero eso no fue todo. Tal vez el peor golpe para los residentes de la costa fue la intervención de esos enemigos profesionales de la Humanidad —los ambientalistas—.

El año pasado, en respuesta a las quejas de los ecologistas por la construcción de nuevos desarrollos urbanísticos en la playa y su preocupación por la "erosión" de las mismass (¿Acaso según ellos las playas también tienen "derechos"?), South Carolina aprobó una ley que restringe severamente cualquier nueva construcción en primera línea de playa o cualquier sustitución de edificios dañados. Al parecer la llegada del huracán Hugo proporcionó una oportunidad caída del cielo para que el *South Carolina Coastal Council (Consejo de la Costa de South Carolina)* barriera de las playas a cualquier ser humano. El profesor de Geología Michael Katuna, consultor del *Coastal Council*, no viendo en ello más que una épica justicia, declaró con aire de suficiencia que "*las casas simplemente no deberían estar justo en la playa, donde la madre naturaleza quiere llevar una tormenta hacia tierra*". ¿Y si la madre naturaleza quisiera que volásemos debería habernos provisto de alas?

Otros ambientalistas llegaron al extremo de alabar al huracán Hugo. El Profesor Orrin H. Pilkey, geólogo de Duke, que es uno de los principales teóricos del movimiento de erradicación de edificaciones de la playa, había atacado el desarrollo en la isla *Pawleys*, al noreste de Charleston, y su reconstrucción después de la destrucción causada por el huracán Hazel en 1954. "*La zona es un ejemplo de un área de alto riesgo que nunca se debería haber desarrollado y que ciertamente no se debería reconstruir después de la tormenta*". Pilkey dice ahora que Hugo ha sido "*un huracán muy oportuno*", que ha demostrado que las líneas de playa deben volver a su estado natural.

Gered Lennon, geólogo del *Coastal Council*, lo resumió así: "*A pesar de lo desastroso que ha sido, el huracán puede tener un resultado positivo. Con suerte frenará algunos de los desarrollos imprudentes que hemos tenido a lo largo de la costa*".

La actitud de desprecio olímpico de los responsables de Medio Ambiente contrastaba con las opiniones de los destrozados residentes. La señora Bennett expresó la opinión de los residentes de la Isla de *Palms*. Decididos a reconstruir de inmediato, señaló: "*No tenemos otra opción. Esto es todo lo que tenemos. Tenemos que permanecer aquí. ¿Quién va a comprar?*". Desde luego, no la élite ecologista de South Carolina. Tom Browne, de *Folly Beach, S.C.* encontró su casa destruida por el huracán Hugo. "*No sé si voy a ser capaz de reconstruir o si el Estado ni siquiera me va a permitir hacerlo*", se quejó Browne. La ley, señaló, está

apoderándose de una propiedad sin compensación. "*Tiene que ser inconstitucional*".

Precisamente. Justo antes de que el huracán Hugo golpease, David Lucas, dueño de una propiedad en la Isla de *Palms*, fue indemnizado con 1,2 millones de dólares por un tribunal de South Carolina después de que demandase al Estado por esa ley. El tribunal dictaminó que el Estado no podía privarle de su derecho a construir en los terrenos de su propiedad sin la debida compensación. Pero los ecologistas de South Carolina Sur no van a poder obligar a los contribuyentes del Estado a pagar las enormes compensaciones si éste no permite reconstruir todo lo destruido por el huracán Hugo.

Skip Johnson, un consultor ambiental de South Carolina, se preocupa porque "*va a ser una verdadera pesadilla. La gente va a querer reconstruir y seguir adelante con sus vidas*".El *Coastal Council* y su personal, se lamentó Johnson, "no *van a dar abasto*". Esperemos que así sea.

27.- EL AGUA NO ESTÁ FLUYENDO

La mayoría de las personas están de acuerdo en que el gobierno es, en general, menos eficiente que la empresa privada, pero no se dan cuenta de que la diferencia va mucho más allá de la eficiencia. Por un lado, hay una esencial diferencia en la actitud hacia el consumidor. Las empresas privadas están cortejando constantemente el consumidor, siempre dispuestas a aumentar las ventas de sus productos. Ese cortejo es tan insistente que la publicidad comercial es a menudo criticada por los estetas e intelectuales progresistas como estridente y grosera.

Pero al Estado, a diferencia de la empresa privada, no le preocupa obtener los beneficios o evitar pérdidas. Lejos de querer cortejar al consumidor, los funcionarios públicos invariablemente consideran a los consumidores como unos molestos intrusos y como usuarios que "despilfarran" "sus" escasos recursos (los del Estado). Los Estados están invariablemente enfrentados a sus usuarios.

Este desprecio y hostilidad hacia los usuarios alcanza su apogeo en los Estados socialistas, donde el poder estatal se encuentra en su apogeo. Pero una actitud similar surge en las áreas reservadas a la actividad estatal en todos los países. Hasta hace unas décadas, por ejemplo, el suministro de agua a los consumidores

en los Estados Unidos lo realizaban empresas privadas. Casi todas fueron socializadas con el tiempo, por lo que el Estado ha llegado a monopolizar el suministro de agua.

La ciudad de New York cambió a un monopolio estatal del agua hace varias décadas; antes nunca hubo nadie que se lamentara de una "escasez de agua". Sin embargo, recientemente, con un clima que no es destacadamente seco, ha habido sequías cada pocos años. En julio de 1985 los niveles de agua en los embalses que abastecían a la ciudad de New York bajaron a un nivel sin precedentes del 55 por ciento de capacidad, en contraste con el 94 por ciento normal. Pero, sin duda, la naturaleza no es la única culpable, ya que los niveles de agua de la vecina *New Jersey* alcanzan aún un respetable 80 por ciento. Parece como si los burócratas del agua de New York hubieran elegido puntos de abastecimiento próximos justo en sitios que padecen una especial sequía crónica. También influye que las conducciones de agua de New York se construyeron demasiado estrechas para poder incrementar el flujo de agua desde las regiones más húmedas.

Más importante es la típica respuesta burocrática de New York ante esto, así como ante otras crisis periódicas del agua. El precio del agua, como de costumbre sucede con el Estado, se fija de una forma que es económicamente irracional. Los edificios de apartamentos, por ejemplo, pagan una cuota fija de agua por apartamento al Estado. Como los inquilinos no pagan nada por el agua, no tienen ningún incentivo para utilizarla económicamente; y puesto que los propietarios pagan una tarifa fija, independientemente de su consumo, a ellos tampoco les importa.

Mientras que las empresas privadas tratan de fijar el precio de sus productos o servicios para lograr el mayor beneficio —es decir, para mejor satisfacer las necesidades del consumidor y al menor costo— el Estado no tiene ningún incentivo para fijar el precio de forma que se obtenga el mayor provecho o para mantener bajos los costos. Mas bien lo contrario. el incentivo del Estado consiste en subvencionar a ciertos grupos de presión favoritos o a determinados colectivos de votantes. Dada su situación, el Estado se ve presionado para fijar un precio político más que económico.

Como los servicios públicos casi nunca se establecen con el fin de equilibrar el mercado, es decir, igualar la oferta y la demanda, tienden a tener un precio muy

inferior al de mercado, y por lo tanto a provocar una artificial "escasez". Dado que la escasez se manifiesta cuando la gente no puede encontrar el producto, la natural inclinación despótica del Estado conduce invariablemente a resolverla aplicando restricciones coactivas y racionamiento.

Moralmente, el Estado puede entonces estar en misa y repicando: divertirse echando a la gente al tiempo que se envuelve con el manto de la solidaridad y el "sacrificio" universal ante la nueva gran emergencia. En resumen, cuando el suministro de agua mengua, los Estados casi nunca responden de la forma en que lo haría una empresa comercial: subiendo el precio con el fin de equilibrar el mercado. En lugar de ello, el precio se mantiene bajo y las restricciones se imponen al que riega el césped, lava el coche o hasta al que se toma una ducha. De esta manera, se exhorta a todo el mundo al sacrificio, con las excepciones que prioriza e impone el Estado, que es quien decide alegremente qué cantidad de agua consumir para cada uso y qué días se puede regar el césped o puede uno ducharse habida cuenta de la gran crisis existente.

Hace varios años, los funcionarios del agua de California se estaban quejando de que había una escasez de agua en la zona por lo que había que aprobar medidas de racionamiento, cuando, de repente, se produjo un acontecimiento embarazoso: se produjeron lluvias torrenciales en todas las zonas asoladas por la sequía del Estado de California. Después de insistir, sin mucha convicción, en que nadie debía dejarse engañar por el aparente fin de la sequía, las autoridades finalmente tuvieron que abandonar esa línea argumental y cambiar después a toda prisa la denominación de la *Emergency Office of Water Shortage (Oficina de Emergencia ante la Sequía*) por la de *Office of Flood Control (Oficina de control de Inundaciones).*

En New York, este verano, el Alcalde Edward Koch ya ha impuesto estrictos controles sobre el consumo de agua, incluida la prohibición de lavar los coches, y la imposición de un mínimo de 78 grados Farenheit (25,55 grados Celsius) para los aparatos de aire acondicionado en los edificios de uso comercial, más el apagado de los acondicionadores durante dos hora cada día laborable (prácticamente todos estos acondicionadores de aire son refrigerados por agua). Esta regla de los 78 grados equivale, por supuesto, a que no haya aire acondicionado en absoluto y causará una gran dificultad a los oficinistas y a los dueños de cines y restaurantes.

El aire acondicionado siempre ha sido uno de los blancos favoritos de los funcionarios públicos más puritanos. Durante la inventada "escasez de energía" de finales de la década de 1970, la orden ejecutiva del presidente Carter que puso un límite de 78 grados a cada aparato de aire acondicionado de uso comercial se aplicó con entusiasmo, a pesar de que el "ahorro de energía" fue insignificante. Mientras se pueda imponer la miseria a los consumidores ¿Para qué preocuparse de la lógica? (Lo que es hoy una costumbre característica de los restaurantes de New York que se niegan a servir agua a los clientes, comenzó hace décadas a causa de una "sequía" hace tiempo olvidada).

No hay necesidad de ninguno de estos controles totalitarios. Si el Estado quiere que se ahorre agua y disminuir su consumo, todo lo que tiene que hacer es subir el precio. No tiene que pedir que se ponga fin a tal o cual uso, establecer prioridades, o decidir a quién se le debe permitir beber más de tres vasos al día. Todo lo que tiene que hacer es dejar al mercado y a la gente que ahorre agua, cada uno a su manera y a su conveniencia.

A largo plazo, lo que el Estado debe hacer es privatizar el suministro de agua y dejar que lo presten empresas privadas que intentan obtener un beneficio satisfaciendo y agasajando a los consumidores y no aumentar su poder haciéndoles sufrir como ocurre con el aceite o la Pepsi-Cola.

LA POLÍTICA COMO VIOLENCIA ECONÓMICA

28.- REFEXIONANDO SOBRE LOS AÑOS OCHENTA

Como las primeras elecciones presidenciales de la nueva década ha coincidido con la recesión más larga desde la Segunda Guerra Mundial, los dos partidos han tenido que plantearse el problema de cómo interpretar la década de 1980. Para los Demócratas la cuestión estaba clara: la recesión fue el fruto del pecado cometido durante una "década de codicia", la avaricia estimulada por la desregulación de la era Reagan, los recortes de impuestos y los déficits masivos, culminaron en la inmensa fortuna que ganó el archi-villano Michael Milken.

Para los Republicanos de Bush, el presidente solamente tuvo mala suerte: la recesión actual es mundial (la misma línea argumental poco convincente esgrimida por Herbert Hoover durante su periodo en el cargo) y no tiene relación causal con el auge económico de la era Reagan. Para el creciente número de Republicanos anti-Bush, el ciclo expansivo del mandato Reagan fue maravilloso y tan solo se vino abajo por los aumentos de impuestos de Bush y las nuevas y generalizadas regulaciones impuestas a las empresas estadounidenses.

Exponer todas las falacias y medias verdades de esas posiciones es una tarea de enormes proporciones. En primer lugar, los americanos no eran ni más ni menos "codiciosos" en la década de 1980 de lo que lo fueron antes o después. En segundo lugar, Michael Milken no fue ningún villano; como se demuestra con un análisis de libre mercado, sus pingües beneficios económicos fueron reflejo de su enorme productividad a la hora de ayudar a los accionistas a desembarazarse de la Ley Williams de 1967, que había paralizado las Ofertas Públicas de

Adquisición de Acciones (OPAs) lo que afianzó en los puestos de responsabilidad de las empresas a ineficientes gestores que pertenecían a la vieja guardia y a ciertos intereses financieros en perjuicio de sus accionistas.

Para detener la real y efectiva competencia de los descarados recién llegados de Texas y California, la Administración Bush sostuvo al bando formado por la vieja guardia del cinturón industrial del noreste de Estados Unidos (*Rust Belt*), aliada de Rockefeller, para destruir a Milken y parar la amenaza que esa competencia suponía para su control.

En tercer lugar, a pesar de la propaganda, Ronald Reagan no "bajó los impuestos"; por el contrario, las reducciones de impuestos de los contribuyentes con ingresos más altos se vieron más que compensadas, por las subidas de las cotizaciones a la Seguridad Social soportadas por los norteamericanos corrientes. Los Demócratas conservadores, esa plaga, habían insistido en que los tipos de gravamen de los impuestos se tenían que indexar con la inflación, pero, por desgracia, el mínimo exento personal nunca se indexó y siguió erosionándose en términos reales. A partir de 1981 el gobierno de Reagan aceptó, año tras año, continuos aumentos de impuestos, aparentemente para castigarnos a todos por el inexistente recorte de impuestos. El colmo fue la jacobina ley de reforma fiscal bipartidista de 1986, que redujo un poco más los impuestos a los ingresos más altos, pero que vapuleó otra vez a la clase media al eliminar un gran número de deducciones fiscales so pretexto de "cerrar brechas".

Una de esas "brechas o lagunas" fue el mercado inmobiliario, que perdió la mayor parte de las exenciones y de las deducciones fiscales que tenían las hipotecas lo que contribuyó a llevarlo unos años más tarde a la que tal vez fue su depresión más profunda desde la década de 1930.

De hecho, a partir de 1980, antes del advenimiento de Reagan, y hasta 1991, los ingresos del gobierno federal aumentaron en un 103,1 por ciento. Hubiera lo que nubiese, lo que no hubo fue un "recorte de impuestos". Se trataba de un espectacular aumento de impuestos. Pero entonces ¿Por qué aumentaron tanto los déficits? Pues porque durante este periodo los gastos federales subieron aún más rápido, un 117,1 por ciento. En resumen, el problema fue que tanto los impuestos como los gastos aumentaron a un ritmo frenético, pero los gastos lo hicieron más deprisa: de ahí el problema del déficit.

Y si bien es cierto que George Bush agravó enormemente la recesión —al aumentar drásticamente los impuestos, los déficits y la carga regulatoria para las empresas—, la Administración Reagan no puede ser exonerada de culpa. De hecho, el argumento con más fuerza, sino el único, del análisis Demócrata, es que por lo menos ellos reconocen que el auge de la década de 1980 dio inevitablemente lugar a la recesión profunda y prolongada de la década siguiente. El argumento más débil de los Republicanos anti-Bush es la opinión de que los ochenta fueron un maravilloso período de auge económico sin paliativos que no trajo consigo problemas económicos futuros.

Pero esos males no se debieron a la codicia, a recortes de impuestos o cualquier otra de las razones que se han expuesto. El problema de los años 80 fue el sistema monetario y bancario y en un sistema semejante la culpa recae directamente sobre los responsables de la Reserva Federal. De hecho, como el economista alemán y ex-banquero Kurt Richebächer ha señalado, el auge de Estados Unidos en los años ochenta fue muy similar al de los veinte. En esos dos decenios, el crédito bancario inflacionario generado por la Reserva Federal se dirigió principalmente a los bienes raíces y, un poco más tarde, en los años 80, a la Bolsa —en una palabra, la expansión se produjo en el mercado de acciones y en la especulación bursátil, mientras que la inflación de precios fue muy inferior en la "economía real", en particular en los bienes de consumo—.

En efecto, los niveles de precios al por mayor y minorista se mantuvieron estables en los años veinte, lo que condujo a que economistas pre-Monetaristas como Irving Fisher proclamaran erróneamente que la inflación no existía y que no había nada de qué preocuparse. Y aunque que la inflación de precios no fue exactamente plana durante la década de los ochenta, fue lo bastante baja como para que el *Establishment* anunciara que el problema de la inflación (y del ciclo económico) se había solucionado para siempre. En la década de los ochenta, la inflación fue moderada por diversos factores externos —como que países hiperinflacionistas del Tercer Mundo utilizaran dólares en efectivo como dinero no oficial y que ciudadanos extranjeros financiaran los déficits estadounidenses permitiendo a Estados Unidos comprar productos baratos del exterior—.

La histeria vivida en el mercado inmobiliario durante la década de los ochenta coincide por completo con la de los años veinte y todo el mundo ha adoptado como credo incuestionable que los precios de la vivienda están destinados a

subir siempre. Si bien el sector inmobiliario ha recibido por fin su merecido y una actitud más realista prevalece finalmente, el mercado de valores sigue levitando en un mundo de fantasía, confundiendo una vez más a los observadores y permitiéndoles ignorar la cruda realidad del "mundo real", el de más abajo.

La culpa entonces, es y fue, no de los impuestos o de la codicia, sino, por encima de todo, de la expansión del crédito inflacionario orquestada por la Fed. Y ahora que Greenspan está intentando expandir frenéticamente el crédito para salvar a Bush estamos guardando las semillas de una nueva recesión para dentro de unos pocos años. El colapso bancario, el escándalo de la *Savings and Loan Co. (S&L*), la debacle inmobiliaria, todo ello es responsabilidad del presidente de la Reserva Federal, que es tratado invariablemente por los medios de comunicación como un monarca que todo lo sabe cuando realmente debería ser enviado a la ducha y su corona vendida para chatarra. Los archi-villanos de los ochenta (y los noventa) son Paul Volcker y Alan Greenspan, pero nunca serán tratados como tales, mientras sigan siendo dos de las figuras más queridas de la vida pública estadounidense.

29.- BUSH Y DUKAKIS: IDEOLÓGICAMENTE INSEPARABLES

El famoso adagio de George Wallace de que "*la diferencia que separa a los dos partidos no vale ni diez centavos*" nunca fue más cierto que en las elecciones de 1988.

Esta afirmación es particularmente cierta si nos centramos, como debe ser, en las verdaderas políticas y propuestas de los candidatos en lugar de la retórica o las imágenes de los medios de comunicación. Tanto Bush como Dukakis son centristas ("*mainstreamers*") dedicados a la preservación y promoción del *status quo* que conviene al *Establishment*. Si ignoramos los sablazos y estocadas de la campaña de desprestigio del rival, los dos hombres se encuentran en ese terreno amplio, difuso y acogedor en el que el "centro-derecha" se encuentra con el "centro-izquierda".

Lew Rockwell ha demostrado en *Free Market* que los principales asesores económicos de Bush y Dukakis son viejos amigos, que han aprendido el uno del otro y están de acuerdo en casi todo. (¿Qué diferencia puede de hecho haber entre un "conservador moderado Keynesiano" y un "socialista moderado

Keynesiano"?). Ninguno de los dos candidatos hará lo más mínimo para recortar el gasto público; ninguno de los dos va a recortar el enorme déficit que ambos partidos y todos los centristas han llegado a aceptar como parte esencial del estilo de vida americano.

Ambos candidatos, de ser elegidos, aumentarán fuertemente nuestros impuestos. Ambos elegirán explicaciones imaginativas para decidir cómo etiquetar un aumento de impuestos. Dukakis ha prometido una drástica escalada en la lucha contra el fraude como primer paso de su programa fiscal y Bush no va a quedarse muy atrás (¿Qué significa esto sino un aumento de impuestos?). Aunque Bush, siguiendo el ejemplo de la Administración Reagan, podemos esperar que sea más innovador a la hora de hallar sofisticados eufemismos lingüísticos (los últimos ocho años ya nos han dado: "*el aumento de las tasas*", "*la mejora de los ingresos*", "*tapar agujeros*" y la "*reforma fiscal*" en aras a la "equidad".)

Tanto Bush como Dukakis, como dedicados Keynesianos, proponen resolver el problema del déficit con la fatua sugerencia de que el crecimiento de la economía “nos sacará de él“. La palabra "crecimiento", de hecho, va a ser una palabra clave para ambos futuros presidentes y "crecimiento" nunca se ha de olvidar que es simplemente un código que equivale a "inflación".

Como Keynesianos que ambos candidatos son, se puede esperar que a largo plazo expandan poderosamente la oferta monetaria y luego se esfuercen, por medio de políticas de ajuste y coercitivas, en tratar de controlar la inflación de precios resultante por medio de manipulaciones de la Reserva Federal. De hecho, la Fed de Greenspan ha emulado a sus predecesores en la expansión monetaria; este año, la oferta de dinero (es decir, la falsificación gubernamental) ha ido aumentando a un ritmo rápido, del 7 por ciento anual. El inflacionismo de Greenspan, unido a una prudente amortiguación cuando las cosas amenazan con irse de las manos, han deleitado a los Congresistas Demócratas, que nos informan de que tanto ellos como un presidente Demócrata estarían encantados de trabajar con la Fed de Greenspan (Y estoy seguro de que *viceversa* también).

Se puede confiar en que Bush o Dukakis continúen expandiendo el poder del gobierno y su dominio sobre los particulares y sobre el sector privado. Así, cuando el "salvaje manirroto" Jimmy Carter se convirtió en presidente, se encontró con un gobierno federal que estaba gastando el 28 por ciento del

producto nacional privado. Después de cuatro años de gasto descontrolado de Carter, el gasto del gobierno federal fue aproximadamente el mismo: el 28,3 por ciento del producto privado. Ocho años de políticas "anti-estatales" de Ronald Reagan dirigidas a "*quitarnos al Estado de encima*" se han traducido en un gasto del gobierno federal del 29,9 por ciento del producto privado. Desde luego, podemos esperar que Bush y Dukakis no se queden por debajo de esas cifras.

Tampoco es la "desregulación" un problema cuando somos conscientes de que las grandes reformas orientadas a reducir las reglamentaciones, a desregular, de los últimos diez años (CAB, CPI) se hicieron bajo el gobierno Carter y cuando sabemos que la Administración Reagan contribuyó en gran medida al aumento del peso de las reglamentaciones —particularmente si ponemos el foco en el ataque salvaje que ha capitaneado contra algo que no se puede considerar delito como es el *insider trading,* o sea la utilización abusiva de información privilegiada para hacer negocios—.

Tampoco podemos evocar la idea de que existan unos Demócratas "proteccionistas" enfrentados a unos Republicanos dedicados a la defensa del "libre comercio"; la Administración Reagan ha sido la más proteccionista de la Historia de América, llegando a imponer cuotas "voluntarias" a la importación y otras descaradas restricciones y organizando, con el amparo del Estado, un gigantesco cártel en la industria de fabricación de chips de ordenador para luchar contra los eficientes japoneses.

El programa agrícola se ha vuelto verdaderamente monstruoso conforme la intervención del gobierno se duplica una y otra vez; pase lo que pase, cualesquiera que sean las condiciones climáticas —ya sean las cosechas buenas y por lo tanto haya un "excedente" o haya una sequía— cada vez más miles de millones de dinero de los contribuyentes se desvían hacia unos agricultores que, sin embargo, cada vez producen menos para los consumidores.

No cabe esperar menos de Bush ciertamente; y, además, prometió intensificar el gasto del gobierno federal en "educación" (es decir, el destinado al hinchado e ineficiente Departamento de Educación que tanto él como Reagan prometieron abolir) y en "limpiar el medio ambiente", lo que significa más regulaciones que incrementan los costos de las empresas norteamericanas. En resumen, estamos viendo, más que nunca, un consenso Keynesiano bipartidista, una política económica que coincide con las políticas de ambos partidos en todas las demás

esferas de la política. Pero el aspecto más peligroso de la economía de los próximos cuatro años ha pasado desapercibido.

Desde que reemplazó a Donald Regan como secretario del Tesoro, James R. Baker (un amigo cercano de Bush llamado a convertirse en secretario de Estado en un gobierno Republicano) ha sido lamentablemente efectivo a la hora de impulsar la agenda keynesiana en el frente económico internacional: es decir, inflación del dinero fiduciario a nivel mundial coordinada por los bancos centrales del mundo que ha de llevarnos al antiguo objetivo Keynesiano; una unidad monetaria mundial de papel (ya sea el denominado "bancor" [Keynes], al "unita" [Harry Dexter White], o al "Phoenix" [The Economist]) emitida por un Banco Central Mundial.

El Banco Central Mundial sería entonces capaz de inflar el Phoenix y podría bombear reservas a todos los países con las que los bancos centrales nacionales podrían acumular pasivos. De esta manera, todo el mundo podría experimentar una inflación controlada y coordinada por el Banco Central Mundial, por lo que ningún país sufriría de sus políticas inflacionarias por la fuga del oro (como ocurriría con un patrón oro), de dólares (como en Bretton Woods) o por una caída en su tipo de cambio (como en el Monetarismo de Friedman). La inflación de todos y cada uno de los países ya no estaría sometida a restricciones excepto las que decidiera la sabia voluntad rectora del Banco Central Mundial.

A lo que esto equivale, por supuesto, es a un gobierno económico mundial, que, debido a la necesidad de coordinación, traería consigo en su estela un gobierno político virtualmente a escala mundial. Debido a sus fuertes conexiones financieras internacionales, Baker ha sido capaz de moverse rápidamente hacia esa coordinación, a poner en línea a los banqueros centrales europeos, y hasta a los japoneses, y contribuir a traer una nueva unidad monetaria europea y un nuevo Banco Central Europeo, lo que sería un importante precedente para la introducción de un papel moneda mundial.

Quienquiera que Dukakis nombre para su gabinete no tendrá las potentes conexiones financieras o el historial de los últimos cuatro años, por lo que la única diferencia real que puedo ver en una victoria de Dukakis es que ralentizaría significativamente el ritmo y quizás haría descarrilar por completo la amenazante deriva hacia un gobierno económico mundial de inspiración Keynesiana.

30.- PEROT, LA CONSTITUCIÓN Y LA DEMOCRACIA DIRECTA

La propuesta de Ross Perot de democracia directa mediante reuniones ciudadanas virtuales o "electrónicas" es la propuesta más interesante e innovadora de fundamental cambio político en muchas décadas. Ha sido recibida con sorpresa y horror por todo el *Establishment* intelectual-tecnocrático de los medios de comunicación. Arrogantes encuestadores, que se ganan bien la vida gracias al muestreo "científico", de una defectuosa teoría de la probabilidad y, con frecuencia, con cuestionarios sesgados, fanfarronean con que la votación directa de las masas recogida por teléfono o por televisión no sería en realidad tan "representativa" como la que hacen ellos con sus pequeñas muestras.

Por supuesto que eso es lo que ellos dirían; la suya es la primera profesión que devendría obsoleta en el mundo del futuro imaginado por Perot, como las calesas y los caballos lo son hoy. Los encuestadores no se saldrán con la suya; porque si estuvieran en lo cierto, la gente tiene suficiente sentido común para darse cuenta de que sería entonces más "representativo" y "democrático" prescindir de la votación por completo. Y dejar que sean los encuestadores quienes elijan.

Tras sus más que previsibles protestas y después de acusarnos de "demagogos" y "fascistas", estaría bien que los que se oponen a nuestra propuesta ofrecieran algún argumento. ¿Cuál es exactamente el argumento en contra de la democracia directa electrónica?

El argumento al uso contra la democracia directa es el siguiente: la democracia directa estaba bien y era maravillosa en las reuniones que se llevaban a cabo en los ayuntamientos de la época de la Norteamérica colonial cuando cada persona podía familiarizarse con los temas, ir al ayuntamiento de la ciudad y votar directamente sobre esas cuestiones. Pero, por desgracia, el país se hizo más grande y está demasiado poblado para el voto directo; por razones tecnológicas, por lo tanto, el votante ha tenido que renunciar a ir él mismo a las reuniones para votar sobre los asuntos del orden del día; tenía necesariamente que confiar su voto a su "representante".

Bueno, la tecnología ha ido desarrollándose y desde hace mucho tiempo, desde la era del teléfono y de la televisión, y más aún con los ordenadores y la

emergente televisión "interactiva", el voto directo se ha convertido en algo tecnológicamente factible. ¿Por qué, entonces, antes que Ross Perot, no lo dijo nadie y nadie defendió la aplicación de esa tecnología-punta para hacer posible la democracia electrónica? ¿Y porqué cuando Perot lo propuso, todas las élites reaccionaron con miedo y consternación, como si le hubieran visto la cara a la Medusa o como vampiros ante una cruz?

¿Podría ser que —a pesar de toda su cháchara sobre las bondades de la "democracia", a pesar de todas sus rituales denuncias contra la "apatía" de los votantes y de todas sus llamadas a los votantes para que participen más— una mayor participación es precisamente lo que las élites no quieren?

¿Podría ser que lo que la clase política (los políticos, burócratas y apologistas intelectuales y los medios de comunicación al servicio del sistema) realmente quiere es más votantes ovejas que simplemente se limiten a ratificar la continuidad y expansión del sistema actual, de los partidos *Demopublicano* y *Republicrata*, de engañosas elecciones entre dos opciones que son una sola y la misma o se parecen como dos gotas de agua?

Para aquellos críticos que se preocupan de que de alguna manera la Constitución americana, que ha sido una cáscara hueca que ha sido burlada durante muchas décadas, pueda sufrir con ello, la respuesta correcta es la de Perot: que el tan cacareado sistema "bipartidista" y mucho menos los partidos Demócrata y Republicano no ya solo no los consagra la Constitución sino que ni siquiera los menciona.

El único argumento posible contra la democracia directa, ahora que el argumento tecnológico es obsoleto, es que las decisiones de los ciudadanos estarían erradas. Pero en ese caso: sería consecuencia directa de que el pueblo no debe votar en absoluto, ya que si no se debe permitir al pueblo votar sobre cuestiones que afectan a su propia vida ¿Por qué se debería permitir votar a personas que van a tomar esas mismas decisiones por ellas: a elegir al amado presidente, a los miembros del Congreso, etc. ? Tal vez sea por eso que quienes histéricamente se oponen al ayuntamiento electrónico se limiten a emitir exabruptos; puesto que recurrir a ese argumento los condenaría a la burla y la irrelevancia.

En otras palabras: si se desvelase esa lógica subyacente, son los opositores al plan de Perot quienes serían mucho más susceptibles de ser acusados de "fascistas" que los de Perot.

Por otra parte, este argumento ignora una cuestión vital: que las decisiones de la clase política bipartidista parasitaria que ha dirigido este país durante décadas han sido tan catastróficas y el pueblo es tan consciente de ello, que casi cualquier cambio a esta fétida situación de bloqueo sería una mejora. De ahí —por citar yo mismo un sondeo— el reciente sentimiento del 80 por ciento del público estadounidense de que es necesario un cambio radical en el sistema y, por ello, la voluntad de aceptar a Ross Perot como agente de dicho cambio.

Y hablando de la Constitución, Perot ha propuesto una Enmienda constitucional que prohibiría al Congreso aumentar los impuestos a menos que una propuesta de este tipo se ratificara mediante el voto electrónico directo. Hay dos cuestiones que deben observarse: en primer lugar, para aquellos de nosotros que nos oponemos vehementemente a las subidas de impuestos, no estaríamos peor de lo que lo estamos ahora, y, sin duda, estaríamos mejor que ahora. Y en segundo lugar, compárese la superioridad de esta difícil propuesta con la última calenturienta propuesta *Republi-crata* de Enmienda constitucional para exigir el "equilibrio presupuestario": una propuesta incluso más falsa que la de Gramm-Rudman, una propuesta condenada desde el principio a ser nada más que un intento del *Establishment* de engañar al pueblo para que piense que se está haciendo algo constructivo respecto del déficit.

Y ello porque la Enmienda postulada por el *Establishment* solamente obligaría a equilibrar una proyección del presupuesto, esto es, haciendo proyecciones plurianuales que proporcionarían un equilibrio sobre el papel pero no en la práctica; permitiría al Congreso ignorar los desequilibrios presupuestarios que considerase necesarios; y también permitiría al gobierno realizar gastos “extra-presupuestarios” que no contarían a efectos de la Enmienda.

Lo absurdo de un presupuesto equilibrado en proyección puede verse en este ejemplo: supongamos que usted es un derrochador empedernido y que su esposa y sus acreedores establecieran un comité de vigilancia para velar por el equilibrio de su presupuesto, pero no del presupuesto suyo actual sino solo atendiendo a las estimaciones que Usted mismo hiciera por anticipado. Claramente, cualquier persona puede equilibrar su presupuesto con semejantes

restricciones. Y si tenemos en cuenta que el gobierno siempre subestima sus costos y gastos futuros, el absurdo de esta propuesta debe hacerse evidente. Con planes de ese tipo, no es de extrañar que el público, que quiere sinceridad y auténticas elecciones, esté volviendo la mirada hacia el multimillonario del Este de Texas.

31.- LA BANDERA ONDEA

Hay muchos aspectos curiosos en el último conflicto por la bandera. Tenemos de un lado una absurda propuesta, cuyo propósito es el de cambiar nuestro marco constitucional básico, limitada a tratar detalles menores como una ley de la bandera. Y, de otro, hay una propuesta dirigida a prohibir la "profanación" de la bandera de Estados Unidos. "Profanación" significa "desprenderse de un carácter u oficio sagrado". ¿Hemos acaso de suponer que la bandera de Estados Unidos, emblema de batalla del gobierno de Estados Unidos, es algo "sagrado"? ¿Vamos a hacer del culto al Estado, de la Estatolatría, una religión? ¿Qué clase de grotesca religión es esa?

Y que se supone que significa "profanar"? ¿Qué concretos actos deben prohibirse? La quema de la bandera parece ser el gran problema, aunque el número de episodios de este tipo parezca estar en Estados Unidos en algún lugar próximo a cero. De hecho, la mayor quema de banderas ocurre cuando grupos patrióticos, como la *Legión Americana (American Legion)* y los *Veterans of Foreign Wars (Veteranos de Guerras Extranjeras),* queman solemnemente sus viejas banderas americanas en la forma prescrita.

Pero si la quema de la bandera se va a prohibir. ¿Daremos una palmadita en la espalda a las muchas personas de la Legión Americana o de la VFW cuando vayan a la cárcel? Oh, dice Usted que la intención es lo fundamental y que desea prohibir que unos hippies quemen banderas de Estados Unidos entre burlas y maldiciones. Pero, ¿Cómo se supone que la policía va a averiguar la intención y asegurarse de que el imperio de la ley cae solamente sobre los hippies que se mofan de ella y exonera en cambio a los reverentes legionarios que la saludan?

Pero si los partidarios de la propuesta de Enmienda de la bandera es absurda, los argumentos de sus oponentes son casi igual de endebles. Los defensores de las libertades civiles han insistido durante mucho tiempo en la necesidad de hacer una clara diferenciación entre "expresión" y "acción" y la afirmación de que

la Primera Enmienda cubre solamente las expresiones y no las acciones (excepto, por supuesto, en cuanto a la concreta acción que consiste en imprimir y distribuir un folleto o libro, que pasaría a estar bajo la cláusula de libertad de prensa de la Primera Enmienda).

Pero, como apuntan los defensores de la Enmienda de la bandera ¿Qué clase de "libertad de expresión" consiste en quemar una bandera? ¿No es acaso una acción de las más enérgicas —y una acción que no puede clasificarse bajo la rúbrica de la libertad de prensa—? La posición a la que se repliegan los defensores de las libertades civiles, de acuerdo con las decisiones recaídas en la mayoría de los casos sobre la bandera recopilados por el Juez Brennan, es que la quema de banderas es equiparable a un discurso "simbólico" y, por lo tanto, a pesar de ser una acción, está bajo la protección de la libertad de expresión.

Pero la idea de un "discurso simbólico" es casi tan estúpida como la doctrina de la "profanación" que mantienen los que defienden esa ley de la bandera. La distinción entre expresión y acción desaparece ahora por completo y cada acción puede ser excusada y protegida sobre la base de que supone un "discurso simbólico".

Supongamos, por ejemplo, que yo fuera un supremacista blanco y decidiera coger un arma y disparar a unos cuantos negros. Entonces podría decir que esa acción es correcta porque sería solamente equiparable a un "discurso simbólico" y a su expresión política simbólica porque estaba intentando manifestar argumentos políticos contrarios a nuestra actual legislación porque considero que favorece a los negros.

Cualquier persona que estime inverosímil ese argumento debe ponderar la reciente decisión de un juez chiflado de New York de inclinaciones izquierdistas que declaró "inconstitucional" que las autoridades del metro de New York expulsaran a los mendigos de las estaciones de metro. El argumento del jurista se basaba en que la mendicidad era un "discurso simbólico" y expresión de una reivindicación para obtener más ayuda para los pobres. Afortunadamente este argumento fue anulado en apelación, pero a pesar de ello, los que hacen "reivindicaciones simbólicas" están por todas partes en New York, obstruyendo calles, aeropuertos y estaciones de autobuses.

No hay manera, pues, de que las leyes de la bandera puedan ser declaradas inconstitucionales por ser violación de la Primera Enmienda. El problema con las

leyes de la bandera no tiene nada que ver con la libertad de expresión y los defensores de las libertades civiles han quedado atrapados en su propia trampa, porque, de hecho, intentan separar discurso y acción, una separación que es artificial y no puede mantenerse por mucho tiempo.

Al igual que en el caso de todos los dilemas causados por la doctrina de la libertad de expresión, todo el problema se puede resolver poniendo el foco, no en un altisonante pero insostenible derecho a la libertad de expresión, sino en el derecho natural e integral a la propiedad privada y su libre ejercicio. Ya que hasta el propio juez Hugo Black, que se hizo famoso por su absolutista defensa de la Primera Enmienda, señaló que nadie tenía derecho a una libertad de expresión que le diera licencia para meterse en casa ajena y pronunciar allí un discurso político.

"El derecho a la libertad de expresión" en realidad significa el derecho a contratar una sala y exponer los puntos de vista que uno tiene; el "derecho a la libertad de prensa" (donde, como hemos visto, la expresión y la acción claro que no se pueden separar) significa el derecho a imprimir un folleto y venderlo. En resumen, la libertad de expresión o la libertad de prensa son un subconjunto, aunque importante, del derecho de propiedad privada: el derecho a contratar, a tener, a vender.

Manteniendo la mira en los derechos de propiedad, toda la cuestión de la bandera se resuelve fácilmente y al instante. Toda persona tiene derecho a comprar o tejer y por lo tanto a poseer un pedazo de tela con la forma y el diseño de una bandera americana (o con cualquier otro diseño) y hacer con él lo que le de la gana: ondearla, quemarla, desfilar con ella, enterrarla, guardarla en el armario, llevarla, etc ... Las leyes de la bandera son leyes injustificables que violan el derecho de propiedad privada (constitucionalmente, hay muchas cláusulas en la Constitución de las cuales se pueden derivar derechos de propiedad privada).

Por otra parte, nadie tiene derecho a venir y quemar tu bandera o la de otra persona. Eso debería ser ilegal, no porque una bandera se está quemando, sino debido a que un pirómano está quemando tu propiedad sin tu permiso. Está vulnerando tu derecho de propiedad.

Ved como poniendo el foco en los derechos de propiedad se resuelven todos esos oscuros problemas. Tal vez los conservadores, que se proclaman

defensores de los derechos de propiedad, se verán impulsados a reconsiderar su apoyo a semejante invasión. Por otro lado, tal vez la Izquierda, que se burla de los derechos de propiedad, pueda considerar que adherirse a ellos puede ser la única manera, a largo plazo, de asegurar la libertad de expresión y de prensa.

32.- CLINTONOMICS: EN PERSPECTIVA

Uno de los aspecto irritantes, y no es el menor de ellos, de la ascensión de Bill Clinton a la presidencia es que su nombre termine en "n". Como resultado, "omics" encaja perfectamente al final de su nombre y es inevitable que, a partir de ahora y hasta el final de su mandato, escuchemos continuamente la palabra "*Clintonomics*". Por el contrario, "*Bushonomics*" o "*Perotnomics*" no sonarían tan bien.

Al desaparecido economista nihilista Ludwig M. Lachmann le gustaba repetir una y otra vez que "el futuro es insondable" lo que constituía la idea rectora de su concepción del mundo. No es verdad. Porque sabemos con certeza que el presidente Clinton, en su primera serie de propuestas al Congreso, no va a ser quien introduzca una legislación para derogar el impuesto sobre la renta o para abolir la Reserva Federal. Otros aspectos de la presidencia de Clinton no los conocemos con el mismo grado de certeza; pero podemos ofrecer puntos de vista creíbles sobre las líneas maestras de la Democracia de Clinton si consideramos los fundamentos de sus propuestas, quienes son sus consejeros y cuales las preocupaciones e intereses que lleva consigo al gobierno.

Sabemos por ejemplo, que un nuevo grupo de jóvenes y hambrientos tiburones Demócratas ha descendido sobre Washington y que están batiéndose y apuñalándose unos a otros por conseguir puestos, ventajas e influencia, desplazando al conjunto de tiburones Republicanos, que una vez fueron jóvenes y estuvieron hambrientos y que han estado engordando a costa de los contribuyentes desde 1980. Los que puedan considerarse amigos de Bill o, mejor aún, viejos amigos de Bill pueden esperar que les irá bien. A los que eran amigos, compañeros de clase y colegas del *Rhodes Scholars* en Oxford, como el economista de Izquierda de Harvard Robert Reich, les irá muy bien. Por otro lado, aquellos de nosotros que éramos enemigos de Bill no viviremos como reyes en Washington.

En general, hay que cerrar las escotillas porque viene otro de esos períodos de gran avance del Estatismo que nos han aquejado desde el *New Deal* (en realidad, ya en la *Progressive Era*). El ciclo funciona de la siguiente manera: los Demócratas diseñan un salto adelante del gobierno intervencionista, acompañado de la retórica "*progresista*", "*de conseguir que Estados Unidos avance de nuevo*". Luego, después de una década o así, los Republicanos regresan armados con la retórica conservadora, de libre mercado, pero en realidad se limitan a ralentizar el ritmo del avance Estatista. Después de otra década más o menos, la gente se cansa de la retórica (aunque no de la realidad) del libre mercado y ha llegado el momento de dar otro salto adelante. Los nombres de los jugadores cambian, pero la realidad y la falsedad del juego siguen siendo idénticas y nadie parece darse cuenta del vacuo y estéril juego al que se está jugando.

Las Administraciones de Reagan y Bush, al igual que las Administraciones de Eisenhower, Nixon, Ford antes que ellos, estaban dirigidas por Keynesianos de Derecha y es por ello que las mismas personas aparecen en todas ellas (Burns, Volcker, Greenspan). Los Keynesianos de derechas defienden déficits e impuestos altos y la manipulación del presupuesto y de la política monetaria para tratar de alcanzar el pleno empleo sin inflación. El resultado ha sido inflación permanente y agudas recesiones periódicas.

Los Keynesianos de Izquierda, el sello distintivo de las Administraciones Demócratas, tienen una visión macro similar, excepto que están a favor de una mayor inflación e impuestos más altos que su contra-parte más conservadora. La principal diferencia está en la "política micro-económica", donde los Keynesianos conservadores tienden a favorecer el libre mercado, al menos retóricamente, mientras que la Izquierda-Keynesiana está más francamente a favor de la "política industrial", de la "estrategia económica" y de una "colaboración activa del gobierno y de las empresas".

La Administración Clinton pondrá al frente a los "activistas" más jóvenes, incluidos los mencionados Reich, Robert Shapiro, del *Progressive Policy Institute* de Washington, y a lo que se podría llamar la *Wall Street Left (Izquierda de Wall Street),* incluyendo al venerable Felix Rohatyn de *Lazard Frères*, Robert Rubin de *Goldman Sachs* y a Roger Altman del *Blackstone Group*.

Por ello, podemos esperar una serie de medidas gubernamentales que paralizarán y distorsionarán aún más la economía de mercado. De los grupos de

Izquierda vendrá un tipo de *Affirmative Action* de carácter "social" y regulaciones medioambientales que impondrán aún mayores costos y que mermarán la productividad, en especial, la de las pequeñas empresas. Reich y la Izquierda de Wall Street micro-gestionarán la economía a la que traerán nuevas dolencias y enfermedades, mientras que, en la esfera macro, podemos esperar mayores impuestos a los ricos con el fin de "reducir el déficit", mientras que, al mismo tiempo, un mayor gasto público lo aumentará aún más.

Vamos a recibir un sinfín de garantías de que el aumento del déficit "solamente será temporal" para verse finalmente compensado por una mayor producción y una economía en crecimiento. Oiremos un sinfín de tonterías sobre los estímulos monetarios y fiscales de Clinton que nos ayudarán a "que el crecimiento de la economía nos saque del déficit" (¿Queréis apostar?). Habrá más intentos de redefinir nuestro déficit hasta hacerlo desaparecer, de llamar "inversión" al gasto público y de insistir en que asignemos la mayor parte del gasto público a un "presupuesto de capital" que aumentará el crecimiento y la productividad a largo plazo. Todo esto pasa por alto con astucia el hecho de que mientras que la inversión empresarial debe obtener un beneficio futuro, la "inversión" del gobierno sólo necesita recibir hosannas de sus apologistas, retribuidos o no, para ser un "éxito" declarado.

Habrá también un nuevo desagradable intento de excusar el aumento de puestos de trabajo y salarios burocráticos, mientras miles de millones de dólares se canalizan hacia la "educación" sobre la base de la inversión productiva en "capital humano" (el concepto desafortunado del Premio Nobel Gary Becker). Una vez más, se aplica la "inversión" para rebasar los estrictos límites del concepto de gasto público y, además, como, excepto en una economía de esclavos, es imposible vender el "capital humano" no se puede emplear como un concepto económico que tenga un valor que se pueda expresar en dinero.

Por último, es probable que veamos otro salto hacia adelante hacia una medicina completamente socializada; ya hay mucha gente, incluyendo a quien fue el líder de *“Republicans for Clinton“ ("Republicanos por Clinton"*), que insisten en que "la atención médica universal es un derecho, no un privilegio". En verdad que esas son palabras ominosas porque el último lugar donde se insistió en que se tenía un "derecho" a la atención médica gratuita y universal fue en la Unión

Soviética, lo que acabó dejando a los hospitales sin medicamentos y sin personal.

Ignorando la lección que se extrae del hundimiento del Comunismo, en los Estados Unidos estamos cayendo de cabeza en las mismísimas fauces del Socialismo con la salvedad de que no lo vamos a llamar "Socialismo" sino más bien una "sociedad compasiva que cuida a la gente y en la que ésta se beneficia de la colaboración entre el gobierno y las empresas".

33.- CLINTONOMICS AL DESNUDO

Tras una campaña que insistía en decir que: "¡Es la economía, estúpido!", que prometía una reducción de impuestos a la clase media y ofrecía garantías de expertos neo-conservadores de que Bill Clinton era un "moderado" y un *Nuevo Demócrata* ("*New Democrat*"), la *Clinton[econ]omía* por fin se dio a conocer en su discurso de inauguración del Presupuesto de 17 de febrero de 1993 ante el Congreso y en otros indicios de lo que estaba por venir, como en el "área de la salud". Y la noticia es que Bill y Hillary Clinton son únicamente "moderados" en el mismo sentido en que lo fueron Brezhnev respecto de Stalin o Göring respecto de Himmler. Sujétense a sus asientos Señoras y Señores de América: vamos a dar un paseo repleto de baches.

Cada Administración reciente ha tenido muchas peores "nomics" que su predecesora. *Reaganomics* no era ninguna ganga; era una mezcla de cuatro escuelas de pensamiento económico con puntos de vista que entraban en conflicto y en la que cada una, aunque profesaba externamente lealtad al líder, intentaba por todos los medios superar a sus competidoras. Los cuatro grupos eran el ala liberal clásica o semi-Austriaca, el grupo más pequeño y menos influyente del primer año del mandato de Reagan; los Monetaristas de Friedman; los economistas del lado de la oferta (*supply-siders*) y los Keynesianos conservadores. *Bushonomics* fue exclusivamente dominada por el peor de los cuatro: el grupo de los Keynesianos conservadores.

(En pocas palabras: los liberales clásicos querían drásticos recortes de gastos e impuestos; los *supply-siders* querían solamente recortes de impuestos; los Monetaristas limitaban sus deseos a una tasa constante de expansión monetaria y los Keynesianos conservadores, como es su costumbre, perseguían tanto aumentos del gasto como de impuestos).

Pero incluso la rama de los conservadores Keynesianos, aunque estaba profundamente equivocada, era por lo menos una escuela coherente y respetable de pensamiento económico, un enemigo digno de combate intelectual. Tal distinción no se puede conceder a la Economía de la era Clinton (*Clintonomics)*, que no merece para nada la etiqueta cuasi-honorable de "Economía". Y es que *Clintonomics* es Economía esquizoide, Economía de Alicia en el País de las Maravillas, es una Economía de locos, digna de *Loony Tunes*.

¿Por qué es esquizoide? Considérese lo siguiente: gran parte de la propaganda se hace partiendo de los horrores del déficit, de la necesidad de "sacrificarnos" por el futuro, por nuestros hijos, para ayudar a cerrar el déficit. Esa es la excusa para eliminar la reducción de impuestos a la clase media para reemplazarla por un enorme aumento de impuestos. Pero, sin embargo, al mismo tiempo, se propone un masivo aumento del gasto público. ¿Por qué? Por dos razones: para que la "Economía arranque dando un gran salto adelante", en realidad de lo que se trata es de sacarla de una recesión, si no es que sigue sumida en ella; y en segundo lugar, para que haya "inversión" en una economía que se ha estancado durante 20 años y necesita más ahorro e inversión.

La propuesta es esquizoide porque asume implícitamente que la Economía o la Economía Política, se separa en dos compartimientos sellados herméticamente, que no influyen el uno sobre el otro. Por un lado, el aumento de impuestos ayudaría con el déficit, pero no tendría efectos desafortunados sobre una frágil economía estancada y en recesión; mientras que, por otro lado, los estimulos, en forma de aumentos del gasto público, al parecer no tendrían ningún efecto sobre el déficit!

Una vez que nos damos cuenta, sin embargo, de que la economía está interconectada y que una parte influye sobre la otra, entonces, el absurdo de *Clintonomics* se hace evidente. El enorme aumento de impuestos va a tener un impacto económico negativo: en primer lugar, al paralizar el ahorro y la inversión a consecuencia de impuestos más altos a las empresas y a los grupos de mayores ingresos; y en segundo lugar, mediante la imposición de mayores costos a las empresas a través de los impuestos sobre la energía y otras variadas "cuotas" que son realmente impuestos disfrazados. Los mayores costos de las empresas harán que suban sus precios finales a los consumidores muy por encima de los moderados aumentos previstos para las facturas de suministro de

energía a los consumidores. Como los mayores costos de la energía entran en todos los bienes que necesitan energía para ser producidos, se verá especialmente afectada la industria, en especial la del aluminio y la química así como el transporte, como las aerolíneas. Esas son algunas de las industrias que se han visto más fuertemente afectadas por la recesión.

Téngase en cuenta que el efecto de aumentar los impuestos sobre la energía no se limita a hacer que suban los precios para el consumidor. Porque los incrementos de costos, a pesar de la creencia popular, no son simplemente "transmitidos" fácilmente a los consumidores en forma de precios más altos. Por el contrario, harán que las empresas estadounidenses sean menos competitivas en el exterior, darán lugar a menores beneficios, a una reducción de la producción y a un aumento del desempleo, así como a un incremento de los precios.

Por otra parte, el enorme aumento del gasto público propuesto por Clinton por supuesto que empeora el déficit. Aparte de esto, en los tiempos modernos ningún aumento de impuestos ha ayudado a cerrar el déficit. La subida de impuestos de Reagan de 1982 y después la infame subida de Bush de 1990, no redujeron el déficit. La única forma práctica de reducir el déficit es reducir el gasto público.

Tampoco el gasto público sirve de "estímulo" para ayudar a la economía, ni la "inversión" del Estado alivia el estancamiento a largo plazo causados por los insignificantes ahorro e inversión. La economía estadounidense tiene un doble problema: a corto plazo, cuando nos hallamos todavía en una recesión o en una recuperación muy frágil y tímida; y a largo plazo, cuando estamos sufriendo un estancamiento causado por las bajas tasas de ahorro e inversión. La cura para esto último es más ahorro y más inversión; pero, contrariamente a lo que los Keynesianos prescriben como remedio, la cura para el primero de nuestros males es precisamente la misma.

La recesión de 1990 fue el inevitable resultado de la expansión del crédito bancario (no de la "codicia") de la década de 1980 y el proceso de ajuste ante esa recesión sólo puede acelerarse mediante dos tipos de políticas gubernamentales: (a) no interfiriendo en el saludable proceso de liquidación de inversiones poco seguras con rescates o "estímulos" Keynesianos; y (b) reduciendo drásticamente el Presupuesto del Estado y los impuestos.

Los *supply-siders* tienen razón cuando dicen que para salir de una recesión y conseguir un crecimiento a largo plazo es mejor recortar impuestos que aumentarlos; pero pasan por alto la cuestión importante de que el gasto público también paraliza a la economía, tanto a corto como a largo plazo, porque desperdicia recursos y parasita a las empresas privadas que son las verdaderamente productivas. Cuanto mayor sea la carga que recae sobre la economía privada, menor será el ahorro genuino y menor la auténtica inversión disponibles para impulsar el crecimiento y favorecer la recuperación a largo plazo.

El régimen de Clinton intenta solucionar este problema mediante trucos semánticos: llamando "inversión" al gasto público al tiempo que se atreve a denominar “contribuciones" a lo que son claramente impuestos. Pero, independientemente de este engaño, el gasto público es despilfarro que beneficia a improductivos "consumidores" del mundo de la Política y su burocracia.

¿Pero qué pasa con el déficit? Los clintonianos afirman que el déficit es el mayor problema, porque el ahorro privado se ve canalizado hacia el endeudamiento público y es así alejado de la inversión productiva. Y sin embargo, los mismos clintonianos desean reducir los pagos por intereses convirtiendo a la deuda a largo plazo en deuda a corto, lo que expulsará mucho más a la inversión privada de los mercados de capitales. De hecho, el efecto de expulsión del ahorro y su empleo en usos improductivos no sólo lo provoca el déficit sino que es el resultado del gasto público en su conjunto; después de todo, los impuestos desplazan e incluso destruyen el ahorro privado mucho más despiadadamente que el mero endeudamiento. El problema es el Estado, sus gastos y sus impuestos.

Por lo tanto, *Clintonomics* en realidad es Economía Orwelliana. Es "pensamiento dual" y auto-contradictorio de tipo Orwelliano; a los eslóganes de la clásica obra de Orwell, "la libertad es esclavitud" y "la guerra es paz", Clintonomics agrega "el gasto público es inversión" y "los impuestos son contribuciones". No hay escuela de pensamiento económico, ni siquiera la keynesiana, que abogue por un gran aumento de impuestos con una economía que aún no se ha recuperado de una recesión; y, sin embargo *Clintonomics* lo hace.

Pero aunque *Clintonomics* sea una locura "sigue teniendo una lógica". Porque todas sus mentiras, contradicciones y evasivas tienen un hilo conductor: aumentar el poder del Estado a expensas del mercado y de lo privado. En resumen, constituye, en esencia, un gran salto adelante, al estilo americano, no hacia el Comunismo maoísta, sino hacia el Socialismo democrático, hacia el Marxismo sin Leninismo.

Hasta ahora, el pueblo estadounidense, cegado por la propaganda de la campaña permanente de Clinton, parece estar dispuesto a aceptar los "sacrificios" que implica y se siente cómodo puesto que le han asegurado que será el tipo rico de otro barrio quien tenga que sacrificarse aún más. A la larga, sin embargo, los estadounidenses se darán cuenta de que *exprimir-a-los-ricos* efectivamente les traerá una fría incomodidad.

34.- ¡ VUELVEN LOS CONTROLES DE PRECIOS !

Por malas que sean y desacreditadas que estén ciertas ideas, parece que nunca mueren. Tampoco desaparecen. Al contrario, nos las seguimos encontrando, como los falsos peniques o Godzilla en las viejas películas japonesas.

Controlar los precios, esto es, fijarlos por debajo de los de mercado, es algo que ya se intentó en la antigua Roma; en la Revolución Francesa, con su famosa "Ley de Máximos" que fue responsable de la mayor parte de las víctimas de la guillotina; en la Unión Soviética, cuando se intentó suprimir sin piedad el mercado negro. En todas las épocas, en todas las culturas, los controles de precios nunca han funcionado. Siempre han fracasado.

¿Por qué Chiang-Kai-Shek "perdió" China? La razón principal nunca se dice. Porque desencadenó una inflación descontrolada y luego intentó suprimir sus consecuencias mediante controles de precios. Para hacerlos cumplir, acabó fusilando a comerciantes en las plazas públicas de Shanghai para dar ejemplo con ellos. Con ello perdió sus últimos apoyos frente a las fuerzas comunistas insurgentes. Un destino similar esperaba al régimen de Vietnam del Sur, que comenzó a fusilar a comerciantes en las plazas públicas de Saigón para hacer cumplir sus decretos de precios.

Los controles de precios no funcionaron en la Primera Guerra Mundial, cuando comenzaron siendo "selectivos"; tampoco funcionaron en la Segunda Guerra

Mundial, cuando estaban generalizados y el *Office of Price Administration (Oficina de Administración de Precios)* trató de hacerlos cumplir valiéndose de cientos de miles de funcionarios. No dieron resultado cuando el presidente Nixon impuso una congelación de precios y salarios y variantes de esa medida, desde el verano de 1971 hasta la primavera de 1973, o cuando el presidente Carter quiso imponer una versión más selectiva.

Lo primero que escribí al respecto fue un artículo, que se publicó en el *New York Republican Club,* denunciando los controles del precio de la carne del presidente Truman. Yo era entonces un joven titulado en Economía por la Universidad de Columbia, recién salido de mi Maestría en Humanidades (*Master of Arts,* M.A.) y escribí esa pieza para la campaña republicana de 1946. Los controles de precios, dije, repitiendo lo que dijeron antes de mí un sinnúmero de economistas y lo que muchos otros han repetido desde entonces, no funcionan; no ponen coto a la inflación, sólo crean escasez, racionamiento, disminución de la calidad, mercados opacos y terribles distorsiones económicas. Por otra parte, con el paso del tiempo, empeoran según la economía va ajustándose a esos perniciosos controles.

En 1946, todos los controles de precios federales se habían levantado a excepción de los de la carne y, como resultado, la carne era cada vez más escasa. La cosa se puso tan mal que no se podía encontrar carne y los diabéticos ni siquiera podían encontrar insulina, un producto derivado de la carne. Los comentaristas de la radio imploraban a sus oyentes a escribir a sus congresistas instándolos a mantener el control de precios de la carne porque sino subirían al triple, al cuádruple o, quién sabe, si hasta el infinito (olvidaban hacer la pregunta: ¿Para qué quieren los consumidores poder comprar carne barata si nadie la puede encontrar?).

Por último, en verano, el presidente Truman lanzó un mensaje radiado a todo el país. Ponderando la gravedad de la crisis de la carne, dijo que, en efecto, había considerado seriamente nacionalizar la industria de envasado de la carne de Chicago con el fin de sacar al mercado la carne que había sido acaparada. Después se dio cuenta de que tampoco ésta tenía carne. Entonces, en una revelación sorprendente que pocos han comentado, hizo público que había considerado seriamente movilizar a la Guardia Nacional y al Ejército y enviar tropas a las granjas del Medio Oeste para aprovechar todos sus pollos y su

ganado. Pero entonces, agregó a regañadientes, desestimó la idea por lo "poco práctica" que sería una medida como esa.

¿Poco práctico? Bonito eufemismo. Enviando tropas a las granjas, Truman habría provocado una revolución. Cada granjero habría empuñado un arma para defender su preciosa tierra y su propiedad contra el despótico invasor. Además, fue un año de elecciones al Congreso y los Demócratas ya tenían serios problemas en los Estados rurales. Así las cosas, ese año, los viejos Republicanos de Derechas barrieron en las dos cámaras, en lo que fue un verdadero corrimiento de tierra con el lema: "controles, corrupción y Comunismo". Fue el último posicionamiento de principios del Republicanismo de Derechas, y, no por casualidad, fue su última victoria política.

Truman, de mala gana, llegó a la conclusión que parecía que sólo le quedaba una opción: abolir los controles de precios de la carne, cosa que hizo. En un par de días los consumidores y los diabéticos por igual tenían un montón de carne. La crisis de la carne había terminado. ¿Qué pasó con los precios de la carne? Por supuesto que no subieron hasta el infinito. Subieron algo así como el 20 por ciento respecto del poco realista nivel fijado en aplicación de los controles.

La parte más notable de este asunto pasó inadvertida: que el presidente Truman, al parecer sin saberlo, había admitido la cuestión esencial: que la "escasez" era pura y simplemente una creación artificial de sus propios controles de precios. ¿De qué otra forma interpretar el hecho de que hasta él mismo admitiera que el último y desafortunado recurso que quedaba para poner fin a la crisis era abolir los controles? Y, a pesar de ello, nadie aprendió esta lección y a ninguno se le ocurrió la idea de iniciar el procedimiento para someterle al juicio político conocido como *impeachment*.

Veinticinco años más tarde, el presidente Nixon impuso una congelación de precios y salarios porque la inflación había llegado a lo que era entonces un nivel "inaceptable" del 4,5 por ciento anual. Reaccioné vehementemente, denuncié los controles de precios donde pude. Ese invierno debatí con el asesor económico presidencial Herbert Stein ante el *Metropolitan Republican Club of Washington D.C.*. Después de que yo denunciase los controles de precios, Stein advirtió que, en esencia, los controles de precios eran culpa mía, no suya y del presidente Nixon.

Stein sabía tan bien como yo que los controles de precios eran desastrosos y contraproducentes, pero ni yo, ni otros como yo, habíamos hecho un trabajo lo

bastante bueno para educar al público estadounidense, por lo que la Administración Nixon se vio "forzada" por la presión popular a imponer controles de todas formas. Ni que decir tiene, que yo no estaba convencido de mi culpa. Años más tarde, en sus memorias, escribió Stein acerca del embriagador afán de poder que experimentó en Camp David cuando planeaba imponer controles de precios a todo el mundo. Pobre Stein: ¡Otra "víctima" producto de la victimología de la cultura americana!

Y ahora, Bill Clinton está en la Casa Blanca y los controles de precios han vuelto a lo grande. La *Federal Communications Commission (FCC)* ha ordenado una reducción del 15 por ciento sobre dos terceras partes de las tarifas de televisión por cable del país, volviendo así de golpe a regular las comunicaciones. ¿Las razones? Desde que fueron desreguladas en 1987, las tasas de la televisión por cable han aumentado dos veces más deprisa que la inflación general. Bueno: la media supone por lo común que más o menos la mitad de los datos están por encima y aproximadamente la otra mitad por debajo del promedio; en eso consiste el valor promedio. ¿Estamos proponiéndonos combatir la inflación reprimiendo cada precio que suba por encima de la media?

Esa es, de hecho, la principal razón que se encuentra tras el programa Clintoniano que se avecina y que va dirigido a implantar controles de precios en los servicios sanitarios. Los precios de los servicios médicos han aumentado más rápidamente que la inflación. La amenaza de los controles sobre la asistencia sanitaria ha dado lugar a un coro de protestas por parte de los economistas y de los viejos controladores de precios, que aprendieron sobre controles de precios a lo bruto, por las malas. Es por ello que C. Jackson Grayson, quien encabezó el experimento de control de precios y salarios de Nixon de 1971-1973, señaló: "*los controles de precios empeorarán las cosas. Creedme, yo ya lo he intentado ... Los controles no han funcionado en cuarenta siglos. No funcionarán ahora*".

Grayson nos advierte de que en Estados Unidos ya se gasta el 24 por ciento de lo que se destina a asistencia sanitaria en costos administrativos, en gran medida impuestos por el gobierno. El control de precios Clintoniano hará que las regulaciones y los burócratas proliferen; elevará los costos de los servicios médicos, no los bajará. Barry Bosworth, quien encabezó los esfuerzos de control de precios con Jimmy Carter, reaccionó de manera similar: "*No puedo creer que [el gobierno de Clinton] vaya a hacerlo. No puedo creer que sean tan estúpidos*".

Indicó que la atención sanitaria es un campo en el que hay una rápida innovación en productos y servicios, es una zona particularmente desastrosa en la que tratar de imponer controles de precios.

Pero ninguna de esas objeciones va a funcionar. A los impetuosos jóvenes Clintonianos no les importa si los controles de precios pueden causar una escasez en los servicios sanitarios. De hecho, dan la bienvenida a esa perspectiva porque entonces podrán imponer el racionamiento; podrán imponer sus prioridades y decirnos a todos cuanta atención médica y de qué tipo podemos tener. Y, además, como Herb Stein descubrió, existe esa profunda y atrayente ansia de poder. De momento tenemos que ser conscientes de que los razonables argumentos de economistas o ex-controladores desalentados no va a ser lo que les pare: solamente lo conseguirán una determinada y militante oposición y la resistencia del pueblo que tanto lleva sufriendo.

35.- LOS DIABÓLICOS PRINCIPIOS DE LA PLANIFICACIÓN SANITARIA

El cliché que mantienen los principales medios de comunicación sobre el plan de salud de Clinton es que Dios, o el Diablo, dependiendo de su punto de vista, "está en los detalles". Existe un sorprendente consenso entre los partidarios y muchos de quienes critican el programa de “reforma“ sanitaria de Clinton. Sus partidarios dicen que los principios generales del plan son maravillosos, pero que hay algunos problemas en los detalles: por ejemplo, cuánto cuesta, cómo se va exactamente a financiar, recibirán las pequeñas empresas una subvención suficiente para compensar sus mayores costos y así hasta no acabar.

Los supuestos críticos al plan de Clinton también se apresuran a asegurarnos que ellos también aceptan los principios generales, pero que hay un montón de problemas en los detalles. Con frecuencia presentarán sus propios planes alternativos, unos planes solo un poco menos complejos que el de Clinton, y nos asegurarán que sus soluciones son menos coactivas, menos costosas y menos socialistas que las del esforzado Clinton. Y puesto que la asistencia sanitaria constituye aproximadamente una séptima parte de la producción de Estados Unidos, hay suficientes detalles y variantes para mantener ocupados a un gran número de expertos políticos por el resto de sus vidas.

Sin embargo, los detalles del Plan Clintoniano, aunque diabólicos, no son más que pequeños demonios en comparación con los principios generales, en los que realmente es donde Lucifer está al acecho. Aceptando los principios y luchando por los detalles, la Leal Oposición no hace más que renunciar a la lucha y salir derrotada antes de que el debate sobre los detalles pueda incluso llegar a iniciarse. Perdidos en una maraña de minucias, los críticos conservadores de la reforma Clintoniana, por querer ser "responsables" y trabajar dentro del paradigma establecido por *El Enemigo*, están prestando un servicio vital a los Clintonianos al abortar cualquier frontal oposición ante el gran salto adelante hacia la colectivización de la salud que planea Clinton.

Examinemos algunos de los principios generales de la mefistofélica reforma Clintoniana, que secundan los críticos conservadores.

Principio 1. Acceso universal garantizado.

Últimamente se ha hablado mucho del "acceso universal" a tal o cual producto o servicio. Muchos "libertarios" o partidarios del "libre mercado" que han propuesto la "reforma" de la enseñanza abogan por el llamado cheque escolar que sería un programa de cupones financiado con impuestos para proveer "acceso" a la enseñanza privada. Pero, en cualquier tipo de sociedad libre, existe una sencilla entidad que da "acceso universal" a todo bien o servicio imaginable y no solamente sirve para tener acceso a los sistemas de salud, educación o de distribución de alimentos. Esa entidad no es un cupón o una tarjeta de identificación Clintoniana; se llama "dólar". Los dólares no sólo proporcionan acceso universal a todos los bienes y servicios, sino que lo proporcionan a toda persona que tenga dólares en su poder para darle acceso a cada producto en la medida de sus deseos. Cualquier otro artifical sistema de acceso, ya sea un vale, tarjeta sanitaria o cupón de alimentos, es despótico y coercitivo, es un robo al contribuyente, ineficiente e igualitario.

Principio 2. Coacción.

El "acceso universal garantizado" sólo lo pueden proporcionar los impuestos, es decir, es producto de un robo, y la esencia de esa extorsión no cambia por llamar a esos impuestos "honorarios ... primas" o "contribuciones". Un impuesto, cualquiera que sea su nombre, huele igual de podrido y tiene las mismas

consecuencias, aunque solamente sean los "empleadores" quienes se vean obligados a pagar la mayor parte de las "primas".

Por otra parte, para que cualquier persona tenga acceso "garantizado" a cualquier cosa, se le tiene que obligar a participar, tanto para recibir sus "beneficios" como para pagar por ellos. Por lo tanto, "el acceso universal garantizado" significa no sólo coaccionar a los contribuyentes, sino a todo el mundo en su condición de participantes y colaboradores. Todos los duelos y quebrantos por los 37 millones de norteamericanos que no tienen "seguro" pasa por alto el hecho de que la mayoría de los no asegurados ha tomado una decisión racional: no quieren estar "asegurados", están dispuestos a correr el riesgo de pagar la asistencia sanitaria a precios de mercado en el caso de necesitarla. Pero a ellos no se les permitirá renunciar a los "beneficios" del seguro; su participación será obligatoria. Todos vamos a convertirnos en reclutas de los seguros de salud.

Principio 3. Igualdad.

Universal significa igualdad. Con lo que la temida cuestión de la "equidad" entra inmediatamente en la ecuación. Una vez que el gobierno se convierte en el dirigente de todo el sistema de salud, ya sea en el marco del Plan de Clinton o en el de la Leal Oposición, parece entonces "injusto" que un hombre rico disfrute de una mejor atención médica que el vagabundo más pobre. El estratagema de la "equidad" se basa en que ésta se considera evidente por sí misma y nunca se sujeta a crítica alguna. ¿Por qué es un sistema "de dos niveles" en el sistema de salud (en realidad ha sido multi-nivel) más "injusto" que el sistema multi-nivel que rige para la ropa, la comida o el transporte? Hasta ahora al menos, la mayoría de la gente no considera injusto que algunas personas puedan permitirse el lujo de cenar en *The Four Seasons* e irse de vacaciones a *Martha's Vineyard*, mientras que otros tengan que contentarse con ir al *McDonald's* y quedarse en casa. ¿Por qué ha de ser la atención médica diferente?

Sin embargo, uno de los ejes principales del plan de Clinton es el de reducirnos a todos a "un único nivel", al estatus de destinatarios de una única e igualitaria atención sanitaria.

Principio 4. Colectivismo.

Para asegurar la igualdad para todos y cada uno, la atención médica será colectivizada bajo la estrecha supervisión del *Federal Health Care Board (Junta Federal de Cuidados de Salud*) mediante la provisión de servicios sanitarios y mediante seguros sometidos a la tiranía del gobierno y organizados sobre la base de colectivos y alianzas regionales. La práctica privada de la medicina será en esencia expulsada, de manera que esos colectivos y las *Health Maintenance Organizations* (HMO) [5] serán la única opción para el consumidor. A pesar de que los Clintonianos intenten asegurar a los estadounidenses que aún podrán "elegir su propio médico", en la práctica esto será cada vez más difícil.

Principio 5. Controles de precios.

Ya que es bastante bien conocido que los controles de precios nunca han funcionado, siempre han sido un desastre, el gobierno de Clinton, siempre inclinado a recurrir a trucos semánticos, ha negado rotundamente que se contemplen controles de precios. Pero la tela de araña construida para hacer efectivo un estricto control de precios será demasiado evidente y perniciosa, aunque se disfrace con términos como: "indemnizaciones máximas“, “costos máximos" o "control del gasto". Tiene que haber controles de precios ya que es la promesa de "controlar los costos" lo que permite a los Clintonianos mantener la indignante pretensión de que los impuestos no van a subir apenas (excepto los de los empleadores, claro). El gobierno aplicará un estricto control del gasto, no sólo del gasto público, sino particularmente del gasto privado.

Uno de los aspectos más escalofriantes del Plan de Clinton es que quiere penalizar cualquier intento de los consumidores de eludir esos controles de

---

5 En los Estados Unidos una *Health Maintenance Organization (HMO) (organización de mantenimiento de salud)* es una agrupación de seguros médicos que proporciona servicios de salud por una tarifa fija anual. Es una organización que proporciona o gestiona la atención sanitaria para las compañías de seguros de salud, planes de salud auto-financiados, a individuos y a otras entidades y sirve de enlace con los proveedores de atención sanitaria (hospitales, médicos, etc...) sobre una base de prepago. La *Health Maintenance Organization Act* de 1973 (Ley reguladora de la Organización para el Mantenimiento de la Salud de 1973) exige a los empleadores con 25 o más empleados ofrecer opciones de HMO certificadas a nivel federal si el empleador ofrece opciones de atención médica tradicionales. A diferencia de un seguro de indemnización tradicional, una HMO cubre la atención prestada por los médicos y otros profesionales que han aceptado por contrato tratar a los pacientes de acuerdo con las directrices y las restricciones de la HMO a cambio de un flujo constante de clientes. La HMO cubre también la atención de urgencia.

precios; por ejemplo, pagando precios más altos que los precios controlados a los médicos dedicados a la práctica privada de la medicina. Por lo tanto, el Plan Clinton afirma que "un proveedor no puede cobrar al paciente una cuota que esté por encima de la recogido en la lista de tarifas adoptada por una “alianza" y se impondrán sanciones por el "pago de sobornos o gratificaciones" (es decir, a los "precios de mercado negro") satisfechos para "influir en la prestación de servicios de salud".

Para justificar su plan, por cierto, los clintonianos añaden sal a la herida cuando utilizan disparates absurdos como argumento. El principal argumento a su favor según ellos es que la atención médica es "muy costosa" y que sus tesis se apoyan en el hecho de que, en los últimos años, el gasto sanitario ha aumentado considerablemente en términos de porcentaje del PIB. Pero un aumento del gasto no se puede equiparar a un aumento de los costos; si lo fuera, entonces yo fácilmente podría argumentar que, puesto que el porcentaje del PIB destinado a la compra de ordenadores ha aumentado enormemente en los últimos diez años, "los costos de los equipos" son por ello excesivos y los severos controles de precios, los topes y los controles del gasto se deben imponer con prontitud a las compras de equipos informáticos por consumidores y empresas.

Principio 6. Racionamiento de la atención sanitaria.

Naturalmente los estrictos controles de precios y del gasto harán que la atención sanitaria se vea seriamente racionada, sobre todo porque se quieren imponer controles y límites al tiempo que aquélla se declara universal, igual y "garantizada". A los socialistas siempre les ha gustado el racionamiento, puesto que transfiere a los burócratas el poder sobre el pueblo y supone imponer la igualdad por la fuerza.

Lo que esto significa es que el gobierno, sus burócratas y sus demás subordinados, decidirán quién obtiene qué servicio. En Estados Unidos, los partidarios del totalitarismo en los servicios sanitarios estarán sanos y bien atendidos, aunque tal vez no el resto de nosotros.

Principio 7. El molesto consumidor.

Tenemos que recordar un punto crucial que distingue al Estado de la forma en que funcionan las empresas comerciales en el mercado. Las empresas siempre

están dispuestas a que los consumidores compren su producto o servicio. En el mercado libre, el consumidor es el rey y los "proveedores" siempre quieren ganar dinero y clientes prestándoles un buen servicio. Pero cuando es el Estado quien gestiona un servicio, el consumidor se transmuta en una molestia, en un "despilfarrador" de los escasos recursos de la sociedad. Considerando que el mercado libre es un lugar pacífico y cooperativo por medio del cual todos se benefician y nadie pierde; cuando el Estado suministra un producto o servicio, a cada consumidor se le trata como usuario de unos recursos dispensados a expensas de sus semejantes. El ámbito del "servicio público", y no el del libre mercado, es la selva en la que unos se comen a otros.

Así que ahí tenemos a la futura sanidad Clintoniana: el Estado como racionador totalitario de la atención sanitaria, distribuyendo de mala gana servicios con la calidad más baja posible a todos por igual y tratando a cada "cliente" como si fuera una plaga dañina. Y si Dios no lo quiera, tienes un problema de salud grave o eres una persona mayor o tu tratamiento requiere más recursos escasos que los que el *Health Care Board (Órgano Gestor de la Atención Sanitaria)* considera adecuados, pues bien, entonces, el Gran Hermano Racionador de Washington decidirá, evidentemente, en el mejor interés de "la sociedad", darte un tratamiento digno de un Doctor Kevorkian [6].

Principio 8. El Gran Salto Adelante.

En el Plan de Clinton existen muchos otros aspectos ridículos aunque casi universalmente aceptados, desde la grosera perversión del concepto de "seguro" a la estúpida idea de que una enorme expansión de los controles gubernamentales eliminará de alguna manera la necesidad de rellenar formularios de salud. Pero basta con subrayar la cuestión más importante: el plan consiste en un nuevo gran salto adelante hacia el colectivismo.

La cuestión la expuso muy bien, aunque en términos admirativos, David Lauter en el diario *Los Angeles Times* (del 23 de septiembre de 1993). De vez en cuando, dijo Lauter, "*el gobierno colectivamente se agarra con fuerza, aspira profundamente y da un salto hacia un futuro en gran parte desconocido*". El primer salto americano fue el *New Deal* en los años 1930, con la implantación de la Seguridad Social y la

6 Jacob "Jack" Kevorkian fue un médico, político, músico y activista estadounidense. Ocasionó controversia por la aplicación de la eutanasia a 130 pacientes. Su lema era "Morir no es un crimen" (Wikipedia.org) (N. del T.).

extensa regulación federal de la economía. El segundo salto fue la revolución de los derechos civiles de la década de 1960. Y ahora, escribe Lauter, "*otro nuevo presidente ha propuesto un plan que pretende hacer un barrido*" y hemos escuchado de nuevo "*los ruidos de un sistema político que se está calentando una vez más para dar el gran salto*"

La única cuestión relevante que el Sr. Lauter omite es la de aclarar ¿A dónde? Vamos a saltar. Consciente o inconscientemente, su metafórico "salto" suena a verdad, ya que recuerda el gran salto adelante de Mao que supuso el surgimiento del Comunismo más criminal y extremista.

El Plan de Salud de Clinton no es una "reforma" y no responde a una "crisis". Si le quitamos su equívoca terminología, lo que tenemos es otro gran salto adelante hacia el Socialismo. Mientras que Rusia y los antiguos Estados comunistas están luchando por salir del Socialismo y del desastre de su "sistema de salud universal garantizado" (compruébense sus estadísticas de esperanza de vida), Clinton y su variopinto grupo de expertos, formado por viejos estudiantes graduados en Izquierdismo, se están proponiendo arruinar nuestra economía, nuestra libertad y lo que ha sido, a pesar de todos los males impuestos por anteriores intervenciones estatales, el mejor sistema sanitario del planeta.

Es por ello que el Plan de Salud de Clinton debe ser combatido de raíz, porque Satanás está en los principios generales y porque el Instituto Ludwig Von Mises, en vez de ofrecer su propio plan de salud de 500 páginas, propone un plan de principios trazado por Hans-Hermann Hoppe (expuesto en el número de abril de 1993 de *Free Market*) que consta de "cuatro pasos" y tiene como objetivo erradicar la intervención pública en el ámbito sanitario.

¿Podemos sugerir algo más "positivo"? Claro: ¿Qué les parece asignar al Doctor Kevorkian como médico de familia de los Clinton?

36.- GRACIAS AL SALARIO MÍNIMO, TRABAJAR ES ILEGAL.

No hay demostración más clara del esencial consenso de los dos partidos políticos que en la idéntica posición que mantienen respecto al salario mínimo. Los Demócratas propusieron elevar legalmente el salario mínimo desde los 3,35 dólares la hora, que era el importe que había

aprobado la Administración Reagan en 1981 durante los días en los que supuestamente defendió el libre mercado. La réplica Republicana consistió en permitir un salario "sub-mínimo" para los adolescentes, quienes, como trabajadores marginales, son los que se ven de hecho más afectados por cualquier mínimo legal.

Pero a su paso por el Congreso, los Republicanos modificaron rápidamente esta propuesta y defendieron que el sub-mínimo para los adolescentes se mantuviera solamente durante 90 días y transcurrido ese plazo la tasa se elevase a la mínima más alta propuesta por los Demócratas (que era de 4,55 dólares la hora). Irónicamente, fue el senador Edward Kennedy quien tuvo que justificar los absurdos efectos económicos de esta medida: inducir a los empleadores a contratar a adolescentes para luego despedirlos a los 89 días y volver a contratar a otros al día siguiente.

Por último, sucedió lo que pasa siempre, George Bush sacó a los Republicanos de este agujero tirando por completo la toalla y optando por un plan Demócrata, punto. Lo que al final pasó es que los Demócratas propusieron abiertamente un gran aumento del salario mínimo y los Republicanos, tras una serie de ilógicas vacilaciones, acabaron aceptando dicho programa.

La verdad, es que hay una única forma de considerar una ley de salario mínimo: es desempleo obligatorio, y punto. La ley dice: es ilegal, y por ello criminal, que cualquiera pueda contratar a alguien por debajo del precio de X dólares por hora. Esto significa, lisa y llanamente, que un gran número de contratos de trabajo libres y voluntarios están ahora fuera de la ley por lo que habrá mucho desempleo. Recuérdese que la ley de salario mínimo no genera puestos de trabajo, solamente los prohíbe; y empleos ilegales son su resultado inevitable.

Todas las curvas de demanda están cayendo y la demanda de trabajo no es una excepción. Por ello, las leyes que prohíben trabajar bajo unas condiciones salariales relevantes para el mercado (un salario mínimo de 10 centavos la hora tendría poco o ningún impacto) producen el efecto de prohibir el empleo y causar desempleo.

Si el salario mínimo se eleva, en definitiva, de 3,35 a 4,55 dólares por hora, la consecuencia es que se deja permanentemente sin empleo a quienes serían contratados a tasas situadas entre esos dos límites. Dado que la curva de demanda de cualquier clase de mano de obra (como la de cualquier otro factor

de producción) es fijada por la productividad marginal percibida del trabajo, esto significa que las personas que no encontrarán empleo y se verán perjudicadas por esta prohibición serán precisamente las que ocupan esa franja "marginal" de trabajadores (la que tiene más bajos salarios), por ejemplo, las personas de raza negra y los adolescentes, los mismos trabajadores a los que los defensores del salario mínimo dicen favorecer y proteger.

Los defensores del salario mínimo responden que todo eso es asustar y que las tasas de salario mínimo no son y nunca han sido causa de ningún desempleo. La réplica adecuada consiste en decir que como son tan buenas, habría que subirlas aún más; vale, si el salario mínimo es una medida tan maravillosa contra la pobreza y no puede tener efectos sobre el desempleo ¿Por qué ser tan mesurados? ¿Por qué ayudar a los pobres con cantidades tan insignificantes? ¿Por qué limitarlo a 4,55 dólares por hora? ¿Por qué no a 10 dólares por hora? ¿Por qué no pagar a razón de 1.007 ó 10.007 dólares la hora?

Es obvio que los defensores del salario mínimo no son coherentes y siguen su propia lógica, porque si siguieran sus razonamientos hasta ese extremo, prácticamente la totalidad de la fuerza laboral estaría desempleada. En resumen, se puede tener tanto desempleo como se desee, con sólo subir el salario mínimo legal lo bastante.

Es costumbre entre los economistas ser educados y asumir que semejante falacia económica es únicamente resultado de un error intelectual. Pero hay veces en que el decoro es gravemente engañoso, o, como Oscar Wilde escribió una vez, "*cuando decir lo que uno piensa se convierte en más que un deber; se convierte en un placer*". En efecto, si los defensores de un salario mínimo más alto fueran personas simplemente de buena voluntad, aunque equivocadas, no se detendrían en 3 ó 4 dólares por hora, sino que, siguiendo su propia y estúpida lógica, lo subirían hasta la estratosfera.

El hecho es que siempre han sido lo bastante astutos como para llevar sus demandas de aumento del salario mínimo hasta el límite en el que solamente afectan a trabajadores marginales y donde no hay peligro de desempleo, por ejemplo, para los empleados que sean hombres adultos de raza blanca y afiliados a un sindicato con antigüedad. Cuando vemos que uno de los más ardientes defensores de la ley de salario mínimo ha sido la central sindical

American Federation of Labor and Congress of Industrial Organizations (AFL–CIO) [7] y que el efecto concreto de las leyes de salario mínimo ha sido paralizar la competencia de los trabajadores marginales con bajos salarios frente a los trabajadores con salarios más altos que cuentan con antigüedad en el sindicato, los verdaderos motivos de agitación a favor de las leyes de salario mínimo se hacen evidentes.

Este es solamente uno del gran número de casos en los que la ciega persistencia en lo que aparenta ser una falacia o error sirve únicamente como máscara del privilegio especial del que unos gozan a expensas de aquellos a los que supuestamente se va a "ayudar".

En el actual clima de agitación, la inflación —supuestamente detenida gracias a los esfuerzos de la Administración Reagan— ha erosionado el impacto del último aumento del salario mínimo, el de 1981, lo que reduce el impacto real del salario mínimo en un 23 por ciento. En parte como consecuencia de ello, la tasa de desempleo ha caído del 11 por ciento en 1982 a menos del 6 por ciento en 1988. Posiblemente disgustados por esta caída, la AFL-CIO y sus aliados están presionando para rectificar esta situación y conseguir aumentar la tasa del salario mínimo en un 34 por ciento.

De vez en cuando, los economistas de la AFL-CIO y otros expertos de la Izquierda dejarán caer esa máscara, hecha de falsedades económicas, y admitirán cándidamente que sus acciones causarán desempleo; se justificarán entonces diciendo que es más "digno" que un trabajador esté cobrando el paro que trabajando por un bajo salario. Éste es, por supuesto, el planteamiento de muchas de las personas que perciben ayudas sociales. Es realmente un extraño concepto de "dignidad" que se ha fomentado uniendo el salario mínimo al Estado del Bienestar.

Por desgracia, este sistema no proporciona a los numerosos trabajadores que todavía prefieren ser productores, en vez de parásitos, el privilegio de tomar libremente sus propias decisiones.

---

7 La AFL-CIO es la mayor central sindical de Estados Unidos y Canadá. Fue formada en 1955 por la fusión de AFL (1886) y CIO (1935). Está compuesta por 59 federaciones nacionales e internacionales de sindicatos de Estados Unidos y Canadá que juntos representan a más de 12 millones de trabajadores. Es miembro de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres. Hasta 2005 operó en la práctica como central sindical unitaria, pero discrepancias internas llevaron a que varios de las principales agrupaciones que la conformaban se separaran de la organización (wikipedia.org) (N. del T.).

37.- EL PROBLEMA DE LOS SINDICATOS

Los sindicatos de trabajadores están flexionando sus músculos de nuevo. El año pasado, una huelga contra el *New York Daily News* logró infligir tales pérdidas a la empresa que sus propietarios no tuvieron más remedio que venderla barato al magnate británico Robert Maxwell, que estaba dispuesto a aceptar los términos dictados por el sindicato. Anteriormente, el sindicato de conductores de autobuses de la empresa *Greyhound* consiguió ganar una huelga larga y sangrienta. ¿Cómo fueron los sindicatos capaces de vencer en esas huelgas, cuando su número de afiliados y su popularidad estaban disminuyendo desde el final de la Segunda Guerra Mundial? La respuesta es sencilla: en ambos casos, la dirección de las empresas contrató a trabajadores de reemplazo e intentó seguir produciendo. En ambos casos, se empleó sistemáticamente la violencia contra la producción y contra los trabajadores de reemplazo.

En la huelga del *Daily News*, la *Chicago Tribune Company*, que era propietaria de ese periódico, al parecer no se dio cuenta de que el sindicato había estado tradicionalmente en manos de delincuentes y matones; lo que el sindicato al parecer hizo fue ejercer continua violencia contra los puestos de venta de prensa —agredir a quienes vendían el diario y destruir sus tiendas, hasta que nadie se atreviera a distribuirlo—. La policía, como es típico en casi todas partes fuera del Sur del país, recibió instrucciones para permanecer "neutral" en los conflictos laborales, es decir, mirar hacia otro lado cuando los sindicatos emplearan tácticas criminales contra los empresarios y contra los trabajadores no huelguistas. De hecho, los únicos ejemplares de dicho diario que se repartieron durante la larga huelga fueron los vendidos directamente por personas sin hogar en los subterráneos de la ciudad. Al parecer, el sindicato consideró que golpear o matar a personas sin hogar no haría mucho bien a su imagen y a sus relaciones públicas. En la huelga de la *Greyhound*, francotiradores dispararon en repetidas ocasiones a los autobuses, hiriendo a los conductores y pasajeros. En resumen, el uso de la violencia es la clave para vencer en una huelga.

La Historia sindical de América está llena de historias románticas y exageradas sobre ataques violentos: la huelga de la *Pullman*, la huelga de *Homestead* y así sucesivamente. Dado que casi todos los que estudian la Historia del Movimiento Obrero mantienen posiciones sesgadas a favor de los sindicatos, dan a entender vehementemente que casi toda la violencia fue cometida por guardias

contratados por los empresarios, que apaleaban sin motivo a los huelguistas o a quienes organizaban un sindicato. La realidad fue justamente la contraria. Casi toda la violencia fue cometida por escuadrones de sindicalistas contra las propiedades de los empleadores y, en particular, contra los trabajadores sustitutos, siempre despreciados y deshumanizados con la fea palabra de "esquirol". (¡Eso sí que es lenguaje degradante!).

La razón de que la culpa sea de los sindicatos es inherente a su posición. Los empleadores no quieren la violencia; lo único que quieren es paz y tranquilidad, producir sin trabas y pacíficamente y sacar su mercancía. La violencia es perjudicial y tiene necesariamente que perjudicar los beneficios de la empresa. Pero la victoria de los sindicatos depende de conseguir que sea imposible que la empresa continúe produciendo y por lo tanto debe concentrarse en sus competidores directos, los trabajadores que sustituyen a los huelguistas.

Los apologistas de los sindicatos a menudo insisten en que los trabajadores tienen un "derecho de huelga". Nadie lo niega. Pocos defienden el trabajo forzoso —salvo en situaciones de emergencia como, por ejemplo, cuando el presidente Truman amenazó a los trabajadores del acero que estaban en huelga con el reclutamiento forzoso en el ejército para obligarlos a volver a las fábricas —. Al igual que todo el mundo tiene seguramente derecho a dejar de fumar. Pero ese no es el problema. La cuestión es si el empleador tiene el derecho de contratar a trabajadores de reemplazo y seguir produciendo.

Los sindicatos también están utilizando su músculo político para aprobar una ley en el Congreso que prohíba a los empresarios contratar a trabajadores sustitutos con carácter permanente, o sea, de decir a los huelguistas: "*¡Vale, si no queréis, no vengáis a trabajar!*". Ahora mismo, los empresarios ya tienen rigurosamente restringido ese derecho: no pueden contratar a trabajadores sustitutos permanentemente, es decir, no pueden despedir a los huelguistas, en ninguna huelga motivada por prácticas laborales "desleales". Lo que el Congreso debe hacer es extender el derecho de despido también a esos casos de "deslealtad" en el trabajo.

Aparte del hecho de que recurran habitualmente a la violencia, las tesis sindicales son por entero profundamente erróneas. Su punto de vista es que el trabajador es de alguna manera "dueño" de su puesto de trabajo y que por lo tanto debería ser ilegal que un empleador pueda despedir a los trabajadores que

se declaren en huelga permanente. La "propiedad de los puestos de trabajo" es por supuesto una clara violación del derecho de propiedad del empresario de despedir o no contratar a quien quiera. Nadie tiene "derecho a un puesto de trabajo" en el futuro; uno sólo tiene derecho a que le paguen por el trabajo contratado y ya realizado. Nadie debería tener "derecho" a meter siempre la mano en el bolsillo de su empresario; eso no es un "derecho" sino un robo sistemático de la propiedad ajena.

Incluso cuando el sindicato no comete violencia directa, debe quedar claro que la muy reverenciada línea de piquetes, santificada en las canciones y por la Historia, no es más que el intento de unos matones de intimidar a los trabajadores o clientes para que no crucen la línea. La idea de que los piquetes son simplemente una manifestación de la "libre expresión" es ridícula: si se desea informar de que hay huelga, basta con tener a un único piquete o recurrir a un medio mucho menos invasivo como es publicar anuncios en los medios locales. Pero aún si sólo hay un piquete, se plantea inmediatamente la pregunta: ¿En la propiedad de quién tiene uno derecho a establecer piquetes o a transmitir información? En este momento, los tribunales están confundidos o son inconsistentes en esta cuestión: ¿Tienen los huelguistas derecho a establecer piquetes en la propiedad del empresario contra el que dirigen sus acciones? Esto es claramente una invasión del derecho de propiedad del empresario, que se ve obligado a aceptar a un intruso cuyo propósito explícito es denunciarle y perjudicar a su negocio.

Qué hay de la pregunta: ¿Por qué tiene derecho un sindicato a establecer piquetes en la acera delante de una planta o de una empresa que sea el blanco de sus protestas? Hasta ahora, ese derecho ha sido fácilmente aceptado por los tribunales. Pero la acera es generalmente responsabilidad del propietario del edificio colindante que es quien debe mantenerla, dejarla libre de obstrucciones, etc... En cierto sentido, entonces, el propietario del edificio también es el "dueño" de la acera y por lo tanto la prohibición general de los piquetes en la propiedad privada debe también hacerse extensiva a ella.

El problema sindical en los Estados Unidos se reduce a dos condiciones que necesitan ser urgentemente reformadas. Una de ellas es la violencia sistemática utilizada por los sindicatos en huelga. Eso se puede remediar, a nivel local, dando instrucciones a la policía para que defienda la propiedad privada, incluida la de

los empresarios; y, en el ámbito federal mediante la derogación de la infame *Norris-LaGuardia Act* de 1932, que prohíbe a los tribunales federales intervenir contra el empleo de la violencia en los conflictos laborales.

Antes de 1932, esas intervenciones fueron muy eficaces para bloquear la violencia sindical. La ley fue aprobada sobre la base de las muy apreciadas investigaciones de Felix Frankfurter, por más que fueran falsas, quien sostuvo falsamente que los interdictos se emitieron, no contra la violencia, sino contra las huelgas *per se* (para una magistral y definitiva refutación de las tesis de Frankfurter, que por desgracia llegó medio siglo demasiado tarde, véase a Sylvester Petro: "*Unions and the Southern Courts —The Conspiration and Tort Foundations of Labour Injunction—*". *The North Carolina Law Review* [Marzo 1982] : págs. 544 a 629)

El segundo paso vital consiste en derogar la sacrosanta "Ley Wagner" (*National Labor Relations Act*) (Ley nacional de Relaciones laborales) de 1935, que sigue siendo, a pesar de sus modificaciones, la legislación sindical fundamental de Estados Unidos y en los Estados que han adoptado el modelo de la legislación federal. De la *Wagner Act* se dice erróneamente en los textos de Economía que es el proyecto de ley que "*garantiza a los trabajadores el derecho a la negociación colectiva*". Tonterías. Los sindicatos siempre han tenido ese derecho. Lo que la Ley Wagner hizo fue obligar a los empresarios a negociar colectivamente "de buena fe" con cualquier sindicato que un organismo federal, el *National Labor Relations Board – NLRB (Comité Nacional de Relaciones Laborales*), nombrase por haber sido elegido mayoritariamente en el seno de una "unidad de negociación" en una votación organizada y realizada por el propio Comité —una unidad que él mismo definía arbitrariamente—.

Los trabajadores de la unidad que votasen a otro sindicato o que no votasen por ninguno estaban obligados por ley a ser "representados" por ese sindicato. Para establecer esa negociación colectiva obligatoria, se impedía a los patronos despedir a los organizadores del sindicato, se les obligaba a facilitar espacio o locales a los organizadores sindicales y se les prohibía "discriminar" contra las organizaciones sindicales.

En otras palabras, hemos estado sufriendo la negociación colectiva obligatoria desde 1935. Los sindicatos nunca aceptarán jugar en un "campo de juego nivelado" y nunca tendremos una economía libre hasta que sean derogadas la

Norris-LaGuardia Act y la Ley Wagner como piezas esenciales del Estatismo que empezó a hacer presa en este país con el *New Deal* y que nunca ha sido erradicado.

38.- EL LEGADO DE CÉSAR CHÁVEZ

Vivimos, cada vez más, en la era jacobina. La memoria, evocada en los cumpleaños, aniversarios y otras celebraciones, es de vital importancia para un individuo, una familia o una nación. Estas ceremonias son críticas para la propia identidad y la renovada dedicación a esa identidad de una persona o de un pueblo. Durante la Revolución Francesa la percepción de de esta verdad fue lo que llevó a los jacobinos, a eliminar todas las antiguas fiestas y onomásticas religiosas y hasta a cambiar el calendario francés para sustituirlos por nuevos y artificiales nombres, días y meses de conmemoración.

Este proceso jacobino ha estado ocurriendo en Estados Unidos, aunque de forma más gradual, en los últimos años. Festivales importantes para la auto-identidad y la dedicación de América han sido purgados o denigrados: por ejemplo, el cumpleaños de Washington ha sido desnaturalizado en un amorfo "Día del presidente", diseñado simplemente para asegurar un fin de semana más de vacaciones. Y en marcado contraste con la gran Exposición Mundial Colombina de Chicago para el cuarto centenario del descubrimiento de América, en su quinto centenario, en el otoño de 1992, el descubrimiento fue universalmente vilipendiado como un vicioso acto de genocidio protagonizado por un "hombre blanco de origen europeo ya fallecido". Parece que cada semana a los medios de comunicación se les ocurren nuevas personas o eventos poco conocidos cuyos aniversarios o cuyas muertes, estamos obligados a honrar en sustitución de los ya conocidos y observados.

El último sucedáneo de héroe es César Estrada Chávez, que murió en abril pasado a la edad de 66 años. Durante días, la televisión y la prensa se llenaron con loas y alabanzas a Chávez y a sus supuestos logros. El presidente Clinton afirmó que "*el movimiento obrero y todos los estadounidenses han perdido a un gran líder*", y llamó a Chávez "*un auténtico héroe para millones de personas en todo el mundo*". Y se nos recordó la reivindicación que de él hizo Bobby Kennedy, en 1968, cuando dijo que Chávez "*es una de las figuras heroicas de nuestro tiempo*".

"¿Qué había hecho Chávez para ganar todos estos extravagantes elogios? Supuestamente, gracias a él, se había conseguido que se organizaran por primera vez con éxito los trabajadores agrícolas inmigrantes mal pagados, y por lo tanto "explotados", de California y de otros Estados del Sudoeste que de ese modo vieron como mejoraba su suerte. Al vivir un estilo de vida austero y aceptar sólo un pequeño salario como fundador y director del *United Farm Workers* (un sindicato agrícola), a ojos de muchos crédulos jóvenes de Izquierda ascendió a los altares. Sus admiradores no se dieron cuenta de que el amor al dinero no es la única emoción que impulsa a la gente; también existe el afán de poder.

De hecho, el movimiento de Chávez fue una causa "de moda" para los nuevos idealistas de Izquierda de finales de 1960 y principios de 1970. Formado por Saul Alinsky, el auto-proclamado "profesional del radicalismo", Chávez cultivó con éxito un aura cuasi religiosa y cuasi-política para su movimiento sindical: incluyendo himnos, marchas, ayunos y banderas. Popularizó palabras en español como "La Causa" [8] para su causa y "Huelga!" [9] para la huelga y consiguió que boicotear la uva como forma de apoyar la huelga de cinco años que su sindicato sostuvo contra los productores de uva de California se viera como algo auténtica y radicalmente *chic*. Los campamentos de trabajadores del campo de Chávez atrajeron a casi tantos sacerdotes y monjas de efímera vocación y a casi tantos jóvenes idealistas de Izquierda como la Brigada Venceremos cuando la huelga de los cortadores de caña de azúcar en Cuba.

En 1970, el boicot finalmente obligó a los productores de uva a firmar con el sindicato UFW: cinco años después, Chávez llegó al apogeo de su aparente éxito cuando su recién elegido aliado, el gobernador Jerry Brown, incluyó en la *Agricultural Labor Relations Act (Ley de Relaciones Laborales del Sector del Campo*), por primera vez, la negociación colectiva obligatoria en la agricultura.

De hecho, la nueva ley de California se acercó peligrosamente a un cierre patronal: la "cláusula de buena reputación" permitió a los dirigentes sindicales negar el trabajo a cualquier trabajador que desafiara sus decisiones.

Sin embargo, a pesar de los hosannas de los progresistas de la nación y de la coacción del Estado de California, toda la vida de César Chávez resultó ser un

8 en español en el original.
9 en español en el original.

completo fracaso. Mientras que soñó con que su UFW fuera la organización de todos los trabajadores agrícolas inmigrantes de la nación, su sindicato cayó como una losa y de una afiliación de 70.000 miembros a mediados de la década de 1970 pasó a tener solamente 5.000 en la actualidad. En el núcleo del UFW, el Valle Salinas de California, el número de productores de hortalizas que mantienen acuerdos con el sindicato ha descendido de 35 a solo 1 en la actualidad. Solamente la mitad de los magros ingresos del sindicato provienen de las cuotas de sus afiliados, la otra mitad la suministran nostálgicos izquierdistas. La UFW ha recibido lo que merecía.

¿Qué salió mal? Algunos de los críticos de Chávez señalan a su amor por el poder personal, lo que le llevó a purgar a una serie de organizadores y a echar de su sindicato a todos los empleados competentes que no fueran hispanos.

Pero el verdadero problema es "la economía, estúpido". A la larga, la economía triunfa sobre el simbolismo, el alboroto y lo *chic* radical. Los sindicatos sólo tienen éxito en una economía de mercado cuando pueden controlar la oferta de trabajo: es decir, cuando los trabajadores son pocos en número y altamente cualificados, por lo que no son fácilmente reemplazables. Los trabajadores agrícolas inmigrantes, por el contrario, y casi por definición, se encuentran en creciente abundancia y por lo tanto su oferta es "incontrolable". Y con sus reducidas habilidades y su abundante número pueden ser fácilmente reemplazados.

El hecho de que los trabajadores agrícolas inmigrantes tengan salarios bajos no es señal de que estén siendo "explotados" (cualquiera que sea el significado que se le dé a esa expresión) sino que es precisamente resultado de que son personas poco cualificadas y fácilmente reemplazables. Y cualquier persona que se lamente por su "explotación" debería preguntarse por qué razón esos trabajadores emigran estacionalmente de México a Estados Unidos para ocupar esos puestos de trabajo. La respuesta es que todo es relativo: lo que constituyen "bajos salarios" y miserables condiciones de vida para los estadounidenses, son altos salarios y condiciones palaciegas para los mexicanos, o más bien, para aquellos mexicanos no cualificados que optan por hacer el viaje cada temporada.

De hecho, a esos trabajadores inmigrantes les vino muy bien que su amado sindicato fracasara. Si el sindicato hubiera tenido "éxito", gracias al boicot y a la coacción ejercida contra el legislativo del Estado de California, habrían subido

sus salarios o mejorado sus condiciones, pero a expensas de un desempleo masivo de esos trabajadores que les habría obligado a permanecer, en condiciones mucho más miserables, en México. Afortunadamente, ni siquiera semejante coacción podía vulnerar las realidades económicas.

Como advirtió a los izquierdistas el economista de libre mercado que escribía bajo el seudónimo "Angus Black", cuando se produjo el boicot de la uva: si realmente deseáis mejorar la suerte de los trabajadores de la uva, no la boicoteéis; al contrario, comed tanta uva como podáis y decidle a vuestros amigos que hagan lo mismo. Esto hará que aumente la demanda de uva de los consumidores y hará que aumenten el número trabajadores de la uva y sus salarios.

Pero, por supuesto, los progresistas nunca asimilaron esta lección. Para ellos fue más fácil, y aún lo sigue siendo, no comer uva y disfrutar así de un "*sentimiento de pertenencia*" pseudo-religiosa a un movimiento que les hace "*sentirse bien consigo mismos*", al proporcionarles una emoción cercana a la santificación, que conocer las realidades económicas y lo que ayudaría de verdad a los supuestos destinatarios de sus preocupaciones.

El verdadero legado de César Chávez es negativo: olviden el carisma y el bombo y aprendan algo de Economía.

39.- LA PRIVATIZACIÓN.

La privatización es el término "de moda" tanto en el ámbito del gobierno local como en el estatal y federal. Hasta las funciones que nuestros manuales de Educación Ciudadana nos decían, que correspondían en exclusiva al gobierno, como son las cárceles, las están realizando satisfactoriamente, y de forma mucho más eficiente, la empresa privada. Por una vez, un concepto que está de moda tiene mucho sentido.

La privatización es un gran e importante bien en sí mismo. Otro nombre que puede dársele es el de "desocialización". La privatización es la reversión del mortal proceso de socialización que se ha venido efectuando descontroladamente durante casi un siglo. Tiene la gran virtud de tomar recursos del sector coactivo, el sector de los políticos y burócratas —en una palabra, de los no-productores—, para entregarlos al sector voluntario de los creadores y productores. Cuantos más recursos permanezcan en manos del

sector privado, o sea del sector productivo, menor será el peso muerto de parásitos que los productores tendrán que soportar y menor será el perjuicio para el nivel de vida de los consumidores.

En un sentido más estricto, el sector privado siempre será más eficiente que el Estado porque los ingresos en el sector privado son sólo función del servicio eficiente a los consumidores. Cuanto más eficiente sea el servicio, mayores serán la renta y los beneficios. En el sector público, por el contrario, los ingresos no están relacionados con la eficiencia o el servicio al consumidor. Los ingresos se extraen de manera coactiva de los contribuyentes (o, por medio de la inflación, de los bolsillos de los consumidores). En el sector público, el consumidor no es alguien al que hay que servir y cortejar; es un indeseable "derrochador" de los escasos recursos que son propiedad o están controlados por la burocracia.

No hay cosa que no se deba privatizar. Los socialistas solían argumentar que lo único que querían hacer era convertir a toda la economía para que funcionara como una gigantesca oficina de correos. Hoy ningún socialista se atrevería a dar semejante argumento dada la magnitud del desastre que es el Servicio de Correos que el Estado monopolizó. Un argumento común es que el Estado "*sólo tiene que hacer lo que las empresas privadas o los ciudadanos no puedan hacer*". ¿Pero qué es lo que no pueden hacer? Cada bien o servicio que hoy suministra el Estado ha sido, en un momento u otro, suministrado con éxito por la empresa privada. Otro argumento es que algunas actividades son "*demasiado grandes*" para que la empresa privada pueda gestionarlas bien. Pero el mercado de capitales es enorme y ha financiado con éxito empresas mucho más costosas que la mayoría de las actividades gubernamentales. Además el gobierno no tiene capital propio; todo lo que tiene, lo obtiene gravando a los productores privados.

La privatización se está convirtiendo ahora en algo políticamente popular al ser un medio de financiar el enorme déficit federal. Es cierto que el déficit se puede bajar no sólo reduciendo los gastos y aumentando los impuestos, sino también vendiendo activos al sector privado. A los economistas que intentan justificar el déficit señalando el crecimiento de los activos que el Estado ha obtenido gracias a esos déficits ahora se les podría pedir que rectificaran o que se callaran: en otras palabras, que se empezara a vender esos activos para reducir el déficit.

Bien. Hay una enorme cantidad de activos que el gobierno federal ha ido acumulando durante décadas. La mayor parte de la tierra de los Estados del

Oeste ha sido vallada por el gobierno federal que la mantiene de forma permanente fuera de uso. En efecto, el gobierno federal ha actuado como un enorme monopolio: manteniendo permanentemente fuera de uso una enorme cantidad de activos valiosos y productivos: suelo, agua, minerales y bosques. Acaparando los activos, el gobierno federal ha reducido la productividad y el nivel de vida de cada uno de nosotros. También ha actuado como una gigantesco cártel del suelo y de los recursos naturales —que ha mantenido artificialmente altos los precios de esos recursos al limitar su oferta—. La productividad se incrementaría, los precios bajarían y los ingresos reales de todos nosotros aumentarían en gran medida si los activos del Estado fueran privatizados y se les permitiera entrar en el sistema productivo.

¿Reducir el déficit mediante la venta de activos? Claro, hagámoslo a toda máquina. Pero no hay que insistir en pedir un precio demasiado alto para esos activos. Hay que venderlos al precio que sea. Si los ingresos no son suficientes para acabar con el déficit, hay que seguir vendiendo más activos.

Hace algunos años, en un encuentro internacional de economistas de libre mercado, a Sir Keith Joseph, Ministro de Industria y declarado defensor del libre mercado en el gobierno de Thatcher, se le preguntó por qué el gobierno, a pesar de defender la privatización de boquilla, no había adoptado medidas para privatizar la industria del acero, que había sido nacionalizada por el gobierno laborista. Sir Keith explicó que la industria del acero estaba perdiendo dinero en manos del gobierno y "por lo tanto" no podía tener un precio si se ponía a la venta. En ese momento, un prominente economista estadounidense de libre mercado se levantó de un salto y gritó, agitando un billete de un dólar en el aire: "¡Doy un dólar por la industria siderúrgica británica!"

En efecto. No hay nada que no tenga un precio. Hasta una industria en quiebra se vendería fácilmente para que sus fábricas y equipos pudieran ser utilizados por empresas privadas productivas.

De modo que ni siquiera un precio bajo debería impedir que el gobierno federal intentara equilibrar el presupuesto a base de privatizaciones. Esos dólares se irían acumulando. Demos una oportunidad a la libertad y a la empresa privada.

40.- ¿QUÉ HACER MIENTRAS LLEGA LA PRIVATIZACIÓN?

Los defensores del libre mercado tienen claro lo que debe hacerse con los servicios y funciones del Estado: hay que privatizarlos. Si bien existe una considerable confusión acerca de cómo debe llevarse a cabo el proceso, el objetivo es clarísimo. Pero, aparte de intentar acelerar la privatización y también de forzar ese proceso indirectamente recortando los presupuestos de las agencias gubernamentales ¿Qué se supone que debe hacerse en el ínterin? Aquí, los partidarios del libre mercado apenas han comenzado a meditar la cuestión y muchas de las ideas al respecto son muy confusas.

En primer lugar, es importante dividir las funciones del gobierno en dos partes: (a) cuando el gobierno está tratando, aunque de una manera muy ineficiente y fallida, de ofrecer bienes y servicios a los consumidores y productores privados; y (b) cuando el gobierno está ejerciendo directamente coacción contra los ciudadanos privados y es por ello contraproducente. Ambos tipos de funciones son financiadas por el poder impositivo coactivo, pero al menos las del primer grupo están proporcionando servicios deseados, mientras que las del segundo grupo son directamente perjudiciales.

En cuanto a las actividades del grupo (b), lo que queremos no es su privatización, sino su eliminación. ¿Queremos realmente que se privaticen las comisiones regulatorias y el departamento que controla los horarios comerciales? ¿Queremos que las actividades de los recaudadores de impuestos las lleve a cabo una empresa privada realmente eficiente? Ciertamente no. De no conseguir abolirlas, y sin nunca dejar de esforzarnos por reducir sus presupuestos tanto como podamos, queremos que esas comisiones y departamentos sean tan ineficientes como sea posible. Sería mejor para el bien público que lo único que hicieran los burócratas que infestan la Reserva Federal, la SEC, etc... en su vida laboral fuese jugar a marcianitos y ver la televisión.

¿Pero qué hay de las actividades del grupo (a)?: llevar el correo, construir y mantener carreteras, gestionar bibliotecas públicas, dirigir a la policía y a los bomberos, la gestión de las escuelas públicas, etc...? ¿Qué ha de hacerse con todo eso? En la década de 1950, John Kenneth Galbraith, en su primera obra ampliamente conocida, *"The Affluent Society"* (*"La sociedad opulenta"*), apuntó que en Estados Unidos la abundante riqueza de lo privado se codeaba con la miseria

de lo público. Llegó a la conclusión de que había algo muy malo en el capitalismo privado y que el sector público debía crecer drásticamente a expensas del sector privado. Después de cuatro décadas de semejante expansión, la miseria pública, como todos sabemos, es infinitamente mayor mientras que la riqueza privada está disminuyendo. Claramente, el diagnóstico y la solución de Galbraith estaban por completo equivocados: el problema es el sector público mismo y la solución es privatizarlo (eliminando todo lo perjudicial o contraproducente).

Pero, ¿Qué tenemos que hacer mientras?

Hay dos teorías posibles. Una, que predomina ahora en nuestros tribunales y en la Izquierda política, y que ha sido adoptada por algunos libertarios, es que siempre que cualquier actividad es pública, hay que maximizar la miseria. Por alguna turbia razón, cualquier actividad pública debe gestionarse como si fuera un chamizo y de ninguna manera como un negocio, minimizando el servicio a los consumidores en nombre de un pretendido "*derecho*" a la "*igualdad de acceso*" de toda persona a esas instalaciones. Entre los progresistas y socialistas, el capitalismo liberal es denunciado de forma rutinaria como la "ley de la selva." Pero la idea de "*igualar el acceso*" trae deliberadamente la ley de la selva a todas las áreas de actividad del Estado, destruyendo así el propósito mismo de esa actividad.

Por ejemplo: el gobierno, propietario de las escuelas públicas, no tiene derecho a expulsar a los estudiantes incorregibles, que es común a cualquier propietario de una escuela privada, para mantener el orden en la clase o derecho a enseñar lo que los padres quieren que se enseñe. El gobierno, a diferencia de cualquier urbanización privada o de cualquier propietario del barrio, no tiene derecho a impedir que los vagabundos vivan en la calle, la ensucien y hostiguen y amenacen a ciudadanos inocentes; en cambio, los vagabundos tienen derecho a la "libertad de expresión", un concepto mucho más amplio, "libre expresión", que por supuesto no tendrían en una calle o en un centro comercial que fueran verdaderamente privados.

Del mismo modo, en un caso reciente, en New Jersey el tribunal dictaminó que las bibliotecas públicas no tenían derecho a expulsar a los vagabundos que vivieran en ellas cuando no estaban claramente utilizando la biblioteca con fines académicos y con su hedor y mal comportamiento animaban a ciudadanos inocentes a abandonarlas.

Y, por último, la *City University of New York*, que una vez fue una gran institución de alto nivel académico, se ha reducido a un cascarón vacío por la política de "admisión abierta", en virtud de la cual cada tarado que vive en la ciudad de New York tiene efectivamente derecho a una educación universitaria.

Que la *American Civil Liberties Union (ACLU)* y la Izquierda promuevan ansiosamente esta política es comprensible: su objetivo es convertir a toda la sociedad en el tipo de escuálida selva en la que ya han convertido al sector público, así como en cualquier área del sector privado en la que puedan encontrar algún fin público. Pero, ¿Por qué algunos liberales apoyan estos "derechos" con el mismo fervor?

Parece que hay sólo dos formas de explicar que existan liberales que hayan dado acogida esta idea. O abrazan la selva con el mismo fervor que los izquierdistas, lo que los convierte en otra variante de la Izquierda; o creen en la vieja máxima de cuanto peor, mejor, para intentar deliberadamente que las actividades del Estado sean lo más nefastas posible para impresionar a la gente y empujarla a aceptar una rápida privatización. Si esta última es la razón, sólo puedo decir que esa estrategia no solo es profundamente inmoral sino que no es probable que tenga éxito.

Es profundamente inmoral por razones obvias y no se requiere ninguna extraña teoría ética para verlo; el pueblo estadounidense ya ha padecido bastante tiempo de Estatismo, no necesita que vengan ahora los liberales a echar más leña al fuego. Y es probable que esté destinada al fracaso, porque esas consecuencias son demasiado vagas y remotas, no se puede a contar con que sucedan y además el público, con el paso del tiempo, se podría dar cuenta de que los liberales habrían sido en la práctica una parte del problema y no de la solución.

Así pues, esos liberales, aunque podrían tener razón en ciertos recónditos aspectos de alta teoría, están tan desprovistos de sentido común y tan lejos de las preocupaciones de la gente corriente (la que, por ejemplo, camina por la calle, utiliza las bibliotecas públicas y envía a sus hijos a las escuelas públicas) que lamentablemente terminarían desacreditándose a sí mismos (lo que no sería una gran pérdida) y a la propia ideología liberal.

¿Cuál es entonces la segunda y muy superior teoría sobre cómo gestionar los servicios públicos para lograr los objetivos de reducir el presupuesto y la

privatización definitiva? Simplemente hay que gestionarlos con arreglo a los fines para los que se diseñaron (los de una escuela, una carretera, una biblioteca, etc...) de manera eficiente y tan empresarial como sea posible. Esas actividades nunca funcionarán tan bien como cuando finalmente se privaticen; pero, mientras tanto, la gran mayoría de personas que vivimos en el mundo real tendremos vidas más tolerables y satisfactorias.

41.- EL "CONTROL" DE LA POBLACIÓN

La mayoría de la gente exhibe una saludable falta de interés en las Naciones Unidas y su interminable ronda de actividades y conferencias, y la considera una institución aburrida e inútil que solo sirve para mantener a pujantes hordas de burócratas, exentos de pagar impuestos, de consultores y de expertos.

Todo eso es cierto. Pero se corre el riesgo de subestimar lo perjudiciales que son sus actividades. Bajo todo ese tedioso sinsentido subyace una continua y permanente deriva hacia el despotismo de un gobierno internacional ejercido por unos arrogantes burócratas sin rostro que no responden ante nadie. La atracción colectivista y Fabiana que esa gente siente hacia el poder sigue siendo implacable.

La última muestra de ello es, por supuesto, la reciente Conferencia sobre Población, a la que seguirá el año próxima otra, igualmente inquietante, titulada "Conferencia sobre la Mujer". La propaganda televisiva de Naciones Unidas para la conferencia de este año presentó también un anticipo de la del año siguiente, cuyo propósito viene encapsulado en una de las declaraciones más estúpidamente ciertas que nadie haya podido hacer en décadas: "*elevar el nivel de vida de las mujeres va a elevar el nivel de vida de todos*". Sustitúyase en esta frase la palabra "mujeres" por "hombres" y la absurda banalidad de esa afirmación se hace evidente.

La falsedad del problema principal a abordar en esa Conferencia ha pasado desapercibida por la furia que desencadenó la cuestión del aborto. En este asunto muy pocas personas cuestionan la premisa subyacente de la conferencia: la proposición generalizada de que la causa principal de la pobreza en todo el mundo, o al menos en los países subdesarrollados, es un exceso de población.

La solución, entonces, es el eufemísticamente llamado "control de la población", que en esencia consiste en utilizar el poder del Estado para alentar o imponer restricciones a su crecimiento, o sea al número de personas que pueden existir. Por supuesto que en pura lógica, estos fanáticos ‘anti-seres-humanos’ (¿Porque qué es "la población" sino un conjunto de seres humanos?) deberían alentar que los planificadores estatales eliminasen a un gran número de personas, especialmente en el mundo en desarrollo que ellos estiman que está supuestamente superpoblado (o utilizando el término más antiguo: en el Tercer mundo). Pero algo parece contenerles; tal vez quieran evitar la subsiguiente acusación de "racismo". Se concentran pues en restringir el número de nacimientos futuros.

En los días gloriosos del sentimiento anti-población, que alcanzó su cima con el movimiento que postulaba el crecimiento cero de la población (en inglés: ZPG por '*Zero Population Growth*'), el objetivo era poner fin al crecimiento de la población en todas partes, incluido Estados Unidos. Modelos basados en la simple extrapolación alertaban de que en alguna fecha bastante próxima del inmediato futuro, el crecimiento demográfico sería tal que no habría sitio para que toda la población mundial pudiera estar de pie.

De hecho, Estados Unidos, el pico de la histeria de ese movimiento llegó a principios de 1970, para verse inmediatamente desacreditado cuando se publicó el censo de 1970, que demostraba que sus partidarios habían realmente conseguido su objetivo y que la tasa de crecimiento de la población ya estaba yendo a la baja.

Curiosamente, un momento más tarde esas mismas personas estaban quejándose de que tasas más bajas de crecimiento suponían que se estaba produciendo un envejecimiento de la población ¿Y quién o qué iba a soportar el aumento del número de ancianos? Fue entonces cuando el entusiasmo por una temprana muerte "digna" de los más viejos empezó a hacer su aparición en las doctrinas de la Izquierda.

La solución comúnmente propuesta por los defensores del crecimiento poblacional cero consistía en fijar un límite obligatorio de dos bebés por mujer, tras lo cual habría esterilización forzada por el Estado o el aborto para la mujer infractora (los comunistas chinos, como es su costumbre, lo superaron y fueron

los mejores en esto al poner en vigor en la década de 1970 un límite obligatorio de un bebé por mujer de por vida).

Un ejemplo grotesco de un "*experto... en libre-mercado*" cuya eficiente propuesta raya ligeramente con un moderado totalitarismo fue la formulada por el fanático y distinguido economista anti-población, el fallecido Kenneth Boulding. Boulding propuso la típica "reforma" de un economista. En lugar de forzar a todas las mujeres a esterilizarse después de tener dos bebés, el gobierno entregaría dos vales a cada mujer (¿Al nacer? ¿En la pubertad?) que le darían derecho a tener dos bebés. Ella podría tener dos bebés, renunciando a uno de los vales después de cada parto, o, si quería tener tres o más hijos, podría comprar el derecho a tener más niños en un mercado "libre" de otra mujer que solamente quisiera tener un hijo o ninguno. Bastante elegante ¿Eh? Pues bien, si partiésemos del plan de ZPG original y se nos presentara el plan de Boulding, ¿No estaría todo el mundo mejor y se alcanzaría un "óptimo de Paretto superior?

Mientras que los partidarios del control de la población parecen haber renunciado a hacerlo en los países avanzados, siguen siendo numerosos quienes lo defienden para el Tercer Mundo. Es cierto que si nos fijamos en esos países, se ve una gran cantidad de personas que mueren de hambre y que pasan penurias económicas. Pero es una falacia elemental ver una causalidad en esa correlación.

De hecho, la cifra de población, en general sigue las oscilaciones del nivel de vida; no es su causa. La población aumenta cuando la demanda de mano de obra y los niveles de vida aumentan, y viceversa. Un aumento de la población es generalmente un signo de, y va unido a, prosperidad y desarrollo económico. Hong Kong, por ejemplo, es una de las ciudades con más densidad de población del mundo y su nivel de vida es mucho más alto que el del resto de Asia, incluyendo, por ejemplo, al de la poco poblada provincia vecina de Sinkiang en China.

Inglaterra, Holanda y Europa occidental en general, tienen mucha densidad de población y tienen un alto nivel de vida. En África, en cambio, la mayoría de la gente no se da cuenta de que está muy poco poblada. Y no es de extrañar, ya que su nivel de inversión de capital es tan bajo que no admite que vivan muchas personas. Los críticos señalan a Ruanda y Burundi como densamente poblados, pero son la excepción en África. La ciudad de Roma, en el apogeo de su imperio, tenía una población muy grande; pero durante su hundimiento, su población

disminuyó en gran medida. La disminución de la población no fue algo bueno para Roma. Por el contrario, era señal de su decadencia.

El mundo, incluso el Tercer Mundo, no sufre de tener demasiada gente o de un crecimiento excesivo de la población (de hecho, la tasa de crecimiento de la población mundial, aunque todavía no disminuya en números absolutos, ya está disminuyendo). El tercer mundo sufre de una falta de desarrollo económico que se debe a la ausencia de derechos de propiedad privada, a los controles a la producción impuestos por los Estados y a la ayuda exterior que reciben de otros Estados y que expulsa la inversión privada. El resultado es que el ahorro productivo, la inversión, la capacidad empresarial y las oportunidades de desarrollo de un mercado son demasiado escasos. Lo que necesitan desesperadamente no son más controles de la ONU, ya sea de la población o de cualquier otra cosa, sino que los gobiernos, nacionales e internacional, los dejen tranquilos. La población se ajustará por sí sola. Pero, por supuesto, la libertad económica es la única cosa que ni la ONU ni ningún otro ente burocrático les traerá.

42.- LA ECONOMÍA SUBYACENTE EN EL CONTROL DE LA TENENCIA DE ARMAS

Hay una continua disputa sobre si el presidente Clinton es un viejo Demócrata al que le gustan los "impuestos altos y mucho gasto público" (léase: socialista) o un nuevo Demócrata de "centro". Lo que se supone que ha de ser un Nuevo Demócrata de Centro es algo vago, pero los dos ejemplos de nuevos Demócratas que hemos visto hasta la fecha, parecen indistinguibles de los antiguos.

La primera propuesta fue el programa colectivista de Clinton conocido como "*National Service*" por el que los contribuyentes proporcionarían educación universitaria a los jóvenes seleccionados. A cambio, el joven se presentaría voluntario a un puesto de trabajo al servicio de la comunidad o del gobierno, que de alguna manera son considerados como moralmente superiores a los trabajos productivos que paga el sector privado y que son los que interesan realmente a los consumidores.

La última, y supuestamente la más importante prueba de la "novedad" del programa de Clinton es su énfasis en combatir la delincuencia. Pero su lucha

contra la delincuencia parece consistir en combatir cualquier cosa menos enfrentarse al verdadero problema: los delincuentes. En cambio, hay planes para prohibir o restringir rigurosamente la violencia simbólica (pistolas de juguete, juegos de ordenador "violentos", dibujos animados de televisión y otros programas) y las armas que pueden ser utilizadas tanto por delincuentes como por personas inocentes en defensa propia.

Hasta ahora, las armas son el blanco favorito de la nueva tendencia prohibicionista. ¿Hemos de suponer que los cuchillos, las piedras, los palos y los bastones sean el próximo objetivo de esos ataques?

Las últimas propuestas de control de armas de la Administración Clinton proporcionan, sin querer, una instructiva lección sobre las consecuencias económicas de toda intervención del Estado. Hasta este año, si quieres convertirte en vendedor de armas con licencia federal, solamente tienes que pagar 10 dólares al año. Pero la ley Brady ("Brady Bill") [10] elevó la tasa de la licencia federal hasta los 66 dólares anuales —aumentándola de una sola vez en más de un 500 por ciento—. Para el secretario del Tesoro Lloyd Bentsen, hasta ese importe es insuficiente pues él propone aumentar la tarifa en no menos de diez veces, hasta 600 dólares al año.

Un aspecto fascinante de este drástico aumento de la tasa por expedición de la licencia es que en realidad Bentsen la anuncia y le da la bienvenida como mecanismo para formar un cártel en la industria de la venta de armas al por menor. Bentsen, haciendo gala de una proverbial muestra de incoherencia, se queja de que hay 284.000 comerciantes de armas en el país, "*hay 31 veces más vendedores de armas que restaurantes McDonald's*".

¿Y qué? ¿Cuál es la base de esa estúpida comparación? ¿Por qué no una comparación con el número total de restaurantes de todo tipo? ¿O con el de todas las tiendas al por menor? Pero yendo a la cuestión, quién ha de decidir cuál es el número óptimo de vendedores de armas, de *McDonald's*, de tiendas de zapatos o de cualquier otro tipo de establecimiento de venta al por menor? En una economía de libre mercado, los consumidores son quienes toman esas

10 La Ley de Prevención de la Violencia con Armas de Fuego de 1993, promulgada siendo Bill Clinton presidente de los Estados Unidos, a menudo denominada Ley Brady y comúnmente llamada *Brady Bill*, es una ley del Congreso de los Estados Unidos que hizo obligatorias comprobaciones federales a fondo sobre los compradores de arma de fuego en los Estados Unidos, e impuso un período de espera de cinco días para la compra, estuvo vigente hasta que se implementó el sistema NICS en 1998 (wikipedia.org – N. del T.).

decisiones. ¿Quién es Bentsen o cualquier otro planificador del gobierno para decirnos cuántos establecimientos comerciales de cualquier clase debería haber? ¿Y en qué razones se apoyan para tomar esas decisiones?

Bentsen continúa y proclama que la razón de que haya tantos comerciantes de armas es que la licencia es barata. Sin duda. Si se cobrara 10 millones de dólares al año por la licencia anual a todos y cada uno de los establecimientos de venta al por menor, podríamos privar a los consumidores estadounidenses de todos los puntos de venta de cualquier producto.

La propuesta de Bentsen estima alegremente que el enorme aumento de 600 dólares al año eliminaría el 70-80 por ciento de los comerciantes de armas existentes, que serían disuadidos de renovar sus licencias. La *National Association of Federal licensed Firearms Dealers* (Asociación Nacional de Distribuidores de armas de fuego con licencia federal) informa que los comerciantes de armas están divididos sobre el aumento de la tasa por licencia: los grandes distribuidores, que podrían vivir con el aumento, lo favorecen precisamente porque sus competidores más pequeños serían expulsados del mercado. Los pequeños distribuidores, que serían los perjudicados, por descontado, se oponen a ese régimen.

De hecho, el plan de Bentsen explícitamente califica a los distribuidores más grandes que venden en tiendas al por menor como los "verdaderos" o "legítimos" vendedores de armas; mientras que los pequeños comerciantes, que venden desde sus casas o automóviles, son de alguna manera ilegítimos y se supone que se les debe echar del negocio.

Además de aumentar las tasas, el Tesoro quiere ampliar su programa piloto en la ciudad de New York, que es el que considera más exitoso. Aquí, la policía de la ciudad y los agentes de la famosa Oficina del Alcohol, Tabaco y Armas de Fuego (*Bureau of Alcohol, Tobacco, and Firearms - BATF*) del Departamento del Tesoro "hacen una visita" a las personas que solicitan permisos federales de armas, les explican las leyes y les preguntan en detalle qué tipo de operaciones de venta tienen en mente. Estas "visitas" intimidatorias dieron lugar a la retirada o denegación de un 90 por ciento de las solicitudes, en contraste con la tasa habitual de autorizaciones que era del 90 por ciento.

Hay varias lecciones instructivas de este sistema y de los argumentos a su favor.

En primer lugar, hablar de la "cuota" de una licencia es un eufemismo para lo que es pura y llanamente un tributo.

En segundo lugar, el aumento de los impuestos reduce la oferta y lleva a que las empresas cierren. El corolario tácito, por supuesto, es que la menor oferta aumentará los precios y desalentará las compras de los consumidores.

En tercer lugar, el aumento de los impuestos a las empresas no es generalmente contestado por las empresas gravadas, como se suele suponer. Por el contrario, las empresas más grandes, especialmente las que no pueden competir con otras más pequeñas que tienen menores costos generales, se beneficiarán de los mayores costos fijos impuestos a toda la industria, ya que las empresas más pequeñas no podrán pagar esos costos y serán expulsadas del mercado.

En cuarto lugar, aquí tenemos un ejemplo de una de las importantes fuerzas que impulsan las subidas de impuestos y el aumento de las reglamentaciones gubernamentales: el uso de este tipo de intervenciones, especialmente por parte de las grandes empresas, para cartelizar la industria. Quieren limitar la oferta y el número de proveedores y de esta forma aumentar los precios y los beneficios.

La lucha por el control de las armas viene respaldada por una coalición formada por ideólogos progresistas, que se oponen a la tenencia de armas por los particulares, y por los grandes distribuidores de armas —es un perfecto ejemplo de la causa fundamental de la continua expansión del Estado del Bienestar: la alianza entre los ideólogos de Izquierda y ciertos sectores económicos dominados por grandes empresas—.

El argumento más absurdo para justificar el aumento de las tasas fue el ofrecido por Bentsen y, en particular, por el senador Bill Bradley (Demócrata por New Jersey), quien ha sido inexplicablemente considerado por algunos grupos de expertos de Washington, D.C. como campeón del libre mercado. Argumentaron que el aumento era necesario para cubrir los gastos de expedición de licencias que tenía que soportar el gobierno, que costaron 28 millones de dólares el año anterior, mientras solamente recaudaba 3,5 millones de dólares con las tasas que cobraba por ello. Hay por supuesto una mejor manera de ahorrar el dinero de unos contribuyentes que de repente se han convertido en motivo de los desvelos de Bentsen y de Bradley: eliminar por completo las licencias para vender armas.

43.- EL CHEQUE ESCOLAR: ¿QUÉ SALIÓ MAL?

La Proposición 174 del Estado de California fue el más ambicioso plan de cupones o de cheques escolares hasta la fecha. Fue cuidadosamente planeado con mucha antelación, dirigido por un veterano director de campaña, impulsado por un esfuerzo de propaganda a nivel nacional de los conservadores y libertarios y se intentó aplicar en un Estado en el que se reconocía ampliamente que el sistema de educación pública había fracasado estrepitosamente. Y, sin embargo, en la votación del 2 de noviembre, la Proposición 174 fue rechazada por los votantes, perdiendo en cada condado y cayendo derrotada a razón de un 70-30 por ciento.

¿Qué salió mal? Los defensores de la misma culpan de la derrota a la abrumadora ventaja en fondos para la campaña que obtuvo la oposición y al apoyo que le dieron los sindicatos de profesores. Pero la oposición de los profesores de la escuela pública era inevitable y estaba descontada por adelantado. Por otra parte, la Proposición 13 del año 1978 para reducir el impuesto sobre la propiedad en California recibió del *Establishment,* de las grandes empresas y de los sindicatos, muchos más fondos que los destinados a la campaña para la defensa del sistema de cheque escolar y, sin embargo, fue barrida a razón de más de 2 a 1. Por el contrario, la falta de dinero en el caso del cheque escolar fue solamente reflejo de su falta de apoyo en las urnas.

Los defensores del cheque escolar, al igual que las fuerzas feministas que intentaron impulsar la Enmienda constitucional denominada *Equal Rights Amendment (ERA)* [11], a pesar de su derrota, en un alarde de bravuconería se comprometieron a seguir intentándolo. En cambio, las feministas, a pesar de sus protestas, se dieron cuenta de que su propuesta era una patata caliente y la retiraron en cuanto vieron que iban a perder. Tal vez las fuerzas que respaldan los cheques escolares se den cuenta de la realidad y se replanteen todo su plan —y yo espero que no intenten saltarse a los votantes y traten de imponer su programa por medios ejecutivos o por la vía judicial—. Porque el gran problema es intrínseco al sistema de cheques escolares.

Las fuerzas que apoyan la introducción de los cheques escolares empezó por reconocer que el sistema público de enseñanza funcionaba muy mal. Uno de los

11 La Enmienda para la Igualdad de derechos, fue una Enmienda a la Constitución de los Estados Unidos dirigida a garantizar la igualdad de derechos para las mujeres.

problemas de las escuelas públicas es inherente a todas las actividades del Estado: que al ser impulsado por la coacción en vez de por el libre mercado, el sistema es muy ineficiente. Pero mientras que la ineficiencia en un mercado libre no pasará la prueba de las pérdidas y ganancias y obligará a hacer recortes, la ineficiencia del Estado dará lugar a que el derroche de dinero se acelere. El sistema fiscal y la presión ejercida por los intereses creados hace que el sistema crezca, de forma elefantiásica o más bien como un cáncer, en detrimento de la sociedad civil.

Otro grave problema de las escuelas públicas, en contraste con otras funciones gubernamentales, como la gestión del agua o del transporte, es que las escuelas realizan la función vital de educar a los jóvenes. La escolarización pública por definición tiene que estar sesgada a favor del Estatismo y propende a inculcar obediencia al aparato del Estado y a las causas políticas de moda.

Los conservadores y libertarios que concibieron el sistema de cheque escolar empezaron señalando esos graves defectos del sistema de educación pública. Pero en su afán por hallar una rápida solución, pasaron por alto varios problemas igualmente importantes.

Porque hay otros dos defectos profundos en el sistema de educación pública: en primer lugar, constituye un sistema de protección social, mediante el cual los contribuyentes se ven obligados a subsidiar y educar a los niños de otras personas, en particular los hijos de los pobres. En segundo lugar, un ideal inherente del sistema es la "democracia" igualitaria forzada mediante la cual los niños de clase media se ven obligados a codearse con los hijos de los pobres, muchos de los cuales no pueden ser educados y algunos son ya delincuentes.

En tercer lugar, como corolario, mientras que todas las escuelas públicas son innecesarias y reemplazables, algunas están en significativamente peores condiciones que otras. En particular, muchas escuelas públicas de los suburbios son lo suficientemente homogéneas, tienen un alumnado lo bastante competente y están suficientemente controladas por los padres de los alumnos como para funcionar razonablemente bien y tener satisfechos a los padres del distrito escolar.

Como John J. Miller, un defensor del cheque escolar, escribió en el *Wall Street Journal*: "*La mayoría de los habitantes de las áreas residenciales de los suburbios de*

las ciudades —que constituyen el grueso del GOP [12]*— están contentos con el sistema escolar de sus hijos—. Sus hijos ya tienen buenas notas ... y son admitidos en Facultades y Universidades de renombre. Por otra parte, la opulencia de las zonas residenciales de los suburbios otorga cierta libertad a la hora de elegir dónde vivir y por lo tanto proporciona al menos cierto control sobre la elección del colegio. ... Lo último que esos padres satisfechos quieren es una revolución en la educación*“.

Corresponde a los revolucionarios, en el ámbito educativo y en otros, considerar todos los problemas y consecuencias antes de empezar a deshacer el entramado social. Los revolucionarios partidarios del cheque escolar, en vez de resolver los problemas causados por la educación pública, harían que las cosas fueran inconmensurablemente peor.

El cheque escolar extendería en gran medida el sistema asistencial de forma que los contribuyentes de clase media podrían acabar pagando el colegio privado de sus hijos y el colegio público de los pobres. Las personas que no tienen hijos, o los padres que educan en casa, tendrían que pagar impuestos tanto para financiar a las escuelas públicas como a las privadas. Como el principio fundamental es que el control siempre sigue a la subvención, con el sistema de cheque escolar se extendería el control gubernamental de las escuelas públicas a las escuelas privadas que aún son más o menos independientes.

Especialmente en lo que se refiere a los suburbios, el sistema de cheque escolar arruinaría a las escuelas de esas zonas, que son bastante buenas, y las sometería a una nueva forma de transporte escolar forzado de propósitos igualitarios consistente en llevar a esos colegios de los suburbios a niños del interior de la ciudad. Una "revolución de la educación" de lo más inoportuna.

Por otra parte, al poner el foco fatuamente en el derecho de los padres a elegir colegio para sus hijos, los revolucionarios del cheque escolar olvidan que expandir la gama de "opciones" disponible para los padres pobres, a base de darles más dinero de los contribuyentes, también restringe las "opciones" de los padres de los colegios privados de zonas residenciales de la periferia a la hora de disponer de la clase de educación que quieren para sus hijos. El foco no debe ponerse en "opciones" abstractas sino en cuanto dinero ganáis tú o tu familia. Cuanto más dinero ganéis, mayores son las "opciones" que necesariamente tenéis sobre cómo gastar ese dinero.

12 GOP = 'Grand Old Party' (el partido Republicano de Estados Unidos).

Es más, no hay necesidad de "cheques, vales o cupones" para bienes o servicios concretos: vales de educación, cupones de alimentos, vales de vivienda, vales de televisión o para lo que sea. De lejos el mejor "vale", y el único vale que necesitas, es el billete de un dólar que te ganas honestamente y no el que les quitas a los demás, incluso si no son más que contribuyentes.

¿Cómo es posible que los conservadores y libertarios cayeran en esa trampa y que, en aras al "realismo político", no sólo abandonaron sus principios libertarios y de respeto por la propiedad privada, sino que también dedicaran esfuerzos y recursos en una causa irremediablemente perdida? Eso les pasó por 'perder de vista el balón', por olvidarse de la esencial necesidad de respetar el derecho de propiedad privada. En su lugar persiguieron objetivos tan aparentemente "realistas" como ayudar a los pobres e impulsar el igualitarismo. Los partidarios del cheque escolar fueron estrepitosamente derrotados porque la gente quería proteger a sus comunidades contra las depredaciones del Estado. Los defensores del cheque escolar consiguieron precisamente lo que se merecían.

Los partidarios del cheque escolar que no estén irremediablemente a favor del Estado del Bienestar y del igualitarismo ¿Qué camino han de seguir que sea a la vez "positivo" y realista y que, sin embargo, también les permita seguir siendo fieles a lo que declaran ser los principios que ellos profesan, como son la defensa de la libertad y de la propiedad privada? Podrían: (1) rechazar que el Estado regule las escuelas privadas; (2) reducir los inflados presupuestos de las escuelas públicas; (3) asegurar un adecuado control estrictamente local de las escuelas públicas por parte de los padres y los contribuyentes de los respectivos barrios; y (4) reducir los impuestos de forma que la gente pueda optar por sacar a sus hijos de las escuelas públicas.

Dejemos que cada comunidad tome sus propias decisiones respecto de sus escuelas y saquemos de ellas por completo a los gobiernos de los Estados y al gobierno federal. Pero eso también supone que los 'expertos' sobre políticas de cheque escolar —la mayoría de los cuales residen en Washington, D.C., New York y Los Angeles— también tienen que salir y han de dedicar sus considerables energías a arreglar lo que son, admitidamente, horribles colegios públicos, del patio trasero de sus respectivas ciudades.

44.- LA REBELIÓN DEL WHISKY: ¿UN MODELO PARA NUESTRO TIEMPO?

En los últimos años, los estadounidenses han sido objeto de un ataque concertado sobre sus símbolos nacionales, días festivos y aniversarios. El cumpleaños de Washington ha sido olvidado y Cristóbal Colón ha sido denigrado por ser un malvado hombre blanco europeo, mientras que nuevos y desconocidos aniversarios nos han sido impuestos. Se han fabricado nuevos héroes para representar a los "grupos oprimidos" y desfilaron ante nosotros para excitar nuestro júbilo.

Sin embargo no hay nada malo en el proceso de descubrir hechos importantes y ocultos de nuestro pasado. En particular, hay un grupo muy extenso de oprimidos que continúa siendo denigrado y despreciado de forma creciente: el formado por los desafortunados contribuyentes estadounidenses.

Este año es el bicentenario de un evento importante de Norteamérica: la rebelión de los contribuyentes estadounidenses que se negaron a pagar un odiado impuesto: en este caso, un impuesto sobre el whisky. Hace tiempo que los historiadores conocen la historia de la rebelión del whisky, pero estudios recientes han demostrado que su verdadera naturaleza e importancia han sido distorsionadas por amigos y enemigos.

El punto de vista oficial de la rebelión del whisky es que cuatro condados del oeste de Pensilvania se negaron a pagar un impuesto sobre el whisky que se había aprobado a propuesta del secretario del Tesoro Alexander Hamilton en la primavera de 1791, que se incluía en la propuesta de nuevos impuestos sobre el consumo que éste exigió como condición para que el Estado federal asumiera las deudas de los diversos Estados.

Según esta versión de los hechos, Pennsylvania occidental no pagaba el impuesto, se produjeron protestas, manifestaciones y hasta algunos recaudadores de impuestos fueron apalizados en el oeste de Pensilvania, lo que determinó que el presidente Washington formase un ejército de 13.000 hombres en el verano y otoño de 1794 para reprimir la insurrección. Se había hecho frente y derrotado a un desafío localizado, aunque no grave, a la autoridad fiscal federal. Las fuerzas de la ley federal y el orden se habían restablecido.

Este punto de vista oficial resulta ser totalmente erróneo. En primer lugar, hay que darse cuenta de la profundidad del odio de los estadounidenses a lo que se llamaban "impuestos internos" (en contraste con los "impuestos externos", tales como las tarifas sobre productos importados). Los impuestos internos significaban que el odiado recaudador de impuestos se presentaría ante ti y en tu propiedad, buscando, examinando tus registros y tu vida, saqueando y destruyendo.

El impuesto más odiado de los establecidos por los británicos había sido el *Stamp Tax* (impuesto del sello o sobre los efectos timbrados) de 1765, que recaía sobre todos los documentos y transacciones internas. Si los británicos hubieran mantenido este detestado impuesto, la revolución americana habría ocurrido una década antes y disfrutado de un apoyo mucho mayor al que finalmente tuvo.

Los estadounidenses, por otra parte, habían heredado de la oposición británica el odio hacia los impuesto que gravaban el consumo; durante dos siglos, los impuestos al consumo en Gran Bretaña, en particular el odiado impuesto sobre la sidra, habían provocado disturbios y manifestaciones que defendían la consigna "¡Libertad, Propiedad, Abajo el impuesto!". Para el estadounidense corriente, el hecho de que fuese el gobierno federal quien tuviera la facultad de establecer impuestos sobre el consumo no hacía que los viera como algo muy diferente de los gravámenes de la corona británica.

La mayor distorsión de la realidad de la versión oficial sobre la rebelión del whisky fue que aquélla quedó supuestamente confinada a cuatro condados del oeste de Pensilvania. Gracias a investigaciones recientes sabemos ahora que nadie pagaba el impuesto sobre el whisky en todo el "interior del país"; es decir, en las zonas fronterizas de Maryland, en Virginia, en las dos Carolina, la del Norte y la del Sur, en Georgia, y en todo el Estado de Kentucky.

El presidente Washington y el secretario Hamilton decidieron agitar sobre esta cuestión y pusieron el foco precisamente en el Oeste de Pennsylvania porque en esa región sí que había un grupo de ricos funcionarios dispuesto a recaudar el impuesto. Esos funcionarios no existían en las demás zonas de la frontera americana; no hubo protestas ni violencia contra los cobradores de impuestos en Kentucky y en el resto de las regiones del interior porque allí nadie quería encargarse de recaudar impuestos.

El impuesto sobre el whisky era odiado en especial en el interior del país debido a que la producción de whisky y su destilación estaban allí generalizadas; el whisky era no sólo un producto casero para la mayoría de agricultores sino que se utilizaba a menudo como dinero, como un medio de cambio para las transacciones. Por otra parte, de acuerdo con el programa de Hamilton, el impuesto gravaba en mayor medida a las destilerías más pequeñas. Como resultado, muchas de las grandes destilerías apoyaron el impuesto como medio de paralizar a sus competidores más pequeños y numerosos.

Pennsylvania occidental era entonces la punta del iceberg. La cuestión es que, en todas las demás áreas del interior del país, el impuesto sobre el whisky nunca se pagaba. La oposición al programa de impuestos federales fue una de las causas del ascenso del Partido Demócrata-Republicano y de la "revolución" Jeffersoniana de 1800. De hecho, uno de los logros del primer mandato de Jefferson como presidente fue derogar todos los impuestos especiales del programa fiscal del Partido Federalista. En Kentucky, los defraudadores sólo empezaron a pagar el impuesto sobre el whisky cuando estaba claro que iba a ser derogado.

La historia de la rebelión fiscal contra el impuesto sobre el whisky no fue la de una revuelta localizada y rápidamente sofocada, la verdad fue muy distinta. Todo el interior de Norteamérica se vio paralizado por la negativa a pagar el impopular impuesto que fue una acción de desobediencia civil no-violenta. No se encontró ningún Jurado dispuesto a condenar a los delincuentes fiscales. La rebelión del whisky fue en realidad muy extendida, tuvo un gran éxito y obligó finalmente al gobierno federal a derogar el impuesto.

Excepto durante la guerra de 1812, el gobierno federal nunca más se atrevió a imponer un impuesto al consumo interno, hasta que el Norte decidió cambiar la Constitución de Estados Unidos y centralizar la nación durante la Guerra de los Estados. Uno de los frutos podridos de esa guerra fue el impuesto federal permanente sobre los “pecaminosos“ licores y sobre el tabaco, por no decir nada del impuesto federal sobre la renta, una abominación y una tiranía aún más opresiva que un impuesto sobre el consumo.

¿Por qué los historiadores anteriores no hablaron de esta generalizada rebelión no violenta? Porque los dos partidos urdieron una "abierta conspiración" para

encubrir los hechos. Obviamente, los rebeldes no querían llamar mucho la atención dada su situación de ilegalidad.

Washington, Hamilton y el gobierno ocultaron la amplitud de la revuelta porque no querían hacer público su estrepitoso fracaso. Sabían muy bien que si hubieran intentado hacer cumplir la ley o enviado un ejército al resto de las regiones del interior del país, habrían fracasado. Kentucky y tal vez las demás regiones se habrían entonces separado de la Unión. Los protagonistas contemporáneos de ambos partidos estaban dispuestos a encubrir la verdad y los historiadores cayeron en el engaño.

Así que la rebelión del whisky, bien mirada, fue una victoria de la libertad y la propiedad y no tanto de la tributación federal. Tal vez esta lección inspirará a una generación posterior de contribuyentes estadounidenses cuando esté tan acosada y oprimida que el impuesto sobre el whisky o los efectos timbrados de épocas pasadas le parezca un paraíso.

Nota: Las personas interesadas en la rebelión del whisky deben consultar la obra de Thomas P. Slaughter, *"The Whiskey Rebellion"* (New York: Oxford University Press, 1986); . Y a Steven R. Boyd, ed, *"The Whiskey Rebellion"* (Westport, CT: Greenwood Press, 1985). El Profesor Slaughter señala que algunos de los que se opusieron a los impuestos especiales de Hamilton en el Congreso alegaron que el impuesto "*liberará a un enjambre de arpías que, bajo la denominación de oficina de recaudación, recorrerá el país metiéndose en la casa y en los asuntos de cada uno y, cual falange Macedonia, se llevará todo a su paso*". Dentro de poco, predijo la oposición, "*llegará el día en que no se podrá lavar una camisa sin tener que pagar un impuesto*".

45.- "*EISNERIZANDO*" MANASSAS

Muchos conservadores y partidarios del libre mercado creen que hay un inherente conflicto que enfrenta, por un lado, los beneficios, el libre mercado, el "capitalismo desalmado" y el ánimo de lucro y, por otro lado, los valores tradicionales, la devoción a la cultura más antigua y al patrimonio histórico. Por un lado, tenemos a una arrogante burguesía dedicada solamente al dinero; por otro, tenemos a personas que quieren conservar un sentido del pasado.

El último enfrentamiento ideológico y político entre el crecimiento y desarrollo capitalista y la preservación de la neblinosa memoria del pasado, es el amargo conflicto habido en lo relativo al campo de batalla de Manassas, escenario sagrado para todos los que tienen en la memoria la terrible Guerra de los Estados. La empresa Disney Corporation quiere construir un parque temático de 3.000 acres a solo cinco millas del campo de batalla de Manassas.

Disney, respaldada por las autoridades de Virginia y el Gobernador Republicano "conservador" George Allen, elogian el nuevo parque temático porque contribuirá al desarrollo de Virginia y a "la creación de puestos de trabajo" y porque también dará unas lecciones de Historia a los millones de turistas. Aristócratas de Virginia e historiadores se unieron para preservar la herencia americana, ecologistas y paleo-conservadores como Patrick Buchanan se manifestaron también contrarios al parque temático de Disney.

¿No demuestra esto que los socialdemócratas de Derechas y los libertarios de Izquierda están en lo cierto y que los paleo-conservadores como Buchanan no son más que granos de arena en las ruedas del progreso económico? ¿Que el conservadurismo y la economía de libre mercado son incompatibles?

La respuesta es: no. Hay desalmados economistas de libre mercado que tan solo consideran el beneficio económico pero los partidarios del libre mercado tal como es concebido por la Escuela Austriaca no están claramente entre ellos. La "eficiencia económica" y el "crecimiento económico" no son bienes en sí mismos, ni tampoco son un fin en sí mismos. Las preguntas pertinentes son siempre: "eficiencia" ¿Para qué?¿O con qué valores? "Crecimiento", ¿Para qué?

Hay dos importantes cuestiones involucradas en el Plan que Disney tiene para Manassas. En primer lugar, sea lo que sea, no estamos en ningún sentido ante un exponente del capitalismo de libre mercado o de un desarrollo económico de libre mercado.

A Disney no le basta con comprar el terreno e invertir en el parque temático. Por el contrario, Disney reclama del Estado de Virginia que desembolse 163 millones de dólares de dinero de los contribuyentes para construir carreteras y otras "infraestructura" para su parque. Por lo tanto, esta propuesta no constituye crecimiento de libre mercado sino crecimiento subvencionado por el Estado.

La pregunta es entonces: ¿Por qué deben los contribuyentes de Virginia subvencionar a la empresa Disney con más de 160 millones de dólares? Lo que vemos aquí no es crecimiento de libre mercado sino crecimiento subvencionado dirigido por el Estado: lo opuesto a mercados libres.

El segundo problema es el contenido del parque que se espera que los contribuyentes de Virginia subvencionen. En vida de Walt Disney, las producciones Disney tenían en su mayoría mucho encanto, difundían un mensaje sano y estaban orientadas casi exclusivamente a los niños. Sin embargo, desde su muerte y su adquisición por el bucanero Michael Eisner, el contenido de Disney se ha vulgarizado, ha perdido calidad y se ha hecho cada vez más inadecuado.

Más aún, como Manassas es un sitio histórico y el parque Disney enseñará Historia, es importante preguntarse qué es lo que los contribuyentes de Virginia van a pagar. El tipo de Historia que van a subvencionar, por desgracia, se ha diseñado para que un escalofrío recorra la espina dorsal de todos los patriotas Virginianos. Esa Historia ya no seguirá la vieja tradición de Disney; sosa pero pro-americana en el mejor sentido. Va a ser Historia degradada, Historia multicultural, Historia políticamente correcta.

Esta triste realidad es evidente considerando al historiador que la corporación Disney ha seleccionado para que sea su consultor principal en cuanto a la Historia que se enseñará en el parque temático de Manassas. No es otro que el famoso Eric Foner, distinguido historiador Marxista-Leninista de la Universidad de Columbia y el más famoso historiador Marxista del país sobre la Guerra Civil y la Reconstrucción.

Foner, como puede comprobarse, es fanáticamente anti-Sur y un crítico acérrimo de la causa sureña. Fue Foner quien cometió la imperdonable acción de desacreditar al gran Mel Bradford, hoy desaparecido, acusándolo de "racista" y fascista por haberse atrevido a ser crítico con el despotismo centralizador de Abraham Lincoln.

Eric Foner es un miembro de la destacada familia Foner, una familia formada por autores y activistas Marxistas de la ciudad de New York; uno de los Fonerfue la cabeza visible del sindicato de trabajadores del sector de la piel, dominado por los comunistas; otro fue presidente del *Drug and Hospital Workers Union* (sindicato de trabajadores hospitalarios y del sector farmacéutico); y dos fueron

historiadores Marxista-Leninistas, uno de los dos, Philip S. Foner, fue autor de un libro de Historia del sindicalismo americano en la línea del partido.

Eisnerizar y Fonerizar Manassas no tiene nada que ver, en ningún ámbito, con la ideología de libre mercado o el desarrollo económico de libre mercado. Este descarado proyecto Estatista diseñado para denigrar al Sur se debe parar: en el nombre del conservadurismo y de un verdadero mercado libre.

Una vez más, como en el caso de los falsos defensores del "libre comercio" que presionan para que se apruebe la legislación NAFTA y el GATT, es importante mirar de cerca lo que hay debajo de la legítima etiqueta de "mercados libres". A menudo, es algo completamente distinto.

EL ASEDIO A LA EMPRESA

46.- ACCIONES, BONOS Y UN GOBIERNO ENAJENADO

La perspicacia económica de los políticos del Establishment, de los economistas y de la prensa financiera, que, en el mejor de los casos, nunca fue mucha, ha caído a nuevos mínimos en los últimos años. El estado de confusión, de intrínseca contradicción y la estulticia general nunca han sido tan rampantes. Casi cualquier acontecimiento se puede ahora atribuir a cualquier causa un día y a su contraria la semana siguiente.

Si la Reserva Federal aumenta los tipos de interés a corto plazo, el mismo analista puede decir en un momento dado que es seguro que con ello suban los tipos de interés a largo plazo muy pronto y que afirme después que a largo plazo obligará a una bajada de tipos: cada pronunciamiento contradictorio se hace con el mismo aire de certeza y absoluta autoridad. Es una maravilla que la gente no le dé la espalda a todo ese gremio de economistas y expertos financieros (y a los políticos), a esa pandilla de dementes y charlatanes.

En el pasado año y medio, el habitual surtidor de patrañas pseudo-económicas se ha acelerado en un galimatías virtual en gran medida por el vivo deseo del *Establishment* Clintoniano de poner una carita feliz a cualquier bocado de noticias económicas ¿Ha aumentado el desempleo? Pues eso es bueno sabe Usted porque significa que la inflación constituirá una menor amenaza, lo que significa que los tipos de interés bajarán, lo que supone que el desempleo pronto caerá. Y, además, ya no llamamos desempleo a los despidos, lo llamamos “ajuste de plantilla”, e implica que la economía va a conseguir ser más productiva, y que el desempleo disminuirá pronto.

Es más, en Economía de la era pre-Clintoniana se consideraba —por parte de todas las escuelas de pensamiento económico— que era MALO aumentar los impuestos durante una recesión económica. Pero el enorme aumento de los impuestos de Clinton durante una recesión fue desde un punto de vista económico un golpe maestro: es que, ve Usted, esto reducirá el déficit, lo que a su vez hará que bajen los tipos de interés y nos sacará de la recesión.

¿Cómo? ¿Dice Usted que los tipos de interés han subido a pesar de que los presupuestos de Clinton basaban en gran medida sus previsiones en que los tipos de interés bajarían? Pero eso está bien; porque, ve Usted, con tipos de interés más elevados se contendrá la inflación, con lo que los tipos de interés bajarán. ¡ Siempre hemos tenido razón ! Así que bajar significa subir, subir significa bajar y suban o bajen, nadie sabe ya donde está.

Cualquier evaluación sensata de la situación económica actual se hace aún más problemática con la auto-proclamada metodología "científica" que emplea el *National Bureau of Economic Research* (la Oficina Nacional Investigación Económica) para determinar las fases de los ciclos económicos y que ha sido tratada como si fuera la Sagrada Escritura por la profesión económica durante el último medio siglo. Este planteamiento se concentra exclusivamente en averiguar en qué fecha de qué mes se produce supuestamente el pico o el valle del ciclo económico, desatendiendo todo lo que realmente esté pasando entre esas fechas. Una vez que se proclama oficialmente que, por ejemplo, en algún mes del año 1992 había un "valle", cada período transcurrido desde entonces tenía por definición que formar parte de la fase de "recuperación", a pesar de que la supuesta recuperación pudiera ser mínima respecto de la “recesión” anterior. Sin embargo, desde cualquier enfoque sensato, el hecho de que podamos estar un poco mejor ahora en comparación con la fase profunda de la recesión en modo alguno convierte el actual período en una "recuperación ".

Vamos ahora a tratar de disipar dos de las más comunes —y más egregias— falacias económicas de nuestra época. En primer lugar el fetiche de los bajos tipos de interés. Todo esto me recuerda el culto a los cargamentos aéreos que arraigó en áreas del Pacífico Sur durante la Segunda Guerra Mundial. Los nativos primitivos de allí vieron grandes pájaros de hierro que venían del cielo y descargaban soldados estadounidenses e iban repletos de comida, ropa, radios y otros bienes.

Después de la guerra, el Ejército de Estados Unidos abandonó la zona y cesaron los abundantes suministros. Con lo cual los nativos, utilizando métodos de alta tecnología de correlación empírica, llegaron a la conclusión de que si se pudieran inducir a esas gigantescas aves para que regresaran, los bienes que con tanta avidez deseaban volverían con ellas. Los nativos construyeron entonces con cartón piedra unas réplicas de los pájaros que aleteaban para intentar "atraer" hacia sus poblados a los grandes pájaros de hierro.

De la misma manera, los británicos, los franceses y los nacionales de otros países vieron, en el siglo XVII, que los holandeses eran, con mucho, el país más próspero de Europa. En su búsqueda por encontrar las posibles causas de la riqueza holandesa, los ingleses llegaron a la conclusión de que venía motivada por los más bajos tipos de interés de que disfrutaban los holandeses. Sin embargo, podrían haber ofrecido muchas otras teorías como causa más plausible de la prosperidad holandesa: un menor número de controles, mercados más libres y menos impuestos.

Los bajos tipos de interés eran meramente un síntoma de esa prosperidad, no su causa. Sin embargo, muchos teóricos ingleses, encantados de haber encontrado la supuesta cadena causal, reclamaron la acción del gobierno para crear riqueza presionando a la baja sobre los tipos de interés: o sea llevando el tipo de interés por debajo del tipo "natural" vigente en un mercado libre y determinado por la tasa de preferencia temporal. Pero la coacción gubernamental dirigida a conseguir que el tipo de interés baje por debajo de la verdadera tasa de "preferencia temporal" provoca grandes trastornos y distorsiones en el mercado.

El otro punto que hay que mencionar es el de la completa amnesia de la prensa financiera. En los viejos tiempos, antes de la Segunda Guerra Mundial, el sello distintivo de una "recesión" era el hecho de que los precios cayeran junto con la producción y el empleo. Y, sin embargo, en cada recesión habida desde la Segunda Guerra Mundial, los precios, especialmente los precios de los bienes de consumo, han seguido aumentando.

En resumen, con la inflación permanente de la post-guerra, propiciada por el cambio de un patrón oro a uno de papel basado en monedas fiduciarias, hemos sufrido varias "recesiones inflacionarias" en las que hemos tenido inflación con recesión, sufriendo lo peor de ambos mundos. Y, sin embargo, mientras que los precios al consumidor, o el "costo de la vida", no ha bajado en medio siglo, el

hecho primordial de la recesión inflacionaria ha desaparecido por el Orwelliano "agujero de la memoria" y todo el mundo da oportunamente un suspiro de alivio cuando la inflación se acelera porque "*al menos no vamos a tener una recesión*" o cuando el desempleo aumenta porque "*por lo menos no hay ninguna amenaza de inflación*". Y la inflación mientras tanto se ha convertido en algo permanente.

Y sin embargo, todo el mundo sigue actuando como si las tonterías keynesianas sobre la "solución de compromiso entre la inflación y el desempleo" (la llamada "curva de Phillips") fuera un concepto válido y evidente por sí mismo. ¿Cuando se dará cuenta la gente de que esa "solución de compromiso" es tan correcta como la previsión de que la Unión Soviética y los Estados Unidos tendrán el mismo Producto Nacional Bruto y el mismo nivel de vida en 1984? Si nos fijamos, por ejemplo, en ciertos países que, por ignorancia, sufren los estragos de la hiperinflación (como Rusia, Brasil y Polonia) vemos que soportan al mismo tiempo una pérdida de producción y un elevado desempleo; mientras que, por el contrario, países como Suiza, cuya inflación es prácticamente igual a cero, también tienen, en cambio, un desempleo cercano a cero.

Finalmente, por resumir nuestra actual situación macro-económica: en los años ochenta, la Reserva Federal se embarcó en una década de expansión del crédito bancario inflacionario, una expansión alimentada por la inflación de las cajas de ahorro (*Savings & Loan)*. El hecho de que los precios sólo aumentaran moderadamente fue tan irrelevante como la situación similar que se dio durante el auge inflacionario de la década de 1920. A finales de la década de 1980, al igual que al final de la década de 1920, la economía norteamericana —y mundial — pagó un alto precio con una larga recesión que hizo que estallara la "burbuja" alimentada durante el auge inflacionario, que liquidó inversiones poco seguras, redujo los precios de los productos industriales, y, en especial, arrasó el mercado inmobiliario que había sido el principal escenario de la expansión en Estados Unidos.

Para intenatr sacar al país de esa recesión, la Reserva Federal infló las reservas bancarias e impulsó los tipos de interés a corto plazo aún más a la baja: la expansión del crédito bancario no dio lugar a una correlativa expansión de la economía industrial real, que se mantuvo más o menos deprimida, pero generó en su lugar un auge artificial en los mercados de acciones y obligaciones. El aumento en el precio de acciones y bonos, de hace un año o dos, está tan

claramente desajustado con los ingresos actuales que una de dos: o se produce una recuperación espectacular en el mundo industrial real que justifique los elevados precios de las acciones; o se produce un colapso de unos mercados financieros que están inflados.

Quienes somos escépticos respecto de que vaya a tener lugar cualquier mágica recuperación económica en un futuro próximo y somos también críticos respecto de la viabilidad de que la manipulación del gobierno pueda mantener permanentemente el tipo de interés por debajo de la tasa de preferencia temporal, una fuerte reducción de los precios de las acciones y de las obligaciones estaba, y sigue estando, en nuestras previsiones.

47.- EL ESCÁNDALO SALOMON BROTHERS

Los escándalos financieros son jugosos, dramáticos y divertidos, especialmente cuando derriban a los que son socialmente arrogantes y agresivas fieras como al director de Salomon Brothers, John Gutfreund y su tripulación. Y más aún cuando alcanzan a un aguerrido Nebraskeño que acude quien acude cabalgando al rescate de Wall Street con su sombrero blanco para intentar salvar el día es, el Sr. Integridad, el multimillonario Warren Buffett (casualmente, el hijo de mi viejo amigo, el hoy desaparecido y acérrimo libertario y congresista pro-oro, Howard Buffett). Pero cuando la emoción causada por la estrepitosa caída del señor Gutfreund se nos haya pasado, podremos ponderar el asunto un poco más profundamente.

En primer lugar, ¿Qué hizo Salomon Brothers que merezca el despido y escarnio de los máximos ejecutivos de la empresa? Que se las arreglaran para eludir las normas que establecen un límite máximo a la participación en las emisiones de bonos, no parece merecer toda esa histérica reacción. ¿Por qué debería Salomon respetar solemnemente unas normas que no tienen ningún sentido? Sin embargo, Salomon podría haber captado el mercado y acaparado por un tiempo algunas nuevas emisiones del Tesoro? ¿Y qué? ¿Por qué no habría de ganar algo de dinero a expensas de sus competidores? La única cosa que hizo Salomon Brothers extralimitándose claramente fue solicitar bonos para sus clientes sin el conocimiento o consentimiento de éstos. Eso, sin duda, fue un fraude y merece censura; pero, de nuevo, hay que señalar que ni siquiera habrían considerado

recurrir a semejantes argucias de no ser para evadir las estúpidas reglamentaciones del Tesoro que limitan a un máximo las compras de bonos.

¿El hecho de que se esté dando una importancia exagerada a las trampas de Salomon significa acaso que no haya nada mal en el mercado de deuda pública? Más bien lo contrario. Esa denuncia fue posible gracias a un escándalo mucho más grave y que nadie ha denunciado: el hecho de que el Tesoro de Estados Unidos, desde hace décadas, haya conferido privilegios especiales a un puñado de intermediarios de deuda pública, a los que ha seleccionado y designado como "operadores primarios". Esto es, en lugar de vender sus nuevas emisiones de bonos mediante subasta en un mercado abierto, el Tesoro vende la gran mayoría de esos títulos a esos operadores primarios, que a su vez los revenden al resto del mercado.

Mientras tanto existe un trato incesante y cómodo entre el Tesoro y esos grandes intermediarios privilegiados de deuda pública, que forman un influyente grupo de presión llamado *Public Securities Association* (antes llamada *Primary Dealers Association*).

El Tesoro, por supuesto, afirma que es más fácil tratar con estos selectos operadores primarios y que de ese modo consigue financiar sus emisiones de bonos de forma más barata. Pero sin duda esa acogedora y cerrada asociación y los conflictos de intereses que evoca, son inconvenientes que superan las supuestas ventajas al impregnar todo el proceso con lo que se parece mucho al privilegio de un cártel. El pequeño grupo de grandes distribuidores se beneficia a expensas de sus competidores más pequeños.

Por otra parte, el problema en el mercado de deuda pública es aún más profundo. Hubo un tiempo en que el mercado de bonos del Tesoro no era más que una parte pequeña y relativamente insignificante del mercado de capitales, pero hoy crece enormemente, extendiendo su amenaza a todo el mercado de crédito y de capitales. El total de la deuda pública de Estados Unidos asciende ahora a 3.61 billones de dólares y cada día cambian de manos títulos de deuda por un monto no inferior a 117 mil millones de dólares. Pero, un floreciente mercado de deuda pública es un mercado hambriento de capital privado y de crédito; esto significa que el ahorro privado se está desviando paulatinamente de las inversiones productivas y está yendo a parar a la ratonera de los innecesarios y contraproducentes gastos del Estado.

Es por lo tanto dudoso que queramos realmente tener un mercado de deuda pública que funcione sin problemas y sea eficiente. Por el contrario, un mercado de deuda pública en crisis es un mercado en el que una menor proporción del ahorro termina en esa ratonera y más ahorro se canaliza hacia inversiones productivas que aumentarán nuestro nivel de vida.

De hecho tenemos que pensar detenidamente, y mucho, sobre la plaga que constituye la deuda pública para nuestros mercados de capitales. ¿No sería mejor que dicha deuda desapareciera por completo? Una reforma beneficiosa sería volver a la ruta emprendida por Gran Bretaña en el siglo XIX, donde gran parte de la deuda pública vencía no en 6 meses o en 5 ó 20 años sino que era deuda perpetua, que jamás vencía, los llamados "*consols*".

El *consol* perpetuo rendía un interés que se pagaba a perpetuidad y nunca obligaba a pagar el principal. Si el gobierno británico quería reducir la deuda pública, podía utilizar su superávit fiscal para comprar y cancelar algunos *consols*. La sustitución de nuestra deuda actual por *consols* significaría que el gobierno no tendría que seguir acudiendo al mercado de deuda pública, canjear principal y reflotar la deuda; el efecto de expulsión o desplazamiento del crédito desde la deuda e inversión privada a la pública sería mucho menor. Por supuesto, el gobierno tendría que pagar un interés más alto ya que el principal no sería redimido; pero ése sería el pequeño precio que habría que pagar para eliminar una gran parte de la presión que la deuda pública ejerce sobre los mercados de capitales.

Alternativamente, y esto es más radical, incluso podríamos reflexionar sobre la vieja y drástica solución de Jefferson: el simple repudio de la deuda y su cancelación en los libros. Sin lugar a dudas, el repudio sería un duro golpe para quienes tienen bonos estadounidenses; pero, por otra parte, ¡Pensemos en la carga que se quitaría a los contribuyentes de Estados Unidos! ¡Pensemos en el estímulo para el ahorro y la inversión productiva! Se podría replicar, sin embargo, que, con una manifestación de mala fe como ésa y con semejante quiebra, más tarde nadie prestaría dinero al Tesoro durante mucho tiempo. ¿Pero no sería esto una bendición? Sin duda, un mundo donde la gente se niegue, por una razón u otra, a confiar o invertir en las operaciones del gobierno, sería un mundo feliz inoculado contra las tentaciones de Estatismo.

El Congreso, con su gran sabiduría, está intentando decidir si el escándalo Salomon Brothers merece una reglamentación más severa del mercado de deuda pública. Sin embargo lo primero que tiene que hacer es eliminar privilegios gubernamentales de ese mercado, como el cártel de los operadores primarios, y el amplio alcance del mercado de deuda pública. Al igual que sucede en otras parcelas de la economía y en los países comunistas que buscan ser libres, lo mejor que podría hacer el gobierno, lejos de idear nuevos planes y reglamentos, sería quitarse de en medio lo más rápidamente posible. Una vez más, la mejor forma en que el gobierno podría favorecer a la economía es desapareciendo.

48.- NUEVE MITOS SOBRE LA 'CRISIS'

Desde el 19 de octubre de 1987, bautizado como lunes negro, al público le ha caído encima un diluvio de explicaciones irrelevantes y contradictorias y consejos de políticos, economistas, financieros y variados expertos. Vamos a tratar de clasificar y rebatir algunas de las tonterías sobre la naturaleza, causas y remedios de la crisis.

Mito 1: No fue una crisis, sino una "corrección".

Falso. El mercado estaba en un virtual estado de crisis desde que al final del mes de agosto empezó a caer bruscamente desde su punto históricamente más álgido. El *Meltdown* del lunes simplemente rubricó un proceso de contracción que se había estado desarrollando desde principios de septiembre.

Mito 2: La crisis se produjo debido a que los precios de las acciones estaban "sobre-valorados" y gracias a ella esa sobre-valoración ha sido corregida.

Esto añade una falacia filosófica al Mito 1. Decir que los precios de las acciones cayeron debido a que habían sido sobre-valoradas equivale a la falacia secular de "explicar" por qué el opio pone a la gente a dormir diciendo que "tiene propiedades sedativas". Un concepto ha sido mágicamente transmutado en una "causa". Por definición, si los precios de las acciones caen, esto significa que habían sido sobre-valorados anteriormente. ¿Y qué? Esta "explicación" no te dice nada sobre por qué estuvieron sobre-valorados o si están o no "sobre" o "infra" valorados ahora o qué es lo que les va a pasar más adelante.

Mito 3: La crisis se produjo por las transacciones automáticas que se efectúan en masa con medios informáticos que unidas a los índices de futuro de las acciones, ha hecho que el mercado de valores sea más volátil. Por lo tanto, las transacciones automáticas o los índices de futuro, o ambos, deben restringirse o prohibirse.

Se trata de una variante del término "error informático", que es frecuentemente utilizado como chivo expiatorio para exculpar ciertos "errores humanos". También es una variante de la vieja falacia ludita de culpar a la tecnología moderna de los errores humanos y destrozar las nuevas máquinas con una barra de acero. Quienes venden y programan los ordenadores son personas. Por otra parte, el lunes negro, los ordenadores tuvieron un papel mínimo ya que las transacciones grabadas en "cinta" se copiaron y ejecutaron horas después de que ocurriera. Los índices de futuros de las acciones son una forma nueva y excelente para que los inversores se puedan proteger contra los cambios de precios de las acciones y deben ser bienvenidos en vez de restringirse —a instancias de sus competidores bursátiles de la vieja guardia— por haber sido etiquetados como cabezas de turco de la *crisis*. Culpar a los índices de futuros o a las transacciones automatizadas es tanto como matar al mensajero —a los mercados que traen malas noticias financieras—. El colmo de esta reacción fue la amenaza —a veces cumplida— de cerrar por la fuerza las Bolsas en un intento lamentable e inútil de contener las noticias suprimiéndolas. La Bolsa de Hong Kong cerró durante una semana para tratar de frenar la caída y, cuando se volvió a abrir, se encontró con que el resultado fue una *crisis* mucho peor.

Mito 4: Una de las principales causas de la crisis fue el gran déficit comercial de Estados Unidos.

Eso es absurdo. No hay nada malo en tener un déficit comercial. De hecho, no hay ningún déficit de balanza de pagos. Si las importaciones de Estados Unidos exceden a las exportaciones, se tienen que pagar de alguna forma y la forma en que se pagan consiste en que los extranjeros invierten en dólares, por lo que hay una entrada de capital en los Estados Unidos. De ese modo, un gran déficit comercial resulta en un déficit cero en la balanza de pagos.

Los extranjeros habían estado invirtiendo fuertemente en dólares —en el déficit del Tesoro, en el sector inmobiliario, en fábricas, etc...— durante varios años y eso es algo bueno ya que permite a los estadounidenses disfrutar de un dólar

sobre-valorado (e importaciones por lo tanto más baratas) de lo que ocurriría en otro caso.

Pero, dicen los defensores del Mito 4, lo terrible es que Estados Unidos, en los últimos años, se ha convertido en un deudor en lugar de ser una nación acreedora. ¿Y qué hay de malo en eso? Estados Unidos ya fue un país deudor desde el comienzo de la República hasta la Primera Guerra Mundial lo que se vio acompañado por la mayor tasa de crecimiento económico e industrial y de aumento del nivel de vida de la Historia de la humanidad.

Mito 5: El déficit presupuestario es una de las principales causas de la crisis, y tenemos que esforzarnos para reducir el déficit, ya sea mediante la reducción del gasto público o aumentando los impuestos o ambos.

El déficit presupuestario es más que lamentable, y causa problemas económicos, pero la caída de la Bolsa no fue uno de ellos. Sólo porque algo sea una mala política no quiere decir que todos los males económicos vienen causados por ello. Básicamente, el déficit presupuestario es tan irrelevante para la *crisis*, como el aún mayor déficit lo fue en el auge del mercado de valores anterior a septiembre de 1987. Subir los impuestos es ahora el remedio favorito de los Keynesianos frente a una *crisis*, tanto de los de Izquierdas como de los conservadores. Aquí, es curioso que se haya olvidado uno de los pocos puntos positivos de la visión keynesiana original o "clásica". ¿Cómo es posible que pueda uno evitar una *crisis* (o la próxima recesión) subiendo los impuestos?

Un aumento de impuestos es claro que supondrá un golpe perjudicial a una economía que se encuentra en vías de recuperación tras una caída. Aumentar los impuestos para evitar una *crisis* fue una de las principales políticas del impenitente programa de Herbert Hoover. ¿Anhelamos repetirlo? La idea de que un aumento de impuestos "tranquilice" al mercado es algo descabellado y propio de lunáticos.

Mito 6: El presupuesto se ha de recortar pero no mucho porque un mucho menor gasto público podría precipitar una recesión.

Por desgracia, tal como están las cosas, no tenemos que preocuparnos por un gran recorte del gasto público. Dicha reducción sería maravillosa, no sólo en sí misma, sino porque un recorte del presupuesto reduciría los despilfarros improductivos inherentes al gasto del Estado y por lo tanto haría que una mayor

proporción del ahorro de la sociedad se destinara al ahorro y a la inversión en vez de al consumo.

Más ahorro e inversión que consumo es el remedio Austriaco para aliviar una recesión y suavizar la liquidación correctiva que la recesión tiene que realizar para corregir las malas inversiones del auge económico que causó la expansión inflacionaria del crédito bancario.

Mito 7: Lo que necesitamos para compensar la crisis y evitar una recesión es mucha inflación monetaria (eufemísticamente denominada "liquidez") y tipos de interés más bajos. El presidente de la Fed, Alan Greenspan, hizo exactamente lo correcto al bombear reservas justo después de la crisis y al anunciar que la Fed podría asegurar mucha liquidez a los bancos y a todo el mercado y al conjunto de la economía (es ésta una posición que adoptan todas las variadas escuelas de pensamiento económico convencional, de los Keynesianos a los economistas de "libre mercado").

De esta manera, Greenspan y el gobierno federal se han propuesto curar la enfermedad —la crisis y la futura recesión— liberando en la economía una mayor cantidad del mismo virus (expansión inflacionaria del crédito) que causó la enfermedad. Sólo en un mundo de locos puede concebirse que un mal se pueda curar a base de repetirlo, la cura para la inflación es más inflación. En pocas palabras: la razón del accidente fue el auge del crédito generado por la expansión monetaria de dos dígitos diseñada por la Fed en los últimos años. Durante unos años, como siempre ocurre en la Fase I de una inflación, los precios subieron menos que la inflación monetaria. La fase de euforia típica de la inflación, se dió con el "milagro Reagan" de dinero barato y abundante acompañado de aumentos moderados de los precios.

En 1986, los principales factores que habían compensado la inflación monetaria y mantenido los precios relativamente bajos (la inusualmente alta cotización del dólar y el colapso de la Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP) habían seguido su curso a través del sistema de precios y se habían neutralizado y desaparecido. El siguiente e inevitable paso fue el regreso y aceleración de la inflación de precios; la inflación aumentó desde alrededor del 1 por ciento en 1986 a aproximadamente el 5 por ciento en 1987.

Como resultado, con el mercado sensible y esperando una eventual re-aceleración de la inflación, los tipos de interés empezaron a subir bruscamente en 1987. Una vez que habían subido los tipos de interés (lo que tenía poco o

nada que ver con el déficit presupuestario) una caída de la Bolsa era inevitable. La previa subida de la Bolsa se había producido sobre la base inestable de los bajos tipos de interés a partir de 1982.

Mito 8: La crisis se precipitó por la política de prudente restricción monetaria seguida por la Fed a partir de abril de 1987 en adelante, después de lo cual la oferta monetaria se mantuvo hasta la crisis.

Hay algo de verdad en esta cuestión, pero está totalmente distorsionada. Una oferta de dinero plana durante seis meses probablemente hizo inevitable una recesión que ya se avecinaba y precipitó la caída de la Bolsa. Pero esa restricción monetaria fue sin embargo algo bueno. Ninguna otra escuela de pensamiento económico, excepto la Escuela Austriaca, entiende que una vez que un auge del crédito bancario inflacionario se ha puesto en marcha, una recesión correctiva es inevitable, y que cuanto antes llegue, mejor.

Cuanto más pronto llega una recesión, menor es el número de inversiones poco seguras que la recesión debe liquidar y antes terminará la recesión. Lo importante de una recesión es que el gobierno no interfiera, no infle, no regule y que permita a la recesión realizar su función sanadora lo más rápido posible. Interferir con la recesión, ya sea inflando o regulando, sólo puede prolongarla y agravarla, como sucedió en la década de 1930. Y sin embargo, los expertos, los economistas de todas las escuelas y los políticos de ambos partidos se lanzan de cabeza a aplicar las políticas de consenso: inflar y regular.

Mito 9: Antes de la crisis, el peligro principal era la inflación, y la Reserva Federal acertó al restringir el crédito. Pero desde la crisis, tenía que cambiar de marcha, porque la recesión era el principal enemigo, y por lo tanto la Fed tenía que haber inflado, al menos hasta que la inflación de precios se acelerase rápidamente.

La totalidad de este análisis, que se ha permeado tanto a los medios de comunicación como al *Establishment*, supone que el gran logro y la gran lección de la década de 1970, y de las dos últimas grandes recesiones, es que nunca hubo una recesión inflacionaria. La década de 1970 se ha ido por el agujero de la memoria Orwelliano y el *Establishment* ha vuelto, una vez más, a regurgitar la curva keynesiana de Phillips que, individualmente considerada, es tal vez el mayor y más absurdo error de toda la Economía moderna.

La curva de Phillips asume que la elección es siempre entre más recesión y desempleo o más inflación. En realidad, la curva de Phillips, si uno quiere hablar en esos términos, funciona al revés: la elección es entre tener más inflación y una mayor recesión o no padecer ninguno de esos dos males. El peligro inminente es otra recesión inflacionaria y la reacción de Greenspan permite suponer que será tremenda.

49.- MICHAEL R. MILKEN SE ENFRENTA A LA ÉLITE DEL PODER

Conteste deprisa: ¿Qué tienen en común los siguientes hombres de fama mundial: John Kenneth Galbraith, Donald J. Trump y David Rockefeller? ¿Qué valores podrían compartir el economista socialista que se hizo rico escribiendo los libros más vendidos de denuncia de los ricos; el comerciante multimillonario; y el fabuloso dirigente del poderoso imperio financiero y político de Rockefeller.

¿Me creeríais si dijera: el odio a ganar dinero y a la "voracidad capitalista"? Sí, al menos cuando quien gana dinero es un hombre en particular, el especialista en renta fija de Wall Street Michael R. Milken. En un artículo en el que el augusto *New York Times* se vio obligado a abandonar su preciado velo de objetividad y a publicar enfáticamente un titular que decía: "*Ni Wall Street tiene estómago para estos salarios*" (del 3 de abril de 1989) cada uno de estos tres caballeros criticó que el Sr. Milken ganara 550 millones de dólares en 1987. Galbraith, por supuesto tenía que ser él, denunciaba el "proceso de aberración financiera" del capitalismo estadounidense de la era moderna.

Más interesantes fueron las declaraciones de los multimillonarios Trump y Rockefeller. Encaramado a su percha financiera, Donald Trump declaró untuosamente respecto del salario de Milken que "*se puede ser feliz con mucho menos dinero*" pasando a expresar su "asombro" por que su ex-empleador, la firma de Wall Street Drexel Burnham Lambert, "*permitiera a alguien lucrarse tanto*". Bueno, debería ser bastante fácil despejar el aparente desconcierto del señor Trump. Volveremos a utilizar la jerga económica diciendo que el pago se justificaba por la valiosa contribución del Sr. Milken a la "productividad marginal" de la empresa o simplemente diciendo que el Sr. Milken en realidad merecía esa

remuneración ya que de lo contrario Drexel Burnham no habría respetado ese acuerdo desde 1975 hasta la actualidad.

De hecho, el Sr. Milken lo merecía porque era un innovador financiero extraordinariamente creativo. Durante la década de 1960, los miembros de la élite que detentaba el poder en las grandes empresas, y que a menudo gestionaban ineficientemente —una élite en la práctica dirigida por David Rockefeller— vieron sus posiciones amenazadas por operaciones de toma de control accionarial en las que intereses financieros externos buscaban a accionistas que los apoyasen contra sus propios e ineptos directivos.

Las élites corporativas gobernantes —como de costumbre— recurrieron al gobierno federal en busca de ayuda y rescates y éste amablemente aprobó en 1967 la Ley Williams (llamada así por el senador de New Jersey, que más tarde sería enviado a la cárcel por el caso Abscam). Antes de la Ley Williams, las tomas de control accionarial podían realizarse rápidamente y sin hacer ruido, con pocas molestias. Sin embargo, dicha ley las limitó gravemente al decretar que si un grupo financiero acumulaba más de un 5 por ciento de las acciones de una sociedad anónima, tenía que hacer una pausa, anunciar públicamente su intención de presentar una Oferta Pública de Adquisición (OPA) y esperar después durante cierto plazo antes de continuar con sus planes. Lo que hizo Milken fue recuperar y perfeccionar el sistema para facilitar las operaciones de toma de control accionarial mediante la emisión de bonos de alta rentabilidad (las famosas *leveraged buy-out* o compras apalancadas").

Esa forma de proceder enfureció a la élite empresarial del tipo Rockefeller, e hizo ricos tanto al Señor Milken como a quienes lo habían contratado, quienes tuvieron suficiente sentido empresarial como para hacerlo a comisión y mantenerlo a pesar de la ira del *Establishment*. En el interím Drexel Burnham Lambert pasó de ser una pequeña empresa de inversión de tercer nivel a uno de los gigantes de Wall Street.

El *Establishment* estaba amargado por muchas razones. Los grandes bancos que estaban vinculados a las ineficientes élites corporativas existentes se encontraron con que grupos de compradores advenedizos conseguían burlarlos y colocar bonos de alta rentabilidad en el mercado abierto. La competencia también demostró ser un inconveniente para las empresas que emitían y comerciaban con bonos *blue-chip* pero que ofrecían rentabilidades bajas; estas

firmas pronto convencieron a sus aliados en los medios de comunicación del *Establishment* para que denominaran despectivamente a su competencia, la de los bonos de alta rentabilidad, con el apelativo de bonos "basura".

Personas como Michael Milken ejercen una función económica de vital importancia para la economía y para los consumidores, además de beneficiarse ellos mismos. Uno podría pensar que los economistas y los escritores que supuestamente apoyan el libre mercado lo entenderían rápidamente. En este caso, esos empresarios ayudan al proceso de cambio en la propiedad y el control del capital para que pase de manos ineficientes a otras más eficientes y productivas —un proceso que es bueno para todos, excepto, por supuesto, para las ineficientes élites de la Vieja Guardia cuya proclamada devoción a los mercados libres no les impide recurrir a coacción del gobierno federal para tratar de resistir o aplastar a sus competidores más eficientes—.

También se debe examinar la evidente hipocresía de la Izquierda, de gentes como Galbraith, que, desde el libro de Adolf Berle y Gardiner Means, "*The Modern Corporation and Private Property*", publicado en 1932 han estado llorando lágrimas de cocodrilo por la difícil situación de los accionistas pobres, que se han visto privados del control de sus empresas por una poderosa élite gestora, que no responde ni ante los consumidores ni ante los accionistas. Esos socialistas han venido manteniendo durante mucho tiempo que si el capitalismo fuera capaz de devolver el control de las empresas al accionariado ellos dejarían de postular el Socialismo o el estricto control gubernamental de las empresas y de la economía.

La tesis de Berle-Means siempre fue absurdamente sobrevalorada, pero en la medida en que se estime correcta, uno podría pensar que la Izquierda acogería las ofertas públicas de adquisición, las compras apalancadas y a Michael Milken con aplausos y ovaciones. Porque estos medios, por fin, abrían el camino para que los accionistas pudieran fácilmente recuperar el control de sus empresas y pudieran echar a unos gestores ineficientes o corruptos que reducían sus beneficios. ¿Pero dieron, en realidad, esos izquierdistas favorable acogida al nuevo sistema financiero introducido por Milken y otros? Como todos sabemos, sucedió todo lo contrario; denunciaron furiosamente a esos advenedizos como ejemplos terribles de "la voracidad capitalista".

La cita de David Rockefeller respecto de Milken es muy reveladora: "*Este tipo de beneficios extraordinarios inevitablemente plantea dudas en cuanto a si no hay algo desequilibrado en la forma en que nuestro sistema financiero está funcionando*". ¿Cómo tiene Rockefeller la desvergüenza de denunciar los altos ingresos? Ludwig von Mises resolvió hace años la cuestión al señalar que hombres que han heredado una gran fortuna, los hombres que obtienen sus ingresos de las ganancias de capital o del capital, han apoyado el impuesto sobre la renta progresivo, porque no quieren que se alcen nuevos competidores que ganen dinero por medio de su renta o salario personal. La gente como Rockefeller o Trump, evidentemente, no está consternada por los elevados ingresos en sí mismo considerados; lo que les horroriza es que alguien gane dinero a la manera tradicional, es decir, con altos sueldos o salarios personales. En otras palabras, gracias a ingresos procedentes de su trabajo.

Y sí, Sr. Rockefeller, tiene Usted razón, todo este asunto Milken, de hecho, todo el reino de terror que el Departamento de Justicia y la *Securities and Exchange Commission* han impulsado desde hace años en *Wall Street*, plantea muchas preguntas sobre el funcionamiento de nuestra política y de nuestro sistema financiero. Se plantean graves cuestiones sobre el desmedido poder político disfrutado por nuestras élites financieras y corporativas, poder que es capaz de persuadir al brazo coactivo del gobierno federal para reprimir, paralizar e incluso meter en la cárcel a gente cuyo único "crimen" ha sido ganar dinero al facilitar la transferencia de capital de manos menos eficientes a otras que lo son más. Cuando creativos y productivos hombres de negocios son acosados y encarcelados mientras violadores, atracadores y asesinos campean libremente a sus anchas, verdaderamente, algo está muy mal.

50.- PÁNICO EN WALL STREET

Hay un verdadero reino de terror que es rampante en Estados Unidos —y todo el mundo parece estar encantado—. "*Deberían encerrar a esos tipos y tirar la llave. Se merecen todos los males*", dice el hombre de la calle.

Hombres distinguidos están saliendo literalmente esposados de sus lujosas oficinas. Las acusaciones se están tramitando en masa, y las penas, incluidas las de cárcel, son graves. El más notorio de estos hombres (a) se vio obligado a

grabar clandestinamente a sus colegas e informar sobre ellos; (b) le fue impuesta una multa de 100 millones de dólares; (c) fue inhabilitado profesionalmente de por vida; y (d) se enfrenta a una posible condena de cinco años de prisión. La prensa, casi sin excepción, deploró la excesiva levedad de semejante trato. ¿Quienes son estos viciosos criminales? ¿Asesinos en masa? ¿Violadores? ¿Espías soviéticos? ¿Terroristas que hacen estallar bombas en restaurantes o secuestran a personas inocentes? No, al parecer, son mucho peor que eso. Estos siniestros y peligrosos hombres han cometido el crimen capital de utilizar información privilegiada. Como explicó al *New York Times* un abogado conocedor del "abuso de información privilegiada": *"Póngase en la piel de un joven banquero de inversión que ve a unos agentes federales que se llevan detenido a uno de sus mentores. Tendrá un efecto muy poderoso en Usted y tal vez le hará darse cuenta de que para el gobierno la información privilegiada es tan grave como el robo a mano armada".*

La declaración de este abogado es bastante grotesca, pero en realidad subestima el caso. Los ladrones a mano armada suelen ser mimados por nuestro sistema judicial. Periodistas y trabajadores sociales se preocupan por su entorno social desfavorecido cuando eran jóvenes, los conflictos entre sus padres, de que cuando eran niños no tuvieran parques infantiles supervisados y todo lo demás. Y los dejan en libertad condicional en unos meses para que puedan volver a robar o a asaltar poco después. Pero a nadie le preocupan los hogares destrozados que dejan los banqueros de inversión y los condenados por tráfico de influencias o utilización de información privilegiada con fines de lucro y no hay trabajadores sociales que les ayuden. Se les aplica toda la dureza de la ley y son enviados directamente a la cárcel sin paradas intermedias.

Una diferencia importante entre el "delito" de información privilegiada y otros delitos es que la información privilegiada es un "crimen" sin víctimas. ¿En qué consiste tan temido delito? Muy sencillamente en utilizar un conocimiento superior para obtener beneficios en la Bolsa o en otros mercados. ¿ Es algo terrible? Pues al fin y al cabo, en eso consiste el espíritu emprendedor y el sistema de libre empresa.

Vivimos en un mundo de riesgo e incertidumbre y en ese mundo, los empresarios más capaces y con más conocimientos obtienen beneficios, mientras que los empresarios ignorantes sufren pérdidas y terminan a la postre en la quiebra más completa.

Esto es lo que sucede, no sólo en los mercados financieros, sino en los negocios en general. La asunción de riesgos por empresarios que buscan ganancias y esperan evitar pérdidas, es una decisión voluntaria que hacen los propios empresarios. No sólo es este proceso la esencia del libre mercado, sino que el propio mercado, al premiar a los hombres capaces y con visión de futuro y "castigar" a los ignorantes y miopes, coloca los recursos de capital en manos de los más eficientes y eficaces y de esta manera mejora el funcionamiento de todo el sistema económico.

Y sin embargo, en el tráfico de información privilegiada no hay víctimas como las hay en el robo o el asesinato. Supongamos que A posee 1.000 acciones de XYZ, S.A. y las quiere vender. B se entera de que XYZ pronto se fusionará con Arbus Corp. por lo que espera un aumento de la cotización de sus acciones. B se decide y compra 1.000 acciones a razón de 50 dólares cada una; supongamos que B acierta, la fusión se anuncia poco después y las acciones de XYZ suben a 75 dólares cada una. B las vende y gana 25 dólares por acción, o sea, obtiene un beneficio de 25.000 dólares. B se ha aprovechado de su información privilegiada. ¿Pero ha sido A su víctima? Por supuesto que no, porque si nadie lo hubiera sabido y no hubiera mediado ningún conocimiento privilegiado, A aún habría vendido sus acciones por 50 dólares.

La única diferencia es que sería otra persona, por ejemplo C, quien habría comprado las acciones y ganado los 25.000 dólares. Naturalmente, la diferencia es que B habría obtenido esas ganancias por ser un inversor bien informado, mientras que C simplemente habría tenido suerte. ¿Pero no es acaso mejor para la economía que los recursos de capital sean propiedad de quienes están bien informados y tienen visión de futuro en lugar de ser de quienes simplemente tienen suerte? Y, además, la cuestión es que A no ha perdido ni un céntimo por el hecho de que B estuviera bien informado.

No hay, en fin, nada malo en el uso de información privilegiada en los negocios, es algo perfectamente legítimo. En todo caso, quienes recurren a ella deberían ser aclamados como héroes de la libertad de mercado en vez de ser encadenados.

Pero, usted dice, es "injusto" que algunos hombres sepan más que otros y que realmente saquen provecho de ese conocimiento. ¿Pero qué clase de visión del mundo cataloga como "injusto" que algunos hombres sepan más que otros? Es

la visión del mundo igualitaria, que cree que cualquier tipo de superioridad de una persona sobre otra —en capacidad, conocimiento, ingresos o riqueza— es de alguna manera "injusta". Pero los hombres no son hormigas, abejas o robots; cada individuo es único y diferente de los demás y su capacidad, talento y riqueza serán por consiguiente distintos. Esa es la gloria de la raza humana, que ha de ser admirada y protegida en lugar de destruida, ya que con tal destrucción, perecerán la libertad humana y la civilización misma.

Hay otro aspecto fundamental del actual Régimen de terror que reina sobre Wall Street. La libertad de expresión y el derecho a la vida privada, como posesiones especialmente apreciadas por el hombre, han desaparecido. Quienes operan en Wall Street tienen literalmente miedo de hablar unos con otros, porque murmurar mientra uno se toma un martini "*Hola Jim, parece que XYZ se fusionará*" o incluso, "*Arbus va a sacar pronto un nuevo producto que va a tener mucho éxito*" bien podría suponer una acusación, fuertes multas y penas de cárcel. ¿Y dónde están los intrépidos guardianes de la Primera Enmienda a todo esto?

Pero, por supuesto, es literalmente imposible acabar con el intercambio de información privilegiada, o de que en Wall Street unos no hablen con otros, ya que ni siquiera la Unión Soviética, con todos sus exorbitantes poderes, fue capaz de acabar con la disidencia o con el "mercado negro (libre)" en el intercambio de divisas. Pero lo que consigue la prohibición del uso de información privilegiada (o del "blanqueo de capitales", el último crimen del que pueden ser acusados los banqueros de inversión) es dar al gobierno federal licencia de caza para perseguir a cualquier persona o empresa que esté fuera de los círculos del poder en las luchas intestinas de las élites financieras y políticas (sería lo mismo que prohibir los alimentos ya que con ello se daría licencia para perseguir a quienes, no teniendo apoyos en el poder, fueran sorprendidos comiendo). Seguramente no es casualidad que las acusaciones se hayan dirigido hacia grupos de banqueros de inversión que no tienen hoy influencia.

En concreto, la realidad es que, desde el pasado mes de noviembre, empresas como Drexel Burnham Lambert, Kidder Peabody y Goldman Sachs se han visto sometidas a un salvaje ataque por parte del gobierno federal. No es casualidad que esas empresas sean precisamente las que han financiado las OPAs que han beneficiado a los accionistas a expensas de las ineficientes élites que constituyen la vieja guardia dirigente de las grandes corporaciones empresariales. La

campaña federal contra estas empresas y sus aliadas es la forma tradicional de devolver el golpe característica de la vieja guardia corporativa. Y si bien lo miramos, el pueblo americano, cegado por la envidia hacia los inteligentes y ricos y por un destructivo concepto de "igualdad", la aplaude jubiloso.

51.- LA COLABORACIÓN PÚBLICO-PRIVADA.

La "colaboración público-privada" es un neologismo para designar algo que es muy antiguo. Con frecuencia pasamos por alto que lo que principalmente se quiere conseguir cuando se defiende un amplio sector público es precisamente crear esas "colaboraciones" en beneficio tanto del propio gobierno como de las empresas, o más bien, de ciertas empresas y grupos que gozan del favor político.

Todos sabemos, por ejemplo, que "el Mercantilismo", el sistema económico vigente en Europa occidental desde el siglo XVI hasta el XVIII inclusive, era un sistema de Gran Gobierno con altos impuestos, una amplia burocracia y profusos controles del comercio y la industria. Pero lo que solemos ignorar es que el objetivo de muchos de esos controles era gravar y coartar a los consumidores y a la mayoría de los comerciantes y fabricantes con el fin de conceder monopolios, cárteles y subvenciones a los grupos favoritos.

El rey de Inglaterra, por ejemplo, concedió a John Jones el monopolio de la producción de la venta de todas las cartas de juego, o de la sal, en su reino. Esto significaba que cualquier otra persona que pretendiera fabricar juegos de cartas o producir sal en competencia con Jones estaba fuera de la ley y que podría ser efectivamente fusilado para asegurarle el monopolio a Jones.

A Jones le fue otorgado ese monopolio bien por ser uno de los singulares favoritos del rey, por ejemplo, por ser un primo del rey o bien por haber pagado al rey un dinero por poder explotar dicho monopolio durante cierto número de años; un dinero que en efecto era una suma descontada de las ganancias futuras que esperaba obtener del privilegio. Los reyes en aquel periodo, como ocurre con los gobiernos de cualquier otro tiempo, padecían una crónica escasez de dinero y la venta del privilegio de un monopolio era su forma preferida de recaudar fondos.

Una forma común de venta de privilegios, especialmente odiada por el público, fue la venta o externalización de la recaudación de "impuestos". Aquí, el rey, en

efecto, "privatizaba" la recaudación de impuestos mediante su venta, "externalizando" el derecho a recaudar impuestos en el reino por un número determinado de años. Piénsenlo bien: ¿Cuanto nos gustaría que, por ejemplo, el gobierno federal eliminara el *Internal Revenue Service* (IRS) [13] y vendiera o arrendase el derecho a recaudar los impuestos sobre la renta por un cierto número de años a, por ejemplo, IBM o General Dynamics? ¿Queremos que los impuestos se recauden con la eficiencia de la empresa privada?

Teniendo en cuenta que IBM o General Dynamics habrían pagado generosamente y por adelantado por gozar de ese privilegio, esas empresas tendrían un incentivo económico para ser implacables en la recaudación de impuestos. ¿Pueden imaginar cuanto odiaríamos a esas corporaciones? Nos haremos entonces una idea de lo mucho que el pueblo en general odiaba a unos recaudadores de impuestos, que ni siquiera gozaban ya de la mística de la soberanía o de la realeza a ojos de las masas.

Por cierto, a pesar de nuestro entusiasmo por las privatizaciones, deberíamos pararnos a pensar si nos gustaría que ciertas funciones del gobierno fuesen privatizadas y que se realizaran eficientemente. ¿Realmente, habría sido mejor, por ejemplo, que los nazis externalizaran Auschwitz o Belsen a Krupp o a I.G. Farben?

Estados Unidos comenzó siendo un país mucho más libre que cualquiera de Europa; ya que nació gracias a una rebelión contra los controles, los privilegios de los monopolistas y los impuestos de la Mercantilista Gran Bretaña. Por desgracia, nos empezamos a equiparar a Europa durante la Guerra Civil. Durante ese terrible conflicto fratricida, el gobierno de Lincoln, al ver que en el Congreso el partido Demócrata estaba siendo diezmado por la secesión de los Estados del Sur, aprovechó la oportunidad para impulsar el programa Estatista y de Gran Gobierno que el Partido Republicano, y su predecesor, el partido *Whig*, habían largo tiempo ambicionado.

Pero tenemos que ser conscientes de que el partido Demócrata, durante todo el siglo XIX, fue el partido del *laissez-faire*, el partido que defendía la separación del gobierno, y sobre todo del gobierno federal, de la economía y de virtualmente

13 Es el nombre de la Agencia Tributaria de Estados Unidos, la que se encarga de liquiedar y recaudar los impuestos (N. del T.).

todo lo demás. El partido *Whig*-Republicano era el partido del "Sistema Americano", de la asociación o colaboración del gobierno con las empresas.

Amparándose en las urgencias y necesidades de la Guerra Civil, la Administración Lincoln impulsó los siguientes cambios económicos radicales: una elevada tarifa proteccionista sobre las importaciones; altos impuestos especiales federales sobre el licor y el tabaco (que ellos consideraban como "impuestos al pecado"); enormes subsidios a los ferrocarriles transcontinentales de reciente creación, en dinero por milla construida y con enormes cesiones de terrenos —todo ello alimentado por un sistema de corrupción descarada—; impuestos federales; la supresión del patrón oro y la emisión de dinero fiduciario no redimible (los famosos *greenbacks* o "billetes verdes") para pagar el esfuerzo de guerra; y una cuasi-nacionalización del sistema bancario anteriormente vigente, que era relativamente libre, bajo el *National Banking System* (Sistema Bancario Nacional) creado mediante las leyes de 1863 y 1864.

De esta manera, el sistema de gobierno mínimo, el libre comercio, la no existencia de impuestos sobre el consumo, un patrón oro y la banca más o menos libre de los años 1840 y 1850 fueron reemplazados por su opuesto. Y estos cambios fueron en gran medida permanentes. Las tarifas y los impuestos al consumo se mantuvieron; la orgía de los subsidios a los anti-económicos y sobre-dimensionados ferrocarriles transcontinentales terminó cuando se hundieron en el Pánico de 1873, pero sus perniciosos efectos se dejaron sentir por largo tiempo con el lento declive del ferrocarril a lo largo del siglo XX. Hizo falta una decisión del Tribunal Supremo que declarase inconstitucional al impuesto sobre la renta (posteriormente revertida por la Decimosexta Enmienda); después de la guerra aún tuvieron que transcurrir catorce años antes de que se restableciera el patrón oro.

Y nunca fuimos capaces de deshacernos del Sistema Bancario Nacional, en el que unos pocos "bancos nacionales" autorizados por el gobierno federal eran los únicos que podían emitir billetes. Todos los bancos privados, que habían autorizado los Estados, tenían que mantener depósitos en los bancos nacionales lo que les permitía acumular una pirámide de crédito inflacionario a lomos de las reservas que tenían en los bancos nacionales. Los bancos nacionales a su vez mantenían sus reservas invertidas en deuda pública, lo que les permitía inflar activos.

El principal arquitecto de este sistema fue Jay Cooke, quien durante largo tiempo financió la corrupta carrera política del senador Republicano por el Estado de Ohio Salmon P. Chase. Cuando Chase, se convirtió en secretario del Tesoro con Lincoln, rápidamente concedió a quien era su patrón, el Sr. Cooke, el monopolio para colocar todos los títulos de deuda pública emitidos durante la guerra. Gracias a ese monopolio, Cooke se convirtió en un banquero de inversión multimillonario y llegó a ser apodado "El Magnate", al conseguir aumentar en gran medida su botín haciendo presión para que se aprobase la *National Banking Act* (Ley Bancaria Nacional), que aseguraba un mercado para sus obligaciones, puesto que los bancos nacionales podrían inflar el crédito a razón de un múltiplo de lo que tenían invertido en deuda pública.

La *National Banking Act* estaba diseñada para instaurar una entidad que estaba a medio camino de la centralización bancaria, de manera que a la vuelta del siglo XX, ya en la *Progressive Era*, las deficiencias del sistema permitieron al *Establishment* impulsar el sistema de la Reserva Federal como parte integrante del sistema general de neo-Mercantilismo, cartelización y colaboración del gobierno con la industria, impuesto durante ese mismo período. La *Progressive Era*, desde 1900 hasta la Primera Guerra Mundial, volvió a establecer el impuesto sobre la renta, las regulaciones y cárteles federal, estatales y locales, la banca centralizada, y, por último, una economía de “colaboración” plenamente colectivista durante la guerra. El escenario estaba listo para el sistema Estatista que conocemos demasiado bien.

La Administración Bush continuó la añeja tradición Republicana: siguió aumentando los impuestos, inflando, impulsando un sistema de papel-moneda fiduciario, ampliando los controles sobre el sistema de la Reserva Federal —y, gracias a él, sobre todo el sistema financiero— y maniobrando para ampliar aún más los controles y las reglamentaciones sobre los mercados de divisas y el comercio internacional.

El *Establishment* Republicano del noreste todavía sigue cartelizando, controlando, regulando, adjudicando contratos a sus empresas favoritas y rescatando a sus amigos por muy malvados y ladrones que sean. Todavía está jugando al viejo juego de la "colaboración" —y, por supuesto, que lo sigue haciendo a nuestra costa—.

52.- AEROPUERTOS CONGESTIONADOS: ¿UN FALLO DE MERCADO?

La prensa lo promociona como otro capítulo más en la historia de los interminables éxitos de "la colaboración del gobierno con las empresas". El tradicional cuento es que se plantea un problema evidente, que viene causado por las acciones abusivas y egoístas de la avaricia capitalista. Y que entonces, una sabia y previsora Agencia estatal, dotada de una profunda visión de futuro y a la que solo guía el interés público, interviene y corrige el error mediante sabias reglamentaciones que con amabilidad, pero al mismo tiempo con firmeza, doblegan las acciones privadas en aras al bien común.

El último capítulo se inició en el verano de 1984, cuando se supo que los usuarios estaban padeciendo un aumento del 73 por ciento en el número de vuelos retrasados en comparación con el año anterior. Para la *Federal Aviation Agency* (FAA) y otras Agencias del gobierno, estaba claro quién era el malo de la película. Las cuotas que habían impuesto al número de vuelos en los aeropuertos del país se habían levantado a principios del año, y, en respuesta a esta desregulación, las miopes aerolíneas, cada una persiguiendo su propio beneficio, habían programado demasiados vuelos en las horas punta más rentables del día. La congestión y los retrasos se produjeron a esas horas, en su mayor parte en los aeropuertos más grandes y más congestionados. La FAA pronto dejó claro que estaba dispuesta a imponer minuciosos límites máximos al número de despegues y aterrizajes por minuto en cada aeropuerto y amenazó con hacerlo si las aerolíneas mismas no le presentaban un plan aceptable. Ante semejante amenaza, las aerolíneas propusieron un plan "voluntario" que fue debidamente aprobado a finales del mes de octubre, un plan que impuso cuotas máximas de vuelos en las horas punta. La colaboración entre el gobierno y las empresas había supuestamente triunfado una vez más.

La realidad de la historia es, sin embargo, mucho menos loable. Desde sus inicios y hasta el año 1978, el *Civil Aeronautics Board* (CAB) impuso la cartelización del sector del transporte aéreo coaccionando a la industria, parcelando rutas para las aerolíneas favorecidas, limitando gravemente la competencia y manteniendo tarifas muy superiores al precio de libre mercado. En gran parte debido a los esfuerzos del economista y presidente del CAB, Alfred E. Kahn, la *Airline*

Deregulation Act (Ley de desregulación de las aerolíneas) fue aprobada en 1978, desregulando rutas, vuelos y precios y aboliendo el CAB a finales de 1984.

Lo que realmente sucedió es que la FAA, que anteriormente se había limitado a regular la seguridad y a nacionalizar los servicios de control de tráfico aéreo, intervino entonces para coger la antorcha de la cartelización que el CAB había perdido. Cuando el presidente Reagan despidió a los controladores del tráfico aéreo durante la huelga de la *Professional Air Traffic Controllers Organization* (PATCO) en 1981, una de sus consecuencias poco publicitadas es que la FAA intervino coactivamente para imponer vuelos máximos en los distintos aeropuertos, todo ello con el fin de racionar los escasos servicios de control del tráfico aéreo. La terminación de la crisis de la PATCO llevó a la FAA a eliminar los controles a principios de 1984, pero ahora como consecuencia la congestión los ha vuelto a traer.

Por otra parte, las cuotas están ahora en vigor en los seis principales aeropuertos. A la cabeza de quienes pedían controles se encontraba la *Eastern Airlines*, que utilizaba los aeropuertos Kennedy y LaGuardia para sus servicios y, en los últimos años, se había visto desplazada por una compañía formada con trozos de otras, la *People's Express*, cuyas operaciones habían saturado el aeropuerto de Newark, que de ser virtualmente un aeropuerto fantasma había pasado a ser uno de los seis primeros (junto con LaGuardia, Kennedy, Denver, Atlanta y O'Hare en Chicago). En la imposición de esas cuotas "voluntarias", no parece casual que los vuelos en horas punta en el aeropuerto de Newark se redujeran drásticamente (de 100 a 68), mientras que los vuelos de LaGuardia y Kennedy durante las horas punta aumentaran.

¿Pero, en cualquier caso, fue la congestión de las horas punta un caso de fallo de mercado? Siempre que los economistas ven una escasez, por su formación, inmediatamente intentan encontrar la causa en la existencia de controles de precios máximos inferiores al precio de libre mercado. Y, por supuesto, esto es lo que sucedió. Debemos darnos cuenta de que todos los aeropuertos comerciales de este país son operados por y son propiedad de los gobiernos locales, a excepción de Dulles y National, que son propiedad del gobierno federal. Y los gobiernos no están interesados, como lo están las empresas privadas, en fijar precios racionales, es decir, en unos precios que permitan obtener el beneficio máximo. Invariablemente se tienen en cuenta otras consideraciones políticas. Y

así todos los aeropuertos cobran unos ingresos por sus "franjas horarias" o "*slots*" (tiempos concedidos para maniobras de aterrizaje y despegue en sus pistas) muy por debajo del precio de equilibrio que percibirían si fueran de propiedad privada. De ahí que se produzca congestión en las valiosas horas punta y que haya pequeños aviones de particulares y de empresas privadas ocupando franjas horarias de las que se verían obviamente privados por la competencia de los grandes aviones comerciales.

La única verdadera solución a la congestión aeroportuaria es permitir que sea el mercado quien fije los precios de equilibrio, que se apliquen precios mucho más elevados para las franjas horarias en horas punta que en horas no-punta. Y esto resolvería el problema al tiempo que fomentaría la competencia en vez de restringirla con el racionamiento obligatorio que impone la FAA al infravalorar franjas horarias. Pero una tarificación racional solamente se logrará cuando los aeropuertos sean privatizados —y se vean exentos del ineficiente control político del gobierno—.

También hay otra área importante que debe ser privatizada. Los servicios de control del tráfico aéreo son un monopolio impuesto por el gobierno federal, bajo los auspicios de la FAA. A pesar de que la FAA prometió restablecer la capacidad de control del tráfico aéreo que había antes de la huelga de 1983, sigue empleando a un 19 por ciento menos de controladores de tráfico aéreo que antes de la huelga para gestionar un tráfico que es un 6 por ciento mayor.

Una vez más, la verdadera solución es privatizar el control del tráfico aéreo. No hay una verdadera razón que impida que los pilotos, las compañías aéreas y todos los demás agentes de la industria aérea sean privados, ni la hay para que de una forma u otra el control del espacio aéreo deba seguir eternamente siendo un servicio nacionalizado. Con la privatización del control aéreo, será posible enviar a la FAA donde ya está el CAB, al montón de chatarra olvidada de la Historia.

53.- EL ESPECTRO DE LA VUELTA DE LAS REGLAMENTACIONES A LA INDUSTRIA AÉREA

El Empirismo, sin una Teoría que lo respalde, es un endeble cañizo sobre el que levantar defensas para la libertad. Si un sistema regulado de líneas aéreas no "funcionara" y un sistema no regulado funcionara

aparentemente bien por un tiempo ¿Qué ocurre cuando el viento, según los datos, parece que sopla de otro lado? En los últimos meses, la congestión, los retrasos, algunos accidentes espectaculares y una ola de quiebras y fusiones de compañías aéreas han dado alas a los Estatistas y a ciertos intereses creados que nunca aceptaron la desregulación. Y así, el clamor por la vuelta de las regulaciones para las compañías aéreas se ha extendido como la pólvora.

La desregulación de las aerolíneas comenzó durante el régimen de Carter y se completó con Reagan, tanto es así que no se recortó o restringió el *Civil Aeronautics Board (CAB)* sino que fue simple y llanamente abolido. El CAB, desde su creación, había cartelizado la industria aérea fijando precios muy por encima de su nivel de libre mercado y había racionado la oferta al restringir gravemente la entrada en el sector y al asignar las mejores rutas a una o dos compañías favoritas. Unas pocas líneas aéreas recibieron el privilegio del gobierno, las tarifas se incrementaron artificialmente y a los competidores o bien se les impidió entrar en el sector o, literalmente, se les echó del negocio por la negativa del CAB a que siguieran operando.

Uno de los aspectos fascinantes de la desregulación fue el fracaso de los expertos a la hora de anticipar cómo se comportaría el mercado una vez liberalizado. Ningún economista especializado del sector del transporte predijo el rápido ascenso del sistema "*hub and spoke*" [14]. Sin embargo, el mercado operó por lo general conforme a los parámetros de la economía de libre mercado: la competencia se intensificó, las tarifas se redujeron, el número de clientes aumentó y en el mercado aéreo se generalizaron una variedad de descuentos y ofertas casi desconcertante. Casi todas las semanas, nuevas líneas aéreas

14 La mayoría de las 12 principales aerolíneas estadounidenses de pasajeros que operan desde 2001 utilizan una red de "hub-and-spoke" para dirigir su tráfico aéreo. Las palabras "hub" y "spoke" expresan muy vívidamente cómo funciona este sistema. Un "hub" o centro de operaciones es un aeropuerto central a través del que se encaminan los vuelos y los radios son las rutas que toman los aviones desde ese aeropuerto hacia los distintos ejes. La mayoría de las principales aerolíneas tienen varios de esos centros. Afirman que les permiten ofrecer más vuelos para los pasajeros. El sistema "hub-and-spoke" se convirtió en la norma para la mayoría de las principales aerolíneas después de que el gobierno federal estadounidense desregulase las líneas aéreas en 1978. Bajo el sistema de ruta directa o punto a punto utilizado antes de la desregulación, el gobierno les obligaba a volar directamente entre dos pequeños mercados. Esto dio lugar a muchos vuelos que iban rutinariamente medio vacíos, lo que supuso que las aerolíneas perdieran dinero. Hoy en día la mayoría de las aerolíneas tienen al menos un aeropuerto central por el que tienen que pasar sus vuelos. Desde ese centro, los vuelos radiales permiten a los pasajeros seleccionar distintos destinos (N. del T.).

entraban en el sector, compañías viejas e ineficientes se iban a la quiebra o se fusionaban y el mercado aéreo se afanaba en satisfacer rápida y eficientemente las necesidades de los usuarios tras décadas de embrutecedora cartelización gubernamental.

¿Así que por qué surgió, entonces, esa ola de agitación en pro de la vuelta de las reglamentaciones? (dejando de lado el deseo que tenían los antiguos integrantes de los cárteles, y los que aspiraban a serlo, por volver al mundo de privilegios especiales). En primer lugar, muchas personas olvidaron que, si bien la competencia es maravillosa para los consumidores y para la eficiencia, no proporciona ningún jardín de rosas para las empresas burocráticas e ineficientes. Después de décadas de cartelización, era inevitable que tanto las aerolíneas ineficientes como aquellas que no pudieran adaptarse con éxito a los vientos de la competencia, tendrían que desaparecer, lo que además sería algo bueno.

La conmoción y las fusiones también han reavivado una antigua falacia cuidadosamente cultivada por quienes aspiran a convertirse en miembros del cártel. Ya hay una creciente histeria según la cual el número de líneas aéreas está ahora disminuyendo con lo que estamos "volviendo" al "monopolio" o a los días del cuasi-monopolio del CAB. ¿No es un nuevo CAB necesario para "que exista competencia"? Pero esto ignora la diferencia fundamental que existe entre las empresas monopolistas, cuando son grandes empresas creadas y reforzadas por privilegios del gobierno, frente a otro tipo de empresas que se han ganado su posición dominante y son capaces de mantenerla en condiciones de libre competencia. Las empresas que medran a la sombra del gobierno son necesariamente ineficientes y constituyen una carga para el progreso; las empresas que alcanzan una posición de "monopolio" en condiciones de libre mercado existen porque son más eficientes, porque proporcionan un mejor servicio a precios más bajos, que sus competidores actuales o potenciales. Hasta si una fantasía tan absurda se hiciera realidad y, en un marco de libre mercado, hubiera en los Estados Unidos una única empresa que se convirtiera en la dominante (dado que es de suponer que no podría serlo a escala mundial), seguiría siendo esencial evitar cualquier interferencia gubernamental con una empresa de libre mercado como ésa.

Nótese, en síntesis, lo que los pro-cartelistas están diciendo: están diciendo que es vital que el gobierno imponga coactivamente un ineficiente monopolio para

evitar la para ellos sombría posibilidad de que de la libre competencia surja un monopolio eficiente en una fecha futura. Visto así, podemos ver que la vuelta a las regulaciones y a la cartelización no tiene ningún sentido, salvo para los miembros del cártel.

Más bien lo contrario; es ahora importante extender la desregulación a la esfera europea y poner fin al cártel internacional de la IATA, que ha paralizado los viajes dentro de Europa y mantenido unas tarifas aéreas exageradamente altas.

¿Qué hay de las otras consecuencias no deseadas de la desregulación: aviones llenos, retrasos, accidentes? En primer lugar, como es habitual, la competencia ha dado lugar a una reducción de tarifas y por lo tanto ha extendido los viajes aéreos al mercado de masas mucho más que antes. Esto significa que quienes solemos volar en vuelos en los que la mitad o al menos un cuarto del pasaje está formado por hombres de negocios tenemos ahora que hacer frente a vuelos en aviones totalmente llenos de estudiantes, de gentes de distintas etnias con todas sus pertenencias en Bolsas de papel y con bebés chillones. Pero si la desregulación ha acabado con los glamurosos días de antaño al hacer los viajes aéreos más asequibles, quienes queramos volver a esa época, simplemente tendremos que pagar por las variadas amenidades y viajar en primera clase o tendremos que alquilar nuestros propios aviones.

Los retrasos, los accidentes e incidentes aéreos son por completo otra historia. Sólo son "causados" por la desregulación en el sentido de que el transporte aéreo se ha visto estimulado por la libre competencia y ha crecido. El aumento de la actividad se ha encontrado con cuellos de botella, no causados por la libertad, sino por el gobierno, y esos lamentables vestigios de lo público han sido la causa de la aparición o del agravamiento de los problemas.

Hay dos dificultades principales. Una de ellas es el hecho de que en este país no hay aeropuertos comerciales de propiedad privada y gestionados por particulares; todos los aeropuertos son propiedad de los gobiernos municipales (excepto los que peor funcionan, *Dulles* y *National*, dirigidos y gestionados por el gobierno federal). El gobierno gestiona los aeropuertos de la misma forma que gestiona todo lo demás — mal—. En concreto, no hay ningún incentivo para que el gobierno fije el precio de sus servicios de forma racional. La consecuencia, es

que los aeropuertos públicos fijan unos precios para sus principales servicios y por aterrizar y despegar de sus pistas, muy inferiores al precio de mercado.

El resultado es congestión, franjas horarias insuficientes en horas punta y aeropuertos que adoptan una política de racionamiento que consiste en servir al primero que llega, lo que en la práctica asegura que aumente el número y la duración de los retrasos. Un aeropuerto privado establecería de forma racional los precios de sus pistas; elevaría los precios con el fin de maximizar sus ingresos, especialmente en horas punta, y facilitaría a las compañías aéreas la compra de intervalos horarios garantizados con lo que se expulsaría de las pistas de aterrizaje en las franjas horarias más concurridas a los aviones de particulares que comparativamente son mucho menos rentables. Pero los aeropuertos públicos no lo han hecho y siguen subvencionando el costo de las pistas, en deferencia al políticamente poderoso grupo de presión de propietarios de aviones privados.

El segundo gran obstáculo para el buen uso de las rutas aéreas es el hecho de que el importante servicio de control del tráfico aéreo ha sido nacionalizado por el gobierno federal y adscrito a su FAA (Federal Aviation Administration). Como de costumbre, los servicios laborales que proporciona el gobierno son mucho menos eficientes y sensibles a las necesidades de los consumidores que los proporcionados por empresas privadas. La hazaña del presidente Reagan cuando se enfrentó al sindicato de controladores aéreos al comienzo de su mandato ha supuesto que la gente pase por alto el hecho mucho más importante de que un servicio vital como ése haya seguido en manos del gobierno, lo que por consiguiente constituye una creciente amenaza para la seguridad de todos los que viajan en avión.

Por tanto, como sucede en todos los demás casos de control y regulación gubernamental, la cura para lograr la libertad pasa por más libertad. Medias medidas, como la desregulación, no son suficientes. Debemos tener la visión y el valor de recorrer todo el camino: en el caso de las líneas aéreas, privatizar los aeropuertos comerciales y la ocupación del control del tráfico aéreo.

54.- COMPETENCIA EN ACCIÓN: XEROX HA CUMPLIDO 25 AÑOS

Hace poco más de 25 años se produjo un acontecimiento revolucionario en el mundo de los negocios y en la sociedad estadounidense en general. Fue una revolución que se llevó a cabo sin derramamiento de sangre y sin que se ejecutara a nadie. La Xerox 914, primera copiadora sobre papel normal completamente automática del mundo, se presentó a la prensa en la ciudad de New York.

Antes existían copiadoras, pero eran engorrosas y complicadas de operar además de lentas y el producto final era un borroso desastre impreso en papel especial de color rosa de aspecto poco atractivo. El advenimiento de Xerox marcó el comienzo de la era de la fotocopia y fue tal su éxito que en diez años la marca "xerox" daba nombre a las “xerocopias” y se convertía en un término genérico de dominio público.

Mucha gente, y hasta algunos economistas, creen que las empresas grandes y altamente capitalizadas siempre pueden competir con ventaja frente a las pequeñas.

Nada podría estar más lejos de la verdad. En la era pre-Xerox, la industria de la fotografía estaba dominada, al menos en los Estados Unidos, por un gigante, Eastman Kodak. Y sin embargo, no fue ni la Kodak ni ningún otro centro de investigación de alguna gran empresa quien inventó o incluso desarrolló el proceso de Xerox. Fue inventado, en cambio, por un solo hombre, Chester Carlson, un abogado de patentes en la ciudad de New York, que hizo los primeros experimentos en la cocina de su casa de apartamentos en 1938. Carlson buscó después una empresa que desarrollase un producto comercial partiendo de su invención. Primero pensó en Eastman Kodak, pero Kodak le dijo que nunca funcionaría, que era demasiado complejo, sería demasiado costoso desarrollarlo, y, lo más notable de todo: ¡Potencialmente tendría un mercado muy pequeño! La misma respuesta le dieron otras 21 grandes empresas como IBM. Eran los "expertos". ¿Cómo podían estar todos equivocados?

Finalmente una pequeña empresa de Rochester se la jugó en el proyecto de Xerox. Haloid Co., un fabricante de papel fotográfico con ventas anuales de menos de 7 millones de dólares, compró los derechos del proceso de Carlson en

1947, gastó 20 millones de dólares y dedicó 12 años de trabajo hasta conseguir sacar al mercado la poderosa Xerox 914 en el fatídico otoño de 1959. Horace Becket, que era ingeniero jefe de la Xerox 914, explica que "*técnicamente, no parecía que sería un proyecto ganador... Lo que nosotros hicimos, no se lo podría haber permitido una gran empresa. Realmente nos la jugamos porque daba lo mismo".* Las pequeñas empresas pueden competir con ventaja y ser más innovadoras que las grandes.

Haloid Co., después denominada Haloid Xerox Co., y por último Xerox, se convirtió en una de las grandes historias de éxito empresarial y bursátil de la década de los sesenta. A principios de 1970, ya había acaparado casi todo el nuevo y enorme mercado de fotocopiadoras y en 1983 sus ingresos ascendían a 8.500 millones de dólares. Pero a mediados de la década de los setenta también Xerox se había hecho grande, se había vuelto burocrática y lenta y Japón invadió el mercado de fotocopiadoras con su exitosa copiadora Savin. Según aumentaba la competencia de nuevas empresas pequeñas la participación en el mercado que originalmente tenía Xerox cayó a un 75 por ciento en 1975, un 47 por ciento en 1980 y menos del 40 por ciento en 1982. Como comentó un analista de inversiones: "*Tenían una línea de productos que había envejecido. Fueron sorprendidos*".

En el mundo de los negocios, ninguna empresa, hasta las que son muy grandes, puede quedarse quieta por mucho tiempo. Metida en problemas, Xerox se defendió sacando hasta 10 nuevas series de su modelo "Marathon" y en 1983 la compañía aumentó su participación en el mercado de fotocopiadoras por primera vez desde 1970; y sus registros mejoraron considerablemente en 1984.

Por lo tanto, ¡Feliz cumpleaños Xerox! La historia de éxito de Xerox es un monumento a lo que un solitario inventor, brillante y decidido, puede lograr. Es un testimonio vivo de cómo una pequeña empresa puede innovar y competir con éxito frente a gigantes y de cómo una pequeña empresa convertida en gigante, puede repensar y rediseñar con el fin de mantenerse al día frente a una serie de nuevos competidores. Pero, sobre todo, la historia de Xerox es un tributo a lo que la libre competencia y la libre empresa pueden lograr, en síntesis, de lo que la gente puede hacer si se le permite pensar, trabajar e invertir y emplear sus energías en libertad. El progreso humano y la libertad van de la mano.

55.- LA GUERRA CONTRA EL AUTOMÓVIL

Una de las características más fascinantes de la escena política actual es un fenómeno sin precedentes: la amarga polarización que existe. Por un lado, ha crecido en los últimos meses un movimiento de base popular caracterizado por un odio profundo, palpable, intenso y muy extendido hacia la persona del presidente Clinton, hacia su ideología y su política, contra sus socios y contra el gobierno Leviatán de Washington.

Este movimiento es muy amplio, va desde los ciudadanos de zonas rurales a los intelectuales y profesores que de costumbre son gente moderada. El movimiento se refleja en todos los indicadores, tanto en conversaciones personales como en las actividades de las bases y en las encuestas de opinión pública.

El nuevo elemento extraño es que, por lo general, en respuesta a un movimiento popular tan intenso, el otro bando, en este caso, el gobierno de Clinton, habría suavizado sus posiciones y se habría puesto a navegar contra el viento. En cambio, aceleró imprudentemente la marcha y con ese proceder poco a poco ha estado contribuyendo a crear una virtual crisis social y lo que los Marxistas llamarían un "clima revolucionario".

La respuesta de la Administración Clinton ha sido la de tratar de suprimir, literalmente, la libertad de expresión de sus oponentes. Dos importantes ejemplos recientes: el proyecto de ley de Clinton para ampliar la definición de grupo de presión (lo que supondría su registro forzoso y otras onerosas cargas regulatorias) que incluiría prácticamente cualquier actividad política de base. Afortunadamente, este proyecto de ley de "reforma de los grupos de presión" lo pararon unos "obstruccionistas" en el Senado después de que pasara por el Congreso.

En segundo lugar, las sistemáticas acciones legales emprendidas por la Agencia Federal para la Vivienda y el Desarrollo Urbano (Federal Housing and Urban Development) para acabar con la libertad de expresión política y de asociación de quienes se oponían a los proyectos de viviendas públicas para los "sin techo" en sus barrios. Resulta que esta actividad política elemental de hombres y mujeres libres era "discriminatoria" y por lo tanto "ilegal" y el acoso legal a estos ciudadanos solamente se detuvo cuando se hicieron públicas esas duras críticas. Y aún así, la Agencia nunca admitió que su actuación fuera lesiva.

La última ofensiva totalitaria de Clinton aún no ha sido lanzada. Parece que la Casa Blanca ha creado un grupo consultivo denominado comité de la Casa Blanca para dialogar sobre el automóvil ("White House Car Talks") que tiene programado presentar sus recomendaciones de acción en septiembre. La necesidad de "dialogar sobre el automóvil", se supone que responde a la amenaza planteada al sector del automóvil por su condición de agente contaminador del medio ambiente.

El hecho de que el elemento químico demonizado, el plomo, ya se haya eliminado de la gasolina o que los repetidos requerimientos federales hayan hecho que los motores de automóvil sean más "eficientes en consumo de combustible" a expensas de una menor seguridad del vehículo, le es indiferente a esa gente. Es imposible apaciguar a un movimiento agresivo cuya aspiración es la total colectivización: las cesiones simplemente les animan y estimula su apetito por acrecentar sus demandas. Y así, para los que quieren hablar de los automóviles, la contaminación del automóvil sigue siendo una amenaza tan grave como lo ha sido siempre.

El panel del "White House Car Talks" se compone de los mismos de siempre: funcionarios del gobierno de Clinton, ecologistas, economistas simpáticos y unos cuantos títeres de la industria del automóvil. Algunas de las ideas innovadoras de las que discuten, además de aplicar impuestos más altos a los automóviles y camiones que consuman demasiado (consulta: ¿Ha habido alguna vez un auto que sorba delicadamente en vez de "engullir" combustible?) son las siguientes:

- El establecimiento de una edad mínima más alta para las licencias de conducir;
- Obligar a los conductores a renunciar a sus permisos de conducir a partir de una edad máxima;
- El establecimiento de límites máximos a la cantidad de autos que se permitirá tener a cualquier familia;
- La aplicación de días de conducción alternativos para los automóviles.

En resumen, el racionamiento coactivo de los automóviles, forzando a algunos grupos a dejar de conducir por completo y forzando a otros a dejar de usar los coches que aún les está amablemente permitido tener.

Si esto no es totalitarismo ¿Qué lo sería? Si el pueblo estadounidense está indignado porque le quitan sus armas, y desde luego que lo está, esperen a ver su reacción cuando vea que el Estado Leviatán va a venir a llevarse sus autos.

Por supuesto, el asesor de la Casa Blanca que explicó esas ideas a la prensa admitió que algunas de las "ideas más salvajes" sería desechada a su paso por la comisión del Congreso. ¿Es éso todo lo que podemos esperar que harán para defender nuestra libertad?

Mientras tanto, como de costumbre, la única crítica pública de estas reflexiones ha venido de la Izquierda, que se ha quejado de que las conversaciones sobre el automóvil no se estén desarrollando con la rapidez que ellos querrían. Dan Becker, del *Sierra Club*, se queja de que "*por cada segundo que dura este parloteo en la Casa Blanca*" cientos de galones de contaminación se están emitiendo a la atmósfera. ¿Quién sabe? Tal vez el Dr. David Kessler, al parecer director permanente de la *Food and Drug Administration (FDA)*, puede sacar una investigación que descubra que las emisiones de los combustibles son "tóxicas" y la Administración pueda prohibir circular a todos los vehículos de un día para otro.

Debemos darnos cuenta de que la guerra contra el automóvil no comenzó con el descubrimiento de la contaminación. El odio hacia el automóvil privado ha sido endémico entre la gente de Izquierda durante décadas. Apareció por vez primera con la desproporcionada histeria sobre lo que parecía ser una queja de menor importancia estética: las aletas traseras de los Cadillacs en los años 1950. La cantidad de tinta y energía empleadas en atacar los horrores de las aletas traseras fue prodigiosa.

Pero pronto se supo que la queja de los socialistas contra los automóviles tenía poco que ver con aletas traseras o con la contaminación. Lo que odian, con toda su alma, es el auto privado como medio de transporte profundamente individualista, cómodo y hasta lujoso.

En contraste con el ferrocarril, el automóvil liberó a los estadounidenses de la tiranía colectivista del transporte de masas: de verse obligados a codearse con una "sección transversal de la democracia" en el autobús o en el tren, de verse impuestos horarios y destinos fijos. En su lugar, el automóvil privado hizo a cada individuo el "rey de la carretera"; podría subirse al auto donde y cuando quisiera, sin tener que pedir permiso a sus vecinos o a su "comunidad".

Y, además, el conductor y propietario del auto podría realizar todos esos milagros confortable y lujosamente, en un ambiente mucho más placentero sin tener que codearse con sus compañeros "Demócratas" durante horas.

Y así es como empezó y se intensificó una guerra sistemática contra el automóvil particular. Si no podían quitarnos el coche sin más, en aras a la "*eficiencia en el consumo de combustible ... para reducir la contaminación*", para que disfrutemos de las alegrías del ejercicio físico y hasta por razones puramente estéticas, podrían persuadirnos y obligarnos a comprar coches más caros, más pequeños, más ligeros, y por ello menos seguros, menos lujosos y mucho menos cómodos.

Nos dejaron nuestros vehículos, aunque lo hicieron de mala gana y temporalmente, pero al menos, podrían castigarnos haciendo que nuestros desplazamientos fueran más difíciles. Pero la múltiple ofensiva que han lanzado ahora Clinton y sus seguidores —en el ámbito de la salud, en cuanto a la tenencia de armas y atacando la libertad de expresión y los derechos de los fumadores— demuestra que nunca se dan por vencidos en su afán por llevarnos al colectivismo.

A diferencia de las Administraciones que precedieron a Clinton, él mismo y sus adeptos son incansables e implacables y no se dejan nada. El lema de ayer que reza: "*Si les dejas que nos quiten nuestros cigarrillos o nuestras armas, más tarde vendrán a por nuestros autos*" nos habría parecido una absurda exageración. Hoy esa perspectiva se está convirtiendo en todo un acertado retrato de la realidad política.

LOS MISTERIOS DE LA FISCALIDAD, REVELADOS.

56.- ¿NO PAGAMOS BASTANTES IMPUESTOS?

Cada día que pasa nos aporta más pruebas, como expresara maravillosamente Bill Kauffman en *Chronicles*, de "*la enorme brecha que existe entre quienes viven en los Estados Unidos y los que gobiernan*". Quienes vivimos en los Estados Unidos estamos firmemente convencidos de que pagamos demasiados impuestos, de que el gasto público y los impuestos nos están consumiendo para mantener a un creciente y parasitario ejército de ladrones y vividores y que la expansión acelerada del Estado ha hecho que en las últimas dos décadas nuestra economía se haya estancado.

Por supuesto que las élites gobernantes que dirigen Estados Unidos, incluidos los sofisticados economistas tecnócratas que les proporcionan cobertura "científica", ven los problemas del país de una manera muy diferente. Esa élite de economistas, cuya tarea es disculpar al gigantesco Estado Leviatán y ocupar los puestos de alta dirección que tiene reservados, está, cuando menos, muy convencida y tranquila respecto de sus propios postulados de contrario: "*el problema de Norteamérica es que no se pagan bastantes impuestos*".

Frente al comprensible clamor de indignación que recibe una afirmación como ésa, la élite es sofisticada y "científica". Es típico de nosotros, como individuos torpes, estrechos de miras y "egoístas" que somos, intentar codiciosamente salvar algo de nuestro propio dinero de la depredación del recaudador de impuestos. Ellos en cambio, los integrantes de esa élite, son prudentes y preclaros; a diferencia de los que nos resistimos, que somos cortos de luces y codiciosos, ellos solamente tienen presente el bien común, el bienestar general y

llevan el interés público en el corazón. Decir que su versión del bien común coincide sospechosamente con los estrechos y egoístas intereses de los tecnócratas de la élite económica supone exponerse a recibir una de las peores acusaciones de nuestro léxico contemporáneo: el de ser conspiranoicos que escudriñan la Historia para construir teorías sobre conspiraciones varias.

A la cabeza del último desfile de "muchos" (si no todos) de los economistas que piden aumentos de impuestos a largo plazo encontramos al premio Nobel Robert M. Solow, del MIT, a Benjamin Friedman, de la Universidad de Harvard, y a Charles L. Schultze, presidente del *Council of Economic Advisers* (Consejo de Asesores Económicos) con Carter. ("*Economists See Long-Run Need to Raise Taxes*", New York Times, 27 de enero de 1992). Un estratagema familiarmente empleado por sucesivas oleadas de economistas patrios consiste en señalar a otros países, de Europa y de otras partes, cuyo porcentaje del Producto Nacional absorbido por impuestos es mayor que el del pozo estadounidense. Según ese razonamiento, ¿Por qué no apuntar a los gloriosos éxitos económicos de la Unión Soviética, en la que la producción del Estado absorbía y constituía la totalidad de los recursos de la nación?

En un contexto más cercano, la afirmación de Solow y de los demás es una reiteración de la vieja tesis de Galbraith, publicada en su éxito de ventas, "*The Affluent Society*" (1958), que analizó la realidad Americana y concluyó que el sector privado era próspero y floreciente, mientras que en su sector público, o sea el sector "socializado", había miseria y desorden. Como para Galbraith la prosperidad y eficiencia de un sector de la economía depende únicamente de los recursos que consume, terminó afirmando que el sector privado gastaba "demasiado" y el público "demasiado poco". Y por ello recomendó una masiva transferencia de recursos del sector privado al público.

Tras 24 años de seguir ese programa de transferencias, de gravar al sector privado cada vez más para alimentar al inflado sector público, ¿Cuál ha sido el resultado? ¿Cuál ha sido la consecuencia de seguir la doctrina Galbraith? Está claro: una agravada miseria del sector público, acompañada de una destacada fractura marginal en el sector privado. La respuesta de Solow, Galbraith y otros es que todavía no hemos hecho lo suficiente: que el gobierno debe recaudar más impuestos y gastar más. Si lo seguimos haciendo, el resultado final que podemos esperar es la situación económica de la Unión Soviética en 1991.

El error fundamental que se halla en la raíz de esa afirmación es la absurda idea de que el gasto público equivale en realidad a ahorro e inversión, de hecho, una forma superior de ahorro e inversión a la del sector privado. Solow y compañía están de acuerdo con los economistas de libre mercado en que un aumento en el nivel de vida sólo puede lograrse a través de un aumento del ahorro y la inversión, pero su idea de tal ahorro es colectivista y sólo se puede efectuar por medio del gasto público.

Por ello, parafraseando al New York Times, el profesor Solow tiene la osadía de concluir que "*si los estadounidenses están intentando conseguir que sus hijos vivan mejor que ellos, tienen que aprender a consumir menos, lo que significa vivir peor, ahorrar e invertir más*". Por desgracia, debido al aumento de los impuestos, ya están viviendo peor, pero ese sacrificio difícilmente ayudará a mejorar su situación futura o la de sus hijos. La concepción de Solow es muy parecida a la de Stalin, según ellos, el Estado exprime a los consumidores por medio de tributos y mantiene bajo su nivel de vida, todo en aras a un paraíso futuro que nunca se hace realidad.

Por el contrario, en una economía de libre mercado, de ahorro e inversión privados, nadie está obligado a sacrificarse, porque los que son capaces de ahorrar, desean hacerlo y quieren invertir, lo hacen, y los demás pueden consumir a sus anchas.

Así pues, el error fundamental de esta élite económica consiste en ponerle la etiqueta honorable de “inversión” a prácticamente todo el gasto público. Por el contrario, el gasto público no es "inversión" en absoluto; se trata simplemente de dinero gastado para consolidar el poder de la improductiva élite gobernante. Todo el gasto público, lejos de merecer el término "inversión", es en realidad gasto consuntivo de los políticos y burócratas. Por consiguiente, cualquier aumento de los presupuestos públicos supone dar impulso a más consumo y menos ahorro e inversión. Y lo contrario es cierto para todos y cada uno de los recortes de dichos presupuestos.

No hay nada noble, orientado al interés público o "desinteresado" en la tesis de Solow y de otros economistas del *Establishment* cuando abogan por más gobierno y más impuestos. Mas bien lo contrario.

¿Y qué hay de la inicial queja de Galbraith acerca de la prosperidad privada y miseria pública, una brecha que es aún más evidente de lo que lo era en la

década de 1950? La observación es cierta, pero la conclusión es equivocada. Si el sector público es el gran problema, no podría acaso hallarse la respuesta al problema en la muy distinta naturaleza de ambos sectores? ¿No podría ser que la respuesta consistiera en deshacerse del sector público, o por lo menos, en reducirlo drásticamente?

En resumen, si se privatizara el sector público desaparecería rápidamente esa constatable miseria. Y si alguien es escéptico, intentémoslo por un tiempo. Privaticemos el Estado, supongamos que durante diez años, y veamos qué pasa; hasta podríamos calificar esa iniciativa de "gran experimento social", realizado en pro del progreso de una "ciencia exenta de prejuicios". ¿Hay alguien dispuesto?

57.- A VUELTAS CON LAS DEDUCCIONES FISCALES.

El Liberalismo moderno funciona de forma simple pero eficaz: los socialistas ven problemas. Lo cual no es tarea difícil, teniendo en cuenta que el mundo está lleno de problemas que esperan ser descubiertos. En el corazón de estos problemas se encuentra el hecho de que no vivimos en el Jardín del Edén: hay una escasez de recursos disponibles para lograr todas las metas que deseamos.

Tenemos un problema puesto que un número X de personas que tiene más de 65 años de edad (y que las investigaciones sociológicas aún no han identificado) padece de padrastros en las uñas; y tenemos el problema de que hay más de 200 millones de estadounidenses que no pueden comprarse el BMW de sus sueños. Tras hallar el problema, el investigador de Izquierdas lo examina y se preocupa de él hasta que lo convierte en una crisis en toda regla.

El procedimiento típico es el siguiente: el progresista encuentra dos o tres casos de personas con beriberi. La televisión nos ofrece imágenes gráficas de víctimas del beriberi y nos vemos inundados de cartas pidiéndonos ayuda para vencer el temible brote de la enfermedad. Transcurridos diez años y tras gastar miles de millones de dólares de impuestos federales en la investigación del beriberi, en centros de tratamiento del beriberi, en dosis de vacunas para la prevención del beri-beri y en todo lo que hace falta, un estudio que analiza los resultados de la gran lucha demuestra el hecho potencialmente inquietante de que hay a nuestro alrededor más beriberi que nunca. La idea de que los fondos federales para el beriberi han sido una pérdida de tiempo y dinero y que ha sido hasta

contraproducente se desestima rápidamente. En su lugar, el progresista extrae la lección de que el beriberi es una amenaza aún más grave de lo que se había pensado lo que demuestra que se ha de triplicar inmediatamente la financiación federal. Y, lo que es más, señalan que ahora tenemos la ventaja de contar con 200.000 profesionales altamente capacitados para combatir el beriberi y que merced a la cuantiosa y generosa ayuda federal, están dispuestos a dedicar el resto de sus vidas a esa gran causa.

Algunos conservadores, atemorizados por la perspectiva de ser acusados de "falta de sensibilidad" y "falta de compasión" por atreverse a expresar la idea de que solucionar problemas sociales no es tarea del gobierno, adoptaron una astuta estrategia. "*Sí, sí*", estamos de acuerdo, "*nosotros también estamos convencidos de la urgencia de esa crisis social y les damos las gracias por llamarnos la atención al respecto. Sin embargo, creemos que la manera de resolver el problema no es mediante un mayor gasto público e impuestos más altos, sino permitiendo que particulares y grupos interesados gasten dinero para resolver el problema, lo que se financiaría con deducciones fiscales*".

En resumen, la crisis social se resolvería permitiendo a la gente conservar una parte mayor de su propio dinero siempre que lo gastara en: ayudar a la investigación de los padrastros de las uñas, en BMWs o en la lucha contra el beriberi. Aunque con ello se evite dar respuesta al problema filosófico fundamental, al menos permite que sea la gente quien gaste su propio dinero y que los impuestos bajen en vez de subir. Es verdad que la gente seguiría privada de su dinero pero, al menos, la deducción fiscal sería un paso positivo que dejaría al gobierno al margen y entregaría el protagonismo y la acción a la iniciativa privada.

Sin embargo en 1986 todo cambió. Los conservadores se unieron a la Izquierda y se dedicaron a criticar las deducciones fiscales al conceptuarlas como un "subsidio" (¡Como si fuera lo mismo dejar que la gente se gaste su propio dinero a darle el dinero de los demás!) y rechazarlas por constituir una "laguna legal", una brecha en el noble ideal de una monolítica uniformidad de los impuestos. En vez de intentar mantener los impuestos de la gente lo más bajo posible, reduciéndolos allí donde se pueda, ahora los conservadores adoptan el ideal de una "tributación justa", de una imposición monolítica que reparta equitativamente la carga entre todos los integrantes de la sociedad.

La Ley de Reforma Fiscal de 1986 se suponía que aportaría simplicidad a nuestras declaraciones de impuestos y nos traería equidad sin afectar a la cuantía de los ingresos totales. Pero cuando los estadounidenses finalmente consiguieron abrirse paso en la espesura de sus declaraciones de impuestos, se encontraron con que todo era tan complejo que hasta la mismísima Agencia Tributaria de Estados Unidos (el *Internal Revenue Service* o *IRS)* no podía entender lo que estaba pasando y una mayoría de contribuyentes descubrió que sus impuestos habían aumentado. Y no quedaban deducciones fiscales que le dieran consuelo.

Pero hay esperanza. Con la crisis socialista de 1988 que incrementó el número de personas sin hogar y sin recursos del año anterior, la familia de clase media-alta con dos asalariados, la columna vertebral de la Izquierda, ya no podía permitirse los servicios de guardería a los que se había acostumbrado. De ahí la exigencia, ampliamente extendida, de destinar miles de millones de dólares de los contribuyentes federales, que tienen que desemBolsar familias con relativamente bajos ingresos en las que solo trabaja un miembro, a subvencionar servicios de guardería a las familias más acomodadas en las que la madre trabaja fuera de casa. ¡El auténtico Estado del Bienestar en acción!

Sumidos en la desesperación, los conservadores —no siendo capaces de defender: (a) que este problema no debe ser competencia del Estado o (b) que los servicios de guardería infantil serían más baratos y abundantes si se abolieran las regulaciones gubernamentales que requieren mínimos de espacio, puericultoras tituladas en los locales, etc...,— recurrieron al viejo y olvidado amigo del contribuyente: las deducciones fiscales. Esas deducciones se aplicarían, no sólo a los servicios de guardería realizados por profesionales, sino también a las madres que eligieran cuidar ellas mismas a sus hijos en casa.

Esperemos que las deducciones fiscales vuelvan con toda su fuerza. Y entonces podremos recuperar la táctica perdida, no la de "cerrar lagunas", sino la de hacerlas cada vez más grandes, abrirlas a todos tanto como sea posible para hacer un boquete a los impuestos por el que pase un camión y pueda así llegar el maravilloso día en que todo el sistema de ingresos federales sea una gigantesca laguna.

58.- GASTOS DEDUCIBLES Y SUBVENCIONES

Uno de los aspectos más controvertidos (porque se trata de decenas de miles de millones de dólares) del plan de "reforma" fiscal de la Administración Reagan fue su propuesta de eliminar la posibilidad de deducir los tributos estatales y locales del impuesto sobre la renta federal. El argumento se basa en la idea de que, en virtud de la deducción, los ciudadanos de Estados con bajos impuestos están "subsidiando" a los de Estados con impuestos altos. Como se considera que los subsidios son desafortunados y no neutrales respecto del mercado, en aras a esa neutralidad y para que el sistema fiscal no altere el normal funcionamiento de un mercado libre, esos tributos deberían no ser deducibles. Los oponentes obviamente contestan que, dado que los impuestos se supone que han de recaer sobre ingresos netos, eliminar la deducción significaría que los mismos ingresos estarían tributando dos veces; una vez al gobierno federal y otra a las autoridades estatales o locales.

Pero, mientras tanto, el argumento de la subvención no ha sido suficientemente cuestionado. Los defensores de la reforma se han enzarzado en complicadas disquisiciones semánticas sobre el concepto de "subvención". Una subvención siempre ha supuesto que existe un grupo de personas gravadas cuyo dinero es transferido a otro grupo: que Pedro ha pagado tributos con los que se paga a Pablo. Pero si a los ciudadanos de New York, que están fiscalmente oprimidos, se les grava menos gracias a la deducción de impuestos ¿En qué medida están siendo "subvencionados"? Lo único que ha sucedido es que al poder deducir los impuestos están soportando un menor expolio fiscal en la propiedad que han conseguido ganar con tesón. Pero sólo se les está "subvencionando" en la misma forma en que lo hace el salteador de caminos, cuando asalta a alguien en la carretera y le permite gentilmente conservar algo de dinero para pagar el billete de autobús que le lleve a casa. ¿Cómo puede decirse que se esté "subvencionando" a alguien por el hecho de que se le permita conservar una porción mayor de su propio dinero?"

Esa conclusión solamente es admisible desde una premisa. La de quienes quieren eliminar la deducción (no sólo de los impuestos estatales y locales, sino de muchos otros gastos y "agujeros") porque para ellos el Estado es en realidad el único titular de la totalidad de nuestros ingresos y propiedades y cuando nos permite conservar una parte de ellas o nos concede aumentarlos un poco más,

nos está ilegítimamente "subvencionando". O, más específicamente, que el gobierno federal debe recaudar una cierta cantidad de impuestos de sus súbditos, que esa cantidad está de alguna manera escrita en piedra y que el hecho de que cualquier persona o grupo pague una suma inferior a cierta cantidad arbitrariamente establecida supone que otro tendrá que pagar por ella o por él. Sólo bajo ese prisma tiene algún sentido la idea de que una reducción de impuestos sea lo mismo que una subvención. Pero verdaderamente es éste un curioso argumento. No hay ninguna razón que dé respaldo a la idea de que el pago de la cantidad que resulta de repartir una gran cifra total sea tan importante que tenga que prevalecer sobre los derechos de propiedad y de las personas, frente a la idea de que las personas tienen derecho a conservar la propiedad que han ganado.

El reciente énfasis en la distribución de los impuestos, al concentrarse en la "carga justa" o en supuestos "subsidios", ha sido un dispositivo inteligente y de gran éxito para desviar la atención del público respecto del verdadero problema: que los impuestos son onerosos y opresivos para todo el mundo. La agitación por la "reforma" fiscal ha logrado desviar la atención de la gente de la necesidad de reducir los impuestos de todos a lanzar una gran cruzada para tratar de asegurar que los demás paguen su "justa parte" y que no se les "subvencione". De ese modo se anima a los ciudadanos, que vienen sufriendo desde hace mucho, a que luchen entre ellos por conseguir que sean otros quienes vean aumentados sus impuestos, en vez de mantener la solidaridad entre contribuyentes y que tengan los ojos puestos en bajar los impuestos, punto, cuando y donde se pueda. Una gran coalición de contribuyentes como ésa solamente se puede conseguir si hay un acuerdo tácito de que, con independencia de quienes sean favorecidos por un recorte de impuestos y en qué medida lo sean, ninguna persona o grupo debe sufrir un aumento de impuestos, lo que incluye todos los pagos forzosos que se hacen al Estado, llámense impuestos, tasas, ingresos, tributos, cuotas, contribuciones o "cerrar lagunas fiscales".

59.- EL IMPUESTO SOBRE LA GASOLINA

El malvado impuesto sobre la gasolina, uno de los programas favoritos de la Izquierda, está otra vez en el candelero. Después de haberlo criticado durante la campaña electoral por ser un impuesto que recae sobre la clase media, el entonces presidente electo Clinton, confesaba su sorpresa ante el hecho de que tantas lumbreras en el interregno de la "cumbre económica" defendieran la idea.

Por supuesto, no debería estar sorprendido en absoluto, ya que aunque Clinton presuma de que él ama la "diversidad" es evidente que no en la esfera intelectual. En la cumbre económica de Little Rock, los economistas y hombres de negocios allí reunidos abarcaban toda la gama de las Izquierdas (me dijeron que mi invitación la perdió Correos). Las únicas cuestiones debatidas parece que fueron: cuanto debería aumentar el impuesto sobre la gasolina —del aumento "moderado" de 50 centavos por galón sugerido por Tsongas (la corriente principal) al más estricto de un dólar o más por galón sugerido por Rivlin (por la Administración)— y en cuantos meses o años se llevaría a efecto la subida.

Los argumentos oficiales favorables al impuesto sobre la gasolina son generales (ayudan a reducir el déficit) así como específicos a dicho impuesto en particular. Entre las glorias del impuesto sobre la gasolina en sí mismo considerado, un argumento común es que el impuesto forzaría al consumidor a "ahorrar" más gasolina al poder comprar menos. Eso sin duda, pero ¿Por qué es buena idea obligar a la gente a comprar menos gasolina?

Si el gobierno federal estableciera un impuesto de 500 dólares sobre la venta de juegos de ajedrez, seguramente "ahorraríamos" en juegos de ajedrez pues la gente se vería forzada a comprar muchos menos. Pero ¿Por qué esta coacción dictatorial, que obliga a los consumidores estadounidenses a llevar un nivel de vida inferior, es considerada como algo loable en una sociedad libre?

Una de las respuestas favoritas de los defensores del impuesto es que los consumidores se verán incentivados por el impuesto a ahorrar el escaso combustible. Pero la conservación de los recursos es una de las principales funciones del sistema de precios libres. La economía de mercado se ve continuamente obligada a elegir: ¿Qué cantidad de producto X o de producto Y o de los recursos X o Y se han de producir ahora y qué cantidades hay que

“ahorrar” para producir en el futuro? No solo en el caso del petróleo y del gas, sino en todo lo demás: cobre, hierro, madera, etc...

Para cada producto o materia prima, esta "conservación", esa decisión respecto de la forma de repartir la producción a lo largo del tiempo, se lleva a cabo sin problemas y armoniosamente en un mercado libre. El precio de todos los recursos y productos se forma en el mercado por la interacción de la demanda (en última instancia, la demanda del consumidor) y la escasez relativa de la oferta. Si la oferta de X, ahora y en un futuro cercano se espera que descienda, el precio actual de X aumentará. De este modo, si se prevé que en el futuro habrá un descenso de la oferta, en el momento presente habrá un aumento del precio, lo que inducirá a los compradores a comprar menos y a los productores a extraer o fabricar más cantidad del producto en respuesta al precio más alto. No es necesario un impuesto para llevar a cabo la tarea de asignación y para negociar.

De hecho, un impuesto es una forma más torpe de afrontar el problema. En primer lugar, como el gobierno sabe muy poco y el mercado sabe mucho, el gobierno no va a acertar; de hecho, como la coacción del gobierno viene a sumarse a la acción del mercado, un impuesto está obligando a "conservar o ahorrar demasiado", a reducir la producción de un bien por debajo de su óptimo. Y en segundo lugar, a diferencia de un aumento de los precios que va a parar a los productores, un impuesto no ofrece incentivo alguno para que la oferta aumente o la productividad mejore.

¿Y por qué se supone que la gasolina necesita medidas de ahorro ajenas al mercado? Por el contrario, durante la última década, el precio real de la gasolina (corregido por la inflación) ha bajado un 40 por ciento; en definitiva una mayor abundancia en la oferta de petróleo y gas en relación con su demanda ha demostrado que no hay necesidad de preocuparse de ahorrar petróleo.

Otro argumento a favor de un impuesto sobre la gasolina es que obligará a los consumidores a utilizarla de una forma más "eficiente". Pero toda la preocupación por la "eficiencia en el consumo de combustible" es absurda y está mal concebida. ¿Por qué deberían los automóviles ser eficientes únicamente en cuanto a su consumo de combustible? La “eficiencia” tiene muchos aspectos o variantes: eficiencia por hora-hombre, la eficiencia en el uso de los neumáticos y la eficiencia en cuanto a que el coche te lleve donde quieres ir. El mercado

coordina en beneficio todas estas eficiencias de la mejor manera posible, para mayor provecho de los consumidores.

¿Por qué el fetiche del combustible? Por otra parte, las normas federales que obligan a recorrer cada vez más millas por galón ya han encarecido en gran medida los automóviles y perjudicado a su seguridad al forzarnos a comprar coches cada vez más ligeros.

Otro argumento afirma que un mayor impuesto sobre la gasolina "reduciría nuestra dependencia del petróleo extranjero". Pero, en primer lugar, el impuesto sería desalentador tanto para el uso y producción de petróleo procedente del extranjero como del nacional; y en segundo lugar, ¿No hemos demostrado, con la Guerra del Golfo Pérsico, que estamos dispuestos a utilizar la coacción más terrible hasta contra la más mínima y remota amenaza para nuestro suministro de petróleo extranjero? Y además, ¿Qué hay de malo en el libre comercio y en la división internacional del trabajo?

Probablemente el más burdo de los argumentos, aunque uno de los más comunes, es que otros países tienen un impuesto sobre la gasolina mucho mayor: Estados Unidos tiene ahora un impuesto sobre la gasolina que es "solamente" un 37 por ciento del precio de venta, mientras que en Europa Occidental el impuesto sobre la gasolina superan en promedio el 70 por ciento de su precio.

Tal vez podamos encontrar un gran número de países con una tasa más alta de tuberculosis. ¿Se supone que tenemos que darnos prisa en emularlos a ellos también? Este argumento es una variante absurda del típico argumento infantil frente a sus padres: "los padres de Jimmy le dejan estar hasta las once" o, unos años más tarde, "los padres de Jimmy le compraron un coche más grande". Entiendo que los niños utilicen un argumento como ése y lo que persiguen con ello. ¿Pero qué ganamos nosotros diciendo que otros países son aún más socialistas que el nuestro?

Hasta los medios de comunicación identifican un par de problemas con el impuesto sobre la gasolina. En primer lugar, penaliza a la población rural del Oeste, donde las distancias son grandes y los coches son conducidos mucho más que en las regiones del Este o urbanas. Una débil respuesta es que los ingresos provenientes del impuesto serán utilizados para "invertir" en carreteras de

Estados Unidos, ayudando con ello a los conductores. Pero si se invierte en carreteras, ¿Cómo van éstas a contribuir a reducir el déficit?

La segunda dificultad que se reconoce es que el impuesto sobre la gasolina, al lesionar a la amplia clase media, es "regresivo" y es, por tanto, "injusto". Esta fue la razón que dio Clinton para rechazar un impuesto más alto sobre la gasolina. Pero es de suponer que este argumento puede ser contrarrestado quitándole algún otro impuesto a la clase media o con gasto público que favorezca a la clase media (un proceso que desafía de nuevo el argumento del déficit).

El argumento general favorable al impuesto sobre la gasolina es por supuesto que reducirá el déficit; estimaciones oficiales afirman que un aumento del impuesto de 50 centavos por galón reduciría el déficit en 50 mil millones de dólares. Es extraño que los socialistas sólo se preocupen del déficit cuando pueden utilizarlo como excusa para aumentar los impuestos.

¿Cómo es que no muestran el mismo entusiasmo respecto del único sistema de reducción del déficit que funciona: el de bajar el gasto público? ¿Desde cuando ha permitido reducir el déficit el aumento de los impuestos? ¿Los enormes aumentos de impuestos de Reagan? ¿ Los de Bush? Esto con independencia de que esas estimaciones plantean un problema ya que son solamente especulaciones, puesto que nadie sabe en qué medida reducirá la gente sus compras tras cierta subida de los impuestos.

Entre la maraña de argumentos engañosos, debemos preguntarnos: ¿Por qué la izquierda muestra ese afán por aumentar los impuestos sobre los carburantes? En primer lugar, por supuesto, forma parte de la esencia del credo de la Izquierda que nunca ha habido impuesto o gasto público que no le haya gustado. Los impuestos y el gasto público quitan dinero a los productores que ellos se han ganado y transfiere recursos de los particulares a las fauces de gobierno.

En resumen, tanto los impuestos como el gasto público cumplen con el objetivo de la Izquierda Fabiana de conducir al país cada vez más cerca del Socialismo a escala completa. Esto explica su generalizada ansia por los impuestos pero ¿Por qué esa especial y persistente afición al impuesto sobre la gasolina?

Se debe a que, de todas las características de la vida moderna de Estados Unidos, la Izquierda odia en especial al automóvil. Por primera vez en la historia,

el automóvil permite a cada individuo viajar de forma barata y cómoda por su cuenta. A diferencia del transporte de masas, que los socialistas encuentran satisfactoriamente colectivo, igualitario y para el que los que las paradas y horarios vienen rígidamente fijados, el automóvil es gloriosamente individualista.

Por encima de todo, los izquierdistas detestan los coches ostentosos y lujosos que son "grandes consumidores de gasolina", coches que encarnan y glorifican los valores y el estilo de vida de la burguesía y la productividad de la clase media que los intelectuales de Izquierda, presos de un profundo resentimiento contra todos los que no son como ellos, tanto anhelan paralizar y destruir.

60.- BRUCE BABBIT Y LOS IMPUESTOS: ¿UN EJEMPLO DE CORAJE?

No hay duda de que el favorito de los medios de comunicación al comienzo de la campaña electoral para las presidenciales de 1988 fue el ex-gobernador de Arizona Bruce Babbitt. A medida que se acercaba la fecha de los *caucasus* de Iowa, los expertos de casi todos los órganos controlados por los medios del *Establishment* empezaron a respaldar seriamente su gloriosa y maravillosa candidatura alabándolo por ser un gran hombre, un hombre inteligente y valiente que había demostrado tener un enorme coraje pero sufrió la desgracia de parecerse a Ichabod Crane en la televisión.

Con tristeza, los expertos vaticinaron que las masas de Iowa carecían de la percepción y la sabiduría necesarias y no serían capaces de mirar más allá de la pantalla de televisión y ver al hombre de Estado. Afortunadamente tal vez para Estados Unidos, los expertos demostraron estar en lo cierto y el número de votantes de Bruce Babbitt apenas superó el número de sus ardientes seguidores en los medios nacionales.

¿En qué consiste el gran coraje de Bruce Babbitt tan pregonado por los medios de comunicación? La respuesta es que demostró su intrépido valor cuando, franca y abiertamente, defendió la necesidad de mayores impuestos para reducir el déficit federal. La posterior y similar galantería de Mondale en 1984 es entonces recordada. Pero si prescindimos del hecho palpable de que Mondale tenía mucho más que perder, en contraste con Bruce Babbitt, que en cualquier caso empezó con una popularidad próxima a cero, la pregunta interesante es: ¿Qué clase de "valor" es ése?

Antes se pensaba que el heroísmo y el "valor" significaban estar dispuesto a ser señalado por apuntarse, con franqueza y sin miedo, en las listas de los que se dedican a combatir a los poderosos y despóticos poderes establecidos. ¿Podemos realmente llamar "valor" cuando un Mondale o un Babbitt reclaman abiertamente del aparato estatal que aumente aún más la indignante y parasitaria rapiña del dinero ganado con esfuerzo por los ciudadanos norteamericanos honestos y productivos? Demandar una subida de impuestos es el equivalente moral de algún teórico de Uganda, que hace unos años instaba públicamente a Idi Amin para que aumentase su pillaje y su despotismo aún más o el de un *consigliere* mafioso que aconsejara al *capo* añadir un diez por ciento extra a la "cuota de protección" impuesta a las tiendas de barrio. Podemos pensar en muchos nombres para este tipo de actividad, pero "valor" no es sin duda uno de ellos.

Se podría objetar que, después de todo, un político que reclama impuestos más altos no sólo está imponiendo sufrimiento a otras personas; él mismo como contribuyente también tendrá que soportar las mismas privaciones que los demás ciudadanos. ¿No hay, pues, una especie de nobleza, aunque mal guiada, cuando se nos pide que nos “apretemos el cinturón” y nos sacrifiquemos por el bien común?

Para responder a esta pregunta, debemos darnos cuenta de una verdad vital que se ha mantenido siempre discretamente escondida a una ciudadanía agobiada por los impuestos. Y es la siguiente: en contraste con el elaborado mito que se le ha inculcado, los políticos y los burócratas no pagan impuestos. Tomemos, por ejemplo, un político que recibe un sueldo de, digamos, 80.000 dólares; asumamos que presenta debidamente su declaración de impuestos y paga 20.000 dólares. Tenemos que darnos cuenta de que, en realidad, no paga 20.000 dólares en impuestos; sino que es simplemente un perceptor neto de impuestos por importe de 60.000 dólares. La noción de que paga impuestos es simplemente una ficción contable, diseñada para engañar a la ciudadanía haciéndola creer que él y el resto de nosotros estamos legalmente en el mismo plano moral y económico. Él no paga nada; simplemente saca 60.000 dólares al año de nuestros bolsillos. La única virtud de los empleados de Naciones Unidas es que están franca y abiertamente exentos de pagar cualquiera de los impuestos que recauda cualquier nación-estado, lo que simplemente hace que

su posición sea la misma que la de otros burócratas nacionales, excepto que la suya no está camuflada y se presenta tal cual es, sin adornar.

El mismo principio se aplica también a los impuestos sobre las ventas o sobre la propiedad o a cualquier otro impuesto. Los burócratas y los políticos no los pagan; simplemente se restan de las transferencias netas que ellos mismos se atribuyen y que corren de cuenta del grueso de los contribuyentes.

Por desgracia, en la política estadounidense actual, estamos atrapados entre proveedores de falsas opciones: los "valientes" que reclaman subidas de impuestos y los *supply-siders,* economistas del lado de la oferta, que dicen que no hay nada realmente malo en los déficits, y que deberíamos aprender a relajarnos y a disfrutar de ellos . Parecen haber olvidado que hay otro camino probado y cierto, y quizás mucho más "valiente", de reducir los déficits y que consiste en cortar el gasto público.

Parecería vergonzosamente trivial mencionarlo, de no ser porque, de alguna manera, esta alternativa se ha perdido en el agujero de la memoria Orwelliano. "*Pero ¿Dónde recortarías gastos?*", pregunta el astuto crítico, con la esperanza de conseguir que nos quedemos atascados en confusas minucias acerca de si se ha de eliminar o no cierta ayuda de 50.000 dólares a algún grupo de teatro de vanguardia de New Jersey.

La respuesta correcta es: donde sea; quizás solamente se pueda hacer justicia a semejante tarea metiendo el hacha. Con una reducción inmediata y lineal del 50 por ciento literalmente en todos los gastos; eliminando al azar cualquier organismo gubernamental; con una reducción lineal del presupuesto hasta equipararlo al aprobado en tiempos de algún presidente anterior —cuanto más atrás en el tiempo, mejor—; de entrada, todo eso estaría bien. Lo importante es adoptar el espíritu, la mentalidad; un presupuesto equilibrado será el menor de los maravillosos resultados que se seguirán de ello.

61.- ¿UN ÚNICO IMPUESTO PLANO O APLANAR AL CONTRIBUYENTE ?

Los Hosannas llegaron de todas partes del espectro académico —de la Izquierda, de la Derecha y del Centro— elogiando el borrador del plan del Tesoro de 1986 por suponer un acercamiento al ideal de un "impuesto

único" (dado que dicho plan requiere de tres tipos de gravamen distintos en el impuesto sobre la renta se le ha denominado “impuesto plano con baches”). [15]

Esta casi unanimidad no debe sorprendernos, porque un impuesto plano seduce a una parte del mundo académico formado por una clase de persona a la que, con independencia de su ideología, le gusta tratar a los demás como si fueran peones de un tablero de ajedrez que ellos pueden mover a su antojo. Por su vocación para la ingeniería social, el gran historiador suizo del siglo XIX Jacob Burckhardt, calificó de "*terribles simplificadores*" a esos intelectuales. La etiqueta se aplica maravillosamente a la legión de partidarios del *flat-tax* porque uno de sus principales argumentos es que reemplazaría a nuestro desconcertante mosaico de leyes impositivas con una única ley de limpia simplicidad y del tamaño de una postal".

Por desgracia, esta propuesta simplificadora no es resultado de un estallido de inteligencia clarificadora sino de una ingenuidad infantil. Pero nuestros "*terribles simplificadores*" no se detienen para preguntarse por qué las leyes tributarias son tan complicadas. A nadie le gusta la complejidad por sí misma. Hay una buena razón para la complejidad actual: es el resultado de una miríada de individuos, grupos y empresas que hacen todo lo que pueden para escapar al impuesto sobre la renta.

Y, en contraste con la visión del académico partidario del *flat-tax* que se burla de todos los demás grupos que no sean el suyo por considerarlos esclavos de oscuros intereses especiales, no hay nada malo en este proceso por más que, con frecuencia, sea un tanto desordenado. Son personas que simplemente, e incluso podríamos decir que admirablemente, están intentando retener una parte del dinero que han duramente ganado y que tratan de impedir que les sea arrebatado y acabe en las fauces del recaudador de impuestos.

Y estas personas ya han descubierto lo que parece que no sabe ninguno de nuestros estudiosos de la fiscalidad: que hay cosas en esta vida peores que la complejidad y una de ellas es pagar más impuestos. La complejidad es buena si te permite conservar una cantidad mayor de tu propio dinero.

---

15 *A flat-tax with bumps.* El impuesto sobre la renta de tipo único se denomina en inglés “Flat Tax” cuyo significado literal es 'impuesto plano', de ahí el juego de palabras expresado en la alusión a los baches (N. del T.).

En efecto, en nombre de esa sagrada simplicidad, los partidarios del *flat-tax* están alegremente dispuestos a imponer enormes pérdidas a un número muy grande de individuos y empresas:

AUMENTANDO el impuesto sobre las ganancias de capital para tratarlas como renta, paralizando el ahorro y la inversión, particularmente en empresas nuevas y en desarrollo. Una de las cosas que ha impedido que la economía inglesa se haya ido por completo abajo es que Inglaterra, a pesar de su muy lesivo y elevadísimo impuesto sobre la renta, no tiene ningún impuesto sobre las ganancias de capital.

ELIMINANDO la amortización acelerada, destruyendo así una excelente reforma fiscal de 1981 que permitió a las empresas depreciar rápidamente y reinvertir. Este cambio afectará particularmente a los sectores industriales que precisan de fuertes inversiones en capital, que ya tienen problemas económicos.

ELIMINANDO o RESTRINGIENDO las deducciones en el impuesto sobre la renta de los pagos por hipotecas, además de tratar a los propietarios como si percibieran rentas, por las rentas "imputadas", esto es, por unas rentas que habrían pagado, de haber sido inquilinos en vez de propietarios. Este doble golpe a los propietarios es tan políticamente explosivo que probablemente no pasará —pero ésa es la intención de los defensores del *flat-tax*—. Desgraciadamente los que se vean gravados por ingresos "imputados" no podrán pagar sus impuestos en forma "imputada". Tendrán que pagar al tío Sam en dinero de curso legal.

ELIMINANDO las deducciones por el agotamiento del petróleo, una manera ordenada de enviar a la industria petrolera a una depresión. Los académicos que respaldan el impuesto único persisten en considerar los pagos por depreciaciones y las deducciones por agotamiento como "subsidios" a los capitalistas y a las compañías petroleras o mineras. Sin embargo, no son subsidios, son maneras de permitir que estas empresas puedan conservar una porción mayor de su propio dinero, algo en lo que al menos los académicos que defienden la libre empresa deberían creer. Además, se supone que el impuesto solamente grava los ingresos y no el patrimonio, o sea la riqueza acumulada; un gravamen que recae sobre "ingresos" que constituyen una mera pérdida del valor capital (ya sea por depreciación o agotamiento) es en realidad un impuesto sobre el capital o sobre la riqueza.

ELIMINANDO las deducciones fiscales por pagos médicos no asegurados o pérdidas por accidente o incendio. ¿Se hace uno ahora idea de por qué se dice a veces que los economistas "no tienen corazón"?

Téngase en cuenta que, a diferencia de algunos economistas del bienestar, no soy en modo alguno esclavo del ideal del "óptimo de Pareto" (el concepto de que ninguna actuación pública o del gobierno debe imponer una pérdida a alguien). Estoy dispuesto a abogar por medidas radicales que impongan pérdidas a algunas personas, pero sólo para lograr un aumento sustancial de la libertad. ¿Pero admitir pérdidas graves solamente en aras a la simetría ?!

Nos quedamos con el argumento final de la simplicidad: que el impuesto único nos permitirá a todos prescindir de abogados y contables. Un poderoso señuelo, tal vez, pero falaz en muchos sentidos. En primer lugar, los contribuyentes que quieran simplicidad pueden tenerla ahora: ya hay formas simplificadas de declaración tributaria. Dos tercios de los contribuyentes estadounidenses ya las utilizan.

El resto de nosotros que luchamos con complejos formularios de declaración lo estamos haciendo por una buena razón: para pagar menos impuestos. En segundo lugar, aquellos de entre nosotros que tenemos nuestros propios negocios, incluyendo el negocio de escribir y dar conferencias, no disfrutaremos de ninguna reducción en la complejidad de nuestras tareas; seguiremos en buena medida luchando para ver cual podría ser la ganancia (o pérdida) neta de nuestro negocio. Nada de esto cambiará bajo el reinado de los Simplificadores.

Y, finalmente, hay, una vez más, una buena razón para pagar con nuestro dinero a abogados y contables. Gastar dinero en ellos no es más desperdicio social que el dinero que dedicamos a comprar cerraduras, cajas fuertes o vallas. Si el crimen no existiera, el gasto en medidas de seguridad sería un desperdicio, pero el crimen existe. Del mismo modo, pagamos a abogados y contables porque, como las vallas o las cerraduras, son nuestra defensa, nuestro escudo frente a la Inspección tributaria.

Hace muchos años, mi amigo y mentor Frank Chodorov, durante la época de McCarthy, escribió: "*la forma de lograr que no haya Comunistas en puestos del Estado consiste en eliminar esos puestos*". De igual modo, la manera de deshacerse de los impuestos, de los abogados y contables, es aboliendo el impuesto sobre la renta. ¡Eso sí que sería de verdad Dulce Simplicidad!

62.- EL *POLL TAX* DE LA SEÑORA THATCHER

Disturbios en las calles; protestas contra un gobierno odiado; policías arrestando a manifestantes. Una historia familiar en estos días. Pero de repente nos damos cuenta de que las protestas están dirigidas, no contra una odiada tiranía comunista en Europa del Este, sino contra el régimen de la señora Thatcher en Gran Bretaña, hipotéticamente, el parangón de la libertad y del libre mercado. ¿Que está pasando aquí? ¿Sucede acaso que en la Europa del Este, los manifestantes anti-gubernamentales son heroicos luchadores por la libertad mientras que en Occidente no son más que lunáticos anarquistas y gamberros enajenados?

Los disturbios anti-gubernamentales de Londres de finales de marzo fueron, hay que decirlo, unas revueltas contra los impuestos e, indudablemente, un movimiento de oposición a los impuestos no puede ser del todo malo. Pero, ¿En el fondo, no fue el movimiento de protesta fruto de las exigencias de los envidiosos que querían que el impuesto lo pagaran los ricos y la hostilidad hacia el nuevo impuesto de la Sra. Thatcher una protesta por haberse negado ésta a establecer una tributación niveladora que igualase a todos?

En realidad, no. No hay duda de que el nuevo "*community charge*" de Thatcher fue un experimento audaz y fascinante. En los últimos años los gobiernos locales, en muchos casos refugios del Partido Laborista, o sea de la Izquierda, se han lanzado a un gasto desbocado. Como en el caso de los gobiernos locales estadounidenses, en Gran Bretaña la mayor parte de los ingresos públicos locales proceden del impuesto sobre la propiedad (denominado "*rates*" en Gran Bretaña) que se aplica proporcionalmente al valor de las propiedades.

Mientras que en Estados Unidos, los economistas conservadores tienden a considerar ideal y "neutral" para el mercado a la tributación proporcional (especialmente sobre la renta), los thatcheristas parece que han comprendido la falsedad de esta posición. En el mercado, la gente no paga por los bienes y servicios en proporción a su renta. David Rockefeller no tiene que pagar 1.000 dólares por una barra de pan por la que los demás pagamos 1,50 dólares. Por el contrario, en el mercado existe una fuerte tendencia a que un bien tenga el mismo precio; un bien, un precio. Sería mucho más neutral para el mercado, de hecho, no que todos pagasen el mismo impuesto en proporción a sus ingresos, sino el mismo impuesto que todos los demás, punto. Todos deberían pagar el

mismo impuesto. Además, puesto que la democracia se basa en el concepto de un hombre o una mujer, un voto, parece justo aplicar el principio de un hombre, un impuesto. Igualdad de voto, mismos impuestos.

El concepto de un impuesto igualitario por cabeza se llama "*poll tax*" y la Sra. Thatcher decidió poner de rodillas a los gobiernos locales legislando la abolición de los “rates” locales y su reemplazo por un *poll tax* sobre cada persona adulta, denominándolo eufemísticamente: "*community charge*". De modo que, al menos a nivel local, no pagarían impuestos solamente los ricos sino todos por igual, el impuesto sobre la propiedad habría sido sustituido por un impuesto igualitario.

Pero el nuevo impuesto tiene varios defectos profundos. En primer lugar, sigue sin ser neutral para el mercado, ya que —y ésta es una diferencia crucial— los precios de mercado los paga voluntariamente el consumidor que compra un bien o servicio, mientras que el pago del impuesto (o "carga") se exige coactivamente a cada persona, aunque el valor de los "servicios" que el gobierno preste a esa persona sea mucho menor que la carga o incluso sea negativo.

Y no queda ahí la cosa porque el *poll tax* es una carga que se recauda por el mero hecho de que una persona exista y a menudo tiene que ser perseguida con gran costo para obligarla a pagar el impuesto. Hacer tributar a un hombre por existir parece implicar que el gobierno posee a todos sus sujetos, en cuerpo y alma.

El segundo gran fallo del impuesto está ligado al problema de la coacción. Es ciertamente heroico que la Sra. Thatcher pretenda eliminar el impuesto sobre la propiedad y sustituirlo por un impuesto igualitario. Pero ella parece haber perdido de vista el aspecto esencial del impuesto igualitario, el que le proporciona su particular atractivo. Porque la auténtica virtud de un impuesto igualitario es que para que la gente lo pueda pagar, la fiscalidad pre-existente a dicho impuesto tiene que verse drásticamente reducida.

Supongamos, por ejemplo, que nuestro actual impuesto sobre la renta federal se cambiara repentinamente y se convirtiera en un impuesto igualitario que pagaran todos. Esto significaría que la persona corriente, y particularmente la persona con bajos ingresos, de repente se encontraría con que estaría pagando muchísimos más impuestos al año —alrededor de 5.000 dólares—. De modo que el gran atractivo del impuesto igualitario es que obligaría necesariamente al gobierno a reducir drásticamente sus impuestos y sus gastos. Por lo tanto, si el

gobierno de los Estados Unidos instituyese, digamos, un impuesto universal e igual de 10 dólares al año, limitándolo a la magnífica suma de 2 mil millones anuales, todos viviríamos bastante bien con el nuevo impuesto y ningún defensor de la igualdad se molestaría en protestar porque los ricos no pagasen impuestos.

Pero en lugar de reducir drásticamente el monto de los impuestos locales, la Sra. Thatcher no impuso tales límites y dejó que el gasto y los impuestos locales siguieran siendo tan altos como antes. Los gobiernos locales, tanto del partido conservador como del laborista, decidieron subir sustancialmente sus niveles impositivos, de modo que el ciudadano británico corriente se vio obligado a pagar aproximadamente un tercio más en impuestos locales. ¡No es de extrañar que hubiera disturbios en las calles! El único enigma es por qué los motines no fueron más graves.

En resumen, lo bueno del impuesto igualitario es que puede ser utilizado como palanca para forzar una enorme bajada de Impuestos. Incrementar los niveles de los impuestos después de igualarlos es absurdo: una invitación abierta a la evasión y a la revolución fiscal. En Escocia, donde el impuesto igualitario ya había entrado en vigor, no hubo multas por falta de pago y se estima que un tercio de los ciudadanos se negaron a pagarlo. En Inglaterra, donde si que se forzó el pago, la situación fue más complicada. En cualquier caso, no es de extrañar que la popularidad del régimen de Thatcher cayera a mínimos históricos. La gente de Thatcher está ahora hablando de poner topes a los impuestos locales, pero no basta con eso: si quieren conservar el *poll tax* las reducciones drásticas son una necesidad política y económica.

Por desgracia este problema de fiscalidad local es característico del régimen de Thatcher. El Thatcherismo es demasiado similar al Reaganismo: retórica de libre mercado enmascarando contenido Estatista. Mientras que Thatcher ha participado en alguna privatización, los porcentajes de gasto público e impuestos en relación al PNB han aumentado a lo largo de su régimen y la inflación monetaria ha llevado ahora a una inflación de precios. El descontento, por lo tanto, ha aumentado y el aumento de los impuestos locales ha sido la gota que colma el vaso. Me parece que un criterio mínimo para que un régimen pueda recibir el galardón de "pro-mercado libre" es que reduzca el gasto total, reduzca en general los impuestos e ingresos públicos y ponga fin a su propia creación

inflacionaria de dinero. Aún utilizando un criterio sin duda modesto como ése, hace décadas que ninguna Administración, Británica o Estadounidense, se clasifica como tal.

63.- ESCAPAR A LA DAMA DE HIERRO

La salida de la señora Thatcher del gobierno británico estuvo a la altura de lo que fue todo su reinado: mucha fanfarronería retórica ("la Dama de hierro nunca dimitirá") acompañada de muy poca acción concreta (la Dama de Hierro partió rápidamente).

Su retórica hizo que por primera vez en medio siglo las ideas del libre mercado volvieran a ser respetables en Gran Bretaña y es ciertamente gratificante ver a los estimables miembros del *Institute of Economic Affairs* de Londres convertirse en el laboratorio de ideas más reputado de Gran Bretaña. También es en gran parte mérito de la Era Thatcher que el Partido Laborista se haya desplazado hacia la derecha y que haya en gran medida abandonado su ideología socialista y que los británicos hayan decididamente abandonado su psicosis post-Depresión ante la perspectiva de que algún día la tasa de desempleo superase el 1 por ciento.

Sin embargo, los logros de Thatcher son una historia bien distinta, tienen sus luces y sus sombras. En el lado positivo, hubo muchas privatizaciones, incluida la venta de viviendas públicas a sus inquilinos, que convirtieron a los antiguos votantes laboristas en propietarios conservadores. Otro de sus éxitos fue que consiguió acabar con el enorme poder de los sindicatos británicos.

Por desgracia, los éxitos económicos de Thatcher se ven más que compensados por el hecho de que el Estado al terminar la era Thatcher fuera una carga parasitaria sobre la economía y la sociedad británicas mayor de lo que lo fue cuando ella asumió el cargo. Por ejemplo, nunca se atrevió a tocar la vaca sagrada de la medicina socializada, el *National Health Service (NHS)* o Servicio Nacional de Salud. Por eso y por muchas otras razones, el gasto y los ingresos del gobierno británico son más generosos que nunca.

Además, a pesar de la insistencia de la señora Thatcher en criticar al Monetarismo, sus éxitos iniciales contra la inflación se han invertido y la expansión monetaria, la inflación, los déficits públicos y el desempleo que los acompaña son más altos que nunca. La señora Thatcher dejó el cargo, después

de once años, en medio de una vergonzosa recesión inflacionaria: con una inflación de 11 por ciento y un 9 por ciento de desempleo. En resumen, el historial macro-económico de la señora Thatcher era lamentable.

Para colmo, su error decisivo fue sustituir los impuestos locales sobre la propiedad por un impuesto igualitario por cabeza (un "impuesto electoral o censal"). En Inglaterra, a diferencia de lo que pasa en Estados Unidos, el gobierno central controla los gobiernos locales, muchos de los cuales están gobernados por la Izquierda laborista y tienen un gasto descontrolado. El impuesto igualitario se diseñó para frenar el gasto desbocado de los gobiernos locales.

En vez de ello, ocurrió lo que era de esperar. Por lo general, los gobiernos locales aumentaron sus gastos e impuestos, gravaron ferozmente con el *poll tax*[16] a los pobres y a la clase media y después culparon al régimen de Thatcher de la subida de impuestos. Por otra parte, en toda esta maniobra, los thatcheristas olvidaron que la gran ventaja de un impuesto igualitario es precisamente que los impuestos tienen que verse drásticamente reducidos para que los más pobres puedan pagarlos; elevar el impuesto igualitario por encima del antiguo impuesto sobre la propiedad, o permitir que subiese más, fue una especie de locura económica y política y la señora Thatcher recibió el castigo que merecía por su egregio error.

¿Por qué entonces el gobierno de Thatcher, al aprobar el impuesto igualitario para las Haciendas Locales, no estableció directamente el tipo de gravamen del impuesto para cada población de modo que fueran drásticamente más bajos? En ese caso la mayoría de los británicos habría dado la bienvenida al impuesto censal en lugar de combatirlo. La respuesta Thatcherista es que en ese caso el gobierno central tendría que haber asumido la financiación de competencias del gobierno local como la educación, lo que habría necesitado de un aumento de los impuestos o del déficit del Estado.

Pero eso no hace más que llevar el análisis un paso más allá: ¿Por qué no estaba preparado el gobierno de Thatcher para reducir drásticamente ese gasto, que estba casi tan hinchado como en Estados Unidos? Claramente, la respuesta es que o los Thatcheristas no creyeron realmente en su propia retórica o no

16 En el Reino Unido, el gobierno de la primera ministra Margaret Thatcher, implementó un impuesto personal, el *Community Charge* –más conocido como *poll tax*– para reemplazar a los impuestos locales (wikipedia.org) (N. del T.).

tuvieron agallas para plantear la cuestión. En cualquier caso, la señora Thatcher se merecía su eventual destino.

Hay un área en la Macro-economía en la que sí que tenemos que lamentar la salida de la Sra. Thatcher: la suya fue la única voz que se alzó contra la creación de dinero por el Banco Central Europeo y la emisión de una nueva unidad monetaria europea. Lamentablemente, y en especial desde que despidió a su asesor económico y monetario Sir Alan Walters, la señora Thatcher no consiguió convencer al exponer las razones de su oposición a este nuevo orden, al anclarlas únicamente y de forma irritante y arrogante en la gloria nacional británica que no podía quedar subordinada a «Europa». Por ello, se convirtió en una obstruccionista anti-europeísta de mente estrecha que se oponía a lo que se presentaba como una «Europa unida» ilustrada y beneficiosa.

El problema en casi todos los análisis de la nueva Comunidad Económica Europea es la habitual confusión entre Estado y sociedad. Social y económicamente, en la medida en que la nueva Europa sea un vasto espacio de libre comercio y de inversión de capital libre, este nuevo orden será del todo benéfico: al expandir la división del trabajo, la productividad y el nivel de vida de todas las naciones participantes. Por desgracia, la esencia de la nueva Europa no será su zona de libre comercio, sino una nueva y gigantesca burocracia estatal, con sede en Estrasburgo y Bruselas, dedicada a controlar, regular e "igualar" por la fuerza por medio de una fiscalidad que hará que aumenten los impuestos en los países cuya presión fiscal es más baja.

Y el peor aspecto de esta Europa unida es precisamente la cuestión sobre la que la señora Thatcher puso el foco: el dinero y la banca. Si bien los Monetaristas están equivocados al preferir para Europa (o el mundo) un dinero de tipo fiduciario nacionalmente fragmentado en vez de un dinero internacional como el oro, tienen razón al advertir los peligros del nuevo sistema. Porque el problema es que la nueva unidad monetaria no será, por supuesto, un dinero metálico originado en el mercado, como el oro, sino un papel moneda fiduciario emitido por un gobierno supranacional. De modo que el resultado de este modelo neo-Keynesiano será un dinero fiduciario inflacionario, cuya emisión será controlada por el Banco Central de la región, es decir, por el nuevo gobierno europeo.

Esta colaboración permitirá a los Bancos Centrales de Estados Unidos, Gran Bretaña y Japón colaborar con el nuevo Banco Central Europeo y así avanzar

rápidamente hacia el viejo sueño Keynesiano: un Banco Central Mundial que emita una nueva unidad monetaria mundial, una unidad monetaria de papel de tipo fiduciario. Y entonces, cuando el dinero del mundo y la Macro-economía estén completamente a merced de una inflación mundial controlada centralmente por los omniscientes y auto-proclamados maestros Keynesianos, sí que vamos a estar verdaderamente ocupados. Es lamentable que la señora Thatcher no expresara su oposición a la nueva Europa monetaria en esos términos.

64.- LA CRISIS PRESUPUESTARIA

En política el otoño, no la primavera, es la temporada tonta. Cuántas veces hemos visto la farsa a medida que se acerca la fecha de la crisis del mes de octubre, de la "cumbre" presupuestaria entre el Ejecutivo y el Congreso, y cuantas veces hemos oído las lamentables quejas de socialistas y centristas ante la posibilidad de que esos estupendos, esforzados y dedicados "empleados federales" disfruten de un permiso sin sueldo, lo que por desgracia no significa que los vayan a dejar en una playa para que se abran camino en el productivo sector privado. El pavoroso permiso supone que durante unos días, el oprimido contribuyente conservará un poco más de su propio dinero, mientras que los trabajadores federales tendrán la rara oportunidad de emplear sus esfuerzos sin costo para los contribuyentes: una oportunidad que estos burócratas invariablemente parecen pasar por alto.

¿Se les ha ocurrido a muchos ciudadanos que, por unos pocos y benditos días de cierre federal, el mundo no se acaba? Que las estrellas siguen su curso y cada uno continúa con su vida cotidiana como antes.

Me gustaría ofrecer una propuesta modesta, que nos permita ver con exactitud cómo de vital para nuestra supervivencia y prosperidad es el Leviatán de nuestro gobierno federal y cuánto estamos verdaderamente dispuestos a pagar para su mantenimiento y conservación. Intentemos un gran experimento social: durante un año, un año de jubileo estimulante, dejemos sin sueldo, al *Internal revenue Service (IRS)* y a las demás funciones del Departamento del Tesoro que recaudan ingresos.

Es decir, durante un año, suspéndanse todos los impuestos federales y no se emita ni pague ninguna deuda pública, ni siquiera se pagarían intereses de la

deuda ya existente ni se reemBolsaría el principal. Y entonces veamos cuanto está dispuesto a pagar el pueblo estadounidense pura y voluntariamente.

Hagamos que esas contribuciones voluntarias sean estrictamente anónimas, de modo que no haya ningún incentivo para que las personas y las instituciones obtengan puntos a favor de los federales gracias a sus actuales donaciones voluntarias. No permitamos el traspaso de fondos o la existencia de superávit presupuestario, de modo que cualquier gasto federal del año —incluida la penosa aprobación por los estadounidenses del techo anual para el gasto público— se lleve a cabo estrictamente con cargo a los ingresos del año siguiente.

Sería entonces fascinante ver cuánto está realmente dispuesto a pagar el pueblo americano, cuánto piensa que el gobierno federal vale realmente la pena, cuánto le convencen en realidad todos los inconvenientes: el espectro de que se desmoronen los caminos, de que se aborte la cura del cáncer, las invocaciones a favor del "bien común", del "interés público", la "seguridad nacional", por no hablar de las estratagemas favoritas de los economistas como las "externalidades" y los "bienes públicos".

Sería aún más instructivo permitir que los distintos contribuyentes anónimos pudieran decidir a qué específico gasto de los distintos servicios o agencias desean que se destinen sus fondos. Sería aún más divertido ver a las diferentes agencias compitiendo entre sí y empleando, a veces, publicidad insidiosa, y, otras, veraz: "*No, no, no contribuyáis para mantener a esos vagos del Departamento de Transporte (o lo que sea) dadnos el dinero a nosotros*". Por una vez, la propaganda del gobierno podría hasta resultar aleccionadora y gratificante.

El precedente ya está establecido: si es correcto y legítimo que el presidente Bush y su gobierno pidan dinero a Japón, Alemania y a otras naciones para financiar nuestras aventuras militares en el Golfo Pérsico ¿Por qué no se les debería obligar, al menos por una vez, durante ese glorioso año, a pedir dinero al pueblo americano, en vez de empuñar su garrote como hacen habitualmente?

La crisis de las autorizaciones al techo de gasto de 1990 destaca algunos aspectos sugestivos pero descuidados del pensamiento colectivo sobre el presupuesto. En primer lugar, todos hablan de "repartir equitativamente las cargas", de la "necesidad de soportar el dolor", etc... ¿Cómo es que es al

gobierno, y solamente al gobierno, a quien se asocia regularmente con infligir sistemáticamente dolor?

Al contemplar las actividades de *Sony* o de *Proctor and Gamble* o de un sinnúmero de otras empresas privadas ¿Nos preguntamos cuánto dolor se proponen infligirnos el próximo año? ¿Por qué es el gobierno, y sólo el gobierno, quien es asociado regularmente al dolor: como el jamón a los huevos o ... la muerte a los impuestos? Tal vez deberíamos empezar a preguntarnos por qué el gobierno es sinónimo de dolor y si realmente necesitamos una institución que se dedica a causar, imponer y administrar dolor y sufrimiento a escala masiva. ¿No hay mejor manera de gestionar nuestros asuntos?

Otra nota curiosa: ahora forma parte de la ortodoxia aceptada por nuestro *Establishment* socialista —y de centro— que los impuestos tienen que subir, sin importar donde nos hallemos en el ciclo económico. Tan fuerte es ese artículo de fe que el hecho de que ya estemos inmersos en una recesión (y los observadores inteligentes no tienen que esperar a que el *National Bureau of Economic Research* nos lo anuncie retroactivamente) no parece hacer mella alguna en sus ansias por aumentar los impuestos.

Y sin embargo, no hay ninguna escuela de pensamiento económico, ya sea Neoclásica, Keynesiana, Monetarista o Austriaca, que abogue por aumentar los impuestos en una recesión. De hecho, tanto los Keynesianos como los Austriacos abogan por recortar impuestos en una recesión, aunque por diferentes razones.

¿Así que de dónde procede esa devoción fanática por impuestos más altos? El centro-izquierda profesa que su origen se halla en una profunda preocupación por el déficit federal. Pero como estas mismas personas, hasta no hace mucho tiempo, se burlaban de la preocupación por el déficit como algo imposible y propio de Neanderthales reaccionarios y como esas mismas personas han venido rechazando bruscamente cualquier propuesta de reducción del gasto público, que para ellas sería algo *ipso facto* absurdo, uno acaba sospechando que tienen una agenda oculta, por más que no la oculten muy hábilmente.

A saber: quieren impuestos más altos y un mayor gasto público porque sí, o mejor dicho, para expandir el Estado y lo colectivo a expensas del sector privado.

Hay una manera de poner nuestra hipótesis a prueba: ¿Esta gente, que se muestra ahora tan preocupada por el déficit, no debería estar encantada con

nuestra modesta propuesta de un año sin déficit, un año sin dolor? ¿Queréis apostar?

65.- EL BULO DE LA ENMIENDA CONSTITUCIONAL QUE EXIGE APROBAR PRESUPUESTOS EQUILIBRADOS.

Es un sello del triunfo de la imagen sobre la sustancia en la sociedad moderna que una Administración que ha llevado al Congreso los presupuestos con los mayores déficits de la Historia americana sea quien ahora proponga, a modo de cura universal, toda una Enmienda constitucional para exigir el equilibrio presupuestario. Aparte de la gran ironía de que dicha propuesta tenga semejante origen, los promotores de la Enmienda no parecen haberse dado cuenta de que las mismas presiones del proceso democrático que han conducido a crecientes déficits permanentes también estarán afectando a los jueces que tienen el exclusivo poder de interpretar la Constitución. Los tribunales federales son nombrados por el ejecutivo y confirmados por el legislativo y por lo tanto son parte integrante de la estructura del Estado.

Aparte de las restricciones generales que hacen que reescribir la Constitución no sea ninguna panacea para nuestros males, las diversas propuestas de Enmienda para implantar presupuestos equilibrados adolecen en sí mismas de muchos defectos profundos. El principal defecto es que sólo requieren un equilibrio del presupuesto estimado futuro y no del presupuesto real al final de un ejercicio fiscal determinado. Como todos debemos ya saber a estas alturas, los economistas y los políticos son expertos en presentar brillantes presupuestos proyectados para el futuro que no tienen la más mínima relación con la realidad futura. Para el Congreso es facilísimo aprobar un presupuesto equilibrado para el futuro; equilibrar el presupuesto actual no es sin embargo tan fácil. Por lo menos, cualquier Enmienda debería exigir el equilibrio real del presupuesto al final de cada año en particular.

Segundo, equilibrar el presupuesto aumentando los impuestos es como querer curar la gripe matando al paciente; la cura es peor que la enfermedad. Esta circunstancia es apenas reconocida, la mayoría de las propuestas de Enmienda incluyen una cláusula para limitar la tributación federal. Pero, lamentablemente, lo hacen imponiendo un límite a los ingresos como porcentaje de la renta

nacional o del producto nacional bruto. Es absurdo incluir un concepto como "renta nacional" en la legislación del país; en realidad no existe semejante entidad, sino que es solamente un instrumento estadístico, y como tal, puede inclinarse, y de hecho lo hace, según por dónde sople la brisa política. Es demasiado fácil incluir o excluir sumas enormes de dinero de ese concepto.

Un tercer defecto enfatiza nuevamente el problema inherente al hecho de considerar al "presupuesto" como si fuera un concepto constitucional. Para que el déficit no sea visto como algo tan negativo, ha habido una creciente tendencia a aumentar el gasto público en conceptos “extra-presupuestarios” que simplemente no se incluyen en las cifras oficiales de gasto y que por lo tanto no se suman al déficit. Cualquier Enmienda constitucional para equilibrar el presupuesto proporciona una gran oportunidad para que proliferen ese tipo de trampas y se engañe al pueblo americano al por mayor.

Hemos de apuntar aquí la preocupante tendencia que muestran actualmente los "renacidos" economistas pro-deficit cuando proponen excluir del presupuesto federal a los gastos considerados como inversión en "capital". Esta teoría se basa en una analogía con las empresas privadas y sus presupuestos de "capital" y "operativo". Se podría pensar que unos economistas que presumen de ser pro-libre-mercado no tendrían el descaro de aplicar esa distinción al Estado. De conseguirlo, el Estado podría despilfarrar alegremente el dinero en cualquier disparate, sin que importara lo absurdo que fuera, con solo llamarlo "inversión de futuro". ¡Un error como ése en una Enmienda constitucional dirigida a exigir presupuestos equilibrados sería una fiesta para cualquier político!

Un cuarto problema es que las diversas propuestas hacen que sea demasiado fácil para el Congreso anular la Enmienda. Supongamos que el Congreso o el presidente no respeten la Enmienda. ¿Qué pasaría entonces? ¿Tendría la Corte Suprema poder para llamar a los agentes federales y encerrar a toda la tripulación? Hacer esa pregunta es contestarla (por supuesto, al hacer que el presupuesto sea prospectivo, es decir que sea una mera estimación, en vez de imperativo y exigible, este problema ni siquiera se plantearía, ya que sería prácticamente imposible violar la Enmienda).

Pero ¿No es la mitad de una hogaza de pan mejor que ninguna? ¿No es mejor tener una Enmienda imperfecta que ninguna? La mitad de un pan es, en efecto,

mejor que nada, pero incluso peor que ningún pan es un elaborado sistema de camuflaje que engaña al público llevándole a pensar que hay un pan donde realmente no lo hay. O, por mezclar nuestras metáforas, que el Emperador no está en realidad desnudo sino vestido.

Vemos así el rol que la Enmienda del equilibrio presupuestario está llamada a cumplir en opinión de muchos, si no la mayoría de sus partidarios. Su propósito no es realmente el de equilibrar el presupuesto, ya que eso implicaría recortes masivos de gastos que el *Establishment*, ya sea "conservador" o de "Izquierda", no está dispuesto a contemplar.

El propósito es continuar con los déficits mientras se engaña al público haciéndole creer que el presupuesto está, o pronto estará, equilibrado. Se verá así reforzada la confianza del público en el dólar. Por lo tanto, la Enmienda del equilibrio presupuestario resulta ser la contrapartida fiscal a la notable propuesta de los Monetaristas o “*supply-siders*” cuando defienden un falso patrón oro. En un sistema como el que ellos defienden el público no podría redimir sus dólares en moneda de oro, la Fed seguiría manipulando e inflando, pero ahora esa política inflacionista gozaría de la confianza que le proporcionaría venir envuelta en el manto del oro. En ambos planes, quedaríamos deslumbrados por sombras, la retórica de una política sana, mientras el mismo viejo programa de dinero barato y enormes déficits seguiría descontrolado. En ambos casos, la ideología dominante parece ser la de P.T. Barnum: "*Nace un mamón por minuto*".

LOS CICLOS ECONÓMICOS

66.- LA OFICINA NACIONAL Y LOS CICLOS ECONÓMICOS

No sólo hay confusión a la hora de decidir si una recesión es o no inminente, sino que algunos economistas piensan que ya estamos en una (1988). Así, Richard W. Rahn, Economista Jefe de la Cámara de Comercio de Estados Unidos, declaró recientemente: "*La desaceleración económica no está llegando: ya está aquí y pronto acabará*". No saber si estamos o no en una recesión no es algo tan tonto como parece. Se tarda un tiempo en obtener datos y en averiguar después si un declive es un error o si constituye una nueva tendencia. Pero la confusión natural se ve agravada porque casi todos los economistas, estadísticos y autores financieros son esclavos del *National Bureau of Economic Research (Oficina Nacional de Investigación Económica)*.

Todo el mundo espera hasta que la Oficina Nacional habla; cuando el oráculo finalmente hace su pronunciamiento, lo acepta sin cuestionar. Así, en 1966, la economía se desaceleró y retrocedió hasta tal punto que, por una parte, concluí que estábamos en una recesión. Pero no, el PNB no había disminuido lo suficiente para cumplir con lo que la Oficina Nacional define como recesión y. por desgracia, ahí se quedó la cosa. Y puesto que no estábamos en lo que la Oficina calificaba como "recesión", por definición continuábamos estando en un "*boom*". La razón es que, según los estándares y métodos peculiares y arbitrarios de la Oficina, la economía no puede hallarse sencillamente en una especie de pendiente a lo largo de lo que no sea ni un auge ni una recesión. Tiene que estar en uno o en otra.

No habría que recordar que la Oficina puede errar; sin embargo, sus pronunciamientos se toman como palabra de Dios. ¿Porqué? Precisamente porque la Oficina fue inteligentemente diseñada como una institución puramente "científica" presuntamente libre de prejuicios, y así se proclamó.

La Oficina es una institución privada, apoyada por un gran número de asociaciones e instituciones, grupos empresariales y sindicales, bancos, fundaciones y asociaciones académicas, que le confieren una respetabilidad casi dolorosa. Sus numerosos libros y monografías son muy largos en estadísticas, pero breves en texto o interpretación. Su metodología proclamada es Baconiana: es decir, anuncia a bombo y platillo que no tiene teorías, que recoge miles de hechos y estadísticas, y que sus conclusiones cautelosamente formuladas surgen únicamente de los datos, cual ave fénix. Por lo tanto, sus conclusiones son aceptadas como si fueran incuestionables y Sagradas Escrituras "Científicas".

Y sin embargo, a pesar de sus proclamas, los propios procedimientos de la Oficina Nacional necesariamente manipulan los datos para llegar a conclusiones. Y estos procedimientos no están exentos de teorías, es más descansan en supuestos teóricos defectuosos y cuestionables. Por lo tanto, las conclusiones, lejos de ser estrictamente "científicas", están sesgadas y mal formadas en la medida en que vienen determinadas por los procedimientos mismos.

Específicamente, la Oficina selecciona "ciclos de referencia" de la economía general y luego examina "ciclos específicos" de precios particulares, producción, etc ... y los compara con los ciclos de referencia. Desafortunadamente, todo depende de la teoría de la datación de la oficina, es decir, escoge solamente el valle y los meses pico, primero para los ciclos generales, y luego para cada ciclo específico. Pero supongamos que, como en muchos casos, la curva es plana o que hay varios picos o valles próximos entre sí.

En estos casos, la Oficina toma arbitrariamente el último mes de la meseta, o el período de pico múltiple o valle, y califica a ese mes de mes pico o de mes valle. No hay razón económica terrenal para esto; ¿Por qué no tomar todo el período como un período máximo o mínimo, o el promedio de los datos, o lo que sea? En cambio, la Oficina sólo toma el último mes y lo califica de pico o valle, y luego agrava ese error comprimiendo arbitrariamente la distancia entre el mes designado como "mes pico" y el "mes valle" en tres partes iguales y suponiendo

que todo el espacio comprendido entre el pico y la depresión es una línea recta de expansión o contracción, de auge o caída.

En otras palabras, en el mundo real, cualquier serie temporal, por ejemplo de los precios del cobre, o del número de viviendas iniciadas en California, podría haberse quedado cerca de un valle o depresión, haber subido rápidamente y haberse mantenido en una meseta o en una zona de múltiples picos durante muchos meses. Pero sobre el lecho de Procusto [17] de la doctrina de la Oficina Nacional, la actividad de un mes se comprime en un único valle; una expansión en línea recta, es dividida en tres series temporales; alcanza un pico en un solo mes; y luego baja en una contracción similar lineal, dentada. En resumen, los métodos de la Oficina Nacional inevitablemente obligan a tener una visión falsa de la economía a la que presenta como una serie de líneas dentadas, como una línea con dientes de sierra, con líneas rectas hacia arriba y hacia abajo. La conclusión triunfante de que "*la vida es una serie de líneas en diente de sierra*" se impone principalmente por la forma en que la Oficina Nacional manipula los datos.

Esa manipulación es ya de por sí bastante mala. Pero luego la Oficina agrava el error promediando todos los ciclos específicos, sus avances y atrasos, etc..., valiéndose de cuantos datos dispone para ello, por ejemplo, desde el año 1860 al año 1980. Es a partir de esa media que la Oficina ha desarrollado sus índices de "avances ... coincidentes" y "atrasos", siendo los primeros los indicadores que se supone que han de pronosticar el futuro (por más que no lo hayan hecho con mucho éxito hasta ahora).

El problema de los valores promedio de los datos del ciclo a lo largo de muchas décadas es que asume una "población homogénea", es decir, asume que todos esos ciclos, digamos que de los precios del cobre o del número de viviendas en California, son iguales y operan en el mismo contexto durante todo ese largo período. Pero es esa una suposición asombrosa; la historia es cambio y es absurdo suponer que la población subyacente de todos esos datos permanezca constante e inmutable, y que, por lo tanto, pueda promediarse significativamente.

17 Un lecho de Procusto, también llamado cama de Procusto, es un estándar arbitrario para el que se fuerza una conformidad exacta. Se aplica también a aquella falacia seudocientífica en la que se trata de deformar los datos de la realidad para que se adapten a la hipótesis previa (wikipedia.org) (N. del T.).

Cuando la Oficina Nacional estableció esta metodología en la obra de Arthur F. Burns y Wesley C. Mitchell, titulada “*Measuring Business Cycles*” (National Bureau of Economic Research, 1946), fue correctamente criticada en el *Journal of Political Economy* por un distinguido econometrista al pretender ofrecer "Mediciones sin Teorías", pero aún así progresó rápidamente y alcanzó estatus de oráculo.

Fueron particularmente irritantes las afirmaciones de la Oficina Nacional según las cuales quienes sosteníamos teorías definidas del ciclo económico éramos parciales y arbitrarios, mientras que la Oficina exponía solamente hechos de la dura realidad empírica. Sin embargo, la Oficina ha tenido mucho menos respeto por la realidad empírica que los supuestamente "anti-empíricos" Austriacos. Los Austriacos se dan cuenta de que la realidad empírica es única, particularmente los datos estadísticos en bruto. En la medida en que son manipulados, promediados, desestacionalizados, etc ... necesariamente falsifican la realidad. Su metodología Baconiana no ha salvado a la Oficina Nacional de esa trampa; solamente le ha impedido apreciar las variadas formas en las que ha estado manipulando arbitrariamente los datos.

67.- ESTAMOS OTRA VEZ EN UNA RECESIÓN INFLACIONARIA.

En absoluto soy yo un completo "escéptico", pero ofrezco un índice que tiene sólidos fundamentos para ser el "principal indicador" de una recesión: cada vez que los economistas del *Establishment* y los que escriben sobre temas financieros nos anuncian que llega un intrépido nuevo mundo de permanente auge sin recesiones, sé que una gran recesión está a la vuelta de la esquina.

Nunca falla. A finales de la década de 1920, el *Establishment*, dirigido por el economista proto-Friedmanita Irving Fisher, proclamó una "*Nueva Era*", una era de auges continuos y sin más depresiones —todo ello gracias a la sabia puesta a punto de esa maravillosa nueva institución, el sistema de Reserva Federal—. Y entonces vino la crisis de 1929.

Durante los años 60 nos aseguró el *Establishment* Keynesiano que los ciclos económicos eran una reliquia de los viejos tiempos del *laissez-faire*: que el sesudo ajuste fino de los tecnócratas Keynesianos aseguraría un mundo de pleno empleo permanente y sin inflación. Tan seguros de sí mismos estaban los

economistas del *Establishment* que los cursos sobre los "ciclos económicos" fueron eliminados de los estudios de post-grado.

¿Para qué seguir estudiando antiguallas en un mundo pre-moderno? En cambio, fueron reemplazados por cursos de "Macro-economía" y "Crecimiento económico". ¡Y luego bingo! No sólo llegaron profundas recesiones, sino el fenómeno, en apariencia imposible, de las recesiones inflacionarias: recesiones con simultánea inflación de precios, primero en 1973-75 y más tarde la doble recesión de 1980-82, la mayor y más intensa recesión desde la Gran Depresión (en los viejos tiempos, grandes recesiones como ésas se habrían llamado rutinariamente "depresiones", pero se ha impuesto la terapia por vía semántica y la palabra "depresión" ha sido efectivamente proscrita por ser demasiado ... deprimente).

Y ahora, a mediados y finales de los ochenta, el *Establishment* de la era Reagan empezó a asegurarnos de que, una vez más, había llegado una nueva era económica, que el milagro de los recortes fiscales de Reagan (en realidad inexistentes), junto con una tecnología más global y sofisticada, nos aseguraba que nunca más habría recesiones, excepto tal vez algunos reajustes de adelgazamiento indoloro en industrias o regiones específicas.

Había llegado el momento para otra gran depresión, y sin duda, ahí estamos. No sólo el *Establishment* se ha olvidado de las recesiones, sino que, en particular, se ha olvidado por completo de que las recesiones posteriores a la guerra han sido inflacionarias. Combinando lo peor de ambos mundos, el desempleo, las quiebras y el declive de la actividad han ido acompañados de fuertes aumentos en el costo de la vida. Medio centímetro de ajuste fino Keynesiano (que todavía sufrimos, por más que se hiciera en la era Reagan) no ha curado la inflación ni las recesiones; sólo ha logrado la hazaña de traernos las dos al mismo tiempo.

Todo el mundo tiene miedo a emplear su propio juicio para concluir si estamos o no en medio de una recesión; se ha convertido en costumbre universal esperar, con aliento contenido, el pronunciamiento del *National Bureau of Economic Research (NBER*) (la Oficina Nacional de Investigación Económica), una institución privada muy reverenciada que ha establecido un comité formado por un puñado de expertos encargado de filtrar los datos y averiguar si ha comenzado una recesión y cuándo. El problema es que hasta que el NBER llega a una conclusión pasan muchos meses de recesión: para cuando se pronuncia y nos dice que

estamos en una recesión, aquélla ya casi ha terminado. Así, había transcurrido un año cuando anunció la fuerte recesión de principios de noviembre de 1973; pero seis meses después, en marzo de 1975, estábamos ya camino de la recuperación. La mayoría de las recesiones han terminado en un año o en año y medio. Por supuesto, tal vez ese sea el objetivo: que el *Establishment* nos anestesie a todos hasta que la recesión haya concluido.

La razón por la que le cuesta tanto tiempo al NBER tomar una decisión, es porque cree que tiene que acertar de lleno a la hora de determinar el mes preciso de inicio de la recesión; y la razón por la que sufre de este mes-fetiche (que, con toda razón y atendido el sentido común, no hace mucha diferencia) es porque todo el enfoque de los ciclos económicos del NBER, que es profundamente defectuoso, depende de obtener con precisión el "mes de referencia" y en basar después todos sus promedios, adelantos y retrasos, en ese mes particular. Fechar la recesión uno o dos meses antes o después invalidaría todos los cálculos basados en el paradigma del NBER. Y eso, por supuesto, viene antes, mucho antes, que intentar averiguar qué está pasando y comunicárselo al público tan pronto como sea posible.

Tras examinar la situación del mercado inmobiliario, del desempleo, del estado de liquidación de la deuda y otros muchos factores, estoy dispuesto a afirmar rotundamente que en 1988 estamos inmersos en otra recesión inflacionaria. ¿Qué significa esto? Es conmovedor ver que algunos economistas acogen con beneplácito a la recesión por su importante efecto limpiador sobre las malas inversiones y sobre las deudas, al allanar el camino para un crecimiento económico más rápido y más sostenible. Así Victor Zarnowitz de la Chicago University afirma que "*puede ser más saludable para la economía soportar una recesión ocasional que crecer lentamente durante un período prolongado*", y David A. Poole, economista de Van Eck Management Corp., advierte que no debería haber una recuperación demasiado pronto, presumiblemente estimulada por el gobierno, porque entonces "*no habrá habido tiempo para que se completase el proceso de limpieza de la fase recesiva*". ¡Bienvenidos a la Economía Austriaca!

Pero, ¿Cómo se propone enfrentar esta recesión el actual *Establishment* (el núcleo de la Administración Bush y la Izquierda Demócrata)? Sorprendentemente, violando todos los principios de todas las Escuelas de pensamiento económico conocidas: ¡Subiendo abruptamente los impuestos!

Todas las escuelas: Austriaca, Keynesiana, Monetarista o Clásica reaccionarían horrorizadas ante semejante plan, que obviamente agrava la recesión al reducir el ahorro y la inversión y el consumo productivo (en contraposición a los gobiernos parásitos y derrochadores). Aumentar los impuestos no hace nada para ayudar a la inflación y hace mucho para que la recesión sea más severa; y agrava la condición de peso muerto que el Estado ejerce sobre la economía.

Pero ¿El aumento de los impuestos no curaría el déficit presupuestario? No, sólo daría al gobierno una excusa (como si la necesitara) para aumentar aún más la carga que representa el gasto público. Subir los impuestos es aún peor que tener un déficit mayor; aumentando los impuestos solamente conseguiremos tener más de ambos.

¿No puede el gobierno hacer algo para aliviar nuestra actual recesión inflacionaria? Sí que puede, y rápidamente (que no se diga que los Austriacos no podemos hacer sugerencias positivas de rápida aplicación para las políticas públicas).

En primer lugar, para detener la parte inflacionaria de la crisis actual, la Reserva Federal puede parar permanentemente toda ulterior compra de cualesquiera activos o puede no seguir reduciendo los coeficientes de reserva. Esto detendrá toda futura expansión del crédito inflacionario. En segundo lugar, todos los impuestos se pueden reducir drásticamente: sobre las ventas, los impuestos especiales, sobre las ganancias de capital, los seguros médicos, las cuotas a la seguridad social en todas las franjas de ingresos (para ingresos altos, medios y bajos). En tercer lugar, se pueden reducir todos los conceptos de gasto público e incluso hacerlo de forma mucho más drástica, reduciendo así el déficit y todos los demás beneficios del Estado. Y eso es solo el aperitivo. ¿Creéis que Newt Gingrich es duro?

68.- DEFLACIÓN, POR LAS BUENAS O POR LAS MALAS.

Pocos acontecimientos han sido más temidos y denigrados a lo largo de la Historia del Pensamiento Económico que la deflación. Hasta un teórico del dinero sólido como Ricardo se mostró injustificadamente receloso de la deflación y una fobia positiva a la caída de los precios ha sido fundamental tanto para el pensamiento Keynesiano como para el Monetarista.

Tanto el gasto inflacionario como las prescripciones de expansión del crédito de Irving Fisher y de la primera Escuela de Chicago y la famosa "regla" de Friedman que postulaba tasas fijas de crecimiento monetario, provienen de un ferviente deseo de evitar que los precios caigan, al menos a largo plazo.

Precisamente porque los mercados libres y un patrón oro puro conducen inevitablemente a la caída de los precios es por lo que tanto los Monetaristas como los Keynesianos exigen dinero fiduciario. Sin embargo, resulta curioso que mientras que la deflación libre o voluntaria ha sido invariablemente tratada con horror, se produce una general aclamación ante las forzosas y draconianas medidas deflacionarias adoptadas recientemente —en especial en Brasil y la Unión Soviética— para intentar revertir una inflación severa.

Pero, primero, en asuntos monetarios se necesita cierta claridad en esta época de ofuscación semántica. La "deflación" suele definirse como una caída general de los precios, pero también puede definirse como una disminución de la oferta monetaria que, por supuesto, también tenderá a hacer que bajen los precios. Es particularmente importante distinguir entre los cambios de precios o de la oferta monetaria que surgen de cambios voluntarios de valoración o de actuación de las personas en el seno de un mercado libre; y los cambios intencionados de la oferta monetaria impuestos por la coacción del gobierno.

La deflación de precios en un mercado libre ha sido víctima particular de la fobia a la deflación, se la ha culpado de causar depresión, de la contracción en la actividad empresarial y del desempleo. Hay tres causas posibles para tal deflación. En primer lugar, en un mercado libre el aumento de la productividad y de la oferta de bienes tenderá a hacer que bajen los precios. Y ese es un hecho generalizadamente registrado durante la Revolución Industrial de Occidente desde mediados del siglo XVIII.

Pero más que un problema a temer y combatir, la bajada de precios cuando es consecuencia del aumento de la producción es una maravillosa tendencia a largo plazo del capitalismo cuando se le permite funcionar sin trabas. En Occidente la Revolución Industrial trajo consigo una tendencia a la caída de los precios, que hizo posible una generalizada mejora del nivel de vida de la gente; una reducción de los costos, que mantuvo la rentabilidad general de los negocios; y que se mantuvieran tasas salariales estables en términos monetarios —lo que en

términos reales reflejaba un aumento constante del poder adquisitivo de los salarios—.

Este es un proceso que debe ser elogiado y al que debe darse la bienvenida en vez de reprimirlo. Por desgracia el mundo inflacionario de dinero fiduciario en el que llevamos inmersos desde la Segunda Guerra Mundial nos ha hecho olvidar esta gran verdad y nos hemos acostumbrado a un horizonte económico peligrosamente inflacionario.

Una segunda causa de la deflación de precios en una economía libre se produce como respuesta a un deseo general de "acumular" dinero, lo que hace que las existencias de saldos monetarios de la gente tengan un mayor valor real en términos de poder adquisitivo. Incluso los economistas que aceptan la legitimidad del primer tipo de deflación reaccionan con horror ante el segundo, y reclaman al gobierno que imprima rápidamente dinero para evitarla.

Pero ¿Qué sucede con las personas que desean mayores saldos monetarios reales y por qué en un mercado libre se debería frustrar ese deseo de los consumidores, mientras se satisfacen en cambio otros deseos? El mercado, con empresarios perspicaces y un sistema de precios libres, está precisamente orientado a permitir ajustes rápidos a cualquier cambio en las valoraciones de los consumidores.

Cualquier "desempleo" de los recursos es el resultado de una incapacidad de las personas para ajustarse a las nuevas condiciones, al insistir en mantener precios reales o salarios excesivamente altos. Tales fallos se corregirán rápidamente si se permite al mercado libertad para adaptarse, es decir, si el gobierno y los sindicatos no intervienen para retrasar y paralizar el proceso de ajuste.

Una tercera forma de deflación de precios impulsada por el mercado deriva de una contracción del crédito bancario durante las recesiones o liquidaciones bancarias. Hasta los economistas que aceptan el primer y segundo tipo de deflación se resisten a este último, acusando al proceso de ser exclusivamente monetario y externo al mercado.

Pero pasan por alto un punto clave: que la contracción del crédito bancario es siempre una reacción sana del mercado a una anterior expansión inflacionaria del crédito bancario. Exigir contractualmente a los bancos que cumplan sus obligaciones en metálico es precisamente la forma mediante la cual el mercado y

los consumidores pueden reafirmar su control sobre el sistema bancario y obligarlo a sanearse y a no ser inflacionario. Una contracción crediticia impulsada por el mercado acelera el proceso de recuperación y ayuda a eliminar los préstamos fallidos y a los bancos poco sólidos.

Irónicamente, la única deflación que es inútil y destructiva recibe generalmente una prensa favorable: la contracción monetaria impuesta obligatoriamente por el gobierno. Así, cuando el defensor del "libre mercado" Collor de Mello se convirtió en presidente del Brasil en marzo de 1990, inmediatamente y sin previo aviso bloqueó el acceso a la mayoría de las cuentas bancarias, impidiendo a sus propietarios redimirlas o hacer uso de ellas con lo que se produjo una deflación repentina de la oferta monetaria de un 80 por ciento.

Este acto fue generalmente elogiado como una medida heroica que reflejaba un liderazgo "fuerte", pero lo que hizo fue dar a la economía brasileña el segundo mandoble de una terrible paliza. Después de que la expansión gubernamental del dinero y el crédito hubiera conducido a una hiperinflación de precios severa, el gobierno impuso ahora una medida aún más ruinosa al impedir a la gente emplear su propio dinero. De este modo el gobierno brasileño causaba una doble acción destructiva de los derechos de propiedad, la segunda, en nombre del libre mercado y para "combatir la inflación".

En realidad, la inflación de precios no es una enfermedad que el gobierno deba combatir; solamente precisa que el gobierno deje de inflar la oferta monetaria. Pero, por supuesto, todos los gobiernos son reacios a hacerlo, incluído el de Collor de Mello. No sólo su súbita medida provocó una profunda recesión, sino que la tasa de inflación de precios, que había caído abruptamente hasta el 8 por ciento mensual en mayo de 1990, comenzó a subir repentinamente.

Finalmente, en el mes de diciembre, el gobierno brasileño incrementó rápidamente la oferta monetaria en un 58 por ciento, impulsando la inflación de precios hasta un 20 por ciento mensual. A finales del mes de enero, la única respuesta en la que el gobierno de "libre mercado" podía pensar era la que consistía en imponer inútiles y desastrosas congelaciones de precios y salarios.

En la Unión Soviética, el presidente Gorbachov, tal vez imitando el fracaso brasileño, decidió de igual modo combatir la "sobrevaloración" del rublo retirando repentinamente de la circulación los billetes grandes de rublo y haciendo que perdieran en gran parte su valor. Esta severa y repentina deflación

monetaria del 33 por ciento fue acompañada por la promesa de suprimir el "mercado negro", es decir, el mercado, que hasta entonces había sido la única institución soviética que funcionaba y libraba del hambre al pueblo soviético.

Pero desde hacía tiempo los especuladores del mercado negro habían vendido sus rublos y los habían convertido en dólares y en oro, de modo que el hacha de carne de Gorby cayó en gran medida sobre el ciudadano soviético corriente, que había logrado trabajar duro y ahorrar sus escasas ganancias. La única característica ligeramente redentora de esta ley es que, por lo menos, no se hizo en nombre de la privatización y el libre mercado; por el contrario, ponía de manifiesto la reciente involución de Gorbachov hacia el Estatismo y el control centralizado.

Gorbachov no debería haberse preocupado de los rublos que estaban en manos del público, sino que tenía que haber prestado atención al aluvión de nuevos rublos que se estaba añadiendo a la economía soviética. El pronóstico es aún más sombrío para el futuro soviético si consideramos la respuesta de un líder presuntamente reformista de libre mercado, Nicholas Petrakov, hasta hace poco asesor económico personal de Gorbachov. Tras afirmar que la brutal actuación de Gorbachov era "razonable", Petrakov añadió: "*si en el futuro continuamos imprimiendo más dinero todo volverá a la primera casilla*". ¿Y por qué debería nadie pensar que esto no pasará?

69.- BUSH Y LA RECESIÓN

Por desgracia, John Maynard Keynes, el desastroso y desacreditado portavoz de la Macro-economía que desde la década de 1930 ha sido la inspiración de prácticamente todo el mundo (lo que incluye el mundo occidental, el Tercer Mundo, la era Gorbachov, así como el sistema económico nazi) sigue vivo y coleando. La reacción del presidente Bush a esta severa recesión ha sido keynesiana de cabo a rabo, lo cual no es sorprendente habida cuenta de que sus asesores económicos son Keynesianos hasta el tuétano.

Dado que los Keynesianos son los continuos apologistas de la expansión del crédito inflacionario, por supuesto que no hablan de la fundamental causa de toda recesión; el excesivo crédito bancario inflacionario pre-existente, estimulado y controlado por el banco central —en Estados Unidos, el sistema de la Reserva Federal—. Para los Keynesianos, las recesiones se producen por un

colapso repentino del gasto —de los consumidores y de los inversores—. Este colapso, según los Keynesianos, se produce por el declive que se produce en lo que Keynes denominó el "espíritu animal": la gente se preocupa, se deprime, se vuelve aprensiva ante el futuro, por lo que invierte, toma prestado y gasta, menos dinero.

El remedio Keynesiano a este "fallo del mercado" provocado por la irracional preocupación que experimentan los ciudadanos particulares, lo proporciona como siempre un buen gobierno, el benevolente Sr. Arreglalotodo. Cuando el gobierno lo dirigen sabios economistas Keynesianos de cabeza fría puede compensar los caprichos absurdos del público y dirigir la economía hacia un rumbo apropiado y racional como hace el juicioso y prudente capitán al timón de su navío.

En el sistema Keynesiano, el gobierno dispone de dos armas anti-recesión. Una consiste en gastar mucho más dinero, particularmente incurriendo en déficits a gran escala. El problema es que, como todos sabemos demasiado bien, los déficit gubernamentales son ahora permanentes y cada vez más estratosféricos, tanto en los buenos como en los malos tiempos. Las estimaciones actuales del déficit federal, que casi siempre son demasiado bajas, se acercan a la tasa anual de 500 mil millones de dólares (especialmente si eliminamos el falso "excedente" contable de 50 mil millones de dólares de las cuentas de la Seguridad Social).

Si el continuo aumento del déficit no es ya una herramienta convincente a disposición del gobierno, lo único que le queda es tratar de estimular el consumo privado. Y la principal manera de hacerlo es que el gobierno anime al público con lisonjas hasta ablandarlo, tratándolo como si fuera un chiquillo, es decir: que estimule su confianza en que las cosas en realidad van bien y están mejorando para que la gente abra sus monederos y billeteras, pida prestado y gaste más.

En otras palabras, mentir al público "por su propio bien". Excepto que muchos de nosotros estamos convencidos de que realmente miente por el bien de los políticos, para engañar al público y que siga confiando en ellos. De ahí todas las vergonzosas piruetas de la Administración Bush: que de negar durante un año la recesión pasara luego a alentar la idea de que había habido una recesión pero ya había terminado, para alegar más tarde que ya se hacía notar una "leve recuperación" y finalmente decir tonterías como la de la "doble recesión" y

demás. Hizo falta que el público se irritase hasta darle al presidente un tortazo, para que éste reconociera que realmente había un problema y que tal vez se debería hacer algo al respecto.

Pero: ¿Qué se podía hacer? Siguiendo los parámetros Keynesianos, primero, la Reserva Federal bajó los tipos de interés, esperando que ahora la gente pidiera prestado y gastara. Pero a nadie le apetece prestar o endeudarse en una recesión y por consiguiente no pasó nada, excepto que abarató la compra de títulos de deuda del Tesoro con vencimiento a a corto plazo —lo cual no era muy útil para la economía privada—. Pero, maldita sea, los tipos de interés de las tarjetas de crédito seguían siendo altos, por lo que Bush tuvo la idea de pedir que bajaran, lo que estimularía a más consumidores a endeudarse.

El fiasco resultante es bien conocido. El siempre diligente senador Al D'Amato (Republicano por el Estado de New York), estimó que forzar los tipos a la baja era más eficaz que pedir que bajaran pero el Congreso evitó este desastre gracias a la vigorosa protesta de los bancos y de una mini-crisis de la Bolsa que le hizo recobrar el sentido. El Jefe del Gabinete saliente John Sununu, como siempre atento a las acciones de "este presidente", intentó justificar como correctas las presiones de Bush afirmando que el error del Congreso había sido intentar medidas coactivas.

Pero la idea de Bush de pedir que bajaran los tipos de interés de las tarjetas de crédito fue solamente un poco menos estúpida que forzar su bajada. La cuestión es que los precios en el mercado, incluidos los tipos de interés, no se establecen arbitrariamente, o de acuerdo a la buena o mala voluntad de los vendedores o prestamistas. Los precios se establecen de acuerdo con las fuerzas de la oferta y la demanda que actúan en el mercado.

Los tipos de interés de las tarjetas de crédito no se mantuvieron altos porque los banqueros decidieran apretar las tuercas a ese particular grupo de prestatarios. La básica razón para que los tipos de interés de las tarjetas de crédito sigan elevados es que al público —en su condición de prestatario, no en la de experto económico— no le preocupan tanto. Los consumidores no son sensibles a los tipos de interés de las tarjetas de crédito.

¿Por qué? Porque básicamente hay dos tipos de usuarios de tarjetas de crédito. Uno es el sobrio, los tipos responsables que pagan sus cuotas de tarjetas de crédito cada mes, y a quienes no les importa lo que pagan en concepto de

intereses. El otro grupo es el de la gente como yo que es menos austera, que tiende a pedir prestado hasta el límite de sus tarjetas. Pero para ellos, los tipos de interés tampoco son tan importantes: porque para sacar partido a las tarjetas más baratas (y las hay en todo el país), tendrían que reemBolsar primero lo que deben con cargo a las tarjetas que ya tienen, un proceso lento en el mejor de los casos.

Había otra falaz incongruencia en la tesis Bush-D'Amato por la que los banqueros les llamaron rápidamente al orden. Los tipos de interés no son lo único relevante a la hora de contratar una tarjeta de crédito. También hay que atender a la calidad del crédito: la facilidad para obtener la tarjeta, los requisitos para conseguirla y mantenerla, así como su comisión anual, etc... Como dijeron los bancos, a un tipo del 14 por ciento, en vez de un 19 por ciento, mucha menos gente tendrá tarjeta de crédito. Es patético comrpobar que lo único positivo que se le ocurre al presidente Bush para acelerar la recuperación es gastar dinero más deprisa, es decir: aumentar a primeros de año el gasto público y, por lo tanto, el déficit, presumiblemente para compensarlo más adelante mediante una desaceleración de su tasa de gasto.

¿Qué pasa con los recortes de impuestos? Aquí el gobierno de Bush está atrapado en la visión keynesiana actual de que como los déficits ya son demasiado altos, todos los recortes de impuestos deben compensarse por medio de un aumento de otros impuestos: es decir, debe ser "neutral en cuando a los ingresos". Por ello la Administración Bush se limita a proponer la reducción del impuesto sobre las ganancias de capital, lo cual es correcto, aunque insignificante, ya que cabe presumir que se verá compensada por un aumento de la oferta monetaria que mantendrá constantes los ingresos totales.

Lo que se necesita es el coraje de romper con todo este paradigma Keynesiano falaz y debilitante. (a) reducir la carga parasitaria y anti-productiva del gobierno sobre el contribuyente y (b) alentar al público a gastar y especialmente a ahorrar más, porque sólo a través del aumento del ahorro privado podrá haber una mayor inversión productiva.

Por otra parte, el aumento del ahorro acelerará la recuperación al validar algunas de las inestables inversiones del auge anterior que se hubieran quedado sin ahorro para respaldarlas. En primer lugar, los recortes fiscales masivos pueden forzar al gobierno a reducir sus inflados gastos, y contribuir así a reducir la carga

que el gobierno ejerce sobre el sistema. Y segundo, si esto significa que los ingresos totales del gobierno son menores, tanto mejor. La carga de los tipos impositivos es doble: tasas que son altas y paralizan la actividad de ahorro y de inversión; e ingresos que son altos y extraen dinero del sector privado, o sea del sector productivo, para dedicarlo a los inútiles despilfarros del Estado. El problema con los '*supply-siders*' es que ignoran esa segunda carga y, por lo tanto, caen en la trampa keynesiana defendida por Bush de la "neutralidad ante los ingresos".

Y, por último, si la Administración Bush está tan preocupada por el déficit, debe hacer su parte proponiendo recortes drásticos del gasto público y justificarlos ante el público demostrando que el gasto del gobierno no es útil para una economía próspera, sino precisamente todo lo contrario. Entonces, si el Congreso rechaza esa propuesta, y continúa aumentando el gasto, la Administración podría imputar la responsabilidad de prolongar la recesión directamente al Congreso. Pero, por supuesto, no puede hacerlo, porque eso significaría una ruptura fundamental con la doctrina keynesiana que ha formado el paradigma de la Macro-economía mundial del último medio siglo.

Nunca acabaremos con nuestro estancamiento económico ni con nuestros ciclos económicos de expansión y recesión, de auge y caída, y lograremos una prosperidad permanente hasta que hayamos repudiado a Keynes tan profunda e intensamente como los pueblos de Europa Oriental y la Unión Soviética han repudiado a Marx y a Lenin. El verdadero camino para alcanzar la libertad y la prosperidad es echar a esos tres iconos del siglo XX al cubo de basura de la Historia.

70.- LECCIONES DE LA RECESIÓN

Por fin se ha declarado oficialmente que estamos en recesión. Mucho después de que todo el mundo en Estados Unidos supiera que estábamos en una recesión severa, el *National Bureau of Economic Research (*NBER) (Oficina Nacional de Investigaciones Económicas), organismo privado aunque semi-oficial e increiblemente respetado, hizo finalmente su tan esperado pronunciamiento: hemos estado en recesión desde el verano pasado. ¡Bien! He aquí un ejemplo ilustrativo de por qué la profesión económica, que hace algún tiempo fue reverenciada por su clarividencia como guía científica

hacia la prosperidad, ha estado decayendo rápidamente en la estima del público estadounidense. Nadie podría haber hecho más méritos. La actual recesión, de hecho, ya nos ha traído varias valiosas lecciones:

1ª lección: No se necesita ningún economista ... Una de las consignas favoritas de la Nueva Izquierda de los años 60 fue: "*No necesitas a un meteorólogo para decirte cómo sopla el viento*". Del mismo modo, está claro que tampoco necesitas que un economista te diga si has estado o no en recesión. Luego, ¿Cómo es que los expertos no sólo no pueden predecir mal y tarde lo que pasará sino que ni siquiera pueden decirnos dónde estamos y apenas pueden decirnos dónde hemos estado? Estoy bastante seguro de que los profesores Hall, Zarnowitz y demás distinguidos Solones del famoso Comité del NBER han sido conocedores de que hemos estado en recesión durante bastante tiempo, quizás incluso desde que esa idea se filtró al público en general. Eso se lo tenemos que reconocer.

El problema es que la Oficina está atrapada en su propia metodología, la metodología misma del empirismo baconiano, la recogida meticulosa de datos y la pseudo-ciencia que le ha proporcionado un excesivo prestigio en la profesión económica.

Durante las últimas cinco décadas, lo único que ha hecho NBER al analizar los ciclos económicos ha sido fechar el mes preciso de cada punto de inflexión cíclica, de su punto más alto, su pico, y el más bajo, su valle. Por consiguiente en otoño no les bastaba con decir "entraremos en recesión el próximo verano". Eso habría sido suficiente para quien tenga sentido común, para los Austriacos, pero tan solo un mes de retraso en la fecha precisa habría hecho un daño irreparable a la plétora de manipulaciones estadísticas —valores promedio, puntos de referencia, tendencias, indicadores adelantados y desfasados, etc ... — que constituyen la maquinaria analítica y, por lo tanto, la "ciencia" del NBER. Si uno quiere saber si está o no en una recesión, a la última instancia a la que ha recurrir es a la profesión económica organizada.

Evidentemente, los diagnósticos de la gente corriente en cuanto a la situación económica del momento podrían ser acertados pero es bastante más difícil que sea capaz de analizar las causas o de averiguar cómo resolver los problemas económicos. Pero, de nuevo, la profesión económica tampoco ha demostrado ser mucho más hábil.

2ª lección: no hay una "nueva era". Cada vez que se produce un auge durante un periodo dilatado en el tiempo, al final del mismo, en los últimos años de ese auge, la prensa, la profesión económica y los autores financieros afirman reiteradamente que las recesiones son cosa del pasado y que profundos cambios estructurales en la economía o en los conocimientos económicos han traído consigo una "nueva era". Los malos tiempos de las recesiones han terminado. Lo escuchamos, primero, en los años veinte, y la culminación de esa primera nueva era fue la depresión de 1929; lo volvimos a escuchar en los años sesenta, lo que dio lugar a la primera gran recesión inflacionaria de principios de los años setenta; y lo volvimos a oir más recientemente en los últimos años ochenta. De hecho, el mejor indicador de que una recesión profunda es inminente no son los índices del NBER sino que se evidencia en cuanto surge la idea de que las recesiones son cosa del pasado.

Más precisamente, las recesiones seguirán siendo una plaga mientras haya episodios de expansión del crédito inflacionario que les den vida.

3ª lección: no se precisa un boom de inventarios para que haya una recesión. Habían ya transcurrido varios meses de la actual recesión y numerosos expertos seguían proclamando que no podíamos estar en una recesión porque las empresas aún no habían acumulado inventarios excesivos. Lo siento. No hay ninguna diferencia, porque las malas inversiones provocadas por la expansión inflacionaria del crédito bancario no necesariamente tienen que traducirse en inventarios abultados. Como sucede a menudo en Teoría Económica, un síntoma contingente fue catalogado erróneamente como una causa esencial.

A diferencia de esta, otras lecciones de la actual recesión no son tan obvias. Una de ellas es:

4ª lección: la deuda no es el problema fundamental. La fuerte deuda privada fue una característica destacada del auge de la década de 1980, y gran parte de la publicidad se dirigió a rescatar los bonos de alta rentabilidad ("*bonos basura*") para adquisiciones y tomas de control societario. Sin embargo, la deuda en sí misma no es un grave problema económico.

Cuando compro un bono de una empresa estoy canalizando ahorros hacia la inversión que ésta lleva a cabo de la misma manera que cuando compro acciones. Ninguna de las dos alternativas es peor que la otra. Si una sociedad emite demasiada deuda en comparación con su capital, eso es un error de

cálculo de sus actuales propietarios o gerentes y no un problema para la economía en general. Lo peor que puede pasar es que, si el endeudamiento es excesivo, los acreedores tomen el control de la gestión existente y nombren a unos gestores más eficientes. En resumen, tanto los acreedores como los accionistas son emprendedores.

El problema, por lo tanto, no es la deuda sino el crédito y no todo el crédito sino el crédito bancario, el que es financiado mediante la expansión inflacionaria del dinero bancario en lugar de mediante auténtico ahorro de los accionistas o de los acreedores. El problema en otras palabras, no es la deuda, sino los préstamos generados por la banca con reserva fraccionaria.

5ª lección: no hay que preocuparse de que la Fed "*empuje una cuerda*". Los partidarios del dinero sólido representan una fracción pequeña fracción de la profesión económica; pero hay un gran número entre los asesores de inversión. Durante décadas, se han dividido en dos facciones enfrentadas: la de los "inflacionistas" frente a la de los "deflacionistas". Estos términos se usan, no en el sentido de que aboguen por una determinada política, sino en función del pronóstico que hacen en cuanto a los acontecimientos del futuro.

Los "inflacionistas", entre los cuales se incluye quien esto escribe, han mantenido que la Fed, liberada de todas las restricciones del patrón oro y comprometida en no permitir los imaginados horrores de la deflación, inyectará suficiente dinero en el sistema bancario para que nunca haya ni deflación monetaria ni de precios.

Los "deflacionistas", por otra parte, afirman que debido a un excesivo crédito y deuda, ha llegado a un punto en que la Fed ya no puede controlar a la oferta monetaria, en que el aumento de las reservas bancarias orquestado por la Reserva Federal ya no puede conseguir que los bancos sigan expandiendo el crédito y la oferta monetaria. En la jerga financiera se dice que la Fed "*estaría empujando la cuerda*". Por lo tanto, dicen los deflacionistas, estamos ante una inminente, masiva e inevitable deflación de deuda, monetaria y de precios.

Se podría pensar que tras treinta años haciendo semejantes predicciones, que por otra parte nunca se han cumplido, los deflacionistas se mostrarían un poco afectados, pero no, en cuanto aparece algún problema, especialmente una recesión, los deflacionistas invariablemente, predicen una nueva e inminente caída deflacionista. Durante la última parte de la década de 1990, la masa monetaria era plana, y los deflacionistas estaban en cambio seguros de que el

gran día había llegado por fin. El crédito había sido tan excesivo, afirmaron, que ya no se podía inducir a las empresas a pedir dinero prestado, sin que importase lo bajo que fuera el tipo de interés.

Lo que los deflacionistas siempre olvidan es que, hasta en el improbable caso de que los bancos no puedan dar más préstamos, siempre pueden usar sus reservas para comprar activos mobiliarios, valores, y, por lo tanto, para insuflar dinero en la economía. La clave es si los bancos acumulan o no reservas excesivas y si expanden o no el crédito hasta el límite permitido por sus reservas legales. La cuestión esencial es que nunca lo han hecho, ni en 1990 ni en ningún otro momento, aparte de la única excepción de los años treinta (la diferencia era que no sólo estábamos en una depresión severa en la década de 1930, sino que el tipo de interés había bajado hasta ser casi igual a cero, de modo que los bancos prácticamente no perdían nada no expandiendo el crédito hasta su límite máximo). Debe ser que la Fed empuja con un palo, no con una cuerda.

Es más, a principios de este año, la masa monetaria empezó otra vez a aumentar, poniendo fin, al menos por el momento, a las advertencias y especulaciones deflacionistas.

6ª lección: los bancos podrían hundirse. Curiosamente es éste un posible escenario de deflación, pero no uno en el que los deflacionistas hayan puesto interés. Ha habido en los últimos años un cambio vital, y necesariamente permanente, en la opinión de los estadounidenses. Es permanente porque implica una pérdida de la inocencia americana. El público estadounidense, desde 1933, se había tragado el anzuelo, con su hilo y plomo, de la propaganda de todos los economistas del *Establishment*, desde los Keynesianos a los friedmanitas, y creía quel el sistema bancario era seguro, SEGURO, gracias al seguro de depósitos federal.

La crisis y destrucción de las *Savings and Loan* (bancos de ahorro y préstamo, o sea de las cajas de ahorro estadounidenses), a pesar de estar aseguradas por el "seguro de depósito" del gobierno federal, ha terminado para siempre con el mito de los seguros y ha puesto en duda la solidez del último refugio ofrecido por el seguro de depósitos, por la *Federal Deposit Insurance Corporation (FDIC)*. Ahora es ampliamente conocido que la FDIC simplemente no tiene dinero para asegurar todos esos depósitos y que, de hecho, va rápidamente camino de la insolvencia.

Convencionalmente se cree ahora que la FDIC será apoyada por los contribuyentes y que será rescatada. Pero no importa: los estadounidenses ya saben para referencia futura que los bancos comerciales podrían hundirse. Aunque se calme a la gente y la FDIC sea respaldada lo suficiente como para superar esta recesión, los estadounidenses siempre podrían recordarlo en una crisis futura, lo que desencadenaría un gigantesco pánico bancario que haría que se tambaleara y cayera toda la torre de naipes de la banca con reserva fraccionaria. Y ningún rescate de los contribuyentes podría contrarrestar un pánico bancario de esa magnitud.

Pero, ¿Eso no sería deflacionario? Si pero no lo bastante. Porque los bancos aún podrían salvarse si la Fed imprimiera masivamente dinero y desencadera una hiperinflación y ¿Quién se atrevería a apostar contra un rescate de emergencia de esa entidad?

7ª lección: los "ciclo Kondratieff" [18] no existen; de ninguna manera, no son posibles. Hay mucha gente que tiene una devoción inexplicable a la idea, atribuida a Kondratieff, de que existen en la economía unos inevitables ciclos de expansión y contracción que se van alternando en intervalos de 54 años de duración; y esa creencia la comparten también muchos de los analistas que escriben para los mejores boletines de noticias para inversionistas y que son conocidos por ser partidarios de un dinero sólido. Se ha convenido universalmente que el último ciclo Kondratieff se produjo en 1940. Transcurridos 51 años desde aquella depresión aún estamos esperando el pico, así que a estas alturas debería estar claro que esos ciclos no existen.

Una mayoría de sus fieles seguidores vaticinaron convencidos que el pico ocurriría en 1974, precisamente 54 años después del anterior, puesto que generalmente se aceptaba que este último se produjo en 1920. Su alborozo ante la recesión de 1974 se agrió sin embargo con la rápida recuperación que siguió. Intentaron entonces salvar su Teoría recurriendo por analogía a la supuesta "meseta" de los años veinte, de modo que el pico visible, o contracción, tendría según ellos lugar nueve o diez años después del pico, como ocurrió en 1929 con origen en 1920.

18 Las ondas de Kondrátiev, también llamadas ciclos largos de la actividad económica, son descritas como fluctuaciones cíclicas de largo plazo, con forma sinusoidal, de la moderna economía mundial capitalista. Debe su nombre al economista soviético Nikolái Kondrátiev (wikipedia.org) (N. del T.).

Los Kondratistas dijeron que en 1984 habría una profunda contracción. No pasó nada por supuesto. Y, ahora, siete años más tarde, estamos presenciando el último aliento de la doctrina Kondratieff. Si la actual recesión no se convierte, como hemos sostenido, en una profunda espiral deflacionaria, que termina la recesión, simplemente no quedará tiempo para un ciclo que se acerque a los 54 años. Sus seguidores por supuesto nunca se rinden, como tampoco lo hacen otros adivinos y videntes con bola de cristal; pero es de suponer que su mercado se extinguirá por fin.

71.- LA RECESIÓN EXPLICADA

Es posible que cuando se habla de la Recesión con amigos o conocidos no se considere educado decir "*Te lo dije*", pero en los enfrentamientos ideológicos es importante recordar todos y cada uno de nuestros éxitos, ya que ni nuestros enemigos ni los que se declaran indiferentes son propensos a hacer ese trabajo por nosotros.

En particularmente importante asumir esa tarea en el caso de la Teoría Austriaca del ciclo económico. No solamente nuestros enemigos ideológicos y metodológicos se han apresurado demasiado en enterrar la Teoría Austriaca —por ser, según ellos, (a) irremediablemente Neanderthal y reaccionaria y/o (b) obsoleta en el mundo de hoy—, sino que muchos de nuestros viejos amigos y partidarios se han unido al coro de los que mantienen que la Teoría Austriaca podría haber sido aplicable en la década de 1930 o, si son más radicales, únicamente en el siglo XIX, pero que carece definitivamente de aplicación en la economía moderna.

Bueno, parafraseando al gran filósofo del Derecho Natural, Etienne Gilson, la teoría Austriaca del ciclo económico siempre sobrevive para enterrar a sus enemigos. En contraste con la sabiduría convencional, que abarca desde el Keynesianismo al Monetarismo y las teorías eclécticas, la Teoría Austriaca ha triunfado recientemente sobre sus detractores de las siguientes maneras:

1. El boom perpetuo de los años 80. A medida que avanzaba la década de los ochenta, la doctrina convencionalmente aceptada nos decía que las recesiones eran agua pasada, algo propio de un mundo de ignorancia que ya había muerto. Estábamos en una nueva era de perpetua prosperidad. Las sabias políticas fiscales y monetarias adoptadas por los gobiernos, combinadas con cambios

estructurales como la informatización y globalización de los mercados de capitales, impedirían que hubiese nunca una nueva recesión, la de 1981-82 fue la última.

Durante mucho tiempo he afirmado que el mejor "indicador" de una recesión se da cuando la corriente principal de pensamiento anuncia el fin de los ciclos económicos y la prosperidad permanente. Efectivamente, ahí estamos, y, como dicen los Austriacos, cuanto más grande y más duradero sea el auge, más intensa deberá ser la recesión subsiguiente para eliminar todas las distorsiones y malas inversiones del precedente auge inflacionario provocado por la expansión del crédito bancario.

2. El fin de la inflación. Durante el gran boom de los años 80, la doctrina convencionalmente aceptada también proclamó que la inflación era una cosa del pasado. Se acabó. De ahora en adelante ya no habría inflación. Nuevamente: las políticas monetarias y fiscales de los expertos dirigentes, junto con cambios económicos estructurales y "mercados eficientes" nos aseguraban que la inflación desparecería. Y sin embargo, la inflación, no solamente no desapareció nunca, sino que ha vuelto con renovada fuerza, y es aún más intensa ahora, en las profundidades de la recesión, de lo que lo fue durante la mayor parte del auge —una señal segura de que no sólo la inflación sigue con nosotros, sino que va a plantear un problema grave y acelerado en cuanto llegue la recuperación—.

3. (Corolario de uno y dos). Se olvidaron de la recesión inflacionaria. La inflación ha persistido en todas las recesiones posteriores a la Segunda Guerra Mundial desde la de 1973-74 y, de hecho, realmente comenzó en la recesión de 1957-58, tras dos años de recuperación. Sin embargo, todo el mundo —y eso abarca a todos los que escriben y hacen predicciones sobre temas financieros, cualquiera que sea la corriente de pensamiento económico del *Establishment* a la que pertenezca— se olvidan de la nueva realidad de la recesión inflacionaria (también llamada "estanflación") y escriben y hablan como si la elección en los próximos meses fuera siempre entre inflación o recesión.

Existe una larga disputa entre los economistas Austriacos sobre si los participantes en el mercado pueden o no aprender de la experiencia. Cualquiera que sea la respuesta (y creo que es "afirmativa"), se hace cada vez más claro que el cuerpo de economistas y la prensa financiera parece que son incapaces de

esta simple experiencia de aprendizaje. Mirad chicos: a partir de ahora todas las recesiones van a ser inflacionarias.

Es de suponer que la razón de este fracaso se debe a que viola los prejuicios teóricos básicos de los economistas Keynesianos y Monetaristas: o bien estamos experimentando un auge inflacionario o estamos en una recesión, nunca en ambas. Y de hecho, nadie puede realmente comprender estas cuestiones sin tener antes una teoría correcta. Pero sucede que la Teoría Austriaca predice y explica por qué, precisamente en el mundo moderno, todas las recesiones serán inflacionarias. La razón: el desguace del patrón oro y el cambio al dinero *fiduciario* en los años treinta significó que ni el gobierno ni la Reserva Federal tienen ya restricción alguna para crear tanto dinero como deseen, y siempre desean más. Esa acción no elimina los ciclos económicos; de hecho, los agrava, al añadir inflación y aumento del costo de la vida a las recesiones, a las depreciaciones de activos, a las quiebras y al desempleo.

4. Cualquiera sabe cuándo estamos en una recesión mucho antes que los economistas. Los economistas profesionales, atascados en su metodología de correlación estadística basada en la datación precisa de los picos y valles del ciclo, tardan mucho tiempo en decidir el mes preciso del pico —en la actual recesión, julio de 1990—. Tuvo que pasar casi un año hasta que los economistas se dignaran decirnos lo que ya todos sabíamos: que estábamos en una gran recesión.

5. La gente corriente sabe que está en una recesión mucho después que los economistas hayan proclamado la "recuperación”. Aquí tenemos un fracaso de los economistas que es mucho menos excusable que el error metodológico. A poco de decirnos, por fin, que estábamos en una recesión, el *Establishment* se apresuraba a decirnos que la recuperación ya estaba en marcha. Cometiendo un error espectacular, los economistas del *Establishment*, inclinados profesional y políticamente, como lo está cualquier Administración, a un optimismo exagerado, se apresuraron a asegurarnos que la recesión había terminado a principios del tercer trimestre de 1991.

A la hora de pronosticar la recuperación, los economistas profesionales omitieron vergonzosamente tomar las más elementales precauciones. Desde mediados de 1991, el *Establishment* político y económico ha estado buscando desesperadamente signos de "recuperación". "*Bueno, ya está aquí aunque sea*

débil"; "*las recuperaciones siempre empiezan débilmente*"; y así sucesivamente. Finalmente, en noviembre, cuando la mayoría de los índices estaban claramente empeorando, los economistas, reacios a admitir su evidente error del verano pasado, comenzaron a murmurar acerca de una posible "*recesión doble*", sobre el peligro de "*volver a entrar en recesión*", etc... Reconozcamos la realidad y dejemos que los universalmente aclamados y cuasi-oficiales gurús del reverenciado Comité del *National Bureau of Economic Research* daten los ciclos económicos y se ahorquen con su propia soga.

6. Una vez que la recesión se ha asentado, el gobierno no puede inflar burbujas para sacar a la economía de ella. El gobierno sólo puede retrasar la recuperación, no acelerarla. Esta es una verdad fundamental de la Teoría Económica Austriaca que prácticamente nadie ha entendido. Una vez que la recesión está en marcha, los estímulos Keynesianos y Monetaristas: abaratar el dinero, acelerar la oferta de dinero, etc... no pueden más que empeorar las cosas. Pero ved lo que pasó con esos supuestos "halcones" anti-inflacionistas como Alan Greenspan y la Fed de Cleveland: tan pronto como se produjo la recesión, aunque la inflación era entonces peor de lo que había sido en años, olvidaron sus supuestos principios anti-inflacionistas y se empeñaron en conseguir que bajaran los tipos de interés como locos, en un intento precipitado e inútil de estimular al caballo enfermo inyectándole otra dosis de estímulo inflacionario.

7. Los recortes de impuestos son buenos en una recesión, o en cualquier otro momento. Quienes estudian la locura humana no pueden dejar de sorprenderse ante el Keynesiano que, después de proponer tradicionalmente que en una recesión había que reducir los impuestos, adoptó repentinamente una postura conservadora y Monetarista. Durante esta recesión, los Keynesianos declaran que "*sí, vale, los recortes de impuestos son buenos en teoría* (?), *pero no nos ayudarán a salir de la recesión, debido al inevitable retraso en los resultados de la política fiscal*". El inconveniente es que los recortes fiscales solamente empezarán a tener efecto después de que haya empezado la recuperación (eso esperan ellos). Bueno, ¿Y qué?

Los recortes de impuestos son buenos en cualquier momento, especialmente a largo plazo. Aparte de los ciclos económicos, la economía estadounidense ha estado sufriendo de estancamiento durante los últimos veinte años; desde 1973 el nivel de vida americano se ha mantenido estable y hasta ha llegado a estar

ligeramente en declive. Esta es una característica muy preocupante de la economía estadounidense moderna. Una manera de remediar este problema es reducir los impuestos. Y cuanto más se reduzcan, mejor. Los recortes de impuestos Keynesianos sólo fueron diseñados para estimular el gasto de los consumidores en una recesión; los recortes de impuestos que defienden los austriacos son un medio de aflojar un poco los grilletes con los que el gobierno ha encadenado y sometido al sector privado y productivo de la economía y que tienen un efecto paralizante que ha empeorado sin tregua durante los últimos años.

Pero ¿Qué pasa con el déficit? El déficit es en realidad monstruoso y está fuera de control, pero la única manera en que no puede ni debe ser combatido es con un aumento de impuestos o manteniéndolos altos. Un recorte de impuestos obligaría a recortar el gasto público y éstos son la única forma efectiva de curar el déficit. De hecho, la Teoría Austriaca es única porque defiende que, hasta en una recesión, se ha de reducir el gasto público como medio para conseguir que el dinero que la sociedad gasta, en vez de orientarse a un consumo, que es excesivo, se destine a algo que es muy necesario, al ahorro y a la inversión. Porque, contrariamente al mito Keynesiano, el gasto público no es "inversión" en absoluto (¡Menuda broma cruel!), sino que es gasto consuntivo, es "consumo". Los "consumidores", en este caso, son los políticos y funcionarios gubernamentales que presionan al productivo sector privado.

LA PLAGA DEL DINERO FIDUCIARIO

72.- RECUPERANDO NUESTRO DINERO

El dinero constituye un puente de mando fundamental en cualquier economía y por lo tanto de cualquier sociedad. La sociedad se basa en una red de intercambios voluntarios, también conocida como "economía de libre mercado"; estos intercambios implican una división del trabajo en la sociedad, en la que los productores de huevos, clavos, caballos, madera y servicios inmateriales como la enseñanza, la atención médica y los conciertos de música intercambian sus bienes por los de los demás. A cada paso del camino, cada uno de los que participan en un intercambio se beneficia inconmensurablemente, pues si todos se vieran forzados a ser auto-suficientes, los pocos que consiguieran sobrevivir se verían reducidos a unas condiciones de vida lamentables.

El intercambio directo de bienes y servicios, también conocido como "trueque", es irremediablemente improductivo más allá del nivel más primitivo, y, de hecho, todas las tribu "primitivas" pronto descubrieron los tremendos beneficios de llegar al mercado con un producto especialmente comercializable, cuya demanda fuera generalizada, para utilizarlo como "medio de intercambio indirecto". Si un producto o mercancía particular se emplea de forma generalizada como medio de intercambio en una sociedad, entonces ese medio general de intercambio se denomina "dinero".

El dinero-mercancía se convierte en uno de los dos términos en cada uno de los innumerables intercambios que tienen lugar en una economía de mercado. Vendo mis servicios como profesor por dinero; utilizo ese dinero para comprar

alimentos, máquinas de escribir o alojarme en mis viajes; y estos productores a su vez utilizan el dinero para pagar a sus trabajadores, para comprar equipos e inventarios, y para pagar el alquiler de sus edificios. De ahí que siempre haya habido personas y grupos de personas con la tentación de controlar la función vital de suministrar el dinero.

Muchos son los bienes dotados intrínsecamente utilidad que han sido elegidos para cumplir la función del dinero en las sociedades humanas. La sal en África, el azúcar en el Caribe, el pescado en la Nueva Inglaterra colonial, el tabaco en la región colonial de la Bahía de Chesapeake, las conchas, las azadas de hierro y muchos otros productos se han utilizado como dinero. Esos distintos tipos de dinero no solamente sirven como medio de intercambio; sino que permiten a los comerciantes y a las empresas mercantiles realizar los "cálculos" necesarios para que pueda existir cualquier economía avanzada. Esos distintos dineros se intercambian y se cuantifican por medio de una unidad monetaria, casi siempre una unidad de peso. El tabaco, por ejemplo, se medía en libras de peso. Los precios de otros bienes y servicios podían calcularse en libras de tabaco; un caballo podía valer 80 libras de tabaco en el mercado. Una empresa comercial podía entonces calcular la ganancia o pérdida que había tenido en el mes anterior; podía calcular que sus ingresos en el mes pasado habían sido de 1.000 libras y sus gastos de 800 libras y que había tenido un beneficio neto de 200 libras.

72.1 ¿ORO O PAPEL-MONEDA DEL GOBIERNO?

A lo largo de la historia, dos bienes han sido capaces de competir con todos los demás y han sido seleccionados como dinero por el mercado; dos metales preciosos, el oro y la plata (y el cobre allí dónde uno de esos dos metales preciosos no estaba disponible). El oro y la plata tienen muchas características de lo que podríamos llamar cualidades "monetarias", cualidades que los hacen superiores a todas las demás mercancías. Su suministro es lo bastante raro como para que su valor sea estable y elevado por unidad de peso; por lo tanto las monedas de oro o plata serán fáciles de transportar y se podrán utilizar para las transacciones cotidianas; son metales bastante raros también, así que hay pocas probabilidades de que se produzcan repentinos descubrimientos o incrementos en origen. Son duraderos porque pueden durar virtualmente para siempre por lo que son una forma sabia de "almacenar o conservar valor" para

el futuro. Y el oro y la plata son divisibles, de modo que pueden ser divididos en porciones pequeñas sin perder su valor, a diferencia de los diamantes por ejemplo, y son homogéneos, de modo que una onza de oro tendrá el mismo valor que cualquier otra.

El universal y antiguo uso del oro y la plata como dinero ya fue observado por el primer gran teórico monetario, el eminente escolástico francés del siglo XIV Jean Buridan, y está recogido más tarde en todos los tratados monetarios y en todos los manuales publicados sobre dinero y banca hasta que los gobiernos occidentales abolieron el patrón oro a principios de los años treinta. En 1933 Franklin D. Roosevelt se unió a ellos y sacó a Estados Unidos del patrón oro.

No hay ningún aspecto de la economía de libre mercado que haya sufrido más que el oro el desprecio y escarnio de los economistas "modernos" —ya sean de corte francamente Estatista y Keynesiano o supuestamente de "libre mercado" como la Escuela de Chicago—. El oro, no hace mucho tiempo aclamado como la base y fundamento de cualquier sistema monetario sólido, es ahora denunciado regularmente como un "fetiche" o, como en el caso de Keynes, como una "reliquia bárbara". Bueno, el oro efectivamente es en cierto sentido una reliquia bárbara; ningún "bárbaro" digno de ese nombre habría jamás aceptado como dinero el falso papel moneda y el falso crédito bancario que nosotros, los burlados y sofisticados hombres modernos, empleamos hoy.

Pero los "fanáticos del oro" no somos fetichistas; no encajamos en la típica imagen de los miserables que acarician su tesoro de monedas de oro mientras gritan de forma siniestra. El oro es algo grande porque él, y sólo él, es el dinero que suministra el mercado libre, el de la gente que trabaja. Porque la difícil elección que tenemos siempre ante nosotros es: oro (o plata) o gobierno. El oro es el dinero del mercado, una mercancía que ha de extraerse de la tierra y que luego se ha de procesar; en cambio el gobierno produce y suministra billetes virtualmente sin costo o crea cheques bancarios de la nada.

Sabemos, en primer lugar, que toda actuación del gobierno es despilfarradora, ineficiente y sirve al burócrata en vez de al consumidor. ¿Preferiríamos que los zapatos fueran producidos por empresas privadas en competencia en un mercado libre o por un inmenso monopolio del gobierno federal? El gobierno no puede gestionar mejor la función de suministrar dinero. Pero la situación en el caso del dinero es mucho peor que con el calzado o con cualquier otra

mercancía. Si el gobierno produjera zapatos, al menos se podrían utilizar, aunque fueran caros, no fueran de la talla correcta y no colmaran las necesidades de los consumidores.

El dinero es diferente de todos los demás productos: otras cosas son invariables, más zapatos o nuevos yacimientos de petróleo o cobre benefician a la sociedad puesto que ayudan a aliviar la escasez natural. Pero una vez que una mercancía se acepta como dinero en el mercado, no se necesita en mayor cantidad para que pueda perfectamente cumplir las funciones del dinero. Dado que el único uso del dinero es para el intercambio y para el cálculo, una mayor cantidad de dólares o libras o marcos en circulación no puede proporcionar un beneficio a la sociedad: simplemente diluirá el valor de cambio de cada dólar, libra o marco existente. Así que es una gran bendición que el oro o la plata sean escasos y que sea costoso aumentar su oferta.

Pero si el gobierno consigue que los billetes de papel-moneda o el crédito bancario sean dinero, que sean equivalentes a gramos o a onzas de oro, entonces el gobierno, siendo el principal proveedor de dinero, puede crear dinero libremente sin costo alguno y a voluntad. Como resultado, esa "inflación" de la oferta monetaria destruye el valor del dólar o de la libra, hace que suban los precios, perjudica al cálculo económico y dificulta y daña seriamente el funcionamiento de la economía de mercado.

La tendencia natural del gobierno, una vez que asume el control del dinero, es inflar y destruir el valor de la moneda. Para comprender esta verdad hemos de analizar la naturaleza del gobierno y cómo se crea el dinero. A lo largo de la historia, a los gobernantes siempre les ha parecido que sus ingresos no eran suficientes. La razón es clara: a diferencia de usted y de mí, los gobiernos no producen bienes y servicios útiles que puedan vender en el mercado; los gobiernos, en lugar de producir y vender servicios, viven fuera del mercado y fuera de la sociedad, como parásitos. A diferencia de cualquier otra persona e institución de la sociedad, el gobierno obtiene sus ingresos de la coacción, de los impuestos. En épocas más antiguas y sanas, de hecho, el rey podía obtener ingresos suficientes de los productos de sus propias tierras y bosques privados, así como de los peajes que cobraban por utilizar las calzadas reales. Al Estado le costó años de lucha conseguir convertir los impuestos en algo regular y exigible en tiempo de paz. E incluso después conseguir que se aprobaran los tributos, los

reyes se dieron cuenta de que no podían exigir fácilmente otros nuevos o aumentar los ya existentes; si lo hacían, estaban exponiéndose a provocar revueltas.

72.2 CONTROLANDO LA OFERTA MONETARIA

Si los impuestos se quedan permanentemente por debajo del nivel de gastos que el Estado desea tener ¿Cómo colmar la diferencia? Controlando la oferta de dinero, o, por decirlo sin rodeos, por medio de la falsificación. En la economía de mercado, sólo podemos obtener honestamente dinero vendiendo un bien o servicio a cambio de oro o si nos hacen un regalo; la única otra forma de obtener dinero es participando en el costoso proceso de excavar la tierra para sacar de ella el oro. El falsificador, por el contrario, es un ladrón que intenta beneficiarse de la falsificación, por ejemplo, chapando un pedazo de bronce para que parezca una moneda de oro. Si su falsificación se detecta de inmediato, no hace realmente daño, pero en la medida en que su falsificación no se detecte, el falsificador es capaz de robar no sólo de los productores cuyos bienes compra. Sino que el falsificador, al introducir dinero falso en la economía, es capaz de robar a todos privando a cada persona de una parte del valor de su dinero. Al diluir el valor de cada onza o dólar de dinero genuino, el robo del falsificador es más siniestro y más auténticamente subversivo que el del salteador de caminos; porque roba a todos los miembros de la sociedad y el robo es furtivo y oculto, de modo que se esconde la relación de causa y efecto.

Leímos recientemente un titular alarmante: "*El gobierno iraní intenta destruir la economía de los Estados Unidos falsificando billetes de 100 dólares*". Que los Ayatolás tuvieran metas tan grandiosas en mente es dudoso; pero los falsificadores no necesitan mucha justificación para obtener recursos imprimiendo dinero. Toda falsificación es de hecho subversiva y destructiva, además de ser inflacionaria.

¿Y qué decimos cuando el gobierno toma el control de la oferta monetaria, suprime el uso del oro como dinero e instituye como único dinero a los billetes que él mismo imprime? En otras palabras, ¿Qué podemos decir cuando el gobierno se convierte en el monopolista de la falsificación legalizada?

No sólo no se ha detectado la falsificación, sino que el gran falsificador —en los Estados Unidos, el sistema de la Reserva Federal— en vez de ser vilipendiado por

ladrón y por causar destrucción a escala masiva, es aclamado y celebrado como sabio administrador y gobernador de nuestra "Macro-economía", como el encargado de mantenernos a salvo de recesiones e inflaciones y con el que contamos para determinar los tipos de interés, los precios del capital y el empleo. En lugar de recibirle habitualmente con tomates y huevos podridos, el presidente de la Junta de Gobernadores de la Reserva Federal, quienquiera que sea, ya se trate del imponente Paul Volcker o el búho Alan Greenspan, es universalmente aclamado como el Donindispensable del sistema económico y financiero.

De hecho, la mejor manera de penetrar en los misterios del sistema monetario y bancario modernos es darse cuenta de que el gobierno y su banco central actúan exactamente igual que un Gran Falsificador, con efectos sociales y económicos muy similares. Hace muchos años, la revista *New Yorker*, en los días en que sus tiras cómicas aún tenían gracia, publicaba una caricatura de un grupo de falsificadores que miraban con impaciencia su imprenta cuando el primer billete de diez dólares salía de la prensa. Decía uno de los miembros del equipo: "*Muchachos, el comercio minorista del barrio seguro que va a recibir renovado impulso*".

Y eso es lo que pasa. A medida que los falsificadores imprimen dinero nuevo, el gasto aumenta en todo aquello que los falsificadores quieren comprar: bienes de consumo minorista para uso personal y también en préstamos y en otros propósitos de "bienestar general" en el caso del Estado. Pero la resultante "prosperidad" es falsa; lo único que pasa es que se ofrece más dinero por los recursos existentes, por lo que los precios suben. Además, los falsificadores y los que primero reciben el nuevo dinero obtienen recursos a costa de los pobres desgraciados que reciben el nuevo dinero más tarde que ellos o que ni siquiera llegan a recibirlo en absoluto. El nuevo dinero inyectado en la economía tiene un inevitable efecto de onda expansiva; los primeros perceptores del nuevo dinero gastan más y hacen que suban los precios, mientras que los receptores posteriores o los que tienen ingresos fijos se encuentran con que los precios de los bienes que han de comprar han aumentado inexplicablemente, mientras que sus ingresos se han reducido o han seguido siendo los mismos. En otras palabras, la inflación monetaria no sólo eleva los precios y destruye el valor de la unidad monetaria; también actúa como un gigantesco sistema de expropiación que detrae riqueza de los últimos perceptores en provecho de los propios

falsificadores y de los primeros perceptores de la cadena. La expansión monetaria es un gigantesco programa de redistribución oculta.

Cuando es el gobierno es el falsificador, el proceso de falsificación no solamente se puede "detectar" sino que el propio gobierno se auto-proclama abiertamente guardián del dinero en aras al interés público. La expansión monetaria se convierte entonces en un gigantesco sistema de imposición oculta, el impuesto grava a los grupos con ingresos fijos, a los grupos alejados del chorro de gasto y de la subvención públicos y a los abnegados ahorradores que son lo bastante ingenuos e infelices como para guardar su dinero y confiar en su valor.

El gasto y el endeudamiento se ven incentivados; el ahorro y el trabajo duro son desalentados y penalizados. No sólo eso: los grupos que se benefician son los grupos de intereses especiales que están políticamente bien relacionados con el gobierno y pueden ejercer presión para que el nuevo dinero se gaste en lo que les interesa a ellos de manera que sus ingresos puedan aumentar más deprisa que la inflación de precios. Los contratistas públicos, las empresas políticamente conectadas, los sindicatos y otros grupos de presión se benefician a expensas del desprevenido y desorganizado público.

——————

Hemos descrito en parte el actual proceso de huida desde un dinero sólido creado por el libre mercado a un dinero estatal inflado: la abolición del patrón oro por Franklin Roosevelt en 1933 y su sustitución por billetes de papel de la Reserva Federal como nuestro "patrón monetario" de tipo fiduciario. Otra parte crucial de este proceso fue la cartelización federal de los bancos de la nación que se produjo con la creación del sistema de Reserva Federal en 1913.

La banca es una parte especialmente desconocida del sistema económico; uno de los problemas es que la palabra "banco" abarca muchas actividades diferentes, con implicaciones muy distintas. Durante la época del Renacimiento, los Medici en Italia y los Fugger en Alemania, eran "banqueros"; su actividad, sin embargo, no sólo era privada, sino que, al menos en sus comienzos, fue una actividad legítima, no inflacionaria y altamente productiva. Esencialmente, fueron "banqueros comerciales", que, antes de serlo, fueron prominentes comerciantes. En el curso de sus actividades comerciales, comenzaron a extender crédito a sus clientes, y en el caso de estas grandes familias bancarias, el crédito, o sea la parte "bancaria" de sus actividades, eventualmente eclipsó al resto de sus

actividades comerciales. Estas empresas prestaban dinero procedente de sus propios beneficios y ahorros y ganaban dinero cobrando intereses de los préstamos que hacían. Por lo tanto, constituían canales o vías por las que invertían productivamente sus propios ahorros.

En la medida en que los bancos prestan sus propios ahorros o movilizan el ahorro de otros, sus actividades son productivas e irreprochables. Hasta en nuestro sistema bancario comercial actual, si compro un certificado de depósito de 10.000 dólares (CD="certificado de depósito") con vencimiento a los seis meses, y percibo intereses a cierto tipo de interés fijo, estoy utilizando mis ahorros y prestándoselos a un banco, que a su vez los presta a un tipo de interés más alto, siendo el diferencial las ganancias que percibe el banco por ejercer la función de canalizar el ahorro hacia prestatarios solventes o productivos. No hay ningún problema en esta operación.

Lo mismo ocurre con los grandes bancos "de inversión", que se desarrollaron a medida que el capitalismo industrial floreció en el siglo XIX. Los banqueros de inversión empleaban su propio capital, o capital invertido o prestado por otros, para comprometerse a suscribir las acciones y obligaciones emitidas por empresas que reunían capital vendiendo sus títulos-valores a accionistas y a obligacionistas. El problema con los banqueros de inversión es que uno de sus principales campos de inversión fue la suscripción de deuda pública, lo que los llevó a meterse en política, al darles un poderoso incentivo para presionar y manipular a los gobiernos, de manera que los impuestos se destinasen a pagar la deuda pública que ellos y sus clientes tenían. De ahí la poderosa y siniestra influencia política de los banqueros de inversión en los siglos XIX y XX: en particular los Rothschild en Europa Occidental y Jay Cooke y la Casa Morgan en Estados Unidos.

A finales del siglo XIX, los Morgan tomaron la delantera al intentar presionar al gobierno de Estados Unidos para que cartelizara a las industrias en las que estaban interesados —los primeros ferrocarriles y luego la industria manufacturera: para que protegiera a esas industrias de los vientos de la libre competencia y usara el poder del Estado para permitir que esas industrias restringieran la producción y subieran los precios—.

En particular, los banqueros de inversión actuaron como un grupo de presión para conseguir la cartelización de la banca comercial. Hasta cierto punto, los

bancos comerciales prestan su propio capital y el dinero que adquieren por medio de certificados de depósito. Sin embargo, la mayoría de la banca comercial es una "banca de depósitos" basada en una gigantesca estafa: la idea en la que la mayoría de los depositantes cree es que su dinero está en el banco, disponible para poder ser canjeado por numerario en cualquier momento. Si Jim tiene una cuenta corriente de 1.000 dólares en un banco local, Jim sabe que es un "depósito a la vista", es decir, que el banco se compromete a pagarle 1.000 dólares en efectivo, a la vista, esto es, en cuanto se lo pida, en cualquier momento que quiera "recuperar su dinero". Naturalmente, los Jims de este mundo están convencidos de que su dinero está allí, en el banco, disponible en cualquier momento. Por lo tanto, piensan en su cuenta corriente contra la que pueden librar cheques como equivalente a un recibo de depósito de almacén. Si dejan una silla depositada en un almacén antes de irse de viaje, esperan conseguirla presentando el recibo. Por desgracia, aunque los bancos recurren a la analogía del almacén, los depositantes son sistemáticamente engañados. Su dinero no está allí.

Un almacén honesto se asegura de que las mercancías confiadas a su cuidado están allí, en su almacén o en su caja fuerte. Pero los bancos operan de manera muy diferente, al menos desde los días de los bancos de depósitos como el Banco de Amsterdam y el de Banco de Hamburgo en el siglo XVII, que de hecho actuaron como almacenes y respaldaban todos sus ingresos con los activos depositados, esto es, con oro y plata. Este depósito honesto o "giro" bancario se denomina banca con "reservas al 100 por ciento". Desde entonces, los bancos han venido creando habitualmente recibos de almacén (originalmente billetes de banco y ahora depósitos bancarios) de la nada. Esencialmente, son falsificadores que crean falsos recibos de almacén que sustituyen al dinero corriente o dinero convencional y circulan como si fueran billetes o depósitos bancarios plenamente respaldados. Los bancos crean dinero literalmente del aire, hoy en día exclusivamente en forma de depósitos en lugar de billetes bancarios. Esta clase de estafa se quiere dignificar utilizando el término "banca fraccionaria", lo que significa que los depósitos bancarios están respaldados solamente por una pequeña fracción del numerario que los bancos prometen disponer y canjear (en este momento, en Estados Unidos, esta fracción mínima, que es fijada por el sistema de Reserva Federal, es del 10 por ciento).

72.3 LA BANCA CON RESERVA FRACCIONARIA

Veamos cómo funciona el proceso de reserva fraccionaria cuando no hay un banco central. Supongamos que voy y fundo el Banco Rothbard e invierto en él 1.000 dólares en efectivo (que sea oro o papel-moneda del gobierno no importa a estos efectos). Luego "presto" 10.000 dólares a alguien, ya sea para gasto de consumo o para invertir en su negocio. ¿Cómo es que puedo "prestar" mucho más de lo que tengo? Ah, esa es la magia de la "fracción" en una banca con reserva fraccionaria. Simplemente abriéndole al Sr. Jones una cuenta corriente de 10.000 dólares que le presto alegremente. ¿Por qué Jones me pide que le preste dinero? Bueno, pues por una sencilla razón, porque yo puedo cobrarle un tipo de interés más bajo que los demás ahorradores. Y eso es así porque yo no tengo que haber ahorrado antes ese dinero para poder prestárselo, sino que simplemente puedo falsificarlo y lo obtengo sin más, del aire, a cambio de nada. Puesto que los depósitos a la vista en el Banco Rothbard funcionan como equivalentes al dinero efectivo, la oferta de dinero de la nación acaba de aumentar por arte de magia en 10.000 dólares. Los procesos de inflación y falsificación están en marcha.

El economista inglés del siglo XIX Thomas Tooke afirmó correctamente que "*el libre mercado en el negocio de la banca equivale a libertad para estafar*". Pero con libertad y sin la ayuda del gobierno, este proceso de falsificación que opera en lo que se ha denominado "banca libre" tiene algunos graves problemas. Primero: ¿Por qué tendría alguien que confiar en mí? ¿Por qué tendría alguien que aceptar cheques librados contra depósitos del Banco Rothbard? Pero en segundo lugar, aunque la gente confiara en mí, y yo fuera capaz de ganarme la confianza de los crédulos, existe otro grave problema causado por el hecho de que el sistema bancario es competitivo: en el negocio bancario la entrada es libre. Después de todo, el Banco Rothbard tiene una clientela limitada. Tras recibir Jones un préstamo en la forma de cuenta corriente bancaria, gasta el dinero depositado ¿Para qué querría un préstamo, y estaría dispuesto a pagar dinero por ello, si no es para gastar lo prestado? Con lo que tarde o temprano, lo gasta —ya sea para unas vacaciones, o para ampliar su negocio— y adquiere bienes o servicios de clientes de algún otro banco, digamos del Rockwell Bank. El Rockwell Bank no está particularmente interesado en tener una cuenta corriente abierta en mi banco; lo que quiere son reservas en efectivo con las que respaldar y sobre las

que acumular su propia cuota de falsificación. Y así, por simplificar el caso, el Rockwell Bank obtiene un cheque de 10.000 dólares contra el Banco Rothbard y lo presenta por ventanilla para cobrar el numerario que le permita aumentar sus créditos y participar así a su vez del proceso de falsificación inflacionaria. Pero, yo, por supuesto, no puedo pagar los 10.000 dólares, así que estoy acabado, arruinado, al descubierto. Por Derecho acabo en la cárcel como el malversador que soy y por lo menos mis falsos depósitos ya no forman parte de la oferta monetaria.

Por lo tanto, con libre competencia, sin ayuda gubernamental y sin un gobierno que lo impida, la falsificación de las reservas fraccionarias sólo tendrá un alcance limitado. Los bancos podrían formar cárteles para respaldarse mutuamente, pero, por lo general, en el mercado los cárteles no funcionan bien sin un gobierno que los respalde, sin un gobierno que castigue a los competidores que insistan en romper el cártel; en este caso, sin un gobierno que obligue a pagar a los bancos de la competencia.

72.4 LA BANCA CENTRALIZADA

De ahí el impulso de los propios banqueros para que el gobierno cartelizara su industria por medio de un banco central. La banca centralizada empezó con el Banco de Inglaterra en la década de 1690, se extendió al resto del mundo occidental en los siglos XVIII y XIX y finalmente, en 1913, los cartelistas bancarios la impusieron en Estados Unidos a través del sistema de Reserva Federal. Los banqueros de inversión, como los Morgan, que fueron pioneros de la idea del cártel bancario, y que por entonces ya se habían expandido a la banca comercial, fueron especialmente entusiastas de la centralización bancaria.

En la banca centralizada moderna se otorga al Banco Central el monopolio de la emisión de billetes bancarios (en sus orígenes eran recibos de almacén impresos en papel, en contraposición a los depósitos bancarios que son recibos de carácter intangible) que en la actualidad son idénticos al papel moneda que emite el gobierno y por consiguiente son el “patrón” monetario del país. La gente quiere utilizar dinero efectivo y depósitos bancarios. Si, por lo tanto, quiero sacar 1.000 dólares en efectivo de mi cuenta corriente bancaria, mi banco tiene que ir a la Reserva Federal y ha de disponer del saldo de su propia cuenta corriente con la Fed para "comprarle" 1.000 dólares en billetes de la propia

Reserva Federal (el dinero de curso legal actual de Estados Unidos). En otras palabras, la Fed actúa como banco de los bancos. Los bancos mantienen cuentas corrientes de depósito abiertas en la Fed y estos depósitos constituyen sus reservas, con las que pueden hacer préstamos y conceder créditos por valor de hasta diez veces la cantidad que tienen depositada allí.

Así es como funciona el proceso de falsificación en el mundo de hoy. Digamos que la Reserva Federal, como de costumbre, decide que quiere expandir (es decir, inflar) la oferta monetaria. La Reserva Federal decide acudir al mercado (al denominado "mercado abierto") y comprar un activo. Realmente no importa qué activo compre; lo importante es que libra un cheque. La Fed, si quisiera, podría comprar cualquier activo, incluso acciones de sociedades, edificios o dinero de otros paises, o sea divisas. En la práctica, casi siempre compra valores al gobierno de Estados Unidos.

Supongamos que la Fed compra 10 millones de dólares en bonos del Tesoro de Estados Unidos de un distribuidor de bonos "autorizado" por el gobierno (un pequeño grupo), supongamos de Shearson, Lehman en Wall Street. La Fed libra un cheque por 10 millones de dólares que entrega a Shearson, Lehman a cambio de 10 millones de dólares en valores de Estados Unidos. ¿De dónde obtiene la Fed los 10 millones de dólares para pagar a Shearson, Lehman? Crea el dinero del aire. Shearson, Lehman pueden hacer solamente una cosa con el cheque: depositarlo en su cuenta corriente en un banco comercial, por ejemplo en el Chase Manhattan. La "oferta monetaria" del país ha aumentado en 10 millones de dólares; ninguna cuenta corriente ha disminuido su saldo. Ha habido un aumento neto de 10 millones de dólares.

Pero esto es sólo el comienzo del proceso de falsificación inflacionaria. Chase Manhattan está encantado de tener un cheque librado contra la Fed y se apresura a depositarlo en su propia cuenta corriente con la Fed, que ahora aumenta en 10 millones de dólares. Pero el saldo de esta cuenta corriente constituye las "reservas" de los bancos, que ahora han aumentado en toda la nación en 10 millones de dólares. Esto significa que Chase Manhattan puede crear depósitos respaldándolos con esas reservas y que, a medida que los cheques y las reservas se filtran a otros bancos (como lo hicieron los depósitos de Banco Rothbard), cada uno de ellos puede agregar la inflación que él mismo genera hasta que el conjunto del sistema bancario aumente sus depósitos a la

vista en 100 millones de dólares, diez veces la compra original de activos que hizo la Fed. El sistema bancario está autorizado a mantener reservas del 10 % de sus depósitos, lo que significa que el "multiplicador del dinero" —la cantidad de dinero en depósitos que los bancos pueden crear con sus reservas— es 10. Una compra de activos de 10 millones de dólares por parte de la Fed ha generado muy rápidamente un incremento de la oferta monetaria del conjunto del sistema bancario de 100 millones de dólares, de hasta diez veces la cantidad inicialmente inyectada en el mismo.

Curiosamente, todos los economistas están de acuerdo en la mecánica de este proceso a pesar de que, por supuesto, no están muy de acuerdo con la valoración moral o económica del mismo. Pero lamentablemente, el público general, que no está familiarizado con los misterios de la banca, sigue creyendo que su dinero está "en el banco".

Así, la Reserva Federal y otros sistemas bancarios centralizados, actuando por cuenta de sus gobiernos respectivos, crean gigantescos cárteles bancarios y obligan a sus miembros a respetarlos; la Fed rescata a los bancos que tienen problemas y centraliza y coordina el sistema bancario para que todos los bancos, ya sean Chase Manhattan o los bancos Rothbard o Rockwell, puedan inflar a la vez. Con banca libre, un banco que se expandiera más que los demás estaría en peligro de entrar en bancarrota inminente. Ahora, con la Reserva Federal, todos los bancos pueden expandirse juntos y proporcionadamente.

72.5 EL “SEGURO DE DEPÓSITOS”

Pero aún con el respaldo de la Reserva Federal, la banca con reserva fraccionaria demostró ser inestable y en 1933 el New Deal, añadió la mentira del "seguro de depósitos bancarios", utilizando el benevolente término "seguro" para enmascarar un engaño manifiesto. Cuando el sistema de Ahorro y Préstamo (*Savings and Loan*) (el equivalente norteamericano de las Cajas de Ahorro) se vino abajo a finales de los años ochenta, el "seguro de depósito" de la *Federal Savings and Loan Insurance Corporation (FSLIC)* quedó al descubierto como el puro fraude que era. El término "seguro" se empleaba solamente para aludir —sin nombrarlo — al inexistente respaldo del gobierno federal. Los pobres contribuyentes finalmente rescataron a las Cajas de Ahorro (los *Savings and Loan*) pero la antigua y santificada *Federal Deposit Insurance Corporation (FDIC)* sigue aún operando en

la banca comercial, que ahora se ve como cada vez más inestable, ya que la propia FDIC dispone de menos de un uno por ciento de la enorme cantidad de depósitos que "asegura".

La idea misma de un "seguro de depósitos" es una estafa. ¿Cómo se puede asegurar a una institución (la banca con reserva fraccionaria) que es intrínsecamente insolvente y se desmoronará en cuanto el público por fin descubra la estafa? Supongamos que mañana los norteamericanos se hicieran conscientes de la estafa bancaria y se presentaran todos a la vez en su banco por la mañana exigiendo el reembolso en efectivo. ¿Qué pasaría? Los bancos serían instantáneamente insolventes, ya que sólo podrían reunir el 10 por ciento del dinero que deberían a sus asombrados clientes. Tampoco el enorme aumento de impuestos necesario para rescatar a todo el mundo sería para nada apetecible. No: lo único que la Fed podría hacer, y esto estaría sí que podría, sería imprimir dinero suficiente hasta pagar a todos los depositantes bancarios. Desafortunadamente, con la situación actual del sistema bancario, el resultado sería una inmersión inmediata en los horrores de la hiperinflación.

Supongamos que el total de los depósitos bancarios asegurados es de 1.600 millones de dólares. Técnicamente, en el caso de un pánico bancario, la Fed, haciendo uso de sus poderes de emergencia, podría imprimir 1.600 millones de dólares en efectivo para dar a la FDIC con qué pagar a los depositantes bancarios. El problema es que, alentados por ese rescate masivo, los depositantes volverían a depositar rápidamente los nuevos 1.600 millones de dólares en los bancos, aumentando las reservas bancarias totales en la misma suma y permitiendo así una expansión inmediata de la oferta monetaria de los bancos en un múltiplo de diez con lo que las existencias de dinero bancario se incrementarían hasta los 16 billones de dólares. Una inflación desenfrenada y la destrucción total de la moneda seguirían rápidamente.

Para salvar nuestra economía de la destrucción y del eventual holocausto de la inflación galopante, tenemos que recuperar la función de suministrar el dinero y quitársela al gobierno. El dinero es demasiado importante para dejarlo en manos de los banqueros y de los economistas y financieros del *Establishment*. Para lograrlo el dinero debe ser devuelto a la economía de mercado y todas las funciones monetarias deben ejercerse dentro de los límites estructurales que

proporcionan los derechos de propiedad privada y la economía de libre mercado.

Podría pensarse que los vínculos del dinero con el Estado, o con el gobierno, han ido demasiado lejos, que penetran demasiado en el sistema económico, que están tan inextricablemente unidos a la economía que no se pueden extirpar sin producir destrucción económica. Los conservadores están acostumbrados a denunciar a los "terribles simplificadores" que echan todo a perder imponiendo planes simplistas e impracticables. Nuestro principal problema, sin embargo, es precisamente lo contrario: la mistificación de la élite gobernante de los tecnócratas e intelectuales que, cada vez que surge un portavoz público que pide recortes de impuestos o desregulación a gran escala, se burlan sarcásticamente de la debilidad de las masas que "*buscan soluciones sencillas para problemas complejos*". Bueno, en la mayoría de los casos, las soluciones son claras y simples, pero son ocultadas deliberadamente por personas a las que podríamos calificar de "terribles complicadores". En realidad, recuperar nuestro dinero sería relativamente simple y directo, mucho menos difícil que la desalentadora tarea de desnacionalizar y erradicar el Comunismo de los países de Europa oriental y de la antigua Unión Soviética.

Nuestro objetivo puede resumirse simplemente en privatizar nuestro sistema monetario separando el dinero del Estado y de la banca. El medio central para llevar a cabo esta tarea es también sencillo: la eliminación del sistema de la Reserva Federal —la abolición de la banca centralizada—. ¿Cómo se podría abolir el sistema de Reserva Federal? Elemental: simplemente derogando sus Estatutos, la *Federal Reserve Act* (Ley de la Reserva Federal) de 1913. Además, las deudas de la Reserva Federal (sus billetes y depósitos) originalmente eran canjeables a la vista por oro. Desde las monstruosas acciones de Franklin Roosevelt en 1933, los "dólares" emitidos por la Reserva Federal y los depósitos de la Fed y los bancos adheridos al sistema, ya no han sido canjeables por oro. Los depósitos bancarios son redimibles en billetes de la Reserva Federal, mientras que los billetes de la Reserva Federal no son canjeables por nada, o alternativamente por otros billetes de la Reserva Federal. Sin embargo, esos billetes son nuestro dinero, nuestro "patrón" monetario y todos los acreedores están obligados a aceptar el pago en esos billetes fiduciarios, sin que importe a estos efectos lo depreciados que puedan estar.

Además de cancelar la redención de dólares en oro, Roosevelt en 1933 cometió otro acto criminal: confiscar literalmente todo el oro y todos los lingotes que estaban en poder de los ciudadanos estadounidenses, cambiándolo por dólares arbitrariamente valorados. Es curioso que, a pesar de que la Fed y el *Establishment* del gobierno proclamen continuamente la obsolescencia y la inutilidad del oro como metal monetario, la Fed (y todos los demás bancos centrales) se aferra a su oro a muerte. El oro que era nuestro y que nos fue confiscado aún es propiedad de la Reserva Federal; una parte del oro está depositada en Fort Knox bajo la custodia del Tesoro de Estados Unidos aunque también hay una parte que está en manos de otros depositarios. De hecho, desde 1933 hasta la década de 1970, siguió siendo ilegal que cualquier estadounidense poseyera oro monetario de cualquier tipo, ya fuera en moneda o en lingotes, y ello incluso aunque lo tuvieran guardado en cajas de seguridad, ya estuvieran éstas en Estados Unidos o en el extranjero. Todas esas medidas, supuestamente aprobadas para afrontar una situación de emergencia, como lo fue la Gran Depresión, han seguido desde entonces estando vigentes como parte de la gran herencia del New Deal. Durante cuarenta años, en Estados Unidos cualquier oro que acabara en manos de particulares tenía que ser depositado en los bancos, que a su vez tenían que depositarlo en la Fed. El oro para usos no monetarios "legítimos", tales como prótesis dentales, industriales o joyería, fue cuidadosamente racionado para tales propósitos por el Departamento del Tesoro.

Afortunadamente, gracias a los heroicos esfuerzos del congresista Ron Paul, ahora es legal que los estadounidenses posean oro, ya sea en monedas o en lingotes. Pero el oro mal adquirido, confiscado y secuestrado por la Reserva Federal sigue en manos de aquélla. ¿Cómo sacar el oro de la Fed? ¿Cómo privatizar las existencias de oro de la Fed?

72.6 PRIVATIZANDO EL ORO DE LA RESERVA FEDERAL

La respuesta nos la revela el hecho de que la Fed, que había prometido pagar sus obligaciones con oro, ha venido incumpliendo esa promesa desde que en 1933 Roosevelt suprimió el patrón oro. Como la Reserva Federal no cumple con sus obligaciones, se tiene que liquidar y la forma de hacerlo es la misma que se emplea con cualquier empresa cuando es insolvente: repartir a prorrata de sus activos entre sus acreedores. Los activos en oro de la Reserva Federal se

valoraban el 30 de octubre de 1991 en 11.100 millones de dólares. Los pasivos de la Reserva Federal a esa fecha consistían en 295.500 millones de dólares en billetes de la Reserva Federal en circulación y 24.400 millones de dólares depositados en cuentas corrientes abiertas por los bancos afiliados al sistema de la Reserva Federal lo que sumaba un total de 319.900 millones de dólares. De los activos de la Fed, excluido el oro, la mayor parte eran valores del gobierno de Estados Unidos, que ascendían a 262.500 millones de dólares. Deben ser anulados ya que ni siquiera pueden considerarse como ficción contable: los contribuyentes se ven obligados a pagar intereses y principal de una deuda que el gobierno federal tiene con su propia criatura, la Reserva Federal. El mayor activo restante es la moneda emitida por el Tesoro, 21.000 millones de dólares, que también debería ser amortizada, además de 10.000 millones de dólares en *Special Drawing Rights (SDR*) (Derechos Especiales de Giro) que es meramente papel creado por los bancos centrales internacionales y que debería suprimirse también. Nos quedamos (aparte de varios edificios y accesorios y otros activos propiedad de la Fed que ascienden a unos 35.000 millones de dólares) con 11.100 millones de dólares en activos que son necesarios para pagar pasivos por un total de 319.900 millones de dólares.

Afortunadamente, la situación no es tan grave como parece ya que es falso que el valor del oro de la Fed sea de tan solo 11.100 millones de dólares; de hecho, es uno de los aspectos más extraños de nuestro fraudulento sistema monetario. Las existencias de oro de la Fed consisten en 262,9 millones de onzas de oro; su valoración es artificial puesto que se basa en asignar al oro que el gobierno tiene en su poder un valor de 42,22 dólares la onza. Dado que el precio del oro en el mercado es actualmente de alrededor de 350 dólares la onza, esto de por sí ya evidencia una llamativa anomalía del sistema.

72.7 LA UNIDAD MONETARIA Y LA EROSIÓN MONETARIA

¿De dónde surge esa valoración de 42,22 dólares la onza de oro?

La esencia de un patrón oro es que la unidad monetaria (llámese "dólar", "franco", "marco", etc...) se define como un cierto peso de oro. Bajo el patrón oro, el dólar o el franco no son una cosa en sí misma, un simple nombre o el nombre de un billete impreso en papel emitido por el Estado o por un banco central.

No. Es el nombre de una unidad de peso en oro. Es una unidad de peso tanto como lo puedan ser otras medidas de peso más generales como la "onza", el "grano" o el "gramo". Antes de 1933 y durante un siglo, el "dólar" fue definido como igual a 23,22 granos de oro; como una onza tiene 480 granos, esto significaba que el dólar también se definía como 0,048 de una onza de oro. Dicho de otra manera, la onza de oro se definía como igual a 20,67 dólares.

Además de suprimir el patrón oro en el interior del país, el New Deal de Franklin Roosevelt "rebajó" el dólar al redefinirlo, o "aligerar su peso", como igual a 13,714 granos de oro, lo que también suponía definir la onza de oro como igual a 35 dólares. El dólar seguía siendo canjeable en oro por los bancos centrales y por gobiernos extranjeros a un peso más ligero de 35 dólares; de modo que los Estados Unidos permanecieron en una forma híbrida de patrón oro internacional hasta agosto de 1971, cuando el presidente Nixon terminó la tarea y hundió el patrón oro por completo. Desde 1971, Estados Unidos ha estado en un patrón monetario de papel totalmente fiduciario; no por casualidad, desde esa fecha, ha sufrido un grado de inflación sin precedentes en tiempo de paz. Desde 1971, el dólar ya no ha estado ligado al oro con un peso fijo, por lo que se ha convertido en una mercancía separada del oro, que puede fluctuar libremente en los mercados mundiales.

Cuando el dólar y el oro se desligaron el uno del otro, vimos lo más parecido a un experimento de laboratorio que podemos presenciar en los asuntos humanos. Todos los economistas del *Establishment* —desde los Keynesianos a los Monetaristas de Chicago— insistieron en que el oro había perdido su valor como dinero, ese oro sólo había alcanzado su encumbrado valor de 35 dólares la onza porque ésa era la suma "fijada" por el gobierno. El dólar supuestamente otorgaba valor al oro y no al revés, y si el oro y el dólar se desvincularan por completo, veríamos el precio del oro hundirse rápidamente hasta el valor estimado de sus usos no monetarios (para joyas, obturaciones dentales, etc...) de aproximadamente 6 dólares la onza. En contraste con esta predicción unánime del *Establishment*, los seguidores de Ludwig von Mises y otros "fanáticos del oro" insistieron en que, al rebajado precio de 35 dólares, estaba infravalorado y afirmaron que subiría mucho más, tal vez hasta los 70 dólares.

Baste decir que el precio del oro nunca cayó por debajo de 35 dólares y de hecho volvió a subir, llegó a alcanzar en cierto momento los 850 dólares la onza,

estableciéndose en los últimos años en alrededor de 350 dólares la onza. Y sin embargo, desde 1973, el Tesoro y la Fed han evaluado persistentemente sus existencias de oro, no a los antiguos y obsoletos 35 dólares, sin duda, pero sólo en un poco más, a 42,22 dólares la onza. En otras palabras, si el gobierno de Estados Unidos sólo hiciera el simple ajuste que la contabilidad exige a todos —valorando los activos que uno tiene en su precio de mercado— el valor del stock de oro de la Fed subiría inmediatamente de 11.100 a 92.000 millones de dólares.

De 1933 a 1971, el gran número de economistas que antaño defendía un retorno al patrón oro, cuyo número había menguado, impulsaba principalmente el regreso del patrón oro a 35 dólares la onza. Mises y sus seguidores abogaban por un "precio" del oro más alto, ya que el precio de 35 dólares ya no era aplicable a los estadounidenses. Pero la mayoría estaba de acuerdo en una cuestión: que cualquier medida o definición, una vez adoptada, debía ser mantenida a partir de entonces. Pero desde 1971, con la muerte de la una vez sagrada onza a 35 dólares, se acabaron las apuestas. Aunque las definiciones, una vez adoptadas, se tengan que mantener permanentemente, no hay nada sagrado en ninguna definición inicial, sino que hay que elegir la que sea más útil en ese momento dado. Si deseamos restablecer el patrón oro, somos libres de seleccionar la definición del dólar que sea más útil; ya no hay ninguna obligación de volver a las obsoletas definiciones de 20,67 o 35 dólares la onza.

72.8 ABOLIR LA FED

En particular, si nuestro deseo es liquidar el sistema de Reserva Federal, podemos seleccionar una nueva definición para el "dólar" que permita pagar por completo todas las obligaciones de la Reserva Federal. En el caso de nuestro ejemplo anterior, podemos ahora redefinir el "dólar" como equivalente a 0,394 granos de oro o lo que es lo mismo que 1 onza de oro valga 1.217 dólares. Con semejante redefinición, todas las existencias de oro de la Reserva Federal podrían entregarse al tesoro para que acuñase unas monedas de oro que reemplazarían a los billetes de la Reserva Federal en circulación y también constituirían reservas, en moneda de oro por valor de 24.400 millones de dólares, para los distintos bancos comerciales. El sistema de Reserva Federal sería abolido, las monedas de oro entrarían en circulación reemplazando a los billetes de la Reserva Federal, el oro sería el dinero circulante y el dólar oro la unidad de cuenta con lo los cálculos se harían al nuevo tipo de 1.217 dólares la

onza. Dos grandes objetivos —el retorno del patrón oro y la eliminación de la Reserva Federal— se lograrían de un solo golpe.

Un paso que sería su corolario, por supuesto, sería la supresión de la *Federal Deposit Insurance Corporation (FDIC)* que ya es insolvente. El concepto mismo de "seguro de depósito" es fraudulento; ¿Cómo puede alguien "asegurar" a toda un sector económico que es intrínsecamente insolvente? Sería como asegurar al Titanic después de que chocara con el iceberg. Algunos economistas pro-mercado abogan por "privatizar" los seguros de depósito y defienden que sean empresas privadas, o los propios bancos, quienes "aseguren" los depósitos de los demás. Pero eso nos devolvería a los desagradables días de los cárteles de los bancos florentinos, en los que cada banco intentaba respaldar las deudas ajenas. No funcionará. No olvidemos que los primeros *Savings and Loan* que quebraron en la década de 1980 fueron los de Ohio y Maryland, que gozaban del dudoso beneficio de contar con un seguro de depósitos "privado".

Esta cuestión pone de relieve un importante error que cometen a menudo economistas libertarios y pro-libre-mercado que creen que todas las actividades del gobierno se deben privatizar; o que sostienen, como corolario, que cualquier acción, siempre y cuando sea privada, es legítima. Bien al contrario, actividades como el fraude, la malversación o la falsificación no deberían ser "privatizadas"; tendrían que ser erradicadas.

Esto aún dejaría a los bancos comerciales con reservas fraccionarias y en el pasado defendí ir directamente a una banca no fraudulenta con reservas del 100 por ciento para lo que habría que elevar el precio del oro lo suficiente como para que fuera equivalente a los pasivos bancarios a la vista. Tras ello, por supuesto, se requeriría legalmente a la banca que mantuviera reservas del 100 por ciento. Con las estimaciones actuales, respaldar al 100 por ciento con oro todas las cuentas de depósitos a la vista de la banca comercial exigiría volver a un patrón oro de 2.000 dólares la onza; incluir todos los depósitos a la vista requeriría establecer un precio del oro de 3.350 dólares la onza y exigir reservas bancarias del 100 por ciento para todas las cuentas corrientes a la vista y para todas las cuentas de ahorro (que todo el mundo considera como canjeables a la vista) requeriría un patrón oro de 7.500 dólares la onza.

Pero esas soluciones presentan problemas. Un problema menor es que cuanto mayor sea el recién establecido valor del oro respecto del precio de mercado

actual, mayor será el consiguiente aumento en la producción de oro. Este aumento provocaría una inflación de precios ciertamente modesta y única. Un problema más importante es el moral: ¿Merecen los bancos lo que equivale a recibir un regalo, puesto que la Fed, antes de ser liquidada, permitiría que los activos en oro de cada banco fueran lo suficientemente altos como para absorber la totalidad de sus pasivos? Claramente, poco merecen los bancos un tratamiento tan benévolo, aunque se haga para facilitar la transición a un dinero sano; los banqueros deberían considerarse afortunados con no ser juzgados por malversación. Además, sería difícil hacer cumplir y vigilar por medios administrativos que la banca opera con reservas del 100 por ciento. Sería más fácil, y más libertario, encomendarlo a los tribunales. En Estados Unidos, antes de la Guerra Civil los billetes emitidos por bancos en situación dudosa, que operaban con reservas fraccionarias y cuya sede estaba geográficamente alejada, eran adquiridos al descuento por "corredores" profesionales que viajaban a la sede de los bancos y reclamaban el canje de esos billetes por oro.

Lo mismo podría hacerse, y de manera más eficiente, utilizando la avanzada tecnología electrónica de que hoy disponemos, como cuando corredores profesionales intentan ganar dinero descubriendo y hundiendo bancos malos. Uno de mis favoritos es el concepto de *Ligas de Vigilantes de los Bancos*, serían entidades que controlarían a los bancos, localizarían a los morosos y anunciarían en la televisión su situación de debilidad animando a quienes tuvieran sus billetes y depósitos en ellos a canjearlos sin demora. Si esos grupos de Vigilantes pudieran azuzar la histeria y desencadenar las subsiguientes corridas bancarias, en las que los tenedores de sus obligaciones y los depositantes se apresurasen a sacar su dinero antes de que el banco cayera, tanto mejor: pues entonces, sería el pueblo mismo, y no únicamente el gobierno, quienes reclamarían contra los bancos que funcionaran con reservas fraccionarias. La cuestión importante, que debe enfatizarse, es que a la primera señal de que un banco no canjea sus billetes o depósitos a la vista, la policía y los tribunales deben cerrarlo y echarlo del negocio. Justicia inmediata, punto, sin piedad y sin rescates.

Bajo semejante régimen, los bancos no aguantarían mucho tiempo antes de declararse insolventes o tendrían que contraerse, retirando billetes de circulación y cancelando depósitos, hasta reducir su valor e igualarlo al de sus reservas. Semejante deflación monetaria, al tiempo que conduciría a diversos ajustes, sería claramente unilateral y obviamente tendría que parar

permanentemente cuando el total de los pasivos bancarios se contrajera hasta que su valor fuera igual al 100 por ciento de sus activos en oro. Una diferencia crucial entre inflación y deflación es que la primera puede hacer que aumente la oferta monetaria y que suban los precios hasta el infinito mientras que la oferta monetaria solamente se puede reducir hasta que su valor iguale al de toda la especie o dinero estándar que exista, o sea, con un patrón oro, al de las existencias de oro. El oro constituye un límite absoluto contra deflaciones adicionales.

Si esta propuesta parece dura para los bancos, tenemos que ser conscientes de que de todas formas el sistema bancario va encaminado a un desastre. Como resultado del colapso de las *Savings and Loan*, la gente se está por fin dando cuenta de la situación tremendamente inestable de nuestro sistema bancario. Y se está hablando abiertamente de que la *FDIC* es insolvente y de que puede caer toda la estructura bancaria. Y si la gente se llega a convencer algún día de esto y quiere sacar su dinero de los bancos y guardarlo en el bolsillo, desencadenará una poderosa "corrida bancaria". Y entonces los bancos caerían pues se habrían quedado sin el dinero de la gente, éste ya no estaría en ellos. Lo único que podría salvarlos de un poderoso pánico bancario como ése sería que la Reserva Federal imprimiera 1.600 millones de dólares y diera ese dinero a los bancos —encendiendo así la mecha a una inmediata y devastadora inflación desbocada que destruiría al dólar—.

A la Izquierda le gusta culpar de nuestra crisis económica a la "codicia de los años ochenta". Y sin embargo, la "avaricia" no fue más intensa en los años ochenta que en la década de los setenta o en décadas anteriores o de lo que pueda llegar a serlo en el futuro. Lo que ocurrió en los años ochenta fue un episodio virulento de déficit gubernamental y de expansión del crédito bancario impulsada por la Reserva Federal. A medida que la Fed compraba activos y bombeaba reservas al sistema bancario, los bancos multiplicaban alegremente el crédito bancario y creaban dinero nuevo respaldándolo con esas reservas.

Se ha puesto mucho el foco en los préstamos bancarios de mala calidad: préstamos a países fallidos del Tercer Mundo o para ejecutar sobre-dimensionados y, en retrospectiva, endebles proyectos inmobiliarios o centros comerciales en medio de la nada. Pero los malos préstamos y las malas inversiones son siempre consecuencia de la expansión del banco central y del

crédito bancario. El ciclo demasiado familiar de auge y caída, euforia y colapso, prosperidad y depresión, no comenzó en los años ochenta. Tampoco es creación de nuestra civilización o de la economía de mercado. Los ciclos de auge y caída comenzaron en el siglo XVIII en los inicios de la banca centralizada, se han hecho más frecuentes y se han intensificado desde entonces a medida que la banca centralizada se ha extendido y tomado el control de los sistemas económicos del mundo occidental. Sólo la eliminación del sistema de Reserva Federal y el retorno al patrón oro pueden poner fin a los auges y caídas cíclicos y eliminar finalmente la inflación crónica y acelerada.

La inflación, la expansión del crédito, los ciclos económicos, la elevada deuda pública y los pesados impuestos no son, como dicen los historiadores del *Establishment*, atributos inevitables del capitalismo o de la "modernización". Al contrario, son excrecencias profundamente anti-capitalistas y parasitarias injertadas en el sistema por el Estado intervencionista, que premia a sus banqueros y clientes privilegiados con ocultos privilegios especiales a expensas de todos los demás.

Lo esencial para la libre empresa y el capitalismo es un sistema firme de derechos de propiedad privada, en el que todo el mundo tenga asegurada la propiedad de lo que gane. También es crucial para el capitalismo una ética que aliente y recompense el ahorro, el trabajo duro y la empresa productiva, que desaliente el despilfarro y reprima severamente cualquier invasión de los derechos de propiedad. Y, sin embargo, como hemos visto, el dinero barato y la expansión del crédito nos alejan de esos derechos y de esas virtudes. La inflación anula y corrompe los valores al recompensar al disoluto y a quien se lucra gracias a sus conexiones con el poder y hace burla de las más viejas virtudes "Victorianas".

72.9 RESTAURAR LA VIEJA REPUBLICA

La restauración de la libertad americana y de la Antigua República es una tarea multifacética. Requiere extirpar de nuestro entorno el cáncer del Estado Leviatán. Exige la eliminación de Washington, D.C., como centro de poder del país. Requiere restaurar la ética y las virtudes del siglo XIX, recuperar nuestra cultura del nihilismo y el victimismo imperantes y restablecer en ella la salud y la cordura. A la larga, la política, la cultura y la economía son indivisibles. La

restauración de la Antigua República requiere un sistema económico construido sólidamente sobre los derechos inviolables de la propiedad privada, sobre el derecho de toda persona a conservar lo que gana y a intercambiar los productos de su trabajo. Para lograr esa tarea, debemos tener una vez más un dinero que se produzca en el mercado, es decir, oro en lugar de papel moneda, una unidad monetaria identificada con una cierta unidad de peso en oro y que no sea solamente el nombre que se da a un billete de papel emitido *a voluntad* por el gobierno. Debemos tener una inversión determinada por el ahorro voluntario que exista en el mercado y no por el dinero y crédito falsificados que emite un dudoso sistema bancario privilegiado por el Estado. En resumen, debemos abolir la banca centralizada y obligar a los bancos a cumplir sus obligaciones lo más rápidamente posible. Se ha manipulado el dinero y la banca para que parezcan procesos misteriosos y arcanos que tengan que ser dirigidos y operados por una élite tecnocrática. No son nada de eso. En el tema del dinero, aún más que en otros, hemos sido engañados por un malvado mago de Oz. En la cuestión del dinero, como en otras facetas de nuestras vidas, restablecer el sentido común y la Vieja República son cosas que van de la mano.

73.- LA CRISIS MONETARIA MUNDIAL

El mundo atraviesa permanentemente por una sucesión de crisis monetarias que de vez en cuando se agravan intensamente y pasamos estrepitosamente de un sistema monetario deficiente a otro. Vamos y venimos de un papel moneda con tipos de cambio fijos a otro con tipos fluctuantes o a alguna incipiente y abortada combinación de los dos. Economistas, banqueros, periodistas financieros, políticos y portavoces de los bancos centrales con cada nuevo sistema, con cada mínimo cambio, proclaman que va a ser la solución definitiva y permanente a nuestros persistentes problemas monetarios.

Tras algunos años, se produce el inevitable fracaso y el *Establishment* saca a relucir otro invento, otra maravillosa panacea monetaria para deslumbrarnos. En este momento, estamos a punto de que se produzca otro cambio.

Para detener este juego sin sentido, primero tenemos que entenderlo. En primer lugar, hemos de darnos cuenta de que existen tres sistemas coherentes de dinero internacional, de los cuales sólo uno es sólido y no inflacionario. El dinero

sólido es el genuino patrón oro; "genuino" en el sentido de que cada moneda se define como una determinada unidad de peso en oro y se puede cambiar por esa cantidad de oro.

Los tipos de cambio entre monedas fueron "fijos" en el sentido de que cada uno se definió como un determinado peso en oro; por ejemplo, dado que el dólar se definió como un veinteavo de una onza de oro y la libra esterlina como 0,24 de una onza de oro, el tipo de cambio entre los dos fue fijado naturalmente en proporción a su peso en oro, es decir, una libra esterlina (£) eran igual a 4,87 dólares americanos ($).

Los otros dos sistemas son el ideal Keynesiano, en el que el valor de todas las monedas se fija en términos de una unidad de papel internacional y en el que las monedas de papel *fiduciario* fluctúan independientemente. Keynes quería llamar a su nueva unidad de papel mundial el *bancor*, mientras que el funcionario del Tesoro de los EE.UU. (y comunista encubierto) Harry Dexter White quería que se llamara *Unita*. *Bancor* o *Unita*, este nuevo papel moneda sería idealmente emitido por un Banco Mundial de Reserva y formaría las reservas de los distintos bancos centrales. Luego el Banco Mundial de Reserva podría inflar el *bancor* a voluntad y el bancor proporcionaría reservas que permitirían a la Fed, al Banco de Inglaterra, etc ... acumular una múltiple expansión de sus respectivas monedas *fiduciarias* nacionales.

El mundo entero podría entonces inflar a la vez y, por lo tanto, no sufriría el inconveniente de que los países inflacionistas perdieran oro o ingresos en provecho de los países que tuvieran un dinero sólido. Todos los países podrían inflar de manera centralizada y coordinada y no podríamos evitar la manipulación y la inflación que decidiera una élite bancaria que habría asumido el gobierno del mundo y no estaría sujeta a control ni obstáculo alguno. Al final habría una horrenda hiperinflación mundial de la que no se podría escapar ya que no habría monedas más sanas o que estuvieran menos infladas.

Afortunadamente, las rivalidades nacionales han impedido a los Keynesianos lograr su objetivo, por lo que tuvieron que conformarse con su "segunda mejor" opción: el sistema de Bretton Woods que los Estados Unidos y Gran Bretaña impusieron al mundo en 1944 y que duró hasta su colapso en 1971. En lugar del *bancor*, era el dólar el que servía de moneda de reserva internacional con la que otras naciones podían respaldar sus monedas y su crédito. El dólar, a su vez,

estaba ligado al oro al precio de antes de la guerra que era de 35 dólares la onza en lo que constituyó una burla del auténtico patrón oro. En primer lugar, los dólares no se podían cambiar por monedas de oro, como antes, sino solamente a cambio de grandes y pesados lingotes de oro que valían miles de dólares. Y en segundo lugar, solamente los gobiernos extranjeros y los bancos centrales podían canjear sus dólares por oro en la limitada forma expuesta, es decir, con lingotes de oro.

Durante dos décadas, el sistema parecía funcionar bien, ya que los Estados Unidos emitían cada vez más dólares y después los bancos centrales extranjeros los empleaban como base sobre la que acumular su propia inflación. En resumen, durante años los Estados Unidos fueron capaces de "exportar inflación" a países extranjeros sin sufrir sus estragos. Con el tiempo sin embargo, el dólar, que estaba cada vez más inflado, se depreció en el mercado del oro y a un precio de 35 dólares la onza, el oro de Estados Unidos era una ganga así que atraídos por esa ganancia los bancos centrales europeos exigiron el cambio de sus dólares por oro. El castillo de naipes se derrumbó cuando en agosto de 1971 el presidente Nixon, en una ignominiosa declaración de bancarrota, cerró la ventanilla del oro y acabó con los últimos vestigios del patrón oro.

Con Bretton Woods desaparecido, las potencias occidentales probaron ahora un sistema que no sólo era inestable sino también incoherente: consistía en fijar los tipos de cambio sin recurrir al oro y sin disponer de un papel moneda internacional para hacer los pagos. Las potencias occidentales firmaron el malogrado *Smithsonian Agreement* el 18 de diciembre de 1971, que fue calificado por el presidente Nixon como "*el mayor acuerdo monetario en la historia del mundo*". Pero cuando las monedas son puramente *fiduciarias*, cuando no existe un dinero internacional, las monedas se convierten en un bien o mercancía y los tipos de cambio fijos no van forzosamente a respetar los tipos de cambio de mercado que establecen oferta y demanda.

En aquella época, el inflado dólar estaba fuertemente sobre-valorado con respecto a las monedas de Europa Occidental y Japonesas. Al sobrevalorado tipo de cambio del dólar, se multiplicaron las compras de dinero europeo y japonés a precios de ganga para deshacerse de los dólares. Repetidas "escaseces“ de las monedas más fuertes fueron el resultado de este control de los precios máximos de los tipos de cambio. Por último, en marzo de 1973 se desató el pánico y las

ventas de dólares destrozaron el sistema Smithsoniano. Con el colapso de Bretton Woods y la desintegración mucho más rápida del "mayor acuerdo monetario" de la historia mundial, tanto el sistema basado en un falso patrón oro como el de tipos de cambio fijo fueron amplia y correctamente considerados como inherentemente fracasados. El mundo se embarcó ahora, casi por accidente, en una nueva era: un mundo de tipos de cambio flotantes entre distintas monedas *fiduciarias*. El Monetarismo friedmanita iba a tener su día al sol.

Los Monetaristas friedmanitas habían adquirido identidad propia, reemplazando a los Keynesianos como favoritos de la prensa financiera y del *Establishment* monetario internacional. Los gobiernos y los bancos centrales empezaron a alabar la solidez y la permanencia de los tipos de cambio fluctuantes con tanta fervor como un día lo habían hecho con las eternas virtudes del sistema de Bretton Woods. Los Monetaristas proclamaron que un sistema monetario internacional ideal sería el que dejara fluctuar libremente los tipos de cambio entre las distintas monedas, sin intervención gubernamental para tratar de estabilizar o incluso moderar las fluctuaciones. De esta manera, los tipos de cambio reflejarían día a día las fluctuaciones de la oferta y la demanda, como lo hacen los precios en un mercado libre.

Por supuesto, el mundo había sufrido poderosamente de la fluctuación del dinero *fiduciario* en un pasado no muy lejano: en la década de los años treinta, cuando todos los países se retiraron del oro (los Estados Unidos mantuvieron un falso patrón oro para los bancos centrales extranjeros). El problema es que cada Estado-nación siguió fijando sus tipos de cambio y el resultado fueron bloques monetarios, devaluaciones agresivas que intentaban expandir las exportaciones y restringir las importaciones y una guerra económica que culminaría en la Segunda Guerra Mundial. Así que los Monetaristas insistieron en que las fluctuaciones debían quedar por completo exentas de toda intervención gubernamental.

Pero, en primer lugar, el plan Friedmanita es políticamente tan ingenuo que resulta prácticamente imposible ponerlo en práctica. Porque lo que los Monetaristas efectivamente hacen es poner en manos de cada gobierno nacional la emisión de su propio papel moneda *fiduciaria*. Dan a ese gobierno y a su banco central completos poderes sobre el dinero para después hacer severas

advertencias a los que ejercen ese poder absoluto: "*Recuerden, usen su poder sabiamente, bajo ninguna circunstancia interfieran con los tipos de cambio*". Pero inevitablemente, los gobiernos encontrarán muchas razones para interferir: para forzar o hacer subir los tipos de cambio o estabilizarlos. Y no hay nada que les impida ejercer su natural instinto a controlar e intervenir.

Y así, lo que hemos tenido en los mercados de divisas desde 1973 es una mezcla incoherente de tipos "fijos" y fluctuantes, con y sin obstáculos Hasta el propio Beryl W. Sprinkel, un Monetarista convencido que sirvió como Subsecretario de Hacienda para la Política Monetaria en la primera Administración Reagan, se vio obligado a dar marcha atrás a su temprano logro: convencer a la Administración para que eliminara el control de los tipos de cambio. Incluso se vio obligado a intervenir en situaciones de "emergencia" y ahora la segunda Administración Reagan se mueve con insistencia en la dirección de reinstaurar los tipos de cambio fijos.

El problema de los tipos fluctuantes no es sólo político. Una de las virtudes de los tipos fijos, especialmente en el caso del oro, pero incluso en cierta medida con un patrón monetario de tipo papel, es que mantienen controlada la inflación nacional que crean los bancos centrales. La virtud de los tipos fluctuantes —que evitan las repentinas crisis monetarias que se producen cuando hay divisas arbitrariamente valoradas— es una dudosa bendición, porque esas crisis, al menos, proporcionan una restricción muy necesaria a la inflación interna. Los tipos fluctuantes suponen que el único amortiguador de la inflación interna es que la moneda podría depreciarse. Sin embargo, con cierta frecuencia los países quieran que su moneda se deprecie, como hemos visto en la reciente agitación dirigida a ablandar el dólar y, por lo tanto, subvencionar las exportaciones y restringir las importaciones —un Proteccionismo introducido por la puerta de atrás—. Los partidarios de los tipos fijos de hoy tienen un argumento sólido: que la inflación mundial se desbocó a mediados y finales de la década de 1970, después de que se eliminara la disciplina última que imponían los tipos fijos.

Los partidarios de tipos fijos vuelven a la carga. En noviembre de 1985, se celebró una importante conferencia monetaria internacional en Washington, organizada por el representante estadounidense Jack Kemp y el senador Bill Bradley, a la que asistieron representantes de la Fed, de bancos centrales extranjeros y de bancos de Wall Street. Este espectro liberal-conservador estuvo

de acuerdo en cuanto al objetivo básico a alcanzar: restablecer los tipos de cambio fijos. Pero los tipos fijos no son la solución; solamente nos devolverán a las valoraciones arbitrarias y a las deficiencias del sistema de Bretton Woods y del *Smithsonian Agreement*. Es probable que lo que finalmente obtengamos sea una re-edición a escala mundial de la actual "serpiente", de un sistema en el que las distintas monedas de Europa Occidental están ligadas entre sí y pueden fluctuar, aunque sólo dentro de unos márgenes pre-establecidos. Esta mezcolanza inútil e incipiente de monedas fijas y fluctuantes no puede más que traernos los problemas de ambos sistemas.

¿Cuándo nos daremos cuenta de que sólo un verdadero patrón oro puede traernos las virtudes de ambos sistemas y muchas más cosas: mercados libres, exentos de inflación y tipos de cambio no fijados arbitrariamente por el gobierno sino determinados por unidades de peso de una preciosa mercancía surgida del mercado como es el oro?

74.- UN NUEVO SISTEMA MONETARIO INTERNACIONAL

Desde que en 1914 el mundo occidental abandonó el patrón basado en monedas de oro, el sistema monetario internacional ha estado saltando de un sistema defectuoso a otro aún peor, de la sartén al fuego y viceversa, huyendo de los problemas de una solución para encontrarse profundamente insatisfecho con la siguiente. Básicamente, sólo se han considerado dos sistemas alternativos: (1) patrones monetarios *fiduciarios* en los que cada moneda *fiduciaria* nacional está gobernada por su propio banco central, con valores relativos que fluctúan en función de la oferta y la demanda; y, (2) algún tipo de sistema de tipo de cambio fijo basado en la coordinación internacional de las políticas económicas.

Nuestro actual sistema, el primero de los descritos anteriormente, surgió a trancas y barrancas en 1973 después de que se hundiera el otro, el del número 2 anterior, que había sido impuesto al mundo por Estados Unidos y Gran Bretaña en el año 1944 en la conferencia de Bretton Woods. El sistema vigente, el ideal Monetarista o Friedmanita, en el mejor de los casos rompe el sistema monetario mundial formando enclaves *fiduciarios* nacionales, añade grandes incertidumbres y distorsiones al sistema monetario y suprime los rigores que

una disciplina externa impone a las propensiones inflacionarias de cada banco central. Y en el peor de los casos, ofrece tentaciones irresistibles a todo gobierno para intervenir fuertemente en los mercados de divisas estableciendo los tipos de cambio, precipitando al mundo en bloques monetarios, bloques proteccionistas y políticas que consisten en "*mendigar de vecino*" por medio de devaluaciones competitivas de la moneda como la guerra económica de los años treinta que contribuyó a provocar la Segunda Guerra Mundial.

El problema es que pasar al segundo sistema es en realidad lo mismo que saltar de la sartén al fuego. Los bloques monetarios basados en monedas nacionales de tipo fiduciario de la década de los años 30 surgieron del sistema de cambios fijos en el que el patrón monetario venía representado por la libra esterlina y en el cual otros países acumulaban la inflación de su propia moneda sobre la ya inflada libra esterlina, mientras Gran Bretaña mantenía nominalmente un patrón oro que en realidad era falso. El sistema de los años treinta fue reemplazado por el de Bretton Woods y en él, el dólar americano pasaba a convertirse en el patrón monetario mundial y los demás países inflaban ahora su propia moneda respaldándola con dólares inflados, mientras que Estados Unidos mantenía nominalmente un patrón oro de 35 dólares la onza de oro que era también falso.

En la actualidad los problemas del sistema de tipos de cambio flotantes, del Friedmanita, están induciendo a que se ideen planes para retornar de alguna forma a un sistema de tipo de cambio fijo. Lamentablemente, el sistema de cambios flotantes es aún peor que el sistema de cambios fijos ya que cualquier coordinación exitosa permite una inflación mundial concertada, un problema mucho peor que las particulares inflaciones nacionales. Los tipos de cambio entre monedas *fiduciarias* tienen que fluctuar, ya que los tipos de cambio fijos inevitablemente crean las situaciones descritas por la Ley de Gresham, esto es, que las monedas infravaloradas desaparecen de circulación. Con el sistema de Bretton Woods, la inflación estadounidense se extendió y se hizo mundial, hasta que el oro estuvo tan infravalorado a 35 dólares la onza que el canje de los dólares por oro se volvió irresistible y el sistema se derrumbó.

Si el sistema de tipos flotantes es el ideal de los Friedmanitas, el ideal Keynesiano lo sería la variante más perniciosa del sistema de tipos fijos. Porque lo que los Keynesianos han ambicionado durante mucho tiempo es crear un Banco de Reserva Mundial. Lo intentaron especialmente con los Planes Bernstein y Triffin

de antaño y de nuevo con el intento fallido de convertir los llamados *Derechos Especiales de Giro* o *Special Drawing Rights (SDRs)* en una nueva unidad monetaria. Ese Banco mundial emitiría una nueva unidad monetaria mundial de papel que reemplazaría al oro por completo. Keynes denominó "*bancor*" a la nueva nueva unidad que él había sugerido y Harry Dexter White del Tesoro de Estados Unidos la llamó "*unita*".

Cualquiera que sea el nombre de la nueva unidad monetaria, tal sistema sería un desastre absoluto, ya que permitiría a los banqueros y políticos que manejasen al Banco de Reserva Mundial emitir ilimitadamente "*bancors*" de papel lo que ocasionaría una inflación coordinada de ámbito mundial. Con ello los países ya no tendrían que entregar su oro a otros y podrían fijar sus tipos de cambio sin preocuparse por la Ley de Gresham. Eventualmente, el resultado sería una inflación mundial desenfrenada con consecuencias horrendas para el mundo entero.

Afortunadamente, la desconfianza del mercado y la incapacidad para coordinar docenas de gobiernos, nos han ahorrado hasta ahora ese ideal Keynesiano. Pero ahora, una nube no más grande que la mano de un hombre, un siniestro globo sonda ha echado a volar. Doscientos líderes de la banca mundial se reunieron en Hamburgo, Alemania Occidental, donde se celebró una Conferencia Monetaria Internacional, en la que los participantes pidieron la eliminación del actual sistema de tipos de cambio volátiles y la vuelta a los tipos de cambio fijos.

El tema de la Conferencia fue fijado por su presidente, Willard C. Butcher, presidente y director ejecutivo del Chase Manhattan Bank de Rockefeller. Butcher tras cirticar el sistema vigente, advirtió que no se podía corregir y dijo que "*debe intensificarse*" la búsqueda de un mejor sistema monetario mundial (New York Times, 23 de junio de 1987).

No pasó mucho tiempo antes de que Toyo Gyoten, el Viceministro de Finanzas de Japón para Asuntos Internacionales, explicara algunas de las implicaciones concretas de esta búsqueda acelerada. Gyoten propuso la creación de una enorme institución financiera multinacional que tuviera "*por lo menos varios cientos de miles de millones de dólares*" y que pudiera intervenir en los mercados financieros mundiales para reducir la volatilidad.

¿Y qué significa esto si no el germen de un Banco Mundial de Reserva? ¿Está empezando a hacerse realidad el sueño Keynesiano?

75.- EL "ATAQUE" CONTRA EL FRANCO FRANCÉS

Un melodrama ya demasiado familiar se representó por entero en el escenario de los medios de comunicación del mundo. Era la misma historia falsa, con los mismos héroes y villanos.

El franco francés, una supuesta moneda noble, estaba siendo "atacado". Anteriormente en septiembre, lo fue la libra esterlina y antes la corona sueca. El "ataque" era tan feroz y misterioso como un ataque de tiburón en aguas costoras. El héroe era el Primer Ministro o el Ministro de Finanzas del país que intentaba desesperadamente "*defender el valor*" de la moneda.

El Primer Ministro de Francia, Eduard Balladur, se comprometió a defender la fortaleza del franco (*"le franc fort"*) o morir en el empeño (es decir, dimitir). La "defensa" se libró, no con armas y aviones, sino con las reservas en divisas que gastó el Banco de Francia, así como los muchos miles de millones de dólares gastados para la misma causa por el Banco Central Alemán, el Bundesbank. En muchos casos, las instituciones internacionales y la Reserva Federal ayudaron a sostener el valor de la divisa "amenazada".

Si los estadistas y los gobiernos nacionales e internacionales eran los Héroes, los villanos eran los especuladores cuyo "ataque" consistía simplemente en vender divisas, francos o libras, a cambio de monedas que consideraban más "fuertes" y más sanas, en este caso el marco alemán, en otros casos el dólar estadounidense.

El resultado siempre es el mismo. Después de semanas de histeria y denuncias, incluso tras reiteradas promesas del Primer ministro o del Ministro de Finanzas de turno negando la devaluación, ésta se produce y los especuladores terminan ganando. De una forma u otra, la corona, la libra o el franco se devalúan. Su antiguo valor oficial ya no es el que era. El gobierno pierde mucho dinero, pero las dimisiones prometidas nunca llegan. El primer ministro Balladur sigue ahí, tras haber salvado la cara al haber conseguido ampliar las "bandas de fluctuación permitidas" a los movimientos del franco.

Y, como de costumbre, cuando termina la histeria y finalmente baja el valor del franco, de la libra o de la corona todo el mundo se da ahora cuenta, con repentina clarividencia, que en realidad la economía está mejor que antes, más

en forma o por lo menos su situación es más prometedora ahora de lo que estaba antes de que el malvado "ataque" tuviera éxito.

¿Por qué sufren las monedas esos reiterados ataques? ¿Por qué ganan siempre los villanos? ¿Y por qué las cosas siempre parecen mejor después de la "derrota" que antes?

En realidad, es bastante sencillo. El valor de una moneda se determina como el de cualquier otra mercancía: cuanto mayor es la oferta, menos vale; Cuanto mayor sea la demanda, mayor será su valor. Antes del siglo XX, las monedas nacionales no eran mercancías independientes sino definiciones de un peso en oro o en plata (a veces, por desgracia, de ambos metales). En el siglo XX, y especialmente desde que en 1971 desapareció el último vestigio del patrón oro, cada moneda ha sido una mercancía independiente. La oferta de francos o dólares consiste en los francos o dólares que existen. La "demanda" de esas monedas depende en gran medida de las expectativas de las personas respecto de lo que pasará con el precio o con el valor de la moneda en cuestión.

Cuanto más hinche un gobierno su moneda, menor será su "valor" en un doble sentido: disminuirá su poder adquisitivo en cuanto a los bienes y servicios que se puedan comprar con ella y también se reducirá su valor en relación con las demás monedas. Por lo tanto, las monedas inflacionarias tenderán a sufrir subidas de precios en el mercado interno y a depreciarse al descender su tipo de cambio respecto de otras monedas menos infladas. Cuando una moneda sufre una inflación importante, la gente, espera subidas de precios, con lo que huirá de la misma y se refugiará en monedas más fuertes.

El mejor dinero y el menos inflacionario es una moneda de oro mundial. Pero no habiendo convertibilidad en oro y dadas nuestra actuales monedas nacionales fiduciarias, la mejor opción es permitir que los tipos de cambio fluctúen libremente en los mercados de divisas, donde por lo menos equilibran el mercado y no aseguran ninguna escasez o ningún excedente de dinero. Al menos, los valores reflejan la oferta y la demanda.

A los gobiernos les gusta pretender que el valor de su moneda es mayor de lo que realmente es. Si Francia quiere realmente un "*franc fort*", el banco central debería dejar de aumentar la oferta de francos en el mercado. Por el contrario, los gobiernos habitualmente desean disfrutar de los beneficios de la inflación (precios más altos, más gasto público, subvenciones y préstamos baratos a

amigos y aliados del gobierno) sin sufrir ningún desprestigio. Como resultado, los gobiernos suelen asignar a su moneda un valor que está por encima del tipo de cambio vigente en el mercado libre.

La fijación del tipo de cambio equivale a una sobrevaloración artificial (umbral de precio mínimo) de su propia moneda y a una infravaloración artificial (límites máximos de precios) de otras monedas más fuertes como los dólares y los marcos. El resultado es un "excedente" de francos o coronas y una "escasez" de las divisas más fuertes.

Para mantener estos tipos de interés artificiales, el gobierno y sus aliados han de malgastar muchos miles de millones de dólares en lo que equivale a sostener unos precios, que a la postre han de bajar cuando al gobierno se le acabe el dinero y la paciencia. Y como la moneda sobrevalorada que está siendo atacada solamente puede ir en una dirección —hacia abajo— los especuladores pueden acudir para conseguir buenos y seguros beneficios.

Culpar a los especuladores de estas crisis es tan absurdo como culpar a quienes comercian en los "mercados negros" de que los precios sean más altos cuando existen controles de precios. Los verdaderos villanos son los supuestos "héroes", los miembros del gobierno que intentan, como el rey Canuto, gobernar las mareas y mantener débiles y artificiales valoraciones.

Los supuestos héroes son aún más villanos en estos días que de costumbre. Desde 1979, los gobiernos europeos han tratado de mantener entre ellos un sistema de tipos de cambio fijos; en los últimos años han intentado reducir las bandas de fluctuación permitidas —el 2,25 por ciento más o menos sobre el tipo oficial— en preparación para una unidad monetaria europea (ECU) que debería lanzarse a finales de 1993 y que sería emitida por un único Banco Central Europeo.

La implantación de una única moneda europea y un único banco central se vendieron al mundo como medidas dirigidas a establecer una enorme "área unificada de libre comercio" pero en realidad fue un paso de gigante hacia un gobierno centralizado en Bruselas. Fue un paso hacia el viejo sueño Keynesiano de una unidad monetaria mundial de tipo papel emitida por un Banco Mundial de Reserva administrado por un gobierno mundial.

Afortunadamente, con la resistencia a Maastricht y con la posterior retirada de Gran Bretaña del sistema monetario europeo y el establecimiento, para salvar la cara, de un nuevo sistema basado en unas muy amplias bandas de fluctuación en los tipos de cambio, el ECU y el sueño Keynesiano están casi muertos. Aunque parecía que el *Establishment* tenía el poder, el mercado mundial ha triunfado una vez más frente al Estatismo Keynesiano.

En el caso francés, había otro villano condenado por todos. El Bundesbank alemán, preocupado por la inflación alemana resultante de los gigantescos subsidios a Alemania Oriental, no ha sido tan inflacionario como Francia hubiera querido. Una manera de que Francia o Gran Bretaña puedan disfrutar de los beneficios de la inflación sin la vergüenza de una moneda en retroceso es forzar la inflación de las divisas más fuertes, arrastrándolas al nivel de las divisas más débiles.

Afortunadamente, los alemanes, aunque Inflaron un poco y desperdiciaron miles de millones de dólares apoyando al franco, no inflaron tanto como los franceses o británicos hubieran querido. Sin embargo, al adoptar Alemania una política monetaria relativamente sólida, los alemanes fueron acusados de "egoístas", por no haberlo sacrificado todo por "Europa", es decir, por los inflacionistas Keynesianos y por los colectivistas centralistas.

Es muy fácil desesperarse cuando miramos a nuestro alrededor y vemos a los gobiernos del mundo y a los órganos de opinión en manos de colectivistas hambrientos de poder. Pero hay una poderosa fuerza a nuestro favor. Los mercados libres, no sólo a largo plazo sino con frecuencia también a corto plazo, triunfarán sobre el poder del Estado. El mercado resultó más poderoso que el Comunismo y el Gulag. Impulsado por los tan vilipendiados y tenebrosos especuladores, el mercado ha vuelto a triunfar frente a los planes impracticables y malévolos de los hombres de Estado y del Keynesianismo Internacional.

76.- EL REGRESO DE LOS TIPOS DE CAMBIO FIJOS.

Agárrense el sombrero caballeros: el mundo se ha embarcado en otro "nuevo orden económico", lo que implica que otro desastre está en ciernes. Desde el abandono del patrón oro "clásico" basado en la utilización de monedas de oro que se produjo con la Primera Guerra Mundial (por parte de Estados Unidos en 1933), las autoridades mundiales han estado

buscando una manera de reemplazar el pacífico gobierno mundial del oro por el gobierno coordinado y coactivo de los gobiernos del mundo.

Han buscado una forma de reemplazar un dinero sólido, el oro, por una inflación internacionalmente coordinada que proporcione dinero barato, constantes aumentos de la oferta monetaria, más gasto público y precios que no suban demasiado descontroladamente o que no estén demasiado fuera de control, y ello, sin crisis monetarias embarazosas ni demasiadas devaluaciones en la moneda de ningún país. En resumen, los gobiernos han tratado de cuadrar el círculo o lo que es lo mismo: disfrutar su apetitoso pastel inflacionario sin "comérselo" para no sufrir consecuencias decididamente desagradables.

La primera versión de ese nuevo orden económico del siglo XX fue la Nueva Era dominada por Gran Bretaña, en la que se indujo a los países del mundo a anclar sus monedas a un patrón oro falso, en realidad basado en la libra esterlina británica, que a su vez se basaba, en líneas generales, en el dólar y el oro. Cuando esta receta para una inflación internacionalmente coordinada fracasó, lo que contribuyó a crear la Gran Depresión de los años 1930, un nuevo y muy similar orden internacional se edificó en 1944 en Bretton Woods. En este caso, se creó otro falso patrón oro apoyado en el dólar estadounidense, a su vez supuestamente redimible, aunque no en moneda de oro vendida al público sino en lingotes de oro vendidos a bancos centrales y gobiernos extranjeros a 35 dólares la onza.

A finales de la década de los veinte, los gobiernos de las diversas naciones podían inflar su moneda respaldándola con una libra que estaba inflada; del mismo modo en el sistema de Bretton Woods, los Estados Unidos exportaron su propia inflación al alentar a otros países a inflar su propia moneda valiéndose de sus crecientes reservas en dólares. A medida que las monedas del mundo, y especialmente el dólar, se siguió inflando, se hizo evidente que el oro estaba infravalorado y los dólares al precio oficial de 35 dólares la onza estaban sobrevalorados, de modo que los países de Europa Occidental, reacios a continuar con las políticas inflacionarias, empezaron a pedir oro a cambio de sus dólares (en pocas palabras, funcionó la Ley de Gresham, según la cual el dinero sobrevalorado por el gobierno expulsará al dinero infravalorado de la circulación). Como Estados Unidos no podía redimir sus obligaciones con oro, en 1971 el

presidente Nixon sacó al dólar del patrón de Bretton Woods, que había llegado a su inevitable desaparición.

Desde esa fecha, o más bien desde 1933, el mundo ha tenido un patrón monetario *fiduciario* flotante, es decir, los tipos de cambio de las monedas han fluctuado de acuerdo con la oferta y la demanda del mercado. Hay graves problemas con las fluctuaciones de los tipos de cambio, en gran parte debido al abandono de un dinero mundial (es decir, del oro) y el recurso al trueque internacional. Como no existe un dinero mundial, cada nación es libre de inflar su propia moneda a voluntad —y por lo tanto sufrir una disminución en el tipo de cambio de su moneda—. Y debido a que ya no hay un dinero mundial, las impredecibles fluctuaciones de los inciertos tipos de cambio crean una doble incertidumbre sobre el sistema de precios —creando, en efecto, múltiples sistemas de precios en el mundo—.

La inflación y la volatilidad bajo el régimen fluctuante de tipos de cambio han llevado a los políticos y a los economistas a intentar resucitar un sistema de tipos de cambio fijos, pero esta vez sin el elemento del patrón oro que marcó la era de Bretton Woods. Pero sin un oro mundial, esto significa que las naciones están fijando arbitrariamente los tipos de cambio, sin referencia a la oferta y la demanda y basando esas decisiones en la supuesta superior sabiduría de economistas y políticos que serían quienes determinarían cuales deberían ser los tipos de cambio.

Los políticos están presionados por conflictos de intereses de importadores y exportadores y los economistas han cometido el grave error de confundir una tendencia a largo plazo (que los tipos de cambio en un mercado fluctuante se estabilicen en función del poder adquisitivo de las distintas monedas) con un criterio que ha de permitirles corregir al mercado. Este intento de colocar a los economistas por encima del mercado pasa por alto el hecho de que es el mercado quien establece correctamente los tipos de cambio y que lo hace basándose no sólo en el poder adquisitivo relativo de las distintas monedas, sino también en las expectativas de futuro, en las diferencias de tipos de interés, de políticas fiscales, en el temor a futuras inflaciones o confiscaciones, etc... Una vez más, el mercado es más sabio que los economistas.

Este nuevo intento coordinado de fijar los tipos de cambio es la reacción histérica frente a un dólar sobrevalorado. Los líderes de las naciones del Grupo

de los Siete (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Italia, Alemania Occidental, Japón y Canadá) cooperaron para reducir el valor del dólar y en el mes de febrero de 1987, en su gran sabiduría, decidieron que, de alguna manera, la cotización del dólar era la que debía ser y coordinaron sus esfuerzos para evitar que bajara más.

En realidad, el dólar estaba caro a principios de 1986 porque los extranjeros habían estado por lo general dispuestos a invertir en dólares —comprando bonos del gobierno y otros activos—. Mientras esta feliz situación se mantuvo, estaban dispuestos a financiar a los estadounidenses para que pudieran comprar productos importados baratos. Después de principios de 1987, esta inusual disposición desapareció y el dólar comenzó a bajar para equilibrar la balanza de pagos de Estados Unidos. Para apoyar artificialmente al dólar en 1987, los demás países del Grupo de los Siete han tenido que gastar sumas enormes de su propia moneda en comprar miles de millones de dólares —un esfuerzo de corto alcance que no puede durar eternamente, especialmente porque Alemania Occidental y Japón por fortuna no han querido inflar sus propias monedas y bajar aún más sus tipos de interés para desviar su capital hacia Estados Unidos—.

En vez de darse cuenta de que este juego de coordinación lleva a una crisis inevitable y al fracaso, el secretario de Hacienda James Baker, el creador del nuevo sistema, propone avanzar hacia un Nuevo Orden que sea más formal. En su discurso de septiembre ante el FMI y el Banco Mundial, el secretario Baker propuso un régimen formal y coordinado de tipos de cambio fijos, en el que —como concesión al sentimiento del público que era favorable al oro— el oro tendría un papel muy oscuro y casi absurdo. En el proceso de ajuste fino de la economía mundial, los bancos centrales y los Tesoros del mundo, además de vigilar varios "indicadores" en sus propios paneles de control como serían el nivel de precios, los tipos de interés, el PNB, las tasas de desempleo, etc... también tendrían en cuenta un nuevo índice de precios de las materias primas, de su propia cosecha, que, valiéndose de una fórmula secreta, incluiría al oro.

Este sustituto ridículo del dinero genuino, del oro, no engañará a nadie y es un ejemplo casi risible de esa inclinación al secreto y al misterio que anima a los banqueros centrales y a los funcionarios del Tesoro y que va dirigida a desconcertar y engañar al público. No estoy a menudo de acuerdo con J.K.

Galbraith, pero sin duda acierta cuando llama a este nuevo índice secreto un "*maravilloso ejercicio de fantasía y ofuscación*".

Políticamente, en la Administración Reagan ese índice secreto es plasmación del dominio que en ella ejerce la alianza formada por Keynesianos conservadores como el secretario Baker y *supply-siders* como el profesor Robert Mundell y el congresista Jack Kemp (que han calificado el plan como un paso glorioso en la dirección correcta). Los *supply-siders* han deseado durante mucho tiempo la restauración de un sistema como el de Bretton Woods que permitiera la coordinación del dinero barato y la inflación en todo el mundo, junto con un falso patrón oro como camuflaje, para conseguir así que dicho plan recibiese la injustificada confianza de un público mayoritariamente partidario del oro.

Los Keynesianos conservadores han deseado durante mucho tiempo un nuevo Bretton Woods, basado eventualmente en una nueva unidad mundial de papel emitida por un Banco Central Mundial. De ahí la nueva alianza. La alianza se hizo políticamente posible cuando Monetaristas friedmanitas, como el ex Subsecretario de Hacienda para la Política Monetaria Beryl W. Sprinkel y Jerry Jordan, adalides de los tipos de cambio fluctuantes, salieron de la Administración Reagan. Con el Monetarismo desacreditado por los repetidos fracasos de sus predicciones monetarias en los últimos años, la ruta hacia un nuevo sistema internacional de tipos de cambio fijos quedó despejada.

Desgraciadamente lo único peor que los tipos de cambio fluctuantes son tipos de cambio fijos basados en dinero *fiduciario* y coordinados internacionalmente. Antes de que se permitiera que los tipos fluctuaran, y tras el final de Bretton Woods, el gobierno estadounidense intentó establecer un orden como ése en el Acuerdo Internacional conocido como *Smithsonian Agreement* de diciembre de 1971. El presidente Nixon elogió ese acuerdo por ser "*el mayor acuerdo monetario de la historia del mundo*". Este ejercicio de coordinación internacional no duró más de un año y medio, hundiéndose con las crisis monetarias provocadas por efecto de la Ley de Gresham a causa de la sobrevaloración del dólar.

¿Cuánto tiempo tardará en derrumbarse también este nuevo Nuevo Orden y su pueril índice secreto?

77.- LA CRUZ DE LOS TIPOS DE CAMBIO FIJO

Parece que los gobiernos, especialmente el de Estados Unidos, son congénitamente incapaces de no meter la zarpa en alguna parte de la economía. El gobierno, con el apoyo y aliento de sus invitados, los intelectuales y analistas políticos que de él hacen apología, gusta verse como un *deus ex machina* ("Un Dios que está fuera de la máquina") que supervisa a sus súbditos con omnisciencia y benevolencia olímpicas y desciende repetidamente a la Tierra para corregir los numerosos "fallos del mercado" que la pobre gente, en su ignorancia, persiste en cometer.

El hecho de que la Historia sea un negro registro de los continuos y graves fracasos de ese "dios" y que la Teoría Económica explique por qué tiene que ser así, no causa impresión alguna en el discurso político oficial.

Cada Estado-nación, por ejemplo, interviene continuamente para fijar los tipos de cambio de su papel moneda fiduciario respecto de las monedas emitidas por todos los demás gobiernos del mundo.

Los gobiernos ni saben ni quieren saber que los tipos de cambio solamente se fijaron con éxito, y no por casualidad, en la era del patrón oro. En esa época, el dinero era un producto del mercado, producido por el mercado en lugar de fabricado a voluntad por un gobierno o un banco central. Los tipos de cambio fijos funcionaban porque esas unidades monetarias nacionales —el dólar, la libra, la lira, el marco, etc...— no eran cosas o entidades independientes. Bien al contrario, cada una de ellas se definía como un cierto peso en oro.

Como todas las definiciones, yarda, tonelada, etc..., lo esencial de la definición es que, una vez fijada, quede fija para siempre. Así, por ejemplo, en el siglo XIX, "el dólar americano" se definía como 1/20 de una onza de oro, "la libra esterlina" como 1/4 de una onza de oro y "el franco francés" como 1/100 de una onza de oro, los "tipos de cambio" eran simplemente los pesos proporcionales de oro de las distintas unidades monetarias, de manera que una libra tenía automáticamente un valor de 5 dólares, el franco automáticamente valía 20 centavos, etc...

Estados Unidos abandonó el patrón oro en 1933 y sus últimos vestigios internacionales se eliminaron en 1971. Después todo el mundo siguió su estela y cada una de las monedas nacionales se convirtió en una entidad o un bien

separado e independiente de todos los demás. Por ello se desarrolló inmediatamente un "mercado" entre ellos puesto que siempre se desarrollará un mercado entre los distintos bienes con los que se puede comerciar.

Si los gobiernos no obstaculizasen a esos mercados y los dejaran funcionar sin obstáculos, libremente, los tipos de cambio fluctuarían libremente. Lo harían de acuerdo con la oferta y demanda de cada moneda en términos de las demás y los tipos diarios reflejarían las condiciones de la oferta y la demanda y, tal y como sucede con todos los demás bienes, “el mercado se equilibraría“ hasta igualar la oferta a la demanda con lo que se aseguraría que no hubiera ni faltas ni sobrantes sin vender de ninguna de esas monedas.

Tener monedas fiduciarias que fluctúan libremente, como el mundo ha descubierto una vez más desde 1971, es una solución insatisfactoria. Perjudican las ventajas del dinero internacional y prácticamente devuelven al mundo al trueque. No proporcionan un instrumento para controlar la inflación que los gobiernos y los bancos centrales impulsan, como sucede cuando se ven en la desesperada necesidad de cambiar el numerario que han emitido por oro.

Lo que el mundo no ha comprendido es que hay algo mucho peor que la fluctuación de monedas *fiduciarias*: la combinación de dinero *fiduciario* y gobiernos que intentan fijar los tipos de cambio. Porque como ocurre en el caso de cualquier control de precios, los gobiernos fijarán invariablemente el tipo de cambio de su moneda por encima o por debajo del que habría en un mercado libre. Cualquiera que sea el camino que se siga, la fijación de los tipos de cambio por el gobierno creará consecuencias indeseables, causará innecesarias crisis monetarias y, a largo plazo, no podrá sostenerse y terminará fracasando ignominiosamente.

Una cuestión esencial es que la fijación de los tipos de cambio inevitablemente hará que entre en funcionamiento la "Ley de Gresham": es decir, que el dinero artificialmente infravalorado por el gobierno (cuyo precio oficial sea inferior al de mercado, un precio demasiado bajo) tienda a desaparecer del mercado ("escasee"), mientras que el dinero sobrevalorado por el gobierno (cuyo precio oficial excede al de mercado) tienda a circular y a formar un "excedente".

En asuntos económicos, parece que la Administración Clinton tiene un instinto que la lleva a sostener falsedades y su política monetaria ha sido tan torpe e incoherente como en todas las demás facetas. Así como hasta hace poco estaba

absurdamente preocupada por un déficit de balanza de pagos aparentemente grave (en realidad inexistente) ha intentado empujar a la baja el tipo de cambio del dólar para estimular las exportaciones y restringir las importaciones.

Sin embargo, no hay manera de que el gobierno pueda encontrar y establecer un tipo de cambio "ideal". Un dólar más barato es verdad que estimula las exportaciones pero la Administración finalmente se ha dado cuenta de que trae consigo un inevitable inconveniente: a saber, que por supuesto los precios de los productos importados se encarecen, lo que elimina la competencia que mantendría bajos los precios internos.

En vez de aprender la lección de que no hay un tipo de cambio ideal fuera del determinado por el libre mercado, la Administración Clinton, como es su costumbre, cambió bruscamente de parecer y orquestó una campaña multimillonaria de la Fed y otros importantes bancos centrales para apuntalar a un dólar que se hundía frente al marco alemán y al yen japonés. El tipo de cambio del dólar subió ligeramente y los medios de comunicación felicitaron a Clinton por defender al dólar.

Con tantas alabanzas se pasan por alto varios problemas insolubles. En primer lugar, cuantiosas cantidades de dinero de los contribuyentes americanos y del extranjero, miles de millones, se están empleando en distorsionar los tipos de cambio establecidos por el mercado. En segundo lugar, dado que el tipo de cambio se mantiene gracias al empleo de medios coactivos, esos "éxitos" no pueden repetirse por mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo pasará antes de que la Fed se quede sin marcos y yenes con los que apoyar al dólar? ¿Cuánto tiempo pasará antes de que Alemania, Japón y otros países se cansen de inflar sus monedas para mantener un dólar artificialmente alto?

Si a pesar de esas consecuencias, el gobierno de Clinton sigue empeñado en mantener un dólar artificialmente alto, tendrá que paliar la "escasez" de marcos y yenes imponiendo controles cambiarios y racionando los marcos y yenes vendidos a ciudadanos estadounidenses.

Mientras tanto ya había hecho su aparición uno de los primeros frutos amargos del NAFTA. Al igual que todos los demás Acuerdos modernos de "libre comercio", NAFTA sirve como canal de retorno de la reglamentación internacional de divisas y de los tipos de cambio fijos. Uno de los aspectos no anunciados del NAFTA fue la acción conjunta de los gobiernos para reforzar los tipos de cambio en cada

uno de los países firmantes. En la práctica, esto significa una sobrevaloración artificial del peso mexicano, que ha estado cayendo bruscamente en el mercado en respuesta a la inflación mexicana y a la inestabilidad política.

NAFTA originalmente supuso la aportación de 6.000 millones de dólares en créditos a un fondo "temporal" destinado a contribuir a la mutua sobrevaloración de los tipos de cambio. Con la grave caída experimentada por el peso, de un 6 por ciento frente al dólar desde enero, los gobiernos signatarios del NAFTA decidieron a finales de abril mantener y aumentar el crédito de dicho fondo hasta la suma de 8.800 millones de dólares. Por otra parte, los tres países firmantes del NAFTA crearon un nuevo *North American Financial Group* (Grupo Financiero de América del Norte), compuesto por los respectivos Ministros de Finanzas y por los presidentes de sus respectivos Bancos Centrales, para "*supervisar los asuntos económicos y financieros que afectan a los socios norteamericanos*".

Robert D. Hormats, vicepresidente de Goldman Sachs International, elogió el nuevo Acuerdo por constituir "*una lógica progresión de una cooperación comercial y de inversión entre los tres países a una mayor integración monetaria y fiscal*". Bueno, esa es una manera de verlo. Otra forma consiste en señalar que con él el gobierno de Estados Unidos ha dado un nuevo paso para llegar a componendas que distorsionarán los tipos de cambio, crearán crisis monetarias y escasez de monedas y dilapidarán el dinero y los recursos económicos de los contribuyentes.

Lo peor de todo es que Estados Unidos está marchando inexorablemente hacia una regulación económica y una planificación protagonizadas por burocracias regionales e incluso por burocracias gubernamentales a escala mundial; que esas burocracias están exentas de control y no responden ante nadie, ante ninguno de los pueblos del mundo que están a ellas sometidos.

78.- EL SUEÑO KEYNESIANO

El sueño de los Keynesianos ya ha cumplido medio siglo. Soñaron durante mucho tiempo con un mundo sin oro, un mundo libre de cualquier restricción a sus deseos de gastar y gastar, inflar e inflar, elegir y elegir. Han logrado un mundo en el que los gobiernos y los bancos centrales pueden inflar libremente sin tener que soportar los límites y las restricciones impuestas

por el patrón oro. Pero aún se irritan ante el hecho de que, aunque los gobiernos nacionales tengan libertad para inflar e imprimir dinero, se vean sin embargo limitados por el riesgo de sufrir una depreciación monetaria. Si, por ejemplo, Italia emite una gran cantidad de liras, la lira se depreciará en términos de otras monedas, y los italianos verán que los precios de todo lo que ellos importan y de los recursos que proceden del exterior suben.

Los Keynesianos soñaron con un mundo en el que habría una moneda *fiduciarias* o fiduciaria y en el que un Banco Central Mundial decidiría y controlaría la emisión de ese papel moneda. Como se llamara a la nueva unidad monetaria es algo que carecía de importancia: Keynes bautizó a la unidad que él propuso en la Conferencia de Bretton Woods de 1944, con el nombre de "*bancor*"; Harry Dexter White, el negociador del Tesoro de Estados Unidos en ese momento, llamó "*unita*" a la moneda que él mismo propuso; y el *London Economist* ha denominado "*fénix*" al nuevo dinero mundial cuya creación sugiere. El dinero *fiduciario,* sea cual sea su denominación, tiene un regusto ácido.

Aunque los Estados Unidos y sus asesores Keynesianos dominaban la escena monetaria internacional desde el final de la Segunda Guerra Mundial, no pudieron imponer por completo los objetivos Keynesianos; los celos y los conflictos de soberanía nacional eran demasiado intensos. Así que tuvieron que conformarse con el patrón internacional dólar-oro instituido en Bretton Woods, tipos de cambio flexibles y prescindir del Banco Central Mundial.

Los Keynesianos estaban comprometidos con el logro de sus fines así que si fracasaban no iba a ser por no seguir intentándolo. Intentaron reemplazar al oro como moneda de reserva internacional lanzando los *Special Drawing Rights (SDR)* (*Derecho Especiales de Giro, DEG*) pero fueron un fracaso. Keynesianos prominentes, como Edward M. Bernstein del Fondo Monetario Internacional y Robert Triffin de Yale, propusieron planes bien conocidos, que fueron bautizados con los nombres de sus impulsores y que tampoco salieron adelante.

Desde que en 1971 se derrumbó el sistema de Bretton Woods, que había sido aclamado durante casi tres décadas como estable y eterno, los Keynesianos tuvieron que sufrir la indignidad de los tipos de cambio flotantes. Desde el nombramiento del Keynesiano James R. Baker como secretario del Tesoro en 1985, Estados Unidos ha abandonado su breve compromiso con una política no intervencionista en los mercados de divisas y ha intentado diseñar un proceso de

transformación del sistema monetario internacional. En primer lugar, los tipos de cambio fijos se lograrían por medio de la acción concertada de los grandes bancos centrales. Esto se ha conseguido en buena parte, primero de forma soterrada y después abiertamente; los principales bancos centrales elegían unas bandas o márgenes de fluctuación objetivo, por ejemplo para el dólar, y luego comprando y vendiendo dólares, manipulaban los tipos de cambio para dejarlos dentro de esos márgenes. Su principal dificultad ha sido averiguar qué objetivo elegir puesto que, en efecto, a la hora de determinar los precios no cuentan con mejores conocimientos que los que ya tiene el mercado. De hecho, el concepto de un tipo de cambio justo para el dólar es tan disparatado como la noción del "precio justo" de cualquier otro bien.

La formación de la Comunidad Europea en 1992 ha brindado a los Keynesianos una tentadora oportunidad de causar daño. Encabezados por el actual secretario de Estado James Baker, han estado presionando para crear una nueva unidad monetaria para esa Europa Unida que sería emitida por un Banco Central Europeo. Esto no sólo significaría un gobierno económico internacional para Europa, sino también que sería relativamente fácil que más tarde el Banco Central Europeo se coordinara con los Bancos Centrales de Estados Unidos y de Japón y lograse sin demasiados problemas la tan anhelada meta de instituir un Banco Central Mundial y una unidad monetaria mundial.

Países europeos inflacionistas, como Italia y Francia, ansían esa inflación coordinada a nivel europeo que generaría un Banco Central regional. Países de moneda fuerte, como Alemania Occidental, sin embargo, son muy críticos con esos planes inflacionarios. Sería de esperar, por lo tanto, que Alemania se resistiera a esas exigencias europeistas; pero ¿Por qué no lo hace? El problema es que, desde la Segunda Guerra Mundial, Estados Unidos ha tenido un enorme poder político sobre Alemania Occidental y Estados Unidos, y su secretario de Asuntos Exteriores Baker, otro Keynesiano, han estado presionando fuertemente para alumbrar una unidad monetaria europea. Afortunadamente Gran Bretaña se ha opuesto a ese proyecto Keynesiano. Partidaria de una moneda fuerte y recelosa frente a las invasiones a su soberanía —y también gracias a la influencia del Monetarista Sir Alan Wakers— Gran Bretaña podría tener éxito y bloquear el Banco Central Europeo indefinidamente.

En el mejor de los casos, el sueño Keynesiano es a largo plazo. Siempre es posible que, no sólo la oposición británica, sino también las normales y frecuentes fricciones entre naciones soberanas, aseguren que ese sueño nunca se alcance. Sin embargo sería alentador que también hubiera una oposición de principio a ese sueño. Porque lo que los Keynesianos quieren es nada menos que una papel moneda internacional que se pueda inflar de forma coordinada y controlada a nivel mundial, una inflación de ajuste fino que seguiría un curso alegremente descontrolado hasta que el mundo entero cayera en los inenarrables horrores de una hiperinflación global desbocada.

79.- INFLACIÓN MONETARIA E INFLACIÓN DE PRECIOS

La Administración Reagan parecía haber conseguido la culminación de su "milagro económico" de los últimos años: mientras que la oferta de dinero se había disparado hasta dos dígitos, el índice de precios al consumo se mantenía prácticamente plano. Con dinero barato y abundante, las acciones y los mercados de deuda pública florecieron, pero los precios permanecieron estables: ¿Qué podría ser mejor que eso? ¿De verdad se las había arreglado el presidente para derogar la ley económica, induciendo a los estadounidenses a sentirse bien y mantener el tipo? ¿Era posible que un leve tratamiento cosmético eliminara la necesidad de contar con una economía sólidamente "enraizada"?

En primer lugar, ya hemos oído antes esa canción. Durante cada fase de auge, los estadistas, los economistas y quienes escriben sobre finanzas consiguen encontrar razones para proclamar que en esa ocasión estamos viviendo una nueva era en la que la anticuada ley económica ha sido anulada y arrojada a la papelera de la historia. La década de 1920 es una década particularmente instructiva, porque entonces hubo expansión del dinero y del crédito y se produjo un boom en el mercado de acciones y en el de bonos mientras que los precios se mantuvieron constantes. Como resultado, todos los expertos, y también los políticos, anunciaron que vivíamos en una "nueva era" en la que las nuevas herramientas que el gobierno tenía a su disposición habían eliminado las inflaciones y las depresiones.

¿Cuáles eran esas nuevas y maravillosas herramientas? Como Bernard M. Baruch explicó en una optimista entrevista en la primavera de 1929, fueron (a) una mayor cooperación entre el gobierno y las empresas; y (b) la Ley por la que se

creó la Reserva Federal "*que nos dio un control coordinado de nuestros recursos financieros y ... un sistema bancario unificado*". Y como resultado, el país estaba exultante de "confianza en sí mismo". Pero también a resultas de esos instrumentos llegó 1929 y la Gran Depresión. Por desgracia, ambos mecanismos no solamente siguen existiendo hoy en día sino que se han agravado. Y la gran confianza que en 1931 tenían el mercado y el público no sirvió de nada cuando las realidades fundamentales se impusieron.

Pero el problema no es simplemente historia. Hay muy buenas razones por las que la inflación monetaria no puede traer prosperidad interminable. En primer lugar, incluso sin inflación de precios, la inflación monetaria es una mala propuesta. Porque la inflación monetaria es falsificación, simple y llanamente. Y cuando hay falsificación, la creación de dinero nuevo simplemente desvía recursos de los productores, que han conseguido su dinero honestamente, a los primeros destinatarios del nuevo dinero —a los falsificadores y a quienes va a parar el dinero que gastan—.

La falsificación es un método de tributación y redistribución —desde los productores a los falsificadores y a los que ocupan los primeros eslabones de la cadena cuando los falsificadores gastan su dinero y el dinero se vuelve a gastar —. Aunque los precios no aumenten, tiene lugar una redistribución forzosa de la renta y de la riqueza. De hecho, algunos economistas han interpretado la inflación de precios como un método desesperado por el cual la gente, que está soportando una inflación monetaria, intenta recuperar el control de sus recursos económicos elevando los precios al menos igual de deprisa, si no más deprisa, que el gobierno imprime nuevo dinero.

En segundo lugar, si se crea dinero nuevo por medio de préstamos bancarios a las empresas, cuanto más dinero nuevo se cree, más se distorsionará inevitablemente el modelo de inversiones productivas. La concepción fundamental de la Teoría "Austriaca" o Misesiana del ciclo económico es que la inflación monetaria a través de préstamos a las empresas causa sobre-inversión en bienes de capital, especialmente en áreas como la construcción, las inversiones a largo plazo, las máquinas herramientas y los productos industriales. Y, de otro lado, genera una relativamente menor inversión en las industrias productoras de bienes de consumo. Y dado que las acciones y los inmuebles otorgan derechos que recaen sobre bienes de capital, tiende también

a producir un auge excesivo en la Bolsa y en el sector inmobiliario. No es necesario que los precios al consumidor suban y que por lo tanto se registre una inflación de precios. Y esto es precisamente lo que sucedió en los años veinte y lo que hizo que se equivocaran los economistas y financieros que no estaban familiarizados con el análisis austriaco y lo que les llevó a creer que no era posible que viniera una gran crisis o recesión. El resto es historia. Por lo tanto, el hecho de que los precios se hayan mantenido estables recientemente no significa que no vayamos a sufrir una espiral de recesión y una crisis.

¿Pero por qué los precios no subieron en la década de 1920? Porque el enorme aumento de la productividad y de la oferta de bienes compensaron el aumento de dinero. Con todo, esta compensación no impidió que se produjera el colapso pero sí evitó que hubiera inflación de precios. Hoy, por desgracia, la buena noticia no es que haya aumentado la productividad. Su crecimiento ha sido mínimo desde los años setenta y la renta real y el nivel de vida apenas han aumentado desde entonces.

Las compensaciones de la inflación de precios en los años ochenta han sido muy diferentes. En un principio, durante la Administración Reagan, se desarrolló una depresión severa en 1981 que continuó en 1983, arrastrando al alza la tasa de inflación de precios. La recuperación fue lenta al principio y, en los últimos años, tres factores especiales han mantenido baja la inflación de precios. Un enorme déficit comercial de 150 mil millones de dólares, impulsado por inversionistas extranjeros ávidos de dólares estadounidenses que elevó al dólar a una cotización sin precedentes y mantuvo bajos los precios de las importaciones, a pesar del enorme déficit.

En segundo lugar, lo que es muy inusual, montones de dólares se quedaron en el extranjero, en países hiperinflados de Asia y América Latina, como dinero oculto sustituyendo a las cada vez más inútiles monedas nacionales. Y en tercer lugar, el bien conocido hundimiento del cártel de la OPEP trajo por fin consigo una reducción en el precio del petróleo y de los productos petrolíferos hasta dejarlos en niveles de libre mercado. Pero todas estas compensaciones eran obviamente irrepetibles y agotaron rápidamente sus efectos. De hecho, en el año siguiente al de la "recuperación", el dólar, en comparación con las demás divisas, perdió alrededor del 30 por ciento de su valor.

Nos queda examinar la cuarta de las medidas que han permitido compensar los efectos de la inflación de precios: el público se ha convenido de que la Administración Reagan ha descubierto los secretos de un milagro económico consistente en que los precios nunca volverán a subir y ello ha reforzado su disposición a ahorrar dinero, en vez de gastarlo. Pero la gente no está profundamente convencida de esto, porque el tipo de interés real (tipo de interés del dinero menos la tasa de inflación) está en el nivel más alto de nuestra historia. Y los tipos de interés se ven intensamente afectados por las expectativas de inflación de precios de la gente; a mayores expectativas, mayor tipo de interés.

Por consiguiente podemos esperar que habrá pronto una reanudación de la inflación de precios, y, conforme la gente vaya despertando y haciéndose consciente de la farsa de ese "milagro económico", cabe esperar que la inflación se acelere.

80.- ¡CRISIS BANCARIA!

Ha habido una verdadera revolución en la actitud de los economistas de la nación y del público hacia nuestro sistema bancario. Desde 1933, fue un dogma incontrovertible —virtualmente un artículo de fe— entre quienes escriben libros de Economía y sobre temas financieros y entre todos los economistas del *Establishment,* tanto Keynesianos como Friedmanitas, que nuestro sistema bancario comercial era súper seguro. Gracias al acierto de instituir en 1933 la *Federal Deposit Insurance Corporation* (*Corporación Federal de Seguros de Depósitos*) ese temible azote —el pánico bancario— era algo propio de un pasado reaccionario. Los depositantes estaban ahora tranquilos porque la *FDIC* les "aseguraba", es decir, garantizaba, todos los depósitos bancarios. A quienes seguíamos diciendo que el sistema bancario era inherentemente endeble, si no insolvente, se nos consideraba como unos chiflados e ignorantes que no entendían ese nuevo remedio.

Pero desde el colapso de los *Savings and Loan (S & L)*, una catástrofe que va a costar a los contribuyentes entre medio billón y un billón y medio de dólares, esa actitud, digna de *Pollyanna*[19], ha cambiado. Es cierto que con la liquidación de la

19 *Pollyanna* es una novela de Eleanor H. Porter publicada en el año 1913. Cuenta la historia de una niña llamada Pollyanna, huérfana de padre y madre que es enviada a vivir con su estricta Tía Polly. Pollyanna, educada con optimismo por parte de su padre, usa el juego de encontrar

Federal Savings and Loan Insurance Corporation (Corporación Federal de Seguros de Ahorros y Préstamos) y su absorción por la *FDIC*, el *Establishment* asignó a esta última la misión de constituir la última línea de defensa, pero la antigua garantía ha desaparecido. Todos los expertos y grandes empresarios siguen actuando como si no pasara nada, creyendo que todo irá bien e ignorando las consecuencias.

En 1985, sin embargo, el pánico bancario —supuestamente relegado a los malos recuerdos y a las viejas películas que veíamos en la televisión—, volvía a adquirir plena vigencia —y lo hacía repleto de todos los viejos clichés: largas filas esperando que el banco abriese, garantías mendaces de los directores del banco diciendo que el banco estaba a salvo y que se fueran a casa, insistencia del público en sacar su dinero del banco seguido del posterior y rápido hundimiento de éste—. Como en 1932-33, los gobernadores de los respectivos Estados ordenaron el cierre de los bancos para evitar que tuvieran que pagar las sagradas deudas que habían jurado cumplir.

Las corridas bancarias comenzaron en Ohio con la *Savings & Loan* y se extendieron después a Maryland afectando a las aseguradoras privadas de esas entidades. Las corridas bancarias volvieron a producirse este mes de enero entre las *Credit Unions* de Rhode Island (Cooperativas de crédito) que estaban "aseguradas" por firmas privadas. Y pocos días después, el *Bank of New England*, después de anunciar graves pérdidas que lo hacían insolvente, experimentó enormes corridas bancarias por varios miles de millones de dólares, período durante el cual su presidente, Lawrence K. Fish, se presentó en varias sucursales asegurando falsamente a los clientes que su dinero no corría peligro. Por último, para salvar al banco, la *FDIC* se hizo con su control y se halla ahora en el laborioso proceso de rescatarlo.

Hubo un fenómeno fascinante que se dio tanto en esas modernas corridas bancarias como en las anteriores y que consiste en que cuando un banco "malo" se ve sometido a una fatal corrida bancaria, tiene un efecto dominó sobre todos

---

el lado bueno de cualquier (Glad Game) situación para alegrar la vida de todos los que la rodean, empezando por su Tía Polly, el Señor Pendleton, un hombre solitario y la señora Snow, deprimida por su enfermedad que la obliga a permanecer en cama. El libro fue un éxito en cuestión de días y añadió un nuevo término al diccionario del lenguaje inglés: Pollyanna se usa para describir a una persona que es optimista de manera exagerada. En 1915, Eleanor H. Porter publicó una continuación de su novela, Pollyanna Grows Up y ésta resultó igual de exitosa (wikipedia) (N. del T.).

los demás bancos de la zona, que sufren a su vez corridas bancarias que merman sus recursos y los deja aniquilados. Un desconcertado Paul Samuelson, el *Mister Establishment* de la Economía, admitió en el *Wall Street Journal* tras ese último rebrote: "*No pensé que viviría para ver de nuevo el día en que volvieran los pánicos bancarios. Y cuando bancos sanos padecen corridas bancarias provocadas por algunos desafortunados bancos malos ... Es como si estuviésemos en el túnel del tiempo*".

Efectivamente, un túnel del tiempo: de la misma manera que la caída del Comunismo en Europa Oriental nos ha devuelto a 1945 o incluso a 1914, los bancos corren otra vez peligro.

¿Cuál es la razón de estas crisis? Todos sabemos que el colapso inmobiliario está haciendo que baje el valor de los activos bancarios. Pero en el caso de los inmuebles no hay "corridas". Se produce simplemente una bajada de su valor de mercado, lo cual difícilmente es asimilable a que todo el mundo se hunda y acabe siendo insolvente. El hecho de que los préstamos de un banco resulten impagados y los valores de sus activos bajen, no tiene por qué llevar a la quiebra a todos los bancos de la zona.

Dicho de manera más clara, ¿Por qué este proceso de dominó sólo afecta a los bancos y no a los bienes inmuebles, a la industria editorial, a la del petróleo o a cualquier otra industria cuando pueda tener problemas? ¿Por qué son, lo que Samuelson y otros economistas llaman, los "buenos" bancos, tan vulnerables a cualquier eventualidad? ¿Y entonces, en qué sentido son realmente "buenos"?

La respuesta es que los bancos "malos" son vulnerables a los problemas habituales: hicieron préstamos imprudentes o invirtieron demasiado en bonos brasileños o sus gestores eran unos ladrones. En cualquier caso, sus malos préstamos colocan a sus activos en situación inestable o los hacen realmente insolventes. Los "buenos" bancos no cometieron ninguno de esos pecados; sus préstamos eran sensatos. Y sin embargo, también ellos, pueden caer en un pánico casi tan fácilmente como los bancos malos. Obviamente los "buenos" bancos, en realidad, tan solo lo son relativamente, son un poco menos malos que los malos.

Por consiguiente, debe haber algo común a todas las entidades bancarias —ya sean bancos comerciales, de ahorro, *Savings & Loan* (Cajas de ahorro) y *Credit Unions* (Cooperativas de ahorro y crédito)— que las hace inherentemente

insanas. Y ese algo es muy simple, aunque casi nunca se mencione: la banca con reserva fraccionaria. Todas esas entidades bancarias, cualquiera que sea su forma de constitución, emiten depósitos que son contractualmente redimibles a la par a solicitud del depositante (a la vista). O sea los bancos solamente pueden cumplir con sus obligaciones contractuales cuando todos sus depósitos están respaldados en todo momento al 100 por ciento con dinero en efectivo (o, lo que es su equivalente hoy en día, por un depósito de dicho banco en el Banco Central, la Reserva Federal en los Estados Unidos, que sea reemBolsable en efectivo a la vista).

En vez de esa política sólida y no inflacionaria de reservas del 100 por ciento, a todos esos bancos se les permite y la política gubernamental les alienta a mantener unas reservas que son solamente una fracción de sus depósitos, y que van del 10 por ciento aplicable a los bancos comerciales a solo un 2 por ciento para otras clases de entidades bancarias. Esto significa que los bancos comerciales inflan la oferta de dinero a razón de diez veces sus reservas, una política que da lugar a nuestro sistema de permanente inflación, con ciclos periódicos de auge y caída y pánicos bancarios cuando la gente empieza a darse cuenta de la inherente insolvencia de todo el sistema bancario.

Es por ello que, a diferencia de cualquier otro sector económico, la continuidad del sistema bancario depende en tan gran medida de la "confianza del público" y por lo que el *Establishment* cree que tiene que hacer declaraciones, que en privado tendría que admitir abiertamente que son falsas. Es también por eso que los economistas y autores financieros de todo el espectro ideológico se apresuraron a decir que la *FDIC* "tenía que" rescatar a todos los depositantes del *Bank of New England*, y no solamente a los "asegurados", hasta la suma de 100.000 dólares por cada cuenta corriente. Todo el mundo afirmó que la *FDIC* tenía que realizar ese rescate porque "*de lo contrario el sistema financiero se derrumbaría*". Es decir, todos descubrirían que todo el sistema de reserva fraccionaria subsiste gracias a las mentiras y falsedades que el *Establishment* difunde.

Si la gente supiera que su dinero no está en los bancos y que la *FDIC* tampoco tiene dinero, el sistema bancario se derrumbaría rápidamente. De hecho, hasta los autores financieros están preocupados por que la *FDIC* tiene menos del 0,7 por ciento de los depósitos que "asegura", y se estima que esa cifra pronto

bajará a tan solo el 0,2 por ciento de los depósitos. ¡Y es gracioso que tan solo un 1,5 por ciento se considere como nivel "seguro"! El sistema bancario, en definitiva, es un castillo de naipes, y eso es aplicable a la *FDIC* y los propios bancos.

Muchos defensores del libre mercado se preguntan: ¿Por qué soy un campeón de los mercados libres, de la privatización y de la desregulación en todos los ámbitos pero no en cuanto al sistema bancario se refiere? La respuesta ahora debe ser clara: la banca no es una industria legítima, que proporcione un servicio legítimo, mientras siga siendo un sistema de banca con reserva fraccionaria: esto es, dedicada a producir fraudulentamente contratos que es imposible que pueda cumplir.

El seguro de depósitos privado —la propuesta de los defensores de la "banca libre "— es evidentemente algo absurdo. Las aseguradoras privadas de esos depósitos son las primeras en hundirse, ya que todo el mundo sabe que no tienen el dinero. Además, los "banqueros libres" no contestan a la pregunta: ¿Por qué, si la banca es tan legítima como cualquier otra industria, necesita este tipo de "seguro"? ¿Qué otra industria intenta asegurarse?

La única razón por la que la *FDIC* sigue en pie mientras el *FSLIC* y las compañías de seguros privadas se han hundido, es porque la gente cree que, aunque técnicamente no tiene el dinero, en última instancia, la Reserva Federal simplemente imprimiría el dinero y se lo daría a la *FDIC*. Ésta, a su vez se lo daría a los bancos, sin ni siquiera repercutir la carga al contribuyente como ha hecho el gobierno en los últimos rescates. Al fin y al cabo, ¿No está acaso la *FDIC* respaldada por la "plena confianza y crédito" del gobierno federal, sea lo que sea?

Sí, la FDIC podría, en última instancia, imprimir todo el dinero y podría dárselo a los bancos, bajo la cobertura de algún Decreto de emergencia o de algunos estatutos. Pero hay una pega. Si lo hiciera, esto supondría que depósitos bancarios por valor de un billón de dólares se convertirían en dinero efectivo. El problema, sin embargo, es que si el efectivo se vuelve después a depositar en los bancos, sus reservas aumentarían en ese supuesto billón y los bancos podrían multiplicar el nuevo dinero inmediatamente y crear de 10 a 20 billones de dólares, dependiendo de los coeficientes de reservas. Y eso, por supuesto, sería increíblemente inflacionario, y desencadenaría inmediatamente una

hiperinflación al estilo de la alemana de 1923. Y es por eso que nadie del *Establishment* quiere hablar de esa solución definitiva a prueba de fallos. También es por eso que sería mucho mejor sufrir de una vez por todas una contracción deflacionaria del fraudulento sistema bancario de reserva fraccionaria y volver a un sistema sólido con reservas del 100 por ciento.

81.- ANATOMÍA DE UN PÁNICO BANCARIO.

Era una escena familiar para cualquier nostálgico: clientes haciendo cola y esperando toda la noche que los bancos abran sus puertas (primero en Ohio, luego en Maryland); banqueros dando solemnes pero mendaces garantías de que todo va bien y pidiendo a la gente que vuelva a casa; depositantes insistiendo obstinadamente en recuperar su dinero; y el consecuente cierre de los bancos por orden del gobierno, mientras que al mismo tiempo se les permitía seguir operando y cobrando las deudas que se les debía.

En otras palabras, el gobierno en vez de proteger la propiedad privada y hacer cumplir los contratos voluntarios, se dedicaba a infringir deliberadamente los derechos de propiedad de los depositantes al prohibirles recuperar su propio dinero de los bancos.

Evidentemente todo esto fue una repetición de lo sucedido en la década de 1930: la última era de graves pánicos bancarios. Superficialmente, la debilidad de los bancos quebrados se debió al hecho de que estaban asegurados por compañías aseguradoras privadas o por entidades estatales de seguros de depósitos, mientras que los bancos que resistieron fácilmente la tormenta estaban asegurados por el gobierno federal (la FDIC para los bancos comerciales, FSLIC para los *Savings and Loan*).

¿Pero por qué? ¿Cuál es el elixir mágico que tiene el gobierno federal que ni las empresas privadas ni los distintos Estados pueden tener? Los defensores de las compañías aseguradoras privadas dijeron que técnicamente estaban en mejor forma financiera que el *FSLIC* o la *FDIC*, ya que tenían un ratio de reservas por depósito asegurado superior. ¿Cómo es que las empresas privadas, que hasta ahora han sido mejores que el gobierno en todas las demás facetas, gestionan deficientemente esta actividad? ¿Tiene acaso el dinero alguna singularidad que exija someterlo al control federal? La respuesta a este rompecabezas radica en las angustiosas declaraciones de los *Savings and Loan* en Ohio y Maryland,

después de que el primero se hundiera por haber concedido unos préstamos que habían resultado espectacularmente fallidos. Efectivamente, se quejaron diciendo que: "*¡Es una lástima que la quiebra de un banco malo se llevara consigo a otros sanos!*".

Pero, ¿En qué sentido es un banco "sólido" si un rumor de condena, un atisbo de desconfianza del público, se lo lleva rápidamente por delante? ¿En qué otra industria un simple rumor o indicio de duda derriba rápidamente a una empresa poderosa y aparentemente sólida? ¿Qué tiene el sector bancario para que la confianza del público desempeñe un papel tan decisivo e importante?

La respuesta radica en la naturaleza de nuestro sistema bancario, en que tanto los bancos comerciales como las entidades de ahorro (ahorro mutuo y S*avings and Loan*) operan sistemáticamente con reserva fraccionaria: esto es, el dinero que tienen disponible no alcanza para reemBolsar los compromisos que han adquirido. Para los bancos comerciales, la fracción de reservas es ahora de alrededor del 10 por ciento; para las entidades de ahorro es muy inferior.

Esto significa que el que cree que tiene 10.000 dólares depositados en su banco vive engañado; proporcionalmente, el banco solamente tiene para él, por ejemplo, 1.000 dólares o menos. Y sin embargo, tanto quien ha depositado un cheque como quien ha depositado sus ahorros creen que pueden retirar su dinero en cualquier momento, en cuanto lo soliciten. Obviamente, semejante sistema se considera un fraude cuando lo practican otros negocios ya que se basa en un abuso de confianza: es decir, sólo puede funcionar mientras la mayor parte de los depositantes no se asusten e intenten recuperar su dinero. La confianza es en él esencial, y darla, un error. Esa es la razón por la cual en cuanto la gente pierde la confianza y empiezan las corridas bancarias, devienen irresistibles y son imparables.

Ahora vemos por qué la empresa privada funciona tan mal en el negocio de los seguros de depósito. Porque la empresa privada sólo funciona en un negocio que sea legítimo y útil, donde se están satisfaciendo unas necesidades. Es imposible "asegurar" a una empresa, y menos aún a toda una industria, cuando es intrínsecamente insolvente. Los bancos con reservas fraccionarias, al ser inherentemente insolventes, no son asegurables.

Entonces, ¿Cuál es la poción mágica del gobierno federal? ¿Por qué todos confían en que la FDIC y el FSLIC podrán parar una corrida bancaria cuando sus ratios de

reservas son más bajos que los privados y solamente disponen de efectivo suficiente para cubrir una pequeña fracción del total de los depósitos que tienen asegurados? La respuesta es muy simple: porque todo el mundo se da cuenta, y se da cuenta correctamente, de que sólo el gobierno federal —y no los Estados o las empresas privadas— puede imprimir dólares de curso legal. Todo el mundo sabe que, en caso de quiebra de un banco, el Tesoro de los Estados Unidos simplemente ordenará a la Fed imprimir dinero suficiente para rescatar a los depositantes que reclamen. La Fed tiene poder ilimitado para imprimir dólares y es ese poder ilimitado para inflar lo que respalda al actual sistema bancario de reserva fraccionaria.

Sí, la FDIC y FSLIC "funcionan", pero únicamente porque el poder ilimitado del monopolio para imprimir dinero puede "actuar" y rescatar a cualquier empresa o persona de la tierra. Antes de 1933, fueron precisamente las corridas bancarias, por muy duras que fueran, las que mantuvieron bajo control al sistema bancario y evitaron cualquier inflación sustancial.

Pero ahora, con el seguro federal de depósitos, las quiebras bancarias, al menos para la abrumadora mayoría de los bancos, han terminado y hemos pagado y seguiremos pagando un horrendo precio por salvar a los bancos: una inflación crónica e ilimitada.

Poner fin a la inflación requiere no sólo abolir la Fed, sino también a la FDIC y a la FSLIC. Por fin, los bancos serían tratados como cualquier empresa de cualquier otra industria. En resumen, si no pueden cumplir con sus obligaciones contractuales, se les exigirá la quiebra y su liquidación. Sería interesante ver cuántos bancos sobrevivirían en el caso de que se vieran finalmente privados del masivo apoyo de los gobiernos.

82.- PREGUNTAS Y RESPUESTAS SOBRE EL DESASTRE DE LOS '*SAVINGS AND LOAN*'.

P. ¿Desde cuándo un impuesto no es un impuesto?

R. Cuando es una "tasa". Solamente era cuestión de tiempo que descubriéramos qué clase de semántica creativa utilizaría el presidente Bush para sacudirse la promesa de no subir nunca los impuestos que hizo cuando dijo: "lean mis labios" (reforzada por Richard Darman como corolario cuando dijo que "si camina como

un pato..."). Por desgracia, tan solo tuvimos que esperar dos semanas para descubrir la respuesta. No, esta vez el aumento no se justificó en la necesidad de mejorar "los ingresos", favorecer la "equidad" o "cerrar lagunas fiscales" sino recurriendo al viejo y clásico concepto de "tasa".

Cuando el secretario de Hacienda Brady presentó su propuesta de "tasa" para que todos los que tenían depósitos bancarios rescatasen a las insolventes cajas de ahorro (la industria de los *Savings and Loan)*, el presidente Bush lo comparó con la tasa que el gobierno federal cobraba a los usuarios cuando entraban en el parque de Yellowstone. Sin embargo, —desgraciadamente— el gobierno federal es el dueño de Yellowstone y, como propietario que es, puede cobrar una tasa por su disfrute sin que se califique a ésta de "impuesto" (aunque como el gobierno no tiene ni filosófica ni económicamente los mismos intereses que un propietario privado hasta esa idea puede plantear problemas). ¿Pero qué base hay para que alguien tenga que pagar una “tasa“ por depositar su propio dinero en una entidad supuestamente privada de ahorros y préstamos? ¿A quién ha de pagarla y por qué?

No, en el reconfortante aluvión de protestas, del público en general y de todos los políticos y observadores políticos, estaba claro que para todos, excepto para la Administración Bush, la tasa propuesta para gravar a los ahorradores tenía toda la apariencia de un impuesto o lo que es lo mismo tenía el graznido, los andares y la apariencia de un pato.

P. ¿Desde cuándo un seguro no es un seguro?

R. Cuando lo que se pretende es "asegurar" a un sector que ya está en bancarrota. A veces, al impuesto, que supuestamente no es un impuesto, no se le llama "tasa" sino "prima de seguro". Cuando el aluvión de públicas protestas prácticamente hundió la "tasa" que la Administración Bush pretendía cobrar a los ahorradores, comenzó a retroceder y a cambiar su posición presentándola como una tasa que pagarían los bancos que todavía no fueran oficialmente insolventes y bautizó a este nuevo impuesto a la banca con un término más grandioso: el de "prima de seguro".

Pero hay aquí muchos más problemas que el del empleo de una semántica creativa. El concepto mismo de "seguro" es falaz. Ya que es absurdo e imposible "asegurar" un sistema bancario con reservas fraccionarias, ya se trate de

depósitos de bancos comerciales o de bancos de ahorro y préstamo. Es muy parecido a querer "asegurar" al Titanic después de que chocara con el iceberg.

El término seguro solamente es apropiado y se puede utilizar cuando hay ciertos riesgos cuantificables que pueden agruparse en un gran número de casos: incendio, accidente, enfermedad, etc... Pero una empresa o actividad empresarial no se puede "asegurar" porque quien la realiza está precisamente realizando una actividad que conlleva una clase de riesgos que no pueden ser cuantificados ni agrupados y que por ello no se pueden asegurar.

Esto es aún más cierto para una industria que, por definición, es inherente y filosóficamente insolvente: la banca con reserva fraccionaria. Las reservas fraccionarias de las Cajas de Ahorro norteamericanas (*Savings and Loan)* se acumulan peligrosamente sobre las reservas fraccionarias de la banca comercial. Las *Savings and Loan* utilizan como reservas los saldos de los depósitos que tienen abiertos en bancos comerciales. Los bancos que disponen de reservas fraccionarias están filosóficamente en bancarrota porque están inmersos en una gigantesca falsificación que consiste en hacerle creer a la gente que el dinero que tiene depositado en el banco está allí a su disposición y que lo puede retirar cuando quiera, cuando, en realidad, lo ha prestado para cobrar intereses.

Como las reservas fraccionarias son un enorme fraude, esos bancos dependen casi por completo de la "confianza" del público y es por eso que el presidente Bush se apresuró a asegurar a los depositantes de las *Savings and Loan* que su dinero estaba a salvo y que no tenían de qué preocuparse.

Toda esa industria se basa en un engaño que consiste en hacer creer al público que su dinero está seguro y que todo va bien; la banca con reserva fraccionaria es la única industria del país que puede y debe hundirse en cuanto esa "confianza" desaparezca. En cuanto la gente perciba que toda esa industria es una estafa, todo ese montaje se irá al traste; en resumen, opera por entero tras una cortina de humo y se desmoronará cuando el público descubra la verdad.

El fin último del "seguro" no es entonces el de asegurar, sino el de engañar al público para que deposite su confianza en quien no debe. Hace unos años, los seguros de depósito privados se vinieron abajo en Ohio y Maryland porque una o dos grandes entidades quebraron, el público perdió la confianza y empezó a sacar su dinero (que no estaba allí). Y ahora que un tercio de la industria de *Savings and Loan* está oficialmente en quiebra —y sin embargo se le permite

seguir operando— y que la *Federal Savings and Loan Insurance Corporation (FSLIC)* también está oficialmente en bancarrota, al tambaleante sistema bancario solamente le queda la *Federal Deposit Insurance Corporation (FDIC)*. La *FDIC*, que "asegura" a los bancos comerciales, sigue siendo oficialmente solvente. Sin embargo tan solo se encuentra en mejor forma que su hermana, la *FSLIC*, porque todo el mundo es consciente de que detrás de la *FDIC* se encuentra el ilimitado poder de imprimir dinero de la Reserva Federal.

P. ¿Por qué falló la desregulación en el caso de las *Savings and Loan*? ¿Esto no infringe acaso la regla de que la libre empresa siempre funciona mejor que las reglamentaciones?

R. La industria de *Savings and Loan* no es una industria de libre mercado. En la práctica, fue creada, cartelizada y subsidiada por el gobierno federal. La previa y reducida industria de "préstamos para la construcción" de la década de 1920 fue por completo reconvertida a la industria de las *Savings and Loan* que el gobierno creó y cartelizó con la legislación del primer *New Deal*. La industria quedó organizada en torno a los *Federal Home Loan Banks* y gobernada por un *Federal Home Loan Board*, que cartelizó la industria, la dotó de reservas e infló la oferta de dinero de la nación generando créditos e hipotecas subsidiados para la industria inmobiliaria y de la construcción del país.

La creación de la *FSLIC* como entidad dedicada a "asegurar" su actividad fue la forma elegida por el *Federal Home Loan Board* para subsidiar a dicha industria. Además, las entidades de *Savings and Loan* persuadieron a la Reserva Federal para que las cartelizara aún más imponiendo unos reducidos tipos máximos a pagar en concepto de intereses a sus engañados y desventurados depositantes. Puesto que la gente corriente, desde los años 30 hasta los 70, tenía pocas alternativas de inversión para sus ahorros aparte de los *Savings and Loan*, sus ahorros se canalizaron coactivamente hacia depósitos a bajo interés, lo que garantizaba a dichas entidades un beneficio considerable prestando dinero para hipotecas con un considerable diferencial de tipos. De esta manera, los esquilmados depositantes se quedaron desamparados y vieron sus activos diezmados por la continua inflación.

Sin embargo, la presa reventó a finales de los años setenta con la invención de los *Money-market Mutual Funds* (Fondos Mutuos del mercado monetario), que

llevó a los maltrechos depositantes de las *Savings and Loan* a sacar su dinero en masa y a depositarlo en fondos que pagaban tipos de interés de mercado. Las *Savings and Loan* empezaron a irse a la quiebra y se vieron obligadas a reclamar que se quitaran los límites a los intereses que podían pagar a sus depositantes, que había impuesto el cártel, ya que, de lo contrario habrían sufrido por la competencia de los *Money-market Mutual Funds*. Al mismo tiempo, para poder competir con ellos tuvieron que renunciar a las hipotecas de bajo rendimiento e invertir en activos fluctuantes, especulativos y de alto riesgo.

El gobierno federal se vio obligado a "desregular" los activos y préstamos de los *Savings and Loan*. Pero, por supuesto, fue una falsa desregulación, ya que el *FSLIC* siguió garantizando sus depósitos. Una industria que se encuentra con que sus activos no están regulados mientras sus obligaciones están garantizadas por el gobierno federal puede hallarse, a corto plazo al menos, en una posición afortunada; pero en ningún sentido se puede considerar como ejemplo de un sector económico con libre empresa. Como resultado de casi una década de préstamos especulativos salvajes, oficialmente, la bancarrota de las *Savings and Loan* ha acumulado hasta la fecha, por lo menos, 100 mil millones de dólares.

P. ¿Cómo obtendrá el gobierno federal los fondos para rescatar a las *Savings and Loan,* al *FSLIC*, y, en el futuro, a la *FDIC*?

R. Hay tres formas en que el gobierno federal puede rescatar a las cajas de ahorro (*Savings and Loan)*: subir los impuestos, pedir prestado o imprimir el dinero y regalárselo. A modo de globo-sonda han sacado a relucir la idea de gravar a los depositantes con una "tasa", lo que no es solamente un impuesto indignante que el público tiene que pagar para rescatar a quienes le explotan, sino que es también un impuesto a gran escala sobre el ahorro, que disminuirá aún más nuestro ya de por sí relativamente bajo nivel de ahorro actual. El endeudamiento, se enfrenta al obstáculo de la legislación Gramm-Rudman, por lo que el gobierno está pidiendo préstamos para rescatar a las cajas por medio de la emisión de unos bonos especiales que no computan como deuda en el presupuesto federal. Un ejemplo de contabilidad creativa: ¡Si lo que quieres equilibrar el presupuesto, gasta dinero y no lo computes en el presupuesto!

P. ¿Por qué la Fed no se limita a imprimir el dinero y a dárselo a las cajas?

R: Podría hacerlo fácilmente y la percepción del poder ilimitado de la Fed para imprimir dinero proporciona el esencial apoyo a todo el sistema. Pero hay un

grave problema. Supongamos que el rescate final fuera de 200.000 millones de dólares. Tras muchas complicaciones y gestión de la crisis, la Reserva Federal simplemente imprimiría 200.000 millones de dólares y se lo entregaría a los depositantes de las Cajas, en el proceso de liquidación de sus ahorros. Esto en sí mismo no sería inflacionario, ya que los 200.000 millones de nuevos dólares sólo reemplazarían 200.000 millones de dólares de los desaparecidos depósitos de las Cajas. Pero lo grave es lo que ocurriría después.

Si el público tomara entonces ese dinero y lo volviera a depositar en el sistema bancario comercial, que es lo que probablemente haría, los bancos disfrutarían entonces de un aumento de 200.000 millones de dólares en reservas, lo que generaría un aumento inmediato y enormemente inflacionario de alrededor de 2 billones de dólares en la oferta monetaria. Ahí estaría el problema.

P. ¿Cuál es la solución al desorden de las Cajas de Ahorro?

R. Lo que el gobierno debería hacer, si tuviera agallas, es "confesar" que las cajas están quebradas, que su propio fondo de "seguros" está quebrado y, por lo tanto, que como no tiene dinero, no se lo va a quitar al contribuyente, sino que va a permitir que las Cajas sean liquidadas y que la masa de sus depositantes pierda sus inexistentes fondos.

En una verdadera economía de libre mercado, nadie puede explotar a nadie para adquirir una férrea garantía frente a las pérdidas.

A los depositantes se les debe permitir quebrar junto con las Cajas. El dolor momentáneo se verá más que compensado por la saludable lección que esos depositantes habrán aprendido: no confieis en el gobierno y no confieis en la Banca con reserva fraccionaria. Espero que los depositantes de la fraccionaria banca comercial aprovechen este ejemplo y consigan recuperar su dinero a la mayor brevedad. Todos los comentaristas no paran de decir que el gobierno "tiene que" pedir prestado o recaudar impuestos para pagar a los depositantes de las Cajas. No existe ningún "tiene que" al respecto; vivimos en un mundo de libre albedrío y libre elección.

Eventualmente, la única manera de evitar desórdenes similares es prescindiendo del vigente sistema inflacionista y cartelizado y pasar a un régimen monetario que sea sólido de verdad. Eso significa un dólar o unidad monetaria definida como un determinado peso en oro y que se pueda canjear por monedas de oro y

un sistema bancario que respalde su efectivo y sus obligaciones a la vista con reservas de oro al 100 por ciento.

83.- LA INFLACIÓN REVISITADA

La inflación ha vuelto. O mejor deberíamos decir que como en realidad nunca se fue, ahora ha aumentado y resurge con renovada fuerza. Tras reducirse en la fuerte recesión de 1981-1982 y bajar de más del 13 por ciento de 1980 hasta al 3 por ciento en 1983, e incluso caer al 1 por ciento en 1986, los precios al consumidor en los últimos años han comenzado a acelerarse al alza. En los últimos dos años la inflación de precios llegó al 4 ó 5 por ciento y en enero de 1989 aumentó a una tasa anual del 7,2 por ciento, con lo que finalmente hizo mella en la conciencia del público.

Durante estos últimos años se ha criticado a los economistas de la Escuela Austriaca y a otros que, como ellos, son también partidarios de una moneda fuerte porque en 1985 y 1986 la oferta de dinero aumentó en un 13 por ciento ¿Y por qué no aumentó la inflación? La razón es que, a diferencia de los Monetaristas de la Escuela de Chicago, los Austriacos no son mecanicistas. Los Austriacos no creen que en economía toda variación tenga efectos inmediatos e inevitables. Tras aumentar la oferta monetaria, los precios no suben automáticamente; la inflación resultante depende de elecciones humanas y de las decisiones que la gente haga en cuanto a si desea tener su dinero inmediatamente disponible o no. Tales decisiones dependen de las percepciones y de las expectativas de los individuos y no hay manera de que los economistas puedan preverlas de antemano.

A medida que la gente empezó a gastar su dinero y desaparecieron factores especiales, como el colapso de la OPEP, y el encarecimiento del dólar y sus efectos sobre la economía fueron amortiguados, la consecuencia de todo ello fue una aceleración de la inflación.

La reanudación y escalada de la inflación en los últimos años ha empujado inexorable y paulatinamente al alza los tipos de interés. La Reserva Federal, siempre timorata y temerosa de restringir en exceso la oferta monetaria y precipitar con ello una recesión, permitió que los tipos de interés aumentaran sólo muy gradualmente en reacción a la inflación. Además, Alan Greenspan ha hablado de mantener una línea dura contra la inflación para contener las

expectativas inflacionarias y por lo tanto mantener el rendimiento de los bonos a largo plazo. Pero al insistir en el gradualismo, la Fed sólo ha logrado prolongar la agonía del mercado y asegurarse de que los tipos de interés, y los precios al consumidor, no puedan sino aumentar en el previsible futuro. Como de costumbre, a la mayoría de los economistas y expertos financieros de la nación, el aumento de la inflación los ha dejado desconcertados, no le encuentran sentido y no pueden prever fundadamente como evolucionará. Una de las pocas explicaciones sensatas fue la de Donald Ratajczak, de la Georgia State University. Ratajczak señaló en tono de burla que: "*La Fed siempre adopta el gradualismo y nunca funciona. Y después de pasado cierto tiempo te acabas preguntando: ¿Acaso no leen su propia historia?*"

Independientemente de lo que haga, la Fed invariablemente empeora las cosas. En primer lugar, bombea gran cantidad de nuevo dinero, porque, en la fase aguda de la recesión, la reacción de los precios es lenta y suben muy poco. Envalentonado por este "milagro económico", bombea más y más dinero nuevo en el sistema. Más tarde, cuando los precios finalmente comienzan a acelerarse, intenta prolongar lo inevitable y con ello lo único que consigue es retrasar que el mercado haga los necesarios ajustes.

Además, salvo algunas excepciones, está demostrado que los economistas de la nación nunca aciertan a la hora de anticipar la nueva inflación. De hecho, hasta hace poco, muchos economistas opinaban que la economía había sufrido algún tipo de misterioso "cambio estructural", y que, como resultado, ya no podría haber más inflación. En cuanto empiezan a proliferar opiniones de esa índole, la economía entra en acción y desmiente la grandiosa nueva doctrina.

Irónicamente, a pesar de las giros y las intervenciones de la Fed y de otras autoridades gubernamentales, una vez que un auge inflacionario se ha puesto en marcha, la recesión es inevitable y se producirá después de que el auge inflacionario se detenga o ralentice. Como dice el economista de inversiones Giulio Martino: "*Nunca hemos tenido un aterrizaje suave en el que la Fed redujera la inflación sin provocar una recesión*".

Podemos ver las cosas con particular claridad si nos basamos en M-A (la A viene de Austriaco, por tratarse de la oferta monetaria tal como la conceptúan los economistas de la Escuela Austriaca), en lugar de en las distintas eMes que controla la Fed, que son artefactos estadísticos desprovistos de verdadero

significado. Después de aumentar rápidamente durante varios años, la oferta de dinero se mantuvo plana de abril a agosto de 1987, el tiempo suficiente para ayudar a precipitar el gran colapso bursátil de octubre. Luego, la M-A aumentó en un 2,5 por ciento anual, pasando de 1.905 millones de dólares en agosto de 1987 a 1.948 millones de dólares en julio de 1988. Sin embargo, desde julio, este modesto aumento se revirtió y la oferta monetaria se mantuvo estable hasta finales de año; entonces, a finales de enero de 1989, se redujo drásticamente a 1.897 millones de dólares. A partir de mediados de 1988, hasta finales de enero de 1989, la oferta monetaria total, en términos absolutos, disminuyó en nada menos que una tasa anual del 5,2 por ciento. La última vez que la M-A cayó bruscamente fue en 1979-80, precipitando la última gran recesión.

Esto no constituye un argumento a favor de una nueva expansión monetaria impulsada por una Fed presa del pánico. Todo lo contrario. Una vez que se inicia un auge inflacionario, una recesión no sólo es inevitable sino que también es la única manera de corregir las distorsiones del auge y devolver la economía a la salud. Cuanto más rápida sea la recesión y mejor se le permita realizar su función correctora, más pronto llegará la completa recuperación.

84.- LA INFLACIÓN Y LOS ASESORES DE COMUNICACIÓN

Estamos muy familiarizados con el fenómeno de los "asesores de comunicación", esos agentes políticos que se apresuran a dar a los medios de comunicación el "giro" adecuado tras cada encuesta electoral, cada discurso o cada debate. De lo que a veces no nos damos cuenta es de que el *Establishment* también tiene "asesores de comunicación" para el área económica. En cuanto aparece una mala noticia económica, se afanan para proporcionar rápidamente una tranquilizadora y agradable interpretación de la misma.

Uno de sus recurrentes temas favoritos es nuestro estado de permanente inflación. Durante la década de 1950 y 1960, la Fed y las demás autoridades monetarias creyeron que la inflación estaba fuera de control si superaba el 2 por ciento anual. Pero tal es el efecto narcotizante del hábito y la desensibilización que un patrón de tipos de interés como el que tenemos actualmente, de un 4 por ciento anual, se considera equivalente a ausencia de inflación. De hecho, la

consecuencia es que mientras la inflación se mantenga por debajo de una cifra de "dos dígitos" no hay de qué preocuparse y semejante cifra se alcanzó por primera vez en tiempo de paz durante las recesiones inflacionarias de principios y finales de los setenta.

Pues bien, en enero de 1990, el índice del costo de la vida alcanzó una cifra de por lo menos dos dígitos. Durante ese mes, se disparó un 1,1 por ciento, lo que equivale a más del 13 por ciento al año, alcanzando los inquietantes picos inflacionarios de los años setenta. ¿Hubo alguna preocupación grave? ¿La Fed y la Administración llegaron por fin a apretar el botón de pánico?

Sin duda no, los asesores de comunicación especializados en asuntos económicos se pusieron rápidamente manos a la obra. Mire Usted, excluidas las categorías cuyos precios han subido más rápidamente —los alimentos y la energía— las cosas no están tan mal. Los alimentos subieron un 1,8 por ciento en enero, —un aumento anual de casi el 22 por ciento—; mientras que el precio de la energía subió no menos de 5,1 por ciento —un incremento anual de más del 61 por ciento. Pero eso es correcto, porque la causa fue la ola de frío de diciembre, que impulsó los precios de los alimentos y las verduras un 10,2 por ciento en el mes siguiente (un aumento anual de más del 122 por ciento) y empujó al alza los precios de la calefacción un 26,3 por ciento (un aumento de más del 315 por ciento anual).

Quitando esas categorías volátiles (aunque importantes) de alimentos y energía, obtenemos una "tasa básica" mucho más satisfactoria (definida como movimientos de precios al consumidor menos alimentos y energía) de "solamente" un 0,6 por ciento en enero, un aumento anual del 7,5 por ciento. Esto, admitió el *Establishment*, es sin duda motivo de preocupación, pero, al fin y al cabo, esa tasa está muy por debajo de los funestos dos dígitos.

Pero tenemos que recordar, que es frecuente que durante el invierno tengamos períodos de frío y los efectos aleatorios del clima que ellos alegan parece que operan siempre con más intensidad en dirección inflacionaria que deflacioniaria.

La fabricación de esa "tasa básica" es un posible ejemplo de un fraudulento principio general: si quieres hacer que la inflación desaparezca, te basta con excluir las categorías de precios que estén aumentando más y con más rapidez. Eliminando suficientes precios hasta puedes conseguir que parezca que nunca ha habido ninguna inflación. Encuentra alguna excusa para sacar todas las

categorías cuyos precios estén subiendo, llama a lo que reste "tasa básica" y ¡Abracadabra! La inflación ha desaparecido por siempre jamás.

Así, durante los primeros años de la Administración Reagan, como los precios de la vivienda subían de forma embarazosa, simplemente los sacaron del índice con la excusa de que los consumidores pagaban rentas anuales, reales o imputadas, y en ese momento los alquileres aún no podían reflejar el aumento del precio de la vivienda. Durante la infame hiperinflación alemana de 1923, por ejemplo, hubo respetados economistas del *Establishment* que sostuvieron que no había en absoluto inflación en Alemania, sino más bien deflación, ya que los precios, en comparación con el precio del oro (que ya no se podía cambiar por Marcos), estaban ¡bajando!

Por desgracia, los ignorantes consumidores están soportando precios más altos en todos los productos del índice (e incluso más para los bienes que nunca llegan al índice, como los productos de marca y los libros) y no solo en vivienda, alimentos y energía. Nosotros, los consumidores, no tenemos el privilegio de pagar sólo por bienes "básicos"; ni, por desgracia, permitirnos el lujo de pagar con oro.

Como incluso esa tasa básica está subiendo de forma inquietante, los economistas del *Establishment* están empezando a buscar explicaciones. Por ello ha reaparecido el tradicional candidato a cargar con la culpa que varios economistas identifican con los mayores salarios, que han experimentado un inquietante aumento desde el ya elevado 5,0 por ciento el año pasado; pero dado que los precios han subido hasta ahora, como es tradición, un 4,5 por ciento, esto no parece que sea un asunto muy preocupante.

Las tasas salariales han estado a la zaga de los aumentos de precios durante años. El verdadero culpable de la aceleración de la inflación es el único candidato respecto del que el *Establishment* hace siempre todo lo posible para que permanezca oculto: la oferta monetaria que crea el propio gobierno federal.

Después de que el gobierno ha estado durante años creando e inyectando nuevo dinero en la economía, la gente ahora está gastando ese dinero, y por consiguiente ayudando a que suban los precios. Pero el último grupo al que el gobierno federal quiere culpar es a sí mismo; además fabricar dinero es algo demasiado placentero como para que quien lo hace y sus beneficiarios renuncien a ello sin presentar batalla. Y sólo cuando se le quite por completo al

Estado el poder de crear dinero, es decir, de falsificarlo, es cuando la maldición de la inflación desaparecerá de verdad para siempre.

85.- ALAN GREENSPAN: UN INFORME MINORITARIO SOBRE EL PRESIDENTE DE LA FED

En la prensa resuenan las aclamaciones por el ascenso al Poder como presidente de la Fed de Alan Greenspan; economistas de la Derecha, de la Izquierda y del Centro ensalzan hosannas a la grandeza, la perspicacia y la inigualable habilidad con los "números" de Alan. La única reserva es que podría parecer que Alan no disfruta del enorme poder y reverencia otorgados a su predecesor, aunque no tenga la altura de un jugador de baloncesto, no sea calvo y no fume imponentes cigarros puros.

Un astuto observador podría llegar a pensar que cualquiera que recibiera semejantes aplausos unánimes del *Establishment* podría no ser del todo bueno y en este caso estaría en lo cierto. Conocí a Alan hace 30 años, y he seguido su carrera con interés desde entonces.

Me parecieron especialmente notables las recientes declaraciones en la prensa según las cuales la firma de consultoría económica Townsend-Greenspan, de la que Greenspan es socio, podría quebrar porque resulta que lo que la firma realmente vende no son sus modelos de pronóstico econométrico, o sus famosos números, sino al mismísimo Greenspan y el don que éste tiene para hablar largo tiempo sin decir absolutamente nada y hacerlo con una sintaxis rococó de la que jamás cabe deducir ninguna posición clara cualquiera que sea la cuestión considerada.

En cuanto a su eminencia como pronosticador, él mismo admitió con pesar que una empresa gestora de fondos de pensiones que él fundó hace apenas unos años tuvo que cerrar por no tener la habilidad suficiente para aplicar las previsiones cuando contaba: cuando los fondos invertidos estaban siendo amenazados.

Lo que verdaderamente cualifica a Greenspan es que se puede confiar en que nunca embarrancará el barco del *Establishment.* Durante mucho tiempo se ha situado en el centro del espectro económico. Él es, como la mayoría de los demás economistas Republicanos que lo son desde hace mucho tiempo atrás,

un Keynesiano Conservador, que en estos días es casi indistinguible de los Keynesianos de Izquierda del campo Demócrata. De hecho, sus puntos de vista son prácticamente los mismos que Paul Volcker, también un Keynesiano Conservador. Lo que significa que quiere déficits moderados y aumentos de impuestos y que se mostrará preocupado por la inflación y voceará esa preocupación, mientras se dedica a expandir la oferta de dinero.

Hay una cosa, sin embargo, que hace a Greenspan único, y eso lo separa de sus amigos del *Establishment*. Y es que él es seguidor de Ayn Rand, y por lo tanto "filosóficamente" cree en el *laissez-faire* y hasta en el patrón oro. Pero como el *New York Times* y otros medios importantes se apresuraron a asegurarnos, Alan sólo cree en el *laissez-faire* "filosóficamente a alto nivel". En la práctica, en las políticas que defiende, es un centrista como todos los demás porque es un "pragmático".

Como supuesto "*pragmático del laissez-faire*", en su prominente carrera de 20 años en la Política en ningún momento ha defendido nunca cualquier cosa que incluso remotamente oliera a *laissez-faire*, o a cualquier cosa que se le pudiera parecer. Para Greenspan, el *laissez-faire* no es la estrella polar, un patrón y guía para fijar el rumbo; en cambio, es simplemente una curiosidad que se guarda en el armario y que es por completo ajena a sus concretas conclusiones políticas.

Por lo tanto, Greenspan sólo está a favor del patrón oro si todas las condiciones son correctas: si el presupuesto está en equilibrio, el comercio es libre, la inflación es mínima, todo el mundo tiene la filosofía correcta, etc... De la misma manera, él podría decir que solo es partidario del libre comercio si todas las condiciones son las correctas: si el presupuesto está equilibrado, los sindicatos son débiles, tenemos un patrón oro, la filosofía correcta, etc... En resumen, nunca se aplican los "elevados principios filosóficos" a las acciones de uno. Para el *Establishment* tener a este hombre de su parte es casi una provocación.

A lo largo de los años, Greenspan cuando era presidente del Council of Economic Advisers (Consejo de Asesores Económicos) apoyó, por ejemplo, la estúpida propuesta del presidente Ford de llevar unos botones con la leyenda *Whip Inflation Now.* [20] Mucho peor es el hecho de que este "alto filósofo" que se declara

20 *Whip Inflation Now (WIN,* por sus siglas en inglés) fue un intento de estimular un movimiento de base para combatir la inflación, alentando el ahorro personal y los hábitos de gasto disciplinados en combinación con medidas públicas, instadas por el presidente estadounidense Gerald Ford. Las personas que apoyaron las medidas obligatorias y

adherente al *laissez-faire* salvase en 1982 el programa de extorsión en que la Seguridad Social consiste, justo cuando el público empezaba a darse generalizadamente cuenta de que el programa estaba en bancarrota y había una buena oportunidad para acabar por fin con esa gran vaca sagrada de la Política Estadounidense. Greenspan intervino como jefe de una Comisión de Seguridad Social "bipartidista" (es decir, formada por Centristas Conservadores y por gente de la Izquierda), y "salvó" de la quiebra al sistema a base de aprobar impuestos más altos para financiarla.

Alan es miembro desde hace mucho tiempo de la famosa Comisión Trilateral, el pináculo dominado por Rockefeller de la élite del poder político y financiero en este país. Y al ocupar su puesto como director de la Fed, deja su lugar de honor en el Consejo de Administración de J.P. Morgan & Co. y Morgan Guaranty Trust. Sí, el *Establishment* tiene buenas razones para dormir profundamente mientras Greenspan lleve el timón monetario. Y como guinda del pastel, saben que el Randianismo "filosófico" de Greenspan indudablemente engañará a muchos defensores del libre mercado al inducirles a pensar que un campeón de su causa se encuentra ahora en una elevada posición de poder.

86.- LA MISTERIOSA FED

Alan Greenspan ha recibido su pre-ordenado y repetido nombramiento como presidente de la Fed para gran júbilo y satisfacción de todo el *Establishment* financiero. Para ellos, mientras Greenspan siga estando en su firmamento todo irá bien en el mundo. Nadie parece preguntarse por el misterioso proceso por el cual cada nuevo presidente de la Fed se convierte al instante en alguien universalmente venerado e indispensable para mantener la solidez del dólar, del sistema bancario y financiero y para la prosperidad de la economía.

Cuando parecía por un tiempo que era imposible que el gran Paul Volcker no fuera reelegido como presidente de la Fed, la prensa financiera entró en una fase de agónico paroxismo: no, no, sin el poderoso Volcker al timón, el dólar, la economía..., no, el mundo entero, se desmoronarán. Y sin embargo, cuando

voluntarias fueron alentadas a usar botones "WIN", quizás con la esperanza de evocar en tiempos de paz el tipo de solidaridad y voluntarismo simbolizado por la campaña V durante la Segunda Guerra Mundial.

Volcker finalmente salió de la escena años más tarde, la nación, la economía y el mundo, de alguna manera no se desmoronaron; de hecho, desde entonces, los que alguna vez alabaron los destellos de ingenio y sabiduría de Volcker, parecen estar ahora más preocupados de que Paul Volcker aún viva.

¿Cuál era el poder misterioso de Volcker? ¿Era su presencia imponente y dominante? ¿Su pomposidad y carisma? ¿Los grandes puros que se fumaba? Resulta que esos atributos en realidad no desempeñaron ningún papel, ya que Alan Greenspan, ahora supuestamente convertido en Don Indispensable, no tiene ninguna de las cualidades de Volcker en cuanto a personalidad y presencia. Greenspan, un tipo gris con el carisma de una caballa mojada, rezumba con un tono monótono y carente de inspiración. Así que, ¿Qué lo hace indispensable ahora? Se supone que es un "experto" de alto nivel, pero por supuesto hay cientos de posibles presidentes de la Fed que saben por lo menos tanto como él.

Así que si no son cualidades de la personalidad o el intelecto, qué es lo que hace que todos los presidentes de la Fed sean tan indispensables y tan queridos? Parafraseando la famosa respuesta de Sir Edmond Hilary, cuando se le preguntó por qué se empeñaba en escalar el monte Everest: 'porque está ahí'. El cargo mismo hace que su titular sea automáticamente maravilloso, venerado, considerado como alguien profundamente esencial para la economía mundial, etc... Cualquier persona que ocupase ese puesto, incluida la perrita Lassie, recibiría precisamente el mismo tratamiento hagiográfico. Y cualquier persona que saliera del cargo sería igualmente olvidada; si alguna vez tiene Greenspan que salir de la Fed, será tan ignorado como lo era antes.

Es una pena que la gente no sea más desconfiada: que no se cuestione que algo debe ir mal cuando una economía o el dólar dependen de un solo hombre. Porque la respuesta es que muchas cosas van mal. La salud de Sony o Honda depende de la calidad de su producto, en la continua satisfacción de sus consumidores. Nadie se preocupa particularmente por las cualidades personales del director de esas empresas. En el caso de la Fed, los acólitos de los supuestos poderes personales del presidente nunca especifican lo que hace exactamente, aparte de mantener la "confianza" en el dólar o en el sistema bancario del público o del mercado.

El aire de majestad y misterio que rodea al presidente de la Fed es deliberado, precisamente porque nadie conoce su función y nadie consume el "producto" de

la Fed. ¿Qué pensaríamos de una empresa en la que su presidente y su Departamento de Relaciones Públicas pidieran constantemente a la gente: "*Por favor, por favor. Tenga confianza en nuestro producto —nuestros Sonys, Fords, etc...* —". ¿No pensaríamos que hay algo sospechoso en esa empresa? En el mercado, la confianza deriva de la probada y confirmada satisfacción del consumidor con el producto. El hecho proclamado de que nuestro sistema bancario se asiente en tan gran medida sobre nuestra "confianza" demuestra que esa confianza lamentablemente no está justificada.

El misterio, el recurso a la confianza, la alabanza de las supuestas cualidades de su líder: todo esto equivale a un juego de falsificación. Volcker, Greenspan y sus manipuladores son tramposos que siguen el modelo del mago de Oz. El misterio, los trucos, son necesarios, porque el sistema bancario de reserva fraccionaria sobre el que la Fed preside está en bancarrota. No sólo las Cajas de Ahorros (Los *Savings and Loan*) y la *FDIC* están en quiebra, sino que todo el sistema bancario es insolvente. ¿Por qué? Porque el dinero que se supone que podemos reclamar de nuestras cuentas bancarias de depósito simplemente no está allí. O mejor dicho, solamente el 10 por ciento de ese dinero está allí.

El misterio y el truco de confianza de la Fed descansa en su función: que es la de un cártel bancario organizado e impuesto por el gobierno federal por medio de la Fed. La Fed entra continuamente en el "mercado abierto" para comprar títulos de deuda pública del gobierno. ¿Con qué paga la Fed esos bonos? Con nada, simplemente con cuentas corrientes creadas de la nada, del aire. Cada vez que la Fed crea un millón de dólares y que libra un cheque para comprar bonos del gobierno, ese millón de dólares rápidamente acaba formando parte de las "reservas" de los bancos; y éstos las utilizan después para acumular sobre ellas y a modo de pirámide hasta 10 millones más de dólares en depósitos bancarios que son creados de la nada. Y si alguien razonablemente prefiere numerario en lugar de depósitos abiertos en los libros de contabilidad del banco, no pasa nada porque a la Fed le basta con imprimir ese dinero que inmediatamente se convierte en "dólares" estándar (billetes de la Reserva Federal) y pagar de esa manera. Pero esos billetes de papel *fiduciario tan solo* respaldan el 10 por ciento de nuestros depósitos bancarios.

Es interesante que, de entre todos los gobernadores de la Fed, los únicos que parecen estar preocupados por la naturaleza inflacionaria del sistema sean los

presidentes de bancos regionales de la Fed que proceden de fuera de las principales áreas de dominio de los cárteles bancarios. Los presidentes regionales son elegidos por los bancos locales de su región, que nomimalmente son propietarios de la Reserva Federal. Así, los presidentes de la Fed de las principales áreas del cártel, como New York o Chicago, o las antiguas élites financieras de Filadelfia y Boston, tienden a ser pro-inflacionistas ("palomas") mientras que los que se muestran relativamente anti-inflacionistas ("halcones") vienen de la periferia, de fuera de los principales centros del cártel: por ejemplo, de Minneapolis, Richmond, Cleveland, Dallas o St. Louis. Seguramente, esta constelación de fuerzas no es una coincidencia.

Por supuesto, cualquier persona que piense que estos presidentes de bancos regionales son insufribles "halcones" anti-inflacionistas aún no han visto nada. ¡Esperen a que conozcan a algunos Misesianos (seguidores de Ludwig Von Mises)!

87.- PRIMEROS PASOS PARA VOLVER AL PATRÓN ORO

Septiembre de 1986 fue un mes histórico en la Historia de la política monetaria de Estados Unidos. Porque es el primer mes en más de 50 años —gracias al liderazgo heroico de Ron Paul durante sus cuatro legislaturas en el Congreso— que el Tesoro de Estados Unidos acuñó una auténtica moneda de oro.

Las monedas de oro fueron el patrón monetario en Estados Unidos hasta que en 1933 Franklin Roosevelt lo repudió y confiscó las monedas de oro que poseían los estadounidenses. No sólo se confiscaron esas monedas de oro bajo la cobertura de la emergencia nacional resultante de la depresión, sino que que se prohibió la posesión de todo el oro (con la excepción de ciertas cantidades permitidas a regañadientes a los coleccionistas, dentistas, joyeros y usuarios industriales).

Durante la década de 1970, el Congreso aprobó que la posesión de oro por parte de los estadounidenses fuese legal y ahora el propio Tesoro admite por lo menos cierto uso monetario al acuñar en oro sus propias monedas. En solo diez años hemos recorrido un largo camino; el oro ha pasado de estar prohibido por completo a que el Tesoro acuñe moneda de dicho metal.

Es cierto que las motivaciones políticas de la nueva moneda no eran del todo puras. Una de ellas fue el intento de quitar negocio a los *krugerrands* sudafricanos que de alguna manera estaban manchados por el *apartheid* por el mero hecho de ser producidos en Sudáfrica. Pero lo importante es que el oro ha vuelto al menos parcialmente a los usos monetarios y también que la gente tiene la oportunidad de ver monedas de oro, de admirarlas y comprarlas.

Una de las formas por las que el gobierno consiguió debilitar el patrón oro, incluso antes de 1933, fue desalentar su amplia circulación como moneda y convencer al público de que todo el oro debía ser guardado en condiciones de seguridad en los bancos, en forma de lingotes, en lugar de utilizarlo con carácter general como dinero en forma de monedas. Como en 1933 los estadounidenses ya no estaban directamente utilizando monedas como dinero, le fue al gobierno relativamente fácil confiscarlas sin levantar una gran oposición.

La nueva moneda de *American Eagle* es muy conveniente para un posible uso generalizado en el futuro. Es muy útil que su peso sea exactamente de una onza troy. El anverso de la moneda lleva el diseño familiar de Saint-Gaudens de la Diosa Libertad que se había utilizado en las monedas de oro americanas a partir de 1907 hasta 1933.

Pero aunque la acuñación de la nueva moneda, de la *American Eagle,* es un excelente primer paso en el camino de vuelta a un dinero sólido, resta mucho más por hacer. Es importante que no nos durmamos en los laureles.

Por un lado, aunque las monedas de oro son legales, el gobierno de Estados Unidos nunca ha renunciado a poseer las monedas confiscadas, ni las ha devuelto a sus legítimos dueños, a quienes poseen de dólares de Estados Unidos. Por lo tanto, es de vital importancia desnacionalizar el *stock* de oro estadounidense y devolverlo a manos privadas.

En segundo lugar, lo que únicamente puede ser considerado como una tomadura de pelo del Tesoro de Estados Unidos. La moneda de oro de una onza es calificada, al igual que las monedas anteriores a 1933, como "moneda de curso legal", pero asignándole un valor nominal de tan solo 50 dólares. En otras palabras, si usted le debe a alguien 500 dólares, usted puede pagar legalmente a su acreedor con diez monedas de una onza. Pero por supuesto eso solamente lo haría un idiota, ya que en el mercado, cada onza vale ahora aproximadamente

420 dólares. A ese precio, ¿Quién elegiría pagar a sus acreedores 4.200 dólares en oro para liquidar una deuda de 500 dólares?

Naturalmente, el falso precio del oro, artificialmente bajo, está diseñado por el Tesoro de los Estados Unidos para asegurarse de que nadie utilice esas monedas de oro como dinero, es decir, para hacer pagos y liquidar deudas. Supongamos, por ejemplo, que el gobierno asignara a la moneda de una onza de oro un valor ligeramente superior al precio de mercado del oro, por ejemplo, 500 dólares. Entonces, todo el mundo se se apresuraría a cambiar sus dólares por monedas de oro y el oro reemplazaría rápidamente a los dólares en circulación.

Todo esto es una agradable fantasía, por supuesto, pero incluso este superior sistema no solventaría el problema principal: qué hacer con la Reserva Federal y el sistema bancario.

Para resolver ese problema, no bastaría simplemente con encontrar una manera de recuperar el oro que tiene el Tesoro. Ya que ese oro es técnicamente propiedad de los bancos de la Reserva Federal, aunque es el Tesoro quien, en nombre de la Fed, lo tiene en depósito y lo guarda en Fort Knox y en otros lugares. Además, la Reserva Federal tiene el monopolio absoluto de imprimir dólares, y ese monopolio se mantendría incluso aunque la gente comenzara a cambiar sus dólares por monedas de oro del Tesoro.

De hecho, es importante desnacionalizar el oro —sacarlo de Fort Knox y dejarlo en manos de la gente—. Pero es igual de importante, si no más importante, desnacionalizar el dólar, es decir, vincular el nombre de "dólar" firmemente y sin vuelta atrás a un peso fijo de oro. Cada moneda de oro que hay en Fort Knox quedaría vinculada al dólar, y entonces, y solamente entonces, el sistema de la Reserva Federal podría ser rápidamente abolido, y podría volver el oro a estar en manos del público aplicando un cambio fijo en dólares relativo a su peso en oro. Para lograr esta tarea, los que desean arrebatar al gobierno el oro y el dólar de la nación para devolvérselos al pueblo, tendrán que convenir en un peso fijo.

Lo mejor es elegir una definición inicial para el dólar de oro a una ratio que sea más conveniente. Ciertamente 50 dólares la onza de oro no lo es. Existen buenos argumentos para asignarle el precio actual de mercado, un precio superior al actual y uno que sea lo suficientemente alto (o un peso en dólares lo suficientemente bajo) para que la Fed, al ser liquidada, pagase en oro no sólo sus propias deudas sino también todos los depósitos bancarios a la vista (lo que

requeriría un precio del oro de aproximadamente 1.600 dólares la onza). Pero dentro de esos parámetros, casi no importa qué precio se elija, siempre y cuando estas reformas se realicen lo antes posible y el país vuelva a un dinero sólido.

88.- LA FICCIÓN DE LOS TIPOS DE CAMBIO FIJOS

Los Estados, en especial el de Estados Unidos, parece que son congénitamente incapaces de no meter las zarpas en alguna parte de la economía. El Gobierno, ayudado y alentado por los intelectuales y políticos que lo parasitan y que hacen de él apología, le gusta verse como un *Deus ex machina*[21] que supervisa lo que hacen sus súbditos con benevolencia y omnisciencia olímpicas y que desciende repetidamente a la Tierra para arreglar los numerosos "fracasos del mercado" que el vulgo, en su ignorancia, persiste en cometer.

El hecho de que la Historia sea un negro registro de los continuos y graves fracasos de este "Dios" y que la teoría económica explique por qué debe ser así, no causa ninguna impresión en el discurso político oficial.

Por ejemplo, cada Estado-nación se ve continuamente tentado a intervenir para fijar sus tipos de cambio, los tipos de cambio de su papel moneda fiduciario en relación con los de las monedas emitidas por todos los demás gobiernos del mundo.

Los gobiernos ni saben, ni quieren saber, que la única vez en que esa fijación de los tipos de cambio tuvo éxito ocurrió, no por casualidad, en la era del patrón oro. En esa época, el dinero era un producto del mercado, producido en el mercado en lugar de fabricado *ad lib* por un gobierno o un banco central. Los tipos de cambio fijos funcionaron porque esas unidades monetarias nacionales —el dólar, la libra, la lira, el marco, etc...— no eran entidades independientes sino que cada una de ellas definía un cierto peso en oro.

21 *Deus ex machina* es una expresión latina que significa «Dios desde la máquina», traducción de la expresión griega «ἀπὸ μηχανῆς θεός» (apò mēchanḗs theós). Se origina en el teatro griego y romano, cuando una grúa (machina) o cualquier otro medio mecánico introducía desde fuera del escenario a un actor que interpretaba a una deidad (deus) para resolver una situación o dar un giro a la trama. Actualmente es utilizada para referirse a un elemento externo que resuelve una historia sin seguir su lógica interna. Desde el punto de vista de la estructura de un guión, “Deus ex Machina” hace referencia a cualquier acontecimiento cuya causa viene impuesta por necesidades del propio guión, a fin de que mantenga lo que se espera de él desde un punto de vista del interés, de la comercialidad, de la estética, o de cualquier otro factor, incurriendo en una falta de coherencia interna (wikipedia.org) (N. del T.).

Como todas las unidades de medida, tales como la yarda, la tonelada, etc..., la finalidad perseguida con ello era que, una vez establecida, tuviera fijeza. Así, por ejemplo, si como ocurrió durante el siglo XIX, "el dólar" se definía como el veinteavo de una onza de oro (1/20), "la libra" como un cuarto de una onza de oro (1/4) y "el franco francés" como la centésima parte de una onza de oro (1/100), los "tipos de cambio" se limitaban a reflejar proporcionalmente el distinto peso en oro que tenía cada unidad monetaria, de manera que la libra tenía automáticamente un valor de 5 dólares, el franco automáticamente valía 20 centavos de dólar, etc...

Estados Unidos abandonó el patrón oro en 1933; internacionalmente, los últimos vestigios del mismo se eliminaron en 1971. Después, todo el mundo siguió esa pauta, cada moneda nacional se convirtió en una entidad separada e independiente de todas las demás. Y con ello se desarrolló inmediatamente un "mercado" entre ellas, ya que siempre aparecerá un mercado en el que intercambiar los distintos bienes.

Si los gobiernos dejan que esos mercados de intercambio funcionen por sí solos, entonces los tipos de cambio fluctuarán libremente. Lo harán en función de la oferta y la demanda de cada moneda en términos de las demás y las tasas o tipos de cambio diarios, como sucede con todos los demás bienes, "equilibrarán el mercado" al hacer coincidir la oferta con la demanda con lo que asegurará que no haya ni una escasez ni un excedente sin vender de cualquiera de las distintas monedas.

La fluctuación de las monedas *fiduciarias*, como el mundo ha podido comprobar de nuevo tras 1971, es insatisfactoria. Elimina las ventajas que proporciona una moneda o dinero internacional y prácticamente devuelve al mundo al trueque. Y fracasa a la hora poner coto a la inflación impulsada por los gobiernos y por los bancos centrales al no obligarles a canjear el dinero que emiten por oro.

Lo que el mundo no ha comprendido es que hay algo mucho peor que la fluctuación de monedas fiduciarias: y es dinero *fiduciario* y gobiernos intentando fijar tipos de cambio. Y ello porque, como sucede con cualquier control de precios, los gobiernos fijarán invariablemente los tipos de cambio por encima o por debajo de los de libre mercado. Sea cual sea el camino que se siga, la fijación del tipo de cambio por el gobierno generará consecuencias indeseables, causará innecesarias crisis monetarias y, a la larga, terminará en un ignominioso fracaso.

Una cuestión esencial es que cuando el gobierno establece los tipos de cambio se pone inevitablemente en acción la "Ley de Gresham": es decir, el dinero artificialmente infravalorado por el gobierno (fijado a un precio demasiado bajo por el gobierno) tenderá a desaparecer del mercado (habrá "una escasez") mientras que el dinero sobrevalorado por el gobierno (cuyo precio es demasiado alto) tenderá a entrar en circulación y a formar un "excedente".

La Administración Clinton, que parece que tiene un instinto especial para dar crédito a cualquier falacia económica, ha sido tan torpe e incoherente en política monetaria como en todas las demás materias. Así como hasta hace poco estaba absurdamente preocupada por un déficit de balanza de pagos en apariencia grave (pero en realidad inexistente) intentó forzar a la baja el tipo de cambio del dólar para estimular las exportaciones y restringir las importaciones.

No hay manera, sin embargo, de que el gobierno pueda encontrar y establecer un tipo de cambio "ideal". Un dólar más barato es cierto que estimula las exportaciones, pero la Administración finalmente se dio cuenta de que tenía un inevitable inconveniente: que los precios de las importaciones son más altos, lo que elimina la competencia que ayuda a contener los precios en el mercado interior.

En lugar de aprender la lección de que no hay un tipo de cambio ideal aparte del determinado libremente por el mercado, la Administración Clinton, como de costumbre, cambió repentinamente de parecer y orquestó una campaña multimillonaria de la Fed y de otros importantes bancos centrales para que apoyaran una revalorización de un dólar que se estaba hundiendo frente al marco alemán y el yen japonés. La tasa de cambio del dólar subió ligeramente y los medios de comunicación felicitaron a Clinton por apoyar al dólar.

Esas alabanzas pasaron sin embargo por alto varios problemas intratables. Primero, miles y miles de millones de los contribuyentes, de aquí y del extranjero, se están dedicando a distorsionar los tipos de cambio del mercado. Segundo, dado que los tipos de cambio se están reforzando coactivamente, tales "éxitos" no pueden repetirse por mucho tiempo. ¿Cuánto tiempo aguantará la Fed hasta quedarse sin marcos y yenes con los que mantener al dólar? ¿Cuánto tiempo habrá de transcurrir hasta que Alemania, Japón y otros países se cansen de inflar sus monedas para mantener un dólar artificialmente alto?

Si el gobierno de Clinton persiste en intentar mantener un dólar artificialmente alto, aún a pesar de las consecuencias que de ello resultan, tendrá que hacer frente a la "escasez" que se producirá de marcos y yenes imponiendo controles cambiarios y racionando marcos y yenes a los ciudadanos estadounidenses.

Mientras tanto, ya ha brotado uno de los primeros frutos amargos del NAFTA. Al igual que todos los demás acuerdos modernos de "libre comercio", el NAFTA sirve como una vía alternativa para imponer internacionalmente regulaciones monetarias y para establecer tipos de cambio fijos por la puerta de atrás. Uno de los aspectos no publicitados del NAFTA es que constituye una acción conjunta de los gobiernos dirigida a reforzar los tipos de cambio de las monedas de cada uno de ellos. En la práctica, eso significa una sobrevaloración artificial del peso mexicano, que ha estado bajando mucho en el mercado, en respuesta a la inflación mexicana y a la inestabilidad política.

Así, en sus comienzos el NAFTA creaba un fondo de crédito "temporal" de 6.000 millones de dólares para ayudar a la sobrevaloración mutua de los tipos de cambio. Como el peso estaba bajando mucho, los gobiernos del NAFTA convirtieron el fondo de financiación en permanente y lo elevaron a 8.800 millones de dólares. Además, los tres países signatarios crearon un nuevo *North American Financial Group*, formado por sus Ministros de Finanzas y por los presidentes de sus Bancos Centrales, para "*supervisar las cuestiones económicas y financieras afectantes a los socios norteamericanos*".

Robert D. Hormats, vicepresidente de Goldman Sachs International, elogió el nuevo acuerdo como "*una progresión lógica de la cooperación comercial y de inversión entre los tres países hacia una mayor cooperación monetaria y fiscal*". Bueno, esa es una manera de verlo. Otra forma de verlo consiste en señalar que es un paso más, por parte del gobierno de los Estados Unidos, hacia arreglos que distorsionan los tipos de cambio, crean crisis monetarias y escasez y malgastan el dinero y los recursos económicos de los contribuyentes.

Lo peor de todo es que Estados Unidos está marchando inexorablemente hacia la regulación económica y la planificación protagonizadas por burocracias gubernamentales regionales, e incluso mundiales, no sujetas a ningún control y que no responden ante ninguno de los pueblos que a ellas están sometidos en tantas partes del mundo.

LA ECONOMÍA DE ALLENDE LAS FRONTERAS

89.- EL PROTECCIONISMO Y LA DESTRUCCIÓN DE LA PROSPERIDAD

El Proteccionismo, a menudo refutado y aparentemente abandonado, ha vuelto, y con lo ha hecho con fuerza. Los japoneses, que se recuperaron de las graves pérdidas padecidas en la Segunda Guerra Mundial y sorprendieron al mundo con productos innovadores y de alta calidad a precios bajos, están siendo blanco fácil de la propaganda proteccionista.

El recuerdo de la mítica época de la guerra prueba ser un brebaje embriagador cuando los proteccionistas advierten que este nuevo "*imperialismo japonés*“ es incluso "*peor que Pearl Harbor*". Este "imperialismo" consiste en vender a los norteamericanos maravillosos televisores, automóviles y microchips a precios más que competitivos en comparación con los de las empresas estadounidenses.

¿Es esa "avalancha" de productos japoneses realmente una amenaza que ha de ser combatida por el gobierno de Estados Unidos? ¿O es el nuevo Japón una bendición para los consumidores estadounidenses?

Al tomar posición sobre este tema, debemos reconocer que toda acción gubernamental significa coerción, de modo que exigir al gobierno de Estados Unidos que intervenga significa instarle a utilizar la fuerza y la violencia para restringir el comercio pacífico. Uno confía en que los proteccionistas no estén dispuestos a llevar su lógica de la fuerza hasta el extremo de provocar otro Hiroshima y otro Nagasaki.

89.1 NO PERDAMOS DE VISTA AL CONSUMIDOR

A medida que desentrañamos la enmarañada red de los argumentos proteccionistas, no debemos perder de vista dos aspectos fundamentales: (1) El Proteccionismo significa aplicar la fuerza para restringir el comercio; y (2) la clave es lo que le sucede al consumidor. Invariablemente veremos que los proteccionistas están dispuestos a paralizar, explotar e imponer severas pérdidas no sólo a los consumidores extranjeros sino en especial a los estadounidenses. Y puesto que todos y cada uno de nosotros somos consumidores, esto significa que el Proteccionismo está dispuesto a multarnos a todos en provecho de unos cuantos a los que privilegia y subsidia —que además son ineficientes: gente que no podría sobrevivir en un mercado libre y sin trabas —.

Tomemos, por ejemplo, la supuesta amenaza japonesa. Todo comercio es mutuamente beneficioso para ambas partes —en este caso para los productores japoneses y para los consumidores estadounidenses—, de lo contrario, no participarían en el intercambio. Al intentar detener ese comercio, los proteccionistas están intentando impedir que los consumidores estadounidenses puedan comprar productos japoneses baratos y de alta calidad y disfrutar de un alto nivel de vida. Al contrario, el gobierno nos fuerza a comprar los productos ineficientes y de mayor precio que ya hemos rechazado. En resumen, los productores ineficientes están intentando privarnos de todos los productos que deseamos para que tengamos que recurrir a sus ineficientes empresas. Hay que expoliar a los consumidores estadounidenses.

89.2 CÓMO CONSIDERAR LAS TARIFAS O LAS CUOTAS A LA IMPORTACIÓN

La mejor manera de considerar las tarifas o cuotas a la importación y otras restricciones proteccionistas es olvidarnos de las fronteras políticas. Los límites políticos de las naciones pueden ser importantes por otras razones pero no tienen ningún significado económico. Supongamos, por ejemplo, que cada uno de los Estados de Estados Unidos fuera una nación separada. Entonces oiríamos muchas quejas proteccionistas que ahora afortunadamente nos ahorramos. Imaginad las quejas de los grandes productores del sector textil de New York o de Rhode Island por la "injusta" competencia de la "mano de obra barata" de

varias empresas "extranjeras" de poca monta de Tennessee o de North Carolina o viceversa.

Afortunadamente, el absurdo de preocuparse por la balanza de pagos se hace evidente si se analiza el comercio interestatal. Porque nadie se preocupa de la balanza de pagos entre New York y New Jersey o, en este caso, entre Manhattan y Brooklyn, porque no hay funcionarios de aduanas que registren ese comercio y esos saldos.

Si pensamos en ello, se nos hace evidente que el hecho de que empresas de New York reclamen un arancel frente a las de North Carolina no es otra cosa que un simple atraco a los consumidores de New York (y a los de North Carolina), el descarado intento de unas empresas comerciales menos eficientes por conseguir un privilegio especial gracias a la coacción. Si los 50 Estados fueran naciones separadas, los proteccionistas podrían entonces engalanarse de patriotismo y utilizar la desconfianza hacia lo extranjero para camuflar y expoliar a los consumidores de su propio territorio.

Afortunadamente, las tarifas interestatales son inconstitucionales. Pero aún con esa clara barrera, e incluso sin poder envolverse en el manto del Nacionalismo, los proteccionistas han sido capaces de imponer tarifas interestatales de otra forma. Una parte del continuo empuje al alza del salario mínimo en la legislación federal obedece al deseo de imponer un plan proteccionista contra la competencia de los menores salarios y menores costos de la mano de obra de North Carolina y otros Estados del Sur frente a sus competidores de Nueva Inglaterra y New York.

Así, por ejemplo, durante la batalla que en 1966 se libró en el Congreso para aprobar un salario mínimo federal más alto, el difunto Senador Jacob Javits, Republicano por el Estado de New York (R-NY), admitió abiertamente que una de sus principales razones para apoyar el proyecto de ley era paralizar a los competidores del sur frente a las empresas textiles de New York. Como los salarios son por lo general más bajos en el sur que en el norte, las empresas a las que más afectará un aumento del salario mínimo (y los trabajadores más perjudicados por el desempleo) serán los del sur.

Otra de las vías utilizadas para imponer restricciones comerciales entre Estados ha sido al servicio de un concepto tan de moda como es el de la “seguridad“. Por ejemplo, cárteles organizados del sector lácteo del Estado de New York

impidieron la importación de leche de la cercana New Jersey bajo el patente y manifiestamente falso pretexto de que el transporte de la leche de New Jersey por el río Hudson la haría "insegura".

Si los aranceles y las restricciones al comercio son buenas para un país, entonces ¿Por qué no lo son también, de hecho, para un Estado o región? El principio es precisamente el mismo. En la primera gran depresión de Estados Unidos, el pánico de 1819, Detroit era una pequeña ciudad fronteriza de sólo unos pocos cientos de habitantes. Sin embargo, surgió un movimiento proteccionista —que afortunadamente no tuvo éxito— que reclamaba que se prohibieran todas las "importaciones", o sea la venta de productos procedentes de fuera de Detroit, y pedía a los ciudadanos que compraran solamente productos de Detroit. Si esta tontería se hubiera llevado a la práctica, la inanición general y la muerte habrían acabado con todos los demás problemas económicos de los habitantes de Detroit.

Entonces, ¿Por qué no restringimos e incluso prohibimos el comercio, que es lo mismo que "importar", a una ciudad, a un pueblo, a un barrio o, por llevar el argumento a su lógica conclusión, a una familia? ¿Por qué la familia Jones no puede acordar que en lo sucesivo ninguno de sus miembros pueda comprar bienes o servicios producidos fuera de ella? La inanición terminaría rápidamente con esta absurda pretensión de autosuficiencia.

Y sin embargo, tenemos que darnos cuenta de que este absurdo es inherente a la lógica del Proteccionismo. El Proteccionismo corriente es igualmente absurdo, pero la retórica del Nacionalismo y las fronteras nacionales ha podido ocultar este hecho vital.

El resultado es que el Proteccionismo no es sólo un disparate, sino un disparate peligroso, destructivo de toda prosperidad económica. Ya no somos, si alguna vez lo fuimos, un mundo de agricultores auto-suficientes. La economía de mercado es un vasto entramado que se extiende al mundo entero, en el que cada individuo, cada región, cada país, produce aquello en lo que destaca, en lo que es relativamente más eficiente e intercambia ese producto por los bienes y servicios de los demás. Sin la división del trabajo y el comercio que en él se sustenta, el mundo entero se moriría de hambre. Las forzadas restricciones comerciales —como el Proteccionismo— paralizan, distorsionan y destruyen el comercio, fuente de vida y prosperidad. El Proteccionismo simplemente declara

que los consumidores, al igual que la prosperidad general, han de resultar perjudicados para conferir un privilegio especial permanente a grupos de productores menos eficientes, a expensas de las empresas más competentes y de los consumidores. Pero es un tipo de rescate particularmente destructivo, porque encadena permanentemente al comercio bajo el manto del patriotismo.

89.3 LA NEGACIÓN DEL FERROCARRIL

El Proteccionismo también es particularmente destructivo porque valiéndose de medios coactivos causa un artificial aumento del costo del transporte entre regiones. Una de las grandes características de la Revolución Industrial, una de las vías por las que trajo prosperidad a las masas hambrientas, fue reduciendo drásticamente el costo del transporte. El desarrollo de los ferrocarriles a principios del siglo XIX supuso, por ejemplo, que por primera vez en la historia de la humanidad, las mercancías se podían transportar a bajo costo por tierra. Antes de eso, el agua —los ríos y los océanos— era el único medio de transporte económicamente viable. Al hacer que el transporte terrestre fuese accesible y barato, los ferrocarriles permitieron que el transporte terrestre interregional rompiera los costosos e ineficientes monopolios locales. El resultado fue una enorme mejora en el nivel de vida de todos los consumidores. Y lo que los proteccionistas quieren hacer es darle un hachazo a este maravilloso principio del progreso.

No es de extrañar que Frédéric Bastiat, el gran economista francés del *laissez-faire* de mediados del siglo XIX, dijera de los aranceles que eran "la negación del ferrocarril". Desde el punto de vista económico, los proteccionistas serían igual de destructivos si cortasen o bloquearan físicamente las vías férreas, las aerolíneas o las vías marítimas y nos obligaran a volver a los costosos transportes de antaño —a los senderos de montaña, a las balsas o a los barcos veleros—.

89.4 EL COMERCIO "JUSTO"

Pasemos ahora a examinar algunos de los principales argumentos proteccionistas. Tomemos, por ejemplo, la queja habitual del proteccionista que "*da la bienvenida a la competencia*" pero siempre que sea "*justa*". Cuando alguien empieza a hablar de "*competencia leal*" o, en general, de "*justicia*", ha llegado el

momento de poner atención en la cartera, porque nos la van a quitar. Porque la verdadera "justicia" es simplemente la que resulta de los términos voluntariamente pactados en un intercambio, de lo acordado mutuamente por comprador y vendedor. Como la mayor parte de los Escolásticos Medievales ya fueron capaces de descubrir: no hay un precio "justo" que no sea el precio de mercado.

Entonces, ¿Qué podría haber de "injusto" en el precio de un mercado libre? Una acusación proteccionista común es que es "injusto" que una empresa estadounidense compita con, digamos, una empresa taiwanesa que solamente tiene que pagar la mitad de los salarios de su competidora estadounidense. El gobierno de Estados Unidos está llamado a intervenir para "igualar" los salarios imponiendo un arancel equivalente a los productos taiwaneses. ¿Pero significa eso, acaso, que los consumidores nunca puedan ser clientes de empresas cuyos costos sean más bajos que los de sus ineficientes competidoras porque sería “injusto”? Este es el mismo argumento que una empresa de New York utilizaría para intentar parar a su competidora de North Carolina.

Lo que los proteccionistas no se molestan en explicar es por qué los salarios de los Estados Unidos son mucho más altos que los de Taiwán. No vienen impuestos por la Providencia. Los salarios son altos en Estados Unidos porque los empleadores estadounidenses los han subido. Como todos los demás precios de mercado, los salarios están determinadas por la oferta y la demanda, y el aumento de la demanda de los empleadores de Estados Unidos ha hecho que suban los salarios. ¿Qué determina esta demanda? La "productividad marginal" del trabajo.

La demanda de cualquier factor de producción, incluido el trabajo, está constituida por la productividad de ese factor, la cantidad de ingresos marginales que se espera que un trabajador, un kilo de cemento o un acre de tierra produzcan. Cuanto más productiva sea la fábrica, mayor será la demanda de los empleadores y mayor será el precio o salario que éstos estarán dispuestos a ofrecer. El trabajo estadounidense es más costoso que el taiwanés porque es mucho más productivo. ¿Qué lo hace productivo? Hasta cierto punto, la calidad relativa de su respectivo trabajo, su habilidad y su educación. Pero en su mayor parte, la diferencia no se debe a las cualidades personales de los propios trabajadores, sino al hecho de que el trabajador estadounidense, en general,

está equipado con más y mejores recursos de capital que sus homólogos taiwaneses. Cuanto mayor y mejor sea la inversión en capital por trabajador, mayor será la productividad por trabajador y, por lo tanto, mayor será su salario.

En resumen, si el salario estadounidense es el doble que el de los taiwaneses, es porque el trabajador americano está más capitalizado, está equipado con más y mejores herramientas y, por lo tanto, en promedio, es dos veces más productivo. En cierto sentido, supongo, no es "justo" que el trabajador estadounidense gane más que los taiwaneses, no por sus cualidades personales, sino porque los ahorradores e inversores le han proporcionado más herramientas. Pero los salarios vienen determinados no sólo por las cualidades personales, sino también por su escasez relativa y en Estados Unidos los trabajadores escasean mucho más que el capital mientras que en Taiwán ocurre justo lo contrario.

En otras palabras, el hecho de que los salarios estadounidenses sean en promedio el doble que los taiwaneses no hace que el costo de la mano de obra en Estados Unidos sea el doble que la de Taiwán. Dado que la mano de obra estadounidense es dos veces más productiva, esto significa que en Estados Unidos una tasa salarial del doble que la de Taiwan se ve compensada por su doble productividad, de modo que el costo de la mano de obra por unidad de producto en Estados Unidos y Taiwán tiende, en promedio, a ser el mismo. Una de las principales falacias proteccionistas es confundir el precio del trabajo (los salarios) con su costo, que también depende de su productividad relativa.

Por lo tanto, el problema que enfrentan los empleadores estadounidenses no es en realidad el de la "mano de obra barata" de Taiwán, porque una "mano de obra cara" en Estados Unidos es precisamente resultado de la competencia de los empleadores estadounidenses por la escasa oferta de mano de obra que tienen disponible. El problema al que se enfrenta el sector textil o las empresas de automoción estadounidenses menos eficientes no es tanto la mano de obra barata de Taiwán o de Japón, sino el hecho de que otros sectores de Estados Unidos son lo suficientemente eficientes como para permitirse el lujo de ofrecer salarios más altos.

Por lo tanto, al imponer aranceles y cuotas protectoras para salvar, rescatar y mantener en funcionamiento empresas menos eficientes en el sector textil o en el del automóvil o en el de fabricación de microchips, los proteccionistas no sólo están perjudicando al consumidor estadounidense. También están perjudicando

a las empresas e industrias estadounidenses que sí que son eficientes y que se ven impedidas de emplear esos recursos, porque los retienen otras empresas menos competentes, y que, de no existir ese estado de cosas, podrían expandir y vender sus competitivos productos tanto en el país como en el extranjero.

89.5 EL "DUMPING"

Otra línea contradictoria de ataque al libre mercado proteccionista afirma que el problema no es tanto el de los bajos costos de las empresas extranjeras, como la "injusticia" de que puedan vender sus productos "por debajo de sus costos" a los consumidores estadounidenses, la perniciosa y pecaminosa práctica del "dumping". Gracias al mismo, pueden competir con una injusta ventaja frente a las empresas estadounidenses que presumiblemente nunca se involucran en tales prácticas ya que éstas siempre se aseguran de que sus precios son lo suficientemente altos para cubrir sus costos. Pero si la venta por debajo de los costos es un arma tan poderosa, ¿Por qué no la utilizan las empresas del país?

Nuestra primera respuesta a esta acusación es, una vez más, que no hay que perder de vista a los consumidores en general y a los consumidores estadounidenses en particular. ¿Por qué debería ser una cuestión de la que los consumidores tengan que quejarse cuando claramente se benefician de ella? Supongamos, por ejemplo, que Sony está dispuesta a dañar a sus competidoras estadounidenses vendiendo televisores a los estadounidenses por un centavo cada uno. ¿No deberíamos alegrarnos de una política tan absurda de subsidio a los consumidores estadounidenses a costa de sufrir graves pérdidas? Y no debería ser nuestra respuesta: "*¡Vamos, Sony, subsidien-nos un poco más!*". En lo que se refiere a los consumidores, cuanto más "dumping" haya, mejor.

Pero ¿Qué pasa con las pobres compañías del sector audiovisual estadounidenses, cuyas ventas sufrirían mientras Sony estuviera dispuesta a prácticamente regalar sus juegos? Bueno, seguramente, la política sensata para RCA, Zenith, etc... sería parar la producción y las ventas hasta que Sony se declarase insolvente. Pero supongamos que lo peor sucede y RCA, Zenith, etc... van a la quiebra por la guerra de precios de Sony? Bien, en ese caso, los consumidores estaríamos mejor, ya que las fábricas de las empresas que quebraran, que aún existirían, serían adquiridas a precio de ganga en pública subasta e inversores estadounidenses podrían entrar en el negocio de la

Televisión y competir con Sony porque ahora podrían tener unos costos de capital mucho menores.

En efecto, durante décadas, quienes se oponen al libre mercado han afirmado que muchas empresas lograron la posición dominante que hoy tienen en el mercado gracias a lo que denominan "reducción predatoria de precios", es decir, vendiendo sus productos por debajo de costo hasta llevar a sus competidores más pequeños a la ruina para más tarde subirlos e imponer "precios de monopolio" a los consumidores con lo que se verían recompensados habiendo empleado métodos injustos. El argumento se ciñe al hecho de que aunque los consumidores puedan beneficiarse a corto plazo de las guerras de precios, del "dumping", y de que se les venda a precios por debajo de costo, pierden a largo plazo a consecuencia del supuesto monopolio. Pero, como hemos visto, la Teoría Económica demuestra que sería una tontería, las empresas que practicaran "dumping" perderían dinero y, en realidad, nunca podrían alcanzar un precio de monopolio. Y por supuesto, la investigación histórica no ha presentado un solo caso de una empresa que intentara imponer precios predatorios, y aún menos que tuviera éxito, y, realmente, ha habido muy pocos casos en los que se intentara siquiera.

Otra acusación afirma que las empresas japonesas u otras empresas extranjeras pueden permitirse el lujo de participar en el *dumping* porque sus gobiernos están dispuestos a subvencionar sus pérdidas. Pero, una vez más, tendríamos que aceptar una política tan absurda. Si el gobierno japonés está realmente dispuesto a gastar sus escasos recursos subvencionando las compras estadounidenses de productos Sony, ¡Tanto mejor! Su política sería tan autodestructiva como si las pérdidas fueran privadas.

Hay todavía otro problema con la acusación de "*dumping*", incluso cuando la hacen economistas u otros supuestos "expertos" que forman parte de comisiones paritarias sobre tarifas y de otras oficinas del gobierno. No hay manera de que observadores externos, ya sean economistas, hombres de negocios u otros expertos, puedan decidir cuáles pueden ser los "costos" de otras empresas. Los "costos" no son entidades objetivas que puedan ser medidas. Los costos son subjetivos para el empresario mismo, y varían continuamente, dependiendo del horizonte temporal del empresario o de la

etapa de producción o proceso de venta en la que se encuentre en un momento dado.

Supongamos, por ejemplo, que un comerciante de frutas ha comprado una caja de peras por 20 dólares, a un precio de 1 dólar por libra de peso. Basa sus expectativas y esperanzas en vender esas peras a 1,50 dólares la libra. Pero algo le ha pasado al mercado de las peras y le resulta imposible vender la mayor parte de sus peras a ese precio. De hecho, se encuentra con que ha de venderlas a cualquier precio que pueda conseguir antes de que maduren demasiado y se echen a perder. Supongamos que solamente puede vender sus existencias de peras a 70 centavos de dólar por libra. El observador externo podría decir que el comerciante de frutas ha vendido sus peras "por debajo de costo", quizás "injustamente", al estimar que los costos del distribuidor eran de 1 dólar la libra.

89.6 PROTEGER A LAS INDUSTRIAS DURANTE SU "INFANCIA"

Otra falacia proteccionista mantiene que el gobierno debe establecer temporalmente un arancel protector para ayudar o permitir que nazca y crezca una "industria" que está en su “infancia“. Luego, cuando ya se ha desarrollado, el gobierno tiene que eliminar el arancel y lanzar a la ahora "madura" industria para que se dé un baño de competencia.

La teoría es falaz, y esa política ha resultado desastrosa en la práctica. Porque no es más necesario que el gobierno proteja a una industria nueva y joven de la competencia extranjera que que la defienda de la competencia interna.

En las últimas décadas, industrias "infantiles" del sector de los plásticos, la televisión y la informática han funcionado muy bien sin esa protección. Cualquier subsidio gubernamental a una nueva industria destinará demasiados recursos a esa industria en comparación con las empresas más viejas y también dará lugar a distorsiones que pueden persistir y hacer que la empresa o la industria sean permanentemente ineficientes y vulnerables a la competencia. Como resultado, los aranceles a las "industrias infantiles" han tendido a hacerse permanentes, independientemente del grado de "madurez" alcanzado por la industria así protegida. Los proponentes de estas medidas cayeron en el error de aplicar una engañosa analogía biológica a los "infantes" que necesitan del cuidado de los adultos. Pero una empresa comercial no es una persona, ni joven ni madura.

89.7 LAS INDUSTRIAS MADURAS

En efecto, en los últimos años, industrias más maduras, que son notoriamente ineficientes, han estado utilizando lo que podría llamarse argumento de "industria madura" para reclamar medidas proteccionistas. Las industrias siderúrgica, de la automoción y otras industrias superadas por la competencia se han quejado de que "*necesitan un espacio para respirar*" para volver a equiparse y poder competir con los rivales extranjeros y que se les daría ese respiro estableciendo aranceles o cuotas a la importación durante unos años. Este argumento tiene tantos agujeros como el enfoque pueril de la infancia de la industria, excepto que será aún más difícil averiguar cuando ha mágicamente rejuvenecido una industria "madura". De hecho, la industria siderúrgica ha sido ineficiente desde su creación, y su edad cronológica parece que no tiene nada que ver. El primer movimiento proteccionista de Estados Unidos se inauguró en 1820, lo encabezó la industria del hierro de Pensilvania (más tarde del hierro y del acero), alimentada artificialmente por la Guerra de 1812, y ya estaba en grave peligro ante los mucho más eficientes competidores del exterior.

89.8 LA BALANZA DE PAGOS NO ES UN PROBLEMA

Un conjunto final de argumentos, o más bien alarmas, se centra en los misterios de la balanza de pagos. Los proteccionistas ponen el foco en el horror de que las importaciones estén por encima de las exportaciones, lo que implica que si las fuerzas del mercado continúan sin control, los estadounidenses comprarían todo en el extranjero y no venderían nada fuera con lo que los consumidores estadounidenses se cebarían mientras llevaban a la ruina permanente a las empresas estadounidenses. Pero si las exportaciones cayeran realmente a un lugar cercano a cero, ¿En qué parte del mundo obtendrían los norteamericanos dinero con el que comprar productos extranjeros? La balanza de pagos, como dijimos anteriormente, es un pseudo-problema creado por la existencia de estadísticas aduaneras.

En los días del patrón oro, un déficit de la balanza de pagos nacional fue un problema, pero sólo debido a la naturaleza del sistema bancario de reserva fraccionaria. Si los bancos estadounidenses, estimulados por la Fed o por los primitivos bancos centrales, inflaban la moneda y el crédito, la inflación estadounidense conducía a precios más altos en Estados Unidos, lo que

desalentaba las exportaciones y estimulaba las importaciones. El déficit resultante se tenía que pagar de alguna manera, y durante la era del patrón oro significaba que el saldo se tenía que pagar en oro, que era el dinero internacional. Así cuando el crédito bancario se expandía, el oro comenzaba a salir del país, lo que colocaba a la banca con reserva fraccionaria en una situación aún más inestable. Para hacer frente a la amenaza de solvencia que la salida del oro planteaba, los bancos finalmente se veían obligados a contraer su crédito, precipitando una recesión lo que revertía el déficit de la balanza de pagos y traía el oro de vuelta al país.

Pero ahora, en la era del dinero *fiduciario*, los déficits de la balanza de pagos carecen verdaderamente de sentido. Porque el oro ya no es un elemento de "equilibrio". En efecto, no hay déficit en la balanza de pagos. Es cierto que en los últimos años, las importaciones han sido mayores que las exportaciones en 150.000 millones de dólares anuales. Pero ningún oro salió del país. Tampoco los dólares "escaparon". El supuesto "déficit" fue cubierto por extranjeros que invirtieron la cantidad equivalente de dinero en dólares estadounidenses: en bienes raíces, bienes de capital, valores estadounidenses y cuentas bancarias.

En efecto, en el último par de años, los extranjeros han invertido buena parte de sus propios fondos en dólares lo que ha contribuido a mantener el dólar alto y ha permitido que los norteamericanos compremos más productos importados al ser éstos más baratos. En lugar de preocuparnos y quejarnos de este desarrollo, hemos de alegrarnos de que los inversores extranjeros estén dispuestos a financiar nuestras importaciones. El único problema es que esta bonanza está llegando a su fin y el dólar se está abaratando y las exportaciones encareciendo.

Concluimos que el conjunto de argumentos proteccionistas, muchos plausibles a primera vista, son realmente un tejido de falacias atroces. Evidencian una completa ignorancia del análisis económico más básico. De hecho, algunos de los argumentos son réplicas casi vergonzosas de las afirmaciones más ridículas del Mercantilismo del siglo XVII: como por ejemplo, que de alguna manera sea una calamidad que Estados Unidos tenga un déficit de balanza comercial, no en general, sino simplemente con un país específico, por ejemplo, con Japón.

¿Tenemos acaso que volver a aprender las refutaciones que se hicieron a los más sofisticados Mercantilistas del siglo XVIII: esto es, que los saldos con los países individuales se anularán mutuamente, y por lo tanto, que sólo tenemos que

ocuparnos del equilibrio general? (y eso a pesar de que tampoco el equilibrio general constituya ningún problema). Pero no es necesario que volvamos a leer la literatura económica para darnos cuenta de que el ímpetu del Proteccionismo no proviene de teorías absurdas, sino de quienes buscan gozar de un privilegio especial coaccionando y restringiendo el comercio a costa de los eficientes competidores y de los consumidores. En el grupo de intereses especiales que utilizan el proceso político para reprimir y saquear al resto de nosotros, los proteccionistas están entre los más venerables. Ya es hora de que nos los quitemos de encima de una vez por todas y de que los tratemos con la justa indignación que tanto merecen.

90.- EL "LIBRE COMERCIO" PUESTO EN PERSPECTIVA

No hay mejor momento para enterrar la verdad bajo una avalancha de propaganda mendaz como en año de elecciones presidenciales. Ya antes de que Patrick J. Buchanan entrase en la carrera presidencial, el gobierno de Bush, ayudado por su batallón de apologistas en los medios de comunicación, le atacó por ser un "proteccionista" opuesto a la devoción de Bush por el "libre comercio".

En efecto, hace décadas que los esoterismos del comercio internacional no han desempeñado un papel tan visible en las elecciones nacionales, tal vez desde el siglo XIX. La idea misma de un gobierno de Bush dedicado al libre comercio es evidentemente risible, su carácter marcadamente absurdo viene recalcado por el viaje a Asia del presidente acompañado por Lee Iacocca, crítico profesional anti-nipón muy bien pagado y groseramente ineficiente.

Es un hecho que durante años la Administración ha estado haciendo todo lo posible para evitar que el Japón nos venda coches de gran calidad y de precio moderado, al tiempo que quiere obligar a los desgraciados japoneses a comprar unos limones americanos que son demasiado caros y que además ellos no quieren comprar. ¿Es esto "libre comercio"? —ahora rebautizado por el presidente Bush como "comercio libre y justo"—. De hecho, todo el énfasis en los déficits comerciales entre dos países es una falacia de pesadilla ya desacreditada por los más sofisticados Mercantilistas del siglo XVII.

Sin embargo, además de esta patente duplicidad, generalmente se pasa por alto que la libertad de comercio es mucho más que su no obstrucción con aranceles

o cuotas a la importación. Lo que es aún más importante para que haya una genuina libertad de comercio es que éste no esté regulado y no esté subvencionado. Además del bofetón de los aranceles y las cuotas, la Administración Bush ha intensificado mucho las regulaciones sobre las empresas estadounidenses lo que les impide competir o producir eficientemente, ya sea en casa o en el extranjero. No sólo eso: esas prolijas regulaciones siempre se dice que son los logros de los que la Administración se siente más orgullosa —si no los únicos—: incluyendo las cuotas que imponen la Civil Rights Act (Ley de Derechos Civiles), la Clean Air Act (Ley de Aire Limpio) y la Americans with Disabilities Act (Ley de Estadounidenses con Discapacidades).

Pero cambiemos nuestro enfoque de la Administración Bush a los columnistas neo-conservadores que infestan los medios de comunicación y que dicen ser enemigos dedicados del Proteccionismo y defensores de la libertad de comercio pura y sin restricciones. Aquí están algunas de las políticas con las que estos defensores del "libre comercio" se entusiasman habitualmente:

1. Regiones o territorios de "libre comercio" regional, consagradas en el Tratado entre Estados Unidos y Canadá y en cualquier Tratado con México que al presidente se le ocurra. Se acepta alegremente que cualquier persona que se muestre escéptica ante tales Tratados es un proteccionista recalcitrante y descarado. Sin embargo, estos bloques regionales pueden ser peligrosos. Un ejemplo es la Comunidad Económica Europea (CE), muy valorada por los defensores del "libre comercio" como noble ejemplo de una vasta región en la que se practica el libre comercio. Y sin embargo, la realidad es exactamente la contraria.

Externamente, la CE hace uso de su poder para imponer, con carácter general, aranceles a las naciones de fuera del bloque. Pero incluso internamente, el resultado ha sido que se han incrementado las restricciones comerciales y las regulaciones dentro del bloque. Así, la CE ha estado construyendo un super-gobierno y una burocracia europea en Bruselas, lo que con frecuencia ha incrementado las regulaciones en toda la zona. Una medida perniciosa de la CE ha consistido en exigir a los países europeos que aún tenían impuestos bajos que los aumentasen para asegurarse de que en cada país se jugaba en el mismo "campo de juego justo y equitativo" que en los demás. De la misma manera, se han impuesto leyes de salario mínimo y otras medidas "sociales" perniciosas a

economías relativamente más libres dentro de la CE. La oposición de la Sra. Thatcher a la entrada de Gran Bretaña en la CE no era simplemente paranoia o resistencia ciega a la noble idea de una "nueva Europa".

Los mismos males pueden llevar a que en Estados Unidos se formen bloques comerciales regionales; y darle al presidente un cheque en blanco para que pueda negociar y prácticamente imponer un Tratado no es un presagio favorable para el futuro.

La cuestión esencial es que un auténtico libre comercio no requiere negociaciones, tratados, la creación de super-potencias o viajes promocionales de presidentes al extranjero. Todo lo que requiere es que Estados Unidos reduzca los aranceles y las cuotas, así como los impuestos y las regulaciones. Punto. Y sí, unilateralmente. Ninguna otra nación o gobierno ha de tomar parte en ello.

2. *Ayuda exterior.* Los neo-conservadores y los defensores del "libre comercio" de Bush son invariablemente firmes partidarios de que Estados Unidos participe en programas masivos de ayuda externa. Y, sin embargo, puesto que el auténtico libre comercio requiere un comercio no subsidiado, estos programas masivos de subsidios a la exportación constituyen una enorme interferencia con el libre comercio que nunca reconocen, y, menos aún, defienden estos presuntos adversarios del Proteccionismo.

Los argumentos a favor de la ayuda exterior siguen cambiando a lo largo de los años (desde la "reconstrucción" de Europa hasta detener la expansión del Comunismo, desarrollar el Tercer Mundo, la ayuda humanitaria en la lucha contra el hambre), pero a lo largo de sus variados giros y requiebros, la esencia del proceso sigue siendo la misma: una estafa sistemática en virtud de la cual el dinero de los contribuyentes norteamericanos es saqueado y entregado a los siguientes grupos: (1) a la burocracia del gobierno de los EE.UU., como comisión por gestionar el asunto; (2) al gobierno extranjero beneficiario cuya riqueza y poder se fortalece frente a sus propios y desafortunados súbditos; y (3) por último, a las empresas exportadoras de Estados Unidos y a las industrias en las que los gobiernos extranjeros necesariamente tienen que gastar los dólares que han sido antes robados.

Aparte de la cuestionable moralidad de que nos expolien a Usted, a mí, y a otros contribuyentes norteamericanos para subsidiar a las empresas exportadoras

estadounidenses y a sus banqueros, tenemos que considerar la enorme distorsión del comercio que este sistema conlleva.

3. Un dinero constituido por un papel moneda cartelizado a escala mundial. Un peligro mucho mayor para el comercio que un par de aranceles es el empuje aparentemente inexorable de todo el *Establishment* Keynesiano (de los Demócratas Keynesianos de la Izquierda a los Conservadores-Keynesianos de Bush y a los Neo-conservadores) en pos de la colaboración mundial y de la cartelización de los bancos centrales hasta instituir un gobierno económico mundial, con un banco central mundial que emita un papel moneda fiduciario mundial. El logro de este viejo sueño Keynesiano permitirá una inflación mundial, dirigida y controlada por un banco central mundial.

La unidad monetaria europea es únicamente el primer paso de dicho plan. Una vez más: la distorsión del comercio que impone el control mundial del dinero y de la banca es mucho más peligrosa que una tarifa o dos y es mucho menos fácil de eliminar.

A la hora de calibrar el grado de libre comercio o Proteccionismo de candidatos presidenciales como Pat Buchanan, del presidente Bush o del latente héroe Neo-conservador, Jack Kemp, hemos de tener en cuenta que, a diferencia de los otros dos, Buchanan es partidario de eliminar la ayuda exterior. Y si bien nunca se ha pronunciado sobre el plan de dinero *fiduciario* mundial, es seguro que, como "nacionalista económico" profeso que es, se opondría firmemente a eso también.

También podríamos considerar la respuesta de Buchanan frente a la acusación de Proteccionismo de George Will en el programa de televisión de Brinkley: "*Lo que tienes que hacer, George, es quitar impuestos y regulaciones a las empresas y a la industria y entonces Estados Unidos puede empezar a competir*". ¿Quién en la arena pública está más cerca del libre comercio que eso?

91.- EL MITO DEL TRATADO DE LIBRE COMERCIO DE AMÉRICA DEL NORTE (NAFTA)

Los estadounidenses —o al menos el *Establishment* Americano— pueden ser la gente más crédula de la tierra. Cuando Gorbachov trató de vender sus tímidas reformas como "Socialismo de mercado", sólo el *Establishment*

estadounidense aplaudió. El pueblo soviético habría descubierto inmediatamente la mentira y no se habría creído nada. Cuando el estalinista polaco Oskar Lange promocionó el "Socialismo de mercado" para Polonia, solamente gritaban hurras los economistas estadounidenses. El pueblo polaco de sobra conocía el resultado.

Parece que para convencer a ciertas personas de que algo es producto de la libre empresa basta con etiquetarlo con el término "de mercado" y es de este modo como nacen criaturas tan grotescas como los "socialistas de mercado". "La palabra "libertad", por supuesto, también es una palabra que engancha, y por ello otra manera de ganar adeptos en una época que exalta la retórica sobre la sustancia es simplemente decir que uno, o que su propuesta, son de "libre mercado" o de "libre comercio". A menudo con eso basta para engañar a los bobos.

Y así, entre los campeones del libre comercio, se supone que el título "Tratado de Libre Comercio de América del Norte" (NAFTA) merece recibir un respaldo incondicional. "Pero, ¿Cómo se puede estar en contra del libre comercio?" Es muy fácil. Los que nos han traído el NAFTA y presumen llamándolo "de libre comercio", son los mismos que llaman "inversión" al gasto público, "contribuciones" a los impuestos y "reducir el déficit" a subir los impuestos. No olvidemos que también los comunistas decían que su sistema traería la “libertad“.

En primer lugar, el auténtico libre comercio no requiere un tratado (o su primo deforme, el "acuerdo comercial", denominación que se atribuye al NAFTA para eludir el requisito constitucional de su aprobación por dos tercios del Senado). Si el *Establishment* realmente quiere libre comercio, lo único que tiene que hacer es derogar nuestros numerosos aranceles, cuotas a la importación, leyes anti-dumping y otras restricciones que Estados Unidos impone al comercio. Ninguna política exterior o maniobra extranjera es necesaria.

Cando el verdadero libre comercio surja algún día en el horizonte político, si es que algún día lo hace, seguro que lo notamos. El complejo formado por el gobierno, los medios de comunicación y las grandes empresas se opondría a él con uñas y dientes. Veríamos una serie de editoriales "advirtiéndonos" de la vuelta inminente del siglo XIX. Los expertos de los medios de comunicación y los

académicos echarían mano de todas las viejas patrañas contra el libre mercado,como el de que sin la "coordinación" del gobierno el mercado es explotador y anárquico. El *Establishment* reaccionaría contra la idea de instituir un verdadero libre comercio con el mismo entusiasmo con el que se opondría a la eliminación del impuesto sobre la renta.

La verdad es que desde el final de la Segunda Guerra Mundial las loas del "*Establishment* bipartidista" al "libre comercio" fomentan justamente lo contrario a una genuina libertad de intercambio. Las metas y tácticas del *Establishment* han sido consistentemente las del enemigo tradicional del libre comercio, la del "Mercantilismo" —el sistema impuesto por los Estados-nación de la Europa del siglo XVI al XVIII—. El infame viaje del presidente Bush a Japón fue sólo un ejemplo de ello: la política comercial como un sistema de continuas maniobras para intentar obligar a otros países a comprar más exportaciones estadounidenses.

Mientras que los verdaderos comerciantes libres miran los mercados libres y el comercio, doméstico o internacional, desde el punto de vista del consumidor (es decir, de todos nosotros), el Mercantilista, del siglo XVI o de hoy, mira el comercio desde el punto de vista de la élite del poder, desde la perspectiva de las grandes empresas ligadas al gobierno y que actúan en connivencia con éste. Los auténticos comerciantes libres consideran que las exportaciones son un medio de pago de las importaciones, de la misma manera que las mercancías en general se producen para ser vendidas a los consumidores. Pero los Mercantilistas quieren privilegiar a la élite empresarial del gobierno a expensas de todos los consumidores, ya sean nacionales o extranjeros.

Por ejemplo, en las negociaciones con Japón, ya las realizasen las Administraciones de Reagan, de Bush o de Clinton, el objetivo era forzar a Japón a comprar más productos estadounidenses, a cambio de lo cual, el gobierno estadounidense graciosamente, aunque a regañadientes, permitiría a los japoneses vender sus productos a los consumidores estadounidenses. Las importaciones son el precio que el gobierno paga para que otras naciones acepten nuestras exportaciones.

Otra característica fundamental de la política comercial del *Establishment* tras la Segunda Guerra Mundial, que se ha hecho en nombre del "libre comercio", es impulsar fuertes subsidios a las exportaciones. Un método favorito de subsidio

ha sido el muy querido sistema de ayuda exterior, que, bajo la cobertura de "*Reconstruir Europa ... Parar el Comunismo*" o *"extender la Democracia",* es un escándalo en virtud del cual los contribuyentes estadounidenses se ven obligados a subsidiar a las empresas e industrias exportadoras norteamericanas, así como a los gobiernos extranjeros que se unan a este sistema. NAFTA representa la continuación de ese sistema al ligar al gobierno de los Estados Unidos y a los contribuyentes estadounidenses a dicha causa.

Sin embargo, NAFTA es algo más que un acuerdo comercial de grandes empresas. Es parte de una dilatada campaña dirigida a integrar y cartelizar al gobierno con el fin de consolidar una economía mixta intervencionista. En Europa, la campaña culminó con el Tratado de Maastricht, el intento de imponer una moneda única y un Banco Central a Europa y obligar a sus economías relativamente libres a expandir sus respectivos Estados tanto en lo atinente a sus facultades reguladoras como en el campo asistencial del llamado 'Estado del Bienestar'.

En Estados Unidos, esto se ha hecho transfiriendo autoridad legislativa y judicial de los Estados y de las entidades locales al ejecutivo del gobierno federal. Las negociaciones del NAFTA han impulsado el sistema al centralizar el poder gubernamental en todo el continente, disminuyendo aún más la capacidad de los contribuyentes para obstaculizar las acciones de sus gobernantes.

Así, los cantos de sirena del NAFTA entonan la misma melodía seductora con la que los eurócratas socialistas han intentado conseguir que los europeos se rindan al super-Estatismo de la Comunidad Económica Europea: ¿No sería maravilloso que América del Norte fuera una vasta y poderosa unidad de "libre comercio" como Europa? La realidad es muy diferente: intervención y planificación socialista realizada por una comisión supranacional del NAFTA o por burócratas de Bruselas que no responden ante nadie.

Y así como Bruselas ha obligado a los países europeos con impuestos bajos a elevar sus impuestos hasta equipararlos a la media europea o a expandir su Estado del Bienestar en nombre de la "justicia", un "terreno de juego" nivelado y una "armonización al alza", también las comisiones NAFTA han de tener el poder de "armonizar al alza" y pisotear las leyes laborales y demás leyes de los Estados Americanos.

El representante comercial del presidente Clinton, Mickey Kantor, ha declarado públicamente que con el NAFTA "*ningún país del acuerdo podrá —jamás— reducir sus estándares ambientales*". Con NAFTA, no podremos revertir o revocar las normas medioambientales y laborales del Estado del Bienestar Porque el Tratado nos lo habrá impedido —para siempre jamás—.

En el mundo actual, como regla general y a falta de una gran Enmienda constitucional como la Enmienda Bricker, que podría haber aprobado el Congreso en la década de 1950 pero fue derribada por la Administración Eisenhower, es mejor oponerse a cualquier Tratado. Desgraciadamente, según la Constitución, todo Tratado se considera "*la ley suprema de la tierra*", y la Enmienda Bricker que habría impedido que cualquier Tratado se impusiera a cualesquiera derechos constitucionales que lo preexistieran no prosperó. Pero si hemos de ser cautelosos ante cualquier Tratado, hemos de oponernos especialmente a un Tratado que construye estructuras supranacionales, como hace el NAFTA.

El peor aspecto del NAFTA y de los acuerdos colaterales de Clinton, es que han convertido un desafortunado Tratado de Bush en un horror de Estatismo internacional. Tenemos que agradecer a los acuerdos paralelos la creación de las Comisiones supranacionales y su próxima "armonización al alza". Los acuerdos paralelos también impulsan el aspecto de la ayuda externa característico del falso "libre comercio" impulsado por el *Establishment*. Establecen que Estados Unidos tiene que gastar unos 20 mil millones de dólares en México para acometer una "limpieza medioambiental" a lo largo de la frontera entre los Estados Unidos y México. Además, Estados Unidos se ha comprometido, aunque lo ha hecho informalmente, a ingresar miles de millones de dólares en las arcas del gobierno mexicano a través del Banco Mundial cuando se firme el NAFTA.

Al igual que con cualquier política que beneficia al gobierno y a sus intereses conexos, el *Establishment* ha hecho todo lo posible en sus esfuerzos propagandísticos en nombre del NAFTA. Sus aliados intelectuales incluso han formado redes para respaldar la causa de la centralización del poder por el gobierno. Aunque el NAFTA fuese un Tratado digno, esa efusión de esfuerzos del gobierno y de sus amigos suscitaría sospechas.

El público sospecha con razón que este esfuerzo está relacionado con la enorme cantidad de dinero que el gobierno mexicano y sus aliados especiales están

gastando en intrigas para sacar adelante el NAFTA. Ese dinero es, por así decirlo, un anticipo de los 20.000 millones de dólares que los mexicanos esperan obtener de los contribuyentes estadounidenses una vez que dicho Tratado se apruebe.

Los partidarios de NAFTA dicen que tenemos que sacrificarnos para "salvar" al presidente mexicano Carlos Salinas y sus supuestamente maravillosas políticas de "libre mercado". Pero seguramente los estadounidenses están justamente hartos de hacer eternamente "sacrificios", de desangrarse por la yugular, en aras a ambiciosos objetivos extranjeros que nunca parece que les son de provecho. Si NAFTA muere, Salinas y su partido pueden caer. Pero lo que eso significa es que el vicioso gobierno uni-partidista del PRI (Partido Revolucionario Institucional) mexicano puede llegar a su fin después de muchas décadas de corrupción. ¿Qué hay de malo en eso? ¿Por qué debería semejante destino hacer que tiemblen nuestros campeones de la "Democracia global"?

Debemos mirar la supuesta nobleza de Carlos Salinas de la misma manera que miramos a la de los demás sucedáneos de héroe que nos presentó el *Establishment*. ¿Cuántos estadounidenses saben, por ejemplo, que bajo el Anexo 602.3 del Tratado NAFTA, el gobierno "de libre mercado" de Salinas se reserva para sí toda exploración y utilización, toda inversión y suministro, todo refinamiento y procesamiento, todo comercio, transporte y distribución de petróleo y gas natural ? En otras palabras, se prohíbe toda inversión y operación de origen privado en los sectores del petróleo y del gas en México. ¿Es éste el gobierno que los estadounidenses tienen que preservar y por el que tienen que sacrificarse?

La mayoría de los conservadores ingleses y alemanes son plenamente conscientes de los peligros de la Eurocracia de Bruselas-Maastricht. Comprenden que algo debe ir mal cuando personas e instituciones cuya existencia se dedica a promover el Estatismo de repente claman por la libertad. Los conservadores estadounidenses y los partidarios del libre mercado también deberían ser conscientes de los equivalentes peligros que encierra el NAFTA.

92.- ¿HAY VIDA DESPUÉS DEL TRATADO DE LIBRE COMERCIO ?

El gran historiador Charles A. Beard solía hablar del abismo vital entre "apariencia" y "realidad" que impregna nuestra política y nuestro sistema político. Raramente ese abismo ha sido tan llamativo y tan revelador como en la amarga e intensa lucha por el Tratado de Libre Comercio de América del Norte (NAFTA). Superficialmente, el NAFTA se ocupa de unos pocos aranceles que cubren una pequeña parte del comercio norteamericano. Entonces, ¿Por qué tanto alboroto? ¿Por qué la Administración Clinton eliminó todas las restricciones y omitiendo toda medida de precaución, se lanzó abierta y descaradamente a comprar votos en el Congreso? ¿Y porqué se unió todo el *Establishment* al completo: los Demócratas, los Republicanos, las grandes empresas, las grandes entidades financieras, los grandes conglomerados de medios de comunicación, los ex-presidentes y ex-secretarios de Estado, incluido el omnipresente Henry Kissinger, y por último, pero no por ello menos importante, los grandes economistas y premios Nobel? ¿Qué estaba pasando?

Quizás la actuación más impactante fue la de los autodenominados economistas, periódicos y grupos de expertos de libre mercado de Estados Unidos. Seguramente habría sido legítimo que, como respuesta a quienes denunciamos al NAFTA desde una perspectiva de libre comercio, dijeran: "*Sus preocupaciones son legítimas, pero tomadas en conjunto, pensamos que el NAFTA actuará más a favor del libre comercio que en contra del mismo*". Seguramente ese sería el comportamiento que uno esperaría de un economista de libre mercado a un colega que no estuviera de acuerdo con él sobre la cuestión. Pero con sólo una o dos excepciones, esa no fue la respuesta de las fuerzas del NAFTA.

Desde el momento en que Lew Rockwell presentó por primera vez el caso de libre mercado contra NAFTA en *Los Angeles Times* (19/10/1992), la reacción ha sido histérica. Considérese lo que sucedió cuando los excelentes analistas del *Competitive Enterprise Institute CEI* (Instituto de Empresas Competitivas), Jim Sheehan y Matt Hoffman, demostraron con minuciosos detalles que NAFTA era una burla Estatista del libre comercio. En lugar de ser persuadidos, o de considerar sobriamente sus puntos de vista, otros principales grupos de expertos pro libre mercado del Beltway [22] reaccionaron agresivamente, en un

22 La Interestatal 495 es una Autopista Interestatal de 64 millas de longitud que rodea la capital

tono más adecuado para una pelea política en vez de una discusión de ideas. Ejercieron una tremenda presión sobre el CEI, no sólo para suprimir el informe Sheehan-Hoffman, sino también para despedir a sus autores. Afortunadamente, Fred Smith, director del CEI, resistió firmemente esas presiones.

Entonces, ¿De qué iba todo ese frenesí, desde Clinton y Kissinger hasta los grupos de expertos del Beltway [23]? En efecto, no tenía que ver con el comercio, ciertamente no con el "libre" comercio. Como la Administración Clinton y sus ayudantes Republicanos subrayaron al acercarse las votaciones, la lucha versó sobre una cuestión de Política Exterior, sobre la política globalista que Estados Unidos persigue desde Woodrow Wilson y sin duda desde la Segunda Guerra Mundial. Se trataba del sueño Keynesiano del *Establishment* de un nuevo orden mundial. NAFTA era un paso vital en la ruta hacia ese orden.

Políticamente, ese orden significa que Estados Unidos está totalmente comprometido con una forma de gobierno mundial, en la que las fuerzas de "policía" de Estados Unidos dominan e imponen instituciones a su gusto en todo el mundo. Económicamente, significa un sistema global dedicado no al libre comercio, sino a un comercio y una producción cartelizados y dirigidos y una economía gobernada por una coalición oligárquica al servicio de un Gran Gobierno, grandes empresas, grandes empresas de comunicación y grandes intelectuales. En el vital frente monetario, el programa del Nuevo Orden Mundial pasa por cumplir el sueño Keynesiano: instituir un Banco Mundial de Reserva que emitiría a voluntad un papel moneda fiduciario a escala mundial y se aseguraría de que todos los países inflaran al unísono y disfrutaran de dinero fácil, sin que la moneda de unos países se inflara más que las demás produciendo con ello bajadas en sus tipos de cambio o la pérdida de sus respectivas reservas en moneda del sistema. La inflación coordinada internacionalmente de una única moneda mundial de tipo fiduciario es la meta keynesiana.

En cuanto a los *shibboleths* [24] sobre el "libre comercio", es una "libertad" estrictamente orwelliana. El concepto de "libre comercio" del *Establishment*, desde la Segunda Guerra Mundial, es exportación, subvencionada por los

estadounidense de Washington, D. C. y los suburbios de Maryland y Virginia.

23 Beltway: centro de Washington D.C. (N. del T.).

24 Shibboleth se refiere a cualquier uso de la lengua indicativo del origen social o regional de una persona, y de forma más amplia cualquier práctica que identifique a los miembros de un grupo, una especie de santo y seña.

contribuyentes. La idea es privilegiar las exportaciones estadounidenses, ya sea por medio de ayuda extranjera o mediante la inflación internacional, o sea dar más poder de compra a los extranjeros para que compren productos americanos. El *Establishment* mercantil norteamericano está dispuesto a aceptar las importaciones sólo como moneda de cambio para presionar a los extranjeros a comprar las exportaciones estadounidenses.

En las empresas norteamericanas, la lucha contra el NAFTA fue tanto una lucha de los exportadores, y los banqueros que los financian, como de las empresas que sufrían la competencia de las importaciones. Se trataba de una lucha que las empresas de orientación nacional, y los sindicatos que las apoyaban, estaban condenados a perder, ya que sus argumentos, al denunciar la competencia y la "pérdida de puestos de trabajo", claramente exigían un trato de favor y, desde el punto de vista económico, evidenciaban una profunda ignorancia. El resultado fue que los exportadores y sus financieros fueron encumbrados como sabios hombres de Estado y sus oponentes fueron presentados como estúpidos y estrechos de miras.

La verdad es que los exportadores eran simplemente más sofisticados y mejores estafadores; por un lado, tenían de su parte a educados economistas y a los auto-proclamados campeones del libre mercado. Bueno, los exportadores y sus banqueros tienen, y han tenido durante décadas, el dinero y el poder. Y, desgraciadamente, en este mundo, si tienen el dinero y el poder, con mucha frecuencia los grandes intelectuales y economistas y los campeones del libre mercado seguirán su estela.

La buena noticia, por otra parte, es que el NAFTA es sólo el comienzo de la lucha. El Nuevo Orden Mundial es un proyecto utópico. No sólo es Estatista y cartelista, sino opuesto al genuino libre comercio y a la libre empresa; choca con los intereses y la libertad de la gran mayoría del pueblo. Además, también se opone a los nacientes e imparables Nacionalismos que han despertado en todo el mundo tras el colapso del Comunismo y del imperio soviético. En general, el público de Estados Unidos y el de otras naciones, junto con los renascentes Nacionalismos, podrían bastar para detener el Nuevo Orden Mundial. Todo lo que se necesita son intelectuales y líderes que sean lo bastante valientes para decir la verdad.

La verdad puede hacernos libres; y el pánico de todo el *Establishment* en las semanas previas a NAFTA demuestra que saben con lo que van a encontrarse cuando la gente descubra su juego.

93.- “JUSTICIA” Y ATRACO SIDERÚRGICO [25].

Cada vez que alguien habla de "justicia", al norteamericano de a pie más le vale sujetarse la cartera. En cuanto aparecen grupos de presión social invocando razones de "justicia" sabemos que eso significa que a las empresas estadounidenses se les va a imponer la obligación de reservar determinadas cuotas a la hora de contratar personal o que van a tener que favorecer a una miríada de intereses especiales que han conseguido formar grupos organizados y llegar al oído de los políticos.

Cuando los empresarios hablan de "comercio justo" o "competencia leal", significa que están presionando al gobierno para que utilice la coacción para cartelizar su industria, restringir la producción, elevar los precios y permitir el florecimiento de prácticas ineficientes y poco competitivas.

En el mundo de los negocios, el otro, tu competidor, si es eficiente y está teniendo éxito y llevándose tu negocio, es por definición alguien que practica "competencia desleal" y emplea "prácticas comerciales desleales". Asímismo y por supuesto, por definición, esas restricciones nunca parecen aplicarse a las subvenciones que tú puedes estar recibiendo del gobierno o a esas políticas cartelizadoras que tú estás pidiendo.

De todas las industrias, la que ha estado lloriqueando continuamente y con más éxito para conseguir privilegios especiales del gobierno de Estados Unidos ha sido la del hierro y el acero. Desde 1969, la industria siderúrgica norteamericana, ante la nueva competencia de las empresas europeas —que por entonces ya se habían recuperado de los estragos de la Segunda Guerra Mundial—, presionó y recibió del gobierno de Estados Unidos un sistema de cuotas a la importación del acero, que restringió severamente las importaciones, hizo que subieran los precios del acero y causó repetidas escaseces a las fábricas estadounidenses que necesitaban acero. Esas cuotas a la importación del acero, defendidas y

25 El título del capítulo hace uso de un juego de palabras intraducible al español. En el texto inglés original es como sigue: “FAIRNESS” AND THE STEEL STEAL. *Steel* significa acero y *steal* robo (N. del T.).

aplicadas rigurosamente por el gobierno de Estados Unidos, recibieron la orwelliana denominación de "acuerdos de restricción voluntaria", a pesar de ser acuerdos alcanzados tras someter a los gobiernos extranjeros a fuertes presiones.

Siempre se suponía que esas cuotas de importación eran temporales, para permitir que las compañías siderúrgicas estadounidenses se recuperaran de las crisis que afirmaban haber sufrido, pero las cuotas, por supuesto, se renovaron. Finalmente, en la primavera de 1992, se permitió que desaparecieran, pero no por un ataque de fervor de libre comercio de la industria siderúrgica o de la Administración de "libre comercio" de Bush. Por el contrario, la industria del acero decidió que gracias a ellas habían captado gran parte del mercado y estaban dispuestos a sustituir el instrumento de protección utilizado cambiando las cuotas a la importación por aranceles más altos, ya que las cuotas ya ya no estaban dejando fuera a mucho acero extranjero.

El Departamento de Comercio de Bush decidió que una docena de países, México y principalmente las naciones europeas, estaban "injustamente" subsidiando sus propias industrias siderúrgicas, y que los aranceles contra ellos debían aumentar para compensar esa ventaja. El hecho de que las compañías siderúrgicas de Estados Unidos estuviesen fuertemente subvencionadas por el gobierno (por ejemplo, con préstamos especiales, subvenciones a fondo perdido para el desarrollo y garantías para pensiones) no entró en la ecuación. Los aranceles que gravan los distintos productos del acero tienen que aumentar ahora hasta en un 90 por ciento. El resultado será: mayores costos, producción restringida y mayores precios impuestos a una miríada de industrias estadounidenses que precisan productos siderúrgicos, en particular, a los fabricantes de electrodomésticos, a los de automóviles y a la construcción, lo que perjudicará al consumidor estadounidense y dañará la competitividad de la industria estadounidense en el país y en el extranjero.

Además, el Departamento de Comercio y la *International Trade Commission* (Comisión del Comercio Internacional), máximo responsable de la toma de decisiones del gobierno estadounidense, autorizarán aranceles aún más altos para compensar el supuesto "*dumping*" del acero ejercido por 20 países extranjeros que lo venden a precios inferiores a los que el gobierno estadounidense considera como su "justo valor de mercado" —en lenguaje llano

un "valor" establecido no por el mercado, pero lo suficientemente alto como para facilitar que empresas ineficientes de Estados Unidos puedan competir—.

Esto no es nada nuevo en la historia de la industria siderúrgica pues ésta ha sido una influencia perniciosa en la vida política estadounidense durante casi dos siglos. Durante la guerra de 1812, la industria americana del hierro, centrada en Pennsylvania, supo aprovechar la interrupción del comercio exterior causada por la guerra para expandir y ocupar el vacío que naturalmente habían dejado las importaciones procedentes de Inglaterra. Después de la guerra, sin embargo, las plantas siderúrgicas artificialmente sobre-dimensionadas e ineficaces de Pennsylvania no podían competir con las importaciones de Inglaterra. Ante esta situación, la industria del hierro de Pensilvania fundó el primer movimiento de masas nacional con el objetivo de reclamar un arancel protector encomendando la campaña de agitación al periódico e imprenta Matthew Carey de Filadelfia; Carey estaba particularmente interesado en un arancel protector contra las imprentas extranjeras. Un proyecto de ley para establecer una tarifa protectora fue presentado al Congreso por el Diputado y fabricante de hierro Henry Baldwin de Pittsburgh.

En la década de 1840, el Partido Demócrata nacional fue capaz de derrotar a los proteccionistas del norte y de restablecer el libre comercio. Durante la Guerra Civil, sin embargo, los Republicanos, que eran proteccionistas, consiguieron utilizar al Congreso, que estaba a la sazón virtualmente en manos de un solo partido, para impulsar todo su programa económico Nacionalista y Estatista, incluida la aprobación de aranceles protectores para la industria del hierro y el acero y para otras industrias manufactureras.

Encabezando las fuerzas proteccionistas y los Republicanos radicales se hallaba el congresista de Pensilvania Thaddeus Stevens, él mismo fabricante de hierro e interesado en aplastar a los Estados sureños que eran pro-libre comercio y anti-proteccionistas. Y todas las semanas en su salón de Filadelfia, el venerable economista Henry C. Carey, hijo de Matthew y él mismo fabricante de hierro, aleccionaba a la élite del poder de Pensilvania en sus "Veladas con Carey", sobre por qué se tenía que respaldar un dinero *fiduciario* y un greenback depreciado, así como implantar un arancel protector para el hierro y el acero. Carey mostró a los grandes prohombres Republicanos allí reunidos, a los siderúrgicos y a los propagandistas, que la inflación futura esperada se descuenta mucho antes en el

mercado de divisas que en las ventas nacionales, de modo que en un entorno inflacionario, el dólar se devaluará en los mercados de divisas antes de que la inflación le haga perder poder adquisitivo en el mercado interior. Mientras exista inflación, la depreciación del dólar actuará como un segundo "arancel", alentando las exportaciones y desalentando las importaciones.

Los argumentos empleados por la industria siderúrgica difieren de un siglo a otro. En el siglo XIX, su favorito era el de que se trataba de "una industria que estaba en su infancia": ¿Cómo puede una industria nueva, joven, débil y que lucha por sobrevivir como la de Estados Unidos, competir con la sólida, madura y bien establecida industria del hierro de Inglaterra sin protegerla, al menos durante unos pocos años, hasta que el bebé del acero sea lo suficientemente fuerte como para ponerse en pie?

Por supuesto, la "infancia" para los proteccionistas nunca acababa y el período "temporal" de apoyo se prolongó por siempre. En la era posterior a la Segunda Guerra Mundial, de hecho, los propagandistas del acero, cambiando sus falsas metáforas biológicas, estaban empleando lo que equivalía a un "argumento de la industria senescente": que la industria siderúrgica americana estaba envejecida y chirriaba, necesitaba que se le diera un "respiro" de unos años para rejuvenecerse y equiparse con utillaje moderno.

Un argumento es tan falaz como el otro. En realidad, la protección es un subsidio a los ineficientes y tiende a perpetuarse y a agravar la ineficiencia, sea la industria joven, madura o "vieja". Una tarifa o cuota protectora proporciona un refugio para que la ineficiencia y la mala gestión se multipliquen, los costos sean excesivos y se hagan concesiones a los sindicatos del sector. El resultado es una industria que nunca es competitiva. De hecho, la industria siderúrgica estadounidense siempre ha estado rezagada y se ha mostrado lenta a la hora de adoptar innovaciones tecnológicas —como el proceso Bessemer del siglo XIX o el proceso de oxigenación del siglo XX—. Sólo la exposición a la competencia puede hacer que una empresa o una industria sean competitivas.

En cuanto a los precios "injustamente" bajos o *dumping*, es un disparate absurdo inventado por empresas estadounidenses superadas por sus competidoras. Porque si un país extranjero fuera tan tonto como para dedicarse a esta práctica, deberíamos apresurarnos y aprovecharla en lugar de penalizarla. Supongamos, por ejemplo, que México, por algún capricho, decide hacernos "*dumping*" con su

acero, regalándolo o cobrando por él un precio nominal de un centavo la tonelada. En vez de prohibir ese regalo, los compradores estadounidenses deberían aplaudir —en este caso los fabricantes que compran acero— y apresurarse a comprar esas gangas mientras duren. Hasta que llegue el inevitable día en que México vaya a la quiebra y cambie esa estúpida política, los compradores y los consumidores estadounidenses disfrutarán de gangas. El "*dumping*" sólo puede dañar a quien lo hace; siempre beneficia al que pretende perjudicar.

94.- LA CRUZADA CONTRA SUDÁFRICA

Durante muchos años, las universidades de Estados Unidos han estado sumidas en la apatía política. Se supone que se ha vuelto a los valores de la década de los años cincuenta (del siglo pasado) y que los estudiantes se centran en sus estudios y no parecen estar interesados en las causas sociales o políticas.

Pero ahora, de repente, empieza a parecer una repetición del período de finales de los años sesenta: manifestaciones, pancartas e incluso sentadas en los campus. El tema es el *apartheid* en Sudáfrica, y la campaña espera acabar con él presionando a los colegios y a las Universidades para que no sigan invirtiendo en Sudáfrica. La coacción contra Sudáfrica también se está persiguiendo en el frente legislativo, incluída una propuesta de embargo a ese país así como otra dirigida a prohibir la importación de *Krugerrands*.

Nadie me gana en aborrecer el sistema del *apartheid*, pero nunca se debe olvidar que el camino al infierno está pavimentado de buenas intenciones. Las buenas intenciones apenas bastan y siempre hemos de tener cuidado de que al tratar de hacer el bien, no hagamos, en cambio, daño.

El objetivo de la nueva cruzada es supuestamente el de ayudar a los negros oprimidos de Sudáfrica. Pero ¿Cuál sería el impacto de la desinversión estadounidense?

La demanda de trabajadores negros en Sudáfrica disminuiría y el resultado sería la pérdida de empleos y la disminución de los salarios de la población oprimida de ese país. No sólo eso: es probable que las empresas estadounidenses se encuentren entre los empleadores que pagan más altos salarios de toda Sudáfrica, por lo que el impacto sobre los salarios de los negros y sobre sus

condiciones laborales sería particularmente duro. En definitiva: el grupo que más tratamos de ayudar por nuestra intervención bien intencionada será precisamente el que más perderá. Como en tantas otras ocasiones, queriendo hacer el bien a alguien acabamos causándole un mal.

El mismo resultado producirían las demás medidas legislativas contra Sudáfrica. La prohibición de los *Krugerrands*, por ejemplo, perjudicaría, en primer lugar, a los trabajadores negros de la industria minera del oro. Y así sucesivamente.

Supongo que las manifestaciones y la cruzada contra el *apartheid* proporcionan a los socialistas norteamericanos una bella pátina de rectitud moral. ¿Pero realmente han reflexionado sobre las consecuencias? Algunos líderes negros americanos empiezan a hacerlo. Un portavoz de la *National Urban League* (Liga Urbana Nacional) reconoce que "*no estamos a favor de la desinversión… creemos que los trabajadores serán los perjudicados*". Y Ted Adams, director ejecutivo de la *National Association of Blacks Within Government* (Asociación Nacional de Negros en el Gobierno), advierte que la desinversión "*afectaría duramente a la gente negra*", y podría terminar "*tirando al Bebé con el agua del baño*".

Pero otros líderes negros adoptan un punto de vista más severo. Un portavoz del Alcalde de Chicago, Harold Washington, admite "*una cierta preocupación de que el efecto más inmediato de la desinversión pueda ser sentido por los propios trabajadores*", pero luego agrega, en una nota curiosa: "*eso nunca es una excusa para no actuar*". Michelle Kourouma, directora Ejecutiva de la *National Conference of Black Mayors* (Conferencia Nacional de Alcaldes Negros), exhibe una posición más dura al decir que: "*¿Cómo podría empeorar? No tenemos nada que perder y todo que ganar: la libertad*".

El profundo error se encuentra en el erróneo empleo de la palabra "nosotros", un término colectivo que abarca una multitud de pecados. Desafortunadamente, no es la Sra. Kourouma o el Sr. Washington o ningún socialista estadounidense quienes pueden verse perjudicados por la desinversión; sólo los negros de Sudáfrica.

De hecho, es demasiado fácil para los izquierdistas estadounidenses con empleos seguros y bien remunerados y con la libertad que tienen en Estados Unidos, decirles a los negros de Sudáfrica: "*Vamos a hacer que te sacrifiques por tu bien*". Es dudoso que los negros de Sudáfrica reaccionen con el mismo entusiasmo. Desgraciadamente no tienen nada que decir sobre la cuestión; una

vez más, el destino de sus vidas es el de ser peones en los juegos políticos de otras personas.

¿Cómo podemos en Estados Unidos ayudar a los negros sudafricanos? No hay manera de que podamos terminar con el sistema del *apartheid*. Pero una cosa que podemos hacer es exactamente lo contrario de lo que propone el errado consejo de nuestros cruzados.

Durante los días del boicot nacional a la uva, el economista Angus Black escribió que la única manera de que los consumidores ayudasen a los trabajadores de la uva de California era comprando toda la uva que pudieran, aumentando así la demanda de uva y aumentando el salario de los trabajadores de la uva y el empleo en el sector.

Del mismo modo, lo único que podemos hacer es alentar tanto como sea posible la inversión estadounidense en Sudáfrica y la importación de *Krugerrands*. De esta manera, los salarios y el empleo, en trabajos relativamente bien remunerados, mejorarán para los trabajadores negros.

El capitalismo de libre mercado es un maravilloso antídoto contra el racismo. En un mercado libre, los patrones que rechazan emplear a trabajadores negros productivos están perjudicando sus propios beneficios y la posición competitiva de su empresa. Sólo cuando el Estado interviene, el gobierno puede socializar los costos del racismo y establecer un sistema de apartheid.

La expansión del capitalismo en Sudáfrica hará mucho más para acabar con el *apartheid* que las fútiles y contraproducentes medidas de postureo de la izquierda estadounidense, más preocupada en obtener el aplauso o la atención favorable de los medios o de los espectadores que en favorecer los intereses de los verdaderamente afectados.

95.- ¿SON LOS DIAMANTES DE VERDAD PARA SIEMPRE?

El cártel internacional del diamante, el cártel más exitoso de la historia, mucho más exitoso que la demonizada Organización de Países Exportadores de Petróleo (OPEP), está por fin pasando por tiempos difíciles. Durante más de un siglo, la poderosa *DeBeers Consolidated Mines*, una corporación sudafricana controlada por el *Rothschild Bank* de Londres, ha

logrado organizar el cártel, restringir la oferta de diamantes y ha conseguido hacer que suba su precio muy por encima del que tendría en el mercado.

No es sólo que las minas de *DeBeers* acaparen la mayor parte de la producción mundial de diamante; *DeBeers* ha persuadido a las empresas del sector de la minería del diamante que aún existen en el mundo para que comercialicen prácticamente todos sus diamantes a través de la *DeBeers's Central Selling Organization* (OCV), que se encarga de certificar la calidad, distribuir y vender todos los diamantes en bruto a las empresas dedicadas a su corte y talla y a los distribuidores que ocupan el siguiente escalón de la cadena que llega hasta el consumidor.

Pero, por supuesto, ni siquiera un incontestable cártel controla totalmente su precio ni su mercado; también él depende de la demanda de los consumidores. Una de las razones por las que los precios de los diamantes y los beneficios están cayendo es la actual recesión mundial. La demanda mundial, y en particular la demanda de diamantes de los consumidores estadounidenses, ha caído drásticamente, los consumidores están comprando menos diamantes y están optando por comprar gemas más económicas, lo que, por supuesto, perjudica particularmente al mercado de piedras más caras.

¿Pero cómo es que existe semejante cártel y opera con cierto éxito en un mercado libre? La teoría económica y la historia nos dicen que el mantenimiento de un cártel, durante cualquier período de tiempo, es casi imposible en un mercado libre, ya que las empresas que restringen su oferta son cuestionadas por otros miembros del cártel que secretamente recortan sus precios para ampliar su participación en el mercado así como por nuevos productores que entran en la liza atraídos por los mayores beneficios alcanzados por los cartelistas. Entonces, ¿Cómo podría *DeBeers* mantener un cártel tan floreciente, que dura ya más de un siglo, en un mercado libre?

La respuesta es simple: el mercado no ha sido en realidad un mercado verdaderamente libre. En particular, en Sudáfrica, el principal centro de producción mundial de diamantes, no ha habido ninguna libre empresa dedicada a la extracción de diamantes. Hace mucho tiempo el gobierno nacionalizó todas las minas de diamantes y cualquiera que encuentre una mina de diamantes en su propiedad descubre que la mina se convierte inmediatamente en propiedad del gobierno. El Estado sudafricano da permisos a

quienes desean explotarlas para lo que han de arrendárselas al propio Estado y, lo que sucedió, lo único que pasó, es que los únicos autorizados fueron la propia *DeBeers* y otras firmas que estaban dispuestas a jugar con las reglas del cártel *DeBeers*. En resumen: el cártel internacional del diamante sólo se mantuvo y solamente ha prosperado gracias al respaldo recibido del gobierno sudafricano.

Y se impuso con fuerza: porque había severas sanciones contra los mineros independientes y los comerciantes que intentasen producir diamantes "ilegales", a pesar de proceder de minas que fueron antes propiedad privada. El gobierno sudafricano ha invertido considerables recursos en adquirir embarcaciones que patrullan constantemente la costa, disparando y deteniendo a los supuestamente dañinos "contrabandistas" de diamantes.

En la era pre-Gorbachov, se anunció que Rusia había descubierto considerables yacimientos diamantíferos. Durante un tiempo, DeBeers y los cartelistas recelaban de que los rusos rompieran el cartel internacional del diamante vendiendo su producción en el mercado abierto, en el extranjero. Sin embargo, no duró mucho. El gobierno soviético, como monopolista profesional que es, se felicitó de haber alcanzado un acuerdo con *DeBeers* por el que Rusia vendería sus diamantes a través de la OCV y recibiría a cambio una asignación por su aportación.

Pero ahora, tanto la OCV como DeBeers tienen problemas. El problema no es sólo la recesión; la estructura misma del cártel está en juego, con el problema que les ha planteado otro país africano: Angola. No es que el gobierno comunista (o antes comunista, y ahora cuasi-comunista) se niegue a cooperar con el cártel. Siempre lo ha hecho. El problema es triple. En primer lugar, a pesar de que la Guerra Civil angoleña ha terminado, los resultados han dejado al gobierno sin poder para controlar la mayor parte del país. En segundo lugar, el fin de la guerra ha dado acceso al río Kwango, en el norte de Angola, a prospectores independientes, un territorio rico en diamantes. Y en tercer lugar, la sequía africana ha secado el Kwango y a otros ríos, dejando a los ansiosos buscadores fácil acceso a los ricos depósitos de diamantes aluviales del lecho y de las orillas del río.

Con yacimientos de diamantes disponibles, sin guerra y con un gobierno central incapaz de defender el cártel, 50.000 buscadores se han infiltrado en el valle del Kwango de Angola. Además, los buscadores están protegidos por un ejército

privado de soldados angoleños desmovilizados pero armados. Como un broker de Johannesburgo señaló: "*Si un avión sobrevuela la provincia, puede ser derribado por un misil. Y es un río de 100 millas. No se puede vallar*".

Hasta ahora, *DeBeers* se ha mantenido a flote comprando el "excedente" provocado por la afluencia de diamantes de Angola; este año, el cártel podría verse obligado a comprar no menos de 500 millones de dólares en diamantes "ilegales" de Angola, dos veces la producción oficial de ese país. En consecuencia, *DeBeers* está sufriendo grandes pérdidas y, Julian Ogilvie Thompson, el arrogante y aristocrático presidente de *DeBeers*, se ha visto obligado a anunciar que la compañía iba a recortar su dividendo por segunda vez desde la Segunda Guerra Mundial. Inmediatamente, sus acciones se desplomaron a un tercio de su anterior cotización, arrastrando consigo a gran parte de la Bolsa de Valores de Johannesburgo.

En conjunto, en 1992, la OCV de DeBeers tuvo que comprar 4.800 millones de dólares de diamantes en bruto, mientras que solo pudo vender diamantes por valor de 3.500 millones de dólares. El gran inventario acumulado podría romper los precios del cártel. Para evitar un desastre tan obvio, DeBeers ordenó a los miembros del cártel reducir en un 25 por ciento la cantidad de diamante que ya se habían comprometido a comercializar a través del cártel. Un recorte tan grande despeja el escenario para que empresas individuales saquen sus reservas al mercado y esquiven las restricciones del cártel. No es de extrañar que Sir Harry Oppenheimer, el octogenario jefe de *DeBeers*, decidiera irse de "vacaciones" a Rusia a finales de agosto, presumiblemente para persuadir a los rusos para que resistieran a cualquier tentación de abrir a la libre competencia el mercado de diamantes. Con suerte, sin embargo, las fuerzas de la libre competencia —y los consumidores de diamantes del mundo— pueden triunfar.

96.- A VUELTAS CON EL PRECIO DEL PETRÓLEO

A veces tenemos la impresión de que en Economía todo nuestro aparato educativo: los innumerables cursos, estudiantes, profesores, libros de texto, respaldado —en el caso del precio del petróleo— por diez años de experiencia en los años setenta, es una enorme pérdida de tiempo. Ciertamente, así parece cuando reflexionamos sobre la reacción casi universal a la crisis de Kuwait.

Cuando Iraq invadió Kuwait el 2 de agosto de 1990 y la Administración Bush organizó apresuradamente un embargo petrolero y una acción militar para intentar restaurar el Emirato hereditario, los precios de la gasolina, al por mayor y al por menor, comenzaron a subir de inmediato. En dos días, los aumentos en el precio de la gasolina en todo el país oscilaron entre 4 y 17 centavos por galón. Inmediatamente, se desencadenó la histeria.

Dondequiera que uno mirase —expertos de los medios de comunicación, prensa financiera, consumidores profesionales, políticos de todos los partidos, público en general e incluso de algunos integrantes de la industria petrolera— la reacción fue unánime. Los aumentos de precios eran inaceptables, un "*robo urdido y protagonizado por las grandes empresas petroleras*" que habían "*inflado los precios*" y la causa era más que evidente: "*una ilimitada avaricia*".

No contentas con haber "profanado" prístinas playas de aguas azules con sus descontrolados vertidos, las grandes petroleras, en palabras de Edwin Rothschild (cuyas declaraciones se pudieron ver en todas las televisiones como director de Política Energética de la *Citizen Action de Ralph Nader* que a la sazón era), habían iniciado una "*huelga preventiva: estaban haciendo a los consumidores estadounidenses lo que Saddam Hussein a Kuwait*". Los distintos gobiernos, el federal, los de los Estados y los gobiernos locales iniciaron rápidamente investigaciones sobre la manipulación de los precios. El senador Stevens (Republicano por Arkansas) ominosamente pronosticó "*colas en las gasolineras en Navidades*" y el senador Lieberman (Demócrata-Cincinatti), líder de los halcones anti-petróleo del Senado, declaró que "*no hay absolutamente ninguna razón por la que los consumidores ya tengan que estar pagando más por el petróleo y el gas... Eso tiene que terminar*".

En estas circunstancias, Atlantic Richfield Co. (ARCO) anunció rápidamente una congelación de una semana en los precios de la gasolina y otras compañías petroleras hablaron de aplicar congelaciones "voluntarias" de precios.

Estamos, una vez más, inmersos en farragosas falacias económicas. Comencemos con la "codicia". No hay absolutamente ninguna evidencia de que las grandes empresas petroleras sean más codiciosas que las pequeñas, o que las empresas petroleras sean más codiciosas que cualquier otra empresa. Es aún menos probable que los empresarios petroleros, grandes o pequeños, sufran súbitamente un intenso y monumental ataque de codicia el 2 de agosto.

De hecho, la fijación de los precios de mercado no es un acto de voluntad de los vendedores. Los hombres de negocios no determinan sus precios de venta sobre la base de si se sienten codiciosos o "responsables" esa mañana. Todo el aparato de la Teoría Económica, construido a lo largo de los siglos, se dedica a demostrar una gran verdad: que los precios son establecidos únicamente por la demanda de los compradores (cuánto de un bien o servicio comprarán a cualquier precio) y por la oferta o existencias del bien o servicio en cuestión.

El precio de "equilibrio del mercado" es aquél en el que se igualan la oferta y la demanda; al precio de mercado, la oferta de un bien será exactamente igual a la cantidad del bien que la gente está dispuesta a comprar o tener. Si aumenta la demanda de ese bien, las compras hacen que suba su precio; si la oferta aumenta, el precio baja. Los demandantes son consumidores, cuyas compras están determinadas por el valor que asignan a las mercancías y por varios productores o empresarios, cuyas demandas vienen determinadas por la cantidad que esperan que los consumidores paguen por el producto final que ellos ofrecen. La producción actual, y por lo tanto la oferta futura, se determinará por lo que los empresarios esperan que los consumidores estén dispuestos a pagar en el futuro por el producto final.

Cuando Iraq invadió Kuwait, personas conocedoras del mercado petrolero pronosticaron pronta y comprensiblemente una futura caída en la oferta de petróleo (de hecho, tan pronto como Iraq empezó a desplegar tropas en la frontera de Kuwait unas semanas antes de la invasión, los precios del crudo comenzaron a aumentar bruscamente, en espera de una posible invasión). Las acciones del mercado, por ejemplo, la acumulación de petróleo, no son en absoluto mecanicistas: son función de lo que las personas conocedoras del mercado anticipan que pasará.

Lejos de ser perturbador o "excesivo", este tipo de demanda especulativa desempeña una importante función económica. Si la gente actuase mecánicamente y no anticipase el futuro, un corte en el suministro del petróleo de Oriente Medio perturbaría a la economía al causar una caída repentina de la oferta y una enorme subida de precios. La anticipación especulativa suaviza esa volatilidad haciendo que los precios suban más gradualmente; entonces si se corta bruscamente el suministro, los especuladores pueden descargar sus reservas de petróleo o de gasolina obteniendo una ganancia, haciendo así que

bajen los precios y queden por debajo del que habrían alcanzado en otro caso. En resumen, los especuladores, anticipando el futuro, ayudan a suavizar las fluctuaciones y a asignar el petróleo o cualquier otra mercancía a sus usos más valorados en cada momento.

El público en general, los expertos en los medios de comunicación, políticos e incluso algunos hombres de negocios, parecen tener en la cabeza un modelo mecanicista, de precios "justos" construidos como costo más margen. Está bien, reconocen, que cada empresario pague sus costos de producción y agregue un margen "razonable"; pero cualquier precio más allá de eso es moralmente condenado como "codicia" excesiva. Pero el costo de producción no tiene influencia directa en el precio; los precios sólo son determinados por la oferta y la demanda.

Supongamos, por ejemplo, que el maná del cielo, un producto sumamente valioso, cae sobre algún pedazo de tierra en New Jersey. El maná (muy escaso y útil) cobrará un alto precio aunque su "costo" para el terrateniente sea cero (o se limite a los costos de dar publicidad al hallazgo y de vender el producto). No hay margen de beneficio garantizado en un mercado libre. Un empresario puede encontrar que sólo puede vender su producto por debajo de sus costos y por lo tanto sufrir pérdidas; o que puede vender por encima de los costos y disfrutar de un beneficio. Cuanto mejor pronostica, más ganancias obtiene. De hecho, en eso consiste el emprendimiento y nuestro sistema de pérdidas y ganancias.

Las ideas tienen consecuencias; y el peligro es que repitamos las calamidades de principios y finales de los setenta. Entonces también, los elevados precios (causados por los actuales y anticipados recortes de suministro) fueron tratados como un fracaso moral por parte de los petroleros y combatidos con controles de precios máximos impuestos por el gobierno.

Imponer controles para parar un aumento de precios es como querer curar la fiebre haciendo que baje el mercurio del termómetro. Es operar sobre los síntomas en lugar de sobre las causas. Como resultado, los controles no detienen los aumentos de precios; crean escasez que padecen los consumidores, malas asignaciones e impulsan subidas de precios en el mercado negro. Los consumidores terminan mucho peor que estaban antes. Las colas en las gasolineras y la escasez tanto de principios como de finales de los setenta fueron causadas por los controles de precios; esas colas desaparecieron como por arte

de magia tan pronto como se permitió que los precios de la gasolina subieran para equilibrar el mercado nivelando la demanda y la oferta.

Si los políticos y los expertos se salen con la suya, puede haber colas en las gasolineras en Navidad; pero ellos serán la causa y no las pequeñas ni las grandes empresas petroleras.

97.- ¿A QUÉ VIENE LA INTERVENCIÓN EN ARABIA?

En medio del alboroto casi universal por la decisión del presidente Bush de intervenir masivamente en la Península Arábiga, algunos observadores serios han puesto el foco en la llamativa falta de claridad de objetivos estratégicos de Bush: ¿Es el de defender a Arabia Saudí? (si es que dicho reino está realmente bajo ataque) ¿Sacar a Iraq de Kuwait para restaurar lo que Bush ha llamado extrañamente el "gobierno legítimo" de Kuwait? (¿Convertido en "legítimo" en virtud de qué proceso?) ¿El de deponer o asesinar a Saddam Hussein? (¿Y reemplazarlo con quién o con qué?) ¿O se trata de alfombrar con bombas Iraq hasta devolverlo a la Edad de Piedra?

Sin embargo, ha habido aún menos discusión sobre una cuestión aún más enigmática, una pregunta un poco diferente: ¿Por qué, exactamente, estamos de repente en Arabia Saudí? ¿A qué viene tanta histeria? ¿Por qué se ha producido el mayor despliegue militar desde Vietnam y se ha situado a casi todo nuestro ejército, nuestra fuerza aérea, nuestra marina, al cuerpo de infantería de marina y a una fracción de nuestras reservas en un punto del globo donde Estados Unidos no tiene ninguna obligación derivada de Tratado alguno?

(1) El argumento: chico grande, chico pequeño. Lo que es desconcertante para algunos de nosotros es muy claro para el General H. Norman Schwarzkopf, comandante de las fuerzas estadounidenses en la *Operation Desert Shield* (Operación Escudo del Desierto). Molesto ante las muchas preguntas de los periodistas, el General respondió: "*¿No leen Ustedes los periódicos? Todo el mundo sabe por qué estamos aquí. Un tipo grande pegó a uno más pequeño y estamos aquí para detenerlo*". El General estaba obviamente utilizando la metáfora de la Acción Policial. Un tipo grande está pegando a otro más pequeño y el policía de la esquina interviene para poner fin a la agresión.

Lamentablemente, en un análisis posterior, la metáfora de la Acción Policial plantea muchas más preguntas de las que responde. Aparte del problema obvio:

¿Por qué Estados Unidos es el auto-proclamado policía internacional? Los policías, cuando ven al malo huir y perderse en el vecindario, no rodean el barrio con enormes fuerzas y matan de hambre a todo el mundo para capturarlo. Y aún menos, bombardean la zona esperando que el malo muera en los bombardeos. Los policías actúan sobre el principio esencial de que los civiles inocentes no deben morir ni ser el blanco en sus intentos de detener a los culpables.

Otro punto fundamental: los gobiernos no se parecen a los individuos. Si un tipo grande agrede a otro más pequeño, el agresor está vulnerando derechos de su víctima: a su persona y a su propiedad. Pero no se puede suponer que los gobiernos sean individuos inocentes que poseen legítimos derechos de propiedad sobre su territorio. Las fronteras del gobierno no son adquisiciones productivas, al igual que la propiedad privada. Son casi siempre el resultado de agresiones y coacciones anteriores por parte de los gobiernos que comparten esa frontera. No podemos suponer que cada Estado existente tiene un derecho absoluto a "poseer" o controlar todo el territorio delimitado por unas fronteras que son, por lo general, arbitrarias.

Otro problema con el supuesto principio de que el gendarme estadounidense defiende todas las fronteras, sobre todo, las de los pequeños Estados: ¿Qué hay de la invasión de Panamá protagonizada por el Gran Gobierno de Estados Unidos hace poco tiempo? ¿Quién puede poner las esposas a Estados Unidos? La réplica habitual fue que Estados Unidos estaba "restaurando" las elecciones libres en Panamá. Una forma extraña de justificar la intervención contra Iraq, sin embargo, ya que Kuwait y Arabia Saudí son cada una de ellas oligarquías reales absolutistas que están en el polo más alejado posible de la "Democracia" o de "elecciones libres".

(2) Saddam Hussein es un hombre muy malo: "El Carnicero de Bagdad". Sin duda, pero también lo fue cuando era nuestro galante aliado contra la terrible amenaza que los fanáticos chiíes de Irán suponían para el Golfo Pérsico. Los fanáticos chiítas siguen allí, por cierto, pero ellos, al igual que el dictador de Siria, Hafez Assad, el Carnicero de Hama —parecen haberse transformado mágicamente en nuestros galantes aliados contra Saddam Hussein—.

(3) Algún día (dentro de tres años, aunque es más probable que lo consiga en diez), Saddam Hussein podría tener armas nucleares. ¿Y qué? Estados Unidos tiene muchas armas nucleares, resultado de su última Guerra Fría con la URSS,

que también tiene muchas armas nucleares, y las tuvieron durante las décadas que fueron nuestro enemigo Implacable. Entonces, ¿Por qué hay ahora más histeria contra Saddam que la hubo nunca contra la Unión Soviética? Además, Israel ha tenido armas nucleares durante mucho tiempo, y la India y Paquistán que están a punto de enzarzarse en una guerra sobre Cachemira, y ambos países tienen armas nucleares. Entonces, ¿Por qué no nos preocupamos por ello?

El recurso a altos principios tampoco ofrece una explicación coherente de la intervención estadounidense que pueda tener éxito. Por ello, muchos observadores se han dedicado a buscar una explicación económica.

(4) La Guerra del Petróleo. Sadam Hussein, al invadir Kuwait y amenazar al resto de Arabia, plantea el peligro, como expresó una persona de los medios, de convertirse en "*el rey mundial del petróleo*". Pero en esa explicación del petróleo se ha presentado invariablemente a Estados Unidos como defensor del consumidor estadounidense frente al astronómico aumento de los precios del petróleo impulsado por Iraq.

Sin embargo, una vez más, hay muchos problemas en esa explicación del precio del petróleo. El mismo *Establishment* que ahora se preocupa porque los altos precios del petróleo puedan ser una "amenaza al estilo de vida americano", mostró calma y fortaleza cuando la OPEP decidió cuadruplicar los precios del petróleo a principios de los años setenta, en un momento en el que éramos mucho más dependientes del petróleo del Golfo que ahora. ¿Por qué Estados Unidos no invadió entonces Arabia Saudí para bajar el precio del petróleo? Si hay tanta preocupación por el consumidor ¿Por qué tantos políticos quieren añadir un gravamen de 50 centavos por galón al precio de la gasolina?

Efectivamente, es evidente que el poder de la OPEP, como el de todos los cárteles, está estrictamente limitado por la demanda de los consumidores y que su poder de elevar el precio del petróleo es mucho menor que en los años setenta. Las mejores estimaciones son que Saddam Hussein, aún si conquistara todo el Golfo, no podría hacer que subiera el precio del petróleo por encima de los 25 dólares por barril. ¡Pero Estados Unidos, con su embargo, bloqueo y amenazas continuas de guerra, ya ha logrado elevar el precio del crudo a 40 dólares el barril!

De hecho, sería más plausible suponer que el objetivo de la intervención masiva de Bush ha sido hacer que suba el precio del petróleo, no bajarlo. Y teniendo en cuenta la visita del Vicepresidente Bush a Arabia Saudí específicamente para exhortarles a subir los precios, sus conexiones de largo tiempo con el petróleo de Texas y con las grandes empresas petroleras en general, así como la depresión de Texas en los últimos años, este pálpito empieza a parecer demasiado creíble.

Pero la explicación más probable de la intervención de Bush no se ha planteado en absoluto. Este enfoque no se centra en el precio del petróleo, sino en su oferta, y específicamente en los beneficios que se obtendrán de esa oferta. Sin duda, como ha subrayado Joe Sobran, Saddam no tiene la intención de controlar el petróleo para destruir su oferta o a los clientes del mundo que esperan comprar ese petróleo.

Rockefeller y otras grandes compañías petroleras occidentales han tenido vínculos íntimos con las monarquías absolutas de Kuwait y Arabia Saudí desde los años treinta. Durante esa década y durante la Segunda Guerra Mundial, el rey Ibn Saud de Arabia Saudí concedió el monopolio sobre todo el petróleo bajo su dominio a la empresa Aramco que controlaba Rockefeller, mientras que los 30 millones de dólares a pagar por el canón concesional los pagaba el contribuyente de Estados Unidos.

El Export-Import Bank, bajo la influencia de Rockefeller, pagó 25 millones de dólares a Ibn Saud para construir un ferrocarril de recreo desde su palacio principal y el presidente Roosevelt comprometió secretamente 165 millones de dólares para que Aramco construyera conducciones en toda Arabia Saudí. Además, se obligó al ejército estadounidense a construir un aeródromo y una base militar en Dhahran, cerca de los campos petrolíferos de Aramco, después de lo cual la base multimillonaria fue entregada gratuitamente a Ibn Saud.

Es cierto que Aramco fue poco a poco "nacionalizado" por la monarquía saudí durante la década de 1970, pero eso supuso simplemente un cambio en los términos de esa acogedora asociación: más de la mitad del petróleo saudí se siguió sirviendo al antiguo consorcio Aramco como corporación de gestión para su venta al mundo exterior. Por otra parte, una empresa de Rockefeller, la Mobil Oil, además de ser una parte clave de Aramco, se ha embarcado en dos grandes empresas conjuntas con el gobierno Saudita: construir una refinería de petróleo

y un complejo petroquímico que cuestan más de mil millones de dólares cada uno.

Había que construir oleoductos y refinerías y, desde el principio, la Standard Oil de California (ahora Chevron), parte de Aramco, trajo a Arabia Saudí a su socio de larga tiempo, Bechtel, para que los construyese. La bien conectada Bechtel (que ha proporcionado al gobierno federal a los secretarios del gabinete George Schultz y Casper Weinberger) ahora está ocupada en la construcción de Jubail, una nueva ciudad industrial de 20 mil millones de dólares en el Golfo Pérsico, así como varios otros grandes proyectos en Arabia Saudí.

En cuanto a Kuwait, en la década de 1930, su Emir entregó una concesión petrolera monopolista a la Kuwait Oil Co., una sociedad de la Gulf Oil y de British Petroleum, y, hoy, la inmensamente rica familia Sabah, que gobierna en Kuwait, es propietaria de gran parte de British Petroleum y también mantiene enormes, y más que bienvenidos, depósitos en el Chase Manhattan y en el Citibank, ambos bajo la órbita Rockefeller.

Iraq, por otra parte, ha sido durante mucho tiempo un país petrolero descarriado, en el sentido de estar fuera de la esfera Rockefeller-Wall Street. Así cuando el 2 de agosto llegó la crisis, los grandes bancos de Wall Street, incluyendo al Chase Manhattan y al Citibank, dijeron a los periodistas que prácticamente no tenían préstamos pendientes con Iraq ni tenían depósitos Iraquíes.

Por lo tanto, bien puede ser que la guerra de Bush sea una guerra por el petróleo, pero no en el sentido de una heroica batalla por un petróleo barato para el consumidor estadounidense. George Bush, antes de ascender a la Vicepresidencia, era miembro del comité ejecutivo de la poderosa Comisión Trilateral de David Rockefeller. La propia compañía de exploración petrolera de Bush, Zapata, fue financiada por la familia Rockefeller. Así que esta Guerra del Petróleo puede en cambio ser un esfuerzo menos que noble realizado para controlar Oriente Medio al servicio de Rockefeller.

98.- UN VIAJE A POLONIA

En marzo de 1986 pasé una semana fascinante durante la que asistí a una conferencia que se celebró en un hotel de la localidad de Mrogowo, en la región de los lagos, al norte de Polonia (antes Prusia Oriental). La

conferencia, un amplio simposio sobre "Economía y Cambio Social", fue organizada por el Instituto de Sociología de la Universidad de Varsovia y patrocinada por un grupo inglés formado por simpatizantes y miembros del Partido Conservador y académicos pro libre mercado.

A pesar de que económicamente, como señaló uno de los participantes occidentales, Polonia es una "enorme barriada marginal" y una oscura decadencia se hace evidente en sus campos y en sus pequeños pueblos y ciudades, esta nación galante es intelectualmente la más libre del bloque oriental. No hay otro país en la órbita soviética en el que pueda celebrarse una conferencia de este tipo.

La única restricción era que los títulos de los artículos que se anunciaran tenían que ser ideológicamente neutrales. Pero, una vez que la conferencia cumplía esa exigencia particular y la reunión era aprobada por las autoridades, cualquiera podía decir —y decía— lo que quería (en mi caso, resumí el título de mi artículo, para que fuera como sigue: "Conceptos sobre el rol de los intelectuales en el cambio social hacia el laissez-faire", omitiendo discretamente las tres últimas palabras, aunque el contenido real de la charla siguió siendo el mismo).

El primer artículo de la conferencia fue presentado por el profesor Antony Flew, un distinguido filósofo inglés, a quien no hay cosa que le agrade más que burlarse —con inteligencia y sabiduría— de la Izquierda. Flew no fue criticado por destacar la importancia y necesidad de los derechos de propiedad y de un mercado libre. Lo fascinante fue que ningún polaco arqueó siquiera una ceja y ningún académico polaco allí presente reaccionó con horror. Todo lo contrario. Y resultó enormemente inspirador ver como 20 profesores polacos denunciaban al gobierno, aunque era obvio para cada uno de nosotros que éste había enviado a un agente para que escuchara atentamente cuanto allí se dijera (el agente —nuestro guía turístico y director del viaje— era obviamente muy inteligente y era consciente de lo que estaba pasando).

Entre los polacos había libertarios, centristas y hasta Marxistas disidentes, pero era evidente que ninguno de ellos simpatizaba con el régimen comunista. Además de oponerse al Comunismo, ninguno de los académicos polacos asistentes a la conferencia simpatizaba con gobierno alguno. Uno me dijo, "*por supuesto, que cualquier acto de gobierno se hace porque proporciona poder y*

riqueza a los funcionarios del gobierno y no por el interés público, el bien común, el bienestar general o cualquier otra de las razones que se alegan".

"*Sí*", dije, "*pero la propaganda del gobierno siempre dice que realizan esas acciones por el bien común, etc...*" El profesor polaco me miró con curiosidad: "*¿Quién cree en la propaganda del gobierno?*" Le respondí que "*por desgracia en Estados Unidos mucha gente cree en la propaganda del gobierno*". Y él no lo podía creer.

Los profesores polacos tenían muy buen nivel de inglés, una virtud en la que lamentablemente nosotros, los occidentales, no podíamos estar a la recíproca. Sin embargo, se desarrolló una verdadera camaradería. Una divertida diferencia de cultura fueron los camareros polacos de nuestro hotel (lo que se consideraba entonces como un "hotel de lujo" en Polonia era aproximadamente equivalente a un motel interestatal de bajo nivel en Estados Unidos) que tenían que lidiar con los "niños" de la conferencia, dos jóvenes estudiantes ingleses que eran vegetarianos recalcitrantes. Polonia es una tierra con un consumo per cápita de carne muy alto (los comunistas nunca colectivizaron la agricultura), pero donde la carne está ahora racionada y para los camareros polacos era incomprensible que dos jóvenes privilegiados occidentales pidieran más verduras al tiempo que rechazaban carne de cerdo y de vacuno de primera calidad. Afortunadamente, siempre había un profesor polaco cerca que podía servir como intérprete para esas extravagantes demandas.

El momento más emotivo de la reunión fue en el banquete de la noche final, cuando el sociólogo inglés que dirigió la conferencia, después de agradecer a nuestros anfitriones polacos, levantó una copa y ofreció un brindis sincero por "una Polonia libre, soberana y católica". Cada uno de nosotros comprendió su intención, y todos los que nos hallábamos en esa sala, protestantes y no creyentes, levantamos nuestra copa y bebimos con fervor. Incluido el agente del gobierno.

99.- EL PERÚ Y EL MERCADO LIBRE

Los medios de comunicación estadounidenses lo habían calificado como el que iba a salvar al Perú de la hiperinflación y de los peligros representados, de un lado, por el actual régimen socialista de García y, de otro, por los fanáticos guerrilleros de corte maoísta autodenominados "Sendero

Luminoso". Mario Vargas Llosa, alto, aristócrata, eminente novelista vanguardista y ex-izquierdista, se postulaba para la presidencia del Perú.

Vargas Llosa, proclamaban los medios de comunicación, no era un político profesional y con su programa de libre mercado tenía inevitablemente que ganar. Sin embargo, en las elecciones presidenciales de abril, en las que se esperaba que Vargas barriera y en las que las encuestas de opinión pública pronosticaban que se produciría un corrimiento de tierras, la burbuja se desinfló. Un candidato presidencial desconocido, Alberto Fujimori, un tendero de Lima, que se presentaba virtualmente sin dinero, pasó de tener un respaldo insignificante en encuestas anteriores a un empate virtual con Vargas Llosa por el primer puesto. Fujimori ahora podía ganar la segunda vuelta. ¿Qué pasó exactamente en el tránsito del Perú a ese paraíso de libre mercado?

Vargas Llosa había sido convertido al mercado libre por el notable economista Hernando de Soto, cuya obra más vendida, *"El otro sendero. La respuesta económica al terrorismo (1986)"* [26], no sólo reclamaba un mercado libre, sino que abogaba por un auténtico libre mercado del "pueblo" basado en empresarios privados, en contraste con las desafortunadas experiencias del capitalismo de Estado del Perú (y de otros países latinoamericanos) que favorece a ciertos contratistas y monopolistas privilegiados. En la primera parte de la campaña presidencial del año pasado, De Soto fue uno de los principales asesores de Vargas. Pero de Soto pronto rompió con Vargas, denunciándolo por venderse al mismo capitalismo de Estado que De Soto había estado denunciando tantos años.

El cambio experimentado por Vargas fue el principio de sus problemas. Sus políticas de capitalismo de Estado agravaban el hecho de que Vargas Llosa pertenecía a la acaudalada minoría de raza blanca de ascendencia europea —los criollos (aproximadamente 2,8 millones de una población peruana de 20 millones de habitantes, en su mayoría india y mixta)— que son los terratenientes y los capitalistas de Estado del Perú y que por ello son detestados cordialmente por el resto de la población. Mientras Vargas Llosa se rodeaba de criollos ricos, estaba visiblemente incómodo haciendo campaña en los distritos indios.

Vargas selló su condena al abrazar las políticas de "libre mercado", "anti-inflacionistas" del nuevo presidente brasileño, Fernando Collor de Mello. Su

26 en coautoría con Enrique Ghersi S. y Mario Ghibellini H.

"tratamiento de choque de libre mercado" para la economía brasileña había sido ampliamente publicitado como una técnica sana, aunque radical, de "hombre fuerte" para terminar con la inflación acelerada en ese país.

La política de De Mello bien puede ser un "tratamiento de choque", pero va mucho más allá que cualquier tratamiento de choque administrado por un mercado libre. Aunque hay algunos planes para eliminar controles y para privatizar en el programa de De Mello, en su mayor parte ese tratamiento de choque es flagrantemente Estatista ya que incluye un aumento masivo de impuestos y, en particular, un programa deflacionista draconiano que congelaría durante muchos meses todas las cuentas bancarias y que con ello contraería de repente la oferta monetaria brasileña en un 80 por ciento.

Se ha acusado frecuentemente a los economistas austriacos de ser unos "deflacionistas" deprimentes por no estar dispuestos a rescatar a la banca con reservas fraccionarias cuando es insolvente (incluyendo a las Cajas de Ahorro, las *Savings and Loan* Norteamericanas). Pero esta contracción no es nada comparada con esa arbitraria deflación de un 80 por ciento propuesta por De Mello. Lejos de ser una política de libre mercado, la política brasileña supone, primero, realizar una masiva impresión de dinero, gastar luego ese dinero recién creado, con lo que aumentarán drásticamente los precios, y, después, en proclamar que la cura consiste en confiscar la mayor parte de ese dinero. En suma, el gobierno brasileño ha dado a la economía del país una enorme y letal paliza con doble pegada. Al prometer al Perú el mismo trato que De Mello acababa de darle al Brasil, no es de extrañar que los votantes peruanos se alejaran de Vargas en masa. Mientras, Fujimori se colaba rápidamente, presentándose como alguien de fuera. Al ser miembro de la pequeña pero respetada comunidad japonesa-peruana de 55.000 habitantes, Fujimori se encontró con que los indios del país lo abrazaban como compañero étnico oprimido por la odiada élite gobernante criolla.

Los primeros japoneses fueron importados al Perú a finales del siglo XIX para trabajar como esclavos en las plantaciones costoras de azúcar. Los japoneses, sin embargo, se rebelaron en cuestión de semanas y se trasladaron a Lima, donde ahora se encuentran. Los padres de Fujimori emigraron a Lima a mediados de la década de 1930 donde junto a otros japoneses crearon cientos de pequeños negocios que tuvieron éxito.

Después de Pearl Harbor, el gobierno de Estados Unidos presionó al Perú para que entrara en guerra con Japón, confiscara negocios japoneses, incluyendo la tienda de reparaciones de neumáticos de Fujimori y enviara a casi 1.500 japoneses a internamiento en Estados Unidos. Por ello los incas peruanos abrazaron a Fujimori como un compañero, como alguien que no era de raza blanca que se alzaba contra los criollos. El hecho de que la madre inmigrante de Fujimori no hablase español funcionó en su provecho con las masas incaicas, que tampoco hablan español; el español es el idioma de Vargas Llosa y de los conquistadores criollos.

Fujimori, con una campaña popular, sin el respaldo de las clases acomodadas, aprovechó este sentimiento favorable. Por otra parte, su lema de campaña: "Trabajo, Honestidad, Tecnología", aunque un poco vago, recordaba los tres preceptos clave de la ley incaica: no seas perezoso, no robes, no mientas. Fujimori también prometió a los peruanos algo mucho más concreto: que traería una masiva inversión privada japonesa. Mientras esto escribo, la carrera ya ha comenzado. Si Vargas pierde, será porque se lo merece.

100.- ¿UN PATRÓN ORO PARA RUSIA?

En su afán por desocializar, en 1989 los soviéticos convocaron a economistas y científicos políticos occidentales —para intentar absorber la sabiduría del capitalismo yendo a sus fuentes—. En esa búsqueda de respuestas, estuvieron ausentes los ilustres estudiosos Marxistas tanto norteamericanos como europeos ya que no fueron invitados. Habiendo sufrido bajo el Socialismo durante generaciones, los soviéticos y los europeos del Este ya habían tenido suficiente Marxismo; para nada necesitaban que ingenuos occidentales que nunca habían tenido que vivir bajo su ideal Marxista vinieran a aleccionarles sobre las bondades del Marxismo.

Uno de los intercambios más fascinantes tuvo lugar en una entrevista en Moscú entre un representante del Gosbank soviético (el equivalente aproximado del Banco Central de Rusia) y Wayne Angell, un gobernador del Banco de la Reserva Federal en los Estados Unidos. Un extracto de la entrevista, que se ha de publicar en el periódico soviético Izvestia, fue publicado en el *Wall Street Journal*.

El hombre de Gosbank quedó asombrado al oir al Sr. Angell recomendar encarecidamente la inmediata vuelta de la Rusia soviética al patrón oro. Además,

no a un falso patrón oro como el propugnado por los Monetaristas (*supply-siders*), sino a uno genuino. Como dijo Angell, "*lo primero que debe hacer su gobierno es definir su unidad monetaria de cuenta, el rublo, en términos de un peso fijo de oro y hacerla convertible a ese peso a los ciudadanos soviéticos, así como al resto del Mundo*".

No es que el hombre de Gosbank no estuviera familiarizado con el patrón oro; era sólo que había embebido la sabiduría occidental convencional de que el patrón oro sólo se restauraría en algún punto indistinto en el futuro lejano, después de que todos los demás males económicos hubieran sido perfectamente resueltos. El experto financiero soviético preguntó a Angell, ¿Por qué razón lo primero que debemos hacer es restaurar el patrón oro ?

Wayne Angell procedió a una explicación convincente de la importancia de un pronto retorno al oro. El rublo, señaló, está acabado; no tiene credibilidad en ninguna parte. Ha sido sistemáticamente depreciado, inflado y muy sobrevalorado por las autoridades soviéticas. Por lo tanto, ni siquiera la convertibilidad del rublo en dólares o marcos es suficiente para el rublo. Para ganar credibilidad, para convertirse en un dinero realmente sólido, explicó Angell, el rublo debe convertirse en lo que, con notable candor, llamó "dinero honesto".

"*Es mi creencia*", continuó Angell, "*que sin un dinero honesto, no se puede esperar que los ciudadanos soviéticos respondan a las reformas*", mientras que un "*rublo respaldado por oro sería visto como un dinero honesto en el país e inmediatamente se convertiría en moneda convertible internacionalmente*".

Con el rublo respaldado sólidamente por el oro, el temible problema de la devaluación del rublo se eliminaría. El pueblo soviético ansíaba deshacerse de unos rublos que cada vez valían menos y lo hacían en cuanto había bienes de consumo disponibles. Pero con patrón oro, la demanda de rublos se fortalecería mucho y los soviéticos podrían esperar hasta cambiarlos por más bienes de consumo o por productos occidentales. Y aumentaría la producción ya que los trabajadores y productores soviéticos desearían vender bienes y servicios para recibir a cambio unos rublos que valdría la pena tener.

Sin embargo, sin patrón oro, advirtió Angell, el programa de reformas soviético podría hundirse bajo el doble azote de una inflación desenfrenada y un rublo que se desintegraría progresivamente.

El hombre de Gosbank fue rápido en formular la pregunta esencial. Si el patrón oro es tan vital, ¿Por qué no lo adoptan los Estados Unidos y otros países occidentales? La respuesta de Angell fue fascinante por sus implicaciones: el dólar y otras monedas occidentales "*tienen al menos una historia de convertibilidad en oro*" lo que permitió que se siguieran utilizando en el sistema de Bretton Woods y lanzar el actual sistema de monedas flotantes *fiduciarias.*

¿Entonces, qué es lo que está realmente diciendo el señor Angell? ¿Qué le está diciendo realmente al banquero central soviético? Está diciendo que Estados Unidos y otros gobiernos occidentales han podido imponer lo que él mismo admite que es un dinero deshonesto gracias a los vestigios de la asociación que esas monedas tuvieron con el oro.

En contraste con el rublo, el dólar, el marco, etc..., aún conservan gran parte de su credibilidad; en resumen, sus gobiernos siguen siendo capaces de engañar a la gente, mientras que el gobierno soviético ya no es capaz de hacerlo. Por lo tanto, los soviéticos deben volver al oro, mientras que los gobiernos occidentales aún no necesitan seguir su ejemplo. Todavía pueden salirse con la suya y emplear un dinero deshonesto.

Habría sido instructivo preguntarle al Sr. Angell sobre la miríada de países del Tercer Mundo, particularmente en América Latina, que han sufrido un grave deterioro de la moneda y una hiperinflación. ¿No están todas esas monedas en casi tan mala forma como el rublo, y no podrían esos países aprovechar un pronto retorno al oro? Y quizás hasta nosotros, en Occidente, no tengamos que esperar a ser devastados por la hiperinflación, para poder disfrutar de los grandes beneficios de contar con un dinero honesto, estable y no susceptible de ser inflado y devaluado.

101.- ¿TENEMOS QUE RESCATAR A GORBACHOV?

El debate sobre si debemos rescatar a Gorby y hasta qué punto (10.000 millones de dólares, 50.000 millones de dólares, 100.000 millones de dólares o en cuántos años) ha sido casi universalmente planteado en términos falsos y engañosos. El concepto subyacente parece ser que el gobierno de Estados Unidos, por algún edicto divino, se ha convertido en el padre sabio y benigno de la Unión Soviética, que a su vez ha sido durante la mayor parte de su desarrollo un chico salvaje e indisciplinado, pero es un chico que ahora está

madurando y mostrando signos de que está ocupando su puesto como miembro responsable de la familia. Se supone que son sus padres, que participan en una especie de esquema conductista de recompensa/castigo, quienes tienen que educar a ese niño para lo cual han de aplicar un sistema de premios y castigos de forma que se recompense la mejoría y se castigue (premiando menos, una forma muy progresista de educar hijos) cualquier regresión al estado de chico salvaje. Y en sintonía con las costumbres modernas, las "recompensas" son exclusivamente monetarias; es ésa una forma ingenua de presentarlo, en realidad, estamos comprometidos en un proceso que consiste en sobornar al niño para que se porte bien.

Y así el debate, en el círculo de "padres" de la Unión Soviética, que es en lo que todos los estadounidenses se han convertido, se desarrolla en la línea siguiente: Gorby lo hizo maravillosamente, liberó a Europa Oriental y comenzó a liberar a la Unión Soviética; por eso se le tiene que premiar mucho. Por otro lado, Gorby flaqueó durante un tiempo y empezó a jugar con malos compañeros, los despóticos Coroneles Negros, por lo que se le tiene que castigar (reteniendo sobornos); pero últimamente se está comportando mejor.

Además de las prolijas dificultades que se plantean cuando se intenta averiguar hasta qué punto se debe premiar a Gorby y cuantas recompensas se le deben retener, hay una complicación adicional, porque Gorby y la URSS, después de todo, no son la misma persona. Si premiamos mucho a Gorby ¿Disuadirá a los reformistas más avanzados como Yeltsin o impulsará en mayor medida a Gorby en la dirección emprendida por aquél? Por otro lado, si castigamos a Gorby, ¿Nos llevará esto a que los temibles coroneles negros —los verdaderos déspotas— se alcen con el poder ? o ¿Vendrán Yeltsin y los liberales en su lugar? El *Establishment* estadounidense, que adora el *status quo* (la "estabilidad") casi por encima de todas las cosas, al menos en los asuntos exteriores, y teme a los cambios más que a la cabeza de Medusa, por supuesto, sigue apoyando a Gorby.

En este debate también, todos, incluso los más entusiastas partidarios del rescate, reconocen que el presupuesto de Estados Unidos es limitado y que, por lo tanto, debe haber alguna restricción en el importe total gastado.

El resultado de todas estas complejidades es que, como en la mayoría de los demás ámbitos de la vida norteamericana, nuestra aparentemente vibrante democracia parece estar involucrada en un debate libre y vigoroso, pero en

realidad sólo analiza matices relativamente triviales en el marco de un paradigma básico no controvertido e implícitamente asumido: Estados Unidos adopta el rol de padre que intenta encontrar la fórmula adecuada para corregir a una descendencia que se ha portado mal. Desfraciadamente el paradigma básico nunca se discute pero necesita desesperadamente ser reconsiderado y sometido a crítica.

Hay muchos defectos fundamentales en este paradigma universal. Primero, nadie nos nombró padres de la Unión Soviética. Para ser más preciso, Estados Unidos, aún siendo rico y poderoso, no es Dios; sus recursos son estrictamente limitados y en los últimos años han menguado.

Aunque quisiéramos y nos propusiéramos hacerlo, no podemos curar todos los males del mundo.

No hay manera de parar o revertir los volcanes, curar a los enfermos o resucitar a los muertos. No es sólo que no somos responsables de la pobreza del Tercer Mundo (o Segundo Mundo); no hay nada que podamos hacer al respecto, excepto empobrecernos hasta acabar arruinados. Sólo podemos servir como faro para con nuestra luz enseñar a otros el camino a seguir para salir de la ciénaga. Porque Estados Unidos y Europa Occidental no se hicieron relativamente ricos y prósperos por accidente o por un truco de la naturaleza; fueron la propia iniciativa y esfuerzo de sus gentes lo que les permitió, sin ayuda externa de nadie, escapar de las desagradables, brutales y cortas vidas que eran lo común para el resto de la humanidad.

Nosotros —o más precisamente nuestros antepasados— lo conseguimos por nuestra devoción a los derechos de propiedad y al imperio de la ley y porque proporcionamos los medios institucionales para que una economía libre se desarrollase y floreciera. Lo mejor, de hecho, lo único que podemos hacer por los empobrecidos Segundo y Tercer Mundo, es decirles ‘miren, así es cómo nos hicimos ricos’: defendiendo los derechos de propiedad privada y el libre intercambio, permitiendo a las personas ahorrar e invertir y conservar sus ganancias. Si quieren prosperar, sigan el ejemplo de nuestros antepasados: privaticen y desregulen. Sacúdanse al gobierno de encima y sáquenlo de sus vidas.

Si adoptamos ese nuevo paradigma (o mejor dicho, volvemos al que estaba vigente originalmente en Estados Unidos), la respuesta a la cuestión de si

tenemos que rescatar o no a Gorby es enteramente distinta. La ayuda gubernamental estadounidense no puede ser sino un premio Gorby y para el resto de la nomenklatura neo-comunista. Independientemente de la retórica, esa ayuda sólo puede fortalecer al Estado en la Unión Soviética y por lo tanto disminuir y paralizar la única esperanza para Rusia y las otras repúblicas: el naciente sector privado que está ahora luchando. Por lo tanto la ayuda a Gorby puede ser una recompensa para Gorby y sus amigos; pero es necesaria e inevitablemente un duro castigo para los pueblos de la Unión Soviética, porque no puede más que retrasar y paralizar su vuelta, o su avance, a una economía libre.

Parafraseando una famosa declaración de Dos Passos ("bueno, somos dos naciones"): cada país está formado en realidad por dos naciones, no una. De una nación —en la que la gente que interactúa voluntariamente, en las familias, las iglesias, la ciencia, la cultura y la economía de mercado— de la que fluyen todas las bendiciones. Y una "segunda nación" —el Estado— que no produce nada; que actúa como una plaga parasitaria sobre la nación productiva: destruyendo su dinero, extrayendo de ella impuestos, robándola, controlándola, adoctrinándola con su propaganda y asesinándola. En la Unión Soviética y en otros países comunistas, el Estado creció tan violentamente que casi se tragó a la primera nación y el parásito acabó virtualmente destruyendo a su anfitrión. El pueblo soviético necesita que Estados Unidos lo rescate de su propio aparato estatal tanto como necesita —por emplear una vieja expresión de New York— que le peguen un tiro en la cabeza, literalmente. Y aunque yo espero que el pueblo estadounidense se resista a la idea de imponer a la Unión Soviética una dosis aún mayor de la medicina que la ha llevado a estar ahora en una situación tan lamentable, estaría bien que nuestra atención se ciñera otra vez a nuestro bien amado Estado, aquí en casa, lejos de las aflicciones y tiranías extranjeras.

Pero entonces ese rechazo plantea otro evidente problema: si no salvamos a Gorbachov ¿La gente que llegue al poder en la URSS podría ser peor que él? Bueno, ¿Quién sabe? Primero, no nos corresponde a nosotros decidir el destino de la Unión Soviética; el cual, después de todo, incumbe a los propios soviéticos. Una vez más, Estados Unidos no es Dios. Segundo, como el futuro es incierto, una Unión Soviética post-Gorbachov podría ser mejor o peor. Así que si no podemos predecir las consecuencias ¿No deberíamos, por una vez, hacer lo correcto? ¿O es un concepto demasiado arcano en estos días?

102.- DANDO LA BIENVENIDA A LOS VIETNAMITAS

Desde el principio Norteamérica fue en gran medida la tierra de la libertad, pero hubo algunas excepciones. Los flagrantes subsidios a una industria marítima políticamente poderosa fue una de ellas. Una de las primeras decisiones del primer Congreso estadounidense en 1789 fue aprobar la *Jones Act* (Ley Jones), que protegía tanto a los navieros como a sus principales empleados, y que perseguía proteger de la competencia internacional lo que había sido una industria crónicamente ineficiente. La *Jones Act* establecía que los buques de cinco o más toneladas que operasen en aguas norteamericanas debían ser propiedad de ciudadanos estadounidenses y que sólo éstos podían servir como capitanes o pilotos de dichos buques.

Los tiempos han cambiado y las consideraciones de seguridad nacional que podrían haber requerido una flota privada de buques lista para ayudar a la Marina de los Estados Unidos, han desaparecido desde hace tiempo. La *Jones Act* se convirtió hace mucho tiempo en letra muerta, pero si se permite que una ley siga existiendo en los libros, siempre puede ser utilizada más tarde como garrote del Proteccionismo. Y eso es lo que ha sucedido con la *Jones Act*.

Lamentablemente, las últimas víctimas de la *Jones Act* son inmigrantes vietnamitas que fueron acogidos como refugiados del Comunismo y que han demostrado ser gente ahorradora, trabajadora y productiva, son residentes en Estados Unidos que se han esforzado por conseguir su ciudadanía. Por desgracia, se mostraron demasiado productivos como pescadores respecto a algunos de sus ineficaces competidores anglo-sajones. A principios de la década de 1980, los pescadores de camarones de Texas intentaron expulsar del negocio a sus competidores americanos de origen vietnamita para lo que recurrieron a la violencia.

La última ola de indignación contra pescadores vietnamitas ocurrió en California, principalmente en San Francisco, donde vietnamitas estadounidenses, residentes legales en Estados Unidos, reunieron recursos para comprar barcos y en los diez últimos años han participado con éxito en la pesca del pez rey y del pez gallo. En los últimos meses, en respuesta a las quejas de los competidores anglo-americanos, la Guardia costora ha reprimido a los vietnamitas aplicando las prolijas disposiciones, hace largo tiempo olvidadas e inaplicadas, de la *Jones Act*.

Aunque, para poder seguir ganándose el sustento, los vietnamitas estadounidenses se han mostrado dispuestos a pagar las multas, de 500 dólares por cada sanción impuesta, la Guardia costora les amenaza ahora con confiscar los documentos de registro de sus embarcaciones y de esta forma con echarlos del negocio. El hecho de que sean residentes pacíficos, legales y permanentes hace aún más ridícula la afirmación del gobierno de Estados Unidos de que "*presentan una real y evidente amenaza para la seguridad nacional*".

Dennis W. Hayashi, del Caucus de la Ley Asiática, abogado de Los pescadores vietnamitas, señala que todos ellos "*están esforzándose por lograr la ciudadanía. Fueron recibidos como refugiados políticos. Encuentro ofensivo que, debido a que aún no hayan jurado lealtad a América, se insinúe que no son dignos de confianza*".

En la mejor tradición de Marie Antoinette cuando exclamó "*dejad que coman pasteles*", el gobierno respondió que los vietnamitas podían emplear barcos de menos de cinco toneladas que operasen más cerca de la costa. El problema es que los vietnamitas se concentran en la pesca de las especies con las que se abastecen los restaurantes y pescaderías asiáticos y que el pez real y el pez gallo tienen que capturarse con redes de enmalle. ¿Por qué no utilizar redes de enmalle en barcos pequeños más cerca de la costa? Porque es un asunto, en un clásico círculo vicioso característico de las regulaciones gubernamentales, del que nuestros viejos amigos ecologistas ya se han ocupado.

Hace siete años, los ecologistas persuadieron a California para que se prohibiera el uso de redes de enmalle en aguas de menos de 60 pies de profundidad. ¿Por qué? Porque esas redes inevitablemente atrapaban a aves migratorias y a mamíferos marinos en sus mallas. Así, una vez más, los ecologistas, saliendo en la defensa de los intereses de todas las especies concebibles a excepción de los seres humanos, han ganado la batalla contra sus proclamados enemigos, los seres humanos.

Y así, ansiando la libertad y la libertad de empresa como víctimas que fueron del colectivismo, los vietnamitas se encuentran con que el gobierno de Estados Unidos los sitúa, como si fueran sus peones, rodeados, de un lado, por ineficientes competidores y, de otro, por ambientalistas anti-humanos. Pero los vietnamitas-americanos están pidiendo justicia a los jueces y tribunales norteamericanos y tal vez la consigan.

EL FIN DEL COLECTIVISMO

103.- EL COLAPSO DEL SOCIALISMO

En 1988 vivimos el acontecimiento más significativo y excitante del siglo XX: el Socialismo se hundía, nada más y nada menos.

A mediados y finales del siglo XIX, antes de que surgiese la nueva ideología socialista, la gran lucha de la filosofía social y política estaba clara. Por un lado existía la excitante y liberadora ideología del Liberalismo clásico, originada en el siglo XVII: libre comercio y libre mercado, libertad individual, separación de Iglesia y Estado, gobierno mínimo y paz internacional. Este fue el movimiento que introdujo y defendió la Revolución Industrial, que por primera vez en la historia de la humanidad creó una economía orientada a colmar los deseos de una gran masa de consumidores.

Por otro lado estaban las fuerzas del Estatismo conservador, del viejo orden del trono y del altar, del Feudalismo, del Absolutismo y del antilismo, de los privilegios especiales y de los cárteles otorgados por el Gran Gobierno, de la guerra y del empobrecimiento de la masa de sus súbditos.

En el campo de las ideas, en la acción y en las instituciones, los liberales clásicos estaban rápidamente en camino de ganar esa batalla. El mundo había llegado a darse cuenta de que la libertad y el crecimiento de la industria y del nivel de vida de todos debían ir de la mano.

Más tarde, en el siglo XIX, el viaje a la libertad del Liberalismo clásico se frustró por el desarrollo de una nueva idea: el Socialismo. En lugar de rechazar el industrialismo y el bienestar de las masas populares como habían hecho los conservadores, los socialistas profesaban que podían hacer mucho más por las

masas y que éstas conseguirían la "verdadera libertad" gracias a la creación de un Estado más coactivo y totalitario del que los conservadores jamás habían contemplado. Por medio de una planificación centralizada y "científica", el Socialismo podría y daría lugar a un mundo de libertad y superabundancia para todos.

El siglo XX puso en práctica este idealismo triunfal y es así como nuestro siglo se convirtió en la era del Socialismo. La mitad del mundo se hizo total y absolutamente socialista y la otra mitad se acercó bastante a ese ideal. Y ahora, tras décadas de auto-calificarse como la ola del futuro y de burlarse de todos sus oponentes por ser irremediablemente "reaccionarios" (es decir, por no estar en sintonía con el pensamiento moderno), "paleolíticos" y "neandertales", el Socialismo, en todo el mundo, ha realizado una rápida maniobra de retirada. Esa retirada es en lo que consisten la *glasnost* y la *perestroika*.

Ludwig von Mises, en los albores del siglo socialista, advirtió en un artículo famoso que el Socialismo simplemente no podía funcionar: no podía dirigir una economía industrial, ni satisfacer siquiera los objetivos de los propios planificadores centrales, aún menos los de la masa de consumidores en cuyo nombre hablaban. Durante décadas, Mises fue ridiculizado y desacreditado, y se elaboraron varios modelos matemáticos como supuestas "refutaciones" de su lúcida y elegante demostración.

Y hoy, en los principales países socialistas de todo el mundo: en la Rusia soviética, en Hungría, en China, en Yugoslavia, los gobiernos se apresuran a abandonar el Socialismo. Descentralización, mercados, una gestión empresarial guiada por la cuenta de pérdidas y ganancias, dejar que las empresas ineficientes quiebren, son medidas que se están adoptando en todos ellos. ¿Y por qué están los países socialistas dispuestos a pasar por lo que constituye verdaderamente un periodo de enorme agitación revolucionaria? Porque están de acuerdo en que, después de todo, Mises tenía razón: el Socialismo no funciona y sólo los mercados libres, no socializados, pueden conseguir que una economía moderna funcione.

Algunos están incluso dispuestos a renunciar a cierto poder político, a permitir una mayor crítica, votaciones secretas y elecciones, e incluso, como en la Unión Soviética, a permitir un sistema político con más de un partido, porque están admitiendo implícitamente que Mises tenía razón: que no se puede tener

libertad económica y propiedad privada sin libertad intelectual y política, no se puede tener *perestroika* sin *glasnost*.

Es realmente inspirador ver cómo la libertad produce su propio "efecto dominó". Todos y cada uno de los países socialistas, han intentando superar a los demás en ver hasta dónde y cómo de deprisa podían avanzar por el camino de la libertad y la desocialización.

Pero gran parte de este emocionante drama se ha ocultado al público estadounidense porque, durante los últimos 40 años, nuestros creadores de opinión nos han dicho que el único enemigo era el Comunismo. Nuestros líderes han cambiado el enfoque del Socialismo en sí mismo considerado a una variante del mismo de la que solo se distingue por ser esta última más militante y coherente.

Esto ha permitido a los progresistas modernos, que comparten muchas de las mismas ideas Estatistas, segregar distintos grupos socialistas competidores y distanciarse de los horrores del Socialismo real. Así, los trotskistas, los socialdemócratas, los socialistas democráticos o lo que quiera que sean, son capaces de presentarse como buenos anti-comunistas, mientras se exculpa al Socialismo por el genocidio del gulag o camboyano.

Ahora bien, está claro que nada de esto lavará su responsabilidad. El enemigo de la libertad, de la prosperidad, de una economía verdaderamente racional es el Socialismo, punto, y no sólo un grupo específico de socialistas.

Como hasta el "bloque socialista" empieza a tirar la toalla, prácticamente no quedan rusos ni chinos, ni húngaros o yugoslavos que respalden el Socialismo. Hoy en día, los únicos socialistas genuinos son intelectuales de Occidente que disfrutan de una vida cómoda e incluso lujosa dentro de los supuestos baluartes del capitalismo.

104.- LA REVOLUCIÓN DE LA LIBERTAD

Hoy en día si volvemos la mirada de la política americana hacia los asuntos mundiales no nos faltan razones para estar preocupados. Entre los temas candentes en Estados Unidos se encuentran las lamentables quejas proferidas ante el "martirio" de Jim Wright, Tony Coelho y John Tower por haber sido víctimas del insidioso avance de una ética "excesiva".

Si reforzamos la ética y reprimimos los sobornos y los conflictos de intereses, ¿Cómo podremos atraer al gobierno a gente competente? La escueta respuesta, por supuesto, es que atraeremos a menos ladrones y corruptos, pero uno se pregunta por qué es esto algo de lo que alguien se tenga que quejar.

Y entonces, en medio de esta pequeña y estéril discusión de asuntos domésticos, nos llega del extranjero una noticia verdaderamente sorprendente, desgarradora y conmovedora. Porque tenemos el privilegio de vivir en un "momento revolucionario" de la historia del mundo. La historia suele proceder a un ritmo glacial, tan glacial que a menudo no parecen estar ocurriendo cambios institucionales o políticos. Y entonces ¡Zás! La acumulación de un gran número de pequeños agravios y tensiones llega a cierto punto y se produce una explosión que genera un radical cambio social. Los cambios comienzan a ocurrir a un ritmo tan rápido que los viejos mercados se disuelven rápidamente. La vida social y política cambia con impresionante velocidad y pasa del estancamiento a la escalada y la volatilidad. Esto es lo que les debió pasar a quienes vivieron la Revolución Francesa.

Me refiero, por supuesto, a la acelerada y revolucionaria implosión del Socialismo y del Comunismo en todo el mundo. Es decir, a la revolución de la libertad. Las posiciones políticas de los principales actores cambian radicalmente, casi cada mes. En Polonia, el general Jaruzelski, que hace tan sólo unos años era el odiado símbolo de la represión, amenaza con renunciar a menos que sus colegas del gobierno comunista accedan a elecciones libres y a pactar con Solidaridad.

Por otro lado, en China, Deng Hsiao-ping, el arquitecto de las reformas orientadas al mercado iniciadas hace ahora diez años, se convirtió en asesino en masa de ciudadanos chinos desarmados por negarse a añadir libertad personal y política a la reforma económica, para agregar *glasnost* a esa *perestroika*.

Cada día hay noticias que inspiran y asombran. En Polonia, Solidaridad ha barrido en todas las elecciones disputadas e indiscutidos líderes comunistas han sido derrotados por el sencillo mecanismo democrático —que desgraciadamente no tenemos aquí— que consiste en tachar sus nombres de las papeletas electorales. En Rusia, se publican las obras de Solzhenitsyn y un miembro electo del Congreso de Diputados sale en la televisión nacional denunciando al KGB en

los términos más duros posibles y recibiendo una ovación cerrada. El líder del KGB promete humildemente reformas.

En los Estados bálticos, no sólo están todos los grupos políticos, incluidos los comunistas, a favor de la independencia de la Rusia soviética, sino que, además, los estonios piden mercados libres, un gobierno estrictamente limitado y derechos de propiedad privada. En Hungría han surgido muchos partidos políticos y, en su mayoría, rechazan airadamente el concepto mismo de Socialismo.

En el "bloque socialista", que abarca prácticamente a la mitad del mundo, no quedan socialistas. Lo que todos los grupos están tratando de hacer es desmantelar el Socialismo y los controles gubernamentales lo más rápido posible; hasta las élites gobernantes —sin duda en Polonia y Hungría— están tratando de desocializar de la forma más indolora posible. En Hungría, por ejemplo, la *nomenklatura* gobernante está intentando organizar la desocialización para formar parte de la nueva clase capitalista dominante, aplicando así el viejo principio de: "si no puedes vencerlos, únete a ellos".

Estamos también viendo cómo se reivindica la cuestión con la que Hayek sacudió al mundo en su “*Road to Serfdom*“. Escrito durante la Segunda Guerra Mundial, cuando el Socialismo parecía inevitable en todas partes, Hayek advirtió que, a largo plazo, la libertad política y económica van de la mano. En particular, ese "Socialismo democrático" es una intrínseca contradicción. Una economía socialista será inevitablemente dictatorial.

Ahora está claro para todos que la libertad política y económica son inseparables. La tragedia china se produjo porque la élite gobernante pensó que podría disfrutar de los beneficios de la libertad económica, privando a sus ciudadanos de la libertad de expresión, de la de prensa o del derecho de reunión política. La terrible masacre del 4 de junio en la Plaza de Tiananmen se debió al deseo de Deng y sus socios de ignorar esa contradicción y querer tenerlo todo.

Las masas chinas desarmadas en Beijing sufrieron su destino porque cometieron el gran error de confiar en su gobierno. Repetían una y otra vez: "*El Ejército Popular no puede disparar contra el pueblo*". Ansiaban la libertad, pero seguían seducidos por el engaño comunista según el cual el "*gobierno es el pueblo*". Desde entonces los chinos llevan grabada en el corazón la terrible lección de la

sangre derramada por miles de valientes e inocentes jóvenes: "*El gobierno nunca es el pueblo*", aunque se llame a sí mismo "*el gobierno del pueblo*".

Se ha informado que cuando los tanques de los carniceros del famoso vigésimo séptimo Ejército entraron en la Plaza de Tiananmen y aplastaron la Estatua de la Libertad, un centenar de estudiantes desarmados formaron una cadena humana y se enfrentaron a los tanques cantando la "Internacional" mientras los carros de combate los ametrallaban, y, tras caer, los sustituían otros cien que hacían lo mismo, y se encontraron con el mismo destino.

Los izquierdistas occidentales, sin embargo, no pueden reconfortarse por la letra de la canción. Porque la "Internacional" es un llamamiento conmovedor para que las masas oprimidas se levanten contra la tiranía de la élite gobernante. La famosa primera estrofa, que todos los estudiantes fueron sin duda capaces de cantar, tiene una advertencia crucial para los chinos o para cualquier otra élite comunista que se resista a apartarse del camino del movimiento hacia la libertad que ahora sacude el mundo socialista:

Alzaos prisioneros del hambre!

Alzaos parias de la tierra,

Porque la justicia truena condenación,

Un mundo mejor está naciendo

No nos atarán más las cadenas de la tradición,

Alzaos esclavos; ¡No más esclavitud!

La tierra se levantará sobre nuevos cimientos,

nada hemos sido, lo seremos todo.

¿Quién puede dudar todavía de que "*la justicia truena condenación*" de Deng y de Mao, de Pol Pot y de Stalin y de todos los demás? ¿Y de que los "*nuevos cimientos*" y el "*mundo que está naciendo*" es el de la libertad?

105.- ¿CÓMO DESOCIALIZAR?

En la Rusia Soviética y Europa del Este todo el mundo quiere desocializar. Están convencidos de que el Socialismo no funciona y están ansiosos por llegar lo antes posible a una sociedad de propiedad privada y a una economía de mercado. Como dijo Mieczyslaw Wilczek, principal empresario

privado de Polonia y ministro de Industria comunista antes de las recientes elecciones, *"no ha habido comunistas en Polonia durante mucho tiempo. Nadie quiere oír hablar más de Marx y Lenin*".

Además de defender con fuerza la propiedad privada y de denunciar a los sindicatos, Wilczek atacó el concepto de igualdad. Dijo que había quienes estaban enojados con él por haber instado a la gente a enriquecerse ¿Y qué iba yo a proponer? ¿Que debían ser más pobres, quizá? "¡Y los votantes polacos lo rechazaron por mostrar tesis demasiado parecidas a las del Partido Comunista!

Los europeos del Este están ansiosos de tener modelos a los que imitar y de que Occidente les enseñe cómo pueden acelerar el proceso. ¿Cómo se pueden desocializar mejor? Por desgracia, innumerables instituciones y estudiosos conservadores han estudiado el Comunismo de Europa Oriental de los últimos cuarenta años, pero muy pocos han reflexionado sobre cómo poner en práctica la desocialización. Ha habido muchas discusiones teóricas pero es poco el material del que los desocializadores de Europa del Este puedan valerse.

Como un húngaro dijo recientemente: “Hay muchos libros en Occidente sobre las dificultades inherentes a tener el poder, pero nadie habla de cómo renunciar al él”. El problema es que uno de los axiomas del conservadurismo ha sido que una vez que un país se hace comunista, el proceso es irreversible, y el país entra en un agujero negro, del que nunca se puede recuperar. Pero ¿Y si, como de hecho ha ocurrido, los ciudadanos, incluida la élite gobernante, están hartos del Comunismo y del Socialismo por ser obvio que no funcionan?

Entonces, ¿Cómo pueden gobierno y oposición desocializar un país comunista? Algunos pasos son evidentes: legalizar todos los mercados negros, incluyendo el de divisas (y hacer que cada moneda sea libremente convertible a las tasas de mercado), eliminar todos los controles de precios y de producción, reducir drásticamente los impuestos, etc... Pero qué hacer con las empresas y agencias estatales que, al fin y al cabo, desempeñan el grueso de las actividades en los países comunistas?

La respuesta fácil: venderlas —ya sea mediante contratos o mediante subastas— no funcionaría en este caso ¿De dónde vendrá el dinero para comprar a la casi todalidad de las empresas, hasta entonces en manos del Estado? ¿Y cómo podemos defender que el Estado *merece* recaudar casi todo el dinero existente para semejante proceso? Decir a los gestores individuales que fijen sus propios

precios tampoco es suficiente; la cuestión esencial, reconocida en Europa del Este, es transformar la propiedad del Estado en propiedad privada. Luego, ¿Algunas de esas propiedades se tendrán que entregar a ciertas personas y grupos ? ¿A quienes y por qué?

Como el profesor Paul Craig Roberts dijo recientemente en un fascinante discurso en Moscú ante la Academia de Ciencias de la URSS, sólo hay una forma de transmitir las propiedades del Estado a manos privadas. Irónicamente, el mejor camino es seguir el antiguo eslogan Marxista: "Toda la tierra para los campesinos (incluidos los trabajadores agrícolas) y todas las fábricas para los trabajadores!...". La devolución de la propiedad estatal a los descendientes de los expropiados en 1917 sería impracticable, ya que pocos de ellos viven o pueden ser identificados y ciertamente las industrias no se podrían devolver a nadie, ya que (a diferencia de la tierra) fueron obra del régimen comunista.

Pero subsiste un grave problema político y económico: ¿Qué hacer con la élite gobernante existente, la *nomenklatura*? Como el periodista de oposición polaco Kostek Gebert expuso recientemente, la opción es "o matarlos o comprarlos". Es cierto que matar a las antiguas y despóticas élites gobernantes sería algo emocionalmente satisfactorio, pero está claro que la gente, en Polonia y Hungría, y pronto en Rusia, prefiere el método más pacífico que consiste en comprarlos a perseguir la justicia al precio de una sangrienta guerra civil. Y también está claro que esto es precisamente lo que quiere la *nomenklatura*. Quieren mercados libres y propiedad privada, pero por supuesto quieren asegurarse de que el período de transición les asegure salir muy bien parados, por lo menos en cuanto al reparto inicial del capital. Quieren inaugurar el capitalismo convirtiéndose en opulentos empresarios privados.

Curiosamente, Paul Craig Roberts, a quien nadie jamás podría acusar de ser blando con el Comunismo o el Socialismo, también recomienda el camino más pacífico: "Históricamente en esas transformaciones, las clases dominantes han tenido que ser acomodadas o derrocadas. Yo recomendaría que se dé acomodo al Partido Comunista". En la práctica lo que esto significa es que "la propiedad de las fábricas estatales debe repartirse entre la clase dominante y los trabajadores de las mismas, al igual que las acciones que emitan". Su solución tiene mucho sentido.

Por otra parte, Roberts dice que una lotería nacional podría determinar la propiedad de los medios de producción, ya que cualesquiera que sean los propietarios iniciales, una economía de propiedad privada será mucho más eficiente y al final "los recursos eventualmente acabarán en manos de los más eficientes y productivos". Pero el problema aquí es que Roberts ignora el hambre de justicia de la mayoría de la gente, y, particularmente, de las víctimas del Comunismo. Una distribución aleatoria, por lotería, sería tan flagrantemente injusta que el subsiguiente sistema de propiedad privada podría no recuperarse de ese golpe inicial. Además, el resultado de semejante lotería colocaría a quienes tomaran parte en ella en una situación de partida muy desigual; la mayoría de la gente en el mundo real no puede permitirse y no desea tener tanta altura de miras.

En cualquier caso, Roberts ha realizado un importante servicio para ayudar a lanzar la discusión. Ya es hora de que los economistas occidentales comiencen a abordar la esencial cuestión de la desocialización. Tal vez podría contribuir al avance de uno de los acontecimientos más bienvenidos y emocionantes del siglo XX.

106.- UNA PRESCRIPCIÓN RADICAL PARA EL BLOQUE SOCIALISTA

Por lo general, se acepta, tanto dentro como fuera de Europa oriental, que la única cura para su intensa y agobiante pobreza es abandonar el Socialismo y la planificación central y adoptar los derechos de propiedad privada y una economía de libre mercado. Pero un problema fundamental es que en Occidente convencionalmente se considera que tienen que avanzar lentamente e ir "introduciendo progresivamente" la libertad, en vez de tomar el siempre vilipendiado camino del completo y radical cambio social.

El gradualismo y los cambios parciales en las reformas siempre se presenta como el camino prudente, práctico, responsable y compasivo, el que evita los repentinos choques, las dolorosas dislocaciones y el desempleo provocados por un cambio radical.

Sin embargo, en esto, como en tantas otras áreas, el criterio convencional es incorrecto. Cada vez está más claro que para los europeos orientales el único camino práctico y realista, el único camino hacia una reforma que realmente

funcione y lo haga rápidamente, es la abolición total del Socialismo y del Estatismo en todos los ámbitos.

Por un lado, como hemos visto en la Unión Soviética, la gradualidad a la hora de aplicar reformas constituye una conveniente excusa para que los intereses creados, los monopolistas y los ineficientes y vagos, a los que el Socialismo beneficia, no cambien nada. Combínese esa resistencia con la inercia burocrática endémica y característica del Socialismo y los cambios significativos se quedan en mera retórica y parloteo.

Pero más fundamentalmente, como la economía de mercado es un entramado intrincado, interconectado, una red sin fisuras, mantener algunos controles y no otros contribuye a aumentar las dislocaciones y a perpetuarlas indefinidamente.

Un caso sorprendente es el de la Unión Soviética. Los reformadores desean abolir todos los controles de precios, pero les preocupa que esta medida, en un entorno ya inflacionario, agrave enormemente la inflación. Por desgracia, los europeos orientales, en su afán de absorber la literatura pro-capitalista, se han empapado de las falacias económicas occidentales que asimilan la "inflación" al aumento de precios en vez de verla como resultado de la expansión monetaria, que sería la causa de dicho aumento.

En la Rusia soviética y en Polonia, los gobiernos han puesto en circulación una enorme cantidad de *rublos* y *zloty*s, lo que ha supuesto un aumento de precios. En ambos países, los severos controles de precios han disimulado la inflación de precios y también han creado una enorme escasez de bienes. Como en la mayoría de los demás ejemplos de control de precios, las autoridades intentaron calmar a los consumidores imponiendo controles de precios especialmente estrictos respecto de los productos de primera necesidad como el jabón, la carne, los cítricos o el combustible. Como resultado inevitable, esos codiciados artículos acabaron teniendo una oferta especialmente reducida.

Si los gobiernos se abstuvieran de intervenir y abolieran todos los controles se produciría, en efecto, un gran aumento en la mayoría de los precios, particularmente en los bienes de consumo que sufren más de la escasez impuesta por los controles. Pero ese aumento ocurriría de una sola vez, y no de la forma continua y acelerada que es característica de la expansión monetaria. Y, además, ¿Qué consuelo puede tener el consumidor en que el precio de un artículo sea barato si no lo encuentra? Mejor comprar una pastilla de jabón que

cueste diez *rublos* y esté disponible que que cueste dos rublos y nunca haya. Y, por supuesto, el precio de mercado —digamos de diez rublos— no es en absoluto arbitrario, sino que viene determinado por la demanda de los propios consumidores.

La completa eliminación de los controles de precios elimina las dislocaciones y las restricciones de un plumazo y proporciona al libre mercado un margen para liberar las energías de la gente, aumentar enormemente la producción y apartar los recursos de las malas asignaciones encaminándolos a satisfacer a los consumidores. Nunca debe olvidarse que el "milagro" de la recuperación de Alemania Occidental del abismo económico en el que se hallaba tras la Segunda Guerra Mundial se produjo porque un dóa glorioso, el 7 de julio de 1949, Ludwig Erhard y los alemanes occidentales desmantelaron toda la estructura de control de precios y salarios de la noche a la mañana.

Además, los países de Europa del Este no tienen capital y lo necesitan para desarrollar su economía y éste solamente puede ser suministrado por los ahorradores nacionales o los inversores extranjeros cuando: (1) existe un verdadero mercado de valores, una Bolsa o mercado de acciones las cuales representan una participación en títulos de propiedad sobre activos; y (2) la moneda es genuinamente convertible en divisas. Parte de la inmediata reforma de Alemania Occidental consistió en hacer al marco convertible en divisas.

Si todos los controles de precios se han de eliminar de inmediato, la moneda se tiene que poder convertir y ha de establecerse un mercado de valores que funcione en toda regla ¿Qué debe hacerse entonces con el gigantesco sector público del bloque socialista? Es ésta una cuestión vital puesto que la gran mayoría de los bienes de capital en los países socialistas son de propiedad estatal.

Muchos europeos del Este se dan cuenta ahora de que es inútil tratar de inducir a las empresas estatales a ser eficientes, o a prestar atención a los precios, a los costos o a los beneficios. Está cada vez más claro para todos que Ludwig von Mises tenía razón: únicamente las empresas genuinamente privadas, que son de verdad propietarias de los medios de producción, pueden ser verdaderamente sensibles a los incentivos que proporciona la cuenta de resultados. Y además, el único precio genuino, el que refleja los costos y las oportunidades de beneficio,

surge en un mercado que lo sea realmente —de las compras y de las ventas que realizan propietarios privados de bienes—.

Obviamente, entonces, todas las empresas estatales y sus actividades se han de privatizar de inmediato —cuanto antes mejor—. Pero, por desgracia, muchos europeos orientales quieren la privatización pero son reacios a exigirla porque se quejan de que la gente no tiene dinero para comprar la montaña de bienes de capital y porque parece casi imposible que el Estado pueda valorar y poner un precio correcto a esos activos.

Lamentablemente, las ideas de esos partidarios del libre mercado no son lo bastante radicales. Es cierto que en los regímenes socialistas los particulares pueden no tener dinero para comprar los bienes del Estado, pero además hay que decidir qué es lo que el Estado ha de hacer con todo ese dinero, así como la cuestión moral de por qué el Estado merece amasar el dinero de sus sufridos súbditos.

La forma adecuada de privatizar es, una vez más, radical: se debe permitir que los actuales usuarios de esos bienes los hagan suyos, que se los "apropien", por ejemplo, concediendo a prorrata participaciones transmisibles a los trabajadores de las distintas empresas. Tras el potente impacto de esa privatización generalizada, los precios de las participaciones en la propiedad de las empresas fluctuarán en el mercado de acuerdo con la productividad y el éxito de los activos y de las empresas en cuestión.

Los críticos de esa apropiación[27] típicamente la denuncian porque equivale a "regalar" unas "ganancias inesperadas" a los que las reciban. Pero, de hecho, los beneficiarios de esos bienes, los que se los apropian, ya han creado o tomado esos recursos y son ellos quienes los han puesto a producir y cualquier ganancia (o pérdida) resultante será producto de su propio emprendimiento y actividad productiva.

107.- ¿UNA BOLSA SOCIALISTA?

El Socialismo nunca fue algo monolítico y uniforme, ni siquiera en los días previos a la *perestroika*. En los países comunistas, el espectro del Socialismo abarcaba prácticamente desde el cuasi-sindicalista sistema de cuasi-mercado de Yugoslavia hasta el totalitarismo centralizado de la vecina

27 '*Homesteading*' en el texto inglés original (N. del T.).

Albania. Una vez le pregunté al Profesor Ludwig Von Mises, el gran experto en Economía del Socialismo, qué punto en este espectro de Estatismo definiría a un país como "socialista" o no. En ese momento, no estaba seguro de que existiera algún criterio definido para enjuiciar con claridad la cuestión.

Por eso me sorprendió gratamente la claridad y concisión de la respuesta de Mises. Que exista o no un "mercado de valores", respondió rápidamente.

> Una Bolsa o mercado de valores es esencial para la existencia del capitalismo y de la propiedad privada. Porque significa que hay un mercado en funcionamiento donde se intercambian títulos de propiedad sobre los medios de producción. No puede haber auténtica propiedad privada del capital sin un mercado de valores: no puede existir un verdadero Socialismo si se permite que exista ese mercado.

Por lo tanto, es particularmente emocionante ver que en la precipitada huida de la planificación central y el Socialismo, varios países comunistas están realmente introduciendo o preparándose para introducir un mercado de valores. ¡Una perspectiva que hubiera sido impensable hace sólo unos pocos años! El proceso ya está en sus primeras etapas en la China comunista. Y la Unión Soviética está empezando a hablar de introducir un mercado bursátil.

Las Bolsas ya existen en varias ciudades de China. Hasta el momento, sin embargo, son unos pícaros novatos. Aunque los líderes comunistas permiten ahora la expansión de las empresas privadas y les autoriza a emitir acciones, sólo unas pocas empresas han emitido acciones y hasta ahora las emplean más bien como si fueran obligaciones. Los dividendos de las acciones se establecen de forma que son muy similares a los intereses de los bonos y, lo que es más importante, no hay un sistema de precios libres en esos mercados bursátiles; en cambio, existe una rígida fijación de los precios de las acciones por parte del gobierno central.

Aun así, estos pequeños mercados de valores se están expandiendo, ya que las empresas estatales en China están vendiendo una parte de sus acciones al público, mientras que miles de cooperativas están vendiendo a sus trabajadores participaciones en la propiedad de las mismas. Harry Harding de la *Brookings Institution* comenta que "*la idea es tener suficiente propiedad pública para que puedan decir que siguen siendo socialistas*", mientras que al mismo tiempo "*hacen que las empresas rindan cuentas a alguien que no sea la burocracia estatal*". A pesar

de mostrar gran reticencia, China y otros países comunistas están ansiosos por fomentar el ahorros productivo de sus ciudadanos y canalizar el ahorro desde la joyería y el arte hacia la inversión en bienes de capital.

Otro de los motivos que impulsa a China, la Rusia Soviética y a otros países comunistas a establecer mercados de valores es el deseo de atraer inversionistas extranjeros. Pero es obvio para todos, incluidos los líderes comunistas, que para atraer fondos extranjeros, se tienen que eliminar los absurdos controles actuales a los que se somete al rublo y a otras monedas comunistas, éstas no pueden estar artificialmente sobre-valoradas y deben ser libremente convertibles en dólares y otras monedas occidentales. Los gobiernos comunistas tardarán un tiempo en aceptarlo, pero se están definitivamente moviendo en esa dirección.

Como era de esperar, el avance más radical hacia los mercados bursátiles libres en los países comunistas se ha producido en Hungría. Hungría ha empezado a permitir que los extranjeros inviertan en acciones húngaras, permitiéndoles incluso poseer hasta el 100 por ciento de unas cuantas empresas húngaras, tanto públicas como privadas. En un principio, estas acciones se negociarán en el mercado actual, pero dentro de seis meses, Budapest está planeando abrir una Bolsa de valores internacional que opere diariamente —la primera en Europa del Este desde la Segunda Guerra Mundial—.

Esta primera y auténtica Bolsa tendrá de diez a veinte compañías listadas en su apertura y, por desgracia, también tendrá todos los defectos propios de una Bolsa de valores estadounidense, incluidas las reglas de información privilegiada y una versión local húngara de la *Securities and Exchange Commission*. ¡Están aprendiendo demasiado de Occidente!

Szigmond Jarai, subdirector del Banco de Budapest y presidente del comité gubernamental que supervisa el establecimiento de la Bolsa de valores diaria se muestra particularmente entusiasmado con el nuevo desarrollo. Declaró que "*el mercado de valores es el corazón de una economía efectiva... Necesitamos reducir nuestra burocracia y liberar a los empresarios*", agregó. Con lo que, como comentó el New York Times, hablaba "*más como un entusiasta del mercado libre de Wall Street que como lo haría el funcionario de un gobierno comunista*".

Pronto habrá más libertad. El Parlamento húngaro está considerando una reforma tributaria que permita no pagar impuestos húngaros sobre los dividendos o las ganancias de capital a quienes inviertan capital extranjero y se

están preparando leyes que permitan a los húngaros y a empresas mixtas extranjeras operar como corredores de Bolsa. Además, el camino a seguir ya está pavimentado puesto que Hungría ya tiene en funcionamiento el único mercado de bonos de Europa del Este, así como un régimen legislativo para las situaciones de insolvencia que fuerza a las empresas insolventes a cesar en el negocio.

Hay, por supuesto, un largo camino por recorrer, incluso en Hungría. Pero se han puesto en marcha planes para privatizar grandes sectores de la economía húngara en los próximos dos años y cada vez se oyen más murmullos que hablan de hacer que el forint húngaro sea convertible en divisas occidentales. Hasta en la ignorante Polonia, tienen proyectos de ley en el Parlamento para permitir la banca comercial privada y eliminar los controles cambiarios sobre el *zloty* polaco. No sólo el Socialismo se resquebraja en el mundo entero, sino que, si aplicamos el criterio de Mises, puede ser que podamos lanzar nuestros sombreros al aire muy pronto y proclamar que Hungría ya no es socialista.

108.- EL GLORIOSO MUNDO DE POSTGUERRA

Cada una de las guerras habidas a lo largo de la Historia de Estados Unidos ha sido la ocasión para un gran salto adelante del poder del Estado, un salto que, en el mejor de los casos, sólo se ha podido revertir en parte después de la guerra.

Superar un conflicto tan aparentemente menor para la vida de Norteamérica como la Guerra de 1812 costó tres décadas a los Jacksonianos; y la libertad nunca se recuperó por completo tras la Guerra Civil y las dos Guerras Mundiales. En particular, después de las dos conflagraciones mundiales, los Estatistas tenían un argumento en apariencia irresistible: Estados Unidos debía aprovechar el asombro y la gloria, la unidad propiciada por el espíritu marcial y la unidad de destino nacional para librar guerras contra una batería de males domésticos.

Siempre abundan los problemas domésticos contra los que movilizar la voluntad nacional: depresión, pobreza, injusticia, lo que sea. Y esa movilización supone necesariamente colectivismo en acción, o sea, un aumento del poder federal bajo las órdenes del comandante en jefe.

Después del colectivismo de guerra de la Primera Guerra Mundial —un colectivismo que unió a las grandes empresas, a los grandes sindicatos, a los

intelectuales Estatistas y a los tecnócratas bajo la égida del Gran Gobierno—, los jóvenes ideólogos de ese colectivismo: Bernard Baruch, Herbert Hoover y Franklin Roosevelt, pasaron el resto de sus longevas vidas luchando por recuperar esos felices días y por dejarlo fijado permanentemente a la Norteamérica de tiempo de paz. Las instituciones y la retórica del colectivismo de tiempo de guerra se recuperaron durante los dos "New Deal", el de Hoover y el de Roosevelt, para "combatir" la Gran Depresión, a menudo con las mismas instituciones y la misma gente que las dirigía en aquel entonces.

Así, la *War Finance Corporation* de Eugene Meyer que prestaba dinero federal a las empresas, que había permanecido inactiva durante los años 1920, cambió su denominación por la de *Reconstruction Finance Corporation* y fue ampliada por Hoover en 1932, siguió estando presidida por el ufano Eugene Meyer, en las mismas oficinas de Washington, DC. Y más tarde, la Segunda Guerra Mundial trajo de vuelta la planificación colectivista de la Primera Guerra Mundial. El *War Industries Board,* otra agencia del gobierno federal, fue reorganizado por Bernard Baruch y reconstituido como *War Production Board* durante la Segunda Guerra Mundial y resucitado una vez más por Charles E. Wilson [28] durante el conflicto coreano.

El *War Labor Board*, diseñado para privilegiar a los sindicatos, fijar salarios y arbitrar disputas, sirvió de inspiración para el *National Labor Board* del primer New Deal de Roosevelt, al que sucedería el *National Labor Relations Board* en virtud de la Ley Wagner y sería completado por un *War Labor Board* durante la Segunda Guerra Mundial.

Particularmente peligrosas para acelerar el Estatismo son las guerras que acaban en victoria; mientras que Corea y Vietnam condujeron a una intensificación del poder del Estado, no generaron la nostalgia de por vida, el afán de recuperar los días de gloria, de una guerra victoriosa. Ninguna guerra americana ha sido tan exitosa como la Guerra del Golfo Pérsico, sobre todo si comparamos la proporción de bajas americanas y de sus enemigos o esa misma ratio expresada en número de muertos por día.

Por ello cabría esperar un ambiente sobrecargado ante la idea de llevar la guerra a los asuntos domésticos. En un mundo donde la televisión parece acelerar las

28 Según wikipedia.org era director Ejecutivo de General Motors cuando fue nombrado secretario de Defensa por el presidente Eisenhower.

respuestas públicas, esa movilización doméstica de posguerra ya ha comenzado. Este espíritu de guerra interna, como era de suponer, lo lanzó el presidente Bush en su discurso de victoria ante el Congreso el 6 de marzo de 1991:

> En la guerra que acaba de finalizar, había objetivos claros, plazos y sobre todo un imperativo primordial de lograr resultados. Debemos aportar ese mismo sentido de autodisciplina, ese mismo sentido de urgencia, a la manera en que nos enfrentamos a los retos aquí en casa.

Después de resumir parte de su actual programa nacional, las propuestas de "reforma y renovación", incluido "derechos civiles", carreteras, aviación, transporte y un "paquete de delitos" y tras elogiar su “histórica“ ley contra la contaminación del aire, del año anterior, su Americans with Disabilities Act (Ley de Estadounidenses con Discapacidades), su “medida estrella“, y su *Child Care Act* (Ley para el Cuidado Infantil) como portentos para el futuro, el presidente dio al Congreso una fecha límite: "*Si nuestras fuerzas pudieron ganar la guerra terrestre en 100 horas, seguramente el Congreso podrá aprobar esa legislación en 100 días*".

El presidente señaló entonces que en su discurso sobre el estado de la unión, que tuvo lugar cinco semanas antes, había planteado esta cuestión al Congreso: "*Si sin egoísmo y por el bien de una tierra tan lejana, hemos podido enfrentarnos al mal, seguramente podremos convertir nuestro país en todo lo que merece ser*". Gracias a su victoria, nos dijo el presidente, nuestras tropas "*transformaron una nación en casa*". El presidente concluyó que "*nos queda mucho por hacer en casa y fuera de ella*". Y lo haremos.

Señoras y Señores de América: ¡Sujétense el sombrero y guárdense bien la cartera y el bolso porque ahí estamos otra vez!

109.- LA REVOLUCIÓN LLEGA A CASA

Las elecciones de 1994 fueron la expresión electoral sin precedentes y aplastante de la revolución popular que se había estado fraguando durante muchos meses: un repudio masivo al presidente Clinton, al Partido Demócrata Clintoniano, a su persona y a todas sus obras. Fue el apropiado colofón a la serie de revoluciones contra el gobierno y el Socialismo en los antiguos Estados y satélites de la Unión Soviética. La revolución contra el gobierno ha llegado finalmente a casa. Un odio intenso y de grandes

proporciones hacia el presidente Clinton unido a un odio ideológico hacia Washington, D.C., el Leviatán federal y el Estatismo centralizado, han creado una combinación poderosa y combustible en la política estadounidense. Tan enorme fue el repudio que incluso cambió a muchos gobiernos estatales alejándolos del partido Demócrata y de la ideología Demócrata de intervención del gobierno en las vidas y propiedades de los estadounidenses. Intentos dirigidos a maquillar los resultados electorales de Clinton y sus artistas de la manipulación mediática que antes habían tenido éxito, fueron esta vez barridos como risibles ante el hecho patente de la revolución electoral.

Después de que Leon Trotsky fuera enviado al exilio por Stalin, escribió un amargo libro titulado “*La revolución traicionada*“. En el caso de la revolución bolchevique, la supuesta traición de Stalin a la Revolución Leninista tardó 15 años en llegar (en realidad, a pesar de la fascinación de los intelectuales occidentales por el cisma Stalin-Trotsky, fue mucho más una disputa personal y de facciones intra-bolcheviques que una traición ideológica).

En el caso de la magnífica revolución del mercado libre de noviembre de 1994, sin embargo, la traición empezó a urdirse casi de inmediato. De hecho, era inevitable, era intrínseca a la estructura de la política estadounidense actual.

El problema básico es el excesivamente elogiado "duopolio" del sistema de dos partidos, cimentado por una combinación de factores entre los que se encuentra: una circunscripción electoral de distrito único, un procedimiento que asigna a todos los representantes de los Estados al partido más votado en las elecciones legislativas y la socialización de los votos, adoptada como una "reforma progresista" en la década de 1890. Esa reforma permite al gobierno imponer restricciones onerosas al acceso del público a la votación, a la expresión de su voluntad electoral. Antes de la adopción de la votación socializada, o lo que solía llamarse "el sistema australiano", la votación era secreta, pero se hacía dejando caer en la urna una papeleta que suministraban los candidatos. No había una "papeleta electoral" de la que preocuparse.

Debido al sistema bipartidista, la única manera en que el electorado de 1994 podía expresar su deseo revolucionario de expulsar a los odiados Demócratas era votar Republicano. Por desgracia, las élites que controlan el Partido Republicano han tenido, desde hace mucho, puntos de vista muy similares a los

de los Demócratas, privando así al público estadounidense de cualquier auténtica alternativa filosófica.

La ideología común a las élites gobernantes de ambos partidos es el Corporativismo de Estado y el Estado del Bienestar; que se le califique de corporativismo "progresista" o "conservador" es en gran medida una cuestión de matices y de estética. Esencialmente, las élites corporativas y los medios de comunicación han estado participando en un juego en el que el que pierde es el pueblo americano. Cuando la gente está harta de un partido, las élites ofrecen una supuesta alternativa que sólo resulta ser más de lo mismo.

Sin embargo, no todo está perdido. La tensión interior contra el sistema proviene del hecho mismo de que el público ha sido condicionado con el fin de hacerle creer que participa en una auténtica elección y que hay sólidas diferencias ideológicas entre los dos partidos. Como resultado, la gente de la calle, tanto los votantes como los militantes de los partidos, tienden a tener ideologías que chocan y a exteriorizar ideas muy enfrentadas.

La gente de a pié y los militantes de los partidos tienden a creer en esas ideas y a tomárselas en serio. Y mientras que el público estadounidense, especialmente el conservador, tiende a estar satisfecho con la retórica de sus líderes políticos y a no preocuparse por la realidad de sus acciones, también es ahora más probable que se de cuenta de lo que está realmente pasando y se subleve iracundo contra el Estado Leviatán de Washington, D.C. que no cesa de crecer y lo mantiene sometido.

En el momento actual, los conservadores de base han atrapado a Robert Dole, que ahora es bien conocido por su devoción acomodaticia a cada vez mayores impuestos y mayores gastos. El verdadero peligro es Newt Gingrich, que ha cultivado una retórica de agitación que ha seducido a las masas conservadoras que confían en él para dirigir su revolución.

Incluso retóricamente, Newt Gingrich recuerda demasiado al errático Clinton, lo mismo sopla un día caliente que frío, cambia día a día, lo mismo llama un día a la revolución (lo que David Broder del *Washington Post* llamó recientemente "el malo Newt"), que al siguiente alterna con Promesas de "cooperación" con su presunto archi-enemigo de la Casa Blanca ("el buen Newt"). El muy controvertido "contrato" de Gingrich, por ejemplo, lejos de ser una expresión de retroceso del Gran Gobierno, es algo trivial o falso. Analicemos ahora algunos de los aspectos

fundamentales de la revolución contra el gobierno central y veamos con qué se conforman las élites republicanas, incluido Gingrich.

Impuestos. Olvídense de los menores e insignificantes recortes en el gravamen de las ganancias de capital, el aumento de las deducciones por hijos, etc ... El punto esencial es que Gingrich y los demás líderes están comprometidos con el desastroso concepto bipartidista Bush-Clinton (una palabra temible que en sí misma significa duopolio y renuncia a los principios) de nunca reducir los ingresos totales del gobierno, de modo que cualquier recorte de impuestos en cualquier concepto se debe compensar con aumentos de impuestos (o aumentos de "tasas") en otros. En particular, mientras que las élites republicanas no aprueben, o al menos propongan, drásticas reducciones en el monstruoso impuesto sobre la renta, la pretendida reducción del tamaño del Estado esgrimida por sus líderes seguirá siendo un fraude y un engaño.

Derogación de la ley Brady y del control de armas en general. Ni una palabra de sus líderes o en el "contrato".

Derogación de la Affirmative Action. Ni una palabra.

Desregulación, es decir, derogación de la Occupational Safety and Health Administration (OSHA) (Agencia encargada de la Seguridad e Higiene en el Trabajo), Americans with Disabilities Act (Ley de Americanos con Discapacidades), la Clean Air Act (Ley de Aire Limpio), etc... Ni una palabra.

Control de inmigración. En cuanto a la oposición a las mareas de inmigrantes ilegales, a la inmigración en general o el bienestar de los inmigrantes, ni una palabra.

Abolición de la ayuda exterior. No sólo no han dicho ni una sola palabra, sino que todos los líderes Republicanos, incluido Gingrich, están profundamente comprometidos con una política exterior estadounidense de intervención global, económica y militar.

Retirarse de Naciones Unidas, del Fondo Monetario Internacional (FMI), del Banco Mundial, etcétera. Lo mismo, puesto que todos los dirigentes están comprometidos con la continuación de la política exterior intervencionista global que ambos partidos han seguido desde la Segunda Guerra Mundial.

GATT y la OMC. En este crucial impulso hacia un comercio mundial dirigido, la gente, en la medida en que sabe algo al respecto, se muestra abiertamente en

contra. Gingrich, Dole, y el *Establishment* Republicano están plena y fervientemente a favor y no les importa la oposición del público. La excepción es Jesse Helms, que ha comenzado a redescubrir sus raíces de la Vieja Derecha.

Gasto público. No hay verdaderos recortes defendidos por las élites; en su lugar, el contrato promete aumentar el gasto militar en un mundo donde la amenaza soviética ha desaparecido. Una vez más se frustra el deseo del público de contar con una política exterior estrictamente limitada a los intereses de la nación.

Supresión de la Reserva Federal. ¡Ni mú!

Eliminación del Departamento de Educación, de la Energía, etc... ¡Ni mú! En su lugar, la élite republicana presenta engaños como la Enmienda para un Presupuesto Equilibrado y el aumento del poder ejecutivo sobre el Congreso con su capacidad para vetar partidas del presupuesto. No va a haber verdadera devolución de poder a los Estados, ni se va a restablecer la Décima Enmienda.

Entonces, ¿Por qué la situación no es desesperada? Gracias al enojado fervor antigubernamental de la base. Como muchos de los nuevos congresistas Republicanos no tenían la posibilidad de ganar, las élites del partido no se deshicieron de ellos cuando aún estaban en su cuna política. Muchos de esos políticos noveles reflejan los sentimientos de su distrito electoral que son los propios de una Derecha dura.

Si el público está alerta y mantiene la presión sobre las debilitadas élites de los partidos, unas élites que carecen de principios, es posible que los pueda contener y mantener en línea. Además, la revolución es una reacción polarizada ante el advenimiento de Clinton y el movimiento Clintoniano. Lo que la élite profesional "bipartidista" quiere por encima de todo es que los dos partidos importantes sean casi idénticos.

Las élites echaron a Bush y lo sustituyeron por Clinton en el 92 porque pensaban que Clinton era un "Nuevo Demócrata" seguro y centrista. En cambio, Bill, y especialmente Hillary, resultaron ser ideólogos de una Izquierda dura que escoraba demasiado a la Izquierda la totalidad del conflicto político de América llevándolo, en opinión de los socialdemócratas de centro, demasiado lejos. Ellos quieren que el perpetuo diálogo político quede limitado entre Demócratas "moderados" como Al From y Al Gore y Republicanos "moderados" como George Bush y Bob Dole. El acusado desplazamiento a la Izquierda de Clinton alteró los

planes y creó una brecha en la que el populismo anti-gubernamental podía desarrollarse y prosperar.

El movimiento de Clinton hacia la Izquierda polarizó la opinión política estadounidense y generó una reacción masiva en la dirección opuesta. Los auténticos libertarios y conservadores deben mantener e intensificar la presión desde abajo sobre los líderes Republicanos, dar ánimos a los nuevos congresistas y amenazar con irse a casa y no votar si sus aquéllos, siguiendo sus instintos, deciden traicionar los principios Republicanos en beneficio de los Demócratas.

La revolución popular no es una proposición única; es un proceso continuo, del que el gran movimiento de noviembre de 1994 fue un ejemplo notable. La nueva revolución populista es multifacética y necesariamente tiene lugar tanto dentro como fuera de la maquinaria electoral.

Vean la pelea que ha habido desde las elecciones por lo que quedaba del alma de Willie Slick. Las élites republicanas están pidiendo a Clinton que se desplace hacia el centro y forme una coalición con Republicanos "moderados". Paradójicamente, la principal esperanza para la libertad y para que algún día tengamos un gobierno pequeño es, en cambio, que Clinton, siguiendo a Hillary y a sus ideólogos, se escore a la Izquierda para intentar llegar al grueso de su electorado lo que polarizaría y movilizaría una reacción populista aún más intensa y masiva contra su gobierno. Si eso sucede, Clinton se quedará con Jesse Jackson y ACT-UP, mientras un populismo en ascenso, anti-impuestos, anti-regulaciones y anti-gubernamental, derriba su gobierno.

110.- EL PROBLEMA DE LAS SOLUCIONES APRESURADAS.

Si se supone que los conservadores y los economistas de libre mercado tienen una virtud dominante, es la de tener clara conciencia de las consecuencias indirectas de una política pública, no sólo de las inmediatas. Inspirados en ideas como la "Falacia de la Ventana Rota" de Henry Hazlitt, se supone que aportan a la vida política una actitud que propende a "mirar antes de saltar".

En cambio, en los últimos años, amigos y colegas, que debían saber más, han estado persiguiendo cada vez con más ahínco alguna rápida solución o algún truco llamativo que mágicamente resuelva nuestros problemas sin traer consecuencias negativas en su estela. Por desgracia, parecen haberse olvidado de la Ley Misesiana básica del Gobierno: que las acciones del gobierno, incluso y, quizás especialmente, las rápidas soluciones son capaces de meternos en un problema aún peor del que ya tenemos.

El defecto básico de esas soluciones rápidas es que se centran en un aspecto de un problema, a menudo la parte más políticamente atractiva, mientras desatienden otros asuntos importantes. Así, el sistema de cheques escolares se centra en los horrores de la escuela pública descuidando cuestiones más amplias y más importantes como es el hecho de que la educación se financie con fondos públicos y que el gobierno controle a todas las escuelas, públicas y privadas; la oposición al Estado del Bienestar se concentra en que los contribuyentes pagan quienes no hacen nada a cambio, descuidando la cuestión más amplia de por qué tienen los contribuyentes que subvencionar a otros, punto, estén ociosos o no.

Y tenemos principalmente que agradecer la desastrosa *Tax Reform Bill* ("Ley de Reforma Tributaria") de 1986 a los economistas de libre mercado, que en una búsqueda jacobina de igualdad y "justicia" cerraron tan bien las lagunas fiscales que hundieron el mercado inmobiliario. Además, y aunque es un hecho que ha pasado totalmente inadvertido, la reforma fiscal ayudó a acelerar la actual monstruosidad del sistema de salud de Clinton al eliminar casi por completo las deducciones de los gastos médicos no asegurados del impuesto sobre la renta, creando así un problema a quienes no cuentan con la cobertura de un seguro de salud.

La manía actual que tienen los economistas de libre mercado de buscar soluciones rápidas trajo la reciente *Balanced Budget Amendment (BBA) (Enmienda para el Presupuesto Equilibrado*). Parece que cada dos años el Congreso se pone tonto y se presenta esta Enmienda. No solo eso. Cada nueva versión de la Enmienda es peor que la precedente. El histérico deseo de aprobar cualquier Enmienda hace que se debilite paulatinamente el límite al aumento de los impuestos. Con la última *Enmienda Simon*, una mayoría simple del Congreso podría "resolver el problema de los déficits" aumentando los impuestos.

La Enmienda para el equilibrio presupuestario pone erróneamente el foco en "el déficit", como si éste fuese fiscalmente la raíz de todos los males y debiera ser eliminado por cualquier medio. El problema más amplio y más importante del Gran Gobierno no es el déficit; ni siquiera, lo es, como puso de relieve hace tiempo Milton Friedman, el gasto público total; lo es la acción del Estado. Punto. Fiscalmente incluye tres elementos que están entrelazados: el déficit, el gasto público y los impuestos. Un Gran Gobierno es un ente sobredimensionado, expansivo y parasitario que aplasta a la economía productiva, al "sector privado"; y el objetivo ha de ser hacer retroceder al Estado tanto y tan "drásticamente" como sea posible, lo que abarca a esos tres elementos del presupuesto estatal.

Si analizamos la Enmienda para el Equilibrio Presupuestario, la primera consecuencia, obviamente desafortunada, de concentrarse únicamente en el déficit es que, por un lado, podría muy bien traer consigo aumentos drásticos en la fiscalidad y, de hecho los trae, y, por otro, no haría nada para frenar el gasto público. Fiscalmente, lo único peor que un déficit es soportar impuestos más altos; aprobar una Enmienda que incremente los impuestos para combatir los déficits es lo mismo que curar a un paciente de bronquitis disparándole en el pecho.

Hay muchas otras cosas terribles en esa Enmienda. El mandato puede ser anulado en cualquier momento con el voto de tres quintas partes del Congreso; ignora el hecho de que un número cada vez mayor de partidas de gasto pueden estar "fuera del presupuesto" con lo que no estarían sujetas a ningún límite; e ignora el gasto público extra-presupuestario que se financia con fondos federales pero que gastan los Estados o empresas privadas; fondos, que pueden ser convenientemente asignados a los presupuestos de los Estados y que no figuran en el del gobierno federal.

Además, la Enmienda es un completo engaño; ya que no equilibraría el presupuesto en absoluto. Desde mediados de los setenta, el proceso presupuestario federal se ha centrado no en el presupuesto real para un año determinado, sino en presupuestos estimados para los próximos años. La Enmienda exigiría un equilibrio, no del presupuesto federal real, sino en las estimaciones realizadas por el Congreso en el presupuesto del próximo año. Y como cualquier tonto sabe, es muy fácil calcular lo que quieras y manipular suposiciones para obtener el resultado deseado. Tradicionalmente, el gobierno

siempre ha subestimado el gasto de sus acciones futuras y sobrestimado sus ingresos.

Así, una Enmienda no sólo aumentaría la carga impositiva sobre el pueblo estadounidense; también perpetraría un engaño cruel sobre un público que quiere que se ponga fin al déficit y que en realidad aceptaría así una Enmienda que sólo en apariencia, acaba con él. En resumen, la Enmienda ayudaría a un Estado grande a relajar la oposición pública a su expansión —lo que bien podría ser, al fin y al cabo, el objetivo de todo ello—.

Hay una cuestión final totalmente descuidada que fue enfatizada por el principal opositor de la Enmienda, el viejo y malvado Senador Robert Byrd (D-WV). Siempre dispuesto a vender dinero público y favores a cambio de votos, el Senador Byrd destacó elocuentemente una cuestión constitucional vital: que el Congreso debe mantener el único poder que es verdaderamente esencial, el poder sobre la cartera. La Enmienda le quitaría ese poder al Congreso, que a pesar de todos sus pecados es al menos responsable ante el pueblo que le vota, y lo pondría en manos de los jueces federales, un cuerpo no electo, irresponsable e inamovible de oligarcas que llevan mucho tiempo participando en una exuberante expansión de su propio poder.

Como expuso el Senador Byrd en su oposición a la Enmienda: "*El poder sobre la Bolsa pertenece al pueblo ... Está investido en la rama que representa al pueblo, elegido por el pueblo. Los jueces no son elegidos por el pueblo*".

Y hablando de soluciones rápidas, se nos viene encima una auténtica pesadilla. Durante mucho tiempo los libertarios han exigido que se privatice lo público, pero, como ocurre con demasiada frecuencia, incluso un objetivo loable como ése se ha visto perjudicado por haberse convertido en un fetiche, en el fin ansiado de todo un movimiento ideológico, con lo que se ha descuidado atender a consideraciones más extensas y más relevantes. Así, hemos visto en la antigua Unión Soviética que no basta con privatizar sino que mucho depende de la extensión y la forma de esa "privatización"; por ejemplo, ¿Hemos de alegrarnos cuando los miembros de la élite directiva comunista de los antiguos monopolios del acero, del cobre, etc..., se convierten repentinamente en propietarios "privados" de esos complejos anti-económicos?

Si miramos lo que sucede en casa, ahora nos encontramos con que a nuestro estimado *Internal Revenue Service (IRS)* [29], respaldado por el gobierno de Clinton, le gustaría participar en cierta privatización. Resulta que sería más eficiente para el Departamento del Tesoro externalizar, o sea privatizar, la recaudación de impuestos atrasados, encargando el trabajo a agencias de recaudación privadas. Oiga, ¿Queremos realmente que la recaudación del impuesto sobre la renta sea más eficiente al privatizar algunas o todas las agencias tributarias?

¿Queremos realmente que mediante una orden inapelable, una "policía fiscal" en manos de IBM o de *McDonald's* pueda fisgar en nuestras vidas y registros o nos pueda echar abajo la puerta? Cualquiera que conozca la Historia sabrá que la institución más odiada en la Europa pre-moderna fue el oficio de "recaudador de impuestos". El rey solía obtener mucho dinero rápidamente y ahorrarse los costos de una gigantesca burocracia vendiendo el derecho, o privilegio, de recaudar impuestos a algún particular. ¿Podéis imaginar cuán intensa y amargamente odiados por el pueblo pudieron llegar a ser los dedicados a semejante “oficio“, cuando carecían del manto protector que proporciona la soberanía o legitimidad?

Hay quienes creen que cuanto más despótico sea el Estado, mejor, ya que alentaría una revuelta revolucionaria del pueblo. Bueno, la privatización de la recaudación de impuestos podría provocarla.

---

29 El Servicio de Rentas Internas. Es la Agencia Tributaria del Gobierno Federal en Estados Unidos.

NUESTRA DEUDA INTELECTUAL

111.- WILLIAM HAROLD HUTT: 1899-1988

El 19 de junio, William Harold Hutt, uno de los economistas más productivos y creativos de este siglo, murió en Irving, Texas, a la edad de 89 años. Nacido en Londres, Hutt sirvió en el *Royal Flying Corps* en la Primera Guerra Mundial y después estudió en la *London School of Economics*, donde fue discípulo del gran economista Edwin Cannan. Hutt se graduó en 1924 y se dedicó a publicar durante varios.

Su primera publicación científica importante sigue siendo virtualmente desconocida hoy: una bibliografía anotada, excelente y penetrante, "*The Philosophy of Individualism: A Bibliography*", que escribió, con la ayuda del eminente liberal de laissez-faire Francis W. Hirst. El Libro fue publicado anónimamente por la *Individualist Bookshop of London* en 1927. La Filosofía del Individualismo sirvió, 30 años más tarde, de núcleo a la bibliografía anotada de Henry Hazlitt, *The Free Man's Library* (Van Nostrand, 1956).

De 1928 a 1965, Hutt enseñó Economía en la Universidad de Ciudad del Cabo en Sudáfrica. A mediados de los años sesenta, llegó a Estados Unidos, enseñó en varias universidades y se estableció en la Universidad de Dallas en 1971, donde enseñó durante diez años, hasta los 82 años, y sirvió de inspiración a una legión de estudiantes y colegas. Siguió siendo Profesor Emérito en Dallas hasta su muerte.

Sus grandes contribuciones han sido vergonzosamente ignoradas, lo que se puede atribuir a dos factores principales: (1) al hecho de que enseñó en el remanso intelectual de Sudáfrica, lejos de las grandes controversias intelectuales

de la profesión; y (2) al hecho de que se opusiera como una roca a las principales modas de nuestro tiempo, en particular al intervencionismo, al Keynesianismo y al entusiasmo general hacia los sindicatos.

La primera gran contribución de Hutt a la Economía fue su concisa y lúcida "*The Theory of Collective Bargaining*" ("*Teoría de la Negociación Colectiva")* (P.S. King, 1930), que sigue siendo hasta hoy el mejor libro de teoría sobre la determinación de los salarios. En este libro, Hutt criticó a muchos de los economistas clásicos y demostró de manera concluyente que los sindicatos no pueden aumentar las tasas salariales generales y que los aumentos salariales específicos sólo pueden llegar a costa de una dislocación del trabajo y una caída de los salarios de otros trabajadores. Ludwig von Mises escribió en el prefacio de la primera edición americana del libro de Hutt:

> El brillante ensayo del profesor Hutt no es simplemente una contribución a la Historia del Pensamiento Económico. Es más bien un análisis crítico de los argumentos expuestos por los economistas desde Adam Smith en adelante y por los portavoces de los sindicatos a favor de la tesis de que el sindicalismo puede elevar los salarios por encima del valor de mercado sin dañar a nadie más que a los explotadores.

Además de su notable trabajo sobre Teoría del Trabajo, el profesor Hutt escribió dos brillantes obras sobre Economía aplicada al mundo del Trabajo, es decir, sobre Historia del Trabajo. Suyo fue un sobresaliente ensayo incluido en el notable volumen editado por F.A. Hayek, "*Capitalism and the Historians*" (Chicago University, 1954). En él Hutt analiza la legislación (*Factory Acts*) que restringía el trabajo infantil en la Gran Bretaña del siglo XIX, demostrando que se basó en testimonios mendaces y que la Revolución Industrial hizo que mejorasen mucho las condiciones de los niños.

Además, en 1964, el *Institute of Economic Affairs* de Londres publicó el innovador trabajo de Hutt, "*The Economics of the Colour Bar*", en el que demostró que, contrariamente al mito, el sistema sudafricano de apartheid no fue originado por *afrikaners* de zonas rurales, sino por los sindicatos anglosajones, que ansiaban suprimir la competencia de los africanos que promocionasen a puestos de capataz y de experto artesano. De hecho, demostró que el *apartheid* industrial fue impuesto por una exitosa huelga general de 1922 dirigida por William H. Andrews, jefe del Partido Comunista de Sudáfrica bajo el lema "*¡Blancos uníos y*

luchad por un Mundo de Trabajadores!". Por su oposición al *apartheid* y por su defensa de un mercado laboral libre, el Departamento del Interior le retiró el pasaporte sudafricano en 1955, pero le sería devuelto después de que las críticas llegasen al Parlamento.

En su trabajo académico posterior a la Segunda Guerra Mundial, Hutt enfatizó el esencial dato empírico sobre los sindicatos: que descansan en el uso y la amenaza de la violencia, en particular contra los trabajadores de reemplazo durante las huelgas (universalmente despreciados con la expresión "esquirol" por medios de comunicación presuntamente objetivos). Si el Profesor Hutt a veces iba demasiado lejos y abogaba por que se prohibiera a los sindicatos por ser intrínsecamente monopolísticos, así como para que se eliminaran sus enormes privilegios y licencias gubernamentales para cometer actos de violencia, estaba por lo menos mucho más cerca de la realidad que la *Escuela de Chicago*, que se empeñaba en considerar a los sindicatos como legítimas agencias de colocación contratadas por los trabajadores, por más que fueran a veces ineficientes.

Otra área notable de contribución de William Hutt fue su defensa de un dinero sólido y la tendencia del mercado libre al pleno empleo, y sus brillantes y soberbias críticas de la Economía Keynesiana. En particular, podríamos citar su notable "*The Theory of Idle Ressources*" (Jonathan Cape, 1939) en el que demostró que los recursos ociosos de los Keynesianos —el desempleo y el "exceso de capacidad"— eran simplemente casos de capacidades que eran retiradas del mercado por parte de los propietarios de los recursos y no el resultado de una demanda insuficiente del mercado. Es más, la capacidad puede ser retenida, bien porque el Proteccionismo del gobierno dé soporte a los precios o a los salarios o bien porque la expectativa de políticas restrictivas o inflacionistas hagan que pronto aumenten los precios de mercado.

En 1963, Hutt publicó una crítica completa, aunque difícil, del Keynesianismo, "*Keynesianysm, Retrospect and Prospect*" (Regnery, 1963), que contiene, entre otras perlas, la mejor crítica del espurio "principio de la aceleración" jamás escrito. Una década y media más tarde, una revisión titulada *"The Keynesian Episode, A Reassesment*" (Liberty Press, 1979), que resultó ser en gran parte un libro nuevo, presentó una crítica más fácilmente accesible y actualizada de la doctrina keynesiana.

Finalmente, una de las grandes aportaciones de Hutt a la Historia y a la claridad del Pensamiento Económico fue su libro, correctamente titulado, "*A Rehabilitation of Say's Law*" (University Press, 1974) ("*Una Rehabilitación de la Ley de Say*"), en el que rescata a ese gran crítico de la noción de que la reducción del consumo sea la causa de los problemas económicos. Hutt defiende a Say frente a la deliberadamente falsa caracterización que de él hace Keynes en su *"The General Theory*" y de los inconstantes amigos que tiene en la profesión económica.

Aunque no era un austriaco de pleno Derecho, la metodología y el análisis del profesor Hutt estaban muy cerca de los austriacos y se consideraba con razón un simpatizante y un partidario del renacimiento austríaco moderno. Ciertamente estaba más cerca de la Economía Misesiana que del nihilismo posterior, que solo nominalmente es "austríaco", del profesor Lachmann y de sus seguidores más jóvenes. Pero sobre todo, Bill Hutt será recordado y honrado por la inquebrantable bondad y alegría de su personalidad. Todos los que entraron en contacto con Bill Hutt lo admiraron y lo quisieron y todos somos más pobres tras su muerte.

112.- FRIEDRICH AUGUST VON HAYEK: 1899-1992

La muerte de F.A. Hayek, que le sobrevino a la edad de 92 años, marca el final de una era, la era Mises-Hayek. Desilusionado del Socialismo Fabiano por la crítica devastadora que de él hizo Ludwig von Mises en su obra "*Socialism*", Hayek ocupa el puesto más relevante de la brillante generación de economistas y científicos sociales de la Viena de los años veinte que se convirtieron en seguidores de Mises y participaron en el famoso *privatseminar* que aquél reunía cada semana en su oficina de la Cámara de Comercio. En particular, Hayek desarrolló la brillante teoría del ciclo económico de Mises, que demostraba que los ciclos de auge y caída se producen no por misteriosos defectos inherentes al capitalismo industrial sino por la desafortunada expansión del crédito bancario inflacionario impulsada por los bancos centrales. Mises fundó el *Austrian Institute for Business Cycle Research* (Instituto Austriaco para la Investigación del Ciclo Empresarial) en 1927 y nombró a Hayek como su primer director.

Hayek desarrolló y expandió la teoría del ciclo de Mises, primero en un libro de finales de la década de 1920, "*Monetary Theory and the Trade Cycle*". El inglés

Lionel Robbins, un influyente seguidor de Mises, lo llevó a la *London School of Economics* en 1931. Allí dio Hayek una serie de conferencias sobre la teoría del ciclo económico que arrasaron en el mundo económico anglosajón y que se publicaron rápidamente en Inglés con el título "*Prices and Production*".

Hayek se quedó en Londres, en un puesto permanente en la London School Of Economics, y pronto convirtió a los principales economistas ingleses a la visión Misesiana-Austriaca del capital y de los ciclos económicos, entre ellos a Keynesianos de posterior renombre como John R. Hicks, Abba Lerner, Nicholas Kaldor y Kenneth E. Boulding. De hecho, en dos largos ensayos aparecidos en 1931-1932 Hayek critica la obra magna de Keynes, el "*Treatise on Money*" que constaba de dos volúmenes, destrozando ese trabajo y devolviendo a Keynes a la pizarra a inventar otra "revolución" económica.

Una de las razones de la rápida difusión de las opiniones misesianas en Inglaterra en los años treinta fue que Mises había predicho la Gran Depresión y que su teoría del ciclo económico proporcionaba una explicación para ese doloroso acontecimiento de los años treinta. Por desgracia, cuando Keynes volvió con su modelo posterior, la "General Theory" en 1936, su nueva "revolución" barrió e inundó la opinión económica, convirtiendo o arrastrando a casi todos los ex-Misesianos en su estela.

Inglaterra era entonces el prestigioso centro del Pensamiento Económico mundial, y Keynes tenía tras él la eminencia de la Universidad de Cambridge, así como su propia estatura en la comunidad intelectual. El encanto personal de Keynes y el hecho de que su supuestamente revolucionaria teoría diera el *imprimatur* de la "Ciencia Económica" al Estatismo y a los aumentos masivos del gasto público, hicieron que el Keynesianismo resultara irresistible. De todos los Misesianos que había en Viena y Londres, a finales de los años 1930 sólo quedaban Mises y Hayek como campeones indomables del libre mercado y opositores del Estatismo y del gasto público deficitario.

En años posteriores, Hayek admitió que el peor error de su vida fue no escribir una refutación de la "*General Theory*" tan devastadora como la que hizo para el "*Treatise*", pero había llegado a la conclusión de que no tenía sentido hacerlo, ya que Keynes cambiaba tan a menudo sus ideas. Es de lamentar que esta vez no hubiese una demoledora crítica de Hayek que le forzara a hacerlo.

Si la teoría del ciclo económico se vio anegada por el modelo Keynesiano, también lo fueron las críticas de Mises-Hayek al Socialismo, que Hayek había traído también a Londres, y a las que había contribuido en los años treinta. Pero esta línea de argumentación había llegado a su fin a finales de la década de 1930, cuando la mayoría de los economistas llegaron a la conclusión de que los gobiernos socialistas podían fácilmente realizar cálculos económicos simplemente ordenando a sus gerentes que actuaran como si estuvieran participando en un mercado real de recursos y de bienes de capital.

Durante la Segunda Guerra Mundial, en un momento desgraciado para la suerte de la libertad humana y de la Economía Austriaca, en medio de una era en la que parecía que el Socialismo y el Comunismo inevitablemente triunfarían, Hayek publicó "*The Road to Serfdom*" (1944). En él ponía en relación al Estatismo del Comunismo, de la Social-democracia y del Fascismo y demostraba que, de la misma manera que las personas que mejor se adaptan a cualquier ocupación se elevan a la cima en esas ocupaciones, en regímenes Estatistas, son "los peores" quienes ascenderán a la cumbre. Gracias a los esfuerzos de promoción financiados por J. Howard Pew de la entonces Sun Oil Company, que era propiedad suya, "*The Road to Serfdom*" se convirtió en una obra de extraordinaria influencia en la vida intelectual y académica de Estados Unidos.

En 1974, quizás no por casualidad, un año después de la muerte de su mentor Ludwig von Mises, F.A. Hayek recibió el Premio Nobel. El primer economista del mercado libre en recibir ese honor, a Hayek le fue concedido el premio explícitamente por su elaboración de la Teoría Misesiana del ciclo económico en los años 20 y 30. Como en la profesión económica, por aquel entonces, tanto Mises como Hayek habían desaparecido por el agujero orwelliano de la memoria, muchos economistas se fueron corriendo a averiguar quién podría ser ese Hayek, lo que contribuyó a un renacimiento de la Escuela Austriaca.

Que Hayek recibiera el Nobel en ese momento era algo profundamente irónico, puesto que, después de la Segunda Guerra Mundial, sus ideas comenzaron a diverger cada vez más de las de Mises y a recibir con ello la aclamación de los Hayekianos modernos que apenas conocían la obra que precisamente había convertido a Hayek en alguien eminente. En la medida en que Hayek se mantuvo interesado en la Teoría del ciclo económico, comenzó a mantener tesis cambiantes y contradictorias respecto del paradigma misesiano —tesis que iban

desde la exigencia de estabilización de precios, en contraste directo con su advertencia sobre las consecuencias inflacionarias de tales medidas durante los años veinte; a culpar a los sindicatos en lugar de al crédito bancario de la inflación de precios; a inventar extraños planes para que los individuos y los bancos emitieran una moneda propia—.

Cada vez más, los intereses de Hayek pasaron de la Economía a la Filosofía Social y Política. Pero aquí su enfoque difería notablemente de las cuestiones abordadas por Mises y se extendía a reinos más extensos. Todo el trabajo de la vida de Mises es prácticamente una red sin fisuras, una poderosa arquitectura, un sistema en el que agregó y enriqueció la Teoría Monetaria y del Ciclo Económico con Teorías Económicas y Sociales más amplias. Pero Hayek, en vez de proporcionar un sistema más elaborado y desarrollado, siguió cambiando su enfoque y punto de vista de manera contradictoria y confusa. Su principal problema, y su mayor divergencia con Mises, es que Hayek, en lugar de analizar al hombre como un ser racional, consciente e intencional, lo veía como un ser irracional que actuaba de forma casi inconsciente y ayuno de conocimientos.

Como Hayek despreciaba radicalmente a la Razón humana, no podía, como John Locke o los escolásticos, elaborar un sistema libertario de derechos personales y de propiedad basado en conceptos que la Razón humana derivase de las leyes naturales. Tampoco podía, como Mises, enfatizar la visión racional del hombre en cuanto a la importancia vital del *laissez-faire* para el florecimiento e incluso la supervivencia de la raza humana ni renunciar a cualquier intervención coactiva en la vasta e interdependiente red de la economía de libre mercado.

En cambio, Hayek tuvo que recurrir a la importancia de obedecer ciegamente cualquier regla social que haya "evolucionado" y su único y débil argumento contra el intervencionismo era que en una economía de mercado el gobierno era aún más irracional e ignorante que los individuos.

Es triste que en el mundo académico y en la vida intelectual de nuestros días se diga que el pensamiento de Hayek, posiblemente por su confusión, inconsistencia y contradicciones, debería haber atraído mucho más la atención de los estudiosos que la consistencia y claridad de Mises. A la larga, sin embargo, es más que obvio que Mises nos ha dejado un gran sistema intelectual y científico que perdurará en el tiempo mientras que la contribución duradera de Hayek se reducirá a lo que le fue reconocido por el comité del Nobel —su

elaboración de la teoría del ciclo de Mises—. Además, a Hayek siempre hay que honrarlo porque en los oscuros días de entreguerras y de la posguerra tuvo el coraje de permanecer hombro con hombro junto a su mentor haciendo frente a dos males que son hermanos gemelos: el Socialismo y el Keynesianismo.

113.- V. ORVAL WATTS: 1898-1993

V. Orval Watts, uno de los principales economistas de libre mercado de la Segunda Guerra Mundial y de la posguerra, murió el 30 de marzo de este año. Cuando lo conocí por primera vez, en el invierno de 1947, era un destacado economista de la *Foundation for Economic Education (FEE)*, la única organización y centro de reflexión pro libre mercado de esa época. Era un hombre agradablemente sardónico de unos cuarenta años. Nacido en 1898 en Manitoba, Vernon Orval Willard Watts se graduó de la *Manitoba University* en 1918 y obtuvo una Maestría y un Doctorado en Economía de la Universidad de Harvard en su más noble época pre-Keynesiana.

Después de enseñar Economía en varias universidades, Orval fue contratado por Leonard Read en 1939 para ser el economista de la Cámara de Comercio de Los Angeles, de la cual Leonard fue director Ejecutivo. Watts se convirtió así en el primer economista que se convirtió en empleado a tiempo completo de una cámara de comercio en Estados Unidos.

Leonard Read había convertido a la Cámara de Los Angeles en la organización empresarial municipal más grande del mundo y el propio Read había sido convertido al credo libertario del libre mercado por un notable miembro de la Cámara: William C. Mullendore, presidente de la *Southern California Edison Corporation*.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Read, asistido por Watts, prestó su notable talento organizativo para hacer de la Cámara de Los Angeles un faro de libertad en un mundo cada vez más colectivista. Cuando Read dio el paso audaz de trasladarse a Irvington-on-Hudson en New York para establecer la *Foundation for Economic Education (FEE)* en 1946, se llevó a Orval con él como asesor económico.

Durante la Segunda Guerra Mundial, Orval publicó su libro "*Do We Want Free Enterprise?*" (1944). En sus años de la FEE, publicó varios libros y escribió numerosos artículos para publicaciones de libre mercado. Entre sus libros se incluye "*Away From Freedom*" (1952), una crítica del Keynesianismo; su cruda

crítica de los sindicatos, *“Monopoly of the Union“ (1954),* y su ataque perspicaz contra las Naciones Unidas, *“United Nations: Planified Tyranny*“ (1955). También sirvió como asesor económico de la *Southern California Edison Corporation* y de varias otras compañías de la región de Los Angeles.

En 1963, a la edad de 65 años, cuando la mayoría de los hombres piensan seriamente en la jubilación, Orval reanudó su carrera docente, trasladándose a la recientemente establecida *Northwood University* (entonces *Northwood Institute*), un centro de enseñanza libre en Midland, Michigan.

Orval, Dios le bendiga, sirvió como director de Educación Económica y presidente de la División de Estudios Sociales en Northwood durante 21 años, hasta que se retiró en 1984 a la edad de 86 años. En Northwood publicó una excelente antología de artículos sobre el conflicto entre el libre mercado y la intervención del gobierno “*Free Markets or Famine?“* (1967), así como su último libro “*Politics versus Prosperity*“ (1976).

Orval Watts murió en Palm Springs, California, en marzo de este año, cuando acababa de cumplir los 95 años de edad. Le sobreviven su esposa Carolyn, un hijo, tres hijas, nueve nietos y dos bisnietos.

Podemos ver en el mundo actual lo importante que es la Historia para la formación de los valores y la identidad de una familia, un movimiento o una nación. Como resultado, la Historia se ha convertido en un verdadero campo de batalla de facciones contendientes. Cualquier movimiento que no tenga sentido de su propia Historia, que no reconozca a sus propios líderes y héroes, no va a llegar a mucho, ni merece un destino mejor.

114.- LUDWIG VON MISES: 1881-1973

Para aquellos de nosotros que hemos querido, y venerado a Ludwig von Mises, las palabras no pueden expresar nuestra gran sensación de pérdida: la de un hombre caballeroso, brillante y maravilloso; un hombre de integridad intachable; un valiente y constante defensor de la libertad humana; un estudioso que todo lo abarcaba; una noble inspiración para todos nosotros. Y sobre todo un amigo amable y encantador, un hombre que nos trajo al resto de nosotros la encarnación viva de la cultura y el encanto de la Viena de antes de la Primera Guerra Mundial.

La muerte nos arrebata no sólo a un amigo y mentor profundamente reverenciado, sino que repica la campana del fin de una era: la última marca viva de esa era más noble, más libre y mucho más civilizada de la Europa anterior a 1914.

Los amigos y estudiantes de Mises sabrán instintivamente lo que quiero decir: cuando pienso en él, pienso en primer lugar en aquellas ocasiones históricas en las que tuve el privilegio de tomar el té de la tarde en su casa: un pequeño apartamento que prácticamente respiraba la atmósfera de un tiempo perdido y mucho más civilizado. La gracia de la devota esposa de Mises, Margit; los preciosos volúmenes que eran los restos de una magnífica biblioteca casera destruida por los nazis; pero, sobre todo, el propio Mises, contando en su inimitable manera anécdotas de la Vieja Viena, historias de eruditos del pasado y del presente, ideas brillantes sobre Economía, Política y Teorías Sociales y comentarios astutos sobre la escena actual.

Los lectores de las obras majestuosas, formidables e intransigentes de Mises deben haberse visto a menudo sorprendidos al tratarlo en persona. Tal vez se habían formado la imagen de un Ludwig Mises frío, severo, austero, el erudito de la lógica rechazado por los simples mortales, amargado por las locuras que lo rodeaban y por la larga serie de errores e insultos que había sufrido.

No podían haber estado más equivocados; porque lo que encontraron fue la mente de un genio mezclada armoniosamente con una personalidad de gran dulzura y benevolencia. Ni una sola vez ninguno de nosotros oyó una palabra áspera o amarga escaparse de los labios de Mises. Ludwig Mises, siempre inflexible y cortés, siempre estuvo allí para alentar incluso los más pequeños signos de productividad o inteligencia en sus amigos y estudiantes; siempre allí para proporcionarnos su calor, así como para ayudarnos a dominar la lógica y la razón que sus obras, desde hacía mucho tiempo, proclamaban.

Y siempre estaba ahí para servir de inspiración y guía, como una estrella perenne. ¡Por que menuda vida vivió este hombre! Ludwig Mises murió poco después de cumplir 92 años y hasta cerca del final de su vida estuvo viajando por el mundo, derramando un torrente poderoso de grandes e inmortales obras, una fuente de energía y productividad pues enseñó ininterrumpidamente en la universidad hasta la edad de 87 años, viajando sin descanso por todo el mundo para leer artículos y dar conferencias en defensa del libre mercado y de una

ciencia económica dotada de sólidos cimientos —una poderosa estructura de coherencia y lógica a la que tanto contribuyó con su propia creación—.

La firmeza y el coraje demostrados por Ludwig Mises ante el tratamiento que recibió y que habría destrozado a otros hombres de menor entereza, fue algo que no dejó nunca de maravillarnos. Después de ser alabado por los líderes mundiales y lo más granado de la profesión económica, Mises se encontró con que, hallándose en la cima de sus facultades, su mundo había sido destrozado y traicionado. Mientras el mundo se precipitaba rápidamente hacia las falacias y males del Keynesianismo y del Estatismo, las grandes ideas y contribuciones de Mises fueron despreciadas y dejadas de lado y la gran mayoría de sus eminentes y otrora devotos estudiantes decidió plegarse a la nueva brisa.

Pero aún siendo vergonzosamente ignorado, viniendo a Estados Unidos a un puesto de segunda categoría y hallándose privado de la oportunidad de reunir a los mejores estudiantes, Ludwig Mises nunca se quejó ni vaciló. Simplemente se limitó a su gran propósito: esculpir y elaborar la poderosa estructura de la Economía y la ciencia social que solamente él había tenido el genio de ver como un todo coherente; y mantenerse inquebrantablemente firme por los cuatro costados en su defensa del individualismo y la libertad que él se dio cuenta que eran indispensables para que la raza humana sobreviviera y prosperase. Fue, en efecto, una estrella constante que no podía desviarse ni un ápice del cuerpo de verdad que él fue el primero en vislumbrar y presentar a todos los que quisieron escucharle.

Y contra todo pronóstico, lentamente pero con paso seguro, algunos de nosotros empezamos a reunirnos en torno a él, para aprender y escuchar y recibir sustento del resplandor de su persona y de su trabajo. Y en los últimos años, a medida que las ideas de libertad y libre mercado han comenzado a revivir y a extenderse con creciente rapidez en América, su nombre y sus ideas empezaron a tocarnos a todos la fibra y su grandeza a ser conocida por una nueva generación.

Optimista como siempre fue, confío en que Mises se sintió alentado por los signos de ese nuevo despertar de la libertad y de una sana economía que él había cincelado y que había sido durante tanto tiempo olvidada. No podíamos, por desgracia, recuperar la extensión y erudición de su espíritu; la gracia inefable

de la Vieja Viena. Pero espero fervientemente que fuimos capaces de endulzar sus días al menos un poco.

De todas las anécdotas maravillosas que Mises solía contar hay una que recuerdo con más claridad y que quizás transmita un poco de su ingenio y de su espíritu. Caminando por las calles de Viena con su amigo, el gran filósofo alemán Max Scheler, éste se volvió hacia Mises y le preguntó con cierta exasperación: "*¿Qué tiene el clima de Viena que engendra a todos estos Positivistas Lógicos [la escuela dominante en Filosofía moderna que Mises combatió toda su vida]*? Con su característico encogimiento de hombros, Mises respondió suavemente: "*Bueno, después de todo, hay varios millones de personas viviendo en Viena, y entre ellas solamente hay una docena de Positivistas Lógicos*".

Pero, Oh, Mises, ahora te has ido, y hemos perdido a nuestro guía, a nuestro Néstor, a nuestro amigo. ¿Cómo vamos a continuar sin ti? Pero tenemos que seguir adelante, porque no hacerlo sería una traición vergonzosa de todo lo que nos has enseñado, tanto por el ejemplo de tu noble vida como por tus inmortales obras. Dios te bendiga, Ludwig von Mises, y nuestro más profundo amor se va contigo.

115.- MARGIT VON MISES: 1890-1993

Margit von Mises murió el 25 de junio, apenas una semana antes de cumplir 103 años. Aunque físicamente frágil en los últimos años, Margit permaneció mentalmente alerta hasta unos meses antes de su muerte. De hecho, una frase tan convencional como que estaba "mentalmente alerta" apenas la describe: tuvo una mente aguda casi hasta el final, estuvo siempre vitalmente interesada en el mundo y en todos los que la rodeaban. Era imposible ponerle algo encima, como la gente suele tratar de hacer con los ancianos. De hecho, desde la muerte de su esposo Ludwig von Mises hace 20 años, uno tenía la impresión de que podía pensar y ser más astuta que todos los que entraban en contacto con ella.

Después de la muerte de su amado Lu, Margit entró en acción, convirtiéndose en la infatigable "industria Mises". Desenterró manuscritos inéditos de Lu, los hizo traducir y editar y supervisó su publicación. También supervisó reimpresiones y traducciones del trabajo publicado por Mises. Fue Presidenta del *Ludwig von Mises Institute*. Y empujó con fervor la causa de su difunto marido, así como las

ideas de libertad y pro libre mercado a las cuales él había dedicado su vida. Se negó a tolerar que cualquier desprecio o denigración de admiradores, fueran o no sinceros, o de discípulos de Mises pasara desapercibido o no se castigara.

El mayor logro de Margit en la industria Mises fue su maravillosa memoria de su vida junto con Lu, una historia conmovedora y romántica, así como dramática, en la que se embarcó después de la muerte de Lu en 1973, y que ella publicó tres años después (“*My Years with Ludwig von Mises*“, Arlington House 1976, CFE, 1984). Es notable que, a diferencia de las biografías necesariamente rígidas y formales de observadores externos, el recuerdo de Lu y Margit se mantendrá eternamente vivo en una obra que es una tarjeta de felicitación de San Valentín que da testimonio de un devoto matrimonio.

Es una bendición que Margit fuera capaz de pasar sus últimos días y meses en su amado apartamento en el *Upper West Side de Manhattan*, donde ella y Lu había vivido desde 1942. Era un apartamento acogedor y elegante, lleno de recuerdos, y, en las últimas décadas, con un busto maravilloso de Mises esculpido por una dama que se convirtió en una amiga de la familia. Para todos los amigos de los Mises, es un apartamento que despierta recuerdos de conversaciones encantadoras, acompañadas de sabrosos sándwiches, té, pasteles y visitas al estudio de Lu.

Margit era una mujer notable, que inspiraba gran simpatía en sus amigos, vecinos, médicos y enfermeras por igual. Su médico, un distinguido cardiólogo, no dejó de hacer repetidas visitas domiciliarias para atenderla; hasta su dentista, a quien acudió durante medio siglo, le hizo visitas a domicilio con todo su equipo de perforación. Pero aunque Margit estuvo en cama durante la mayor parte de sus últimos dos años, había sido más fuerte que la mayoría de la gente que la rodeaba. Como la mayoría de vieneses, los Mises eran caminantes inveterados y escaladores de montaña; con noventa años, Margit podía adelantar caminando (¡O hasta corriendo!) a personas que tenían la mitad o una tercera parte de su edad. De hecho, en el servicio religioso que se dio en su funeral, su nieta habló del asombro que le inspiraban los rápidos paseos de Margit que casi la dejaban exhausta a ella ("pues estaba acostumbrada a ir en autobús").

Una vez, Margit me dijo que alguien le había preguntado si había algo en común entre Lu, su primer marido, Ferdinand Sereny, y otros hombres que había admirado. "*Todos eran elegantes*", dijo. Y la elegancia es un término que viene a la

mente con Lu, Margit y otros productos de la época cortesana y maravillosa de la Viena de antes de la Primera Guerra Mundial. Se aplica a Lu, de quien Margit dice en sus memorias que nunca se habría permitido ser sorprendido sin llevar su chaqueta hasta en el clima más caliente y húmedo. Y a Margit misma, una actriz en su juventud, que cuando la conocí en la década de 1950, era tan increíblemente hermosa que yo estaba convencido de que la novia con la que se había casado Mises era una niña.

Margit von Mises fue la última de los Austriacos, el último vestigio de la vieja Viena. Y ahora Hayek se ha ido, y Margit se ha ido, y se fue ese apartamento en *West End Avenue* que tenía tantos recuerdos y que mantenían unidas a tantas luminarias del movimiento Misesiano: Larry y Bertha Fertig, Harry y Frances Hazlitt, JB y Ruth Matthews, Philip Cortney, Alfred e Ilse Schütz. Es vital que mantengamos la fe con ellos y que honremos sus vidas, para que ellos, su trabajo y su causa no se olviden.

Margit y Ludwig von Mises eran un magnífico equipo. Al contemplar sus vidas, todo el alboroto sobre "valores familiares" y "feminismo" parece absurdamente banal. Aquellos que conocían a Margit sabían que era una de las mujeres más fuertes que jamás habían conocido. Y sin embargo, a pesar o quizá por ese hecho, Margit fue insuperable en su devoción a Mises mientras vivió y en perpetuar su memoria y sus ideas después de su muerte.

Vivimos en una época en la que todo el mundo parece inclinarse en la dirección del viento más reciente, ansioso por mantener su estatus "políticamente correcto". Lu y Margit eran de otra pasta, mucho más nobles y de otra época. Siguieron sus propias convicciones y su propia estrella sin siquiera pensar por un momento en comprometer sus principios, y mucho menos en rendirse. La muerte de Margit von Mises, a pesar de sus 102 años, nos deja a todos más pobres y espiritualmente mermados.

116.- LA HISTORIA DEL *MISES INSTITUTE*

El *Mises Institute* se ocupa tanto del conocimiento económico como de la filosofía política pero aplicándola desde una perspectiva muy diferente. Considera que el "análisis político" desprovisto de principios, es charlatanería sin sentido para justificar lo que convenga —oscuras conclusiones políticas asentadas sobre cimientos de arena—. También cree que un análisis

político que no descanse sobre principios académicos apenas vale el papel sobre el que esté escrito o el tiempo y el dinero dedicados a él. En resumen, el único análisis de la escena política y económica contemporánea que vale la pena realizar ha de descansar consistentemente sobre firmes principios académicos.

Por otra parte, el *Mises Institute* cuestiona el enfoque, muy prevalente, de que el conocimiento académico suponga no tener que tomar nunca una posición ideológica. Por el contrario, para el *Mises Institute*, la propia devoción por la verdad sobre la que descansa el conocimiento implica necesariamente que aquélla debe perseguirse y aplicarse donde quiera que nos lleve, incluso en el ámbito de la actualidad. El conocimiento económico divorciado de su aplicación no es más que un estéril juego intelectual, al igual que el análisis de las políticas públicas sin conocimientos y sin principios conduce al caos.

Y descubrimos así que la cuestión que realmente subyace en la singularidad del *Mises Institute* es su doble programa de formación teórica y de aplicación del conocimiento: la artificial división existente entre ambos reinos queda con él superada. Los principios académicos se trasladan al análisis de la actividad del gobierno y a sus maquinaciones, del mismo modo que la Economía Política contemporánea se basa ahora en una sólida investigación científica. De los primeros axiomas a sus aplicaciones, tanto la Teoría Económica como la Economía Aplicada, forman por fin un todo integrado.

Y descubrimos también entonces cual es realmente la razón de la denominación del Instituto. No es casualidad que el Instituto sea la única organización de Estados Unidos que honre a la figura de Ludwig von Mises y que lleve su nombre. Porque Ludwig von Mises, con su vida y con su obra, ejemplificó como nadie la fusión, la integración, de los principios académicos y su aplicación. Mises, uno de los intelectos y eruditos más grandes del siglo XX, despreciaba la idea de que los estudiosos tuvieran que contentarse con teorizar en abstracto y nunca aplicar sus principios a las políticas públicas.

Por el contrario, Mises siempre combinó el estudio con las conclusiones políticas. Un hombre de gran valor, un hombre erudito de una integridad inusual, Ludwig von Mises nunca conoció otro camino que buscar la verdad hasta sus últimas conclusiones, por muy impopulares o desagradables que fueran. Y, como resultado, Ludwig von Mises fue el mayor y más intransigente defensor de la libertad humana del siglo XX.

No es de extrañar, entonces, que por lo general, los timoratos y los superficiales se apartasen de él y no quisieran tener nada que ver con su figura. Porque Mises en la búsqueda de la verdad y la libertad despreciaba todos los obstáculos y tentaciones. Al levantar la orgullosa bandera de Ludwig von Mises, el *Mises Institute* ha establecido un patrón para que reparen en él los sabios y honestos.

El *Mises Institute* se está expandiendo y floreciendo como nunca antes. *The Review of Austrian Economics*, una revista de alto nivel sobre teoría y aplicaciones de la Economía Austriaca, es también la única revista en ese campo. Sirve para expandir y desarrollar las verdades de la Economía Austriaca. Pero también alimenta a los austríacos, alienta a los nuevos austríacos a leer y escribir para la revista y encuentra austríacos maduros, hasta entonces aislados y dispersos en lo que a menudo son solitarios puestos en la vanguardia académica, que se sienten ahora estimulados a escribir y presentar artículos.

Estos hombres y mujeres ahora saben que no están solos, que son parte de un amplio movimiento nacional que está creciendo y adquiriendo dimensión internacional. Cualquiera de nosotros, que recuerde lo que fue encontrar a una persona que estuviera de acuerdo con nuestras aparentemente excéntricas opiniones en favor de la libertad y el libre mercado, apreciará lo que quiero decir y lo importante que ha sido el creciente papel del *Mises Institute*.

El programa integral de educación en Economía Austriaca del Instituto incluye también la publicación y distribución de artículos, libros y monografías, originales y reimpresiones y la celebración de conferencias sobre variados e importantes temas económicos, así como la posterior publicación en forma de libro de los artículos presentados a las conferencias. Su publicación mensual *The Free Market*, proporciona comentarios incisivos sobre el mundo de la Economía Política desde una perspectiva Austriaca.

Además, el *Mises Institute* tiene ahora su sede académica en la Universidad de Auburn donde se imparten programas de Máster y Doctorado (M.A. y Ph.D.) en Economía. El *Mises Institute* también ofrece un gran número de becas de posgrado, tanto a residentes en la Universidad de Auburn, como a no residentes, siempre que se trate de jóvenes y prometedores estudiantes de postgrado de cualquier parte del país.

Por último, pero no menos importante, cada verano el Instituto patrocina una conferencia de gran éxito de una semana de duración sobre la Escuela Austriaca.

Este programa, que cuenta con notables profesores, ha atraído a las mejores mentes jóvenes de todo el mundo y se ha ganado merecido reconocimiento como el programa más riguroso y completo de cuantos puede haber. Allí, los principales economistas austríacos participan en una intensa labor formativa y discuten con los estudiantes en un campus precioso. Los participantes son literalmente los mejores, los más brillantes y los más devotos austríacos en ciernes. A partir de ahí, se desarrollan, aprenden y se gradúan, se forman para convertirse en especialistas en Economía Austriaca, en empresarios o en líderes de opinión imbuidos de la verdad y la importancia de la Economía Austriaca y de la economía de libre mercado.

Además, el Instituto es único centro en el que los profesores evitan la práctica académica habitual de dar una conferencia y retirarse rápidamente de la escena; en su lugar, su asistencia a todas las conferencias anima a la camaradería y a desarrollar *un esprit de corps* entre profesores y estudiantes. Estas amistades y asociaciones pueden durar toda la vida y son vitales para construir a largo plazo un movimiento vibrante y cohesionado que promueva la Economía Austriaca y la sociedad libre.

El objetivo básico de este brillante conjunto de actividades es doble: avanzar en la disciplina, el cuerpo de verdad, en expansión e integrado, que es la Economía Austriaca; y construir un floreciente movimiento de economistas austriacos. Ninguna ciencia, ninguna disciplina, se desarrolla en abstracto ni surge espontáneamente de la nada; ha de haber gente que la alimente y la haga avanzar, hombres y mujeres individuales que hablen entre sí, que escriban y se relacionen, que interactúen y ayuden a construir el cuerpo de la Economía Austriaca y la gente que la sostiene.

El extraordinario logro del *Mises Institute* sólo puede entenderse en el contexto de lo que le precedió y de las condiciones a las que se enfrentó cuando echó a andar en 1982. En 1974, el famoso estudiante de Mises F.A. Hayek ganó el Premio Nobel de Economía, un sorprendente cambio si consideramos que los Premios Nobel anteriores, fueron a parar exclusivamente a Keynesianos matemáticos. 1974 fue también el año siguiente al de la muerte del gran teórico austriaco moderno y campeón de la libertad, Ludwig von Mises. El premio de Hayek provocó un verdadero renacimiento de esa olvidada Escuela de Pensamiento Económico. Durante varios años más tarde, se celebraron

anualmente conferencias académicas de una semana de duración que reunieron a los principales economistas austríacos de la época, así como a los jóvenes más brillantes; y los artículos presentados en esas reuniones se publicaron después en libros, contribuyendo a revivir y promover el enfoque austríaco. La Economía Austriaca revivía tras los 40 años de abandono impuestos por la Revolución Keynesiana —una revolución que tiraba a la incomparable, y en otra época floreciente, Escuela de Economía Austriaca por el agujero de la memoria orwelliano—.

En este floreciente renacimiento austriaco, había una idea tan evidente que se daba virtualmente por sentada: que el corazón y el alma del austriaco era, es y sólo puede ser Ludwig von Mises, esa gran mente creativa que había iniciado, establecido y desarrollado la Escuela Austriaca del siglo XX y el hombre al que el valor y la devoción a la verdad sin maquillar y sin compromisos le llevaron a ser el más destacado luchador por la libertad y la economía del *laissez-faire* de nuestro siglo. Merced a sus ideas, y a su glorioso ejemplo personal, Mises fue una inspiración y un faro para todos nosotros.

Pero entonces, en medio de este floreciente desarrollo, algo empezó a salir mal. Después de la última conferencia exitosa, en el verano de 1976, los seminarios anuales de alto nivel desaparecieron. Las propuestas dirigidas a consolidar y ampliar el éxito que el Instituto había tenido mediante el lanzamiento de una revista austriaca de corte académico, fueron repetidamente rechazadas. Los seminarios introductorios de verano continuaron, pero su tono comenzó a cambiar. Cada vez más, empezábamos a oír noticias inquietantes de una nueva y odiosa idea que se extendía: Mises, susurraron, había sido "*demasiado dogmático ... Demasiado «extremista», «pensaba que sabía la verdad», «alienaba a la gente*».

Sí, por supuesto, Mises fue «*dogmático*», es decir, estaba totalmente consagrado a la verdad, a la libertad y a la libre empresa. Sí, en efecto, aunque Mises fuera el más bondadoso e inspirador de los hombres, "*alienó a la gente*" continuamente, es decir, alienó sistemáticamente a los colectivistas, a los socialistas, a los aprovechados y a los oportunistas de todo tipo.

Y, por supuesto, esas acusaciones no eran nada nuevo. Mises había sido criticado por ello durante toda su valiente e indomable vida. Lo terriblemente inquietante era que quienes sostenían esas acusaciones se suponía que eran quienes debían tener mejor conocimiento de causa y saber de lo que hablaban: porque todos

ellos habían sido Misesianos aparentemente dedicados antes y durante el período de "auge" del Instituto.

Pronto se hizo demasiado claro qué juego estaba en marcha. Independientemente o de forma concertada, las diversas personas y grupos implicados en este cambio habían tomado una decisión crítica y consciente: habían llegado a la conclusión que debían haber comprendido antes, que la Praxeología, la Economía Austriaca, el intransigente *laissez-faire* no eran populares ni con los políticos ni con el *Establishment*. Tampoco esos puntos de vista eran "respetables" entre los académicos convencionales. El pequeño grupo de donantes ricos decidió que la ruta hacia el dinero y el poder estaba en otra parte, mientras que muchos jóvenes estudiosos decidieron que el camino a la cátedra pasaba por acostumbrarse a adoptar actitudes populares en el mundo académico en lugar de mantener un compromiso, a menudo despreciado, con la verdad.

Pero estos aprovechados no perseguían atacar directamente a Mises o a los austriacos; sabían que Ludwig von Mises era admirado y literalmente amado por gran número de empresarios y por muchas personas inteligentes, y no querían enajenar su apoyo actual o potencial. ¿Qué hacer? Lo mismo que hicieron los grupos que hace un siglo se apropiaron de la noble palabra "liberal" y la retorcieron para que significara su opuesto —Estatismo y tiranía— en vez de libertad [30]. Lo mismo que se hizo cuando el significado de la Constitución de los Estados Unidos cambió y pasó de ser un documento que restringía el poder del gobierno sobre el individuo a uno que respaldaba y legitimaba ese poder. Como escribió el destacado periodista económico Garet Garrett al calificar al *New Deal* de "*Revolución manteniendo las formas*", se trataba de mantener el nombre austriaco, pero cambiando su contenido para que se identificara casi con su contrario. Su contenido tenía que prescindir de la devoción a la ley económica y a los mercados libres y se tenía que sustituir por un nihilismo difuso y una blanda aceptación de los antiguos enemigos de Mises: el Historicismo, el Institucionalismo, hasta el Marxismo y el Colectivismo. Todos ellos eran, sin duda, más "respetables" en muchos círculos académicos. ¿Y qué hay de Mises? En lugar de atacarlo abiertamente, había que ignorarlo y, de vez en cuando,

30 El vocablo inglés '*Liberal*' hoy se entiende como asimilado a socialista o progresista. Ha perdido su sentido original. Actualmente se emplea la palabra '*libertarian*' para identificar a la corriente de pensamiento liberal clásica. En Europa, en el Reino Unido y en el resto de países de tradición anglosajona, ha conservado su significado original.

confesar que, en realidad, Mises habría estado en el fondo de acuerdo con esa nueva forma de ver las cosas.

En este miasma, en semejante oscuridad, llegados al punto en que parecía que las ideas de Ludwig von Mises iban a perderse para siempre en la Historia por segunda y última vez y cuando hasta el nombre de "austriaco" había sido capturado desde dentro por su enemigo, entró en escena el incipiente *Mises Institute*. El *Ludwig von Mises Institute* empezó su andadura en el otoño de 1982 con sólo una idea; no ser el protegido de nadie, no aceptar donaciones, ni a multimillonarios que le ayudasen a abrirse camino en el mundo. De hecho, los poderes fácticos que se encontraban en lo que entonces era el "*Establishment*" austriaco hicieron todo lo posible para que el *Mises Institute* no tuviera éxito.

El *Mises Institute* persistió sin embargo, inspirado por la luz de la verdad y la libertad, y poco a poco empezó a encontrar amigos y simpatizantes que tenían un gran amor por Ludwig von Mises y los ideales y principios por los que luchó a lo largo de su vida. El Instituto encontró que sus esperanzas estaban justificadas: que en realidad hay muchos más devotos defensores de la libertad y el libre mercado en América. Nuestra revista, nuestras conferencias, nuestros centros y nuestras becas han florecido y hemos podido lanzar un asalto académico pero intransigente contra el nihilismo y el Estatismo que se habían vendido a un desprevenido mundo como Economía "Austriaca".

El resultado de esa lucha ha sido muy gratificante. Miles de estudiantes están hoy familiarizados con la Escuela Austriaca como alternativa radical a la teoría dominante. La luz de la verdad ha prevalecido sobre la falsedad. Nadie disputa la denominación y el significado del término Austriaco en este contexto. El mercado libre de nuevo cuenta con alguien valiente que defiende principios. La Justicia, por una vez, ha triunfado. No solamente el renacimiento económico austríaco está floreciendo como no lo hizo nunca antes, sino que ahora se está desarrollando firmemente dentro de un auténtico marco austríaco. Por encima de todo, la Economía Austriaca es, una vez más, Misesiana, y siempre lo será.

117.- LA REVOLUCIÓN DE NOVIEMBRE … Y QUÉ HACEMOS CON ELLA.

(Murray Rothbard escribió este ensayo una semana después de las elecciones de noviembre de 1994. Circuló en privado como Memorándum Confidencial. Se publica por primera vez en este libro).

En la letra de una famosa canción de una generación atrás, Bob Dylan criticaba la entonces dominante cultura "*burguesa*", "*no hace falta un meteorólogo para saber por dónde sopla el viento*". Efectivamente, y el significado de esta frase hoy no tiene nada que ver con el que le daban los "*Weathermen*" [31], un grupo juvenil formado por unos locos estalinistas. De hecho, hoy en día esa frase tiene mucho sentido.

Significa esto: no tienes que ser un acreditado gurú de los medios de comunicación para entender el significado de las gloriosas elecciones de noviembre de 1994. De hecho, casi parece que para comprender claramente esas elecciones es requisito no ser un acreditado gurú. Ciertamente ayuda no ser miembro del cuadro de propagandistas y manipuladores mediáticos profesionales de Clinton.

Las elecciones no fueron un rechazo a los conservadores. No lo fueron puesto que los Republicanos no perdieron un solo representante ni en el Congreso ni en el Senado y tampoco un solo gobernador. Es evidente que las elecciones no fueron simplemente un acto de repudio al Congreso, un acto "anti-Congreso", como dijo George Stephanopoulos. Muchos gobernadores y legislaturas estatales experimentaron también cambios. Las elecciones no fueron expresión

31 The Weatherman es el hombre del tiempo (N. del T.).

de la ira del pueblo porque los objetivos más queridos del presidente Clinton no se tramitaran con la suficiente rapidez en el Congreso, como el propio Clinton afirmó. Muchos de sus objetivos (en materia de vivienda, trabajo, banca y política exterior, por ejemplo) se estaban aplicando por medios reglamentarios.

No, el significado de las elecciones verdaderamente revolucionarias de 1994 es obvio para cualquiera que tenga ojos para ver y esté dispuesto a hacer uso de ellos: fue un repudio masivo y sin precedentes al presidente Clinton, a su persona, a su equipo, a su ideología, a sus programas y a todas sus obras; además fue un repudio al Partido Demócrata de Clinton; y, fundamentalmente, un rechazo de los proyectos, actuales y futuros, del Leviatán que él dirigía.

En efecto, en 1994, el sentimiento anti-Demócrata y anti-Washington, D.C. que se había extendido a todo el país, se expresó en las elecciones de noviembre de la única manera posible en el contexto social de una democracia de masas: mediante una revolución electoral amplia y sin precedentes que repudiaba a los Demócratas y elegía a los Republicanos. Fue un acontecimiento al menos tan significativo para nuestro futuro como el ocurrido en la antigua Unión Soviética y sus satélites en el período comprendido entre 1985 y 1988, que en retrospectiva no hizo sino poner de manifiesto el desmoronamiento interno de un imperio.

Pero si la revolución popular constituye un repudio a Clinton y al Clintonismo, ¿Cuál es la ideología que se repudia y qué principios se están afirmando?

Una vez más, debe quedar claro que lo que se rechaza es al Gran Gobierno en general (sus impuestos, sus edictos, sus regulaciones, la confiscación de las armas y el gasto público) y, en particular, su arrogante ambición de controlar a toda la sociedad desde el centro político. Los votantes y los contribuyentes ya no están convencidos de que supuestamente haya justificación para una adaptación americana de la planificación central.

En el lado positivo, el público está afirmando vigorosa y fervientemente su deseo de volver a limitar y descentralizar el gobierno; aumentar la libertad individual y de la comunidad; reducir los impuestos, los mandatos y la intrusión gubernamental; volver a las costumbres culturales y sociales de los años previos a la década de los 60 y tal vez hasta de antes.

117.1 ¿CUÁLES SON LAS PERSPECTIVAS?

¿Hemos de celebrar los resultados de noviembre con indisimulado júbilo? En parte, la respuesta es una cuestión de temperamento personal, pero hay indicios que surgen de un análisis realista de este nuevo y emocionante desarrollo político.

En primer lugar, los conservadores y libertarios deben sentirse contentos ante el intenso y generalizado sentimiento revolucionario experimentado en todo el país, que se extiende desde pequeños pero numerosos grupos de base, usualmente hasta profesionales y académicos moderados. El rechazo a los Demócratas en las urnas y la rápida traslación de ese generalizado sentimiento popular a la acción electoral es ciertamente motivo de celebración.

Pero hay por delante grandes problemas y resistencias. Es vital que nos preparemos para poder enfrentarnos a ellos. No va a ser fácil conseguir que el Estatismo retroceda. Los Marxistas solían señalar, a partir de un largo estudio de la experiencia histórica, que históricamente ninguna élite gobernante ha renunciado jamás voluntariamente a su poder; o, más correctamente, que una élite gobernante sólo ha sido derrotada cuando grandes sectores de esa élite, por cualquier razón, habían renunciado y decidido que el sistema debía ser abandonado.

Tenemos que estudiar las lecciones del último derrumbe de una élite gobernante y de su monstruoso sistema Estatista, el de la Unión Soviética y sus Estados comunistas satélites. Hay a la vez buenas como posibles malas noticias en la historia de ese hundimiento y de sus interminables secuelas. La buena y gran noticia, por supuesto, es el desmoronamiento de los colectivistas en la U.R.S.S., a pesar de contar con el respaldo del terror sistemático y de sus asesinatos en masa.

Esencialmente, la Unión Soviética implosionó porque había perdido el apoyo, no sólo del pueblo en general, sino incluso de grandes sectores de las propias élites gobernantes. La pérdida de apoyo vino, en primer lugar, por la pérdida generalizada de legitimidad moral y de fe en el Marxismo, y luego, por el reconocimiento de que el sistema no estaba funcionando económicamente, ni siquiera para gran parte del Partido Comunista.

Las malas noticias, aunque no llegan en absoluto a eclipsar a la buena, provienen de la forma en que se hizo la transición del Comunismo a la libertad y los mercados libres. Esencialmente hubo dos errores graves e interconectados. En primer lugar, los reformadores no se movieron con la suficiente rapidez, se preocuparon por la ruptura social y no se dieron cuenta de que cuanto más rápido se produjera el cambio hacia la libertad y la propiedad privada, menores serían los disturbios de la transición y antes llegaría la recuperación económica y social.

En segundo lugar, los reformadores, en su afán por presentarse como conciliadores hombres de Estado, no sólo no castigaron a los gobernantes comunistas privándoles de sus medios de subsistencia, como habrían hecho unos contra-revolucionarios, sino que les permitieron seguir en sus puestos, con lo que aseguraron que la "ex"-élite comunista fuera capaz de resistir los cambios fundamentales.

En otras palabras, en la República Checa el decidido economista de libre mercado y primer ministro Vaclav Klaus fue capaz de introducir rápidos cambios que condujeron al país a un auténtico mercado libre, lo que también sucedió en cierta medida en los países bálticos, pero esas fueron excepciones ya que en los demás países ex-comunistas, al igual que en Rusia, los reformadores fueron demasiado amables, estaban demasiado ansiosos por la "reconciliación", fueron demasiado lentos y cautelosos. El resultado fue casi desastroso: pues todos ellos saludaban la retórica de los mercados libres y la privatización, mientras que en realidad los precios se descontrolaban y la industria seguía en manos del monopolio estatal.

Como dijo el que fuera economista Soviético y becario senior del *Mises Institute*, Yuri Maltsev: fue como si la Oficina de Correos de los Estados Unidos mantuviera su monopolio postal, mientras que de repente se le permitiera cobrar 2 dólares por un sello de primera clase; el resultado fue el empobrecimiento de la gente y más dinero para las arcas del Estado. Esto es lo opuesto a un cambio hacia mercados libres y propiedad privada.

Además, cuando finalmente tuvo lugar la privatización en Rusia, gran parte de los bienes privatizados fueron a parar a las viejas élites, lo que supuso la aparición de un sistema más parecido al régimen comunista aromatizado con "gangsterismo" privado que cualquier clase de mercado libre. Pero lo

fundamental es que el desconcertado público ruso culpó de ello a los mercados libres y a la empresa privada.

117.2 LA REVOLUCIÓN TRAICIONADA

El problema inminente al que se enfrenta la nueva Revolución Americana es demasiado parecido: que las élites del Partido Republicano utilizarán una retórica inspirada en la libertad, recortes fiscales, descentralización, individualismo y la vuelta a un Estado pequeño, pero su actuación irá precisamente en la dirección contraria. De esta forma, la acertada retórica de la libertad y de defensa de un Estado pequeño se utilizará, con efectos poderosos y potencialmente desastrosos, como tapadera para cimentar en su lugar un Estado Grande e incluso para hacernos avanzar en la dirección del colectivismo.

Esta sistemática traición fue precisamente lo que supuso y la función que desempeñó la Administración Reagan. Tan eficaz fue Ronald Reagan como retórico de la libertad y del Estado pequeño, aunque no como practicante, que, hasta hoy en día, la mayoría de los conservadores todavía no es consciente de la estafa que fue la Administración Reagan.

Porque la "Revolución Reagan" consistió precisamente en tomar el espíritu revolucionario, pro-libre mercado y pro-Estado pequeño de los años setenta y el resto del voto anti-gubernamental de los ochenta y convertirlo en su opuesto sin que ni la gente ni los agentes de esa revolución se dieran cuenta de lo que estaba pasando.

No fue hasta la llegada a la Presidencia de George Bush, que siguió la tendencia colectivista anterior al tiempo que se apartaba de la retórica de Reagan, cuando finalmente despertó el público conservador (el hecho de que Ronald Reagan fuera o no consciente de su papel y lo asumiera o no a sabiendas, es asunto de futuros biógrafos y es irrelevante respecto de la realidad objetiva de lo que realmente sucedió).

¿Estamos siendo meramente "cínicos" (como diría Clinton) o estamos basando nuestras advertencias en un único episodio histórico? No, simplemente estamos repasando la actividad y función de las élites republicanas desde la Segunda Guerra Mundial.

Desde la Segunda Guerra Mundial, y especialmente desde la década de 1950, la función del Partido Republicano ha consistido en ser "leal", “moderado",

"bipartidista" y en hacer una pseudo-oposición al programa colectivista y de Izquierda del Partido Demócrata. A diferencia de los bolcheviques más apocalípticos e impacientes, los mencheviques (ya se les llame *socialdemócratas*, *liberales corporativos* o *liberales "responsables"* [32], *conservadores "responsables"* o *Neo-conservadores* —las etiquetas cambian, pero la realidad sigue siendo la misma—) intentan que el pueblo norteamericano siga creyendo que tiene cierta libertad de expresión y elección y por eso existe un sistema con dos partidos.

El objetivo de estos moderados "responsables" o "ilustrados" ha sido el de encaminarnos hacia el Estatismo, reemplazando los antiguos ideales americanos de libre mercado, propiedad privada y gobierno limitado con un discurso turbio y ruidoso de alabanza a las glorias de la "Democracia" en contraposición a la dictadura unipartidista de la Unión Soviética.

En efecto, son tantas las supuestas virtudes de la "Democracia" imperante que hacer avanzar la "Democracia" en todo el mundo es ahora la única justificación de la política "moderada", "bipartidista", del duopolio Demócrata y Republicano (o sea de los '*Republi-cratas*') de intervención global, ayuda exterior y Mercantilismo comercial. De hecho, ahora que el colapso de la Unión Soviética ha eliminado el espectro de una amenaza soviética, ¿Qué otra excusa queda para proseguir con una política cómo ésa?

Si bien todo el mundo está familiarizado con la política exterior bipartidista, de cártel monopolista, que ha sido dominante desde la Segunda Guerra Mundial y que se ha perpetuado más tarde con variadas excusas (la amenaza soviética, la reconstrucción de Europa, la "ayuda" al Tercer Mundo, "el libre comercio", la economía global, la Democracia global" y un incipiente pero siempre presente temor a que se produzca una "vuelta al aislacionismo"), los estadounidenses están menos familiarizados con el hecho de que la política Republicana durante todo ese periodo ha sido también bipartidista en los asuntos domésticos.

Si nos atenemos a los datos fácticos y no a los discursos, vemos que la función de las Administraciones Demócratas (especialmente las de Roosevelt, Truman y Johnson) ha sido hacer avanzar la causa del colectivismo mediante *Grandes Saltos Adelante* y hacerlo en nombre del "Liberalismo"; mientras que la función de los Republicanos ha sido impedir el retroceso de ninguno de esos "avances

32 La expresión *liberal* se emplea en el texto en el sentido que se le da en Estados Unidos como asimilado a la Izquierda, al Socialismo (N. del T.).

sociales" en nombre de la oposición, de un Estado reducido y del "conservadurismo" e intensificar la colectivización y la expansión del Estado cuando han podido (especialmente Eisenhower, Nixon, Reagan y Bush). De hecho, hasta se podría discutir si Nixon contribuyó a ello más que su grosero predecesor de Texas. [33]

117.3 LA ILUSIÓN DE QUE PODEMOS ELEGIR.

¿Por qué se molestan los Republicanos en mantener la farsa de un sistema de dos partidos y de postular el ideal de un Estado pequeño? En primer lugar, el mantenimiento de alguna opción Demócrata, por muy ilusoria que sea, es vital para todas las distintas variedades de socialdemócratas. Desde hace tiempo se han dado cuenta de que una dictadura de un solo partido puede ser odiada, y probablemente lo será cordialmente, por sus fracasos reales o percibidos y podrá eventualmente ser derrocada, posiblemente junto con toda su estructura de poder.

El mantenimiento de dos partidos significa, por otro lado, que cuando la gente está harta de los males de un gobierno Demócrata puede recurrir a los Republicanos, hasta ese momento ayunos de poder. Y cuando después se cansan de la alternativa Republicana, pueden volver una vez más a poner a los Demócratas, que están esperando ansiosos su turno. Y es así como las élites gobernantes mantienen vivo un juego tramposo en el que el pueblo estadounidense es burlado en provecho de unos gobernantes que son los artífices de esa estafa.

La verdadera naturaleza de la élite gobernante republicana se puso de relieve cuando Barry Goldwater ganó la nominación republicana para la presidencia en 1964. Goldwater, los ideólogos y las bases de su movimiento conservador, eran radicalmente partidarios, o al menos aprecían serlo, de un Estado pequeño y anti-*Establishment*, al menos en Política Interior. La nominación de Goldwater asustó a las élites republicanas hasta tal punto que, encabezadas por Nelson Rockefeller, apoyaron abiertamente a Johnson para la Presidencia.

La sorpresa para las élites provenía del hecho de que los "moderados", aprovechando su dominio de los medios de comunicación, de las finanzas y de las grandes empresas, habían sido capaces de controlar a los delegados en todas

33 Entiendo que se refiere a Lyndon Johnson (N. del T.).

las convenciones presidenciales republicanas desde 1940, a menudo desafiando a las bases del partido (por ejemplo, Willkie frente a Taft en 1940, Dewey frente a Taft en 1944, Dewey frente a Bricker en 1948, Eisenhower frente a Taft en 1952). Tal era su poder que, a diferencia de lo que suele pasar a los traidores en partidos abiertos, no perdieron después toda su influencia en el Partido Republicano.

Fue el recuerdo de la asombrosa derrota de Goldwater lo que probablemente explica el afán que mostró Ronald Reagan o su movimiento conservador, nada más alzarse el primero con la nominación en 1980, en aceptar lo que se parecía mucho a un pacto amañado (es famoso que John Randolph de Roanoke en cierta ocasión lo llamó "negocio corrupto").

El acuerdo era el siguiente: las élites republicanas apoyarían la elección del candidato elegido por el partido y garantizarían a los Reaganitas los símbolos y los privilegios del poder, a cambio de que no intentaran seriamente hacer que retrocediera el Estado Leviatán contra el cual habían hecho campaña tan eficazmente. Y tras 12 años en el poder y disfrutando de sus ventajas en la rama ejecutiva, el movimiento conservador oficial parecía haber olvidado todos sus principios.

117.4 LA ELITE PARASITARIA

¿Es nuestro mensaje pesimista y sin solución? ¿Está todo perdido, estamos todos irremediablemente en las garras de la élite gobernante y deberíamos irnos a casa y olvidarnos de todo? La verdad es que no. Aparte de la inmoralidad de renunciar, hasta ahora no hemos mencionado el lado verdaderamente optimista de esta ecuación. Podemos empezar de esta manera: incluso dada la necesidad que tiene la élite de mantener dos partidos, ¿Por qué tienen que caer en una retórica radical de Derechas y de Estado pequeño?

Después de todo, la disyuntiva entre retórica y realidad puede llegar a ser embarazosa, incluso a ser una circunstancia agravante, y eventualmente puede llevar a las élites a perder el apoyo de las bases del partido, así como del público en general. Entonces, ¿Por qué adoptar ese discurso en absoluto? Phyllis Schlafly, seguidor de Goldwater, reclamó una "*elección, no un eco*"; Pero ¿Por qué el *Establishment* permite elecciones radicales, incluso en los discursos y en los programas?

La respuesta es que grandes sectores del público se opusieron al New Deal, así como a cada uno de los avances del colectivismo que ocurrieron desde entonces. Para gran parte del público, y sin duda para la mayoría de los afiliados al Partido Republicano, esa retórica no es algo vacío y carente de contenido. Ellos creen seriamente en la ideología anti-Gran-Gobierno. Así mismo, gran parte de las bases, y desde luego los miembros del partido Demócrata, son más abierta y ansiosamente colectivistas que la élite Demócrata o '*Demo-Publicana*' desearía.

Además, dado que el intervencionismo gubernamental no funciona, ya que es despótico, contraproducente y destructivo de los intereses de la masa del pueblo, el avance del colectivismo generará una reacción del público cada vez más hostil, lo que la élite de los medios llaman despectivamente un "retroceso".

En particular, el régimen colectivista y socialdemócrata destruye la prosperidad, la libertad y los principios y prácticas culturales, sociales y éticos de la masa del pueblo estadounidense, de la clase trabajadora y de la clase media. El gobierno por parte de una élite Estatista no es benévolo y tampoco es algo indiferente y reducido a determinar quien detenta en cada caso el poder: es un gobierno ejercido por un creciente ejército de sanguijuelas y parásitos que se comen la renta y la riqueza de los trabajadores estadounidenses, destruyen sus propiedades, corrompen sus costumbres e instituciones y se burlan de su religión.

El resultado último debe ser lo que pasa siempre que los parásitos se multiplican a expensas del huésped: primero, un descenso gradual a la ruina, y luego finalmente el derrumbe (y, por consiguiente, si es que a alguien le importa, destrucción de los parásitos mismos).

Por lo tanto, la élite dominante vive crónicamente en lo que los Marxistas llaman una "contradicción interna": prospera imponiendo una creciente miseria y un empobrecimiento cada vez mayor a la gran mayoría del pueblo estadounidense.

La élite parasitaria, aunque sea cada vez mayor, está formada por una minoría de la población, de lo contrario todo el sistema se hundiría muy rápidamente. Pero la élite está gobernando y destruyendo a la misma gente que le da sustento, a la mayoría de la gente que se supone ha de mantener a esas élites destructivas perpetuamente en el poder gracias al periódico ejercicio de su muy elogiada franquicia "democrática". ¿Cómo consiguen las élites salirse con la suya, año tras año, década tras década, sin sufrir un severo varapalo en las urnas?

117.5 LA COALICIÓN GOBERNANTE.

Un medio crucial para establecer y mantener ese dominio es a través de la cooptación, integrando en la élite gobernante a las clases que se dedican a formar opinión en una sociedad. Estos formadores de opinión son quienes se dedican a ello profesionalmente en las distintas ocupaciones: teóricos, académicos, periodistas y otros explotadores y manipuladores de los medios de comunicación, escritores y tores, autores, expertos, laboratorios de ideas, consultores, agitadores y terapeutas sociales. La proliferación de esos variados tecnócratas e intelectuales sirve a dos propósitos esenciales: proporciona gente que hace apología del régimen Estatista y dota la plantilla de la burocracia intervencionista y planifica el sistema.

Las claves de cualquier movimiento social o político son el dinero, los votos y las ideas. Las clases dedicadas a formar opinión, los tecnócratas e intelectuales, suministran las ideas, la propaganda y el personal para formar la nueva estructura estatal. La financiación es crítica y la proporcionan figuras de la élite en el poder: varios miembros de las clases adineradas o de las grandes empresas (usualmente corporaciones). El apelativo "Republicano de Rockefeller" refleja esta fundamental realidad.

Mientras que en una economía de libre mercado los grandes líderes empresariales y las empresas pueden servir muy productivamente a los consumidores, también son, muy a menudo, quienes buscan obtener subsidios, contratos, privilegios o cárteles del Estado, sobre todo cuando éste es grande. A menudo, los grupos de presión y los líderes hacen de bujía que hace saltar la chispa que pone en marcha el motor Estatista e intervencionista.

Lo que los grandes empresarios consiguen de esta mundana coalición al servicio de un super-Estado, son los subsidios y privilegios que les proporciona un Estado grande ¿Qué sacan los intelectuales y los formadores de opinión de ello? Un número cada vez mayor de empleos cómodos en la burocracia o en sectores subvencionados por el gobierno, dotar de personal al Estado regulador y asistencial, disculpándolo por sus políticas y dándole publicidad favorable ante el público. Para decirlo sin rodeos, los intelectuales, los teóricos, los expertos, las élites de los medios de comunicación, etc... consiguen disfrutar una vida que no podrían alcanzar en el mercado libre, pero que pueden ganar a expensas del

contribuyente —junto con el prestigio social que acompaña a las espléndidas subvenciones y a los magníficos salarios—.

Esto no equivale a negar a los intelectuales, a los terapeutas, a la gente de los medios de comunicación y demás, que puedan ser ideólogos y creyentes "sinceros" en la gloriosa era venidera del colectivismo igualitario. Muchos de ellos están impulsados por la antigua herejía cristiana, actualizada en su versión secularista y de la Nueva Era, y se ven a sí mismos como los Santos que han de llevar al país y al mundo al Reino comunista de Dios en la Tierra.

En cualquier caso, es difícil que alguien desde fuera pueda pronunciarse de manera concluyente sobre las motivaciones de otras personas. Pero no puede ser una coincidencia que la ideología de los intelectuales de Izquierda coincida con el propio interés económico que el creciente colectivismo les proporciona en forma de dinero, empleos y poder. En cualquier caso, cualquier movimiento que combine tan estrechamente su ideología con el interés económico en vivir a expensas del prójimo proporciona una motivación poderosa.

Así pues, la coalición promotora del Estado está formada por todos los que reciben o esperan recibir dinero y privilegios del Estado. Hasta ahora, hemos identificado a grandes empresas, intelectuales, tecnócratas y la burocracia. Pero los votos, los votantes, también son necesarios, y en el floreciente y expansivo Estado de hoy, los grupos anteriores se complementan con otros numerosos grupos de beneficiarios favorecidos por la generosidad del Estado: los clientes del Estado del Bienestar y, especialmente en las últimas décadas, los grupos sociales que son definidos por las élites como "víctimas" y "oprimidos".

A medida que la Izquierda descubre e inventa a más y más "oprimidos", éstos reciben del Estado cada vez más subsidios, regulaciones favorables y etiquetas o insignias que los identifican como "víctimas". Y a medida que los "oprimidos" se expanden en círculos cada vez más amplios, sean negros, mujeres, hispanos, indios americanos, discapacitados y así *ad infinitum*, el poder de voto de la Izquierda aumenta sin cesar, de nuevo a expensas de la mayoría del pueblo norteamericano.

117.6 CONECTANDO CON LA MAYORÍA

Con todo, a pesar del creciente número de los que se encuentran del lado de los que reciben y se benefician de la generosidad del Estado, las élites que moldean

la opinión pública deben seguir cumpliendo su tarea esencial de convencer o ablandar a la mayoría oprimida para que no se percate de lo que está pasando. Conviene que la mayoría esté contenta y que esté quieta. Controlando a los medios de comunicación, especialmente los “respetables“ y respetados medios nacionales, los gobernantes intentan convencer a la burlada mayoría de que todo va bien, de que cualquier voz que no venga de las alas "moderadas" y "respetables" de ambos partidos es la voz de peligrosos “extremistas“ chalados que hay que rechazar a toda costa.

La élite gobernante y los medios de comunicación hacen todo lo posible para fijar al país en el "moderado ... centro vital" —por supuesto, luego, van desplazando el "centro" hábilmente hacia la Izquierda década tras década—. Para el *Establishment*, los "extremos", tanto a la Derecha como a la Izquierda, se deben evitar. Sin embargo, sus actitudes hacia ambos extremos son muy diferentes.

La Derecha es vilipendiada por estar formada por locos o malvados reaccionarios que quieren ir más allá de la aceptable tarea de limitarse a frenar el cambio colectivista. En su lugar, en realidad, quieren "volver atrás el reloj de la historia" y derogar o abolir al Estado. La Izquierda, por otra parte, es criticada más amablemente por ser impaciente y demasiado radical, y por lo tanto, ir demasiado lejos demasiado rápido y provocar una arriesgada contra-reacción de la siempre peligrosa Derecha. La Izquierda, en otras palabras, tiene el peligro de que puede arruinar la función.

117.7 EL ASCENSO DE CLINTON

Las cosas iban sin problemas para el centro vital hasta las elecciones de 1992. América estaba atravesando una de sus periódicas revulsiones del partido en el poder, Bush desagradaba cada vez más, y la élite del poder, desde Rockefeller y Wall Street hasta los expertos Neo-conservadores que infestaban nuestra prensa y nuestras pantallas de televisión, decidieron que había llegado la hora de hacer otro cambio. Lanzaron una feroz campaña de propaganda contra Bush por aumentar los impuestos (cuando esa misma gente había ignorado la mayor presión fiscal decretada por Reagan) y lo vituperaron por traicionar el mandato recibido de sus votantes para reducir el tamaño del sector público (por ejemplo,

en un evento de la *Heritage Foundation* previo a las elecciones, un empleado trajo un plato con una réplica realista de la ensangrentada cabeza de Bush).

Y lo que es aún más esencial, las élites nos aseguraron que Bill Clinton era un moderado aceptable, un "nuevo Demócrata", en el peor de los casos un centrista que solamente presentaría una matizada diferencia con el Republicano de centro Bush y, en el mejor de los casos, una persona con la que podrían trabajar los moderados y los conservadores de Washington y New York así como Wall Street.

Pero la élite gobernante, ya sea de Derecha o de Izquierda, no es ni omnipotente ni omnisciente —sino que mete la pata como el resto de nosotros—. En lugar de un Izquierdista moderado, consiguieron una motivada y casi-fanática Administración de Izquierda, impulsada por la energía semi-maniaca del presidente y la mezcla de ideología de extrema-izquierda e implacable pulsión por el poder de una Hillary arrogante y beata que daba miedo.

El rápido y omnicomprensivo cambio hacia la Izquierda operado por Clinton desbarató los planes del *Establishment*. El repentino desplazamiento hacia la extrema-izquierda, unido a una reacción nacional sin precedentes de odio hacia la persona y carácter de Clinton, abrió una brecha en el centro y provocó un intenso y generalizado repudio de Clinton y en general del Gran Gobierno.

El pueblo había sido derrotado y estaba hastiado; estaba harto. Un viejo amigo me recuerda que los Republicanos bien podrían haber hecho campaña con el eslogan simple pero muy eficaz de su última gran victoria de 1946: "*¿Ya has tenido bastante? ¡Vota Republicano!*". En resumen, se había iniciado sin ambages la revolución populista de Derechas, semi-libertaria y anti-gran Gobierno.

¿Qué está haciendo ahora la élite gobernante? Tiene una tarea difícil en sus manos —una tarea que todos los que verdaderamente aprecian la libertad de mercado tienen que hacer que se vuelva imposible—.

La élite gobernante debe hacer lo siguiente. En primer lugar, debe asegurarse de que, cualquiera que sea el discurso que emplee, el líder Republicano en el Congreso (y su eventual candidato presidencial) mantiene los temas bien centrados y "moderados", y, al mismo tiempo, con independencia de cómo lo disfrace, mantiene e incluso hace avanzar el programa de Gran Gobierno.

En segundo lugar, al menos durante los próximos dos años, debe velar por que Clinton se pone la indumentaria de Nuevo Demócrata que lucía antes y

abandona su programa de extrema-Izquierda. De esta forma, los nuevamente triunfantes centristas de los dos partidos podrían retomar su cómoda colaboración, y las élites financieras y de los medios de comunicación podrían sumergirse confortablemente y proseguir con la apacible navegación a la que están acostumbrados, haciendo avanzar sin descanso la causa colectivista.

117.8 FRUSTRANDO LA DEMOCRACIA

No es casualidad que esos dos objetivos supongan una burla de la Democracia y de las elecciones democráticas. No hay duda de que las bases del partido Demócrata, las minorías, los sindicatos de profesores, etc...—y los militantes y activistas del partido—, reclaman que siga y hasta que se acelere el programa de extrema-Izquierda de Clinton.

Por otro lado, la voluntad popular, expresada en las elecciones de 1994, por la mayoría de una clase media y obrera y desde luego por los militantes y activistas del Partido Republicano, está a favor de revertir y derribar al Gran Gobierno y el Estado del Bienestar. No sólo eso, sino que están hartos, enojados y decididos a hacerlo, es decir, tienen un estado de ánimo revolucionario.

¿Habéis notado cómo las élites socialdemócratas, por más que hablen continuamente de la importancia esencial de la "Democracia", norteamericana y mundial, se agrian rápidamente en cuanto aparece algo que no les gusta en una elección democrática? Con qué rapidez acuden a los medios de comunicación e intentan con mentiras y calumnias, cuando no con abierta coerción, suprimir la voluntad democrática.

Puesto que la élite gobernante vive de explotar y dominar a los gobernados, sus intereses económicos siempre están enfrentados a los de éstos. Pero el rasgo fascinante de la escena americana durante las últimas décadas ha sido el conflicto sin precedentes, el choque fundamental entre la élite intelectual empresarial y burocrática gobernante, por un lado, y la masa de estadounidenses, por el otro. El conflicto no se circunscribe únicamente a los impuestos y a las subvenciones, sino que es global y se extiende a lo social, cultural, moral, estético y religioso.

En un penetrante artículo publicado en el número de diciembre de 1994 de la revista *Harper's*, el difunto sociólogo Christopher Lasch, como anticipo de su inminente libro *"The Revolt of the Elites"*, señala cómo las élites estadounidenses

se han alzado contra prácticamente todos los valores, costumbres y tradiciones estadounidenses. El estadounidense de la calle se ha dado cuenta de ello, lo que ha impulsado y acelerado la revolución populista de Derechas, una revolución no sólo contra el Estado, los impuestos y los controles de Washington, sino también contra todo el conjunto de actitudes y costumbres que la élite está intentando imponer al recalcitrante pueblo norteamericano. Éste finalmente lo ha comprendido, está enfadado y ha iniciado la revuelta.

117.9 LA PROPOSICIÓN 187: UN CASO DIGNO DE ESTUDIO.

La Proposición 187 de California proporciona un caso fascinante y digno de estudio que evidencia la esencial grieta que existe entre las élites intelectuales, empresariales y de los medios, y el público en general. Pone de manifiesto la ingente financiación y la enorme propaganda que las élites están dispuestas a gastar para frustrar los deseos de la gente; la movilización del apoyo de las minorías "oprimidas"; y finalmente, cuando todo lo demás falla, la voluntad de poner en marcha los instrumentos de coerción anti-democrática para bloquear, si cabe de manera permanente, la voluntad manifestada por una gran mayoría del pueblo estadounidense. En resumen, ¡"Democracia" en acción!

En los últimos años, una ola de inmigrantes, en gran parte ilegales, ha inundado California, algunos proceden de Asia, pero principalmente vienen de México y otros países de América Latina. Estos inmigrantes han dominado y transformado gran parte de la cultura, han demostrando que no quieren asimilarse y han inundando los servicios que se financian con impuestos como la atención médica, los programas de asistencia social y las escuelas públicas. La consecuencia fue que el ex-funcionario de inmigración Harold Ezell ayudó a presentar una iniciativa popular, la Proposición 187, que simplemente pedía que California aboliera toda la financiación pública a la inmigración ilegal.

La Proposición 187 planteaba una cuestión clara, era un referéndum en el que había que contestar si uno aprobaba o no la completa eliminación de un programa de bienestar social dirigido a todo un colectivo de personas que estaba fuera de la Ley. De ser nuestra estimación del sentir del electorado acertada, esa iniciativa debía contar con el apoyo no sólo de todos los conservadores y libertarios, sino de todo norteamericano que estuviera en su

sano juicio. Es seguro que los ilegales no deberían poder abusar del contribuyente.

El apoyo a la Proposición 187 se extendió como un reguero de pólvora, consiguió abundantes firmas y alcanzó rápidamente una ventaja de 2 a 1 en las encuestas, y ello a pesar de que sus partidarios, los que organizaron el movimiento, eran un pequeño grupo de base del que nadie había oído hablar jamás. Pero la totalidad de los prominentes y bien financiados grupos de la élite no sólo se opuso a la Proposición 187, sino que también la criticó sin piedad.

Entre los críticos estaban los grandes medios de comunicación, las grandes empresas y sindicatos, organizaciones de profesores, de médicos, hospitales, trabajadores sociales (estos últimos cuatro grupos, por supuesto, recibían fondos de los contribuyentes que les eran canalizados a través de los sistemas públicos de asistencia sanitaria, social y educativa), intelectuales, escritores, académicos, izquierdistas, Neo-conservadores, etc... Denunciaron a los defensores de la Proposición 187 acusándolos de nativistas (?), fascistas, racistas, xenófobos, nazis y hasta de defender la pobreza, el hambre y la fiebre tifoidea.

En esa generosamente financiada campaña de histeria y difamación participó todo el movimiento libertario oficial (la Izquierda libertaria), incluidos casi todos los comités de expertos libertarios y "pro-libre-mercado" excepto el *Mises Institute*. El Partido Libertario de California también se involucró; lo hizo oponiéndose ferozmente a una medida popular que privase de fondos públicos a la inmigración ilegal, lo que resulta bastante llamativo, y con la improbable promesa de que si el número de inmigrantes ilegales seguía creciendo habría una revuelta que acabaría con el Estado del Bienestar.

El *Orange County Register*, una publicación libertaria que fue en el pasado coherente, denunció amargamente la Proposición 187 día tras día y difamó al congresista Republicano del Condado de Orange, Dana Rohrabacher, que se había mostrado cercano a la línea editorial de la revista y del movimiento libertario por favorecer la Proposición 187. Esos editoriales provocaron que muchos lectores, y muchos contribuyentes, enviaran un número sin precedentes de cartas al director expresando su enfado.

Por su parte, organizaciones oficiales de expertos Neo-conservadores y libertarios se unieron a la condena de la Proposición 187 impulsada por las élites. Trabajando en estrecha colaboración con Stephen Moore del *Cato Institute*,

César Conda de la *Alexis de Tocqueville Institution* hizo circular una declaración contra la medida firmada por individuos de la *Heritage Foundation*, del *American Enterprise Institute*, del *Manhattan Institute*, de la *Reason Foundation* e incluso del *Competitive Enterprise Institute*.

El *Wall Street Journal* denunció la iniciativa casi tan despiadamente como el diario progresista del *Establishment*, el *Los Angeles Times*, mientras que los aspirantes a presidenciables Neo-conservadores Jack Kemp y Bill Bennett se suicidaban políticamente al hacer una declaración conjunta en Washington, D.C., el centro del Leviatán, instando a los californianos a derrotar la medida. Este acto fue autodestructivo porque el Gobernador Pete Wilson, al frente del resto del Partido Republicano de California, se había aupado pronto al carro de la Proposición 187, con lo que no solo salvó su futuro político sino que pudo utilizar el tema para remontar la gran ventaja que sobre él tenía su rival, la izquierdista Kathleen Brown, y acabar aplastándola.

El caso de los laboratorios de ideas o grupos de expertos es un rompecabezas relativamente fácil de resolver. Las grandes fundaciones que hacían importantes donaciones a organizaciones de centro-Derecha se oponían enérgicamente a la Proposición 187. También influyó el deseo de recibir el aplauso de los medios y a tener aceptación social en la capital federal donde una respuesta equivocada lleva a perder respetabilidad.

Pero la pregunta interesante es: ¿Por qué Kemp y Bennett se unieron a la campaña contra la Proposición 187 y por qué continuaron denunciándola después de terminada? Al fin y al cabo podrían no haber dicho nada; no siendo californianos podrían haberse quedado fuera del conflicto.

Informes fiables revelan que fue el famoso William Kristol, sucesor dinástico y apostólico de su padre Irving, el padrino del movimiento Neo-conservador, quien "convenció" a Kemp y a Bennett para que adoptasen esa temeraria postura.

Es interesante especular sobre los medios que empleó Kristol, cómo se las arregló, de qué convincentes ardides se valió para persuadirlos. Seguramente no lo hizo solo con medios completamente intelectuales; y seguramente Kemp y Bennett, especialmente a la hora de tratar con el padrino, mantuvieron la mirada puesta, no simplemente en sus ambiciones presidenciales, sino también en los cargos institucionales extremadamente bien remunerados, y de desempeño no muy costoso, de los que ahora disfrutan.

Mientras tanto, conforme al patrón habitual, las élites gobernantes fueron capaces de movilizar a los sectores "oprimidos" del pueblo contra la Prop. 187, de modo que los negros y los grupos que han sido, y seguirán siendo en buena medida inmigrantes, como los asiáticos y judíos, votaron contra la medida y lo hicieron con mayorías claras, aunque modestas.

Por supuesto, quienes votaron abrumadoramente contra la Proposición 187 fueron los hispanos, que constituyen el grueso de inmigrantes legales e ilegales de dicho Estado, donde muchos ilegales también votan ilegalmente. Polarizando aún más la situación, los mexicanos y otros hispanos se manifestaron en gran número, ondeando banderas mexicanas y de otras naciones latinoamericanas, exhibiendo pancartas en español y en general irritando a los votantes blancos. Hasta el gobierno mexicano, del dictador Salinas y de su sucesor Zedillo, sopesó denunciar la Proposición 187 por constituir una "violación de derechos humanos".

Tras una campaña masiva, en el mes de octubre, de los medios de comunicación y de las demás élites, las encuestas concluyeron que la Proposición 187 había pasado de contar con un respaldo de 2 a 1 a una situación de empate, explicando que "*en cuanto la gente tuvo la oportunidad de examinar la Proposición 187, se dio cuenta*" y bla bla bla. Sin embargo, cuando el humo se disipó tras la noche electoral, resultó que después de todo el dinero y toda la propaganda, la Proposición 187 había sido aprobada por ... 2 a 1! En resumen, o bien los sondeos mediáticos habían mentido, o, lo que es más probable, el público, percibiendo la hostilidad mediática y el choque ideológico y cultural, simplemente mintió a los encuestadores.

El punto final y más instructivo de esta saga es simplemente éste: las élites, tras perder de forma apabullante a pesar de sus arduos esfuerzos, y comprobar que la voluntad democrática iba inequívocamente contra ellas, recurrieron rápidamente a la coacción descarada. Tan solo habían pasado 24 horas de las elecciones cuando un juez federal suspendía de aplicación y bloqueaba cualquier actuación derivada de la Proposición 187, hasta que en alguna fecha futura, la judicatura federal la declare inconstitucional. Y no cabe duda de que en un par de años eso es precisamente lo que harán los déspotas de la Justicia Federal, con su Tribunal Supremo a la cabeza.

117.10 ¡TANTO POR LA "DEMOCRACIA"!

Para la Izquierda, los Neo-conservadores, los conservadores oficiales y todas las élites, una vez se pronuncia el poder judicial federal, en particular la venerada Corte Suprema, todo el mundo tiene que callarse y tragarse la decisión. ¿Pero por qué? ¿Por qué se supone que un poder judicial independiente y la revisión judicial son algo sagrado y que proporcionan sabios controles y equilibrios sobre las distintas ramas del gobierno?

Sin embargo, esa es la mayor falsedad de la Izquierda, el mayor engaño de todos. La Constitución tenía por objeto sujetar al gobierno central con cadenas de acero, para mantenerlo estrecha y estrictamente limitado, para salvaguardar los derechos y poderes de los Estados, de las colectividades locales y de los particulares.

En los primeros años de la República Americana, ningún líder político o estadista esperaba a que la Corte Suprema interpretara la Constitución; y la Corte no tenía el monopolio de interpretar la Constitución o de hacerla cumplir. Lamentablemente, en la práctica, la judicatura federal no es "independiente" en absoluto. Es nombrada por el presidente, confirmada por el Senado, y es desde el principio parte del propio gobierno federal.

Pero, como John C. Calhoun advirtió con sabiduría en 1850, una vez que permitimos que la Corte Suprema sea el intérprete monopolista del poder gubernamental —y por lo tanto de su propio poder— el eventual despotismo del gobierno federal y su judicatura se convierte en inevitable. Y eso es precisamente lo que ha sucedido. El Tribunal Supremo y el resto del Poder Judicial, de ser el instrumento destinado a sujetar y limitar severamente el poder del Leviatán federal, han retorcido y transformado totalmente la Constitución en un instrumento "vivo" y, por lo tanto, en una herramienta esencial de su propio poder, un poder despótico y casi-absoluto que recae sobre la vida de cada ciudadano americano.

Una medida actualmente muy popular a ojos del pueblo estadounidense es la limitación de mandatos de las legislaturas estatales y de la federal. Pero la tragedia de este movimiento es que yerra el blanco. Por una vez, la Izquierda tiene razón cuando señala que el pueblo puede "limitar" el mandato legislativo por sí mismo, como hizo gloriosamente en las elecciones de noviembre de 1994, ejerciendo su voluntad democrática y echando a los corruptos.

Pero, por supuesto, ingeniosamente, ni la Izquierda ni los conservadores oficiales, ponen el foco en las ramas del gobierno que no responden en absoluto ante el pueblo estadounidense y cuyos miembros no pueden ser expulsados por el voto democrático depositado en las urnas. Son esas recargadas ramas de gobierno imperial y tiránico las que necesitan desesperadamente límites a su mandato y nadie está haciendo nada al respecto. A saber, el Poder Ejecutivo que, aparte del propio presidente que solo está limitado a partir del tercer mandato, está permanentemente encastillado en la Administración Civil y que por lo tanto no puede ser expulsado por los votantes; y, sobre todo, los jueces federales, que están allí durante catorce años, o, en el caso de la oligarquía de la Corte Suprema de Justicia, nos fastidian de por vida.

Lo que realmente necesitamos no es limitación de mandatos de los políticos elegidos, sino la supresión de los funcionarios y de la Administración Civil (que sólo comenzó en la década de 1880) y del supuesto "sistema de méritos" de las élites tecnocráticas y burocráticas; y, sobre todo, la eliminación de la despótica judicatura.

117.11 ¿POR QUÉ DEMOCRACIA?

A todo lo ancho del espectro ideológico, para la Izquierda, los Liberales, los Neo-conservadores y los conservadores oficiales, la "Democracia" se ha considerado como un *shibboleth* [34], como un concepto moral último y absoluto, que prácticamente reemplazaría a todos los demás principios morales, incluidos los Diez Mandamientos y el Sermón de la Montaña. Pero, a pesar de esa universal adhesión, como ha señalado David Gordon, experto del *Mises Institute*, "*no se ofrece casi ningún argumento para apoyar la conveniencia de ... la Democracia y los pocos argumentos que se presentan parecen tremendamente endebles*". El imperativo primordial de la Democracia se considera algo auto-evidente y sagrado, que está aparentemente fuera de discusión para los simples mortales.

¿Qué tiene la Democracia, de hecho, que la haga tan grande? La Democracia apenas es una virtud en sí misma, y mucho menos una prioridad, y no es tan importante como la libertad, los derechos de propiedad, un mercado libre o un gobierno estrictamente limitado. La Democracia es simplemente un proceso, un

34 *Shibboleth* se refiere a cualquier uso de la lengua indicativo del origen social o regional de una persona, y de forma más amplia cualquier práctica que identifique a los miembros de un grupo, una especie de santo y seña (wikipedia) (N. del T.).

medio de seleccionar gobernantes y políticas gubernamentales. No tiene más que una virtud, pero ésta puede ser realmente importante: proporciona un medio pacífico de que triunfe la voluntad popular.

Las papeletas, según la vieja frase, pueden servir como alternativa pacífica y no disruptiva a las balas. Por eso tiene sentido exhortar a las personas que respaldan un cambio radical (en el sentido de un cambio decidido, no necesariamente inclinado a la Izquierda) de la política existente a que lo hagan "operando dentro del sistema", esto es, convenciendo a una mayoría de votantes en lugar de emprendiendo una revolución violenta.

Por consiguiente, cuando los votantes desean un cambio radical, es de vital importancia que ese cambio se refleje rápidamente y sin problemas en las instituciones políticas; el bloqueo de ese deseo subvierte el propio proceso democrático y polariza la situación hasta amenazar o incluso provocar conflictos violentos en la sociedad. Si las papeletas electorales han de ser un efectivo sustituto de las balas, entonces se las debe permitir operar y producir inmediatos efectos.

Esto es lo que hace que el bloqueo de los mandatos de los votantes, como el de la Proposición 187, sea tan peligroso y destructivo. Y sin embargo, está claro que las élites gobernantes, cuando fracasan en las urnas, desean y están dispuestas a utilizar medios anti-democráticos para subvertir los deseos de los votantes.

La Proposición 187 es sólo un ejemplo. Otro es el tratado GATT que establece una Organización Mundial del Comercio - OMC (*World Trade Organization - WTO*) para imponer el Mercantilismo a escala global, lo que fue abrumadoramente rechazado por los votantes. Fue sometido a votación en un Congreso repudiado y deforme, integrado por políticos que, como señaló el presidente del *Mises Institute* Lew Rockwell, llevaban virtualmente etiquetas con su precio colgando del cuello.

No hay duda de que el Poder Judicial Federal no encontraría nada inconstitucional al respecto. Pero está dispuesto a fabricar todo tipo de "derechos" constitucionales que no aparecen en la Constitución por ninguna parte y que son profundamente cuestionados por el electorado. Estos incluyen el derecho a recibir una educación, lo que implica la existencia de escuelas públicas bien financiadas; el derecho de los homosexuales a no ser discriminados; los derechos civiles, la *Affirmative Action* y así sucesivamente.

Al respecto, baste mencionar la famosa decisión Roe contra Wade, en la cual la Corte Suprema fabricó un "derecho" federal al aborto; desde la fundación de la Constitución, asuntos como ésos siempre fueron considerados parte de la jurisdicción de los gobiernos estatales y una cuestión de policía. Se supone que el gobierno federal sólo debe tratar de los Asuntos Exteriores y las disputas entre los Estados.

Como ha señalado el columnista del *Washington Times* y Profesor Adjunto del *Mises Institute*, Samuel Francis, es legítimo horrorizarse ante la perspectiva de que los anti-abortistas empleen la violencia contra los médicos y clínicas abortistas, pero se olvida una cuestión fundamental: que a aquellos que creen que el aborto es un asesinato se les dijo, como a todos los demás, que se comportaran pacíficamente y "dentro" del sistema democrático. Lo hicieron y persuadieron a los votantes y a las legislaturas de varios Estados para que se restringiera o incluso prohibiera el aborto.

Pero todo ello ha sido en vano, porque la Corte Suprema de Justicia, que no ha sido elegida y no tiene que rendir cuentas, ha declarado que el aborto es un derecho federal, con lo que se ha saltado a todas las legislaturas estatales, y se supone que ahora todo el mundo se tiene que aguantar y ha de respetar ese fallo. Pero en ese caso, ¿No constituyen esas declaraciones anti-democráticas de los déspotas de la Corte Suprema una invitación abierta a la violencia?

En respuesta a la violencia de unos cuantos anti-abortistas, el movimiento pro-abortista se ha acercado peligrosamente a pedir la supresión de la libertad de expresión: ya que afirma que quienes creen que el aborto es un asesinato son en realidad los responsables de la violencia, ya que han creado una atmósfera ideológica, un "clima de odio", que prepara el terreno para la violencia. Pero por supuesto, con ello lo que se pretende es darle la vuelta a la tortilla. El escenario, las condiciones para la violencia, han sido establecidas no por escritores y teóricos anti-abortistas, sino por los tiranos absolutistas del Tribunal Supremo y los que hacen apología de ese poder absoluto.

No fue siempre así. El espíritu verdaderamente democrático de la Antigua República se expresó mucho mejor en las famosas palabras que el presidente Andrew Jackson dedicó al paladín del Gran Gobierno de aquella época: “*Su Señoría el juez Marshall ha tomado su decisión; ahora déjenle que la haga cumplir“.*

117.12 ¿QUÉ HACEMOS CON LA JUDICATURA?

Un ingrediente esencial para que una revolución sea de verdad eficaz es que se haga algo respecto al despótico Poder Judicial. No basta, aunque sea indispensable, abogar por fundamentales medidas legislativas para revertir y abolir el Gran Gobierno y el Estado del Bienestar. Para que cualquiera de esos objetivos se pueda alcanzar el Poder Judicial Federal ha de ser desarmado.

Asumiendo que la presión del pueblo y de los votos pueda conseguir el control del Congreso, a continuación habría de actuar contra la judicatura federal. ¿Cómo? El *Impeachment* es un proceso demasiado lento y engorroso y sólo puede hacerse juez por juez. Una Enmienda constitucional, presentada por el Congreso o por el número requerido de Estados, establecer límites temporales a los mandatos de los políticos, que es la medida favorita de muchos, o el movimiento que respaldó la Proposición 187, ofrecen mejores alternativas pero también son medidas muy lentas y que pueden ser bloqueadas por una minoría. El camino más rápido y directo es que actúe el Congreso, y lo puede hacer sin necesidad de engorrosas Enmiendas, eliminando prácticamente toda la jurisdicción del Poder Judicial Federal.

Por lo tanto, si así se desea, el Congreso puede derogar las distintas leyes reguladoras de la Jurisdicción Federal y aprobar una nueva que devuelva a los Tribunales Federales a su jurisdicción original, muy estrecha y limitada. Y aunque según la Constitución, el Congreso tendría que seguir pagando su salario actual a cada juez del Tribunal Supremo, podría despojar a los jueces de todo el personal, de sus empleados, edificios, medios, etc... utilizando al efecto su poder de apropiación.

Por otra parte, la Constitución sólo obliga a contar con un único Tribunal Supremo. El Congreso puede suprimir el resto del aparato judicial federal, incluidos los distritos y cortes de apelación, y puede de ese modo reducir eficazmente el poder del Tribunal Supremo al dejarlo solo y con la obligación de resolver los miles de casos que se presentan anualmente ante los Tribunales Federales. En una batalla entre el Congreso y los Tribunales Federales, el Congreso tiene todas las cartas para salir con el triunfo.

117.13 ¿LA REVOLUCIÓN HA SIDO YA TRAICIONADA?

Bastaron menos de 24 horas para que la gran revolución pacífica, democrática y popular contra el Gran Gobierno y todas sus obras fuera traicionada. No sólo por los tribunales, sino lo que es más sorprendente, por los líderes Republicanos del Congreso y del Senado ahora posicionados para frustrar la voluntad de los nuevos Republicanos que el pueblo eligió para que cumpliera sus deseos. A la cabeza de ellos estaba nuestro viejo amigo William Kristol, quien, en cada discurso post-electoral, instó a los Republicanos a no actuar como "kamikaze" y a no emprender misiones "suicidas" contra el Gran Gobierno. En cambio, instó a que se concentraran en las reformas institucionales, ganaran victorias simbólicas en contra de uno o dos programas, reunieran poco a poco el apoyo del público para realizar nuevas reformas, etc...

¿Y cuál debería ser el objetivo de todos estos cambios y maniobras? El objetivo, como dijo a la audiencia de *Empower America*, es que los Republicanos recuperen la Casa Blanca en 1996. Para Kristol y sus amigos, el poder por sí mismo es el único fin de la política. ¿Qué pasa con el gobierno limitado, la libertad, la propiedad y cosas parecidas? Esas son buenas ideas para dar de comer a las masas conservadoras, pero no tienen ninguna importancia a la hora de "gobernar".

Aunque las bases del partido conservador ya han descubierto que Bob Dole defiende “Impuestos altos“, el principal y más peligroso traidor a la Revolución es Newt Gingrich, quien a menudo emplea una ardiente retórica revolucionaria y derechista, mientras que en realidad colabora con el Estado del Bienestar colectivista. En los años ochenta, su récord de gasto no era especialmente conservador y, de hecho, estaba por encima de la media del gasto público de los Republicanos. Recordemos también que la principal victoria legislativa de este auto-proclamado defensor del "libre comercio" fue la imposición de sanciones comerciales a Sudáfrica, por las que tanto él como Jack Kemp tanto se esforzaron.

Por desgracia el público conservador se queda con demasiado frecuencia en la mera retórica y no sopesa las verdaderas acciones de sus iconos políticos. Así que el peligro es que Gingrich no solo tenga éxito en traicionar al público revolucionario, sino que también consiga engañarle y le haga creer que ya han ganado y que pueden cerrar la tienda y volver a casa. Hay algunas pruebas que

son críticas para averiguar si Gingrich o su "contrato" es o no, en la práctica, realmente fiel a esa revolución o si él, o los demás líderes Republicanos, la están traicionando.

Impuestos. ¿Se han reducido sustancialmente los tipos de gravamen, especialmente de los impuestos sobre la renta (y, se han abolido lo antes posible)? Y lo que es aún más importante: ¿Se reducen sustancialmente los ingresos fiscales totales? Desafortunadamente, todos los líderes Republicanos, incluyendo a Gingrich, están firmemente comprometidos con el axioma subyacente al desastroso acuerdo presupuestario de Bush con el Partido Demócrata de 1990: que cualquier recorte en los ingresos fiscales en cualquier ámbito ha de verse "equilibrado" por el aumento de otros impuestos, "tasas" o "contribuciones" en otro. Por lo tanto, además de efectuar importantes recortes fiscales en los impuestos sobre la renta, no se deberían proponer nuevos impuestos ni aumentar en ningún caso los ya existentes.

Gasto público. Debe haber grandes recortes en el gasto del gobierno federal, y eso significa verdaderos “recortes” y no "techos o límites"; ni recortes en la tasa de crecimiento del gasto; ni recortes en los aumentos proyectados; ni consolidaciones; ni transferencias de gastos y todas las demás tonterías con las que se ha alterado el significado de la sencilla palabra "recorte". Hasta ahora, el "revolucionario" Gingrich sólo ha hablado de limitar algunos gastos para permitir incrementos en el "costo de la vida" y de transferir responsabilidades de gastos de una agencia o nivel de gobierno a otro.

¡Pero horror! ¿Cuando hablo de recortar me refiero a aprobar recortes en Defensa, en la Seguridad Social, en Medicare y en todo lo demás? Sí, sí, y sí. Sería más simple y más eficaz aprobar, digamos, una inmediata reducción del 30 por ciento del gasto federal con efectos desde el primer año. El recorte reduciría el monto de cualquier derecho pre-existente y los burócratas podrían aliviar su histeria decidiendo qué gastos se deberían incluir en el mandato de reducción de ese 30 por ciento.

Desregulación. La desregulación de las empresas y de las personas debe ser total e inmediata. No se puede concebir ningún argumento digno para el gradualismo o para establecer fases en esta cuestión. Huelga decir que todos los mandatos dirigidos a los Estados o a los individuos que no cuenten con financiación deben ser abolidos de inmediato. Todos los "derechos civiles", "derechos de los

discapacitados", regulaciones, etc... deben ser abolidos. Lo mismo ocurre con cualquier reglamentación electoral o de campaña y más aún con las "reformas". Deben abolirse las regulaciones y controles sobre las relaciones laborales, incluidas la *Norris-LaGuardia Act* [35] y la sacrosanta *National Relations Act* (Ley Nacional de Relaciones Laborales).

Privatización. Debe darse impuslo a un movimiento serio dirigido a privatizar operaciones del gobierno federal, y si no, entregarlas a los Estados, o al menos, a la competencia privada. Un ejemplo claro sería el deficitario, ineficiente y atrasado servicio postal. Las tierras de titularidad pública pertenecientes al gobierno federal serían otro excelente ejemplo. Desmantelar activos federales es algo muy positivo en sí mismo y ayudar a la 'revolución anti-federal de la tierra' del Oeste del país, son medidas que además ayudarían a reducir el gasto público.

Eliminar burocracia. Una vez más, limitar o reducir la tasa de aumento de los empleados públicos no equivale a un recorte. Debe haber reducciones masivas, incluyendo la abolición de inútiles y contraproducentes agencias gubernamentales. Como buen comienzo, ¿Qué tal si se suprime el Departamento de Energía, el de Educación, el de la Vivienda y Desarrollo Urbano, el de Salud y Servicios Sociales y el de Comercio? Y eso también significa abolir sus funciones. De lo contrario, en un típico truco burocrático, las mismas funciones se mezclarían con las de cualesquiera otros departamentos u organismos ya existentes.

Preferencias Raciales y control de armas. Cualquier encuestador honesto tiene que admitir que estos dos temas fueron de crucial importancia en las elecciones, especialmente entre un segmento de la población masculina blanca que anteriormente había mostrado poco interés por la política. Cualquier gobierno que niega a una persona el derecho a defenderse contra la intrusión privada y pública, y que además evita que los estudiantes y los trabajadores obtengan

35 La Ley Norris-LaGuardia establece que los contratos en los que los trabajadores están de acuerdo como condición de empleo en no afiliarse a un sindicato, no son aplicables en los tribunales federales. También establece que los empleados son libres de formar sindicatos sin la interferencia del empleador e impide que los tribunales federales emitan mandamientos judiciales en conflictos laborales no violentos. Las tres disposiciones incluyen la protección de la capacidad de auto-organización de los trabajadores y la libertad o "negociación colectiva", la eliminación de la jurisdicción de los tribunales federales frente a la emisión de mandatos en conflictos laborales no violentos (wikipedia.org - N. del T.).

beneficios de su propio trabajo y estudio, no es un gobierno moralmente legítimo. Sin embargo, a instancias de la élite republicana, el partido no ha dicho nada sobre esos dos temas. El mismo Gingrich se ha comprometido a no derogar la Ley Brady, y el asunto de los derechos civiles socialistas sigue estando vetado de la discusión pública. Los Republicanos están bien posicionados para acabar con la prohibición, pero sus líderes no están interesados en hacerlo.

Poner fin a la falsificación del dinero. El dinero es la característica más importante de la economía y un medio con el que el gobierno financia sus propios déficit y crea una inflación perpetua es a través de lo que es esencialmente la impresión de un dinero falsificado. Para poner fin a esta característica crítica y destructiva del Estatismo y de la intervención gubernamental, debemos volver a un dinero sólido, de libre mercado, lo que significa volver a un patrón de monedas de oro para el dólar y eliminar otra oficina federal que no está sometida al poder popular o del Congreso: el sistema de la Reserva Federal por medio del cual el gobierno carteliza y subsidia al sistema bancario. De no eliminarse la Reserva Federal, al menos sus operaciones deberían verse "limitadas" o quedar congeladas, es decir, nunca se le debería permitir comprar más activos.

Intervención Extranjera, incluyendo la Ayuda Extranjera y las Burocracias Internacionales. Aquí hay otro caso en el que todas las élites gobernantes "respetables", ya sean burócratas, académicos, laboratorios de ideas, grandes medios de comunicación, grandes empresas, bancos, etc..., están en total conflicto con el público en general. Bajo la cobertura de la supuesta necesidad de "bipartidismo", las élites han impuesto la intervención, la ayuda externa, un comercio gestionado internacionalmente y aproximaciones a un gobierno económico mundial, e incluso político, contra los deseos de la gran mayoría del pueblo norteamericano.

En todos los casos, desde las Naciones Unidas y el Plan Marshall hasta el NAFTA y el GATT, los líderes Republicanos han ido de la mano con los Demócratas. Como resultado, Clinton consiguió el respaldo de cada ex-presidente, independientemente del partido al que hubiera pertenecido o perteneciese, a cada un de sus nuevas medidas. Y a cada paso del camino, el presidente y las élites han amenazado al mundo con un desastre de incurrir en el más mínimo retraso. Y hasta ahora se han salido con la suya, a pesar de los deseos del pueblo. Utilizando la lista de verificación anterior, y siguiendo esas directrices,

cada lector puede decidir fácilmente si Gingrich, Dole y los demás han traicionado o se han ajustado a la revolución popular contra el Gran Gobierno y anti-Washington. Olvidad diversiones y trucos inaplicables como la Enmienda para el Equilibrio Presupuestario, cambiar los nombres de los comités, imponer nuevas leyes al Congreso o trivialidades como el recorte de impuestos sobre las ganancias de capital y mirad si tenemos presupuestos equilibrados de verdad, regulaciones derogadas y si se han suprimido o no agencias del gobierno.

Para disponer de una prueba más clara de si la revolución ya ha sido traicionada basta examinar las acciones verdaderamente escandalosas de Gingrich y Dole, que no solamente han traicionado a la revolución popular sino también su reciente victoria. No sólo han superado al GATT/OMC de Clinton-Bush, sino que también han desafiado a sus propios votantes al aceptar entregarlos a un Congreso Demócrata totalmente desacreditado y formado por políticos salientes o *lame-duck* [36]. Los medios de comunicación habituales se mostraban extrañamente silenciosos sobre las opiniones del público estadounidense, pero una encuesta independiente mostró que el 75 por ciento de la gente se opuso a lo que en esencia era un procedimiento criminal.

El desagradable espectáculo de contemplar al derrotado y desacreditado Tom Foley presidiendo la comisión del Congreso encargada de impulsar el GATT con la ayuda de Gingrich y Dole y por medio de la inconstitucional "vía rápida" fue demasiado. Foley está ahora descansando en casa con la pensión de 123.804 dólares a la que está "autorizado" por sus años al servicio del gobierno. ¡Ni después de expulsarlos del cargo, podemos impedir que esas sanguijuelas aprueben planes gubernamentales a escala global y que sigan chupando la sangre del contribuyente!

En esta asombrosa y abyecta rendición al Ejecutivo, el Congreso decidió cortarse la yugular y privarse (y a todos sus constituyentes) del poder de discutir y enmendar ese monstruoso Tratado hasta el punto de incurrir en colusión al admitir que se calificara de "acuerdo" lo que permitió eludir el claro requisito constitucional que exigía el voto favorable de dos tercios del Senado.

36 Un *lame-duck* (literalmente pato cojo), en política, es un cargo electo cuyo sucesor ya ha sido elegido. A menudo se considera que el político próximamente cesante tiene menos influencia porque le queda poco tiempo en el cargo. Por el contrario, un *lame-duck* es libre de tomar decisiones que ejerzan sus poderes con poco miedo a las consecuencias, como emitir órdenes ejecutivas, indultos u otros edictos polémicos. Esa situación es fruto de los límites impuestos a la duración de los mandatos, de jubilación planificada o de derrotas electorales.

Por lo general, las élites pueden contar con la Izquierda para apoyar la legislación del Gran Gobierno como GATT, NAFTA y el resto del aparato gerencial Mercantilista de control económico global. Pero no debemos olvidar, como el *Wall Street Journal* se jactó el día de la votación en el Senado, que "*los miembros de la Cámara pertenecientes al Partido Republicano son quienes han proporcionado la mayor parte de los votos para aprobar los dos logros notables de Bill Clinton —el NAFTA y el GATT—*".

Las bases del partido no tienen la culpa de las acciones de estos travestidos del Estatismo multinacional. Muchos Republicanos decentes, incluyendo el resto de los del Estado de Gingrich, votaron en contra del Tratado. Pero Gingrich ahora utilizará su poder para castigar a esos disidentes y el incidente no será el último caso de traición política protagonizado por líderes Republicanos.

117.14 ¿LO QUE DEBE HACERSE?

Lo expuesto no implica suponer que no hay esperanza, que no se puede hacer nada. Por el contrario, lo que puede y debe hacerse es movilizar los sentimientos radicales y revolucionarios del pueblo. Necesitamos que las profundas opiniones del pueblo presionen continuamente al gobierno, especialmente a los senadores y congresistas de reciente elección.

En particular, entre los políticos que debutan como congresistas hay muchos auténticos derechistas y populistas que arden sinceramente en deseos de hacer retroceder al Gran Gobierno y que no están sometidos a los Gingrich y a los Rockefeller del *Establishment* Republicano. Los votantes y sus organizaciones, con la ayuda de los miembros verdaderamente conservadores del Congreso, podrían seguir presionando a las élites políticas para que respeten, y no bloqueen, la voluntad de los mismísimos votantes que los llevaron al poder. Si no, más vale que se vayan.

Pero nada se puede hacer sin educación. Esa es la tarea crucialmente importante de intelectuales conservadores o libertarios, laboratorios de ideas y líderes de opinión como el *Mises Institute*: educar al pueblo, a los empresarios, a los estudiosos, a los académicos, a los periodistas y a los políticos sobre lo que está verdaderamente pasando y lo perjudiciales que son las élites bipartidistas que nos gobiernan.

Debemos recordar que las élites son una minoría de la población; han conseguido salirse con la suya gracias al engaño y a la desinformación porque han tenido el control efectivo de los canales institucionales (medios, intelectuales, etc...) que moldean la opinión pública.

La mayoría de la gente ya sanamente sospecha y desconfía de todas las élites y de su tendencia a engañar y traicionar. Pero ese saludable estado de desconfianza no basta; el público y también las personas dignas, de los medios de comunicación, del mundo académico y de la política, tienen que entender lo que está realmente pasando. En particular, tienen que darse cuenta de qué medidas cumplirían la voluntad popular y llevarían a cabo su deseada revolución; qué medidas servirían para desviar y frustrar la revolución contra el Gran Gobierno; y por qué motivos y de qué medios se han valido los formadores de opinión para engañarlos.

El *Mises Institute*, por pequeño que sea, está en una posición única para liderar esa revolución educativa. No está obligado por subvenciones gubernamentales, grandes intereses corporativos, ni se debe siquiera a las grandes fundaciones. Eso significa que no se le puede dictar lo que tiene que decir. Aunque relativamente pobre en recursos generales, el *Mises Institute* posee los activos más importantes de todos: claridad de propósito e independencia.

Durante sus doce años de existencia, Lew Rockwell guardó cuidadosamente esos dos activos, confiando enteramente en el apoyo financiero de individuos con principios y de empresas independientes, y lo ha hecho ante el asombro y la ira de los liberales de Izquierda, de los conservadores oficiales y de las legiones de políticos al servicio de laboratorios de ideas y de aspirantes a intelectuales de la Izquierda.

En todas estas tareas, el *Mises Institute* ya ha sido extraordinariamente eficaz. Actuando casi en solitario y con recursos muy limitados, el *Mises Institute* ha tenido un impacto ideológico notorio. Sólo un ejemplo: el *Mises Institute* fue el primero en imprimir, en el mes enero pasado, una denuncia contra la Organización Mundial del Comercio (OMC) que no sólo expuso el actual intento de imponer una gestión del comercio a escala global, sino que también profundizó en su historia, analizando sus antecedentes durante la década de los años setenta y cuarenta del siglo XX y remontándose hasta el "Tribunal Mundial de Comercio" de Woodrow Wilson.

Ese artículo, junto con el resto del trabajo del *Mises Institute*, fijó los límites del debate por la Derecha, por la Izquierda y por el Centro. Hasta un día antes de la votación en la Cámara, un artículo de la *Associated Press*, publicado en la sección que dedica a exponer la perspectiva histórica, plagió el trabajo del *Mises Institute* prácticamente palabra por palabra.

El Instituto no ganó —aunque le dio a Clinton y a sus aliados del Partido Republicano muchos problemas— pero si que movilizó al pueblo estadounidense y se aseguró de que la revolución contra el Gran Gobierno continuará y se intensificará. Y el *Mises Institute* estará en la vanguardia intelectual de ese movimiento.

Por el simple hecho de entrar en el debate público e intelectual desde una perspectiva coherente basada en principios libertarios y de libre mercado, el *Mises Institute* ya ha expuesto las mentiras de esa multitud de s, aspirantes a planificadores mundiales, de economistas neo-Keynesianos Estatistas, de Marxistas de Izquierda y de otros pretendientes que osan emplear palabras tan gloriosas como "Libertad...Mercados libres" y "libre comercio" para confabularse en implantar exactamente lo contrario.

La palabra "liberal" nos fue robada por los socialdemócratas hace mucho tiempo. Ahora estamos en peligro de que esas otras palabras nos sean también arrebatadas. Sólo la luz de los que cultivan la verdad puede disipar esa niebla.

El *Mises Institute* ha conseguido exprimir al máximo a cada persona y a cada dólar que ha destinado a esta causa ideológica y política, más que cualquier organización de este país. Cualquier aumento de sus recursos multiplicará desmesuradamente su impacto.

Quienes subrayan la importancia de las ideas en la sociedad y en la política tienden a concentrarse únicamente en el largo plazo, en las generaciones futuras. Lo que es verdad e importante y que nunca se debe olvidar. Pero las ideas no sirven tan sólo para el futuro; son de vital importancia en el aquí y ahora.

En particular, en tiempos de fermentación revolucionaria, el cambio social y político tiende a ser repentino y rápido. Las elecciones de noviembre de 1994 son sólo un ejemplo notable. El *Mises Institute* tiene una oportunidad única y gloriosa para que sus ideas —de libertad, de libre mercado y de propiedad

privada— cuenten ahora y para ayudar a recuperar nuestra gloriosa América de quienes han traicionado su alma y su espíritu.

Índice alfabético

C

E

F

G

J

K

L

M

N

O

R

S

T

U

V

W

X

Y

Z

En esta obra cuyo título original es “*Making Economic Sense*”, Rothbard enseña Teoría y Política Económica. Ningún economista ha escrito jamás tan claramente sobre unos temas que por lo general vienen envueltos en el misterio. Hasta cuando trata de los tipos de cambio, de los tipos de interés y de la banca centralizada es claro y persuasivo. Eso es lo que hace a este libro tan maravilloso y tan peligroso para los proveedores de falacias económicas y quienes aplican al público esas falsas ideas. Es este un trabajo maravillosamente lúcido y un perfecto compañero de la monumental obra de Rothbart: “El Hombre, la Economía y el Estado” (“*Man, Economy and State*”). Y de la adenda a ese libro: “Poder y Mercados” (“*Power and the Markets*”).

LUDWIG VON MISES INSTITUTE

518 West Magnolia Avenue

Auburn, Alabama 36832-4528

http://www.mises.org/